

CCIÓN

SORIANO

EL
POSTOLADO
DE LA
ENSEÑANSA

LC473

S6

C.1

36 98



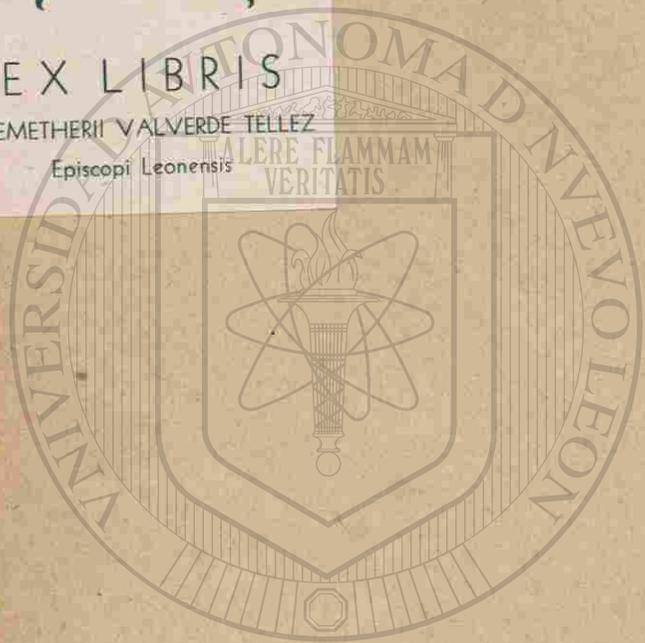
1080022619

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SACRATISSIMO CORDI JESU

EL

APOSTOLADO DE LA ENSEÑANZA

Valed más ante Dios y ante los
hombres y vuestro será el porvenir.

POR EL

P. CÁNDIDO SORIANO

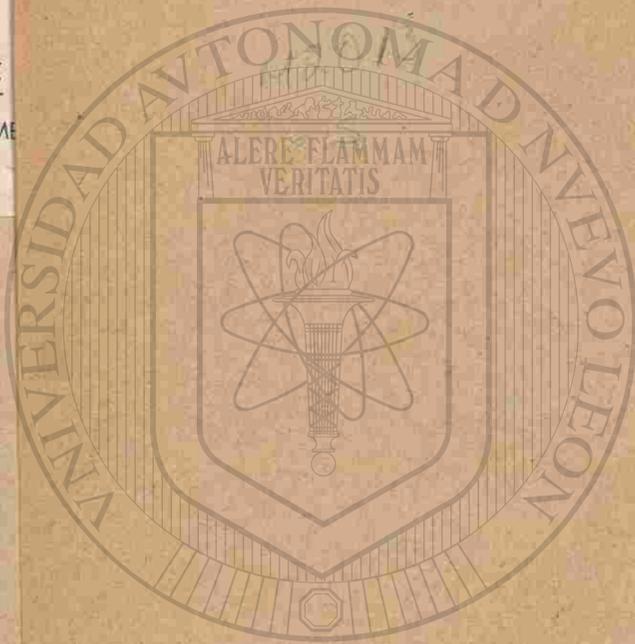
SACERDOTE DE LAS ESCUELAS PÍAS



MANRESA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE SAN JOSÉ

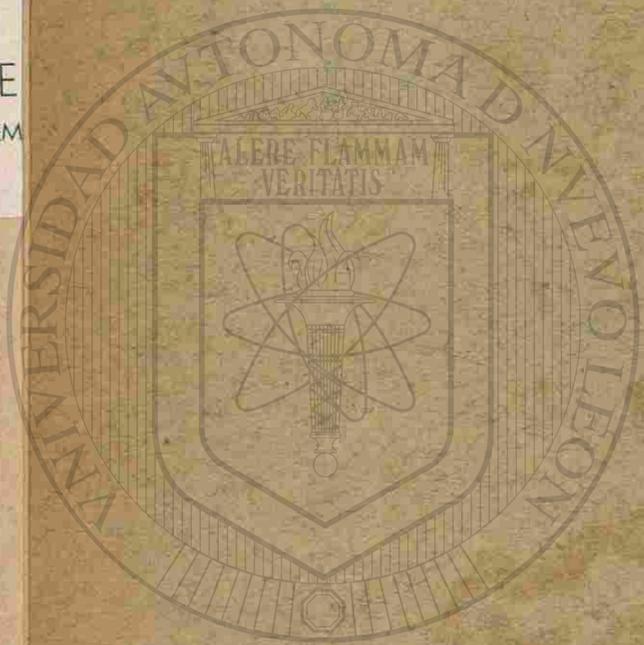
1899



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

E
HEM



EL APOSTOLADO DE LA ENSEÑANZA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SACRATISSIMO CORDI JESU

EL

APOSTOLADO DE LA ENSEÑANZA

Valed más ante Dios y ante los
hombres y vuestro será el porvenir.

POR EL

P. CÁNDIDO SORIANO

SACERDOTE DE LAS ESCUELAS PIAS

Con licencia de la Orden.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Verde y Tellez
MANRESA

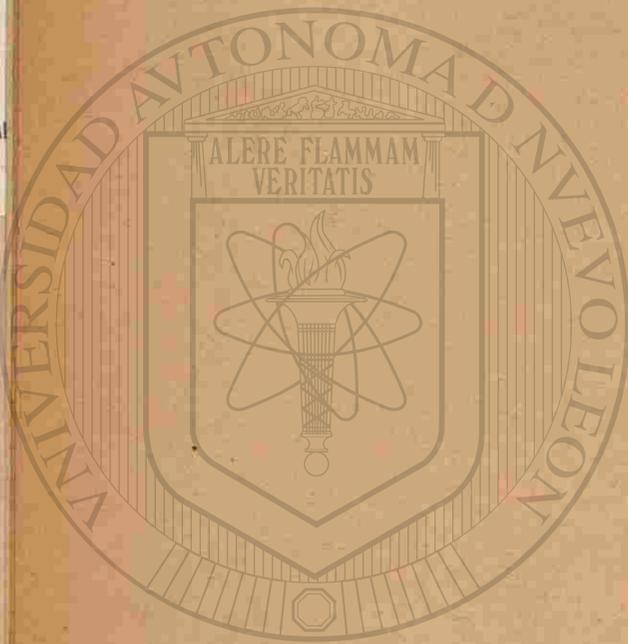
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE SAN JOSÉ

1899

47531

E
HEMI



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

LC 473
86

CENSURA DE LA OBRA

Excmo. é Ilmo. Sr.:

He leído con la atención que merece (cumpliendo el encargo que V. E. I. me ha hecho) la obra titulada: «El Apostolado de la Enseñanza», escrita por el Rdo. P. Cándido Soriano, Sacerdote de las Escuelas Pías, en la cual bien se echa de ver que el digno Hijo de San José de Calasanz cuenta muchos años consagrados á la enseñanza, á lo cual se agrega la lectura y conocimiento de los mejores autores de educación. Por lo cual es de esperar que esta obra, con la bendición de Dios, producirá los frutos más preciosos, si es detenidamente estudiada por los que se dedican á la importantísima misión de educar cristianamente á la niñez, único medio, ahora como siempre, de regenerar la sociedad actual, tan corrompida como ignorante.

Puedo además certificar que no he hallado cosa alguna que deje de conformarse con lo que tiene y enseña la Santa Iglesia Católica.

Lo que tengo el honor de poner en conocimiento de V. E. I. Vich, 29 de Enero de 1897.

B. el A. P. de V. E. I

Juan García, C. M. F.

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Vich.

Vich 12 de Febrero de 1897.

En vista de la favorable censura recaída en el libro «El Apostolado de la Enseñanza» que ha escrito el Rdo. P. Cándido Soriano, Sacerdote de las Escuelas Pías, damos nuestro permiso para que pueda publicarse.

JOSÉ, OBISPO DE VICH.

Por mandado de S. E. I. el Obispo mi Señor.

Lic. Luis G. Roca, Pbro.

Pro Srio.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

SACRATISSIMO CORDI JESU

EL APOSTOLADO DE LA ENSEÑANZA

Al gran educador San José de Calasanz que por espacio de más de 50 años desempeñó el Apostolado de la Enseñanza, siendo á la vez *Madre, Maestro, Angel.*

HIMNO

Qui Nilo ab anne parvulum
Jesum ferebat sospitem
Joseph adauget te suo,
O Calasancti, munere.
Quidquid pusillo feceris
Dilecte, mi factum puta,
Jesus inquit, allice
Prægestientes parvulos.
Pueruli, tenellulæ,
Achantides in nidulo
Ludum, laborem, canticum
Alterna gratantes agunt.
Pauperimus pauperulus
Fovens amore diviti
El alta nutrit cordium
Mater, Magister, Angelus.

011393

O trina Lux et unica.
Nostris renide filiis
Te cum Josepho et Virgine
Tui precantur angeli. A. N. Tomasseo.

Traducción. — Aquel bendito Patriarca José que trajo de Egipto al Niño Jesús te llama, oh Calasanz, con su mismo glorioso nombre. — Querido mío, te dice Jesús, cuenta por hecho á mi lo que hicieras al más pequeñito; cuidame de esos niños que tanto gustan de los juegos. — En tus escuelas estos parvulitos, como tiernos pajarillos en su nido, juegan, trabajan, cantan, alternando con placer. — Aunque tu eres sumamente pobre enriqueces á los pobrecitos con tu grande amor y das vida á sus corazones, siendo á la vez su Madre, su Maestro, su Angel. — Oh Luz trina y única, ilumina á nuestros hijos, como te lo suplican María, su Esposo José y tus santos ángeles.

S. C. J.

EL APOSTOLADO DE LA ENSEÑANZA

Valed más ante Dios y ante los
hombres y vuestro será el porvenir.

ADVERTENCIA

Sintetizar en pocas páginas lo mucho y bueno que han escrito en este siglo los grandes maestros que han ejercido el Apostolado de la Enseñanza y contribuir á la difusión de sus admirables lecciones, he aquí el objeto de la presente obra.

El V. Holzhauser, Allemand, Lhomond, Balmes, Champaña, Dupanloup, Timon-David, Dom Bosco, Felix, Monfat y los escolapios Péndola, Soto, Canata y Cianfrocca son las autoridades de este escrito.

Páginas enteras están tomadas de sus obras: siempre sus pensamientos y su espíritu forman los de la presente, de modo que apenas hay una sola página que pueda llamarse exclusivamente mía.

Como la educación de la juventud será siempre para la sociedad la cosa de más alta importancia, lo que se escriba sobre esta materia será también asunto del más vivo interés y siempre de actualidad. Por desgracia nunca faltarán educadores naturalistas, racionalistas y materialistas, desdichados sucesores de los Rousseau, los Fræbel y los Spencer, como tampoco, por fortuna, educadores católicos, hombres *de buena voluntad* para quienes se escribe esta obra desde el punto estrictamente católico.

S. C. J.

PARTE PRIMERA

SECCIÓN PRIMERA

Cualidades de los que se dedican al Apostolado de la enseñanza

CAPÍTULO PRIMERO

La Enseñanza

Enseñad á todas las naciones: hé aquí una de las últimas cosas que el Redentor del mundo y Maestro divino encargó á sus Apóstoles, y lo que la Iglesia católica ha hecho, hace y continuará haciendo hasta el último día de su vida sobre la tierra: y no temáis; yo estaré con vosotros siempre hasta el fin *Usque ad consummationem sæculi.*

En virtud de este precepto divino enseña el Papa desde lo alto de la primera cátedra del mundo, enseña el Obispo y enseña el Párroco. Enseña también el maestro, enseña la madre, y doquiera y siempre se enseñará, porque sin enseñanza no podría el hombre llenar su misión sobre la tierra, ni aún llegaría á ser hombre.

La enseñanza se puede desempeñar por dos motivos: por especulación ó por vocación.

Desempeña la enseñanza por especulación quien por medio de ella trata sólo de hacer fortuna: quien se propone en este altísimo ministerio, como objeto directo y exclusivo, la mayor ó menor retribución que de él puede reportar y cierto honor necesario para sus aspiraciones en la vida, se limitará á la parte ínfima de la educación, y enseñará, ó mejor dicho instruirá para ganarse la vida, como un zapatero hace zapatos, al decir de Platón.

Desempeña la enseñanza por vocación quien, ante todo, mira por el bien de los confiados á su cargo; y sabiendo, como ha dicho Leibnitz, que la educación es todo el hombre, no se limita á dar la instrucción científica, sino que abarca el entendimiento, la voluntad, el corazón, el alma y el cuerpo, trabajando con la constancia y firmeza de un padre y con el amor de una madre por realizar en sus discípulos á quienes tiene por hijos el bello ideal de los antiguos: alma perfecta en cuerpo perfecto: *Mens sana in corpore sano*.

El que enseña por mera especulación no pasa de ser un asalariado; sentirá insoportable el peso de la enseñanza y concentrará su principal trabajo en explotar la memoria de sus discípulos, almacenando en ella más ó menos conocimientos que le hagan lucirse en casos dados, no en bien de los alumnos, sino por propia conveniencia; cuidándose poco de que con ese proceder se engaña á las familias y se perjudica á los alumnos.

El que enseña á conciencia ó por vocación, por Dios, que ejerce el *Apostolado de la enseñanza*, ese, sin descuidar la memoria, se dirige al entendimiento para iluminarlo, al corazón para purificarlo, para enoblecirlo, para formarlo; al carácter para elevarlo; á todas las facultades intelectuales y volitivas para dirigir las; á todos los defectos, aún los más pequeños, para hacerlos desaparecer; á todas las buenas cualidades para fortalecerlas y desarrollarlas; á todas las virtudes para vivificarlas: su constante anhelo tiende á completar la simple, única educación intelectual, moral, religiosa y física.

Con esta enseñanza corrige, completa y mejora; y hasta en naturalezas, al parecer, incapaces hace germinar, cual hábil jardinero hermosas flores y suavísimos frutos de cualidades que ni siquiera se sospechaba pudieran existir: amabilidad y dulzura en caracteres ásperos, constancia y fortaleza en caracteres débiles, profundidad y brillo en inteligencias, al parecer, amortiguadas. ¿Concíbese trabajo más útil, obra más grande, misión más trascendental?

El que enseña por especulación hará la vista gorda á faltas que no sean ruidosas, sin cuidarse de los defectos que son la raíz; con tal que no haya escándalo se cuidará poco ó nada del espíritu que domina en sus discípulos: que unos á otros se corrompen, que no respetan, que odian al profesor, no importa; hay cierto orden y exactitud, la cosa marcha, más allá ni se ve, ni se quiere ver. Un educador de esta naturaleza podrá ser temido y aún obedecido; jamás amará y será amado. Visitará la casa, la clase una persona superficial: donde presida ese espíritu, la especulación, todo podrá estar, al parecer, en orden; cada uno podrá estar en su puesto: ¿qué más se quiere? Quien no sabe lo que es enseñar ó, mejor dicho, educar, nada más pedirá; el que lo sepa, dirá con Fenelón: «El orden es admirable, hermoso, la exactitud inmejorable; pero ¿dónde está la educación?»

A lo más que en un establecimiento de esta clase se puede aspirar es al orden y regularidad de un cuartel, nunca á lo que la buena educación debe producir, una familia ordenada y regularizada por la inteligencia del padre y el amor de la madre. En jóvenes enseñados por profesores que sólo buscan su negocio no busquéis ninguna de las cinco cualidades que resumen admirablemente la completa educación: *razón desarrollada y firmemente asentada en bases y principios incommovibles, voluntad acostumbrada á obedecer á toda legítima autoridad, corazón que sólo sabe amar lo que le enoblece y espiritualiza, respeto á todo lo que en cualquier grado refleja el poder de Dios, alma que adora á su Dios como á su Creador, y mejor, que le ama*

como á su Padre más amante, y como complemento y triple escudo protector, *triplex es circa pectus, la pureza*, la más hermosa garantía para la educación de los sentidos, para la educación del entendimiento y para la educación del corazón.

El que desempeñe la enseñanza como una misión sagrada, como un augusto ministerio, como un *Apostolado*, sabe que la obra que lleva entre manos tiene por objeto al hombre creado á imagen y semejanza de Dios; que el desarrollo paralelo, equilibrado y armónico de los dos elementos que le constituyen, alma y cuerpo es el requisito indispensable para que la educación sea digna; que las mismas condiciones ha de tener la educación de las facultades del alma; pues si se atiende sólo á la educación científica y se descuida la religiosa y la moral, nada se logra; la sola instrucción no es más que la corteza de la civilización, y con sólo ella se podrá hacer un arquitecto, un abogado, un médico, un militar, pero no un hombre: así ha podido decirse con razón: «un sabio de más, un hombre de menos.»

De derecho natural la educación de los hijos es inherente al deber de los padres; el que, pues, por delegación de éstos asume tan trascendental misión que los padres ó no saben, ó no pueden, ó no quieren llenar, al desempeñarlo, contraerá los derechos y las obligaciones de los padres.

Al ejercer el *Apostolado de la enseñanza* se partirá del principio indubitable, que á consecuencia de la caída original, no hay en el corazón del educando defecto que, á no corregirse, deje de crecer y pervertir al alma, que no hay buena cualidad que no desaparezca, sino se la cultiva con asiduidad y esmero y que en el corazón del niño es fácil hacer desaparecer los defectos, germinar y desarrollar las buenas cualidades que serán el más bello encanto y el más rico patrimonio de su vida.

Para conseguir fines tan eminentes cuenta el *Apostolado* y sólo él con cuatro medios admirables que obrando paralela, simultánea y constantemente en el mismo senti-

do, son de casi infalible eficacia: estos admirables medios son: *la religión, la instrucción, el orden y los cuidados físicos*.

Si á estos cuatro medios que sin cesar trabajan la inteligencia, el corazón y los sentidos del joven se añaden las cinco cualidades que deberá tener el digno educador: *virtud, ciencia, carácter, abnegación y amor*, no habrá resistencia posible aún en naturalezas las más refractarias y que, salva siempre la libertad moral, vienen al mundo impregnadas, como dice Mons. Gay, con los vicios heredados de sus maleados ascendientes.

Así, sin ciegos y trasnochados rutinarios, progresando siempre con Cristo en todo lo bueno, bello y verdadero procede el *Apostolado de la enseñanza*.

CAPÍTULO II

Importancia é influencia del Apostolado de la Enseñanza

El militar que con las armas en la mano defiende la patria querida, el magistrado que administra la justicia, el agricultor que proporciona los primeros elementos de la vida, el artesano, el artista, el ingeniero, el comerciante etc. todos tienen su importancia y dignidad en una sociedad bien organizada; pero cuanto dista lo eterno de lo temporal, el espíritu de la materia, el alma inmortal del cuerpo perecedero, otro distan la importancia y dignidad de los que en sus cargos, funciones y ministerios se dirigen preferente y directamente al alma, á lo imperecedero, á lo eterno, de los que preferente y directamente miran en sus funciones á la materia, á lo perecedero, al cuerpo corruptible. Por este motivo, á los ojos de la fe en un cristiano y á los del buen sentido y recta razón en un hombre ilustrado, la más alta importancia y la mayor dignidad se hallan

en los dedicados al sacerdocio y á la educación, ó sea al *Apostolado de la enseñanza*.

La Iglesia católica, divina educadora del género humano ha reconocido que entre las funciones del gran ministerio de las almas de que está encargada, se cuenta la educación de la juventud, y por eso la mira como obra sagrada, como un *Apostolado*.

San Juan Crisóstomo interpretaba fielmente el sentir de todos los santos Padres cuando decía. «Esta magistratura de la educación es superior á todas las magistraturas civiles, como el cielo á la tierra, y todavía no digo bastante. La magistratura civil se ocupa, ante todo, en castigar el mal ya hecho; empero la magistratura espiritual, se ocupa en impedir que se haga. Los magistrados civiles no os enseñan ni qué es el alma, ni qué es el mundo, ni que será de nosotros después de esta vida; ni qué debemos hacer en este mundo para practicar la virtud.

«Los ministros del Altísimo, al contrario, enseñan todas esas grandes cosas, y por eso el templo y la escuela son cátedras de filosofía para la enseñanza de las almas, tribunal donde el alma se juzga así misma y gimnasio, en fin, donde se ejercita en la carrera que lleva al cielo.»

«El magistrado castiga al culpable, no destruye el mal; y en muchas ocasiones obra como el médico que llamado á curar la cabeza de un enfermo, se la hiciera cortar. En la magistratura espiritual todo lo contrario, se corrige más bien que se castiga; y no tanto se busca castigar al culpable como sanarle y destruir el mal.»

El Doctor Angélico Sto. Tomás de Aquino, discutiendo, como siempre, con profundidad y precisión sin igual, no duda afirmar que las Corporaciones religiosas dedicadas á la educación son las que ocupan el primer lugar en la Iglesia de Dios: *Sic ergo summum gradum in religionibus tenent quæ ordinantur ad docendum et prædicandum... Et magis est illuminare quam lucere.* 2. 2. q. 188 a. 6.

Entre los paganos el buen sentido y la recta razón les hicieron conocer la misma verdad: que después del sacer-

docio no había en la sociedad misión tan importante, función más trascendental como la que tiene por objeto educar á la juventud.

«La educación, decía Platón en *Las Leyes*, ¿qué otra cosa sinó el arte de atraer y conducir los jóvenes hacia lo que la ley dicta ser la justicia y la recta razón, y lo que ha sido mirado como tal por los ancianos más sabios y más experimentados?» Y desenvolviendo su pensamiento añadía: «La república tiene necesidad de un magistrado que presida la educación; y el hombre elegido para esto y los que le elijan, deben saber que entre las grandes funciones del Estado no hay ninguna más noble ni más sagrada.» Y para que la elección fuera lo más posiblemente acertada, quería la hicieran los ciudadanos más dignos y en los templos, en presencia de la Divinidad.

Cuéntanos Jenofonte que entre los antiguos persas era confiada la educación á doce magistrados venerables por su edad y por el vigor de su inteligencia: éstos debían haber desempeñado antes con honor las grandes funciones públicas; y cuando amaestrados por la experiencia de todas las cosas y el largo hábito de los trabajos más difíciles, hallábanse perfeccionados en la sabiduría y la virtud por la paciencia, se les confiaba la educación de la juventud: creíase que el gozo y la gloria de estos nobles ancianos, que la corona que más honraba sus blancos cabellos era enseñar á las nacientes generaciones la docilidad á los consejos de la razón, la obediencia á las leyes, el respeto á las cosas sagradas, las virtudes de la edad madura y las más altas lecciones de sabiduría.

«Admirábame un día, añade el ilustre ateniense, que la pequeña Esparta llegase á ser tan poderosa y célebre en toda la Grecia, y comprendí que esto era debido á la sabiduría de Licurgo. Este célebre legislador había elevado su patria á tanta prosperidad ocupándose, ante todo, en la educación de la juventud: mientras que en las otras ciudades de la Grecia era la educación confiada á los esclavos, él la confió á hombres libres; y al frente de ellos puso uno

de aquellos á quienes se confían las más altas magistraturas del Estado.»

Entre los romanos decía Cicerón, «que después de haber reflexionado profundamente, le había parecido que el servicio más grande y más noble que se podía hacer á la patria era dedicarse á la educación de la juventud.»

Y en el libro *De la vejez* el gran orador llega á decir que los ancianos que carecen de vigor para los empleos laboriosos de la república, se consagren á la educación de los jóvenes; añadiendo que esta función sería el empleo más ilustre de su experiencia.

En el tratado *De la tranquilidad del alma* llama Séneca á los educadores de la juventud los magistrados de la familia, *quasi domesticos magistratus*, y desde este punto de vista los coloca sobre los magistrados de la ciudad; porque, añade, ellos exortan á la juventud al bien é introducen la virtud en sus almas.

No sólo desempeñan los educadores de la juventud la más alta magistratura después del sacerdocio, sinó que la educación, en el fondo, en su esencia íntima supone la paternidad más elevada, la más trascendental, la más divina, la paternidad, no de los cuerpos, sinó de las almas.

A tan gran altura había el paganismo, en materia de educación, elevado su pensamiento. Que los jóvenes sepan, decía un filósofo, que los educadores son los padres, no de sus cuerpos, sinó de sus almas: *Parentes non corporum sed mentium*.

Y en esta grandiosa y elevada idea debió inspirarse Alejandro Magno al decir que no menos debía á Aristóteles, su educador, que á Filipo su padre; pues si á este debía ser Alejandro, á Aristóteles debía ser Alejandro Magno.

Véase, pues, la importancia, dignidad é influencia del educador de la juventud; importancia, dignidad é influencia superadas sólo por el sacerdote; y aún respecto de influencia el educador supera al sacerdote por el mayor contacto é intimidad que tiene con los educandos.

Concluamos con el Obispo de Orleans: «En la socie-

dad humana nada es más digno; ni de mayor eficacia que la misión del educador: los pueblos inspirados en la recta razón han mirado la educación como una magistratura; la razón iluminada por la fe ha hecho del ministerio de la educación un ministerio santo, un *Apostolado* y casi un sacerdocio.»

CAPÍTULO III

La virtud

De las cinco cualidades que debe poseer el educador para ejercer el *Apostolado de la enseñanza*, la primera es la virtud; no la que, á juicio del mundo, basta para formar al hombre honrado, sinó la virtud sólida, ejemplar. Adornados de toda virtud, *omni virtute prædictos*, dice el gran educador San José de Calasanz, deben estar los que se consagran á la enseñanza.

Es de sentido común, que á proporción del cargo que uno desempeña, han de ser las cualidades que debe poseer; y, por consiguiente, los que tienen la misión de cultivar en el corazón de los niños el germen de las virtudes, deben estar adornados de ellas: así lo entendieron aún los educadores paganos dirigidos por la sola razón.

Quintiliano requiere como primera condición para educar que el educador sea el hombre más virtuoso: *sanctissimum quemque* y añade: «Es preciso que la santidad del que enseñe preserve de todo vicio los tiernos años del discípulo: *Teniores annos sanctitas docentis custodiat*. Y no basta á su juicio que se vea en el educador la más grande austeridad, necesitase además que sea realmente irrepreensible y exento de todo vicio.»

Como una señora romana consultase sobre la elección de educador para su hijo á Plinio el Joven, éste le aconsejó tomase sin dificultad á Julio Genitor, porque su virtud, su

pureza y sus costumbres eran irrepreensibles. «No dudéis, añadía, poner vuestro hijo en manos de tal maestro que, ante todo, le formará en las buenas costumbres y después en la elocuencia, la que sin las buenas costumbres es perniciosa sabiduría.»

Juvenal quiere que los maestros que sustituyan á los padres en la educación de sus hijos tengan la misma santidad que ellos: *Qui præceptorem sancti voluere parentis esse loco.*

Bajo el Evangelio han conservado toda su autoridad y frescura los conocidos versos del mismo poeta:

*Maxima debetur puero reverentia, si quid
Turpe paras ne tu pueri contempseris annos.*

El niño debe ser tratado con el mayor respeto: guárdate de hacer la más pequeña indignidad delante de un niño.

Platón en *Las Leyes* dice que los educadores de la juventud deben ser modelos de santidad. Y dá por razón que en el Estado debe emplearse habitualmente para la juventud lo que haya de más perfecto. «¿Y creeremos, añade que en un Estado que está ó debe estar formado por buenas leyes, ha de abandonarse la educación al azar, y que cualesquiera han de elegir según capricho al que haya de enseñar á los hijos de ciudadanos virtuosos, no cuidándose si en sus lecciones les enseñará á ser virtuosos ó viciosos?»

Dice también el ilustre filósofo: «El jefe ó superior, encargado de velar por los ejercicios del cuerpo y del alma, no tendrá un momento que no consagre á la juventud. Más ¿cómo podrá abarcar todos los detalles de la educación? La ley le permite elegir auxiliares para tan gran trabajo; pero nunca podrá elegir malos auxiliares; debiendo estar siempre penetrado de la grandeza de su ministerio y del respeto que se le debe.»

Todas estas precauciones quería Platón se tomasen para que á los jóvenes no se les pusieran delante de sus ojos malos modelos.

Si los jóvenes, añade, han de imitar alguna cosa, que

imiten las cualidades que les conviene poseer desde la infancia: la templanza, la santidad, la grandeza de alma y las demás virtudes; nunca nada bajo ó grosero, no sea que en esta imitación de lo indigno se les pegue algo de la triste realidad.

«Y no montones de oro es lo que más conviene dejar á los jóvenes sinó un gran fondo de pudor. Y esta virtud con el ejemplo, no con palabras se infunde eficazmente. Por eso un sabio legislador cuidará que no se haga ni diga delante de los jóvenes cosa de que estos puedan sonrojarse. La verdadera educación de la juventud y de todas las edades de la vida no consiste en reprender, sinó en hacer constantemente lo que se quiere enseñar á otros reprendiendo.»

Tanto importaba á los ojos de Platón la conformidad de las buenas costumbres del educador con las buenas lecciones que debía transmitir á los educandos; porque la tierna edad, dice Quintiliano, se adhiere á lo que la rodea, crece, se agranda y forma á su imagen; y pronto los ahora niños no tendrán en la adolescencia sinó las costumbres de sus maestros.

Bien merece meditarse la sabiduría de aquellos atenienses citados por Platón, que decían: «Nosotros no podemos ofrecer á nuestros hijos una acción gloriosa que nos pertenezca; y esto nos hace avergonzarnos en su presencia y acusar á nuestros padres, quienes por ocuparse en otros asuntos, nos abandonaban mayorcitos á nuestros caprichos. Y este ejemplo sí que podemos ofrecer á nuestros hijos y decirles que si se abandonan á sí mismos, como nosotros hemos sido abandonados, si no quieren seguir nuestros consejos, vivirán sin gloria; mientras que si quieren trabajar, se mostrarán, tal vez, dignos del nombre de atenienses.»

Así pensaban los sabios del paganismo; pensar de otra manera, dice Rollín, sería deshonorarse á sí mismos y degradarse más que los educadores paganos.

La sabiduría pagana se limitó, en tesis general, á ex-

presar sus hermosas y racionales concepciones en el estilo más encantador, sin cuidarse de reducir las á la práctica: ha sido gloria exclusiva del Catolicismo elevar más y más tan bellas ideas y, sobre todo, hacerlas prácticas por medio de sus mayores sabios y sus más santos educadores. ¿Y cómo había de suceder de otro modo, teniendo fija la mira en su divino Fundador, modelo perfectísimo de educadores, Maestro adorabilísimo, de quien dicen los Evangelistas, que antes de enseñar con sus palabras enseñaba á todos con su ejemplo? *Cæpit Jesus facere et docere.*

Eternamente resonará en los oídos y penetrará en el corazón de los que se dedican á la gran misión de educar á los jóvenes el acento celestial de las últimas palabras del divino Maestro: *Os he dado el ejemplo para que hagais como yo he hecho.*

Quien recibe á un jovencito en mi nombre á mi me recibe.

¡Ay del que escandaliza á uno de esos pequeñitos cuyos ángeles ven siempre la cara de mi Padre que está en los cielos!

Dejad que los niños se acerquen á mi; que el reino de los cielos es para quien se les parezca.

Lo que hicierdes por uno de esos pequeñitos por mí lo hacéis.

Divinas palabras que, irradiando con resplandores de gloria, enseñaron al mundo el valor olvidado de la infancia, inflamaron hasta el sacrificio los corazones de los que por vocación se dedican á la educación de la juventud, hicieron de esta obra un ministerio sagrado y crearon el *Apostolado de la enseñanza.*

Si en cada jovencito quiere el divino Maestro veamos su adorable persona ¿con qué amor y respeto no deberá mirársele? ¿Quién se atreverá á tener en cuenta sólo sus cualidades naturales para hacer diferencias y dejar de prodigar á cada uno todo el tesoro de su amor más puro y concentrar en él todo el interés que concentraron María y José en su divina Persona?

¿Y quién se atreverá á escandalizar con obras ó con palabras el que representa á Jesucristo, y cuyo ángel mira de continuo la infinita santidad de Dios?

Por eso á los educadores debe repetírseles lo que á Timoteo y Tito recomienda el Apóstol: «que sean modelos los más perfectos en palabras, en caridad, en fe, en castidad y en todas las virtudes evangélicas. Que los jóvenes vean en ellos el ejemplo de la virtud de la perfecta integridad, de la gravedad irrepreensible; que su enseñanza, que sus palabras estén siempre de acuerdo con sus obras, para que los discípulos los respeten, y no puedan decir de ellos ningún mal».

En ningún ministerio como en el de la educación tiene su mayor eficacia el principio de los ejemplos: *Longum iter per procepta, breve et efficax per exempla*: doquiera y siempre el ejemplo es el mejor de los maestros. A un hombre ya formado podrá decirsele, hablando de sus indignos superiores, lo que Jesucristo dijo de los escribas y fariseos. «Están en la cátedra de Moisés: haced lo que os digan y no imitéis lo que hacen.» En la educación de la juventud esto es absolutamente impracticable. Si os falta la autoridad del buen ejemplo, retiráos; no conseguiréis ni respeto, ni docilidad, ni amor, ni confianza; y sin esto es imposible de todo punto la educación.

A los jóvenes les entra más eficazmente la enseñanza por los ojos que por los oídos. Los largos discursos los mueven poco: su lógica es sencilla, el entendimiento recto, y van desde luego al fondo de lo que se trata; por eso la mejor lección que conviene darles, consiste en practicar á su vista las virtudes que se les enseñan. Cualquiera que sea la elocuencia del educador, no olvide que la fuerza y persuasión de las palabras serán sin eficacia, sinó las acompaña el buen ejemplo. Sabida es la respuesta de aquel joven educado por Platón: había ya vuelto á casa de su padre; y como éste con malos modos y enfurecido le reprendiese, le dijo el joven. «Jamás ví hacerlo así en casa de Platón.»

Por otra parte el educador que no fuera virtuoso, ver-

daderamente virtuoso, además de que sus lecciones de virtud no le saldrían del corazón y serían ineficaces, escandalizaría á sus discípulos con su hipocresía y farisaísmo; y sabidos son los grandes anatemas que en el Evangelio pesan sobre vicios tan repugnantes.

¡Cuanta sabiduría y sentimiento hay en este consejo que Mons. Borderies, ilustre Obispo de Versalles daba á un joven educador! «Para que uno que está encargado de la educación, le decía, sea un santo, basta que no sea hipócrita ni mentiroso; que haga lo que enseña y siga sus mismos consejos: ¿recomendáis la pureza de costumbres? sed vosotros puros é irreprochables: ¿recomendáis el amor á la virtud, á la obediencia, á la humildad? sed vosotros virtuosos, dóciles y humildes.»

La virtud del educador atrae las bendiciones de Dios y con dulzura y eficacia se gana el corazón de los discípulos. Hé aquí lo que de sí mismo cuenta Lamartine: «Llevéme mi madre á una casa de educación dirigida por hombres virtuosos. No encontré allí á mi madre; pero encontré á Dios, la pureza, la oración, el dulce y puro amor, una vigilancia suave y paternal, el aire de familia, niños amados y amantes, semblantes dichosos. Pronto noté la prodigiosa diferencia entre una educación dada por especulación y la dada por vocación, en nombre de Dios, é inspirada por una abnegación generosa que sólo espera por recompensa el cielo. Un espíritu divino parecía animar con el mismo aliento á maestros y á discípulos. Las almas de todos habían encontrado sus alas y volaban con la mayor suavidad hacia el bien y hacia lo bello.

Hasta los más rebeldes se sentían movidos y arrastrados por el movimiento general. Allí ví lo que se puede hacer de los hombres no por la fuerza, sino por el ejemplo é inspiración. La virtud, el sentimiento religioso que animaba á los maestros, nos animaba también á nosotros. Estos virtuosos educadores poseían la habilidad de hacer amable y sensible ese sentimiento y de crear en nosotros la pasión de Dios. Así todo lo levantaban con esa palanca implanta-

da en nuestros corazones... Comenzaron por hacerme feliz, y pronto me hicieron virtuoso y sabio. Reanimóse en mi alma la piedad, y esta fué el gran móvil de mi ardor al trabajo. Híceme amigo de jovencitos de mi misma edad, tan puros y tan felices como yo; y todos formábamos una sola familia.»

Cuando en las universidades, escuelas y demás centros de enseñanza reinaba el espíritu católico, el espíritu de Dios, buscábanse hombres eminentes que dignamente pudieran regentar las cátedras; pero, ante todo, *in primis*, buscábanse hombres irreprochables, virtuosos; y hacíase así por la fundamental y sencilla razón que el educador ó maestro desempeña una obra santa, que está revestido de la autoridad de padre, que debe tener el mérito y virtudes de tal, si no quiere hacer traición á la confianza de los que se la han delegado.

De todo lo dicho se infiere con evidencia meridiana que la virtud, una virtud verdadera, noble, sencilla, amable, es la más importante y esencial cualidad de todo maestro ó educador; que hay que preferirla á todas las demás cualidades, y que á estas les añade un precio sin igual. La virtud inspira á los maestros celo, ardor, actividad por el bien de los discípulos y atrae sobre todos las bendiciones del cielo. Primero, decía San José de Calasanz, en el maestro la vida ejemplar, después la ciencia.

Que Dios, pues, terminará con Rollín, se digne derramar abundantes gracias sobre todos los centros de enseñanza; que en ellos conserve y aumente el amor á la ciencia y al estudio y, ante todo, el amor á la virtud y á la religión que ha sido, es y será su más sólida y esplendente gloria.

CAPÍTULO IV

La ciencia

La segunda cualidad que indispensablemente ha de poseer el que ejerce el *Apostolado de la enseñanza*, es la ciencia.

Después de la virtud, el más bello ornamento del educador viene la ciencia, aureola de luz que debe orlar su frente. Si para todo hombre después del temor de Dios ó la virtud, el mayor tesoro son la ciencia y la sabiduría, como dice un profeta, ¿cómo no lo serán para el educador? La virtud dice el santo Fundador de la Escuela Pía, es la más bella y esplendente corona; la ciencia, hermosísima vestidura.

Más fácilmente transige el mundo con la falta de virtud en el maestro que con la falta de ciencia.

Rarísimos serían los padres que entregarían sus hijos para ser educados, si no los estimulase el cebo de la ciencia.

Es, pues, la ciencia la cadena de oro que une al educador con los jóvenes y sus familias; es la condición indispensable de su inmensa influencia en la sociedad.

Pero ¿qué ciencia se necesita para dignamente ejercer el *Apostolado de la enseñanza*? Sería lo mejor que todo maestro poseyera un conocimiento eminente y profundo de las ciencias, y al mismo tiempo y en el mismo grado el arte de enseñar y de acomodarse á nacientes inteligencias. Mas esto es raro, en general, imposible y no necesario.

Conviene volver á recordar que la ciencia es el hilo de oro que guía al educador en el laberinto del corazón del joven para implantar allí su más rico tesoro, la religión, y educarle perfectamente.

El educador digno ó que ejerce el *Apostolado de la en-*

señansa debe poseer la ciencia competente general y la ciencia competente especial.

Ciencia competente general es poseer á fondo la lengua de la nación y escribirla correctamente, conocer la historia, la geografía, la física, las matemáticas y otras cosas que el periodismo ha generalizado y que deshonraría al maestro no saberlas, como las saben las medianías ilustradas.

Ciencia competente especial es poseer verdaderamente lo que se ha de enseñar, los métodos de enseñanza ó pedagogía y la ciencia de la educación.

Si, además, estuviera el educador revestido de la eminente dignidad sacerdotal, se deshonraría á sí mismo, sinó poseyera á fondo la ciencia de la Teología y de las Santas Escrituras.

Todos estos conocimientos deberá poseer el digno educador á título de conciencia y justicia, á título de honor al cuerpo profesional, á que pertenece, á título del ascendiente que debe adquirir sobre sus discípulos, á título de legítima competencia sobre tanto educador indigno y á título de preciosa, legítima y modesta satisfacción.

No estará de más recordar con San Bernardo los cinco fines que pueden perseguir los que se dedican á las ciencias: hay quien quiere saber solamente por saber; esta curiosidad es vergonzosa ó inútil; hay quien quiere saber para ser tenido por sabio, vanidad vergonzosa, ridiculizada por el pagano Persio: *Scire tuum nihil est, nisi te scire hoc sciat alter*, no te crees por sabio, si los demás no te tienen por tal; hay quien quiere saber para vender su ciencia por dinero, por honores; avaricia vergonzosa; y hay quien quiere saber para edificarse á sí mismo, y esto es sabiduría, ó para edificar al prójimo y esto es caridad.

El digno educador deberá poseer á fondo lo que ha de enseñar: para enseñar poco hay que saber mucho; sin esto ni el educador tendrá el necesario ascendiente sobre sus discípulos, ni resolverá las dificultades que ocurrir pueden, ni sabrá, como dice Balmes, no sólo dar á conocer la ciencia, ni mucho menos desarrollar las facultades intelectuales

de los discípulos, sinó que será de todo punto incapaz para hacerles vislumbrar aquellos horizontes luminosos, aquellas cimas encantadoras, con que todas las ciencias se acercan á Dios, llamado con lenguaje divino en las Santas Escrituras el Dios de las Ciencias: *Scientiarum Dominus*.

Si poseer lo que se ha de enseñar á jóvenes y los procedimientos pedagógicos no es cosa difícil para los que han sido llamados por Dios al ministerio de la educación, no es lo mismo respecto de la ciencia de la educación que abarca el entendimiento, la voluntad, el corazón, las facultades sensibles, el hombre entero.

Sin la ciencia de la educación se camina á ciegas en asunto de tanta trascendencia. «Si tuviereis, dice Bossuet, que domar un caballo ó dirigir un rebaño, no podríais hacerlo sin competente conocimiento: ¿que será cuando se trata de educar y dirigir seres libres y racionales?» Esta es la ciencia más difícil, ha dicho un gran Papa: *Ars artium regimen animarum*.

Tres condiciones son necesarias para poseer una ciencia habiendo capacidad: 1.^a trabajo; 2.^a reflexión; 3.^a consejo ó docilidad.

El simple buen sentido y la constante experiencia nos dicen que sin trabajo constante y metódico no es posible llegar á poseer nada perfectamente. Como el ave ha nacido para volar y el caballo para la carrera, así el hombre ha nacido para el trabajo. Aún en el paraíso terrenal no hubiera existido la ociosidad, madre de los vicios: ahora el trabajo es penoso; más la costumbre lo hace ligero y agradable; sirve de expiación á nuestras faltas y es origen de muchas virtudes. Aún los que en el mundo han figurado como genios, no lo han conseguido sin constante y metódico trabajo.

Tres cosas, decían los antiguos, dan al hombre la posible felicidad de esta vida: tranquilidad de conciencia, contento con el estado y posición que se tiene y ocupación. Todo el mundo sabe cómo se aburre el que no está ocupado.

Ahora bien, como en ninguna ciencia, en ningún método de enseñanza y, sobre todo, en la ciencia de la educación jamás se dirá la última palabra, de ahí la evidente necesidad para el digno educador de saber en todo los últimos adelantos para bien suyo y de sus discípulos. Compasión merecería el educador que pensara ú obrara de otra manera.

Deberá, pues, el digno educador hacer grandísima estima del tiempo, más que del oro; mirar todos los momentos, el presente que es el que tiene como un sacramento, que decía un sabio, y proponerse como divisa de su vida la de la V. Juana de Arco: «¡Viva el trabajo!»

Tesoro inapreciable le sería saber trabajar con constancia y método sin perjuicio de su preciosa salud.

En la Orden de Predicadores pasa como axioma, que no estudiar tres horas al día sin causa legítima es falta grave. Con mayor razón, dice un ilustre Obispo, obliga ese trabajo á los educadores que necesitan para educar bien más que para hacer buenos sermones.

Al hombre de oración y método nunca le falta el tiempo.

La segunda condición para adquirir y conservar la ciencia es la reflexión. Los libros, el trabajo, el estudio proporcionan el alimento, la reflexión lo digiere y convierte en sustancia propia. De ahí la inmensa ventaja de la reflexión sobre el estudio. Con la reflexión y sólo con ella se llega al fondo de las ciencias y de las cosas: allí está la verdad, hija del cielo; y la verdad es el único alimento digno del alma inmortal. No sólo la falta de reflexión produce la superficialidad en las ciencias, es también causa de la mayor parte de los fracasos de la vida del hombre: no lo había pensado, no había reflexionado: ¿pues para qué tienes alma que pueda y debe reflexionar? La meditación tan indispensable en la vida espiritual no es en el fondo si no reflexión. Si el mundo, dice San Ligorio, está lleno de pecados y el infierno de reprobos, si sigue á Satanás, caminando de desolación en desolación, es como clama un profeta por falta de reflexión: *quia nullus est qui recogitet corde*.

Bacón en el *Novum Organum* siguiendo á Séneca, dice que hay tres clases de maestros ó doctores: unos, infatuados por el orgullo, desdennan los conocimientos ajenos y sólo enseñan sus propias concepciones; á estos los compara á las arañas: otros enseñan lo que sin orden, ni reflexión han almacenado en su memoria; á estos los compara á las hormigas: y otros en fin, como las abejas, después de haber libado lo más exquisito de las ciencias, lo digieren con la reflexión, elaborando para sí y para sus discipulos la dulcísima miel de la verdad que, en último resultado, es el único constitutivo verdadero de la ciencia.

La tercera condición para adquirir y conservar la ciencia es el consejo ó docilidad, tan necesaria al educador para llegar á ser digno de su altísimo ministerio.

Si á todo joven en cualquier carrera ó profesión le es indispensable la aplicación y docilidad para ser hombre de valía, nunca como al joven educador, á causa de su alto y trascendental ministerio, convendrá resuena en sus oídos y en su corazón: *se dócil y aplicado y llegarás á valer.*

La sin igual importancia de la educación exige un curso tal de conocimientos, luces y consejos que sólo fuertemente apoyado en la experiencia y sabiduría de los hombres gloriosamente encanecidos en este ministerio, entrará el educador con gloria en la carrera, salvará los escollos y arribará con felicidad á la meta, á do sólo llegan los que dignamente ejercen el *Apostolado de la enseñanza.*

Dicennos la Santas Escrituras: *Pide consejo al hombre sabio. Que vuestros piés gasten la entrada de la casa del hombre sabio. Recibir un consejo con docilidad es ya pertenecer á la familia de la sabiduría. La obediencia practicada con amor produce en las almas la casta purificación de todos sus defectos.*

«Aunque fuerais Salomón, el más sabio de los hombres, dice Fenelón, tendríais necesidad de pedir á Dios, ante todo, un corazón dócil. La sabiduría no se halla sinó en la docilidad: hay que aprender sin cesar, para enseñar bien, no sólo de Dios en la oración, sinó también escuchando á

los hombres. Despreciar el consejo de otro es llevar en el corazón el más temerario de los consejos: no sentir su necesidad es estar perdido y sin recursos. El sabio agranda su sabiduría escuchando á otros: aprende de todos para enseñar á todos, y en su docilidad se muestra superior á todos.»

La inteligencia pobre, estrecha es indócil, presuntuosa, confía en sí y desconfía de los demás; le falta el instinto de la luz y no ve más allá del estrecho horizonte de sí misma.

¡Desgraciado del educador indócil que cree saberlo todo y penetrarlo todo!

CAPÍTULO V

El carácter

1. — La tercera cualidad que necesita el que ejerce el *Apostolado de la enseñanza*, es el carácter.

Si la virtud y la ciencia forman el más rico tesoro de un hombre perfecto; si un corazón de oro y una inteligencia de ángel son el tipo de lo ideal, en tratándose del educador, á su corazón virtuoso y á su inteligencia en las ciencias ha de agregarse como elemento y cualidad indispensable, que sea hombre de firmeza, hombre de autoridad, hombre de carácter: sin esta cualidad ni su virtud, ni su ciencia servirán en la educación: hasta tal punto es necesaria esta cualidad, que si el educador no la poseyera, ó pidasela á Dios ó renuncie á su ministerio, dice Dupanloup: la Providencia no le ha destinado á la educación de la juventud.

La práctica completa de la educación se halla contenida en el carácter: todos los más importantes problemas de la disciplina moral y material, de los premios ó castigos, de la severidad ó de la dulzura, de los varios sistemas penitenciarios, de los despidos, etc. etc. están entrañados en esa cualidad eminentemente educadora, el carácter.

Bacón en el *Novum Organum* siguiendo á Séneca, dice que hay tres clases de maestros ó doctores: unos, infatuados por el orgullo, desdennan los conocimientos ajenos y sólo enseñan sus propias concepciones; á estos los compara á las arañas: otros enseñan lo que sin orden, ni reflexión han almacenado en su memoria; á estos los compara á las hormigas: y otros en fin, como las abejas, después de haber libado lo más exquisito de las ciencias, lo digieren con la reflexión, elaborando para sí y para sus discípulos la dulcísima miel de la verdad que, en último resultado, es el único constitutivo verdadero de la ciencia.

La tercera condición para adquirir y conservar la ciencia es el consejo ó docilidad, tan necesaria al educador para llegar á ser digno de su altísimo ministerio.

Si á todo joven en cualquier carrera ó profesión le es indispensable la aplicación y docilidad para ser hombre de valía, nunca como al joven educador, á causa de su alto y trascendental ministerio, convendrá resuena en sus oídos y en su corazón: *se dócil y aplicado y llegarás á valer.*

La sin igual importancia de la educación exige un curso tal de conocimientos, luces y consejos que sólo fuertemente apoyado en la experiencia y sabiduría de los hombres gloriosamente encanecidos en este ministerio, entrará el educador con gloria en la carrera, salvará los escollos y arribará con felicidad á la meta, á do sólo llegan los que dignamente ejercen el *Apostolado de la enseñanza.*

Dicennos la Santas Escrituras: *Pide consejo al hombre sabio. Que vuestros piés gasten la entrada de la casa del hombre sabio. Recibir un consejo con docilidad es ya pertenecer á la familia de la sabiduría. La obediencia practicada con amor produce en las almas la casta purificación de todos sus defectos.*

«Aunque fuerais Salomón, el más sabio de los hombres, dice Fenelón, tendríais necesidad de pedir á Dios, ante todo, un corazón dócil. La sabiduría no se halla sinó en la docilidad: hay que aprender sin cesar, para enseñar bien, no sólo de Dios en la oración, sinó también escuchando á

los hombres. Despreciar el consejo de otro es llevar en el corazón el más temerario de los consejos: no sentir su necesidad es estar perdido y sin recursos. El sabio agranda su sabiduría escuchando á otros: aprende de todos para enseñar á todos, y en su docilidad se muestra superior á todos.»

La inteligencia pobre, estrecha es indócil, presuntuosa, confía en sí y desconfía de los demás; le falta el instinto de la luz y no ve más allá del estrecho horizonte de sí misma.

¡Desgraciado del educador indócil que cree saberlo todo y penetrarlo todo!

CAPÍTULO V

El carácter

1. — La tercera cualidad que necesita el que ejerce el *Apostolado de la enseñanza*, es el carácter.

Si la virtud y la ciencia forman el más rico tesoro de un hombre perfecto; si un corazón de oro y una inteligencia de ángel son el tipo de lo ideal, en tratándose del educador, á su corazón virtuoso y á su inteligencia en las ciencias ha de agregarse como elemento y cualidad indispensable, que sea hombre de firmeza, hombre de autoridad, hombre de carácter: sin esta cualidad ni su virtud, ni su ciencia servirán en la educación: hasta tal punto es necesaria esta cualidad, que si el educador no la poseyera, ó pidasela á Dios ó renuncie á su ministerio, dice Dupanloup: la Providencia no le ha destinado á la educación de la juventud.

La práctica completa de la educación se halla contenida en el carácter: todos los más importantes problemas de la disciplina moral y material, de los premios ó castigos, de la severidad ó de la dulzura, de los varios sistemas penitenciarios, de los despidos, etc. etc. están entrañados en esa cualidad eminentemente educadora, el carácter.

San Agustín, San José de Calasanz, el B. La Salle, Fernelón, Bossuet, Rollín, Allemand, Dupanloup, Timon-David, Monfat, Platón, Quintiliano, Séneca, nos han dejado sobre esta cualidad trascendental las más sabias ideas.

¿Qué es el carácter? Es la fuerza moral, es la firmeza de alma con que un educador ejerce y sostiene los derechos de la autoridad que posee. No es fuerza material, sino moral; no es fuerza corporal, sino espiritual: firmeza en el consejo, pensamientos decisivos, saber reflexionar, y bien hecha la reflexión, saber lo que se quiere, y lo que hay que hacer querer: es una voluntad determinada, resuelta, moderada sin duda, pero inmutable en la moderación.

Rollín ha dicho: «El carácter es de primera necesidad en el educador ó maestro; es una cualidad de la más alta importancia para todos los tiempos y para todas las personas encargadas de la educación. Llamo carácter, añade, cierto aire, cierto ascendiente que imprime respeto y se hace obedecer. Ni la edad, ni la estatura, ni una gran voz, ni las amenazas, ni los castigos forman el carácter: lo forma, sí, la igualdad de alma, la firmeza, la moderación que se posee siempre, que se guía sólo por la razón y jamás por capricho, por ira, por humor.»

El carácter pone todo en orden, establece exacta disciplina, hace observar el reglamento, evita las reprensiones y ahorra casi todos los castigos.

El carácter, dice San José de Calasanz, hace que los discípulos no tanto teman como respeten y amen á su profesor.

Entrad en una clase: todo á primera vista está en orden; reina el indispensable silencio; pero todo es efecto del temor: los discípulos están cohibidos, cerrados sus corazones; las amenazas y los castigos impregnan la atmósfera de la clase: decid sin temor á equivocaros: este profesor valdría para coronel de regimiento; no vale para educar la juventud: en corazones cerrados es de todo punto imposible la educación.

El carácter es la más feliz mezcla de gravedad y de

dulzura, de amor y de respeto: el amor debe ganar y abrir los corazones, y el respeto contenerlos. *Sit vigor sed non exasperans; sit amor sed non emolliens*, ha dicho San Gregorio.

El temor reverencial, respetuoso, filial que acompaña al carácter del digno educador ha de ser, dice graciosamente San Francisco de Sales, como la pelusilla de la fruta que, sin ningún valor en sí, sirve admirablemente para conservarla. Ese temor, añade Joubert, sirve para fijar el amor; y por lo que tiene de austero, impide que se evapore: es el *suaviter et fortiter* en su más feliz y bella combinación en que la fuerza queda latente, limitándose á dejarse sentir.

El carácter del educador consiste principalmente en tres cosas:

1.^a *No permitir jamás que sea despreciada su autoridad.* La ligereza, la inadvertencia y hasta las faltas graves podrán disimularse ó perdonarse; la falta de respeto, jamás.

2.^a *No dejar nunca que su acción languidezca.* No haya acción ú omisión pecaminosa, por pequeña que parezca, que no sea corregida paternalmente haciendo ver su sinrazón; ni falta grave que no sea, no sólo corregida, sino gravemente reprendida, aún cuando no haya otro castigo.

3.^a *No ceder nunca por debilidad á los caprichos ó importunidades de los discípulos.* Estos deben saber y estar persuadidos que cuando la autoridad ha decidido una cosa, no queda más recurso que someterse.

Exigir siempre el respeto, la obediencia, la recta razón, corregir lo que de ellas se aparte ó las contrarie; hé aquí en qué consiste principalmente el carácter del educador.

Infiérese de lo dicho con toda evidencia la necesidad de carácter, constante influencia y autoridad en el educador. Este es el jefe de la escuela y de todo ministerio de la educación: si el jefe flaquea, duda, carece de firmeza, todo tiene que resentirse, esto es evidente.

El trabajo, el silencio, el orden, el reglamento disgustan generalmente á la juventud, inquieta de suyo; y sólo

el carácter firme del educador conseguirá imponerle la marcha conveniente sin la que es imposible la fecunda educación.

Quien desconoce esto, dice Dupanloup, y no lo practica desde el primer momento, desconoce por completo el fondo de la naturaleza humana y del ministerio de la educación.

Carácter se necesita para hacer obediente al joven de quien dice Horacio *nisi paret, imperat*, sinó obedece, manda; carácter para no permitir la más pequeña infracción del reglamento sin la represión, corrección, reparación, expiación que convenga; para no conceder nada al capricho ó importunidad de nadie, de dentro ó de fuera; y, sobre todo, para sostener contantemente la acción del educador contra todo y contra todos y realzar y reparar con dulzura y con firmeza, sin desmayar un punto, cuanto contribuya al más perfecto desempeño de su altísimo ministerio.

Sé firme y fuerte y haz guardar la ley, dice la Escritura: *Confortare et esto robustus*. Sé muy firme y muy fuerte: *Confortare et esto valde robustus*. Ten valor y no temas ni tiembles: *Confortare, noli metuere, noli timere*. No temas, está firme y obra como hombre: *Tu autem confortare et esto vir et viriliter age*. Tomada una buena y meditada resolución, sé constante é inquebrantable en la ejecución: *Esto firmus in veritate sensus tui*. La mano del hombre firme gobernará, la del flojo pagará tributo. El hombre flojo ó perezoso pagará tributo, quiere y no quiere, *vult et non vult*; su lánguido desear le mata: *Desideria occidunt pigrum*. La flojedad deja hundir los techos, y las manos perezosas son causa de que entre la lluvia por todas partes.

Si el carácter, si la firmeza es necesaria para todo, lo es sobre manera en el gobierno de los hombres y más aún en la educación de los jóvenes.

2. — Siendo el carácter cualidad tan indispensable para ejercer el *Apostolado de la enseñanza* ¿cómo se conseguirá?

Con humildad, con oración, respetando á los superiores y, sobre todo, con ardiente devoción al que es fuente de todo bien, al divino Corazón de nuestro amante Redentor.

Conviene recordar que la inmensa mayoría de las familias que pagan la enseñanza conténtase en su lamentable necedad con que sus hijos reciban sólo la instrucción que los habilite para una profesión en la sociedad, y que la inmensa mayoría de los profesores sin espíritu católico en su necedad ú orgullo creen *justo* limitarse á contentar á semejante vulgo. Hay silencio y cierto orden en la clase, los discípulos aprenden la asignatura, ya están satisfechos. Semejantes profesores atiéndense á lo satirizado por un poeta patrio: El vulgo es necio, y pues lo paga es *justo* — hablarle en necio para darle gusto.

No procede así el digno profesor: además del orden y silencio, indispensables para aprender la ciencia, mirando á esta como medio y no como fin, como requisito para penetrar en el alma y corazón del joven, y sabiendo que sólo Dios es el que hace germinar los bellos frutos de la virtud, esperará de sólo él que sus palabras lleguen hasta el alma del discípulo con dulzura y eficacia, y que juntamente con la ciencia adquiera la completa educación.

Como el carácter, firmeza y autoridad para modelar según Dios el corazón de la juventud, exceden las fuerzas de la naturaleza, el digno profesor pedirá tan necesarias cualidades al Autor de todo bien perfecto, recordando la dulce promesa del divino Maestro; *Buscad y hallaréis, pedid y se os dará, llamad y se os abrirá*: Ha dicho el Apóstol: «La piedad es útil para todo y obtiene las promesas de la vida, vida presente y de la futura:» he aquí el elemento más precioso para conseguir el carácter tan necesario en la educación.

Acostumbrado además el profesor á orar á Dios, recibirá de su oración un prestigio y una autoridad, que, como á otro Moisés, le harán aparecer ante sus discípulos como el visible delegado del Dios de toda ciencia, gozará de la paz y tranquilidad para no propasarse en obras ó palabras

y de aquella modesta alegría que produce en torno suyo la más irresistible y dulce influencia.

La obediencia, la docilidad, el temor reverencial, el respeto, he aquí lo que el digno profesor, si tiene carácter, produce en sus discípulos. Ahora bien: ¿quiere el educador ser obedecido, ser respetado? Obedezca él, respete. Dictalo el buen sentido: ya lo notó San Agustín cuando dijo: «La desobediencia del hombre se torna contra él: *Adversus eum inobedientia ipsius*. Que el que pide la obediencia del inferior obedezca á su superior. Tú que no obedeces á tu superior, serás atormentado por tu inferior: *Qui non obtemperas domino torqueris a servo*. ¿Quieres ser respetado del menor que tú? respeta á tu mayor: *Timei vis a minimo? time majorem*. Así sucedió desde el principio del mundo: la carne se reveló contra el hombre, porque éste se había revelado contra Dios. Esta ley del talión es más real de lo que parece. El digno educador es dócil, obedece, teme reverentemente, respeta á sus superiores, y Dios en cambio, le hace hombre de carácter.

Jesucristo es el primero y principal agente, aunque invisible en el trascendental ministerio de la educación de la inteligencia y corazón de los jóvenes. Si él no ayuda á esta obra interior, en vano se fatigará el educador. Sólo Jesucristo, Maestro divino, juntó en su persona adorable los dos grandes elementos que forman el carácter del perfecto profesor: la autoridad y la dulzura. Este era el sello privilegiado y distintivo de su enseñanza. Este arrebatava las muchedumbres y las hacía dóciles á su doctrina. *Admirabantur turbe super doctrinam ejus. Erat enim docens eos, sicut potestatem habens*: Jesucristo enseñaba como el hombre de la autoridad, no, como los escribas y fariseos. El es también el modelo de infinita dulzura que invita á todos á aprenderla de su adorable y divino Corazón. *Aprended de mí que soy de humilde y dulce Corazón*. Pida, pues, el educador á este divino Corazón infinitamente amable é infinitamente amante su autoridad y su dulzura, y con ellas tendrá entre sus discípulos una influencia y

prestigio que en vano pretendería con repugnante afectación de superioridad y de mando. Así se expresa Monfat, tan recomendado por León XIII.

Después de los medios sobrenaturales para adquirir y conservar el carácter vienen los medios naturales ó materiales que el digno educador estimará también en gran manera. Estos pueden reducirse á tres: hacerse temer, hacerse respetar y hacerse amar.

Hacerse temer. Si los niños y los jóvenes fueran ángeles ó siempre razonables el puro amor bastaría para su educación: no es así, y hay absoluta necesidad de imponer en muchos casos el temor. El santo Fundador de la Escuela Pia quiere que se contenga á los niños con el temor: *Pueros in timore contineat*, y Bossuet ha dicho «que el temor es un freno necesario á los hombres á causa de su orgullo y natural indocilidad.» Quintiliano, después de haber prescrito que la virtud y santidad del profesor deben preservar de todo escándalo la inocente juventud, añade: *Et ferociores a licentia gravitas deterreat*: la seriedad y el temor deben contener á los díscolos. La gravedad será el aspecto ordinario del profesor, y en sus ojos ó en su voz, en público ó en privado manifestará el disgusto que le causan las faltas que se cometen. Pero el temor indispensable en la educación es el filial, el reverencial, aquel del que está escrito: *Alégrese mi corazón, temiendo tu nombre: Letetur cor meum ut timeat nomen tuum*. Si es necesario, impóngase el castigo sin ira, sin perder la paz, y muéstrese el sentimiento de tener que acudir á tal extremo.

Hacerse respetar y estimar. Lo primero que hacen los discípulos con un nuevo profesor, dice Rollin, es estudiarle y sondearle: no hay industria ni artificio que no ensayen para imponérsele; mas si le hallan siempre firme, digno, razonable, tranquilo, grave, competente, amable, se rinden á discreción, y la paz y buena inteligencia reiman como soberanas.

Para hacerse respetar y estimar preséntase el buen educador ante sus discípulos de la manera más digna, cui-

dando de no ser sorprendido en faltas de que resultase mal ejemplo.

La cólera, la desconfianza, las sospechas, la impaciencia, la vanidad, la volubilidad, el capricho, la insuficiencia los escandalizarían; en cambio, la firmeza, la suficiencia, la igualdad de semblante, la moderación, la bondad, la amabilidad sin que degeneren en familiaridad, la exacta puntualidad, no tardarán en ganarse los corazones y hacerse respetar y estimar.

En los *Avisos á un educador* se le dice: «No useis la autoridad sin razón, ni para cosas que no valgan la pena; porque ¿qué recurso quedaría, cuando las circunstancias hagan necesarias vuestra autoridad y toda vuestra energía? Miradlo bien antes de mandar, y después sed firme y no concedáis lo negado, á no cambiar las circunstancias. Cuando preveáis que no seréis obedecido, no mandéis. No hagáis vanas amenazas y menos, injustas: lo vano hace reír; lo injusto irrita.»

«A las preguntas de los discípulos, sinó estáis á la gran altura de la ciencia, antes de desprestigiarlos, tratad de eludirlos con habilidad; y si estáis ya acreditado, no hay inconveniente en confesar que sólo Dios lo sabe todo.»

También el digno profesor cuidará que en su vestido brillen la dignidad y la modestia, sin exceso ni defecto en el aseo: el exceso supone despreciable afeminación, el defecto, abandono repugnante.

Así merecerá el profesor ser respetado y estimado y su carácter á la altura conveniente.

Hacerse amar. Está en el fondo de la naturaleza humana no recibir los avisos, correcciones, etc. sinó de personas que se aman. No tanto para sí, como para el bien de sus discípulos necesita el profesor ser amado: deberá, pues, conducirse de manera que merezca ese amor; y lo merecerá, sin duda, si á semejanza del amor que Dios nos tiene, ama el maestro á sus discípulos *con prioridad, con inclinación á perdonar y con generosidad inagotable.*

Empiece, pues, el profesor á manifestar á sus discipu-

los la mejor voluntad y deseo de todo su bien, y esto constantemente, sin desmentirlo jamás; y que vean que aún en los castigos no mira sinó el provecho de los mismos.

Hállese siempre inclinado á perdonar lo más pronto posible, no por debilidad sinó por grandeza de alma.

Que los discípulos vean al profesor entregado de corazón y con todas sus fuerzas á los verdaderos intereses de los mismos, sin amor propio, ni cálculo de provecho personal; que esta generosidad no tenga más límites que los de la razón y vaya acompañada de aquellas dulces y amables maneras que, si bien sólo son el barniz del verdadero amor, tienen para el corazón tanto atractivo.

Dice también un educador eminente: «Para haceros amable, no seais profesor más que en la clase; fuera de ella, sin perder jamás la modestia, dejad la gravedad. Saludad á vuestros discípulos; habladles como padre, como hermano, como amigo, pero sin familiaridad. Interesaos en sus cosas pequeñas y hacedles todos los favores que inspira la caridad y permite la prudencia.»

Finalmente, como los hombres siempre se parecen en el fondo de su naturaleza, y lo que habitualmente nos repugna ó nos agrada, repugna ó agrada también á los demás, colóquese el profesor en el puesto del discípulo, recuerde, cuando él era jovencito, las impresiones que el proceder de sus maestros le causaba; así evitará hacer ó decir lo que comprometería su carácter y agrandará su amabilidad para insinuarse en el alma y corazón de sus discípulos y moldearlos según el espíritu del que dignamente ejerce el *Apostolado de la enseñanza*. Proceder así, no es, por otra parte, sinó atenerse á la gran máxima de derecho natural, renovada por el Evangelio: *Haced á otros lo que queréis os hagan los demás.*

3. — Como el carácter del profesor sea de tanta trascendencia en la educación, hasta el punto que de algún educador ha podido decirse, sinó con verdad, con cierta apariencia: «menos virtud y menos ciencia y más carácter»

no estará demás señalar los defectos que más ordinariamente comprometen la autoridad, el carácter del profesor. Estos pueden dividirse en tres categorías: defectos de unión é inteligencia con otros profesores, defecto de igualdad de temperamento y conducta y defecto de dignidad y tacto.

Defecto de unión é inteligencia con otros profesores.

Además del respeto que todo digno profesor debe guardar a sus superiores, honrará á los compañeros de profesorado, sabiendo que el honor de todos es indispensable para la grande obra de la educación; se guardará de ambicionar para sí solo, y mucho más con detrimento ageno, el honor que todos necesitan; no denigrará á los profesores que le han precedido, teniendo muy presente este consejo de Jouvençy: «si la ciencia hincha, combatamos sin cesar el amor propio, para que no veamos arruinarse y desvanecerse esa amable y religiosa modestia del corazón que nos hace pensar humildemente de nosotros y de los demás con honor:» se guardará de mendigar de los discípulos vanas alabanzas y de darles el espectáculo poco edificante de rivalidad ó envidia con otro compañero, teniendo muy presente que una casa de educación en que el profesorado está dividido camina á su ruina: y no sólo honrará á los profesores de la casa, sinó también á los de fuera, bien persuadido que practicando con los demás la caridad y dejando á solo Dios el mérito y juicio justo de los otros, su autoridad y su carácter se verán realzados.

Defecto de igualdad de temperamento y de conducta.

En los *Avisos á un educador* se dice respecto á este asunto: «quien destruye y desprestigia todo en la educación es el hombre que obra por capricho y como por resorte. Los discípulos le conocen luego y dicen entre sí: ¿Nuestro profesor está hoy de mal humor? Sí; pues guardémonos. El profesor que así procede, pasa todo á unos y nada á otros; es crédulo para éstos y á aquellos ni siquiera los atiende en su justo medio de defensa: así, empieza á ser despreciado, y se termina por detestarle.»

Conviene, dice Tácito, que la bondad no disminuya la

autoridad, ni que la severidad perjudique al amor; pero nada hay más raro que esta perfeccion: *quod est rarissimum*. Hay sin embargo que aspirar á ello: para conseguirlo y que en todas las ocasiones el profesor esté á la altura de su estado y que señor de sí pueda imponerse á los demás con razón, sin ira, sin arrebatos, observe invariablemente el consejo del gran Fenelón: «No reprendáis jamás á un niño ni en su primer movimiento ni en el vuestro:» si lo hacéis en el vuestro, el joven se apercibe que obráis por pasión y no por razón y perdéis la autoridad: si lo hacéis en el suyo, no tiene bastante serenidad para confesar la falta, vencer su pasión y recibir vuestro aviso: os exponéis á que os falte al respeto: esperad, hasta algunos días, si es menester, á que reciba bien vuestra advertencia: *Faciles aditus et mollia tempora fandi*, dice Virgilio. A menos que el orden exigiese una represión inmediata.

Hay indignos profesores que no saben sinó aplicar castigos corporales ó no hacer nada; abandonar todo ó golpear á tontas y á locas: así no se educan las almas.

Un maestro encolerizado ó arrebatado no se posee á sí mismo, y con su alma desordenada no corregirá ni hará entrar en orden las almas de sus discípulos. No se tratan las enfermedades con aspereza, decía Séneca; los vicios son enfermedades del alma y piden un tratamiento benigno y un médico amable.

Los jóvenes discípulos, á quienes tanto hay que perdonar, no perdonan nada á sus maestros. Por pequeña que sea la inmutación, dice Fleury, que observen en el profesor, y en esto son muy linceos, comprenden que es la pasión y no la razón la que le mueve á obrar, y con esto desaparece todo el buen efecto que debe producir la corrección ó castigo. Por eso quería Cicerón que los encargados de gobernar fuesen como las leyes, impasibles y castigasen por justicia, sin ira y mirando sólo á bien común.

Y esta igualdad de temperamento ó humor tan necesaria para la educación no supone que el profesor debe seguir en todos los alumnos siempre una misma conducta,

Esta aparente justicia sería suma injusticia: *Summum jus summa injustitia*. Hay que modificar el modo de proceder según el carácter de cada uno y según sus actuales disposiciones.

Decía San Anselmo á los que en Bec estaban encargados de la educación de los jóvenes: «Como alimento sólido, el pan es excelente para el que pueda comerlo; pero dádselo al que acaba de ser destetado, y veréis que se ahoga y no le aprovecha. Recordad esto: así como el cuerpo exige alimento diferente, según es débil ó vigoroso, así el alma según su estado. Un alma vigorosa exige alimento sólido; un alma débil y tierna necesita leche, quiero decir, dulzura en el trato, compasión, paciencia, consuelo. Poneos al nivel de vuestros jovencitos y los ganaréis para Dios.»

En la *Educación de los Príncipes* dice también el Doctor Angélico: «Nuestro deber es corregir al niño para que no sea malo; mas hay que proceder de diversa manera según los diversos caracteres: *Diversimode secundum puerorum necessitatem*. Hay quienes parecen nacidos para el orden, para la disciplina; á éstos no hay que violentarlos ni forzarlos; basta dirigirlos. Para otros se necesita fuerza y hasta violencia; pero no hay que desmayar aunque aparezca tardío su aprovechamiento.» Así procede un padre digno en el trato con sus hijos.

Defecto de dignidad y de tacto. El profesor, y más si es sacerdote, debe estar penetrado de la grandeza de su ministerio y de sus funciones con modestia sí, pero con nobleza, para evitar hacer ó decir cosa indecorosa á su persona, hacerse constantemente respetar, ser siempre luz para los que le rodean y sal que preserve á sus discípulos de la corrupción del pecado.

Cualquier palabra ó acción menos digna rebajaría al profesor y haría ver que ni él mismo respeta su elevado carácter. Manifestar afecto especial á algún alumno sin más fundamento que sus cualidades naturales de riqueza, talento, hermosura, posición, etc., vanagloriarse él mismo

de tener alguna excelente cualidad natural, ser ávido de alabanzas, etc., etc., desprestigiaría su dignidad y le colocaría al bajo nivel de *un cualquiera*.

El tacto es el sentimiento seguro y delicado de lo conveniente; es el recto juicio aplicado á la conducta en relación á las personas que nos rodean. Si bien esta cualidad proviene de la naturaleza y educación, puede, empero, ser admirablemente perfeccionada y hasta adquirida con la observación y reflexión. Aprovechaos, dice *La Imitación*, de todo; si veis un buen ejemplo, seguidlo; si veis algo reprehensible, guardaos de imitarlo, y corregidlo si está también en vosotros.

Las faltas de tacto más ordinarias y peligrosas son: burlarse del país de los discípulos, quejarse de toda una clase ó casa de enseñanza, prodigar demasiados elogios á un particular, echar en cara los defectos naturales, pobreza, bajeza de nacimiento, malos antecedentes de familia, etc., etc., dirigir epítetos mal sonantes, bestia, tonto, impío, etc., propios de un hombre airado ó malamente educado. Sobre los epítetos mal sonantes dice un educador citado por Monfat: «La mayor injuria que se puede permitir en la educación es llamar á un alumno perezoso, aturdido, mentiroso, y esto, á lo más, cuatro veces al año.»

La demasiada comunicación con los discípulos es también un peligro para la dignidad del profesor, porque fácilmente degenera en familiaridad, y esta en inclinación á desobedecer y al fin en desprecio.

No hay peligro en elogiar á toda una clase: cuando se haga á un individuo, hay que hacerlo con cierta delicadeza para no excitar su orgullo, diciendo, por ejemplo, que se elogia su buena voluntad, sus esfuerzos; pero que todavía se espera más y mejor, y que el elogio no es absoluto sinó relativo.

Al contrario: hay mucho peligro en reprender ó castigar á toda una clase, para no irritar á todos: elijanse los más culpables, sean estos los reprendidos, y los demás,

aunque perdonados, sentirán la reprensión sin el grave inconveniente de irritarlos á todos.

Finísimo tacto hay en esta advertencia de Fenelón: «No digáis jamás á un niño una falta ó defecto sin decirle y animarle á corregirlo: sería bien excitarle á que él mismo quiera que se le digan sus defectos; y nunca digáis muchos de una vez.»

Es falta de tacto manifestar complacencia en las reprensiones ó castigos, ó al contrario, mala voluntad ú odio: *Objurgant quasi oderint*, ha dicho Quintiliano. Y finalmente toda falta de caridad y procedimiento que irrite á los que sean de naturaleza sensible, y á los que no lo sean tiende á hacer estúpidos.

CAPÍTULO VI

La abnegación

1. — La cuarta cualidad necesaria para dignamente ejercer el *Apostolado de la enseñanza* es la abnegación.

Al hablar el Obispo de Orleans de la abnegación de un digno profesor se exclama así: «Dígolo con la más profunda convicción: quien no tiene en su corazón abnegación de padre y de madre para la juventud no está destinado al ministerio de la educación.» El que así habla va al fondo de la cosa y sabe lo que lleva entre manos.

¿Y qué es la abnegación? Es entregarse en cuerpo y alma, sin reparar en sacrificios, á la obra de su ministerio; es después de dar su tiempo, en libertad, sus comodidades, darse asimismo todo entero: sólo así se desempeña con abnegación este *Apostolado*. Yo os daré todas las cosas y á mí mismo, decía San Pablo: *Impendam omnia et super impendar ipse*. Esta es la meta del digno educador.

La sublimidad é imponderable trascendencia de la educación para el tiempo y para la eternidad exige todo eso:

los niños de hoy serán los hombres de mañana, después los habitantes de la mansión de la gloria ó del lugar de los tormentos.

El digno educador sabe, sin forjarse ilusiones, que sólo á fuerza de abnegación puede educarse convenientemente la juventud. Vivir sin aparente dignidad, sin descanso, siempre al nivel de los jóvenes, multiplicarse, extender su solicitud á todo y á todos, al progreso en la piedad y en las ciencias, á la inteligencia, al corazón, al carácter, al gusto ó parte estética, á la salud, á las relaciones de dentro y de fuera, á los defectos para corregirlos con paciencia, á las buenas cualidades para desarrollarlas, á las penas, enojos y desmayos para consolar, dulcificar, animar; en una palabra, la solicitud que abarca todo, desde las necesidades más elevadas del alma hasta los cuidados más humildes de la vida material ni si quiera puede concebirse sin una abnegación extraordinaria.

Por eso decía Fenelón á los educadores: «Sed padres; y aún no basta: sed madres.» San Pablo había dicho: Nosotros no somos pedagogos sinó padres: *Non pedagogos sed patres*. Yo estaba en medio de vosotros como un padre, hablándoos con ternura como á hijos míos. Yo era para vosotros como una nodriza cariñosa.

Sábese el dulce nombre con que San Juan llamaba á sus discípulos: Hijos míos, hijitos míos: *Filioli*. Y en esto no era sinó el eco fiel del divino Educador que á sí mismo se había comparado á una madre: *Sicut gallina pullos*, y había dicho: Dejad que los jovencitos vengan á mí: *Sinite parvulos venire ad me*.

Tan verdadero es todo esto y tan fundado en la razón que hasta lo habían entrevisto los paganos. Necesítase, ante todo, decía Quintiliano, que un maestro tenga para sus discípulos corazón de padre: *Sumat ante omnia erga discipulos animum parentis*.

La educación es una función esencialmente paternal, y esto es su mayor gloria; necesítase, pues, en los llamados por vocación á este ministerio la misma ó mayor abnega-

aunque perdonados, sentirán la reprensión sin el grave inconveniente de irritarlos á todos.

Finísimo tacto hay en esta advertencia de Fenelón: «No digáis jamás á un niño una falta ó defecto sin decirle y animarle á corregirlo: sería bien excitarle á que él mismo quiera que se le digan sus defectos; y nunca digáis muchos de una vez.»

Es falta de tacto manifestar complacencia en las reprensiones ó castigos, ó al contrario, mala voluntad ú odio: *Objurgant quasi oderint*, ha dicho Quintiliano. Y finalmente toda falta de caridad y procedimiento que irrite á los que sean de naturaleza sensible, y á los que no lo sean tiende á hacer estúpidos.

CAPÍTULO VI

La abnegación

1. — La cuarta cualidad necesaria para dignamente ejercer el *Apostolado de la enseñanza* es la abnegación.

Al hablar el Obispo de Orleans de la abnegación de un digno profesor se exclama así: «Dígolo con la más profunda convicción: quien no tiene en su corazón abnegación de padre y de madre para la juventud no está destinado al ministerio de la educación.» El que así habla va al fondo de la cosa y sabe lo que lleva entre manos.

¿Y qué es la abnegación? Es entregarse en cuerpo y alma, sin reparar en sacrificios, á la obra de su ministerio; es después de dar su tiempo, en libertad, sus comodidades, darse asimismo todo entero: sólo así se desempeña con abnegación este *Apostolado*. Yo os daré todas las cosas y á mí mismo, decía San Pablo: *Impendam omnia et super impendar ipse*. Esta es la meta del digno educador.

La sublimidad é imponderable trascendencia de la educación para el tiempo y para la eternidad exige todo eso:

los niños de hoy serán los hombres de mañana, después los habitantes de la mansión de la gloria ó del lugar de los tormentos.

El digno educador sabe, sin forjarse ilusiones, que sólo á fuerza de abnegación puede educarse convenientemente la juventud. Vivir sin aparente dignidad, sin descanso, siempre al nivel de los jóvenes, multiplicarse, extender su solicitud á todo y á todos, al progreso en la piedad y en las ciencias, á la inteligencia, al corazón, al carácter, al gusto ó parte estética, á la salud, á las relaciones de dentro y de fuera, á los defectos para corregirlos con paciencia, á las buenas cualidades para desarrollarlas, á las penas, enojos y desmayos para consolar, dulcificar, animar; en una palabra, la solicitud que abarca todo, desde las necesidades más elevadas del alma hasta los cuidados más humildes de la vida material ni si quiera puede concebirse sin una abnegación extraordinaria.

Por eso decía Fenelón á los educadores: «Sed padres; y aún no basta: sed madres.» San Pablo había dicho: Nosotros no somos pedagogos sinó padres: *Non pedagogos sed patres*. Yo estaba en medio de vosotros como un padre, hablándoos con ternura como á hijos míos. Yo era para vosotros como una nodriza cariñosa.

Sábese el dulce nombre con que San Juan llamaba á sus discípulos: Hijos míos, hijitos míos: *Filioli*. Y en esto no era sinó el eco fiel del divino Educador que á sí mismo se había comparado á una madre: *Sicut gallina pullos*, y había dicho: Dejad que los jovencitos vengan á mí: *Sinite parvulos venire ad me*.

Tan verdadero es todo esto y tan fundado en la razón que hasta lo habían entrevisto los paganos. Necesítase, ante todo, decía Quintiliano, que un maestro tenga para sus discípulos corazón de padre: *Sumat ante omnia erga discipulos animum parentis*.

La educación es una función esencialmente paternal, y esto es su mayor gloria; necesítase, pues, en los llamados por vocación á este ministerio la misma ó mayor abnega-

ción que la naturaleza ó mejor, la Providencia ha depositado en el corazón de los padres. Tenéis la representación y la autoridad del padre en la educación de sus hijos, la paternidad más bella, la del alma, tened, pues, su abnegación.

Dice Rollín: no hay un momento en que el maestro no responda del alma de los jóvenes que se le han confiado. Si su ausencia ó falta de atención, añade, da lugar á que el hombre enemigo les robe el precioso tesoro de la inocencia ¿que responderá á Jesucristo, cuando le pida cuenta de sus almas? No debe, pues, perderlos nunca de vista. ¿Y esto concíbese siquiera sin abnegación extraordinaria?

Veamos un detalle de los mil que abarca la educación. Un profesor digno atenderá preferentemente á los discípulos más retrasados de la clase, sin sacrificarlos á los que á los ojos del mundo le darían más honor. Este procedimiento no lo tienen sinó un padre y una madre que no abandonan jamás á sus más pequeñitos, que se proporcionan á su debilidad, atienden á sus necesidades todas y dicen como Jacob: No puedo andar tan de prisa, sabes que tengo pequeñitos: *Nosti quod parvulos habeam*. Así proceden los profesores que tienen abnegación, no, los meramente asalariados.

Por otra parte sólo una gran abnegación soporta con paciencia tanta ligereza, tanta distracción, tanta ingratitud, tanto defecto natural como hay en los niños; y sólo ella los atrae, los transforma y se hace amar de ellos identificándose profundamente con sus tiernecitas almas.

Una inteligencia clara, un juicio recto, larga experiencia, observación fina y penetrante son sin duda necesarias á la ciencia de la educación; pero sólo la abnegación acierta en ideas, recursos, deberes y circunstancias, sin las que sería imposible completar la educación.

Decía un admirable educador: «¿Cuán difícil es en presencia de los niños pensar en todo cuando sólo se hace con la cabeza! ¡qué inevitables lagunas, qué involuntarios olvidos! ¡cuántas cosas mal comprendidas ó abandonadas!

Vosotros á quienes maravilla la ligereza de los jóvenes, impaciente su pereza, irrita su indocilidad, desaniman sus caídas, dejad á otros el cuidado de formar esos corazones y entendimientos, tan llenos de desigualdades y miserias de toda especie: dejad á otros esos infinitos detalles, tan fatigosos por su monótona repetición, como por la pequeñez de su objeto: os cansaríais pronto en vuestro oficio, no llenaríais vuestro deber, luchando contra vosotros mismos; vuestros discípulos se resentirán de la penosa fatiga de vuestra vida que no estaba llamada á la educación.

El que ejerce el *Apostolado de la enseñanza* recuerda constantemente que Dios y los padres le han confiado, para que los eduque, sus más amadas prendas. El corazón de Dios y en necesaria proporción el corazón de los padres es un foco inagotable de abnegación y de paciencia; hé aquí porque el educador digno deberá participar, al representarlos, de las cualidades de su mismo corazón.

Para evitar y prevenir los inmensos peligros que en las distracciones, en los enfados, en las penas, en los placeres puede correr el corazón del niño, el educador no omite medio en su ternura y abnegación para que esté siempre abierto y satisfecho; proporcióname las más dulces y nobles satisfacciones de la piedad y del estudio, los recreos más vivos y más puros: así la amada juventud, más buena cada día y más contenta hallase feliz bajo el cuidado é inspección de un corazón paternal, encontrando en la escuela, en el colegio, en la casa de educación unos segundos padres que, dispuestos por la Providencia, abrigan, como los primeros, ricos tesoros de abnegación y puro amor.

2. — Como en último resultado tenga la educación por objeto hacer felices á los jóvenes en la vida presente y en la vida del porvenir, el profesor digno mirará todos sus detalles como de importancia suma; y su abnegación le hará el hombre de Dios, siempre dispuesto para todo bien.

Sin descuidar un punto el ministerio particular puesto

á su cargo, no perderá jamás de vista el conjunto general, y sin intrusiones irritantes se prestará con plena voluntad á cualquier trabajo extraordinario que exijan las circunstancias que en una casa de educación pueden presentarse á cada hora.

El orden y buen espíritu de los alumnos, el buen estado del edificio, la economía general, todo influye poderosamente en la educación, ministerio tan colectivo y tan complejo; y sólo con abnegación se consigue la unidad y dirección de fuerzas que dan por resultado el fecundo fin que se persigue.

Quo altius eo divinius ha dicho un Santo: cuanto á más alto se mira, más se asemeja uno á Dios: así la importancia de la buena marcha general de una casa de educación exige de la abnegación del profesor que no se limite á su propia esfera, que no se concentre en lo que podría llamarse la vida privada, sino que en caso necesario se preste con amor al bien común, combatiendo así el egoísmo que, como se sabe, es el gran enemigo de la abnegación.

La enfermedad de un profesor, una visita, los exámenes, las academias, etc., etc., requirirán una vigilancia, un trabajo no ordinario: sólo la abnegación sostiene el buen espíritu que hace frente á todo, y sabe decir: «Preparado está mi corazón, Dios mío, preparado está mi corazón.»

Conviene no olvidar que el buen éxito de una batalla depende más de la abnegación, esto es, de la exactitud á lo mandado por el general que del valor y bravura aislada del soldado.

Para que la abnegación sea verdadera, constante, firme y eficaz, sin parálisis, ni desfallecimientos un profesor digno recordará las observaciones siguientes:

1.^a Conviene tener alta estima del gran ministerio de la educación y de la eficacia de los procedimientos que la enseñanza católica, como inspirada en Jesucristo, pone á su servicio para conseguir la dicha de la juventud en el tiempo y en la eternidad. El exceso aquí no es peligroso; y se evita el decaimiento en que incurriría el celo y abne-

gación de un profesor, aunque no consiga ver realizado su ideal en una escuela, seminario ó casa de educación.

2.^a Hay que acostumbrarse á juzgar con indulgencia de los hombres y de las cosas. Esta disposición que tanto agrada á Dios sirve admirablemente para ganar los corazones de nuestros semejantes y sostener nuestro celo. Ha dicho un gran pensador: «El optimismo es necesario para convertir las almas; es esencial al apostolado que desmayaría á no estar sostenido por la esperanza del éxito. El ejército que duda menos del buen resultado del combate tiene más asegurada la victoria.»

Según el consejo de San Francisco de Sales, cuando presenciemos un hecho que mirado de cien maneras, las noventa y nueve son malas y una sola buena, adoptemos ésta con preferencia. Haciéndolo así, sufriremos menos, agradaremos más á Dios y á los hombres, y nuestra estima y confianza en el ministerio de la educación no se alterará.

3.^a Para evitar decepciones y errores que emenguarían el celo y abnegación es prudente preveer con la mayor benevolencia muchas especies de defectos en las cosas y personas que nos rodean. No hay hombre grande para su ayuda de cámara, ha dicho Balmes. Todos los hombres valen poca cosa para producir grandes resultados; y en las empresas mejor combinadas y emprendidas se hallan hechos extraños y necias consecuencias, aún en los buenos entendimientos y en las almas más santas. Así en lo más íntimo del corazón se arraiga la convicción preciosa de que el buen éxito no tanto depende de nuestros esfuerzos como de la gracia con que Dios recompensa nuestra buena voluntad.

Admirable regla de conducta se halla en esta máxima de San Agustín, que el Conde de Maistre llamaba «el fatalismo de la sabiduría»: «Hacer todas las cosas, como si su buen éxito no dependiera más que de nosotros; y después de haber trabajado, esperar sólo de Dios el buen resultado.» Con esto no decaerá nuestra abnegación á pesar de las

imperfecciones de los hombres; será la misma, cualquiera que sea el éxito, y hasta se agrandará á medida que confiemos menos en los medios puramente humanos, disipándose nuestras ilusiones para dar lugar á la verdadera luz de la fe.

En muchísimas cosas, dice Bossuet, los hombres hacen más de lo que piensan, y en sus consejos se hallan muchos efectos imprevistos. Es que en los grandes resultados, como en los de la educación, Dios quiere aparecer visiblemente; allí se ve su mano: *Digitus Dei est hic*; y nos muestra la gran ley providencial que domina y explica los acaecimientos en todo orden de cosas.

4.^a Para que la abnegación no decaiga y se halle siempre sobrenaturalizada es de grande importancia acudir con frecuencia á la sublime y alta consideración de la voluntad de Dios. ¿Quién me ha confiado estos jovencitos? ¿No valen sus almas más que todo el mundo? ¿No tiene cada uno su ángel que le sirve con asiduidad noche y día y, adorando á Dios, le deja su responsabilidad y su mérito? ¿No es aquí, en esta escuela, en esta casa donde Dios me ha colocado y ha puesto la tienda de mi corta peregrinación? Así nos guardaremos de hacer comparaciones y preferir otros lugares, recordando «que la imaginación y el cambio de lugares han engañado á muchos;» y cuando oigamos la buena marcha y feliz éxito de otras casas de educación, diremos con el Apóstol: «Con tal que Jesucristo sea conocido, me regocijo, y me regocijaré.» Y si en esas casas se descuida la enseñanza religiosa, esforcémonos con nuestra abnegación y celo para que prevalezca la enseñanza según Dios, y que nuestros discípulos honrando con su conducta religiosa y literaria la buena educación, hagan nacer en el corazón de los padres el deseo de procurar una semejante para sus hijos.

5.^a Como la abnegación del que ejerce el *Apostolado de la enseñanza* deba extenderse á todo y á todos en lo referente á la educación y sólo Jesucristo, Educador divino, sea el modelo y fuente inagotable de abnegación, el

profesor digno se hará un deber imprescindible de acudir á su divino Corazón y allí retemplar constantemente sus fuerzas, bien persuadido que quien le ha dado lo más, mejor le dará lo menos, que su promesa es fidelísima, y que si buscamos abnegación en él la encontraremos.

Guardadas fielmente estas advertencias, no se verá languidecer nuestra abnegación, ni se dará el triste y lamentable espectáculo de ver á profesores de un seminario ó casa de educación ir á porfía por quien trabajará menos en la obra general. Antes bien, mutuamente excitados, y sabiendo ser nada nuestro trabajo en comparación de la recompensa que nos aguarda, nos entregaremos de lleno al gran ministerio de la educación, hasta poder decir con el Apóstol: Nosotros por amor á Jesucristo nos hemos hecho los servidores de la Juventud: *Nos autem servos vestros per Jesum*.

Veremos en cada ocasión que se presente un medio más para excitar nuestra abnegación; no pretextaremos, como el sacerdote y levita judíos, indiferencia para el necesitado, sino que, como el buen samaritano, nos apresuraremos á socorrerle, gozándonos en que se presente ocasión de hacerlo, como se goza, dice San Juan Crisóstomo, el cazador, al presentársele una gran caza: *Perinde ac si venatum quemdam maximum nactus esset, ita lucrandi ansam arripuit*. Y añade el mismo santo Doctor: «Si encontrareis oro por el suelo ¿diríais porqué no lo han cogido otros? No; os apresurariais á recogerlo antes que los demás: creed, pues, haber encontrado un tesoro, cuando se os presenta ocasión de ejercitar la abnegación con vuestros semejantes.

Seremos de una exactitud escrupulosa en todos nuestros ministerios, recordando que nuestra presencia evita muchísimas faltas en nuestros discípulos, y que vale más prevenir que remediar.

Y finalmente gozosos en el cargo que la Providencia ha confiado á nuestra abnegación, no atenderemos sino á llenarlo cumplidamente, esperando por toda recompensa,

no las cosas frívolas y perecederas de este mundo sino á Aquel que es la gloria de los bienaventurados y que sólo puede llenar nuestro corazón en el tiempo y en la eternidad.

CAPÍTULO VII

El amor

AL I.—La quinta cualidad indispensable para el *Apostolado de la enseñanza* es el amor.

Ha escrito Platón en *Las Leyes* estas palabras verdaderamente admirables: «Sólo el amor diviniza al hombre, le inspira, le transporta, le convierte en Dios por la generosidad y le hace semejante al que es bello por naturaleza. El que quiera ser hombre grande, no deberá amar á sí, y sus cosas sino el bien que halle en sí ó en los otros. En el que ama hay algo más divino que en el que es amado.» Fenelón escribe: «El que ama hasta la abnegación, es decir, hasta olvidarse á sí mismo, tiene lo más divino que hay en el amor, el transporte, el olvido de sí, el desinterés, la pura generosidad.» Y sin amor, dice el mismo filósofo ateniense, no hay abnegación.

Para llenar el bello y laborioso ministerio de la educación, ante todo, hay que amar á Dios en sí y las almas de los niños en Dios.

El amor hizo de Dios el Maestro, *Præceptor*, de la humanidad; y el amor le llevó hasta el último grado de la abnegación, hasta el sacrificio: *Sic Deus dilexit mundum*. Al partir para el cielo y dejar á sus apóstoles el gran ministerio de la educación del genero humano, sólo les exige el amor; porque el amor enseña todo: *Suggeret omnia*; y en el amor se halla la plenitud de la perfección: *Plenitudo legis dilectio*.

Uno de los nombres de Dios es ser amante de las almas: *Qui amas animas*; por eso el digno profesor siente

en sí ese mismo amor, ha recibido del cielo tan noble inspiración, y dice con toda verdad: dadme las almas y llevaos todo lo demás: *Da animas, cætera tolle tibi*.

Por otra parte ¿hay en el mundo cosa más amable que las almas jovencitas, hechas á imagen de Dios, rescatadas y teñidas con la sangre de Jesucristo y que conservan todavía la naturalidad é inocencia de sus primeros encantos? Porque los niños, los jóvenes son amables á pesar de todos sus defectos: sólo en ellos se encuentra un corazón sencillo, abierto, natural; y ellos son verdaderos, ingenuos, sinceros sobre el resto de los hombres. Los divinos aromas de la gracia del bautismo y de la primera comunión en ningún corazón se perciben como en el corazón de los niños; y ellos han sido, son y serán el más ameno jardín del catolicismo.

Sólo el amor, el verdadero amor produce la abnegación; y á su vez, la abnegación es el testimonio más perfecto del amor.

El que sólo por interés, por el vil interés: *turpe lucrum* de San Pablo, se dedica á la enseñanza ó educación de la juventud, no pasará de lo exterior, de la corteza, de la mera instrucción, no llegará hasta el alma; ahí sólo llegan los hombres de abnegación, los que han recibido de Dios el don sublime del amor, en el que exclusivamente se hallan el poder, la fecundidad y la bendición de la vida. Sólo estos se atienen fielmente á lo consignado por el Apóstol: Bástanos lo indispensable para la vida: *Habentes alimenta et quibus tegamur, his contenti simus*.

Mucho menos podrá educar dignamente el que sólo busca el placer. No hay cosa más distante de la abnegación que el placer; y este es, á su vez, lo más interesado. Por otra parte el ministerio de la educación no lleva en sí sino grandes penas; á lo más, producirá consuelos á los dignos profesores, placer, jamás.

Tampoco el honor, poderoso motor de los grandes razones, basta para la educación. Esta es, sin duda, lo más grande que hay en el mundo, lo más verdadero en la su-

no las cosas frívolas y perecederas de este mundo sino á Aquel que es la gloria de los bienaventurados y que sólo puede llenar nuestro corazón en el tiempo y en la eternidad.

CAPÍTULO VII

El amor

AL I.—La quinta cualidad indispensable para el *Apostolado de la enseñanza* es el amor.

Ha escrito Platón en *Las Leyes* estas palabras verdaderamente admirables: «Sólo el amor diviniza al hombre, le inspira, le transporta, le convierte en Dios por la generosidad y le hace semejante al que es bello por naturaleza. El que quiera ser hombre grande, no deberá amar á sí, y sus cosas sino el bien que halle en sí ó en los otros. En el que ama hay algo más divino que en el que es amado.» Fenelón escribe: «El que ama hasta la abnegación, es decir, hasta olvidarse á sí mismo, tiene lo más divino que hay en el amor, el transporte, el olvido de sí, el desinterés, la pura generosidad.» Y sin amor, dice el mismo filósofo ateniense, no hay abnegación.

Para llenar el bello y laborioso ministerio de la educación, ante todo, hay que amar á Dios en sí y las almas de los niños en Dios.

El amor hizo de Dios el Maestro, *Præceptor*, de la humanidad; y el amor le llevó hasta el último grado de la abnegación, hasta el sacrificio: *Sic Deus dilexit mundum*. Al partir para el cielo y dejar á sus apóstoles el gran ministerio de la educación del genero humano, sólo les exige el amor; porque el amor enseña todo: *Suggeret omnia*; y en el amor se halla la plenitud de la perfección: *Plenitudo legis dilectio*.

Uno de los nombres de Dios es ser amante de las almas: *Qui amas animas*; por eso el digno profesor siente

en sí ese mismo amor, ha recibido del cielo tan noble inspiración, y dice con toda verdad: dadme las almas y llevaos todo lo demás: *Da animas, cætera tolle tibi*.

Por otra parte ¿hay en el mundo cosa más amable que las almas jovencitas, hechas á imagen de Dios, rescatadas y teñidas con la sangre de Jesucristo y que conservan todavía la naturalidad é inocencia de sus primeros encantos? Porque los niños, los jóvenes son amables á pesar de todos sus defectos: sólo en ellos se encuentra un corazón sencillo, abierto, natural; y ellos son verdaderos, ingenuos, sinceros sobre el resto de los hombres. Los divinos aromas de la gracia del bautismo y de la primera comunión en ningún corazón se perciben como en el corazón de los niños; y ellos han sido, son y serán el más ameno jardín del catolicismo.

Sólo el amor, el verdadero amor produce la abnegación; y á su vez, la abnegación es el testimonio más perfecto del amor.

El que sólo por interés, por el vil interés: *turpe lucrum* de San Pablo, se dedica á la enseñanza ó educación de la juventud, no pasará de lo exterior, de la corteza, de la mera instrucción, no llegará hasta el alma; ahí sólo llegan los hombres de abnegación, los que han recibido de Dios el don sublime del amor, en el que exclusivamente se hallan el poder, la fecundidad y la bendición de la vida. Sólo estos se atienen fielmente á lo consignado por el Apóstol: Bástanos lo indispensable para la vida: *Habentes alimenta et quibus tegamur, his contenti simus*.

Mucho menos podrá educar dignamente el que sólo busca el placer. No hay cosa más distante de la abnegación que el placer; y este es, á su vez, lo más interesado. Por otra parte el ministerio de la educación no lleva en sí sino grandes penas; á lo más, producirá consuelos á los dignos profesores, placer, jamás.

Tampoco el honor, poderoso motor de los grandes razones, basta para la educación. Esta es, sin duda, lo más grande que hay en el mundo, lo más verdadero en la su-

prema grandeza; pero con toda su grandeza se compone de cosas demasiado pequeñas para que el honor, ese gran móvil se adopte y se contente. Una cátedra de Universidad abrirá á un profesor eminente el camino de los honores; en vano se los buscaría en la concienzuda y modesta abnegación de la educación de la juventud. Además, dice Rollín: «si toda mira interesada es indigna de un maestro verdaderamente cristiano, la vanidad y la ambición no lo son menos. Un digno educador evita darse á conocer á los grandes del mundo y no ambiciona más que la oscuridad de un retiro pacífico, donde pueda entregarse al estudio de la sabiduría.»

¿Y el deber impuesto á todo profesor, el deber de conciencia, la fidelidad al deber de religión ó de voto no bastarán para dar la completa educación? No si nó hay amor, un grande amor.

Hé aquí como se expresa un eminente educador, citado por Dupanloup: «Cuando hayáis organizado la enseñanza, los premios, los castigos, etc., etc., todavía os resta elevar, iluminar, mejorar, formar á esos jovencitos como tienen derecho. ¿Por ventura el alma, las costumbres, el corazón con sus buenas y malas inclinaciones, el carácter con sus desigualdades y sus vicisitudes, la piedad con su influencia delicada é íntima son cosas que nada más se reglamentan ó enseñan? Si sólo tratáis de llegar al límite exacto de vuestros deberes, si solamente consultáis vuestros principios de hombre honrado, y aún añadiré, vuestra conciencia, religiosa, pero fría y rígida, para calcular lo que debéis á un niño y á sus padres que os lo han confiado, estaréis lejos de cumplir, ni siquiera comprender toda la extensión de vuestro santo ministerio. Amad, pues, á los niños, tened en vuestro corazón un ardiente deseo de su progreso, de su bien, de su felicidad. No, y me atrevo á decirlo, ningún otro móvil más que el del amor, ni el móvil del deber, aún impuesto por la religión sostendrá largo tiempo al maestro en su penosa carrera. En vano nos diríamos que la educación es para nosotros un minis-

terio sagrado, un apostolado religioso, un modo de cumplir para con Dios y la sociedad la deuda que habemos contraído: estas altas ideas excitarían nuestro celo sin dulcificar sus penas, nos mostrarían la gravedad de nuestras obligaciones sin aligerar su peso, y más presto nos traerían el pensamiento de renunciar á la educación que el ánimo y deseo de llenarla dignamente.»

Cuando la fidelidad al deber es sin abnegación, sin celo; cuando la conciencia es sin amor, todo se enfría, se hiela, sufre, muere; es como el sol de invierno, hay luz, pero falta calor, falta vida, falta fecundidad; y aún la misma luz es pálida y no alumbra lo bastante. Hay en la educación muchísimas cosas á las que no se está estrictamente obligado, y que, sin embargo, son decisivas; sólo el amor las comprende, las adivina, las previene, las corrige, las cura. Preguntádselo á una madre y os dirá que es así.

Entregaos, pues, con toda vuestra alma, añade el mismo educador, no solamente á lo que debe cubrir vuestra responsabilidad, sino á todo lo que puede mejorar, excitar, calentar, purificar, enoblecere el corazón de ese niño, confiado á vuestro corazón de padre. Y vuestra inteligencia, iluminada por el rayo vivificante del amor verá surgir de repente todo un nuevo mundo de ideas, afectos, cuidados que la conciencia sola no os puede sugerir. Cuanto más améis á vuestros discípulos, mejor comprenderéis que nada bueno se puede hacer por ellos sino amándolos y amándolos muchísimo.

Hay una hermosa ley en la divina Providencia, que se manifiesta con más dulzura y brillo en el orden moral que en los prodigios de la naturaleza material; junto á los grandes deberes ha puesto Dios un grande amor: así se cumplen casi sin esfuerzo los deberes más difíciles: San Agustín ha expresado admirablemente dicha ley: *Ubi amatur, non laboratur*: cuando se ama no se siente el trabajo.

Véase el corazón de un padre y más aún el de una madre. ¿Quién da á su corazón tan tierno una energía tan

incomparable? ¿Quién á su débil cuerpo el indomable vigor para resistir á prodigiosas fatigas? El amor.

Y este mismo amor de madre se desarrolla con más facilidad de lo que se cree en el que ha sido llamado por Dios al ministerio de la educación. Hay en el corazón del hombre un foco generoso, donde la llama de la abnegación y del amor se inflama prontamente y sigue ardiendo al soplo de la vocación divina y de las gracias que siempre la acompañan. Si habéis sido llamados, prosigue el Obispo de Orleans, y sois fieles al llamamiento, amaréis, y la carga se os hará ligera, y bendiciendo Dios vuestra constante fidelidad á los deberes que él os ha impuesto, quedaréis maravillados al encontrar en vuestro corazón un amor tan tierno y tan poderoso para la amable juventud, y en este noble sentimiento una luz, una fuerza, una dulzura sobrenatural, un gozo y en fin, una viveza y seguridad de acción cuyo secreto y poder jamás os habían sido revelados. He visto muchas veces lo que digo: he visto á maestros jóvenes que no se creían aptos para la educación de los niños, y que se dieron á ella con denuedo por parecerles los llamaba la Providencia, y he visto á los pocos días prender en ellos la abnegación y amor á los niños, como prende el fuego en un sarmiento seco; los he visto hacer maravillas en sus ministerios y llegar á ser en muy poco tiempo hombres singularmente distinguidos y de primer orden.

El amor además de hacer dulce y suave cualquier trabajo penoso, centuplica las fuerzas del alma y aún del cuerpo, y transforma hasta el heroísmo el ánimo é inteligencia del que lo posee. El amor á los niños y el estudio de sus amables y activas naturalezas descubren los horizontes más profundos de la humanidad, revelando secretos desconocidos, y engrandecen extraordinariamente á los mismos maestros. Hágase una clase, la más humilde con abnegación y amor, prosigue el ilustre Obispo, y se verá como transforma al profesor en un hombre eminente, de espíritu y carácter superiores.

Ámese el niño desde el primer momento como un padre y como una madre, y amará á Dios, sus fiestas, sus maestros, sus estudios, sus condiscípulos, sus juegos; áme-sele tiernamente hasta que conozca que se le ama, y él amará y todo se habrá salvado para él.

No se espere que los niños sean agradecidos, porque no lo son ni para sus padres: la gratitud, es decir, el sentimiento inteligente, atento y reconocido del gran beneficio de la educación no lo conocen sinó más tarde: los niños no ven en la educación más que un yugo, una cautividad de algunos años; y hay que hacerles dulce esta cautividad y ligero este yugo.

En cambio es fácil obtener de ellos el amor, la admiración y el entusiasmo; los niños aman á quien los ama; la superioridad de la virtud y de la ciencia del profesor fácilmente excita en ellos admiración y entusiasmo, y con esto reinan, como soberanos, en una casa de educación cristiana los sentimientos generosos, la viva emulación por todo lo noble y grande, un grande movimiento religioso y un grande movimiento literario.

El que ejerce el *Apostolado de la enseñanza* ama á los niños más que á su familia, más que á sus estudios, y hasta más que las delicias de la vida interior y contemplativa, combate sin descanso, la indiferencia, los disgustos que tan fácilmente excitan sus defectos y sus faltas, fijase en sus cualidades tan amables, en la inocencia que brilla en su semblante, en la naturalidad de sus respuestas, en la sinceridad de su arrepentimiento, aunque tan poco duradero, en la hermosura de sus resoluciones, aunque tan pronto quebrantadas, en la generosidad de sus esfuerzos, aunque rara vez sostenidos; sabe agradecerles todo el bien que hacen, y todo el mal que dejan de hacer, y los ama, sean lo que sean y hagan lo que hagan.

La vista y el encuentro casual de un niño desconocido en cuyos ojos brillan la ingenuidad y la pureza, y en cuya actitud sencilla, pero noble se revela una naturaleza feliz, conmueven su corazón é interesan su alma; envidia la dicha

de los que le educan, y se dice instintivamente: «dichoso sería yo, si pudiera educar á este niño ó prepararle para la primera comunión.

Este amor se necesita para el más sublime, más laborioso y también más consolador y más dulce de todos los ministerios del Catolicismo.

2. — Si bien el amor sobrenatural que á sus discípulos tiene el profesor digno, deberá reunir todas las cualidades que se expresan en el más bello cántico que al amor entona la *Imitación de Cristo*, convendrá empero que se distinga en ser generoso, respetuoso y paciente.

Amor generoso. Por esta cualidad se expresa la prontitud de un corazón á hacer toda clase de beneficios sin mira interesada. No solamente se ama al discípulo que lo merece, sino al protervo, al ingrato, cuando se le premia, cuando se le castiga, y hasta cuando, por ser perjudicial al bien general de la escuela ó casa de educación, haya que devolverle á su familia. «Amad siempre al hombre, detestad sus faltas» es máxima de San Agustín. Así también ama un padre, y tal es el digno profesor, más que pedagogo.

En los disgustos, pesares y demás molestias anejas á la educación imita al Padre que está en los cielos, derramando sus favores sobre los indignos y guardándose de irritarlos con obras ó palabras complácese en estar en medio de sus discípulos, como un padre en medio de sus hijos, porque allí donde está su tesoro, allí está su corazón.

El amor generoso cuida de desarrollar todas las buenas cualidades del discípulo, sin dar preferencia á las que aparentando cierto brillo, no por eso perfeccionan la inteligencia y mejoran la voluntad; sabiendo que las verdaderas cualidades del alma son poco visibles, y sólo con el tiempo se muestran y dan sus frutos: huye, como de la peste, de fijarse en el exterior amable ó repugnante, amor de concupiscencia, que á tantas virtudes ha hecho naufragar; y atiende por igual á todas las almas formadas á imágen de Dios.

Si se complace en ser correspondido, no tanto lo hace para sí el digno profesor, cuanto para el mayor provecho de sus discípulos: por eso el primero ama él; previene, como la gracia, para preservarlos del mal; los remedia si ya lo han contraído; y ateniéndose al dicho de San Agustín, que nadie se hace bueno, sino por el amor: *Nemo bonus nisi diligendo efficitur*, y que no debe reputarse por malo sin pruebas suficientes, los previene con benevolencia y multiplica las pruebas de su amor, confirmando á todos en su bondad naciente y haciéndolos mejores.

Decía un santo Obispo de la Oceanía con el acento más doloroso «que el imperioso carácter y los procedimientos demasiado fuertes de algunos misioneros eran causa de apostasías.» Para evitar efectos parecidos el profesor digno se prescribe todo lo que sea altivez y rudeza; y aún en los casos más difíciles en que hay que dejar aparecer la firmeza y el rigor, lo modera con exquisita dulzura, y como el padre del hijo pródigo está siempre dispuesto á recibir al extraviado con la sonrisa en los labios y el corazón preparado para la indulgencia: no olvida que la libertad, el movimiento y el ruido son para los niños necesidades casi irresistibles y constituyen el fondo de su vida: hay que obtener silencio, orden, porque sin ellos es imposible la educación; pero no se maravilla que la naturaleza de los jovencitos quiera volver á tomar el imperio que se le disputa: no atribuye á indocilidad voluntaria y reflexiva lo que es con más frecuencia primer impulso, rápido, espontáneo de una organización esencialmente movable: cree á los niños cuando se excusan con un «no lo pensaba,» y toma los medios convenientes para hacerles pensar en el orden y en el deber.

Siempre solícito, activo y afectuoso previene la falta de atención con sorpresas ingeniosas, la ligereza con la emulación, la pereza con recompensas, el desorden con amenazas prudentes, la susceptibilidad con delicados testimonios de su amor: pregunta mucho para excitar y probar el juicio de sus discípulos, y haciéndoles responder, les

hace comprender: no se hace la ilusión de haber cumplido su deber con solo haber llenado sus cabezas con tesoros de erudición, sino que desarrolla todas sus facultades y ve en la enseñanza, no una mies que deberá pronto cosecharse, sino una semilla que dará sus frutos más adelante.

Amor respetuoso. En este amor se hallan la fe, la estima, la admiración y el temor: la fe nos enseña el valor infinito del alma de un niño, creado por Dios y para Dios, rescatado con la sangre de Jesucristo y que, verdadero príncipe, está llamado á llevar corona allí donde todos son reyes, y donde el único Señor es llamado Rey de Reyes y Dominador de los que dominan: nos dice que Jesucristo acepta como hechos á su adorable persona lo que hayamos hecho por cualquiera de sus pequeñitos: que cada uno de estos tiene su ángel quien, viendo sin cesar el rostro de Dios, no cesa ni de día ni de noche de servir á su encomendado con la más tierna solicitud, á pesar de la indiferencia, ingratitud é indocilidad del así servido: en medio de la escuela, del juego, del estudio nos hace ver la ciudad del Dios vivo, la celeste Jerusalén, poblada de ángeles; que nos regocijemos estar con ellos, honrarlos con toda clase de miramientos y guardarlos con la mayor abnegación.

Por la fe sabemos el tierno amor que Jesucristo, Educador divino, tuvo á los niños, queriendo fueran á él; cuando los abrazaba, los bendecía, nos hacía saber que de ellos es el reino de los cielos, que se hace á su adorable persona lo que se hace por cualquiera de los pequeñitos; cuando prohibía escandalizarlos y decía que antes que darles ningún escándalo era preferible caer en el fondo del mar, atada al cuello una piedra de molino.»

También la santísima Virgen, dice A Lápide, guarda especial amor para los niños que le representan su dulce y tierno Jesús; míralos como las flores más puras del jardín de la Iglesia, *puros, id est, puros*, y de ellos espera abundante mies de gloria para Dios, sobre cualquiera otra edad.

De lo enseñado por la fe vese fácilmente el grande aprecio que se merecen las almas de los niños: en ellos

además, como en pura y blanca lana, prende fuertemente la primera tintura de lo bueno, se embebe y se conserva; y sólo Dios sabe el bien inmenso que niños bien educados producirán un tiempo en la sociedad y en la Iglesia: en los jovencitos, como en tierra virgen, se trabaja con más facilidad y más provecho; y nunca, como en la niñez, se extirpan los nacientes vicios y se desarrollan las nacientes virtudes.

El aprecio que se tiene de los niños evita al educador maltratarlos de palabra y más aún de obra; y pues todos tienen un alma de igual valor infinito, todos son igualmente amados, sin preferencias sensibles que tanto deshonorarían al profesor, y que fácilmente le llevarían al abismo en que algunos imprudentes se han precipitado.

La admiración que se entraña en el amor respetuoso indica al educador la eminente dignidad del alma de cualquier niño; le hace ver á través de su exterior más ó menos agraciado la imagen más bella de Dios en el mundo, le hace conocer su valor; que para ella están hechos los cielos y la tierra, que actualmente es amada de Dios con infinito amor, que está destinada á dichas inmortales, y la suma veneración y dulzura con que debe ser tratada alma de tal realeza y objeto de las divinas complacencias.

Por el temor que hay en el amor respetuoso guárdase el profesor digno de cuanto podría profanar el alma y corazón del tierno niño: sabe tener encomendado un tesoro precioso en vaso de barro, y evita con el mayor escrúpulo, toda caricia sensible, *jamás necesaria, siempre comprometedorá, y siempre peligrosa* por la enfermedad de la carne y su inclinación á lo sensual; y este peligro es mayor en el profesor-sacerdote por su privilegio de subir todos los días al altar santo, donde su conciencia, puesta incesantemente á la dulce y gloriosa, pero tremenda prueba de la santa Eucaristía, si en vano le suscita inquietudes primero y después remordimientos, fácilmente se insensibiliza y embota; debilitase su fe y se encuentra al borde del abismo de la ceguera y endurecimiento del corazón: cuida de no

encontrarse á solas con flor tan delicada, como es un niño y muchísimo más recibirle aislado en su habitación: así no se expone á los escándalos de algunos miserables á quienes hubiera valido más no haber nacido.

Amor paciente. La tercera cualidad que debe distinguir el amor del digno profesor es ser paciente. Un gran educador ha dicho: «La paciencia es la virtud más necesaria en los que están encargados de la educación de los niños: Contad más con lo que habéis de decir que con lo que habéis dicho, y no os canséis de repetir; *la repetición es el alma de la enseñanza.*» Así lo hacía San Pablo con los nuevos cristianos: Tenéis necesidad que os repita las mismas cosas: *Eadem scribere mihi quidem non pigrum vobis autem necessarium.* La paciencia es virtud apostólica por excelencia. El divino Maestro había dicho á sus apóstoles: Con la paciencia poseeréis vuestras almas: *In patientia vestra possidebitis animas vestras.* La paciencia es necesaria á la perfección de toda virtud. *Patientia opus perfectum habet.* San Francisco de Sales hace observar que el Apóstol, al recomendar á Timoteo las funciones episcopales, antepone la paciencia á la enseñanza. *In omni patientia et doctrina.*

San José de Calasanz, el Beato La Salle y los grandes educadores no cesan de recomendar la paciencia, indispensable para la educación de la inquieta y voluble juventud: «Que los profesores se acuerden que hay que tener con los niños una paciencia muy grande y una dulzura que no tenga nada de afeminada: es deber suyo combatir sin descanso la indolencia de los discípulos, su obstinación y su inclinación á faltar al orden. Mas conviene no olvidar que, atendiendo á la movilidad natural de los niños, á veces hay que hacer como quien no ve, y no exigir todo con rigor.»

¿A qué conduce el rigor sin dulzura en la educación? Responde San Anselmo: «A hacer estúpidos ó bestias.» Y añade el mismo Santo: En nombre de Dios, respondedme ¿qué razón tenéis para tratar con tanto rigor á los

niños? ¿No son hombres? ¿No son de la misma naturaleza que la vuestra? ¿Querriais vosotros que os tratasen así? ¿Y pensáis que con el rigor y golpes haréis buenos á los niños? ¿Habéis visto jamás que un artista sólo á fuerza de golpes haga una hermosa estatua de oro ó de plata? ¿Qué hace? Para dar al precioso metal la forma conveniente, unas veces lo aprieta y golpea dulcemente, otras lo toma con delicadas tenacillas, y con más delicadeza lo moldea. Así si vosotros deseáis que los niños se adornen con buenas costumbres, templad vuestros rigores con paternal bondad y con un cuidado lleno de mansedumbre.

San Agustín describe de esta manera el comportamiento de Dios con nosotros: Vos, Señor, amáis sin encenderos, os mostráis celoso sin salir de vuestra calma, os arrepentís sin conocer el pesar, os irritáis permaneciendo sereno. Y tu, hombre de Dios, hecho á su imagen, séle también semejante é imita con tu conducta su perfección y su bondad.

En el libro de la Sabiduría se dice que Dios nos trata con sumo respeto: *Cum summa reverentia disponis nos.* ¡Gran lección! dice A Lápide á los encargados de juzgar, educar y castigar. Si Dios siempre sereno nos trata así ¿qué debemos hacer nosotros con los que son de nuestra naturaleza y condición? ¿Qué triunfo y ascendiente para el profesor á quien sus discípulos jamás le ven impaciente en las circunstancias más capaces de irritar su naturaleza, y en los momentos más críticos sabe dulcificar la justicia y hacer brillar la misericordia! Así trata Dios, dice San Agustín, á nosotros, miserables é indignas criaturas: Vos, Señor, añade el Santo, tratáis mi corazón y lo rehacéis poco á poco con vuestra mano llena de dulzura y misericordia: *Manu multissima et misericordiosissima.*

Toda la historia de los triunfos de la verdad en este mundo, dice Bossuet, está resumida en solas dos ideas: en el poder de Dios y en la paciencia del hombre. Así se explica el dicho de Tertuliano, «que la sangre de los mártires era semilla de nuevos cristianos.»

Así podría también resumirse la historia de los triunfos de la educación: en la gracia ó poder de Dios y en la paciencia del educador.

«El niño está por naturaleza inclinado al mal; tiene la locura implantada en el corazón»: es un arbusto cubierto de espinas, opuesto á todo cultivo y enemigo del que lo quiere beneficiar: en su egoismo sólo acepta y agradece lo que lisonjea sus sentidos: este es el niño. De él más que del hombre ya formado puede decirse con verdad: hay que hacerle el bien á pesar suyo y contra él: sólo la paciencia que no se cansa y sabe esperar es capaz de educar un corazón semejante: ella sola sabe arrancar la cizaña sin arrancar el trigo, porque sólo ella, sin irritar los defectos que quiere curar, y sin envenenar el orgullo que quiere extirpar, tiene recursos ingeniosos para hacer aceptar los remedios amargos y aguardar al momento oportuno.

Sólo la paciencia sabe enseñar vertiendo lo que enseña con precaución y gota á gota, porque la atención, dice un filósofo, es de embocadura estrecha: ella después de excitar la atención y la memoria, excita la reflexión y no se cansa hasta fijar en los discípulos el conocimiento completo de las cosas, ó sea el conocimiento racional.

Sólo la paciencia sabe reprender con provecho; sólo ella aguarda el momento oportuno del discípulo y del maestro, para que la reprensión y el castigo corrijan y no empeoren y sólo ella sabe dulcificar la acritud de la autoridad: *habetat aciem imperii*, como dijo Séneca; y mejor, como dicen los Libros Santos: en la paciencia acompañada de mansedumbre y dulzura seremos corregidos: *Superueniet mansuetudo et corripiemur*.

Hé aquí un ejemplo notable: el célebre Timon-David á quien un Obispo llamó hombre de Dios, *vir Dei*, dice de sí mismo: Pocos días antes de las vacaciones mi buen prefecto de Friburgo reprendióme una de mis travesuras de joven de 13 años; yo le contesté que afortunadamente dentro de poco ya no estaría bajo *su pata*: calló el prefecto y

á los pocos días, al marcharme, se me acercó y me habló así: hijo mío, díjome V. que ya no estaría más bajo *mi pata*: no, V. está dentro de mi corazón; reciba V. esta estampita de mi breviario en prueba de ello: yo, prosigue Timón, ante semejante dulzura caí de rodillas, lloré; y yo á quien ninguna fuerza material hubiera doblegado, sentíme transformado en un instante, y todavía conservo el vivísimo efecto de palabras tan bellas y tan dulces.

De lo dicho es fácil inferir que la paciencia es necesaria: 1.º para santificarse el profesor: 2.º para conservar el carácter siempre igual: 3.º para enseñar: 4.º para corregir: 5.º para educar. Esta es la paciencia de Dios que tenía David: *Quoniam tu es patientia mea, Domine*.

El Beato La Salle, prescribe un examen de las faltas que pueden cometerse contra la paciencia, y que conviene saber. Además de lo que en obras ó palabras puede faltarse, un profesor falta, cuando no escucha las razones ó excusas de los discípulos, privándose de los medios de rectificarse á sí mismo: falta, al proponerse no perdonar jamás, como deberá hacerse cuando no hay malicia, ni se temen malas consecuencias, como en las faltas de ignorancia, olvido, ligereza y otras, naturales á los niños: falta, al mostrarse siempre descontento de la conducta de los niños, cualquiera que sea, no dejándose ver el profesor sinó de mal humor, de aspecto frío, y no abriendo su boca sinó para decir cosas mortificativas, desagradables, amenazadoras é injuriosas: falta, al dejar ver una constante prevención contra ellos é interpretar en mal sentido sus acciones: y falta, si afecta no dejar conocer las razones por que castiga.

Virtud, ciencia, carácter, abnegación, amor, hé aquí las cinco cualidades que debe poseer el que ejerce el *Apostolado de la enseñanza*: el simple buen sentido las juzga indispensables, y según se posean en mayor ó menor perfección, resultará una educación más ó menos perfecta.

Dice el ilustre Obispo de Orleans: para poseer en grado eminente las cinco cualidades que debe poseer un

educador digno, no es condición indispensable ser sacerdote ni religioso; esto podrá ser su complemento: las he visto poseer á profesores de Seminario, de Universidad, de Instituto y de Escuela de primeras letras. Y sólo los que las poseen, ejercen dignamente el *Apostolado de la enseñanza* y merecen el amor de Dios y de los hombres.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y SERVICIOS

SECCIÓN SEGUNDA

Personal de una casa de educación

CAPÍTULO PRIMERO

El superior

Después de haber hablado de las cinco cualidades indispensables para ejercer el *Apostolado de la enseñanza*, si esta se da en casas ó centros, colegios, seminarios, etc., donde muchos individuos deben trabajar á un fin común, dicta el simple buen sentido que este fin común de la buena educación de la juventud no se logrará *sin un buen superior, sin buenos auxiliares y sin un buen reglamento*. En todo centro de educación, ministerio tan complejo y tan múltiple, para el que se necesita el concurso de tantos agentes diversos, hay un hombre necesario sobre el cual todo descansa y en quien se concentra todo el ministerio: él reúne las diversas acciones de cada uno y dirige al fin común los esfuerzos de todos: este hombre es el superior.

El cargo de superior es un cargo excepcional y de una importancia soberana: él es el educador por excelencia, el alma y la vida de toda la casa: sus funciones abrazan el gobierno ó régimen por entero. El debe poner todo en movimiento y presidir en todo: él debe tener en más alto

educador digno, no es condición indispensable ser sacerdote ni religioso; esto podrá ser su complemento: las he visto poseer á profesores de Seminario, de Universidad, de Instituto y de Escuela de primeras letras. Y sólo los que las poseen, ejercen dignamente el *Apostolado de la enseñanza* y merecen el amor de Dios y de los hombres.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y SERVICIOS

SECCIÓN SEGUNDA

Personal de una casa de educación

CAPÍTULO PRIMERO

El superior

Después de haber hablado de las cinco cualidades indispensables para ejercer el *Apostolado de la enseñanza*, si esta se da en casas ó centros, colegios, seminarios, etc., donde muchos individuos deben trabajar á un fin común, dicta el simple buen sentido que este fin común de la buena educación de la juventud no se logrará *sin un buen superior, sin buenos auxiliares y sin un buen reglamento*. En todo centro de educación, ministerio tan complejo y tan múltiple, para el que se necesita el concurso de tantos agentes diversos, hay un hombre necesario sobre el cual todo descansa y en quien se concentra todo el ministerio: él reúne las diversas acciones de cada uno y dirige al fin común los esfuerzos de todos: este hombre es el superior.

El cargo de superior es un cargo excepcional y de una importancia soberana: él es el educador por excelencia, el alma y la vida de toda la casa: sus funciones abrazan el gobierno ó régimen por entero. El debe poner todo en movimiento y presidir en todo: él debe tener en más alto

grado inteligencia, iniciativa, actividad, abnegación, firmeza, él debe concebirlo todo, inspirarlo todo, preverlo todo, mantenerlo todo, elevarlo todo: si sólo tiene santidad, no basta, que ruegue por los demás; si sólo sabiduría, menos aún, que enseñe; pero si tiene prudencia, que mande, que sea superior. Es, pues, el superior hombre de prudencia: ahora bien, según el Doctor Angélico las partes que forman la prudencia son: *memoria, inteligencia, docilidad, habilidad (solertia), razón, providencia, circunspección y precaución*. Decía San Francisco de Sales que un superior á quien falte prudencia, virtud ó ciencia era una nulidad.

El superior debe estar en todas partes: observa y dirige todo, sin dejarse absorber por ningún detalle; mira las cosas minuciosas, pero desde una esfera más alta: su acción es universal: trabaja mucho; pero hace trabajar más; su gran arte consiste en *hacer hacer*, aplicando todos sus instrumentos, gobernando sus colaboradores, combinando y armonizando todas las fuerzas que están al servicio de su gran ministerio.

El superior de una casa de educación no tiene una parte más ó menos grande de autoridad, sino toda la autoridad; él es la misma autoridad, así da impulso á todo y sostiene todo.

Cada uno de sus auxiliares ó colaboradores tiene á su cargo un detalle especial; el superior responde de los detalles y del conjunto: es la piedra angular y la clave de la bóveda: su tarea no acaba nunca; y la casa ocupa sin cesar su pensamiento; jamás puede estar sin algo que le ocupe, y sobre él pesan todos los cuidados: *Qui præest in solitudine*, ha dicho San Pablo: á él pertenece observar todas las necesidades, comprobar todos los servicios, la responsabilidad de todo: y á él con la más completa verdad se aplican las palabras con que Virgilio trazó los cuidados que impone la abnegación, la acción soberana y la carga de la autoridad: *In te domus inclinata recumbit*; que es lo que el Santo Fundador de la Escuela Pía encarga á los superiores: *Quasi propriis humeris sustentare*, sostener

la casa sobre sus hombros. Para esto dice Santo Tomás de Aquino que el superior debe estar en todas partes, como el alma en el cuerpo y Dios en el mundo: *Sicut anima in corpore et Deus in mundo*.

La necesidad de este hombre en una casa de educación es evidente: su autoridad es una necesidad universal: sin autoridad es inevitable la anarquía: cuando cada uno hace lo que quiere, todo es confusión, dice la Escritura: cuando no hay superior cada uno hace lo que quiere y como lo entiende; mas donde todos hacen lo que quieren, nadie hace lo que debe; ni siquiera se hace lo que se quiere, porque los caprichos se estorban y chocan unos contra otros. Allí hay un rebaño sin pastor. Donde no hay superior, dice Bossuet, todos mandan; y donde todos mandan, todos sufren. Cada uno tira por su lado: el carro ora va á la derecha, ora á la izquierda y pronto vuelca.

Es, pues, evidente que do quiera haya hombres congregados para un fin, allí hace falta una dirección y por consiguiente una autoridad que dirija.

Si en una casa de educación no hay un superior, no sólo de nombre, sino de hecho y en realidad, centro de acción, primer motor y cabeza, sean cualesquiera los méritos y cualidades de los colaboradores, la casa no será bien dirigida, marchará mal.

Nada puede reemplazar su vigilancia, su presidencia, su dirección suprema y universal, su vista sobre todo, su mano que á todo imprime movimiento, y en una palabra, á su espíritu que todo lo inspira y á su alma que todo lo vivifica; porque tal debe ser el superior.

Hé aquí, dice el ilustre Obispo de Orleans, varios hombres reunidos en una casa de educación para un mismo fin. ¿Trabajarán sin concierto, cada uno á su manera, según su parecer? ¿Cómo se podrá obtener así el fin común? Aunque cada uno por su parte se esfuerce y trabaje mucho ¿quién combinará estas diversas acciones? ¿quién hará converger todos estos esfuerzos á la unidad de fin? Donde cada uno se guía á sí mismo, nadie hace lo que debe hacerse y

como debe hacerse; las fuerzas se desparraman, los esfuerzos se pierden, el trabajo queda estéril; allí no hay más que incertidumbre, descuidos; todo sufre y debe sufrir en semejante casa, porque allí no hay vida, ni puede darse la educación.

Suponed, al revés, un hombre activo, vigilante, enérgico, al frente de esta casa, que tenga en sus manos todas esas fuerzas esparcidas y que les dé el conveniente impulso ¡qué diferencia! La armonía, la actividad, la vida reinan por doquiera; cada uno hace su tarea según el orden general, cada uno trabaja en el sentido de los demás, todos conspiran al fin común; marcha la casa, hácese la educación.

Tan importante es en un centro de educación el papel del superior. Y esto es tan cierto que, en tesis general, puede decirse: «tal superior, tal casa.» así se ha visto con frecuencia arruinarse una casa floreciente ó brillar después de arruinada, siempre con los mismos elementos, sin otro cambio que el de superior. Consiste esto en que los hombres tienen diferente valer según sea el superior. Por eso el gran deber, la gran ciencia del superior, y más aún el gran objeto de la superioridad consiste en sacar de los hombres todo el partido posible y hacerles valer lo que valen.

Con seguridad puede afirmarse el principio siguiente, demostrado por una constante experiencia: «en una casa mal dirigida los hombres no tienen nunca todo su valer: al contrario, en una casa bien gobernada el valer de los hombres se duplica.»

Esto se concibe fácilmente. En una casa sin dirección ó mal dirigida como ningún impulso viene de arriba á animar y á sostener, hasta los más fervorosos sienten enfriarse su fervor y decaen por completo; no se hace mucho tiempo con celo y fervor, sinó lo que se hace con gusto; y en una casa donde se siente el desorden, la ausencia de la ley, la nada de la autoridad, uno se disgusta enteramente.

La necesidad de la autoridad es tan universal y tan profunda, que hasta para amar un superior se le exige que go-

bierne: jamás se le agradece su debilidad. Si deja que las cosas vayan de cualquier modo, todos se quejan, porque en el fondo todos sufren: todos ven que tal superior no vale para el caso; y á sus mismos colaboradores les irroga grave perjuicio no gobernándolos.

Además del malestar general que la desanimación produce, los más capaces y dignos tropiezan á causa de la mala dirección de la casa con obstáculos más fuertes que ellos y los anulan; y en otra casa bien dirigida hubieran hecho maravillas: otros á quienes no falta espíritu, ni talento, ni conocimientos, tienen necesidad de una palabra que los excite, de un impulso que los lance, de una mano que los sostenga á causa de la timidez, debilidad, falta de iniciativa; entregados á sí mismos, no dirigidos hacen poco ó nada, en otro medio, bajo la acción inteligente y vigorosa de un superior digno, estos mismos hombres hubieran sido maestros excelentes, utilísimos auxiliares.

Sin género de duda, los hombres que colaboran con un superior son y deben ser á su disposición agentes y subordinados para el gran fin común; agentes libres, activos, inteligentes, espontáneos, generosos, pero siempre subordinados y dóciles; mas no basta que un superior tenga excelentes subordinados, debe servirse de ellos: y así como el mejor instrumento vale bien poca cosa en manos de un mal músico, y un gran artista sacará sonidos harmónicos hasta del instrumento más despreciable, así un superior sacará más ó menos partido de sus colaboradores según el inteligente y hábil uso que haga de ellos y según la acción vigorosa ó débil que ejerza sobre los mismos. No pudiendo el superior hacer todo por sí mismo y necesitando asociarse auxiliares, su gran deber y su gran talento consiste en emplearlos convenientemente y hacer que cada uno haga todo lo que pueda hacer: para esto imprime en ellos su pensamiento, los enciende en su llama, les comunica su actividad, su energía, su modo de ver las cosas, les traza el camino, los arrastra por él y á veces los transforma.

Un superior que por impotencia ó debilidad no hace

nada de eso, no es superior: un superior no es tal sinó en la medida que ejerce esta seria influencia: más todavía; la estima y amor que inspira á sus colaboradores, serán proporcionados á su ascendiente sobre ellos.

Hay que decirlo y repetirlo; no se estima, ni ama, como á superior, á un hombre débil que deja caer las riendas del gobierno, que no sabe sostener ni guiar: todos sienten instintivamente que el tal superior es un pobre hombre, incapaz ó indiferente para el bien, siempre funesto para sus colaboradores, precisamente porque no los gobierna y porque sintiendo cada uno la necesidad de un buen gobierno, prefiere la severidad necesaria que dirige y sostiene todo á una debilidad perezosa que deja que todo caiga y perezca.

El gran cargo y la principal acción de un superior de una casa de educación se resume en aplicar al trabajo y hacer trabajar á sus colaboradores. Tres son sus grandes deberes: 1.º elegirlos bien; 2.º formarlos bien; 3.º emplearlos bien.

CAPÍTULO II

El primer deber del superior consiste en la buena elección de colaboradores

Cuando un hombre se halla colocado por la Providencia superior de una casa de educación, lo primero que debe decirse á sí mismo es: Heme aquí encargado de un ministerio trascendental; yo por mí sólo no lo puedo llenar: es sobre todas mis fuerzas. ¿Quiénes me ayudarán? ¿Cuáles son mis colaboradores? ¿Son á propósito para el gran ministerio de la educación? ¿Cómo me ayudarán eficazmente?

Procede en seguida al examen más atento, profundo y detallado del personal. El natural, carácter, aptitudes, ante-

cedentes seguros, auténticos, circunstanciados de cada uno de sus colaboradores le son indispensables, si no quiere exponerse á una elección desacertada y á consecuencias deplorables.

Un superior inconsiderado, dice Bossuet, que no sabe elegir los hombres ó que toma al azar á capricho los que se le presentan, llena de confusión una casa. Y pronto el superior que así elige, sufre el castigo de su mala elección.

La mayor parte de las casas de educación que han desaparecido ó han venido á menos, lo han sido por la mala elección del personal. Profesores ineptos, escasez de personal, mala ó mediana elección, hé aquí lo que arruina una casa de educación. Es tan grande el ministerio que allí se desempeña, que nunca tendrá su personal bastante abnegación y capacidad para llenarlo dignamente.

Los católicos y con más razón los sacerdotes y religiosos están más obligados á guardar con honor su puesto en la gran obra de la educación. y por ende muy particularmente á tener buenos profesores.

En un centro de educación donde se ejerce el *Apostolado de la enseñanza* no debe darse el más pequeño pretexto para que se diga ó se crea que su personal es inferior en materia de instrucción á los centros donde ni se conoce tal *Apostolado*.

No solamente el honor está empeñado en que así sea, sinó hasta la misma existencia: y la existencia, el honor y la prosperidad requieren, como primera condición, buenos profesores, bien formados y bien elegidos.

Por lo mismo que un superior no puede hacerlo todo por sí mismo y tiene que hacer muchísimo más por sus colaboradores, debe fijarse, ante todo, en la cuestión del personal, evidentemente la primera para él mismo y para la casa que dirige. Toda su acción está íntimamente ligada á la de sus colaboradores; y según sean éstos, contará con poderosos auxiliares ó con obstáculos insuperables.

Si para la vida de una casa de educación es de primera importancia la buena elección del personal, esta misma

elección debe hacerse de la manera más concienzuda y delicada.

Las dificultades de una buena elección del personal provienen de que la mayor parte de las funciones del laborioso ministerio de la educación son *especialidades* importantes que exigen cualidades especiales, además de las cinco cualidades generales y de todo punto necesarias para el *Apostolado de la enseñanza*. Así por ejemplo: este que sería apto para una clase, podrá no serlo para otra: un buen profesor en su clase no valdrá para la prefectura de vigilancia ó de clases: aquel que por su carácter ó nimiedades es incapaz de hacer guardar el orden á los mayores, podrá tener grandes cualidades para los de menor edad: un buen prefecto de religión puede no serlo de disciplina ú orden.

Conviene repetir con Bossuet y con el buen sentido común que no todo conviene á todos; y que la gran habilidad y talento de un superior estriba en saber utilizar á sus auxiliares en aquello para que de veras valen.

Hay además que considerar que la mayor parte de las ocupaciones que hay que desempeñar en una casa de educación son tan especiales y tan independientes unas de otras, que no se ayudan ni se suplen entre sí; y que un colaborador cualquiera hace un grande y casi irreparable mal, no desempeñando bien el cargo que está á su cuidado.

A pesar de la necesaria solidaridad en los profesores ó auxiliares de una casa de educación, cada uno tiene su cargo tan personal y de tal manera responde de él y no otro, que la cosa quedará irremediablemente mal hecha, si mal la hizo el encargado.

En una parroquia todos los ministerios se asemejan y son comunes; y tres sacerdotes activos y celosos pueden suplir perfectamente á otros tres que no lo sean: nada de esto tiene lugar en un centro de educación; aquí no hay ministerios comunes ni secundarios: todo es *especial* y *principal*. La clase más ínfima es tan especial y principal ó más que la más elevada.

Si para un superior de una casa de educación es de la mayor importancia la elección de profesores, ¿cómo deberá hacerse? ¿qué precauciones deberán tomarse en cosa tan importante y tan difícil? A esto hay que responder de diferente modo según se trate de un seminario diocesano, ó de una casa de educación dirigida por un instituto religioso, por sacerdotes ó seglares.

«Muchas razones, añade Dupanloup, me han hecho ardiente partidario de las congregaciones religiosas dedicadas á la enseñanza: una de ellas es que las congregaciones religiosas, cuando están florecientes y atienden con cuidado á la buena educación de los sujetos, reclutan y forman sin gran trabajo el personal de sus casas de educación. Pera ello encuentran en su seno y entre sus individuos auxiliares poderosos. Allí, en efecto, hay hombres de abnegación, de tradiciones experimentadas, de preparación sólida, de grandes estudios preliminares é indispensables. Allí, sobre todo, hay garantías de reglamento, de gobierno, de obediencia, de estabilidad.»

«Los enemigos de la educación dada por el clero ó por los católicos tienen particular horror á las congregaciones religiosas. No les engaña su instinto *luciferino*: en las comunidades numerosas y florecientes hay una fuerza tan grande para la buena educación que hasta los sectarios la sienten vivamente. Quiera Dios que se multipliquen más y más.»

«Con todo, no temo decir que aún en las congregaciones religiosas dedicadas á la enseñanza, además de la vocación especial de sus individuos y de la elección atenta que supone su primera admisión, todavía pesa sobre el superior el cuidado gravísimo de la buena elección de los individuos destinados á los colegios ó seminarios y la aplicación de los mismos á los diversos ministerios de estas casas. La necesidad de prepararlos de ante mano y con toda diligencia es evidente.»

«Sin duda y esta es otra ventaja real de las congregaciones, los individuos valen allí de ordinario más de lo que

valdrían fuera y aislados, merced á la organización del conjunto, al espíritu de comunidad y de tradiciones y al estudio que se hace de las *especialidades* y *aptitudes*; con todo, debe tenerse muy en cuenta el inconveniente de las medianías para que pueda ser atenuado en una comunidad; y sería un gran yerro que los superiores no sintieran la necesidad de elegir sus mejores individuos para los ministerios de la enseñanza ó los destinaran sin la suficiente preparación. La escasez de individuos no debe jamás autorizarlos para separarse de esta regla. Los hombres de educación no se improvisan en ninguna parte.»

«No es necesario que las congregaciones religiosas dirijan todos nuestros establecimientos de educación; pero si es necesario que todos los que ellos dirijan, sean dirigidos perfectamente. Vale más pocas casas, pero muy buenas casas. Menos y mejor; y aún muy pocas, pero muy buenas; hé aquí lo que seguramente es preferible á un gran número de casas, donde faltarían individuos, y haría que todos estuviesen en continuo sufrimiento. La libertad de enseñanza, la existencia de los institutos religiosos y su honor están en ello interesados.»

«Y no hay que forjarse ilusiones: nuestra responsabilidad para con nuestro país es inmensa. Si no hemos sabido conseguir que nuestros discípulos estudien mucho y bueno, sino hemos sabido formar hombres, inteligencias distinguidas, cristianos generosos, capaces de defender su religión y de honrar la patria, se nos echará en cara con severidad y con justicia.»

«He aquí porqué es de la mayor importancia que los que del clero secular ó regular se dedican á la enseñanza, sean hombres de verdadero mérito, elegidos con el mayor cuidado y en todo á la altura de su misión. Y no pido sino lo que está puesto en razón, al pedir que las casas de educación dirigidas por sacerdotes ó religiosos no cedan bajo ningún aspecto á las dirigidas por simples seglares; y nada puede dispensarnos observar constantemente su estado, velar todos los momentos por su dirección y mejorar constantemente su personal.»

Por muchos motivos quiere el Obispo de Orleans que el personal de los seminarios se elija entre los ya ordenados; y que los dedicados á la enseñanza por orden de los Obispos vean un risueño porvenir, estímulo de sus fatigas en la grande obra de la educación.

Respecto á los demás establecimientos libres, donde se quiera ejercer el *Apostolado de la enseñanza*, conviene tener presente lo que dice Timón-David: «El ideal de una escuela es como la concibió S. José de Calasanz, dirigida por un sacerdote, orador y confesor.» Y en estos establecimientos, advierte Dupanloup, es *preferible* un seglar *piadoso* á un sacerdote que no lo sea.

Por grandes que sean los cuidados que ponga un superior para tener hombres de mérito, no debe jamás perder de vista que el ministerio de la educación es muy difícil, el poder humano limitado y los hombres completos no se encuentran nunca. Hay que tener esto muy presente y muy en cuenta al elegir el personal de una casa de educación.

Todo el que se dedica á la educación de la juventud debería ser un hombre superior, á lo menos, en su ministerio; más los hombres superiores siempre han sido rarísimos; hay, pues, que resignarse á que, como requisito necesario, tengan las cinco cualidades esenciales y que puedan ayudarse y completarse los unos á los otros. Por tanto, es de la mayor importancia, al elegir nuevos profesores, atender no sólo á lo que valen personalmente ó les falta, sino también al vacío que han de llenar, para que se obtengan las necesarias compensaciones. Así, este tiene tal defecto; pero posee tal buena cualidad que le falta al otro; solo, no bastará; junto á otro le completará: el superior debe pensar todo esto y tenerlo en cuenta al tiempo de la elección.

El personal de un centro de educación debe estar constituido de tal modo que si el superior es sólo de un mérito ordinario, los directores ó prefectos puedan mucho por sí mismos sin turbar el orden jerárquico y que la elección del personal y el reglamento estén hechos de modo que puedan por sí solos lo que debería poder el superior; y al con-

trario, si los prefectos son medianos, pueda el superior hacer casi todo sin ellos; teniendo en cuenta que hay hombres y cargos que un superior no puede suplir ni reemplazar: puede suplir y desempeñar la prefectura de estudios y de religión, más no la de orden ó vigilancia, ni la economía; y menos puede suplir á un profesor en su clase; no sea que dejándose absorber en estos ministerios sea incapaz para lo demás de su cargo.

Si los profesores son de un mérito eminente, pueden suplir á los prefectos y aún al superior, sobre todo, si son confesores y predicadores de la casa; entonces su poder para el bien es inmenso; la palabra de los predicadores y la acción invisible de los confesores producen y sostienen el buen espíritu de una casa de educación; son el alma, el corazón, la vida: *Spiritus vite*.

De este modo se hace patente la correlación necesaria en los diversos ministerios de la educación, y cuán necesario es el mutuo concurso de todo el personal, completándose y haciéndose valer los unos á los otros: con medios ordinarios, pero bien dirigidos, marcha regularmente una casa y se da la educación.

No pido, termina Dupanloup, hombres superiores, aunque sería lo mejor; basta que tengan y pongan en común las cinco cualidades indispensables que hacen del educador un hombre de mérito real; y, ante todo, que sean hombres de piedad.

CAPÍTULO III

El segundo deber de un superior es formar á sus colaboradores

Formar á los colaboradores es enseñarles lo que han de hacer y cómo lo han de hacer; es ponerles de manifiesto el desarrollo que han de hacer de sus facultades para el gran ministerio que han de desempeñar, inspirarles el espíritu

que se necesita, ponerlos en movimiento, contenerlos, moderarlos, excitarlos, hacerlos entrar en la esfera de la acción común, dirigir y gobernar por su medio toda la casa: si todo esto es difícil, es de todo punto necesario.

Después que el superior se halla rodeado de colaboradores capaces, su primer deber es imprimir en ellos la manera de obrar.

Cualquiera que sea el mérito de un educador joven, no acertará de seguida con todo lo que requiere el gran arte de la educación: las mejores escuelas no prepararán bastante. El admirable arte de la educación no puede aprenderse por sí solo: la teoría sin la práctica no sirve gran cosa.

El que por primera vez desempeña esta obra tan delicada y tan complicada, tiene necesidad de ser enseñado: el superior debe dar esta enseñanza práctica á los colaboradores que están bajo su dirección y en su escuela: él debe formarlos para el bien de la casa y de los mismos.

Un superior, dice Dupanloup, que creyera no deberse más que á los alumnos de su casa y no á los profesores, no comprendería ni siquiera la mitad de su obligación y abandonaría el más capital de sus deberes. Un superior de una casa de educación que no comprendiera que su primer deber es formar los jóvenes profesores que están bajo su dirección, padecería una ilusión finestísima: los profesores jóvenes ó principiantes no vienen ya formados, ni pueden formarse por sí solos: cosa difícil es formar á otros, pero es esencial á un superior de una casa de educación: un hombre que no vale para formar á otros, prosigue el ilustre Obispo, no vale para superior: en este talento y habilidad estriba la prueba incontestable de la verdadera superioridad.

Cuatro cosas se necesitan para formar prácticamente á los profesores principiantes: conocerlos bien para emplearlos convenientemente, amarlos, animarlos, honrarlos.

1.º *Conocerlos bien*. Estoy persuadido, dice Fenelon, que el punto esencial del que gobierna consiste en conocer

trario, si los prefectos son medianos, pueda el superior hacer casi todo sin ellos; teniendo en cuenta que hay hombres y cargos que un superior no puede suplir ni reemplazar: puede suplir y desempeñar la prefectura de estudios y de religión, más no la de orden ó vigilancia, ni la economía; y menos puede suplir á un profesor en su clase; no sea que dejándose absorber en estos ministerios sea incapaz para lo demás de su cargo.

Si los profesores son de un mérito eminente, pueden suplir á los prefectos y aún al superior, sobre todo, si son confesores y predicadores de la casa; entonces su poder para el bien es inmenso; la palabra de los predicadores y la acción invisible de los confesores producen y sostienen el buen espíritu de una casa de educación; son el alma, el corazón, la vida: *Spiritus vite*.

De este modo se hace patente la correlación necesaria en los diversos ministerios de la educación, y cuán necesario es el mutuo concurso de todo el personal, completándose y haciéndose valer los unos á los otros: con medios ordinarios, pero bien dirigidos, marcha regularmente una casa y se da la educación.

No pido, termina Dupanloup, hombres superiores, aunque sería lo mejor; basta que tengan y pongan en común las cinco cualidades indispensables que hacen del educador un hombre de mérito real; y, ante todo, que sean hombres de piedad.

CAPÍTULO III

El segundo deber de un superior es formar á sus colaboradores

Formar á los colaboradores es enseñarles lo que han de hacer y cómo lo han de hacer; es ponerles de manifiesto el desarrollo que han de hacer de sus facultades para el gran ministerio que han de desempeñar, inspirarles el espíritu

que se necesita, ponerlos en movimiento, contenerlos, moderarlos, excitarlos, hacerlos entrar en la esfera de la acción común, dirigir y gobernar por su medio toda la casa: si todo esto es difícil, es de todo punto necesario.

Después que el superior se halla rodeado de colaboradores capaces, su primer deber es imprimir en ellos la manera de obrar.

Cualquiera que sea el mérito de un educador joven, no acertará de seguida con todo lo que requiere el gran arte de la educación: las mejores escuelas no prepararán bastante. El admirable arte de la educación no puede aprenderse por sí solo: la teoría sin la práctica no sirve gran cosa.

El que por primera vez desempeña esta obra tan delicada y tan complicada, tiene necesidad de ser enseñado: el superior debe dar esta enseñanza práctica á los colaboradores que están bajo su dirección y en su escuela: él debe formarlos para el bien de la casa y de los mismos.

Un superior, dice Dupanloup, que creyera no deberse más que á los alumnos de su casa y no á los profesores, no comprendería ni siquiera la mitad de su obligación y abandonaría el más capital de sus deberes. Un superior de una casa de educación que no comprendiera que su primer deber es formar los jóvenes profesores que están bajo su dirección, padecería una ilusión finestísima: los profesores jóvenes ó principiantes no vienen ya formados, ni pueden formarse por sí solos: cosa difícil es formar á otros, pero es esencial á un superior de una casa de educación: un hombre que no vale para formar á otros, prosigue el ilustre Obispo, no vale para superior: en este talento y habilidad estriba la prueba incontestable de la verdadera superioridad.

Cuatro cosas se necesitan para formar prácticamente á los profesores principiantes: conocerlos bien para emplearlos convenientemente, amarlos, animarlos, honrarlos.

1.º *Conocerlos bien*. Estoy persuadido, dice Fenelon, que el punto esencial del que gobierna consiste en conocer

bien las cualidades de los gobernados para utilizarlos según ellas.

El superior, añade Bossuet, que se habitúa á conocer bien á los hombres de quienes se sirve, aparece siempre como inspirado; tan derechamente va al fin. Este conocimiento de los hombres da á un superior aplicado el discernimiento delicado y exquisito de todo.

Conviene repetirlo: no todos son para todo; hay que saber para que vale cada uno; este que desempeñará admirablemente tal cargo, será inútil ó incapaz para otro: hé aquí porqué un superior debe ante todo conocer á los profesores: y no es suficiente el conocimiento general y preliminar, sino el particular, previo y circunstanciado de cada uno para emplearlos como convenga.

Para conocerlos bien es importantísimo comprender que, sin fijarse demasiado en lo accidental, hay que penetrar en el fondo de cada uno. Hay que discernir bien, dice Bossuet, el natural de cada uno en particular; y las Santas Escrituras nos enseñan á tomar al hombre y servirnos de él no sólo en lo que tiene de bueno, sino en lo que tiene de excelente.

El superior debe considerar todo con la mayor atención y sobre manera el natural y el fondo de cada individuo: el exterior sirve también grandemente: sí, dice Bossuet con el Sabio: «Por la vista se conoce al hombre y por el aire de la cara al cuerdo. El vestido del cuerpo, la risa de los dientes y el andar del hombre dan muestras de él.» No quiere decir esto que se crea ligeramente á las primeras impresiones; porque hay apariencias engañosas. Lo más seguro es observar todo, y con la eterna sabiduría no creer más que á las obras. «Los conoceréis por sus frutos»; esto es, por sus obras. Y en otro lugar: «El árbol se conoce por el fruto.»

Para conocer á los hombres de una manera segura y completa hay que probarlos, verlos con frecuencia, conversar familiarmente con ellos, interrogarlos, hacerles hablar, experimentarlos de todos modos.

Para este fin no debe un superior temer entablar con los profesores relaciones de benevolencia y familiaridad, verlos con frecuencia y ser visto de ellos: ni su dignidad y respeto sufrirán por eso menoscabo: lo fatal para él serían la frialdad, la indiferencia, la altivez, la ostentación de autoridad, el desdén orgulloso de los demás: cosas diametralmente opuestas al espíritu del Evangelio.

Un superior, dice el Apóstol, no es un dominador soberbio y altivo: *Non dominantes*: no establece entre sí y sus subordinados una barrera infranqueable. Estad en medio de ellos como un igual, dice el escritor sagrado: *Esto in illis quasi unus ex ipsis*. Palabras que un superior cristiano tiene siempre en el corazón.

Comprendería muy mal sus deberes y hasta su interés el superior desdeñoso, inaccesible, retirado, haciendo vida á parte, evitando con el mayor cuidado toda intimidad; que hiciese consistir su dignidad en huir de la luz y desconfiar de todos, ocultándose en no sé qué majestad solitaria, decía Fenelón, ó en una grandeza feroz y salvaje, mirando desde muy alto á los profesores, teniéndolos á grande distancia y haciéndoles sentir en cualquier ocasión su superioridad é independencia; que creyera rebajarse hablándoles con cariño, guardándoles exquisitos miramientos y mostrándoseles accesible y bondadoso.

Podría suceder que este indigno modo de sostener su autoridad fuese un velo que ocultase su impotencia, la conciencia de su medianía y el temor de no poder adquirir ascendiente, obrando de otro modo; pero este vano artificio no dura; la malignidad de los discípulos y el ojo de los profesores penetran todo, adivinan todo. Desgraciado superior de quien se diga: «se oculta, no se le ve jamás, teme ser visto.»

Un superior digno no procede así: exento de lastimosas preocupaciones concilia fácilmente su dignidad con lo que debe á los demás: sabe que ganará mucho viendo á los profesores y los ve cuanto puede: los estudia, los tantea, los sondea de todas maneras, les hace hablar, les

consulta, los prueba en cosas pequeñas, para ver si son capaces de más altos cargos: así conoce á fondo lo que son, lo que pueden ó no pueden, si su abnegación es real y efectiva, su celo constante, su capacidad igual á su buena voluntad: observa sin cesar sus buenas ó malas cualidades, el partido que puede sacar de unos y de otros, lo que hay en sus inteligencias y en sus corazones, los tesoros ocultos, tal vez, en sus diversos naturales y que él debe descubrir y emplear para mayor gloria de Dios y bien de las almas.

Para acertar, conviene no apresurarse á juzgar á los hombres: es de mucha importancia para un superior no estar prevenido ni en pro ni en contra: toda prevención es funesta. No prejuzguéis, examinad; no juzguéis precipitadamente por la primera impresión: tomaos tiempo de reflexionar; observad, probad y después juzgaréis. Sería deplorable que un superior fuese hombre de impresiones ó de prevenciones.

2.^o *Amarlos.* El amor y confianza que un superior inspire á sus colaboradores le servirá admirablemente para conocerlos; debe, pues, empezar por amarlos de corazón y dar pruebas de ello.

¿Queréis tener sobre los profesores el indispensable ascendiente para ejercer sobre ellos una acción eficaz? Comenzad por ganar su corazón, por hacerlos amar; sed el primero en amar. Así son los hombres: tócale al superior prevenir y dar lo que quiere se le devuelva.

Un superior deberá tener á sus colaboradores amor verdadero, sincero, efectivo. ¿No lo merecen? Trabajar juntos, dedicarse al mismo santo ministerio, ¿no une ya los corazones?

Fenelón escribía á un sobrino suyo estas encantadoras palabras que todo superior, seguro estoy, dice Dupanloup, leerá con gusto y con provecho: «Haz tu obligación entre tus oficiales con exactitud, pero sin timidez, con paciencia y sin dureza. Se afable, cariñoso, sin humor. Deshónrase la justicia cuando no se le junta la dulzura, el exquisito miramiento, la condescendencia: entonces se hace

mal el bien. Quiero que te hagas amar; mas sólo Dios puede hacerte amable, porque tu natural es áspero y duro. Se necesita que te toque la mano de Dios y que te haga dulce y deferente, dócil y atento al pensamiento ajeno, desconfiado del tuyo y sencillo como un niño: todo lo demás es *necedad, hinchazón y vanidad.*»

Un superior digno se complace más en manifestar amor y confianza que autoridad y superioridad: mira en los profesores, llamados por Dios á la gran obra de la educación, hombres que consagran su talento y sus más bellos años á un ministerio laborioso sí, pero fecundo, y se cree feliz de vivir entre hombres distinguidos, de mérito, amables, de cualidades que llenan de encanto la vida. Así entre el superior y los profesores se forma una corriente de dulzura y cordialidad, fundada en la estima y amor mutuos que hacen reinar en medio de las penas de esta vida laboriosa el encanto y la satisfacción; y el superior tiene una autoridad tanto mayor, cuanto es más espontánea y más completamente aceptada.

Un superior digno tiene á sus colaboradores como amigos; y en medio de ellos está como un padre; los ama, los estima, los consuela, tiene para ellos cuidados paternales, sin privilegios ni favores especiales, ama á cada uno según su mérito y de corazón; y conforme á lo mandado por Dios tiene de todos el cuidado más exquisito: *Curam illorum habet*; y todos no forman más que una familia modelo: se interesa vivamente por lo que mira á cada uno, por su ministerio, su trabajo, sus esperanzas, su porvenir; gózase al verlos formarse para llegar un día á ser hombres eminentes, profesores distinguidos, y les hace sentir su contento, no sólo por el bien de la casa, sino más aún por ellos mismos.

3.^o *Honrarlos.* El superior debe honrar á los profesores y manifestar más con hechos que con palabras que tiene en ellos verdadera confianza; que lo sientan y estén de ello persuadidos. ¿Cómo se quiere que hombres con quienes no se cuenta para nada y á quienes se procura

tener á parte, no sientan, á pesar suyo, enfriarse su celo y aminorarse su virtud y abnegación? Debe, pues, haber verdadera reciprocidad entre el superior y los profesores: querer que los demás se den y no darse uno mismo es palpable injusticia.

Un superior deberá poner el mayor cuidado en no herir á sus colaboradores. Cosas hay que de suyo no montan casi nada, que un hombre formal tiene en poco, que prescinde fácilmente de ellas y, sin embargo, molestan y hieren á los demás á causa del desprecio ó del poco miramiento que suponen. Tales son, por ejemplo, ciertas exclusiones ó ciertas reservas. Que los discípulos sepan antes que los profesores lo que estos deberían ser los primeros en saber, que no sean invitados y presentados donde deberían serlo, etc., etc., son cosas que mortifican y pueden indisponer hasta á los mejores y más humildes.

Todo modo de proceder con los hombres puede tener grandes consecuencias. Si el hombre es sensible á la atención, al miramiento, á la bondad, no lo es menos al olvido, al desdén, á la indiferencia.

4.^o *Animarlos.* Si un superior debe honrar á los profesores, debe también animarlos. El ministerio de la educación es penoso y delicado, y el maestro necesita ser animado especialmente al principio. Un superior debe alabar todo buen resultado, todo esfuerzo sincero, hacerlo á tiempo; debe estimular, animar á los que dan prueba de talento, de abnegación; no dejar de advertir, cuando haya necesidad, porque las advertencias instruyen, sin olvidar que las advertencias aún las más severas deben ir acompañadas de animación y dulzura: un superior nunca animará bastante á los profesores.

Por lo mismo que un superior se ve obligado tantas veces á excitar, advertir, y reprender, debe procurar que no salgan siempre de su boca palabras austeras y aprovechar toda ocasión para decir palabras que animen: que ningún profesor se crea abandonado ó despreciado.

No basta saber que nuestro superior nos tiene en buena

reputación, debemos tener la confianza de satisfacerle en el cargo que nos confía. Cuando no se tiene esta confianza, si hay fe y virtud, uno se resigna, hace lo que puede, pero sufriendo mucho; se obra sin energía, ó sin aquella que se tendría si se escucharan algunas palabras que animasen.

¡Y sin embargo, hay superiores que no animan, no alaban nunca! Hay profesores que trabajando todo el año con la mejor voluntad, con la más sincera abnegación no han oído de boca de su superior una palabra amiga que los animase, una mirada amorosa, una atención.

Yo diría al superior que así trata á los profesores, prosigue Dupanloup, ¿no sabéis que estos hombres pueden llegar á ser tanto ó más que vos y que el poco caso que hacéis de ellos honra poco vuestro discernimiento y vuestro corazón?

Hay quienes dicen no creer en la humildad de la juventud y para no excitar el orgullo no le dirigen nunca una palabra de alabanza. Conozco á un superior, dice Dupanloup, que con dicho pretexto vituperó delante de todos los profesores de un seminario á un discípulo suyo que acababa de obtener, trabajando mucho, el grado de Licenciado en letras, y se burló de los grados académicos.

¡Extraña presunción de hombre! Como si la humildad fuese patrimonio de una edad, y como si no se pudiera ser pedante lo mismo en el desdén que en el amor á la ciencia.

Así se anulan las almas más generosas en vez de perfeccionarlas. ¡Cuántos jóvenes de gran mérito no llegan á valer, á la perfección, no hacen casi nada, languidecen toda su vida en triste medianía por haber caído en semejantes manos, y debiendo ser hombres eminentes, grandes profesores, como lo hubieran sido, si hubiesen dado con un superior digno que los hubiera conocido, guiado y hubiera sacado del fondo de su naturaleza las riquezas que Dios había depositado!

Tales superiores no merecen estar al frente de una casa. Los jóvenes profesores no deben experimentar estas desconfianzas y estos desdenes: se hacen mejores y se

aprovechan más cuando se los anima: las palabras que animan, producen seguro eco sobre las disposiciones más nobles del alma humana y despiertan en el corazón de la juventud los sentimientos más generosos. Cuando se tiene el honor de dirigir una casa de educación, hay que saber apreciar, fecundar, transformar los hombres. La laboriosa y fecunda transformación de las almas debe ser para un superior el mayor encanto; pero esta obra requiere amor constante y tierno, cuidados atentos y paternales, constancia y perseverancia; más el fruto que se recoge, indemniza el trabajo con usura; así se prepara el porvenir de un gran profesor, una gran vida sacerdotal ó religiosa.

¡Qué diferencia entre una casa de educación, donde existen entre el superior y colaboradores cordialidad, sincero amor, estima, confianza, abnegación y otra donde todo esto ni siquiera se conoce!

A la altivez, frialdad é indiferencia de un superior corresponden los inferiores con sentimientos parecidos: se necesitaría mucha virtud para no obrar así. Adivínase el malestar de la casa y el de los desgraciados discípulos en semejante atmósfera. ¡Qué contraste con la vida amena y fecunda de otra casa, donde el superior es amado, donde todos se desviven por él, no se repara en sacrificios, porque el superior es el primero en desvivirse por todos y porque siempre se le encuentra lleno de abnegación!

Un superior digno no descuida tampoco las necesidades de la vida material de sus colaboradores. Sin duda supone una gran virtud por parte de los profesores no dar gran importancia á las comodidades y bienestar material; más en materia de gobierno sería erradísimo juicio haberse con los hombres, como si fueran perfectos: el hombre do quiera se halle, siempre es hombre. Dificilmente contará una casa con buen profesorado, sino es atendido convenientemente y si no vé, aunque sea en lontananza, un porvenir risueño.

Es punto capital, dice Dupanloup, que un profesor en una casa de educación no se crea olvidado y perdido: *Hu-*

manum dico; más esto es necesario; y un superior digno dará mucha importancia á todo esto.

Todas estas pequeñeces que afectan á la vida material, alimento, vestido, habitación, etc., etc., prosigue el mismo Obispo, tienen grandes consecuencias, bien sabidas por los que tienen alguna experiencia y conocen á los hombres. No hay que forjarse ilusiones; el superior que comprende su cargo, debe tener todo esto muy en cuenta: y, ante todo, para tener influencia sobre sus súbditos, debe formarlos, moldearlos y perfeccionarlos.

CAPÍTULO IV

Primer medio para formar buenos colaboradores. El reglamento

En toda sociedad y centro de educación bien constituido hay una cosa que todo debe dominar, sin la que apenas se concibe el orden; esta cosa no es el hombre, cualquiera que sea su mérito, es algo que vale más que él, el reglamento, como se supone, bien hecho: el hombre de suyo es lo arbitrario, lo inestable, lo egoísta: el reglamento es el orden, la razón, el desinterés, la firmeza, la constancia.

En el reglamento, en la ley hallanse, dice Bossuet, las luces más puras de la sabiduría y de la prudencia.

El reglamento prescribe, ordena, fija y mantiene todas las cosas: cualquiera está seguro de obrar bien obrando según él; mientras se va al azar cuando no se lo tiene por guía y director.

Concíbese, pues, fácilmente que un reglamento explícito, detallado lo mismo para el superior, para todos sus colaboradores que para los alumnos es una grande garantía de la buena marcha de una casa de educación; que sólo él es el verdadero superior de la casa, y que, en último resul-

tado el superior no es otra cosa que el hombre de la ley, el hombre del reglamento.

Cuando el reglamento se observa, todos saben á qué atenerse; hay una luz que alumbra á todos, *lex lucida, lex lux*: las luces más esplendorosas de la razón y de la experiencia están al alcance de todos, y hacia ellas se dirigen los ojos que quieren ver: *illuminans oculos*.

No bastan los usos, las costumbres, las tradiciones más ó menos vagas y flotantes para el buen régimen de una casa de educación; como esta no puede darse convenientemente sin descender á los más pequeños detalles, todos estos deben constar en el reglamento hasta con su razón; los nuevos profesores saben en seguida á qué atenerse y se cierra la puerta á los caprichos de lo arbitrario y á los desórdenes de la anarquía.

La admirable perfección de la liturgia y ceremonias sagradas, las constituciones de las órdenes religiosas más célebres, la táctica y ordenanzas militares descienden hasta los más pequeños detalles y nada dejan al capricho, evitando el desorden que infalible y deplorablemente se seguiría.

Un buen reglamento en que estén detalladas las obligaciones de cada uno desde el superior hasta el último dependiente es el fundamento y base esencial de una casa de educación; reglamento bien conocido y fielmente practicado.

Lo primero que yo hacía, prosigue Dupanloup, cuando llegaba un profesor nuevo, era entregarle el reglamento general de la casa y el particular del cargo que debía desempeñar, y le decía: leed, meditaad todo esto; ponédme por escrito vuestras observaciones y dificultades, hablaremos y después comenzareis vuestro ministerio.

Esta manera de obrar me ha dado los mejores resultados. Desde luego dilatábasele el corazón al profesor, fijábasele la atención y se le inspiraba respeto y confianza para la casa, para su ministerio y para mí mismo: empezaba por vivir á gusto en una casa ordenada, donde el

superior hacía reinar el reglamento y no lo arbitrario; y desde el primer instante sabía con toda claridad lo que debía hacer; ya no era extraño en la casa; conocía que era fácil desempeñar bien su cargo; colocábase en su puesto y entraba sin dificultad en el movimiento general.

Si á un profesor que por primera vez va á desempeñar ministerio tan importante, tan delicado y tan difícil, se le deja ir á tientas, al azar, todo irá mal; más si se le pone en camino, se le inicia, se le explica lo que ha de hacer, se le enseña lo que el reglamento exige de él, será feliz, animoso, esclarecido; todo irá bien.

Cuando se trata de un cargo de importancia, no debe dejarse á nadie adivinar cómo la hará bien. Do quiera hay muchas cosas que se deben decir para que se sepan y se hagan: este profesor no ha hecho nunca lo que debía porque nunca se le ha dicho cómo debía hacerlo; y esto es de gravísima responsabilidad para un superior.

Un superior, pues, deberá explicar con toda claridad el reglamento y hacer que los profesores lo penetren bien; y tenga muy presente que no habrá conseguido cosa de importancia hasta que haya encendido en ellos la llama, el celo del mismo reglamento; y puede esperar todo cuando los profesores, entrando de lleno en el pensamiento del superior y en el espíritu de su ministerio se hallen decididos de corazón y sobre todo á observar la ley y hacerla observar á toda la casa, empezando por sí mismos. Y esto, añade Dupanloup, no es difícil; porque ¿qué se puede objetar á un superior que dice á los profesores que él y ellos deben ser, ante todo, hombres de reglamento y que sólo para cumplirlo y hacerlo cumplir están en la casa?

Al principio y mitad del año por lo menos deberá hacer conocer á los discípulos el reglamento que á ellos se refiere; al principio con toda solemnidad hasta que estén bien penetrados de él y lo miren como cosa sagrada é inviolable y en él se forme todo el espíritu de la casa: después siempre que haya necesidad; recordando el superior y haciendo recordar á todos que él es el hombre del

reglamento, el encargado de ejecutarlo y de hacerlo ejecutar: este es el *porro unum est necessarium*.

Un superior que tiene conciencia de su misión y de su autoridad y hasta de su dignidad personal debe hacer saber á todos y con toda claridad que sólo á condición de cumplir el reglamento puede uno pertenecer á la casa y ser feliz.

Un buen reglamento para los discípulos debe abarcar estos cuatro puntos esenciales: *la piedad, las costumbres, el trabajo, el respeto á los profesores* y como complemento de estas cuatro cosas, *el silencio*, sin el que es imposible la educación.

El buen sentido y la justicia dictan que la violación del reglamento, hecha con mal espíritu, con obstinación, á pesar de las advertencias de los profesores debe ser un caso de exclusión.

Una casa, un superior que transigen en esto, son una casa y un superior perdidos. Sin duda, el carácter de padre es el que mejor dice á un superior; pero si hay escándalos, si el reglamento es violado en cosa grave, entonces debe aparecer como juez que truena y amedrenta, que hace sentir que las infracciones hechas al reglamento le son hechas á él, que sabrá remediarlas y que aunque con pena expulsará al que se obstine en su mala voluntad; que no solamente la conciencia del superior, sino la prosperidad de la casa están interesadas en la observancia del reglamento; que valen más pocos, pero buenos, obedientes, respetuosos á quienes se pueda educar para sus familias, para la sociedad, para Dios, que muchos malos ó medianos, de quienes no se pueda sacar partido: y todo esto apoyado, cuando haya necesidad, con algún hecho de resonante severidad, rara vez deja de producir buen efecto y llamar vigorosamente á todos á la observancia del reglamento.

Hay superiores, dice el Obispo de Orleans, que no despiden á sus alumnos sino por sus malas costumbres. Una casa de educación en que sólo se despida por malas

costumbres, no prosperará: las mismas buenas costumbres se irán relajando: la plena observancia del reglamento es el sostén de todo. Y en este punto, sin hacerse ilusiones, ó todo ó nada. Las semiexigencias, la semiseveridad obtienen poco é irritan mucho. Una severidad prudente y firme consigue más de lo que quiere, porque no quiere sino lo que exigen la sabiduría y la justicia.

La disciplina ú orden perfecto, la admirable regularidad hacen prosperar las casas de educación, y todo el mundo está allí contento, porque hay seguridad y confianza: nadie goza de la felicidad íntima sino en el orden; y donde reina el orden, es fácil hacer sentir á los discípulos una bondad y un amor que los encanten; allí se hace todo como debe hacerse, con prontitud y alegría; y á quien quiera que lo ve, le sorprende dulcemente ver á una multitud de jovencitos moverse á una señal dada, avanzar en silencio y con los brazos cruzados: *Tamquam vir unus*, como dice la Escritura.

Y no se crea que esta obediencia de las buenas casas de educación sea automática y maquinal, no; es obediencia ilustrada, espontánea, generosa, que comprende el fin, lo quiere y tiene conciencia de los nobles y grandes motivos en que se inspira. La razón, la fe, el honor, el deber hacen á un joven, verdaderamente obediente, que sea santa su obediencia, ve en la señal que se le da la voz de un gran rey, *vox magni regis*, la voz de Dios, *vox Dei*.

Como atendida la flaqueza humana y su inclinación á lo malo, voluntaria ó involuntariamente todo y todos conspiran en una casa contra la observancia del reglamento, el digno superior, hombre de reglamento ante todo, cuidará que bajo ningún pretexto ni excepción, á no constar en el mismo reglamento, ó exigirlo imperiosa y evidente necesidad se abra brecha en su observancia, manifestándose dispuesto á sacrificarse todo, pero de ningún modo á transigir en infracciones, por pequeñas que sean.

Un superior, dice Bossuet, cuida con esmero de la observancia de las cosas más pequeñas, porque sabe que

de ellas dependen las grandes: y la Escritura nos enseña: «que el que descuida lo poco, pronto descuidará lo mucho»: así, sin largos discursos, con dos palabras: «es contra el reglamento;» «lo prohíbe el reglamento,» cerrará la puerta á toda excepción; y si en un principio se contrista alguno, al fin todos se alegran, porque el orden, la razón es la reina de la casa.

Este pueblo, dice la Santa Escritura, no es un pueblo, porque ha cambiado é infringido sus leyes: *Non est gens, quia mutavit jus.* Una casa sin observancia ya no es casa: es una ruina.

Nada está en su sitio: todo se va, todo decae, todo perece, no queda piedra sobre piedra; ¿por qué? Porque la ley ha sido quebrantada, desgarrada: *Lacerata est lex.*

Debe, pues, haber en una casa de educación un reglamento, respetado, obedecido, inviolable; y el superior es el especialmente encargado de guardarlo y hacerlo guardar; y por eso es, ante todo, el hombre de la ley, el hombre del reglamento.

CAPÍTULO V

Segundo medio para formar los colaboradores.

Los consejos

Si un superior digno es en una casa de educación el hombre de la ley, del reglamento, debe ser con mayor razón el hombre de los consejos: consejos para explicar el sentido, el espíritu, el alma, las aplicaciones del reglamento sobre la piedad, el orden, la enseñanza, la educación física de los discípulos, sobre la vida religiosa y literaria de los colaboradores, sobre la buena administración: consejos que dar y consejos que recibir.

Sin recibir consejos no es posible gobernar una casa de educación con prudencia, porque, no pudiendo un solo

hombre verlo y saberlo todo, sería fatal temeridad fiarse de sus solas luces.

De ahí, por qué el Espíritu Santo repita é inculque tanto la necesidad que tiene el hombre cuerdo y en especial un superior de recibir consejos; y que un superior prudente y humilde meditará con frecuencia. Hijo mío, nada hagas sin consejo y no te arrepentirás después: *Fili, sine consilio nihil facies, et post factum non pœnitebis.*

Palabra de verdad precédate antes de obrar y sólido consejo ante toda acción: *Ante omnia opera verbum verax præcedat te et ante omne actum consilium stabile.*

El necio que fía en su necedad y el presuntuoso que sólo halla buenos sus pensamientos se hallan retratados en estas palabras del Sabio:

El camino del insensato parecele recto á sus ojos, siempre cree tener razón; más el prudente escucha los consejos: *Via stulti recta in oculis ejus; qui autem sapiens est audit consilia.*

El necio no escucha las palabras de los prudentes, quiere que se le hable según su pensamiento: *Non recipit stultus verba prudentiæ.*

No te tengas á tí mismo por prudente: *Ne sis sapiens apud te metipsum.*

No creas que tus ojos bastan para verlo todo.

Los que todo lo hacen con consejo son dirigidos por la sabiduría: *Qui agunt omnia cum consilio, reguntur sapientia.*

Las Santas Escrituras nos enseñan la fuerza que dan los consejos á un superior.

Donde no hay consejo, se disipan los pensamientos, y se afirman donde hay muchos consejeros: *Dissipantur cogitationes ubi non est consilium: ubi vero sunt plures consilarii, confirmantur.*

Perecerá el pueblo si no hay quien gobierne; y allí está la salvación donde hay muchos que aconsejen: *Ubi non est gubernator, populus corruet: salus autem ubi multa consilia.*

de ellas dependen las grandes: y la Escritura nos enseña: «que el que descuida lo poco, pronto descuidará lo mucho»: así, sin largos discursos, con dos palabras: «es contra el reglamento;» «lo prohíbe el reglamento,» cerrará la puerta á toda excepción; y si en un principio se contrista alguno, al fin todos se alegran, porque el orden, la razón es la reina de la casa.

Este pueblo, dice la Santa Escritura, no es un pueblo, porque ha cambiado é infringido sus leyes: *Non est gens, quia mutavit jus.* Una casa sin observancia ya no es casa: es una ruina.

Nada está en su sitio: todo se va, todo decae, todo perece, no queda piedra sobre piedra; ¿por qué? Porque la ley ha sido quebrantada, desgarrada: *Lacerata est lex.*

Debe, pues, haber en una casa de educación un reglamento, respetado, obedecido, inviolable; y el superior es el especialmente encargado de guardarlo y hacerlo guardar; y por eso es, ante todo, el hombre de la ley, el hombre del reglamento.

CAPÍTULO V

Segundo medio para formar los colaboradores.

Los consejos

Si un superior digno es en una casa de educación el hombre de la ley, del reglamento, debe ser con mayor razón el hombre de los consejos: consejos para explicar el sentido, el espíritu, el alma, las aplicaciones del reglamento sobre la piedad, el orden, la enseñanza, la educación física de los discípulos, sobre la vida religiosa y literaria de los colaboradores, sobre la buena administración: consejos que dar y consejos que recibir.

Sin recibir consejos no es posible gobernar una casa de educación con prudencia, porque, no pudiendo un solo

hombre verlo y saberlo todo, sería fatal temeridad fiarse de sus solas luces.

De ahí, por qué el Espíritu Santo repita é inculque tanto la necesidad que tiene el hombre cuerdo y en especial un superior de recibir consejos; y que un superior prudente y humilde meditará con frecuencia. Hijo mío, nada hagas sin consejo y no te arrepentirás después: *Fili, sine consilio nihil facies, et post factum non pœnitebis.*

Palabra de verdad precédate antes de obrar y sólido consejo ante toda acción: *Ante omnia opera verbum verax præcedat te et ante omne actum consilium stabile.*

El necio que fía en su necedad y el presuntuoso que sólo halla buenos sus pensamientos se hallan retratados en estas palabras del Sabio:

El camino del insensato parecele recto á sus ojos, siempre cree tener razón; más el prudente escucha los consejos: *Via stulti recta in oculis ejus; qui autem sapiens est audit consilia.*

El necio no escucha las palabras de los prudentes, quiere que se le hable según su pensamiento: *Non recipit stultus verba prudentiæ.*

No te tengas á tí mismo por prudente: *Ne sis sapiens apud te metipsum.*

No creas que tus ojos bastan para verlo todo.

Los que todo lo hacen con consejo son dirigidos por la sabiduría: *Qui agunt omnia cum consilio, reguntur sapientia.*

Las Santas Escrituras nos enseñan la fuerza que dan los consejos á un superior.

Donde no hay consejo, se disipan los pensamientos, y se afirman donde hay muchos consejeros: *Dissipantur cogitationes ubi non est consilium: ubi vero sunt plures consilarii, confirmantur.*

Perecerá el pueblo si no hay quien gobierne; y allí está la salvación donde hay muchos que aconsejen: *Ubi non est gubernator, populus corruet: salus autem ubi multa consilia.*

Los pensamientos adquieren su fuerza con los consejos:
Cogitationes consiliis roborantur.

Dice Dupanloup: Yo diría de buena gana con el Espíritu Santo á un superior que tiene conciencia de sus deberes y de su propia flaqueza: Pon junto á tí un hombre de buen consejo: *Monitorem seu zelatorem officii sui*, manda S. José de Calasanz; ninguna cosa te será más preciosa: *Cor boni consilii statue tecum: non est enim tibi aliud pluris illo.*

El alma de un hombre cuerdo descubre á veces más verdad que siete centinelas que moran en las alturas para ver desde lejos: *Anima viri sensati emuntiat aliquando vera quam septem sedentes in excelso ad speculandum.*

Y en todas estas cosas ruega al Altísimo que te guíe por el camino de la verdad: *Et in his omnibus deprecare Altissimum ut dirigat in veritate viam tuam.*

Además de esto que nos enseña la fe, hay otras muchas razones especiales y de muy gran peso que hacen necesarios los consejos. Hay en una casa de educación tantos detalles de tanta consecuencia y tan delicados, unos que afectan á los discípulos, otros á los profesores, otros al superior, que nunca se enterarán lo bastante unos á otros en interés del buen desempeño del ministerio que ejercen: la ignorancia, el desprecio, el descuido de los detalles es intolerable en una casa de educación.

El gran mérito de un superior de una casa de educación es estar en todo, pensar en todo, desde el cordón del zapato, dice Dupanloup, hasta el alma, la vocación, la salvación de los discípulos; mas esta solicitud perpetua, universal no puede sobrellevarse bien sin luces y consejos.

Por lo mismo que el superior tiene la responsabilidad y la autoridad, él debe decidir; pero decidirá mal, si lo hace sin luces suficientes; y éstas se obtienen con los consejos.

Un superior resuelve con prudencia, cuando en conciencia y verdad ha hecho todo lo posible para enterarse, ha consultado á cuantos podían darle alguna luz, ha reco-

gido todas las ideas verdaderas, tiene la experiencia de los que le rodean, ha mirado la cosa por todos sus lados y ha ilustrado su inteligencia con las luces de todos: entonces sus reflexiones no se pierden en el aire, no salen fuera del asunto; y su resolución es tanto más segura cuanto más seriamente ha sido pensada y con más verdades ilustrada.

Los consejos son también un grande estímulo para el que, aún sin riguroso derecho á ser consultado, ve que se tienen en cuenta sus luces, sus observaciones, sus pensamientos; que no es una mera máquina, da y recibe muestras de confianza, de estima, y de las luces que puede necesitar: así se fomenta la cordialidad y buena inteligencia.

Por lo demás conviene no olvidar que el consejero no debe creer que el superior está obligado á seguir su consejo: cada uno da su parecer y el superior que es el responsable, decide.

El superior que teme los consejos y cree que éstos amenguan su autoridad, revela ser de pobre inteligencia y de pobre carácter; si sigue así, añade Dupanloup, debe dejar su cargo, só pena de ver la ruina de todo.

Cuando el mal está en los consejeros, hay que cambiarlos.

La uniformidad de método, de dirección, la unidad de espíritu se logra admirablemente por medio de los consejos en común: en éstos desarrolla el superior su plan, sus observaciones; los más antiguos muestran el fruto de su experiencia; las ideas particulares se ilustran unas á otras y producen la uniformidad, tan bella en una casa de educación: y todos salen de los consejos animados, ilustrados y prácticamente decididos.

Sirven también los consejos para conocer las buenas ó malas cualidades de cada uno. «Conócete á tí mismo», dijo la antigua sabiduría; y cosa tan importante es sin embargo rarísima.

Un superior tiene un deber riguroso en bien de la casa y por caridad al individuo advertir lo bueno ó malo que observe, una buena cualidad para que bien cultivada llegue

á hacer del sujeto una eminencia; un defecto, no sea que no corregido llegue á ser su perdición.

Es de sentido común que, al deber de advertir del superior corresponde en el inferior el deber de ser dócil. Dice la Escritura: ¡Dichoso el hombre que recibe bien las advertencias y reprensiones: *Beatus vir qui suffert increpationes.*

Un defecto ignorado ó una buena cualidad desconocida hacen de un hombre una calamidad ó una medianía; y nadie como el superior debe remediar todo esto.

En una casa de educación nada es más temible que los defectos de los encargados de darla: basta, á veces, en un hombre un defecto de carácter, una extravagancia en el modo de discurrir para hacer inútil su mayor talento.

Todos deben estar persuadidos que los defectos que ellos no conocen, son pronto conocidos por los discípulos, y que los niños tienen sobre esto una maravillosa perspicacia. Ha dicho Fenelón: Los que educan á los jóvenes, generalmente no les disimulan nada y á sí mismos se disimulan todo. Esto excita en los jóvenes el espíritu de crítica y de malignidad, y se alegran, y desprecian á sus maestros cuando sorprenden sus defectos.

Es, pues, de suma importancia conocerse á sí mismo y admitir con amor y reconocimiento cualquier advertencia que nos ayude á ello.

Y conviene recordar que hay dos clases de defectos que más nos ciegan y cuya advertencia más fácilmente nos irrita; el defecto de inteligencia y el defecto de capacidad para la clase; en otros términos: el orgullo del entendimiento y el orgullo de profesor: no habrá inconveniente en oírse decir que se tiene un carácter duro, sensible, que se tiene poca memoria, etc., etc.; pero que se tiene poca inteligencia, que se discurre mal, que no se hace bien la clase, sólo lo oye con amor y reconocimiento el que es humilde de corazón y desea de veras ser advertido.

Entre las cosas que más me maravillan, prosigue el Obispo de Orleans, y más me entristecen en este mundo,

ninguna me maravilla y entristece más que la presunción que no pide consejo, que ni si quiera cree tener necesidad de consultar, tratándose, sobre todo, de la educación y gobierno de las almas.

No dudo asegurar, añade, que un profesor joven tiene necesidad de ser advertido y aconsejado en todo; y él debe ser el primero en pedir la advertencia y el consejo, para él y para los otros, sobre su enseñanza y sobre sus discípulos; y si es sacerdote, sobre su predicación, sus penitentes y sobre todo lo que afecta al sacerdocio.

Una sola alma de un niño es un mundo de pasiones y de dificultades, ¿qué serán treinta, cuarenta ó más? ¿Qué ciencia no se necesita sobre su carácter, sobre su corazón, para conocerlo, tratarlo, mejorarlo?

Y en las clases, en la enseñanza, ¿cuántas se pueden cometer; y cuán fácilmente uno se engaña á sí mismo! ¡De qué diferente manera se enseña á principiantes, donde la sencillez, la claridad, la *repetición* son el alma de la enseñanza, y las clases superiores, donde la actividad, la abundancia de doctrina serían digna ocupación de los hombres más eminentes!

Si el profesor fuera sacerdote, ¿cuánto necesita consultar y ser advertido sobre la misa, las confesiones, los catecismos, la predicación, antes, después, sobre el fondo, el estilo; la declamación, el accionado, etc., etc.!

Al superior incumbe saber decir la verdad sobre todo; y nunca se hace mejor que en los consejos.

Los consejos son una escuela práctica, en la que se aprende una multitud de cosas esenciales importantes; sobre el orden, la piedad, la enseñanza, los defectos, las buenas cualidades de los discípulos, profesores, etc. Y teniendo presente que: *In multis offendimus omnes*, no hay hombre que no tenga muchas faltas, no hay quien no tenga que aprender y mejorarse mucho, hay que desechar toda vana susceptibilidad y todo pueril amor propio, recibir con docilidad, sencillez y reconocimiento las advertencias que se hagan: bien entendido que los defectos, aún

naturales, no nos excusarán delante de Dios, sinó después de haber hecho todo lo posible para conocerlos y enmendarlos.

Conocer los propios defectos es una gran ciencia, dice Bossuet; mas ¿quién tiene esa ciencia? ¿quién conoce sus flaquezas? pregunta David. Conviene tener un amigo fiel que nos advierta. El hombre que lleva á bien que se le advierta, es el que verdaderamente posee su corazón. Dice el Sabio: El que desprecia la advertencia, desprecia su alma; y el que escucha las reprensiones y consejos, será pronto señor de su corazón.

Si los profesores tienen que ganar mucho con los consejos, más aún tiene que ganar el superior: por eso, dice Bossuet, un hombre digno mira, como enviados del cielo, á los que convenientemente y con prudencia le descubren sus faltas y defectos. Y no hay que mirar la condición del que hace tanto bien: la verdad conserva siempre su autoridad, cualquiera que sea la boca que la enuncia. Dice el Sabio: El hombre prudente no murmura cuando se le advierte.

Sería, dice Dupanloup, una especie de locura, que un superior adorase todos sus pensamientos, se creyese sin defectos y no pudiese sufrir se los avisasen.

Un superior digno dice con la Escritura: ¿Quién castigará mis pensamientos é instruirá sabiamente mi corazón, para que yo no me perdone, conozca mis flaquezas, y mis ignorancias y mis faltas no se multipliquen, y no alegre á mis enemigos que verían que yo caía á sus piés?

Es una gran dicha para un superior humilde y deseoso de acertar, contar con hombres de abnegación que le hagan observaciones concienzudas con el respeto conveniente y con toda la necesaria sinceridad.

Cuando en una casa de educación hay entre el superior y sus colaboradores buena inteligencia y cordialidad, entonces hay con caridad y conveniencia mútuo cambio de observaciones y advertencias, preciosísimas para todos; y el superior comprueba su modo de gobernar, conoce la

eficacia ó inutilidad de lo que hace; y en las relaciones y apreciaciones que oye, recibe indicaciones que le pueden ser muy útiles; adquiere más experiencia de los que le rodean, ve lo que debe ver, siente lo que debe sentir y tiene ocasión para desarrollar las grandes cualidades que debe poseer; aplicación á los negocios, discernimiento pronto y delicado y previsión tan necesaria al superior de una casa.

«Un superior, dice Bossuet, debe ser, ante todo, atento y considerado: necesita mucha aplicación y laboriosidad y aquel discernimiento rápido y seguro que aprovecha las ocasiones favorables que pasan luego, y que quien las descuida, descuida todo; porque en la mayor parte de los asuntos no tanto hay que temer la cosa, como las consecuencias; y quien esto no sabe, no sabe nada. No basta que un superior vea; es preciso que prevea: no quiero decir que el superior sea de previsión inquieta y llena de cuidados, sinó de previsión llena de precauciones.»

Ciertamente todas las grandes cualidades que hacen digno á un superior le vienen de Dios; mas en los consejos es donde se desarrollan, se ejercitan y se fortifican; allí conoce á fondo á sus colaboradores, su tibieza ó su celo, su atención ó su negligencia, su capacidad ó incapacidad; porque allí les hace hablar y descubrir en sus palabras el fondo de su inteligencia y de su corazón.

¿Cómo es posible, dice Fenelón, gobernar bien á los hombres si no se los conoce? ¿Y cómo se los conocerá si no se vive con ellos? Y no es vivir con ellos, cuando sólo se los ve en actos públicos, en que sólo se habla de cosas indiferentes ó preparadas con arte: lo importante es verlos de cerca, sacar del fondo de su corazón los recursos secretos que hay; tantearlos de todas maneras, sondearlos para ver lo más íntimo, ejercitar su talento, probar la extensión de su inteligencia y la sinceridad de su virtud.

No hay que imaginarse, dice Bossuet, á un superior digno con la frente inquieta y los ojos fijos en la lectura de un libro: su principal libro son los hombres que le ro-

dean; su estudio atender á lo que pasa á su vista para aprovecharse.

No es que los libros no le sean utilísimos, pues el doc-tísimo y ocupadísimo S. Francisco de Sales tres horas di-arias gastaba al menos en ellos, sinó que el conocimiento práctico de los hombres es su principal escuela.

Tres puntos principales deben tratarse en los consejos que á lo menos una vez por semana preside y es el alma el superior: *la piedad, las letras y el régimen de la casa.*

Jamás un superior se persuadirá lo bastante que sin una piedad viva no es posible la buena marcha de la casa, y que si los profesores no la tienen, no la pueden comuni-car á sus discípulos, y falta el *pondus divinum* que sostiene su celo y sirve de lastre á los discípulos en las tempestades de sus nacientes pasiones.

Con los consejos literarios mejora cada uno su inteli-gencia, participa de las ideas y luces de los otros; y abun-dando la piedad y las letras en una casa, se llega al ideal de un gran movimiento religioso y científico.

Para el buen régimen de la casa cada uno aporta sus observaciones; y entre todos se ve todo y se remedia todo; y los jóvenes profesores se van iniciando insensiblemente en el modo de dirigir una casa de educación, para cuando lo necesiten.

Tres grandes deberes, dice Bossuet, incumben á un superior en lo relativo á los consejos: *ilustrarse, resolverse y saber callar.*

Un buen consejo no da inteligencia al que no la tiene; pero la excita y la despierta y se ayuda y fortifica con el buen consejo ageno.

Nada da á la palabra de un superior tanta autoridad como la estima y deferencia por lo que otros le aconsejan; y nada le da más derecho á hacerse escuchar y resolver que mostrarse él atento cuando los otros hablan.

Si el superior escucha al principio, pronto merece que se le escuche; si por algún tiempo es dócil, pronto será señor y maestro: el que no es capaz de consejo, no es capaz de mando.

Como la verdad en todo y toda la verdad sea necesaria para el buen régimen, el superior debe quererla á todo trance; y que se sepa que la quiere.

El que de veras busca la verdad, la encuentra, fija en ella la atención, descubre el fondo de las cosas y nada se le escapa.

¡Cuántos superiores, dice Dupanloup, están representa-dos al vivo en estos retratos de Bossuet! Mirad á este con cuánta atención y sosiego os escucha: al otro, cómo cuando se le habla, dirige acá y allá miradas extraviadas: no atiende, no escucha, no se escucha ni á sí mismo; nada ha entendido y sus miradas revelan lo vago de sus pensa-mientos. Añade la Escritura: Es hablar con un dormido hablar con un insensato que al fin del discurso pregunta: ¿de qué se trata?

¿En qué pensáis? dice Bossuet á un superior poco cui-dadoso en escuchar; ¿dónde tenéis los ojos? No los tenéis en la cabeza ni en la cara; no veis delante de los piés; no pensáis en nada.

Si hay ojo que ve y oído que escucha, también hay ojo que no ve y oído que no escucha: la verdad no será para estos.

Hay superiores que por el modo de escuchar la verdad, pero penosa, parecen decir: decidme cosas agradables, aunque sean ilusiones: *Dic nobis placentia, vide nobis erro-res*: quieren ser adulados y lo son; siguen á un ciego y ya no es el superior quien gobierna sinó el artero y engaño-dor; y se produce el malestar que dice la Escritura: Tres cosas hacen temblar la tierra: la primera, cuando gobierna el inferior.

Ocultar la verdad á un superior es hacer traición á él y á la casa; y la presunta inutilidad de un aviso no es siem-pre suficiente excusa para no darlo: no hay consejo inútil, aunque no se siga al punto; su impresión queda y puede producir fruto.

Después que un superior está bien enterado, tiene que hacer dos cosas: resolverse y resolverse por sí mismo: él

tiene la responsabilidad; él tiene la gracia de su cargo, decida y no espere á que otro le gobierne.

No basta que un superior sepa enterarse de otros y resolverse por sí; ha de saberse callar muchas veces y muchas cosas cuya revelación sería funesta: el secreto, dice Bossuet, es el alma de los consejos y una imitación de la profunda é impenetrable sabiduría de Dios.

Fenelón ha escrito estas hermosas palabras: El corazón de un hombre sabio es como un pozo profundo, de donde no se puede sacar el secreto: ama la verdad y no dice nada que la mancille: no la manifiesta sinó por necesidad; y la sabiduría, como sello, guarda sus labios, cerrados á toda palabra inútil.

Un hombre discreto, sin aparecer reservado y misterioso, sabe callar á su tiempo con la misma naturalidad que si tuviera el corazón en la boca.

Los que intervienen en los consejos, deben guardarse de los curiosos indiscretos y de los curiosos artificiosos: de los primeros es cosa fácil; y los que gustan de la adulación ó son de una vivacidad irreflexiva ó de un carácter irritable con facilidad son explotados por los segundos.

Conviene no olvidar que la discreción en una casa de educación es el respeto: respeto de los asuntos, respeto de los colaboradores, respeto de los discípulos, respeto de sí mismo y respeto de los demás.

CAPÍTULO VI

Tercer deber del superior: hacer hacer.

El hombre de acción

Un buen reglamento ordena todo en una casa de educación: un buen personal lo lleva á la práctica: un buen reglamento sin buen personal no vale nada: un buen personal sin buen reglamento vale poco: buen reglamento y buen personal lo pueden todo.

Mas ante todo se necesita un buen superior; y el signo que le determina, su nota característica, su cualidad más sobresaliente es ser hombre de acción: *Potens opere*.

Sin duda, debe ser un superior digno hombre de Dios: *Homo Dei*, hombre de oración: *Vir orationis*, poderoso por la palabra: *Potens verbo*; mas todas estas cualidades deben servirle para hacerle hombre de acción.

El debe perfeccionar lo bien hecho, impide que se haga el mal, corrige lo que lo necesita, añade lo que falta y previene todo olvido, negligencia y abuso: *Quod infirmum est consolidastis, et quod ægrotum est sanastis, quod confractum est alligastis, et quod abjectum est reduxistis, et quod perierat quæsisistis*, dice un profeta.

No solamente debe el superior pensar en todo, sostenerlo todo, dirigirlo todo, sinó que en caso de necesidad debe poder hacerlo todo: en la piedad, en las letras, en el orden, en lo material y en la higiene; y todo esto en un ministerio ingrato, en una tierra que, á consecuencia del pecado original, sólo produce de suyo espinas y abrojos: *spinas ac tribulos*: donde no se cosecha sinó con el sudor del rostro, *in sudore vultus tui*; y donde todo es maldito en su origen; tierra, obra y obrero: *maledicta terra in opere tuo*.

Quien así no lo entiende, continua Dupanloup, no entiende nada de lo que lleva entre manos: en una casa de educación el orden va naturalmente contra los que allí viven, porque á todos impone sujeción; y todos, por consiguiente, más ó menos conspiran contra el orden. El superior que debe ser esencialmente el hombre del orden, está obligado á resistir á todos; y la vigilancia inteligente, activa y firme es la sola que puede prevenir su ruina.

Sin una especial gracia de Dios el poder humano no llega á tanto; pálpase la palabra del Divino Maestro: Que el primero es verdaderamente el servidor de todos: son tantos y tan pesados los cuidados que gravitan sobre la conciencia del superior, que cuando yo lo era, dice el ilustre Obispo, parecíame mi pobre cabeza como una pelota llena de innumerables alfileres.

tiene la responsabilidad; él tiene la gracia de su cargo, decida y no espere á que otro le gobierne.

No basta que un superior sepa enterarse de otros y resolverse por sí; ha de saberse callar muchas veces y muchas cosas cuya revelación sería funesta: el secreto, dice Bossuet, es el alma de los consejos y una imitación de la profunda é impenetrable sabiduría de Dios.

Fenelón ha escrito estas hermosas palabras: El corazón de un hombre sabio es como un pozo profundo, de donde no se puede sacar el secreto: ama la verdad y no dice nada que la mancille: no la manifiesta sinó por necesidad; y la sabiduría, como sello, guarda sus labios, cerrados á toda palabra inútil.

Un hombre discreto, sin aparecer reservado y misterioso, sabe callar á su tiempo con la misma naturalidad que si tuviera el corazón en la boca.

Los que intervienen en los consejos, deben guardarse de los curiosos indiscretos y de los curiosos artificiosos: de los primeros es cosa fácil; y los que gustan de la adulación ó son de una vivacidad irreflexiva ó de un carácter irritable con facilidad son explotados por los segundos.

Conviene no olvidar que la discreción en una casa de educación es el respeto: respeto de los asuntos, respeto de los colaboradores, respeto de los discípulos, respeto de sí mismo y respeto de los demás.

CAPÍTULO VI

Tercer deber del superior: hacer hacer.

El hombre de acción

Un buen reglamento ordena todo en una casa de educación: un buen personal lo lleva á la práctica: un buen reglamento sin buen personal no vale nada: un buen personal sin buen reglamento vale poco: buen reglamento y buen personal lo pueden todo.

Mas ante todo se necesita un buen superior; y el signo que le determina, su nota característica, su cualidad más sobresaliente es ser hombre de acción: *Potens opere*.

Sin duda, debe ser un superior digno hombre de Dios: *Homo Dei*, hombre de oración: *Vir orationis*, poderoso por la palabra: *Potens verbo*; mas todas estas cualidades deben servirle para hacerle hombre de acción.

El debe perfeccionar lo bien hecho, impide que se haga el mal, corrige lo que lo necesita, añade lo que falta y previene todo olvido, negligencia y abuso: *Quod infirmum est consolidastis, et quod ægrotum est sanastis, quod confractum est alligastis, et quod abjectum est reduxistis, et quod perierat quæsisistis*, dice un profeta.

No solamente debe el superior pensar en todo, sostenerlo todo, dirigirlo todo, sinó que en caso de necesidad debe poder hacerlo todo: en la piedad, en las letras, en el orden, en lo material y en la higiene; y todo esto en un ministerio ingrato, en una tierra que, á consecuencia del pecado original, sólo produce de suyo espinas y abrojos: *spinas ac tribulos*: donde no se cosecha sinó con el sudor del rostro, *in sudore vultus tui*; y donde todo es maldito en su origen; tierra, obra y obrero: *maledicta terra in opere tuo*.

Quien así no lo entiende, continua Dupanloup, no entiende nada de lo que lleva entre manos: en una casa de educación el orden va naturalmente contra los que allí viven, porque á todos impone sujeción; y todos, por consiguiente, más ó menos conspiran contra el orden. El superior que debe ser esencialmente el hombre del orden, está obligado á resistir á todos; y la vigilancia inteligente, activa y firme es la sola que puede prevenir su ruina.

Sin una especial gracia de Dios el poder humano no llega á tanto; pálpase la palabra del Divino Maestro: Que el primero es verdaderamente el servidor de todos: son tantos y tan pesados los cuidados que gravitan sobre la conciencia del superior, que cuando yo lo era, dice el ilustre Obispo, parecíame mi pobre cabeza como una pelota llena de innumerables alfileres.

La acción es indispensable en un ministerio tan múltiple para llevar todo á la unidad de fin, la buena educación; para que el mismo superior sea amado, viéndose que si hace trabajar mucho, trabaja más él; y porque sólo bajo un hombre de acción se marcha sin titubear y con confianza.

Dicen los Santos Libros: En la acción están la abundancia, las riquezas, el poder: *In opere abundantia, in opere divitias, in opere potentia.* ¿A quién temeré yo? Al hombre pronto á la acción. *Quem timeo? Velocem in opere.* Sé activo en todo lo que hagas y ninguna enfermedad te asaltará: *In omnibus operibus esto velox et omnis infirmitas non occurret tibi.*

Así debe ser un superior, activo, pero sin embarazarse á sí mismo ni embarazar á los demás; previsor, pronto á escuchar los consejos de otros, rápido en la ejecución, sin imponer á nadie más carga de la que buenamente puede llevar, inspirando celo y confianza. Moralmente está en todas partes; los avisos le llegan; y como dice Fenelón: se hace amar de los buenos, temer de los malos y respetar de todos: sabe que Dios no le ha hecho superior para sí, sino para los otros, para toda la casa; y á ella debe todo su tiempo, sus cuidados sus afectos; y que en tanto es uno digno superior en cuanto se olvida de sí y se da á los demás.

Su actividad no sólo debe ser en obrar, *in agendo*, sino en hallar, *in dicendo*; en avisar, *in monendo*; en reprehender, *in arguendo*; en inspirar un temor saludable, *in terrendo*; en cortar pronto todo vicio que, como dice San Pablo, se propaga como cáncer, *serpit ut cancer*: es firme sin inflexible obstinación que raya en la ceguera, sin severidad extremada que no conoce la indulgencia y sin aterradoras amenazas que luego se disipan: jamás corrige burlándose de las personas: conoce su derecho, tiene la autoridad de Dios para el bien; su deber: sabe que falta cuando es remiso: su sacrificio: se da á sí mismo y exige que los demás le sigan: si afloja en su acción se hace excitar y practica el consejo que dió Fenelón á un superior: «pellizcaos á vos mismo, como se pellizca al que está aletargado,

hacéos pellizcar por vuestros amigos para estar despierto.»

La gracia de ser hombre de acción se consigue orando, conservando siempre la calma y la paz en medio de tantos quehaceres fastidiosos, *in altitudine et serenitate mentis*, como dice San Gregorio: previendo las ocasiones y preparándose para ellas, teniendo dispuestas razones y expresiones, utilizando los medios físicos, la voz, la mirada, etc.; teniendo orden en todas sus cosas, notas, papeles, etc.: haciendo unas después de otras; y haciéndose presentar por escrito todo lo que de importancia se le exija.

Á la firmeza de voluntad debe reunir un superior la grandeza de alma que hace que aquella no degenera en dureza de carácter.

Sin duda, dice Bossuet, un superior no debe temer á nadie, no debe temer más que hacer el mal: su debilidad irritaría, al fin, á todos, dejando entronizarse los caprichos y el desorden en vez de la paz, la libertad bien entendida y el orden; y pues que el temor es un freno necesario á los hombres á causa de su orgullo é indocilidad natural, el superior debe hacerse temer, en caso necesario, respetuosa y filialmente, de modo que todos se mantengan en su deber; y si bien es siempre preferible el ser amado, el temor excesivo de molestar sería debilidad criminal. Dios no perdona la debilidad de un superior: poco importa que se diga que es bueno, si no tiene firmeza. La debilidad de Aarón fué causa del crimen de su pueblo: la debilidad de Helí para con sus hijos produjo una inmensa catástrofe.

Mas si el superior que debe ser hombre de detalles, se embaraza en minuciosidades, no sabe prescindir de ciertas pequeñeces, cuando lo esencial está salvo; exagera los mismos detalles, no atiende á razones, no explica las cosas, se aferra en puntos de vista mezquinos, está en peligro de dar en un despotismo miserable y en una tiranía intolerable y ridícula: debe evitar las exigencias inútiles y los funestos descuidos; cosas igualmente fatales á la autoridad; y recordar que en tanto un hombre tiene autoridad, en cuanto sabe hacer ver á los demás la razón que no ven.

La grandeza de alma y espíritu penetrante de un superior le hacen conocer hasta en el ambiente de la casa el estado actual de profesores y discípulos; da en seguida en la raíz de cualquier dificultad y consige y extirpa, si hay necesidad, todo mal que pudiera propagarse.

La grandeza de alma y espíritu concilia admirablemente la autoridad con la dulzura, no confunde la odiosa dominación con el espíritu necesario de gobierno; y hace que el superior se presente do quiera lleno de bondad, abnegación y cordialidad, aunque no aparezca tierno y afectuoso por lo que exige y por la molestia necesaria que á algunos cause: porque un superior, dice Dupanloup, que á nadie molesta, es necesariamente un mal superior; y dada la naturaleza humana y lo que es la educación, el que no quiere dar pena á nadie, la da pronto á todos, dejando que todo sufra y que todo perezca.

Tú eres superior: no olvides que hay una conspiración universal contra tí, prosigue el Obispo de Orleans; porque todo tiende de suyo á la relajación, al desorden, á la ruina; y tú, el hombre de orden tienes que oponerte á todas estas tendencias: suaviza esa tu necesaria oposición con la grandeza de alma y dulzura de corazón, y tus legítimas exigencias de celo no se tendrán por inoportunidades tiránicas, ni tu firmeza será dura.

Un superior digno, dice Fenelón, se presenta siempre igual, firme, se posee á sí mismo, en nada es precipitado, escucha á todos, y no decide sinó después de examinar tranquilamente todo: sin gritos, sin impacencias espera á abrir con la llave de la dulzura el corazón, antes que romper la cerradura, como bellamente escribe S. Francisco de Sales.

Si la debilidad en un superior es tan funesta, no lo es menos su dureza que aleja de sí á profesores y á discípulos: el superior débil deja las riendas por el suelo, el duro las tiene tan tirantes que se rompen; es otra especie de debilidad; y ambas llevan á una catástrofe.

La dureza de condición y aspereza de carácter provie-

nen de la exageración del sentimiento personal, otra clase de egoísmo, del odioso *yo*, como dice Pascal: todo superior digno, añade Dupanloup, debe guardarse del «yo quiero, yo mando, yo prohibo»; nada más opuesto al espíritu del Evangelio y á la obediencia espontánea y generosa: esto quiere Dios, esto manda el reglamento: *Hæc dicit Dominus*; he aquí, dice S. Vicente de Paul, el modo digno de mandar.

Hay que confesar, prosigue Dupanloup, que algunos superiores no saben tener en la boca más que el «mío, mía, míos; mi seminario, mi casa, mi congregación, mis profesores»; nunca dicen: «mis niños»: jamás convencen, jamás persuaden; dos necesidades de la inteligencia y del corazón: «mando, ordeno», sin mas razón ni explicación; y si este modo de proceder bastaría para gente de cuartel á quien se ordena: «media vuelta á la derecha», para hombres consagrados al gran ministerio moral de la educación esto es fatal; los desespera, los deja sin consuelo, sin horizonte para su inteligencia y sin apoyo para su corazón: «nos trata como piedras que se colocan en un punto y allí se están», decía un profesor al ilustre Obispo.

¿Cómo hablar, cómo vivir con semejante superior? No se le habla, no se le aconseja, se le aísla: si aparece en una conversación, cesa ésta de repente: si alguna vez se muestra amable, no se le cree; «nos quiere engañar», dicen todos: si de algo se cuida es solamente del orden exterior, de lo material; desconociendo que la educación es obra del todo interior: á causa de su incompetencia para el cargo, aparece siempre á la defensiva: su modo de proceder es diametralmente opuesto á la sabiduría del *principiis obsta*, remedia el mal al principio: *nihil incuratum relinque*, no descuides nada: *abnega temitipsum*, sé hombre de abnegación: *ama et fac quod vis*, ama y obra: *suscipe infirmos*, ayuda al que lo necesita: *obsecro in visceribus Christi*, por amor á Jesucristo obrad el bien.

Un superior de carácter áspero es en el fondo tímido para el bien y contra el mal, si no afecta á su sola perso-

nalidad: falta un discípulo, dice Dupanloup, al respeto debido al profesor: el superior digno debe exigirle inmediatamente una reparación solemne; el áspero y tímido teme que los padres del discípulo tomen parte por su hijo; no tiene voluntad ni fuerza para persuadir y hace como quien no ve: el profesor queda profundamente desprestigiado, más por esta conivencia que por la falta más ó menos excusable del discípulo: éste se envalentona en su mal proceder y sus condiscípulos con él; y por no haber corregido á tiempo á uno, hay que despedir á diez; y tal vez, se quiera despedir al profesor, esperando llegue la hora en que el mismo superior conozca que haría mejor en despedirse á sí mismo.

Otros, por el secreto placer de congraciarse con los alumnos, se declaran siempre sus defensores contra los maestros, y hacen imposible toda educación.

Todo esto debe tener muy en cuenta un superior digno, como también lo que debe hacer por sí mismo y lo que debe dejar hacer á otros bajo su vigilancia.

El consejo dado por Jetró á Moisés instruirá y consolará á muchos superiores: Elige entre el pueblo hombres capaces: *Provide autem de omni populo viros potentes, timentes de Dios; et in quibus veritas sit*, que estos despachen los negocios ordinarios, y que á tí sólo te dejen las cosas de más importancia: *ipsi minora judicent: quidquid autem majus est referant ad te*: resérvate para el pueblo, sobre todo, en lo que mira á la religión: *esto tu populo in his quæ pertinent ad Deum*: no te dejes absorber por los detalles minuciosos; pues no es esto según razón: *Stulto labore consumeris*.

Según Fenelón, un superior digno debe hacerse dar cuenta y saber entrar en todo con discernimiento; en este sentido debe descender á los detalles; y el orden, el trabajo, la piedad y la administración deben pasar por su inspección: deberá saber los hechos esenciales, la marcha general, el conjunto de cada cosa: el impulso, la vigilancia,

la comprobación son de su incumbencia; la ejecución, los detalles son de los profesores: la ocupación de un superior es pensar, formar grandes proyectos, cual hábil arquitecto, y elegir los hombres capaces para realizarlos.

Un superior debe ser hombre de celo y formar así á sus colaboradores, hasta que con toda seguridad pueda confiar en ellos: *oculus zeli, auris zeli, pes zeli*; sus piés vuelan á todas partes, sus ojos ven y sus oídos oyen todo: es lo opuesto al superior pintado por Fenelón: perezoso, inaplicado, presuntuoso, testarudo; nada ve, nada escucha, todo lo resuelve al azar, no prevee, no advierte, no dispone; cuando se necesita, no es hombre de recursos; si tiene celo, es extremado, brusco, desigual y después, inactivo de cuerpo y de alma.

Un superior tolera la ligereza, las flaquezas de los alumnos; la mala voluntad, nunca: conviene que todos sepan esto: y ¿qué deberá hacerse con el que así se manifieste? se le advierte primero y se le hace saber que, de no cambiar, de no enmendarse, no se le tolerará: se espera uno, dos ó más meses: se le hace otra advertencia; y si aún así no se enmienda, se le separa de los otros con amor; y en fin se le despide: en el tribunal de la penitencia se podrá tener grande indulgencia con alumnos de mala voluntad; fuera de ahí la necesaria y justa severidad que salva la casa y que la conserva modelo.

De los varios medios de que puede valerse el superior para formar á sus colaboradores el más eficaz es el ejemplo: con él comunica la vida, la actividad, el movimiento, atrae á todos á su esfera, y según la comparación del Arzobispo de Cambrai, á semejanza de un río impetuoso que con las aguas arrastra los mayores bajeles, así el ejemplo instruye y arrastra con fuerza y autoridad decisiva.

Es también consejo de Fenelón: Que el superior no guste de adulaciones y que lo haga sentir á todos; y que no de su confianza sino á quien sepa contradecirle.

Añade Dupanloup: no quiero hablar de aquellos superiores, y algunos ha habido, que por envidia ó por extraño

sentimiento de su inferioridad, temen tener junto á sí hombres de mérito; y en vez de llamarlos, los alejan. Nada más miserable. El hombre á quien el mérito da miedo, no es digno de mandar á otros.

Y resumiendo este capítulo, el superior debe ser hombre de acción, debe saber comunicarla á otros y formar hombres de acción. Todos los que trabajan con él en la educación, deben parecersele; y á una, en la observancia del reglamento, deben ser movidos y armonizados por la acción y directiva de su jefe. La acción de los que educan la juventud debe ser pronta, viva, seguida, perseverante enérgica; y en caso necesario, severa; con la actividad, cuidados y provisiones del celo sereno, tranquilo, firme, animoso, dulce y fuerte.

CAPÍTULO VII

De los colaboradores de una casa de educación

1

Después de haber expuesto las principales cualidades y funciones de un buen superior y la evidente necesidad de un buen reglamento, resta tratar de los colaboradores y notar algunas de las obligaciones que deben estar consignadas en sus respectivos reglamentos.

Los colaboradores se dividen en tres categorías: prefectos ó directores, maestros ó profesores y confesores.

En una casa de educación bien ordenada ó donde se ejerza el *Apostolado de la enseñanza* debe haber, dice el Obispo de Orleans, cuatro prefectos, encargados y responsables de una manera especial de toda una parte del gobierno de la casa: prefecto de religión, prefecto de estudios, prefecto de

disciplina y prefecto de economía: prefecturas que abarcan la completa educación religiosa, intelectual, moral y física. Su importancia y especialidad hacen necesarias cuatro distintas direcciones, cuatro centros de gobierno que multiplican y simplifican á la vez la acción general, dividiéndola entre varios.

Una casa de educación así constituida se gobierna con facilidad; y un superior aparece considerablemente ayudado é investido de inmensa fuerza, al verse asistido de cuatro prefectos bien elegidos, abnegados y á quienes los discípulos respetan, como que están sobre los profesores y como especiales representantes de la primera autoridad.

Los prefectos deberán poseer cualidades parecidas á las del superior para poder influir sobre profesores y discípulos; el celo de la educación, espíritu de orden, ser hombres de acción, trabajar y hacer trabajar, tener con el superior *cor unum et animam unam*, completa identificación y ser en su esfera el *alter ego* del superior: ellos son los primeros consejeros de la casa, los que discuten con el superior las medidas convenientes en cada caso; y como ministros y agentes suyos, los que entran más de lleno en el espíritu del superior, teniendo muy presente esta advertencia que hace Dupanloup: Todo prefecto y todo profesor deben estar bien convencidos que harán más bien secundando al superior en la dirección que este imprime á la casa, que siguiendo otra cualquiera, aunque fuere mejor.

Los prefectos dan cuenta al superior del estado general de la casa para remediar lo que sea necesario; y como personas más caracterizadas dirigen las asociaciones piadosas que tanto bien hacen en los niños, cuando están bien dirigidas.

Ellos son los que después de entenderse perfectamente, aconsejarse é ayudarse sin susceptibilidad ni entrometimiento incesario guardan con los profesores los miramientos más delicados y, si es necesario, indulgencia; pero sin dejar de cumplir en interés de todos y hacer observar lo que dicta el reglamento.

sentimiento de su inferioridad, temen tener junto á sí hombres de mérito; y en vez de llamarlos, los alejan. Nada más miserable. El hombre á quien el mérito da miedo, no es digno de mandar á otros.

Y resumiendo este capítulo, el superior debe ser hombre de acción, debe saber comunicarla á otros y formar hombres de acción. Todos los que trabajan con él en la educación, deben parecersele; y á una, en la observancia del reglamento, deben ser movidos y armonizados por la acción y directiva de su jefe. La acción de los que educan la juventud debe ser pronta, viva, seguida, perseverante enérgica; y en caso necesario, severa; con la actividad, cuidados y provisiones del celo sereno, tranquilo, firme, animoso, dulce y fuerte.

CAPÍTULO VII

De los colaboradores de una casa de educación

1

Después de haber expuesto las principales cualidades y funciones de un buen superior y la evidente necesidad de un buen reglamento, resta tratar de los colaboradores y notar algunas de las obligaciones que deben estar consignadas en sus respectivos reglamentos.

Los colaboradores se dividen en tres categorías: perfectos ó directores, maestros ó profesores y confesores.

En una casa de educación bien ordenada ó donde se ejerza el *Apostolado de la enseñanza* debe haber, dice el Obispo de Orleans, cuatro perfectos, encargados y responsables de una manera especial de toda una parte del gobierno de la casa: prefecto de religión, prefecto de estudios, prefecto de

disciplina y prefecto de economía: prefecturas que abarcan la completa educación religiosa, intelectual, moral y física. Su importancia y especialidad hacen necesarias cuatro distintas direcciones, cuatro centros de gobierno que multiplican y simplifican á la vez la acción general, dividiéndola entre varios.

Una casa de educación así constituida se gobierna con facilidad; y un superior aparece considerablemente ayudado é investido de inmensa fuerza, al verse asistido de cuatro perfectos bien elegidos, abnegados y á quienes los discípulos respetan, como que están sobre los profesores y como especiales representantes de la primera autoridad.

Los perfectos deberán poseer cualidades parecidas á las del superior para poder influir sobre profesores y discípulos; el celo de la educación, espíritu de orden, ser hombres de acción, trabajar y hacer trabajar, tener con el superior *cor unum et animam unam*, completa identificación y ser en su esfera el *alter ego* del superior: ellos son los primeros consejeros de la casa, los que discuten con el superior las medidas convenientes en cada caso; y como ministros y agentes suyos, los que entran más de lleno en el espíritu del superior, teniendo muy presente esta advertencia que hace Dupanloup: Todo prefecto y todo profesor deben estar bien convencidos que harán más bien secundando al superior en la dirección que este imprime á la casa, que siguiendo otra cualquiera, aunque fuere mejor.

Los perfectos dan cuenta al superior del estado general de la casa para remediar lo que sea necesario; y como personas más caracterizadas dirigen las asociaciones piadosas que tanto bien hacen en los niños, cuando están bien dirigidas.

Ellos son los que después de entenderse perfectamente, aconsejarse é ayudarse sin susceptibilidad ni entrometimiento incesario guardan con los profesores los miramientos más delicados y, si es necesario, indulgencia; pero sin dejar de cumplir en interés de todos y hacer observar lo que dicta el reglamento.

Los prefectos deberán ser para los discípulos modelos de dulzura sin debilidad y de firmeza sin acritud: deberán usar poco rigor y mucha suavidad, muchos avisos particulares, advertencias públicas y pocos castigos: inspiran confianza y no temor, evitan con cuidado todo mal trato de obra ó de palabra, expresiones amargas ó groseras, muestran igual afecto á pobres que á ricos y se ganan el corazón de maestros y discípulos.

Como la religión es el primer bien del mundo, la primera prefectura es la de religión. Con nombres diferentes se le llama al prefecto en las casas de educación: *magister virtutum*, maestro de piedad en las casas de Alemania, fundadas por el Venerable Holzhauser, *institutor rerum spiritualium* en la Escuela Pía, padre espiritual ó prefecto de religión en otras partes.

El prefecto de religión cuida de una manera especial de promover y conservar la piedad y preside todos los actos religiosos, esmerándose para que sean hechos como conviene y alcancen el poder y eficacia á que están destinados, sin multiplicarlos en demasía y sin rutinarismos que á nada conducen.

El modo de oír la misa, frecuentar los sacramentos, prepararse á la primera comunión, explicar el catecismo, hacer las pláticas, dar y recibir los ejercicios espirituales, confesar á los niños; todo esto es de la incumbencia del hombre especial, destinado *ad hoc*, del prefecto de religión.

Como todos están obligados en conciencia á tener la ciencia de su estado y de su cargo, el prefecto de religión, dice Dupanloup, mirará como cosa de conciencia leer los mejores libros sobre el modo de dirigir y confesar á los niños, sobre los mejores métodos de hacer el catecismo, etc., etc.; tendrá como un gran deber aconsejar los mejores autores á los confesores y catequistas, conferenciar con ellos sobre este ministerio pastoral; y para hacerlo con fruto, deberá conocer á fondo los mejores libros sobre cada materia: ni el buen sentido, ni el talento, ni el celo pueden bas-

tar, ni dispensarle de tales lecturas: en libros especiales hechos por hombres de talento y experiencia hállase una multitud de cosas, en las que nunca uno hubiera pensado, y que dan los conocimientos más preciosos.

El prefecto de estudios ó de clases deberá dar verdadero impulso y buena dirección á todas las enseñanzas; inspirará á todos profesores y alumnos la llama de la emulación; estimulará al trabajo eficazmente y sin cesar; ordenará y vigilará todos los estudios; fortalecerá el gobierno de las clases, impedirá y prevendrá los descuidos y las divergencias ya en el modo de enseñar, ya en el modo de aprender; y ejercerá desde su esfera sobre el conjunto de la enseñanza aquella influencia y acción sin las que iría todo á la aventura, cada uno obraría á su manera y no se sabría nunca cómo van los estudios de la casa.

Ante todo, el orden en cada cosa, el plan de estudios, libros de texto, programas, régimen de las diferentes clases; después la ejecución de lo ordenado, comprobación y vigilancia, si siempre indispensables, sobre todo en materia de enseñanza, cualquiera que sea el mérito de los profesores; comprobación frecuente de la marcha, progreso y método de enseñanza, de la fuerza ó debilidad de los profesores y alumnos, de los grandes y pequeños medios de emulación, diarios y periódicos, del gran resorte de los exámenes bien hechos, de las sesiones literarias bien preparadas, de las notas semanales y mensuales, de las composiciones y de los premios; la constante inteligencia con los profesores, las relaciones personales y frecuentes con los discípulos que se señalan en bien ó en mal y con sus familias; una acción ejercida con paciencia y perseverancia; una influencia, si muchas veces invisible, presente siempre: hé aquí á grandes rasgos lo que debe hacer el prefecto de estudios en una casa de educación: su trabajo es incesante, sus cuidados continuos: él tiene verdaderamente en sus manos las riendas de esta parte tan importante del gobierno de la casa.

Un centro de enseñanza, donde no haya incesante vigi-

lancia de cómo van los estudios y los discípulos, va el azar y puede ocultar en su seno grandes miserias. La enseñanza de algún profesor puede ser deplorable, sin que nadie ponga remedio; algunos discípulos pueden pasar miserablemente el tiempo sin ningún progreso y sin que se ensaye nada eficaz para que aprovechen. Al prefecto toca saber día por día todo esto y remediarlo: á su vigilancia nada debe escaparse; debe conocer perfectamente la marcha de las enseñanzas de la casa y la manera de ser y obrar maestros y discípulos. Así, si la enseñanza se desvía ó descuida en una clase, si no se explica ó se hace mal alguna parte del programa, si en una palabra, se trasluce cualquier desorden antes que se haga profundo é irreparable, interviene el prefecto de estudios con su alta autoridad y lo remedia. Si la autoridad de un profesor se halla amenazada por cualquier motivo que sea ó á punto de desprestigiarse para con los discípulos, la intervención del prefecto repara todo: más para que el prefecto pueda ejercer su influencia sobre la enseñanza y dirección de las clases, su comprobación y ayuda preciosísima, deberá intervenir con la prudencia más exquisita, guardándose de todo lo que sepa á genialidad, capricho, ira, humor: la dulzura, la paciencia, la perseverancia harán eficaz su doble acción sobre maestros y discípulos y obtendrá digno resultado día por día y durante todo el año. Un digno prefecto de estudios, prosigue Dupanloup, no pierde un momento de vista ni ninguna clase, ni á ningún profesor ni á ningún alumno; sabe perfectamente qué hace cada uno y los recursos con que cuenta.

Este prefecto es para la enseñanza lo que un superior digno es para todo y para todos: sigue con atención todo el movimiento de las clases, estimula, ayuda, aconseja á maestros y á discípulos, sin rozar, ni herir á nadie, guardando formas dignas, ejerciendo su autoridad con verdadero celo, tratando con delicadeza las personas, y no buscando sino el bien de todos: obrando así, aparece más bien el auxiliar de los profesores que su vigilante; y con la evidente ayuda que les da, si cumple con celo ó inteligencia, hará

que acepten su comprobación y ministerio sin dificultad y con reconocimiento.

Compréndese fácilmente el bien inmenso que es para una casa de educación tener un buen prefecto de estudios, su influencia, sus deberes y sus cualidades; y al contrario, qué desgracia no tener prefecto ó tenerlo indigno.

Debe ser el prefecto muy instruido no sólo en las letras y en las ciencias, en todo lo que es enseñanza clásica y más aún en la ciencia pedagógica, en métodos, autores y práctica: junto con una gran actividad, con una vigilancia concienzuda, con una perfecta exactitud, con un cuidado escrupuloso y casi minucioso de los detalles, con el espíritu de orden y de regla ha de tener cualidades de carácter que le den autoridad y que le concilien la estima: necesita de un gran ascendiente para ejercer influencia real sobre profesores y alumnos, poseer el arte precioso de tratar á las personas, moderar la firmeza con la delicadeza de las formas, ser hombre de trabajo, hombre de progreso, hombre de estudios: con estas cualidades será incalculable su valor en una casa de educación donde el ministerio tan importante de los estudios está á su cargo.

El prefecto de disciplina, de orden, de vigilancia, inspector: *Praefectus morum*, cuida de la observancia general del reglamento en todo lugar, en todo tiempo: su jurisdicción es universal sobre profesores y alumnos.

Una buena elección de un prefecto de disciplina es de suma importancia; porque si no hay disciplina, orden, es imposible la educación. Más fácil es, dice Dupanloup, encontrar un buen profesor para cualquiera clase que un buen prefecto de disciplina, á causa del ascendiente que debe tener sobre profesores y discípulos, para imponer el orden á todos y siempre, y hacer que la exactitud de los maestros sirva de modelo á la exactitud de los discípulos.

Todo prefecto de disciplina, continua Dupanloup, que no comprenda, como uno de sus grandes deberes, infundir el orden, la disciplina en los profesores, no comprende su verdadera misión: no pudiendo hacerlo todo por sí solo,

debe saber hacer por otros y formar hombres de orden: esto no es fácil, ni siempre agradable; pero es absolutamente necesario.

Él debe tener, como el superior *oculum zeli, aurem zeli, pedem zeli*. Atento y penetrante debe verlo todo, adivinarlo todo, presenciario todo con vigilancia constante, natural, sin esfuerzo y sin pesar sobre los discípulos para no hacerse odioso.

El silencio y buena compostura en los ejercicios piadosos y literarios, al entrar y salir de las clases, el aseo de los alumnos y de las dependencias de la casa, los juegos en las horas de recreo, todo está á cargo del prefecto de disciplina; y por el orden que reina en la casa, hará ver el buen espíritu de la misma.

El *raro unum, nunquam duo, semper tres* será su máxima constante para prevenir amistades peligrosas y hacer reinar en la casa el espíritu de familia.

Para que el buen espíritu de orden no esté á merced ó inexperiencia de los profesores ó subprefectos, no se impone á ningún alumno castigo grave sin intervención del prefecto de disciplina.

Como al mismo tiempo uno de sus primeros cuidados es velar por las buenas costumbres, *Praefectus morum*, procurará hacer penetrar en el corazón de sus jóvenes discípulos las máximas evangélicas de mutuo perdón, de paciencia, de pureza y demás virtudes cristianas, haciendo que el buen orden exterior sea reflejo del que debe reinar en sus corazones, infundiendo en todos la idea de que «el que no quiera ser servidor del orden con gloria, será con deshonra esclavo del desorden.»

Atemperará su dulzura ó firmeza según la edad y carácter de los niños, y según sean más ó menos razonables; apelando, si es menester, hasta hacerse temer; y no perdiendo jamás de vista á ninguno para responder debidamente.

Tales son á grandes líneas las obligaciones del prefecto de disciplina. Concíbese perfectamente lo que cuenta Du-

panloup, de haber conocido un colegio de gran fama, debida, sobre todo, á haber tenido buenos prefectos de disciplina.

El prefecto de economía está encargado de todo lo que afecta á la parte material de la educación, como alimentos, vestuario, buen estado de las dependencias, criados, etc., etc.

En una casa de educación, dice Dupanloup, sucede como en la guerra, el dinero es la fuerza de todo: de ahí la grandísima importancia de un buen ecónomo, activo, celoso, inteligente y de carácter.

Una casa admirablemente dirigida, pero mal administrada bajo el punto de vista material, no prosperará; se hallará con graves dificultades y hasta llegará á perecer.

Las cosas materiales influyen muchísimo en las cosas de orden superior; y una buena ó mala economía da, á veces, una marcha buena ó mala á toda la casa.

Una casa donde no se esté bien bajo el aspecto material, hará que se resienta todo. Al contrario, cuando bajo este punto nadie sufre, ni se queja con razón, el gran ministerio de la educación puede hacerse sin embarazo y sin las resistencias que infaliblemente nacen del malestar material.

Una casa de educación donde se ejerce el *Apostolado de la enseñanza*, más que un pensionado es una gran familia, donde el superior es el padre y donde el ecónomo cuida paternalmente de las necesidades de la vida. Un buen ecónomo cuida de que los gastos no sean mayores que los ingresos; que las economías no se hagan á expensas de lo necesario; que las compras se hagan á su tiempo y en las mejores condiciones y que ninguna cosa se pierda ó se malgaste; cuida que los alimentos tengan las cuatro condiciones que dice el gran educador Rollín, «sencillos, buenos, sólidos y bien preparados;» y que todas las dependencias de la casa se hallen en el mejor estado higiénico y aseadas convenientemente.

Cuida que los dependientes que están bajo sus órdenes cumplan sus respectivos deberes religiosos y materiales; y

hace para ellos de padre y de maestro advirtiéndoles, enseñándoles, animándolos.

En medio de tantos cuidados materiales un buen economo se anima, pensando en el noble y altísimo fin á que se dirigen sus trabajos en una casa de educación; á salvar almas, educar bien la juventud, honrar la Iglesia y dar gloria á Dios.

Los profesores ó maestros son los destinados á desarrollar y perfeccionar inmediatamente y de un modo especial y primario la inteligencia y parte estética de los discípulos, sin descuidar las otras partes que integran la educación, aprovechando toda ocasión para ello.

Se entienden directamente con el prefecto de estudios en todo lo que dice relación al método de enseñar y aprender, libros de texto, programas, composiciones, notas, premios, castigos, etc.

Junto con la especial capacidad para el desempeño de la clase deben poseer gran celo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas; y así mirarán la instrucción intelectual, no como fin de sus aspiraciones, sinó como medio para llegar al corazón de sus discípulos é implantar allí la más sólida piedad, garantía la más preciosa de una perfecta educación.

Un profesor digno es el gran auxiliar de los prefectos de religión y de disciplina, conoce mejor que nadie á los alumnos, hasta mejor que el confesor que si conoce las faltas, ignora muchas veces su raiz; los trata más de cerca y con más frecuencia y puede con más eficacia corregirlos y perfeccionarlos bajo los cuatro grandes aspectos de la completa educación científica, moral, religiosa y física: si el confesor cura las llagas del alma, atrae la gracia, da y conserva la vida sobrenatural, el profesor digno prepara para todo esto, desarrollando el amor á *lo bueno*, á *lo bello* y á *lo verdadero*.

La preparación para la clase bajo el punto de vista científico es cosa de conciencia: el profesor que se prepara va al objeto en derechura, no divaga, sostiene la atención

de los alumnos, cosa tan capital, previene las dificultades para no desprestigiarse y sabe intercalar en las explicaciones y á propósito, ya una rectificación de algún error, ya alguna buena máxima, algún buen consejo, alguna anécdota edificante, etc., etc., que insensiblemente se irán depositando, como ligeras capas, sobre el alma de sus discípulos: solo así se ejerce el *Apostolado de la enseñanza*: contentarse con sólo enseñar la asignatura más alta ó más baja no es digna ocupación ni de un sacerdote, ni de un seglar que tiene conciencia de sí mismo.

Sacerdotes he conocido, dice Dupanloup, que no eran más que simples profesores: ¡que indignidad! En cambio he conocido seglares que en las clases eran verdaderos apóstoles.

No olvidará el profesor que ni en métodos de enseñanza, ni en asignatura alguna se ha dicho la última palabra; y que decaería su prestigio, si no estuviese al corriente de los últimos progresos; y que sin prestigio se hace imposible la educación.

En la clase procurará hacerse todo para todos; y si se toma algún cuidado especial, sólo lo hará con los más necesitados que son los últimos.

Es de la mayor importancia sostener y aumentar el celo del trabajo por todos los medios posibles de emulación, cuadros de honor, notas diarias, elogios, reprensiones, campos rivales, etc., sin descender jamás á golpear á los discípulos ni á dirigirles expresiones, groseras, motes, burlas, lo que haría de él, como antiguamente se decía un *plagosus*, ni caricias sin dignidad que desprestigiarian su autoridad ó le harían despreciable: el profesor que golpea á sus discípulos, dice Dupanloup, debe corregirse ó dejar su cargo.

No tanto consiste el buen sistema de enseñanza de un profesor en trabajar él como en hacer trabajar para que se desarrollen las facultades de los discípulos: *fabricando fit faber*: repeticiones, ejemplos, composiciones de toda especie según la clase; empezando en los más pequeños por la

memoria de la que se dice que *excolendo augetur*: y como cosa capital sosteniendo la atención, empezando por poco y aumentando gradualmente.

En las notas de lecciones, composiciones, etc., hay que atender también al esfuerzo del alumno; pues capacidades diferentes no merecen en igual caso la misma nota: hay que evitar la severidad que desanima y la excesiva indulgencia: con las observaciones se puede llegar á la exacta justicia.

Honrariase á sí mismo el profesor instruyendo á sus discípulos en la urbanidad enseñándoles á tratarse unos á otros con las formas más dignas; y así les prohibirá las contestaciones bruscas ó amargas, las palabras duras ó groseras, los mótes, las chanzas ó chistes de mal género. Al hablar de esto Dupanloup, pregunta: ¿qué juicio se debe formar del profesor, y algunos hay, que se permite á sí mismo tales indignidades? Hasta el tuteo debe desterrarse de las clases.

Como el profesor es responsable del empleo del tiempo y del desarrollo de todas las facultades de sus discípulos, lo es también de su buen espíritu, de su carácter, costumbres, hasta de su vocación: de ahí la necesidad de emplear con ellos el lenguaje y formas de la más alta educación y de la piedad, el más noble y poderoso móvil del trabajo; de modo que *el apóstol* reemplace á veces al profesor.

Para prevenir toda disipación y pérdida de tiempo el profesor debe hallarse en la clase antes que los discípulos: el que así no lo hiciera y fuera en esto negligente, dice Dupanloup, manifestaría ser hombre ó de poco orden ó de poco celo; y que era un pobre hombre.

No solamente no dejará nunca solos á sus discípulos, sin estar á su vista y siendo su ángel visible, sinó que aún estando fuera de su presencia, los lleva en su corazón, los encomienda á Dios, como un buen padre, *ne forte peccaverint*, y sabe informarse de su comportamiento fuera de las clases.

Si el profesor fuera seglar, procurará, dice Timon-David, hacerse orador, no en el sentido técnico, sinó de modo

que sepa convencer y persuadir para la piedad á sus alumnos; y si fuera sacerdote, ser además confesor y poder llegar á ser el hombre completo para la educación: profesor, orador, confesor.

Notadas ya las principales cualidades de los prefectos y profesores de una casa de educación, resta tratar brevemente de lo que deben ser los confesores.

Esto toca en lo más delicado, en lo más íntimo, en los resultados más profundos de la educación; como que se refiere á la lenta, pero maravillosa formación del hombre y del cristiano en el niño y al laborioso nacimiento de su alma á la vida moral y sobrenatural.

Toda educación que no llega al fondo del alma, al corazón, no merece semejante nombre; con todo su aparato no habrá tocado más que la superficie, sin llegar á las profundidades, donde sólo arraigan los sólidos fundamentos de la completa y feliz transformación.

Ni los profesores, ni los prefectos, ni el mismo superior, por digno que sea, ni potencia humana, ha dicho Fenelón, pueden forzar y entrar en el asilo impenetrable de la libertad de un corazón, aunque sea de niño. Todo corazón tiene secretos que el delicado y tímido pudor no permite entrever y cuyos últimos velos no permite levantar. Y, sin embargo, es soberanamente necesario penetrar allí para hacer el bien, para darle una dirección la más segura y ejercer acción decisiva; misión tan trascendental está exclusivamente reservada al confesor.

Una educación bien dada, aunque sea por simples seglares, tendrá su punto de partida en la conciencia, hablará al niño en nombre del deber, desarrollará el sentimiento, se dirigirá al alma, al corazón, á todos los instintos nobles de la naturaleza: dispone de estos recursos y los utiliza para perfeccionar el alma tierna del niño; mas este no le

entrega jamás toda su conciencia, y no le permite ver ni penetrar hasta el fondo de ella.

Sólo el confesor penetra y obra en lo más secreto del alma; sólo para él no tienen temores las delicadezas más íntimas, ni las timideces más sensibles; sólo para él los corazones no tienen velos, ni las conciencias secretos. El confesor investido del misterioso poder que le da una autoridad divina, es el único á quien una confianza inspirada de lo alto, permite espontáneamente descender á lo más íntimo de la conciencia y de la vida, ver lo que ningún otro ha visto y saber lo que fuera de él nadie sabe: sólo al confesor se le revela el último misterio de la conciencia y se le dice la última palabra del alma.

El inefable y divino poder de la confesión que obra tan profundamente sobre las almas, que sostiene, guía y consuela tan eficazmente al cristiano, es más eficaz todavía sobre el alma del niño; y en un digno confesor es el más poderoso, el más augusto y el más delicado medio de educación: es el suplemento y auxiliar por excelencia: el confesor tiene sobre el niño un poder que no tienen los profesores ni nadie; y en él encuentra la educación una ayuda sobrenatural, una eficacia é influencia de que carecería con todos sus otros recursos.

Si en una casa de educación se halla el profesor revestido del sagrado carácter del sacerdocio, y á esto añade la cualidad de confesor, entonces para elevar poco á poco á los niños por el camino de las grandes virtudes cristianas hasta la madurez de hombres perfectos, el profesor-confesor es el educador por excelencia. Un confesor digno comprenderá bien todo esto y lo meditará con frecuencia: á él se ha confiado el ministerio más dulce y más fecundo de la educación: el que así no lo comprendiera, nada sabría ni de los grandes consuelos, ni de los grandes frutos de su ministerio.

Para ejercer dignamente su cargo, debe el confesor empezar por mostrarse á los niños como la personificación viva del Salvador é inspirarles confianza y respeto sin lími-

tes: les deja una prudente libertad para elegir el director de su alma, sin cambios arbitrarios y frecuentes. Los niños deben acercarse al confesor con la confianza más grande y con un corazón el más abierto.

¡Qué amor y tierno respeto debe á su vez sentir el confesor, cuando ve llegarse á él sus jóvenes penitentes! ¿qué preguntas deberá hacerse sobre el modo de ejercer su santo ministerio? ¿qué voy á ser para su conciencia? ¿qué influencia ejerceré sobre toda su vida y sobre su salvación? Aquí comienza para el confesor la verdadera paternidad: él es el encargado por Dios de hacer nacer los niños á la vida de las gracias: *Filioli quos iterum parturio*.

Helos aquí que vienen á hacerle las primeras y sagradas confidencias de su corazón, á decírselo todo, y á ponerse sin reserva entre sus manos. La palabra del confesor cae con soberana eficacia sobre estas tiernas almas; lo que aquí va á depositar y escribir permanecerá grabado con caracteres, tal vez, indelebles. Si el confesor es celoso y hábil, maneja, moldea admirablemente estos tiernos corazones y los forma según el corazón del Hombre-Dios: corresponda, pues, con el amor más profundo, con total abnegación á la sencilla y sincera confianza de sus penitentes: amelos y que ellos lo sientan y que conozcan que, al venir á él, le hallarán lleno de bondad, de dulzura, de amistad: que sepan bien que en su confesor tienen el mejor amigo, el más íntimo y el más dispuesto á sacrificarse por ellos; que es su apoyo, su protector contra ellos mismos y contra todos; y que es el que más vivamente se interesa por todo su bien.

Un confesor digno varía su lenguaje y sus industrias según la edad y disposición de los niños: si éstos no han hecho aún la primera comunión, la mayor delicadeza, ternura, afable y compasiva bondad es lo que se usa con ellos. ¡Con cuánta discreción mira el fondo de estas jovencitas almas! ¡Con qué mano tan delicada las toca! ¡Qué inefables confidencias inspiradas por la religión! aquí al confesor, hombre de Dios, hecho y consagrado por su

carácter guía y médico de las almas se le hacen misteriosas revelaciones que le descubren el fondo mismo, el fondo cándido y puro del alma inocente; le hacen sentir el primer estremecimiento de la vida, la primera expansión del corazón, el primer amor del bien, el primer temor del mal, el confuso despertar de las nacientes y todavía indistintas pasiones, el lejano eco de las cosas, la vaga agitación de inciertos pensamientos, de deseos latentes, de presentimientos confusos, de todo lo que se levanta en el horizonte de la conciencia, de todo lo que allí viene á reflejarse y de todo lo que de cualquier manera llega á repercutir del exterior: todo esto descubren los niños al confesor; y sobre todo esto debe obrar su celo y su sagrada ciencia de las almas.

Ora se le presentarán niños que guardados con el mayor esmero por una madre piadosa en el santuario de una familia cristiana conservan todavía su inocencia; y entonces ¡qué depósito tan sagrado tiene que conservar! ¡qué flores hermosísimas, frescas y puras que cultivar! ¡qué atenciones! ¡qué delicadezas! ¡qué cuidados!: ora el mal, adelantándose á la edad, ha herido ya sus tiernecitas almas; y entonces ¡qué celo! ¡que apresuramiento para contener su progreso y ahogarlo en su nacimiento!

La dicha de este ministerio, ejercido en la primera edad de la vida, consiste en encontrar almas nuevas y tiernas, donde todas las impresiones son vivas y profundas, todo se graba; y la impresión que se hace, queda, como sello, para toda la vida. Ha dicho el Conde de Maistre: El hombre, lo que se llama el hombre, es decir, el hombre moral, está ya, tal vez, formado á los diez años.

No se creería, dice Dupanloup, si la experiencia no lo enseñase, cómo un confesor hábil puede dar á un corazón de diez años una forma, tal vez, definitiva, é imprimir en sus ideas y sentimientos una dirección decisiva.

Si este efecto admirable no se consigue siempre é infaliblemente, consiguiese en muchos, en la mayoría de los casos; y el confesor debe estar íntimamente convencido y

persuadido del inmenso bien que hace á los niños con su ministerio en su aparente pequeñez; y así aplicar todos los recursos de su inteligencia y de su corazón y de su celo para preservar á sus jóvenes penitentes, inspirarles la verdadera piedad, introducir en ellos y hacer entrar, en cierto modo, en su sangre y en lo más íntimo de su ser las mas grandes enseñanzas de la fe y los gustos más puros de la virtud.

Lo primero que hay que hacer en los niños es que conciben una idea grande de Dios, que le teman, que le amen; con esto se va formando su conciencia, se les inspira horror al mal, al pecado; se les hace comprender, cuanto sea posible, cómo el pecado que, á veces, les parece una cosa tan pequeña, tan insignificante, es un desorden y mal infinitos; á qué desgracias se exponen en el tiempo y en la eternidad, cediendo á las malas inclinaciones de pereza, soberbia, desobediencia, impureza, disipación, etc., que se levantan en el alma con las buenas inclinaciones y cualidades: hay que hacerles sentir vivamente la necesidad de combatir todas estas malas inclinaciones y desde luego, antes que crezcan y ahoguen á las buenas. ¡Desgraciado niño cuyo confesor no lo comprendiera así, y sólo se alarmara y preocupara por los vicios más groseros, como la impureza, por ejemplo! Yo, dice el Obispo de Orleans, no temo menos en los niños el orgullo que los vicios que parecen más feos; él lleva á los otros y á todo pecado: *Initium omnis peccati superbia.*

Mas las buenas ideas y los buenos sentimientos deben ser sostenidos y practicados; si no se hace así, *nótese bien*, no se hace nada. Si un confesor celoso é inteligente quiere hacer á los niños profundamente piadosos, debe acostumarlos á algunas prácticas sencillas, fáciles, bien escogidas, propias para formar y aumentar la piedad; y que el niño las haga á solas, libremente, en secreto, á los ojos de Dios: la práctica, por ejemplo, de dar á Dios su primer pensamiento al despertar, tomar algunas buenas resoluciones desde la mañana, rezar algunas oraciones antes de

dormir, arrepentirse después de cualquier falta, no atreverse á ir á dormir en pecado mortal, recordar entre día la presencia de Dios y tener especial devoción á la Sagrada Familia, ó sea, al divino Corazón de Jesús, á su santísima Madre, María y á su amadísimo Padre virginal, San José. No pido, añade el Obispo de Orleans, que estas prácticas sean muchas, sinó que sean precisas, bien definidas, bien observadas; nada de rutina y mero mecanismo, sinó con verdadero sentimiento del corazón y recomendadas con tal perseverancia, que entren en las costumbres de su alma y de su vida.

Es cosa que admira ver á niños cristianos, prevenidos por la gracia, con qué corazón tan dócil y tan sincero practican los consejos de su confesor; y cómo van creciendo en la verdadera piedad: esto hacía decir á un santo confesor que tenía el excelente don de sembrar la piedad en los niños: De diez á doce años es cuando más se ama á Dios.

Y no se crea, obsérvese bien, que se trata de una piedad de mera y peligrosa sensibilidad, sin raíz en el alma, no: los niños que en el bautismo han recibido la gracia y con ella los preciosos gérmenes de todo lo bueno, son capaces de generosos sacrificios y hasta del heroísmo; y la piedad varonil, dice Hobzhausser, fundada en la razón y en la fe, el temor y amor de Dios, el horror al pecado, los combates de la virtud contra el vicio, hé aquí lo que el digno confesor deberá desarrollar en sus conciencias, creando almas fuertes que llegarán á ser grandes, si son fieles á los misericordiosos llamamientos de la gracia.

Cuando llega para el niño la época de su primera comunión, el confesor echa el resto de su celo: todo lo que hasta entonces ha sembrado, hará que se arraigue, empezando por presentar al pensamiento y á la fe del niño el sacramento admirable que ha de recibir; sacramento el más dulce para el corazón y el más augusto para el alma; y cuidará de excitar en él las más generosas resoluciones para recibirlo dignamente.

Para un confesor que sabe desempeñar su ministerio, es la primera comunión el medio más poderoso para que el niño haga los mayores esfuerzos y salga del mal camino, si, por desgracia, ha puesto ya allí el pié; ó se arraigue en el bueno, si por gran dicha, está aún allí: en este tiempo la palabra del confesor es más grave, más viva, más conmovedora; sus consejos más serios y de mayor alcance; y el niño conmovido y dominado por la impresión: *se acerca ya el gran día*, se inclina más dulce y humildemente bajo su mano: entonces la autoridad del confesor se agranda con toda la grandeza y majestad del Sacramento: entonces puede lo que antes no podía; ve hasta el fondo del alma, rompe, arranca, ahoga todo mal; ya severo, ya tierno, ya amenazador, ya lleno de dulzura, mueve todos los resortes del corazón, toca todas las fibras del alma; y con un ascendiente más grande que nunca, invoca sobre el alma del niño todos los motivos naturales y sobrenaturales. Este es para el confesor el momento más solemne de la vida, el más decisivo; su influencia sobre el corazón del niño no será nunca más completa y absoluta.

Así debe sentirlo el confesor; y esforzando su celo á medida de la importancia de resultados que debe obtener, nada omite para asegurar á la vida eterna del niño el incomparable beneficio de una buena primera comunión; y como el momento es supremo, hace también un esfuerzo supremo.

Primeramente y como cosa de la mayor importancia, ni el confesor, ni el niño deben dejarse sorprender por la aproximación de la primera comunión: el confesor la verá venir de lejos, y no esperará, para disponer á su joven penitente, á los últimos momentos, ni á la época de su admisión definitiva. Desde el principio del año, dice el Obispo de Orleans, hay que pensar en disponer al niño para este gran acto y prepararle con cuidados especiales y con la vista anticipada de este gran día.

Además es muy importante que la confesión general sea precedida de una especial preparación, que se haga

tres semanas ó un mes antes de la primera comunión; y en este tiempo, sobre todo, hay que esforzar el celo, apoyado en las verdades más grandes de la religión, recordadas é inculcadas con firmeza, para inspirar á los niños *el espíritu de penitencia, el pesar más sincero de lo pasado y la voluntad resuelta de una vida mejor y de un cambio inmediato y profundo.*

La gracia de Dios, tan abundante en esta época feliz de la vida, hace todo fácil especialmente en las casas de educación católica, donde los niños están, por regla general, mejor dispuestos y al abrigo de los escándalos ordinarios; y la verdad es, que habiendo celo y empleando estos sencillos medios, la primera comunión de los niños se hace generalmente de una manera admirable.

Hecha ya la primera comunión, falta hacer perseverar al niño y conducirlo adolescente, joven, á través de las ilusiones y escollos de esta edad peligrosa en que la voluntad, tan débil aún, se entrega á las impresiones sensibles y al dominio de los sentidos con más facilidad que al gobierno sereno y fuerte de la razón.

Salvar á un joven de todos los peligros de su edad, defenderle, á la vez, de su debilidad y del ardor de sus pasiones, de su inexperiencia y de su presunción, calmarle, moderarle, dominarle, someterle á la obediencia, á la ley, á la sabiduría, cuando se despierta el orgullo y empieza á aparecer altivo, indócil, desdenoso, impaciente del freno; contenerle, domarle, guardarle puro, cuando se enciende la pasión y remueve su pobre y juvenil corazón, solicitado y atraído por el ardor de la sangre y las ignorancias de la edad; conservar puro á un joven hasta los veinte años, prepararle con una juventud sin mancha á entrar en la vida lleno de valor y armado de la frente al pié; ¡qué obra tan admirable! ¡qué servicio tan inmenso hecho á su alma! ¡qué ayuda tan prodigiosa para su educación! Y todo esto es muy posible: la religión católica tiene tales medios de acción sobre las almas, posee tales fuentes de fuerza y de pureza, que valiéndose de aquellos y bañando á la juventud

en esas misteriosas fuentes, hace milagros de conversión y de preservación: esta es su obra maestra, esta su gloria; y el agente principal de esta maravilla en una casa de educación es el confesor.

Para producirla, se necesita ante todo, dice Dupanloup, que el confesor sea verdaderamente sacerdote, sacerdote piadoso y fervoroso, hombre de oración, hombre de Dios. El ministerio de un sacerdote tibio, que descuida las prácticas íntimas de la vida sacerdotal, literato más que sacerdote, profesor más que apóstol, tendrá poca influencia y no será bendecido de Dios: esto es patente.

A un grande amor á Dios deberá el confesor juntar grande amor á los niños: ahí se halla la única fuente del celo verdadero: que los jóvenes penitentes sean objeto de sus constantes cuidados; que siempre los lleve en su pensamiento y en su corazón; gestación sagrada, necesaria para el alumbramiento espiritual; que ore y haga orar sin cesar por ellos y los siga con atención en sus progresos y en sus desfallecimientos. Un confesor que no haga esto, que no sienta estas inquietudes, estos trabajos de la paternidad espiritual, no es verdaderamente Padre. Un confesor que no tiene presentes á los niños en la misa, en la acción de gracias para encomendárselos á Dios; que al verlos donde quiera, no siente cierta emoción interior, no los sigue con una mirada llena de ternura y de cuidado, que no escucha la voz que le dice sin cesar: «Dios te ha entregado estos niños, estas jovencitas almas para que las prepares para la vida y para los destinos eternos;» este confesor no es el sacerdote que conoce y siente lo que debe á los hijos de Dios y suyos.

¿Y cuántas veces deberán los niños confesarse? Juan José Allemand, uno de los más celosos é inteligentes educadores de la juventud de nuestros días, citado por Dupanloup y Timón-David, decía: «Todo joven que quiera perseverar en la virtud, deberá confesarse á lo menos cada quince días. La experiencia de treinta y cinco años me ha enseñado que muchos no perseverarían sin la confesión de cada ocho días.»

Además de la confesión sacramental, conviene en gran manera frecuentar la confesión directiva, entrevista religiosa y paternal, en la que se enseña al niño á orar, se le habla de Dios, se le graba en la conciencia el deber de cristiano, se le consuela, se le anima, se le reprenden con dulzura y firmeza sus faltas y se le inspira poco á poco y como gota á gota el amor á sus obligaciones y los sentimientos de piedad.

Esta confesión directiva es eficacísima para evitar la rutina que en los niños es el gran peligro de las confesiones frecuentes. La rutina, hé aquí lo que el confesor celoso, inteligente y piadoso prevendrá é impedirá á todo trance y con la mayor atención.

En una casa de educación cristiana los niños cometen, por lo general, pocos pecados; no tienen ocasión, son menores las tentaciones, etc.: esto es un beneficio de la buena casa cristiana; no supone sólida virtud: si sin faltas graves está en algunos como apagada la vida activa de la gracia, estad seguros, su virtud está más en lo exterior que en el fondo del alma; á la primera ocasión ya ha desaparecido. Así se ha visto á niños educados en casas cristianas y de familias poco ejemplares dar en la primera ocasión al traste con toda la piedad y hacerse verdaderamente impíos.

Esto parecerá incomprensible, añade Dupanloup, á quien no tiene experiencia; quien la tenga, sabrá que la rutina en las cosas santas y en particular en el sacramento de la penitencia es un gran mal; y que sólo el confesor activo y generoso salva al niño: ¡Desgraciado quien no haya sentido una vez, si quiera, en su vida esta prenda de resurrección, este *semen vite* en lo más íntimo del alma! Si el educador, si el confesor no se apresuran á depositar en el alma del niño esta prenda de vida, más tarde, por punto general, ya no es posible; de aquí, que si sin gran celo y gran inteligencia no puede desempeñarse dignamente ningún ministerio de la educación, gran celo y gran inteligencia son de todo punto necesaria con-

dición para el más dulce y apostólico ministerio de confesar á los niños.

Un confesor digno no se contenta con oír la confesión hecha de *cualquier* modo y seguida de una exhortación *cualquiera*, no le basta la frecuente confesión y que los niños no lleguen con grandes pecados, sino que se esfuerza en dar á su conciencia y religión prácticas reales y diarias, haciéndoles combatir enérgicamente sus faltas, sus defectos, enseñándoles á hacer actos de virtud y ejercicios libres de piedad y de mortificación; así su trabajo no es de meras apariencias, de frutos efímeros, sino de resultados duraderos; no edifica sobre arena, ni para un día, sino sobre los sólidos fundamentos de una verdadera y perseverante piedad.

Puede afirmarse, continúa Dupanloup, que en la mayoría de los casos el rutinarismo de la confesión proviene de falta del confesor. Aún cuando, por ser muy conveniente, la familiaridad de padre y la confianza de una dirección de amigo deben brillar en la confesión de los niños, no por esto se disminuye en ellos el respeto al sacramento: bastan casi siempre algunas palabras de gran piedad y que salgan del corazón para disponerlos bien á la absolución, cuando la hayan de recibir.

Tampoco se limitará el confesor á palabras que inspiren una piedad dulce y afectuosa, sino á las que inspiren piedad viva, fe ilustrada, religión profunda: tales son las verdades eternas. Las grandes máximas del evangelio, las grandes verdades, los novísimos, los misterios cristianos, los fervientes actos de amor de Dios, de detestación del pecado, hé aquí lo que debe inculcarse á los jóvenes con palabras graves y enérgicas que les hagan saludable impresión hasta grabarse en lo más hondo de sus corazones. Así hablaba á sus jovencitos San José de Calasanz, como confesó un soldado, quien en su vida aventurera jamás se atrevió á cometer un solo pecado mortal: ¡tan profundamente inspiraba el santo en los niños el temor de Dios!

Aunque el confesor deba tener en cuenta la debilidad

y fragilidad de la juventud, es, de todo punto necesario, se atenga exactamente á las sanas reglas de la Moral en lo concerniente á la absolucíon: de no hacerlo así, haría á los niños y á sí mismo inmenso mal; los niños permanecerían en el pecado; y por el mal entendido pretexto de no desanimarlos, se harían incurables en sus enfermedades del alma. Y esto es aún más grave, cuando á la absolucíon se sigue la comunió, inconsiderada y sacrílegamente permitida á quien conserva hábito formado y persistente de pecado mortal. Este deplorabilísimo proceder sólo conduce á dar casi infaliblemente malos ciudadanos á la patria y malos sacerdotes á la Iglesia.

Compréndese fácilmente de todo lo dicho la absoluta necesidad de conferencias de confesores en una casa de educaci6n para ejercer con uniformidad y rectitud el más trascendental ministerio de la educaci6n.

También debe tenerse muy presente no confesar á los niños sin gran necesidad sin6 en la iglesia 6 lugar sagrado.

Hé aquí trazadas á grandes rasgos las principales cualidades prácticas del confesor, llamado al admirable y dulcísimo ministerio de dirigir á los niños; ministerio, como dice el gran Canciller Gers6n en su obra. *De pueris trahendis ad Christum*, el más á propósito y el más eficaz para llevar la juventud á Jesucristo; y que hacía al gran educador San José de Calasanz decir á sus hijos para animarlos á este santo ministerio, que ejerciéndolo harían á los ojos de Dios una cosa gratísima. *Rem Deo gratissimam facient.*

Toda vez que ya se ha tratado aunque succintamente de los colaboradores de una casa de educaci6n y de sus principales cualidades y ministerios, conviene recomendar para que la educaci6n se haga dignamente y con más facilidad, que todos tengan su parte más 6 menos activa en la cuádruple fase de la perfecta educaci6n religiosa, moral, científica y física; y que ninguno se limite exclusi-

vamente á una sola fase, apareciendo indiferente 6 extraño á las demás; el *Apostolado de la enseńanza* exige completa fidelidad al lema de los antiguos: *Mens sana in corpore sano*, perfecci6n de alma y cuerpo.

No es esto decir que todos por igual han de atender á todo y que sean inecesarias las prefecturas, indispensables para que haya uno especial que responda de su atribuci6n y con particular cuidado, á causa de la limitaci6n del poder humano y que concentre su acci6n sobre una especial fase de la educaci6n, sin6 que la naturaleza misma del hombre, el honor de los colaboradores y su mismo perfeccionamiento exigen de consuno la multiplicidad de su atenci6n sobre toda la educaci6n.

Yo, dice el ilustre Obispo de Orleans, no admito que un profesor haga varias clases 6 tenga tal acumulaci6n de ministerios que no le dejen tiempo suficiente para prepararse y para formarse personalmente; y es riguroso deber de los que est6n al frente de las casas de educaci6n no perdonar medio para que el personal sea suficiente para el trabajo y que nadie tenga que hacer esfuerzos que le consuman; pero tampoco admito que los hombres de educaci6n sean absolutos, indiferentes y casi desconocidos entre sí, sin ayudarse mutuamente y como si la educaci6n no abrazase á todo el hombre, su alma, su coraz6n, sus costumbres, su carácter, su cuerpo, etc., y como si una fase cualquiera de las cuatro que integran la perfecta educaci6n no influyese en bien 6 en mal sobre las otras.

Quien así no lo sintiera, ańade, es digno de lástima, es un infeliz: *Infelix operis summa, quia componere totum nescit.*

Uno sólo es el hombre, unas sus facultades, una su vida; una sola debe ser su educaci6n, por más que se distinga y subdivida en cuatro ramas para hacerse con más perfecci6n.

Esta es la altísima raz6n y conveniencia porqué en una casa de educaci6n donde se ejerce el *Apostolado*, nadie enseńa exclusivamente, nadie tiene esta 6 la otra prefectura exclusiva, todos educan, tomando parte conveniente en el todo de la educaci6n.

El honor de los profesores sube de punto, cuando se los ve no limitarse á una sola fase; y con consejos ó de otro modo conveniente toman parte con dignidad en la religión, la moral, la urbanidad, higiene, etc.

Hasta el perfeccionamiento de los mismos profesores está grandemente interesado en no dividir ni fraccionar lo que de suyo es uno; en atender á la completa educación: cada una de las cuatro fases de la educación instruye y forma á su vez al profesor que halla para su corazón é inteligencia un mundo, donde desarrollar puede en cada niño sus facultades todas, su celo de apóstol: no limitándose á ser un mero repartidor de ciencia á *estilo pagano*: y si un profesor meramente seglar debe hacerlo así, ¿cuánto más si es sacerdote?

Todo profesor y más si es sacerdote, que no sea más que literato, hombre de ciencia, y que sólo pretenda hacer literatos es bien poca cosa: de todo el bagaje de la mera ciencia no se saca ordinariamente sino sequedad de corazón y orgullo del alma. Así se ha visto á hombres que toda su vida han sido profesores y nada más que profesores, infatuados con su limitado saber, con una ignorancia absoluta de lo que es la humanidad, de la vida práctica, incapaces de todo, fuera de sus libros, como aquellos músicos que no sirven para nada, no teniendo su propio instrumento.

Además el celo, el interés, el entusiasmo se agrandan á medida que se agranda la esfera de acción: no se concibe entusiasmo de artista que sólo se limitase á hacer una parte de una estatua: así es también en la educación: ensanchándose su campo de acción, halla el profesor más dignidad, más influencia, más conocimiento práctico de los niños y más entusiasmo; y al mismo tiempo le sirve de admirable aprendizaje para ser en su día digno superior.

Por eso en una casa de educación católica todos se interesan en inculcar á los alumnos la religión, el primer bien de la vida que prepara á la eterna felicidad; todos contribuyen á que reina la más pura moralidad, el orden más perfecto, la más estricta disciplina, dispensadora del

tiempo, protectora del trabajo, inspiradora del buen espíritu, prenda de los grandes estudios, guardadora de la inocencia y de las costumbres, nervio del reglamento y resorte poderoso de la completa educación; desapareciendo así la odiosidad que con frecuencia recae sobre aquel ó aquellos que aparecen como meros fiscalizadores ó conservadores del orden.

Cada uno procura con ahinco, dentro de su esfera y mirando al bien general y al buen nombre de la casa, que los estudios se hagan con la mayor brillantez y según los últimos adelantos, para que el honor, prenda de vida y de pujanza, no se empañe en cosa de tanta trascendencia; asiste á la lectura de las notas, recreos y academias de los alumnos para dirigirlos y conocerlos: cada uno explica el catecismo y, si es sacerdote, predica y, sobre todo, confiesa, mirando el ministerio pastoral como el alma y la vida de una casa de educación: así entre todos se hace todo; y el gran ministerio de la educación llevado en peso entre varios se hace llevadero: así, aplicar en una justa medida todos los colaboradores á toda la educación es inspirar evidentemente á todos y á cada uno mayor abnegación y mayor viveza de celo, inteligencia y entusiasmo.

En esta hermosa unión y feliz concierto de esfuerzos el ministerio de cada uno se fortalece con la participación de todos en el ministerio común; y el ministerio de todos con la participación de cada uno. Todos se apoyan, todos se sostienen y ayudan: la educación se forma, el carro marcha. Tomando de la Santa Escritura una bellísima comparación, así marchaba el carro misterioso que vió Ezequiel. Cada uno de los cuatro animales que lo arrastraban, tenía cuatro caras, *quator facies uni*; cada uno tenía su impulso y marchaba de frente, *unumquodque coram facie sua ambulabat*; mas las alas estaban unidas las unas á las otras, *junctæque erant pennæ eorum alterius ad alterum*; y sus esfuerzos iban á un mismo fin. Sostenidos y llevados los unos por los otros volaban sin pena y sin fatiga, de frente, según el soplo divino que los animaba, *ubi*

erat impetus spiritus, illuc gradiebantur: y he aquí porqué el carro marchaba sin sacudidas, avanzaba sin retroceder y llegaba á su término, *nec revertentur cum ambularent.* No puede darse imagen más bella y más precisa de la unión y esfuerzos de todos los colaboradores y de los maravillosos resultados, fruto de este concierto, en la buena marcha de todo en una casa de educación.

CAPÍTULO VIII

Los hombres de oración

— 1 —

En todo lo dicho hasta aquí aparece viva, luminosa y fulgurante esta verdad: que los hombres dedicados á la educación, han de ser hombres de acción, hombres de abnegación. La vida de los educadores, como á grandes líneas hemos descrito, no es vida de holganza y de placer, es vida de nobilísimo trabajo, de solicitud incesante, vida de celo y de sacrificio.

Mas, para tal vida, para ser hombre de acción, de abnegación y de sacrificio y para serlo con constancia, se necesita, como condición indispensable, *sine qua non*, ser hombres de vida interior, hombres de oración.

El hombre de consejo, el hombre de acción, el hombre de abnegación, dejarán de serlo, desfallecerán, caerán si no los sostiene el hombre de oración.

Como todo edificio que se levanta, tiene su fundamento invisible que lo sostiene, así los grandes ministerios, las grandes vidas tienen su fundamento invisible en las profundidades del alma, de donde se levanta con fuerza y majestad todo lo que aparece y se dilata al exterior.

¿La vida ocupada y laboriosa del educador, los detalles, los cuidados, la responsabilidad, todo esto deberá lle-

nar completamente la vida del educador católico en una casa de educación? ¿Un educador digno no tendrá que hacer nada más para sí, para sus niños, para su alma de cristiano, para su vida sacerdotal, si es sacerdote y más si es religioso, para el bien de su ministerio y para el buen éxito de la educación?

Si: tiene que hacer algo más y de una influencia decisiva; porque todo lo que aparece al exterior no es el verdadero todo. Hay algo que no se ve, que no aparece, y sin embargo es el deber más esencial del educador y contribuye á la buena educación más que la exacta observancia del reglamento, más que la abnegación y más que el talento. Hay una cosa que es la raíz invisible de todo este gran ministerio, la inspiradora del sacrificio, la que dirige y sostiene al educador en sus fatigas y atrae sobre ellas el rocío del cielo y la bendición de Dios: esta fuerza invisible y oculta, esta ayuda misteriosa de la educación, complemento de todos los medios, de todos los recursos es el espíritu interior, es la piedad, es la vida de oración.

Si, la piedad, la vida de oración es el principio y la fuerza de todo para el delicado y laborioso ministerio de la educación. Dadme, prosigue Dupanloup, un profesor verdaderamente piadoso, hombre de oración y no solamente no dudará de su celo, no solamente, seguro estoy de ello, hará todo cuanto pueda, sinó que lo hará con esfuerzo perseverante; y no le faltará la bendición de Dios, atraída por sus súplicas.

Mas si al educador le falta el fundamento de la vida interior, si no es hombre de oración, todo lo demás será caduco, desaparecerá: su acción se debilitará, su abnegación se cansará, los trabajos comenzados con el mayor celo no se acabarán ó quedarán estériles; si es sacerdote, religioso, su vida sacerdotal, religiosa languidecerá, perecerá: se buscará en el profesor, en el maestro al cristiano, al sacerdote, al religioso y no se le encontrará.

Yo quisiera aquí, dice Dupanloup, persuadir íntimamente á todos los educadores, sacerdotes ó legos de la

erat impetus spiritus, illuc gradiebantur: y he aquí porqué el carro marchaba sin sacudidas, avanzaba sin retroceder y llegaba á su término, *nec revertentur cum ambularent.* No puede darse imagen más bella y más precisa de la unión y esfuerzos de todos los colaboradores y de los maravillosos resultados, fruto de este concierto, en la buena marcha de todo en una casa de educación.

CAPÍTULO VIII

Los hombres de oración

— 1 —

En todo lo dicho hasta aquí aparece viva, luminosa y fulgurante esta verdad: que los hombres dedicados á la educación, han de ser hombres de acción, hombres de abnegación. La vida de los educadores, como á grandes líneas hemos descrito, no es vida de holganza y de placer, es vida de nobilísimo trabajo, de solicitud incesante, vida de celo y de sacrificio.

Mas, para tal vida, para ser hombre de acción, de abnegación y de sacrificio y para serlo con constancia, se necesita, como condición indispensable, *sine qua non*, ser hombres de vida interior, hombres de oración.

El hombre de consejo, el hombre de acción, el hombre de abnegación, dejarán de serlo, desfallecerán, caerán si no los sostiene el hombre de oración.

Como todo edificio que se levanta, tiene su fundamento invisible que lo sostiene, así los grandes ministerios, las grandes vidas tienen su fundamento invisible en las profundidades del alma, de donde se levanta con fuerza y majestad todo lo que aparece y se dilata al exterior.

¿La vida ocupada y laboriosa del educador, los detalles, los cuidados, la responsabilidad, todo esto deberá lle-

nar completamente la vida del educador católico en una casa de educación? ¿Un educador digno no tendrá que hacer nada más para sí, para sus niños, para su alma de cristiano, para su vida sacerdotal, si es sacerdote y más si es religioso, para el bien de su ministerio y para el buen éxito de la educación?

Si: tiene que hacer algo más y de una influencia decisiva; porque todo lo que aparece al exterior no es el verdadero todo. Hay algo que no se ve, que no aparece, y sin embargo es el deber más esencial del educador y contribuye á la buena educación más que la exacta observancia del reglamento, más que la abnegación y más que el talento. Hay una cosa que es la raíz invisible de todo este gran ministerio, la inspiradora del sacrificio, la que dirige y sostiene al educador en sus fatigas y atrae sobre ellas el rocío del cielo y la bendición de Dios: esta fuerza invisible y oculta, esta ayuda misteriosa de la educación, complemento de todos los medios, de todos los recursos es el espíritu interior, es la piedad, es la vida de oración.

Si, la piedad, la vida de oración es el principio y la fuerza de todo para el delicado y laborioso ministerio de la educación. Dadme, prosigue Dupanloup, un profesor verdaderamente piadoso, hombre de oración y no solamente no dudará de su celo, no solamente, seguro estoy de ello, hará todo cuanto pueda, sinó que lo hará con esfuerzo perseverante; y no le faltará la bendición de Dios, atraída por sus súplicas.

Mas si al educador le falta el fundamento de la vida interior, si no es hombre de oración, todo lo demás será caduco, desaparecerá: su acción se debilitará, su abnegación se cansará, los trabajos comenzados con el mayor celo no se acabarán ó quedarán estériles; si es sacerdote, religioso, su vida sacerdotal, religiosa languidecerá, perecerá: se buscará en el profesor, en el maestro al cristiano, al sacerdote, al religioso y no se le encontrará.

Yo quisiera aquí, dice Dupanloup, persuadir íntimamente á todos los educadores, sacerdotes ó legos de la

rigurosa necesidad para ellos de ser hombres de piedad, hombres de oración, primero para sí, para su alma, para su felicidad, para su salvación y después para su ministerio, para el buen éxito de la gran obra de la educación.

El hombre de educación ha de ser ante todo y sobre todo hombre de piedad, hombre de oración, hombre de piedad verdadera y no ilusoria, de piedad formal, arraigada en el alma, no de piedad superficial ó imaginaria; de piedad viva, no de piedad muerta. La piedad del educador es la que se funda en una fe viva, en el sentimiento profundo del corazón, se apoya en las prácticas, se conserva en el recogimiento y se nutre en la oración.

Es tan firme mi convicción en este punto, prosigue el ilustre Obispo, que digo sin titubear: no me habléis para la educación de hombres que no tengan esa piedad: ni su inteligencia, ni su actividad la suplirán: si les falta la piedad, hay en ellos un vacío que siempre se manifestará en una cosa ú otra. El edificio está mal fundado, se arruinará.

Hay en la Escritura una palabra que expresa admirablemente la eminente dignidad y los deberes del educador, lego ó sacerdote: *Tu autem, o homo Dei*, y tú, hombre de Dios. ¿Y qué es ser hombre de Dios, sinó unido á Dios, recogido con Dios y por tanto hombre de oración?

Hé aquí un educador en un colegio, escuela, seminario, casa de educación: lego ó sacerdote necesitará en el gran ministerio de la educación, como en todo gran ministerio ser hombre de oración, y retemplar fuertemente su alma en la piedad cristiana ó sacerdotal. ¿Por qué? Porque la vida del educador es una vida muy ocupada, á veces, muy penosa; y cuánto mayor es la ocupación exterior de un cristiano, de un sacerdote, tanto más necesita de la vida interior, volverse á encontrar á sí mismo, rehacer y fortalecer su alma con Dios: de no hacerlo así, pronto se evaporará su espíritu cristiano ó sacerdotal.

Pronto se encontrará en aquel triste estado, pintado con tanta energía por San Bernardo: Vuestra vida no es otra cosa que una continua aflicción de espíritu, evacua-

ción de la gracia, desentrañamiento del alma: *Afflictio spiritus, evacuatio gratiæ et evisceratio mentis*.

Escribía Fenelón á un amigo suyo: No te entregues al torrente de los negocios; si te arrastran, estás perdido. Guárdate siempre tiempo para estar libre y á solas con Dios. Esto es evidente: todo hombre que trabaja para los demás, debe también trabajar para sí, rehacerse con Dios, si no quiere arruinar su alma. Muy bueno es darse á los demás, á su educación, á su salvación, mas sin olvidarse á sí mismo, su propia perfección, para no extenuarse de fatiga y morir de inanición. Por más que hagáis milagros, dice La Imitación, si os descuidáis á vos mismo, ¿qué habéis ganado? *Quid prodest, se neglecto, signa facere?*

Todo educador, pues, lego ó sacerdote debe tener sus momentos libres para poseer en paz su alma; después de haber vivido para otros, vivir para sí, descansar en presencia de Dios y arrojarle tranquilo á sus piés. Levántase uno después más ágil para los negocios, se siente más desembarazado, más decisivo para obrar y más consolado. Afirmo, añade Dupanloup, por haberlo muchísimas veces experimentado, jamás he tenido colaboradores más abnegados y más trabajadores que aquellos que, á su debido tiempo rehusaban ayudarme, para permanecer fieles á su oración, á su lectura espiritual, á las horas de retiro: los otros no hacían de ordinario sinó cualquier cosa y de cualquier manera, lo que San Bernardo llamaba: telas de araña: *Araneorum telæ*.

El gran peligro de los hombres muy ocupados es el perderse, el dejarse absorber en los quehaceres; su necesidad volver á sí mismos; y recogidos con Dios reparar lo que han gastado con los demás. En las distracciones de una vida muy ocupada se embota fácilmente el sentimiento íntimo del deber, si no lo reanima la gracia de Dios; sécase la fuente interior de la piedad, si no es alimentada por las aguas vivas y por las efusiones del Espíritu Santo. Y entonces ¿qué es el educador? Sin la unción interior del amor de Dios, sin la fuerza misteriosa de la

piEDAD, sin el resorte sobrenatural de la gracia, el educador no es el hombre de Dios, no es más que el sólo, no se apoya en Dios sino en sí mismo: y ¡ahl cualquiera que sea su capacidad ó su talento, todo es bien poca cosa; toda su fuerza no es más que una gran debilidad.

El trabajo continuado y separado de Dios, dice Fenelón, seca y desanima. Las ocupaciones exteriores, la agitación, el movimiento no bastan á contentar, á satisfacer, á dar la paz. Entonces está uno lleno, mas lleno de nada: es una plenitud vana y falsa. Allí no halla el alma su verdadero alimento; y sin él se empobrece, se agota y cae triste y penosamente sobre sí misma. ¡Cuántas veces experimenta esto el que no es piadoso de veras! mas el que lo es, lleva en su corazón la verdadera fuente de la felicidad, del amor de Dios; y en este dulce y fuerte amor de Dios encuentra un alimento superior que repara sus fuerzas, le devuelve lo que ha gastado en el trabajo, le hace llevar el peso de su deber sin fatiga y casi sin sentirlo; y, si como es inevitable, lo siente, le fatiga, las fuerzas se le debilitan, quédale siempre lo que le sostiene, levanta, anima y conforta.

Además, las ocupaciones de una casa de educación hacen absolutamente necesario que el profesor lego ó sacerdote sea hombre de piedad, hombre de recogimiento, de oración, que tenga regularmente sus ejercicios de piedad. El trabajo de la enseñanza, la vigilancia, la dirección absorben y, á penas, dejan respirar: su multiplicidad y continuidad molestan y, á veces, irritan y fastidian. Los jóvenes, los niños no son siempre amables: muchos días áridos y trabajosos; su sucesión monótona, y fastidiosa y desagradable á la naturaleza; siempre de la misma manera, sin más diferencia que aportar nuevos cuidados.

¿Y qué se hace? la mayor parte del tiempo cosas de suyo bien profanas: enseñar á leer, escribir, gramática, matemáticas, ciencias, explicar los autores, corregir composiciones, presidir estudios, recreos... luchar contra la pereza y la disipación.

Sin duda, todo esto puede y debe referirse á Dios; mas no versa directamente sobre Dios: ¿y cómo todo esto puede bastar al alma de un sacerdote ó de un cristiano fervoroso? Sin los ejercicios de piedad, en los que el educador pasa de pensamientos profanos á pensar en Dios, á alimentar su alma y vivificarla, su corazón se secaría, su piedad desaparecería, se extinguiría su celo y se acabaría el espíritu cristiano ó sacerdotal. Para evitar tan gran mal el santo Fundador de la Escuela Pía prescribe para sus educadores más tiempo de oración que casi todas las corporaciones religiosas.

Además, para un hombre cansado ó fastidiado la oración es también reposo, paz, dulzura y fuerza. Un profesor después de las tareas de la enseñanza, un prefecto de disciplina después de haber luchado contra la disipación y turbulencia de los niños, un superior después de los mil cuidados de su cargo, ¡cuánta dulzura hallan al encontrarse de cuando en cuando en paz, recogidos, á solas con Dios que nunca cansa, que alivia, que consuela y por amor á quien se trabaja!

En una casa de educación, por bueno que sea el personal, hay también caracteres, genios diferentes y hay también que sufrir: sin duda uno se resigna á tener paciencia, por poco virtuoso que sea; se practica el consejo de San Pablo: *Supportantes invicem...* sufríos los unos á los otros, *alter alterius onera portate...* ayudáos á llevar los trabajos y miserias de la vida: hay mutuas condescendencias, á pesar de los defectos de los compañeros esfuérase uno en amar sus personas según el último encargo y mandato de Jesucristo: ¿más estas virtudes pueden existir sin la oración, sin la piedad? ¿y no es la oración la que las ayuda á practicar?

Hay también en el ministerio de la educación, como en todas partes, las tristezas de las cosas, el peso de la vida, «ese inexorable tedio que, como dice Bossuet, forma el fondo de la vida del hombre:» uno se abate, se desanima, el corazón desfallece, cae sobre sí mismo: cada uno tiene

sus dificultades, sus penas, su cruz: los niños no corresponden á vuestro cariño; los esfuerzos resultan infructuosos; ingratitudes que no se esperaban; injusticias que irritan: sí, hay momentos en que de veras se siente la carga sobre las espaldas, no sabe uno cómo llevarla y siente impulsos de tirar todo al traste: ¡cuántas veces se ve así sobre todos un superior! y en estos momentos de pena, en estas sombras de tristeza, en esta noche del alma que sufre, ¿dónde está el refugio, el consuelo, la alegría, la fuerza, el rayo de luz? En el único verdadero amigo, en el buen padre, en Dios, en la oración que nos lleva á sus piés, ó mejor que nos hace descansar sobre su adorable y amante Corazón.

«¡Cuán compasivo es Dios, esclama Fenelón, y cómo consuela á los que tienen el corazón apenado y recurren á él con confianza! Los hombres son duros, criticones, exigentes, rigurosos y no son condescendientes sinó á medias; más Dios sufre todo, tiene compasión de todos: él solo es inagotable en bondad, en paciencia, en condescendencias: amadle, pues, sobre todo, y no temáis más que una cosa, no, amarle demasiado, sinó amarle poco. Él será vuestra luz, vuestra fuerza, vuestra vida, vuestro todo.» ¡Qué rico es aún en medio de sus cruces el corazón que posee este tesoro!

De dos hombres igualmente ocupados el que hará más y mejor, con más firmeza y más perseverancia en medio de toda clase de pruebas, sin duda será aquel que tenga en su corazón fuente más rica de piedad y sea más fiel á recogerse delante de Dios y á reanimarse en la oración.

Necesita, pues, el educador ser hombre de oración, porque necesita de Dios, porque Dios es el todo para él, porque sin Dios nada es, nada puede, languidece, desfallece, y es como tierra pobre, árida y sin agua.

Además, todo ministerio para ser fecundo necesita la gracia de Dios; la fecundidad no depende del talento, de la habilidad, cualquiera que sea, sinó de la virtud de Dios: siendo la educación lo más íntimo que hay en el alma, ¿cómo será fecunda sin una especial bendición de Dios?

¿Y quién atrae y merece esta bendición? ¿El hombre disipado ó irreligioso? ¡Qué! exclama Dupanloup, ¿educáis la juventud y no sois hombre de oración? Pues yo os digo que la piedad, que la oración hacen más que el talento, que la ciencia, que la mayor habilidad para la educación.

Extrañase uno á veces de la evidente infecundidad, del fracaso completo de ciertos hombres á quienes, humanamente hablando, nada falta para ser grandes educadores; pero mirando al fondo, se ve que les falta algo que no se suple con las cualidades meramente naturales; les falta la unción de la gracia, la persuasión de la virtud, les falta, en una palabra, ser hombres de oración. Ahí está el secreto de su esterilidad, de sus fracasos; al paso que otros, menos hábiles, menos brillantes, pero verdadera y sólidamente piadosos influyen más sobre los niños y hacen el bien, el gran bien: con estos está la bendición de Dios; la atraen con sus súplicas; los otros no la atraen y, muchas veces, hacen algo peor.

Para hacer bien á los jóvenes, á los niños, hay que amarlos, no por sus cualidades físicas, inconstantes, caprichosas, insuficientes y, á veces, peligrosas, sinó por lo que son á los ojos de la fe; por su alma, por su salvación eterna, con amor puro, verdadero, igual, constante, compasivo, generoso, activo, como el amor de Dios: esto sólo puede hacerlo el hombre de oración, el hombre de gran piedad. La piedad, ha dicho el gran Arzobispo de Cambrai, es el corazón de Dios dentro del nuestro: el hombre piadoso no se halla tiranizado por las delicadezas y desigualdades del amor propio, ama por Dios y como Dios y su corazón, según la bellísima imagen del Salvador, es una fuente inagotable de amor y de ternura. Nada hay tan tierno, tan abierto, tan dulce, tan amable como un corazón piadoso, poseído y animado del amor de Dios.

Hay que amar y atraer á los niños con una bondad sensible, con un corazón que parezca verse en el semblante: este aspecto simpático, afectuoso, lleno de bondad sólo lo da la piedad: así se atraen los niños y se gana su

confianza: la piedad, dice Fenelón, no tiene nada de debilidad, ni de prevención, ni de tristeza, ni de aspecto mortificativo; ella ensancha el corazón, es sencilla, modesta, amable, sin acepción de personas; se hace toda para todos á fin de ganarlos para Jesucristo.

No basta amar á los niños; cuesta más sufrirlos, soportar sus defectos, sus ligerezas, su inconstancia, su indocilidad, sus genialidades su pereza y, á veces sus cualidades que más mortifican. En el trato con los niños se está siempre expuesto á dos grandes peligros que, á todo trance, hay que evitar, á la impaciencia, y á la desanimación. Como sus defectos les hacen cometer constantemente faltas, también la paciencia está constantemente expuesta á faltarle al hombre más amable y más dueño de sí mismo. Hállanse niños de tan difícil trato, que con ellos todo parece inútil; se ensaya todo y siempre en vano: con estos pobres niños hay que tener una virtud y una abnegación que sólo Dios la puede dar.

Las dificultades de este gran ministerio, de la enseñanza, de la disciplina y, sobre todo, de la obra moral, de la formación del alma, de la educación, son tales que, á menos de ser muy piadoso, fácilmente uno se entristece y desconfía. Todo se ha probado; todo se ha hecho y sin resultado. El que no es hombre de oración y busca en sí mismo la fuerza y la luz, en vez de buscarla en Dios, está muy expuesto á la doble tentación de impaciencia y de desanimación: como no tiene la virtud de sufrir tanta miseria y tantos defectos como hay en los niños; como su natural á quien sigue más que á la fe, no encuentra compensación, pierde fácilmente el dominio de sí mismo y se deja llevar de su vivacidad; el amor propio impaciente, delicado, pronto, irritable, no acierta; querría siempre lo perfecto y no lo encuentra; no sabe resignarse á tomar los niños como son é imponerse el trabajo de mejorarlos; ve pronto la inutilidad de lo que creía más grande y eficaz y se desespera, sin hallar un momento de reposo. A la presunción sigue la desanimación: se cansa, se disgusta, se

desconfía de todo, de sí, de los niños, de la educación y hasta de su mismo deber.

Contra estas agitaciones y alternativas tiene siempre un refugio el hombre de oración: poseyendo en paz su alma, ama á los niños, cualesquiera que sean sus defectos, y su corazón es para ellos como un puerto después del naufragio; no confía en sí, ni en los demás sinó en Dios; sufre sin adular y corrige sin fatigarse; espera la ocasión á propósito para decir la verdad con dulzura, sin aspereza, con ternura y con firmeza; maneja las almas, habla á los corazones, toca las llagas más vivas, calma las irritaciones, consuela, anima, levanta: este proceder maravilloso se halla en la piedad, en la oración: aquí está la fuente inagotable del puro amor que nunca se cansa, que espera todo, que sufre todo: *Charitas patiens est, benigna est... omnia sperat, omnia suffert*; de aquí saca el saber hacerse pequeño con los pequeños, grande con los grandes, llorar con los que lloran, alegrarse con los que se alegran, todo para todos y de corazón, porque llevando en él el amor de Dios, lleva la fuente viva de los sentimientos más dulces, más fuertes y más proporcionados á las necesidades de las almas.

La piedad da la mayor autoridad al exterior y en lo más íntimo; es lo que inspira mayor confianza, más expansión, mayores confianzas; y en ellas es incalculable el bien que se puede hacer á los niños, fortaleciéndolos, animándolos, consolándolos.

Nada de esto hará con fruto el hombre no piadoso, verdadera calamidad en la educación, porque le faltará aquel acento penetrante, aquella unción de la gracia, aquel lenguaje que sólo posee el hombre de oración. La oración tiene iluminaciones propias, claridades reveladoras. El que lleva en su corazón á Dios y á los niños, lleva también la luz para conducirlos y la gracia para mejorarlos; más el que está vacío de Dios y lleno de sí mismo, lego ó sacerdote, hombre de ciencia más que de oración, más disipado que recogido, más ocupado que abnegado, con una alma

vacía y un corazón seco, ¿cómo dará lo que no tiene y que ni aún para sí experimenta la necesidad?

En buena hora que se sea hombre de disciplina, de ciencia; mas si á esto sólo no se limita la educación; si se quiere dar á las almas de los niños algo más que la instrucción humana, si se quiere trabajar por sus almas inmortales, por su salvación eterna; si se les quiere dar el complemento indispensable de toda verdadera educación, la religión, la piedad, hay que ser al mismo tiempo y ante todo hombre de piedad, de oración, hombre de Dios, *homo Dei*. Sin esto es imposible la educación.

— 2 —

Ha dicho Jesucristo: Conviene ser siempre hombre de oración y nunca dejar de serlo: *Oportet semper orare et nunquam deficere*. Si esto es verdad eterna para todo cristiano, digno de este nombre, ¿cuánto más lo será para todo educador, lego, sacerdote ó religioso?

La vida de la enseñanza, de la educación, vida de movimiento, de agitación, de disipación es un motivo más para evidenciar la absoluta necesidad que tiene todo educador, si quiere ser digno, de tener sus momentos fijos y constantes para rehacer y alimentar su alma, como los tiene para rehacer y alimentar su cuerpo: si este muere sin el descanso y alimento conveniente, perece también el alma sin su alimento y descanso.

Es un error de la mayor transcendencia creer que se quita á los niños, á la ciencia el tiempo que se destina á la oración. Los niños y la ciencia recobran con creces este tiempo, como toda ocupación, en la que se entra sereno, descansado y mejor dispuesto: estas excelentes disposiciones las da la oración, el trato íntimo con Dios. Creer que la ciencia puede substituir á la piedad; ó que lo que sirve de alimento á la inteligencia, sirve también al corazón; ó que sin una vida verdaderamente interior, la sola ciencia llenará y satisfará al alma, es también una ilusión,

un error, del que desengañará la triste experiencia y quizá, demasiado tarde. Sin el amor de Dios toda vida es pobre, lánguida: y el mismo amor de Dios desaparece sinó está sostenido por la oración. «El amor de Dios, decía el piadoso Arzobispo de Cambray, hé aquí la dichosa llama de la vida que Dios ha encendido en nuestro corazón: toda otra vida sólo es muerte: hay, pués, que tener este amor. Hemos nacido para alimentarnos y arder en este amor, como una luz para consumirse delante del que la enciende.» Por más orgulloso y satisfecho que se halle uno de su hombría de bien, de su talento, la verdad, la triste verdad es que toda vida que no descansa en el verdadero amor á Dios, es bien pobre y miserable.

He sido superior, dice Dupanloup, y todavía lo soy: vuelvo á repetir lo que decía en otro tiempo: hay que sacrificar las ocupaciones exteriores á la vida interior: para todo educador lego ó sacerdote su primera necesidad son los ejercicios de piedad, para su alma de cristiano, de sacerdote, para sostener la carga, las penas, el tedio de la vida de este ministerio, para vivir contento y feliz, para practicar la virtud, para el bien de los niños, para la buena educación.

Explícate fácilmente la razón de todo esto: nada prepara mejor á toda clase de quehaceres que la fidelidad á los ejercicios espirituales: se cree perder tiempo y se gana: los ejercicios piadosos y sobre todos la oración dan al alma cierta fuerza divina, *pondus divinum*, que la sostiene, la ordena y la vivifica: son el remedio soberano contra las disipaciones y pérdida del tiempo: son para el alma manantial perene de luz, de paz y de fuerza: con ellos la inteligencia se hace más luminosa, la imaginación y el corazón más serenos, el carácter más enérgico y firme; agrandase el celo: con estas cualidades se hace más y mejor en media hora que se haría en mucho más tiempo sin ellas.

No tengo tiempo ni aún para mis negocios, dijo en cierta ocasión á un gran misionero un sacerdote muy ocupado: «haced una hora de oración todos los días, le res-

pondió el hombre de Dios, y os aseguro tendréis tiempo para todo.» Esto es muy verdadero; y es error muy grande sacrificar los ejercicios piadosos para tener más tiempo.

Al exigir como condición indispensable, *sine qua non* que todo educador lego ó sacerdote sea hombre de oración, no se exige sino aquello sin lo cual no se comprende la vida de un buen cristiano y mucho menos la vida de un buen educador.

Hé aquí lo que un gran Obispo proponía á todo cristiano:

1.º La oración ó meditación diaria, pan del alma, tan necesario, como el pan á la vida material. Allí se hace la provisión para el día, únese el alma con Dios, se reanima el hombre, serénase la agitación, la disipación desaparece, abunda la luz y el consejo para las ocasiones importantes, la genialidad se modera poco á poco y se posee el alma en paz en medio de la agitación de los ministerios. En ese tiempo precioso el corazón atrae un bálsamo exquisito; y las acciones de todo el día se hallan impregnadas de su aroma.

El principio interior del amor de Dios, cultivado en la oración y conservado con la presencia de Dios lleva el alimento á todos los miembros y á cada instante hace ejercer con sencillez y sin darse uno cuenta la virtud conveniente: aquí se habla á Dios de corazón á corazón, se le dice todo de sí mismo, de los niños, se ponen á sus piés las penas, las dificultades del estado, los trabajos de toda especie y se recibe con abundancia y en la misma fuente el celo, la inteligencia, el consuelo, la fuerza y la luz.

Este ejercicio es de la mayor importancia: la marcha del día pende de él: todo irá bien, si ha sido bien hecho; no hay que esperar cosa buena, si ha sido omitido: nunca, pues, se omitirá, como dice á sus educadores San José de Calasanz; y si á su tiempo no puede hacerse, hágase á otro y cuanto antes, *numquam intermitatur... quam primum persolvat.*

Para hacer bien la meditación basta amar á Dios sobre

todas las cosas; entonces se conversa con Él, como con el mejor amigo, en la paz del alma, con dulzura, sin inquietud, se le abre el corazón; y este es á quien ante todo hay que alimentar. Dice Fenelón: Poco alimento basta, cuando está bien digerido; entonces se apropia y convierte en sustancia. Hay que dar á cada verdad tiempo para que se arraigue en el alma y en el corazón; porque no sólo se trata de saber; lo esencial es amar. La meditación digiere su alimento que es la lectura, como el estómago el suyo.

2.º La santa Misa dicha ú oída todos los días: aquí confía uno á Jesucristo presente y víctima de amor su corazón, sus queridos niños, se le pide la fuerza, la luz, la delicadeza para llevarlos á él; y recuerda la oración que hizo el Sabio: Señor, yo no soy más que un niño, y no sé ni la entrada ni la salida de mis caminos: *Ego sum parvulus et ignorans egressum et introitum meum*; y con todo, vos me habéis nombrado rey en vez de mi padre David: *Et nunc, Domine Deus, tu regnare fecisti servum tuum pro David, patre meo*; y ahora vuestro servidor se halla en medio de un pueblo innumerable: *Et servus tuus in medio est populi infiniti*: dad, pues, Señor, á vuestro servidor un corazón capaz de aprender, un corazón accesible á vuestra luz y á vuestra gracia, para que sepa discernir lo bueno y lo malo: *Dabis ergo servo tuo cor docile ut populum tuum judicare possit et discernere inter bonum et malum.*

Así puede decir á Dios todo educador; no sólo porque es muy numeroso este pueblo de niños y representa á toda la humanidad, sino más aún, porque cada niño, cada alma jovencita es por sí todo un mundo con su multitud de pasiones nacientes, vivas, algunas ya muy desarrolladas que deben conocerse, dirigirse y dominarse.

Como complemento de este ejercicio, el educador confesará y comulgará á lo menos una vez al mes; y el sacerdote confesará también á lo menos una vez á la semana.

3.º La lectura espiritual que reanima el corazón después de tanta cosa profana: las obras de los grandes maestros de la vida espiritual, las vidas de los santos, los libros

de educación y de pedagogía, hé aquí los buenos compañeros de un educador. Es digno de lástima el que sólo se contenta con la lectura del periódico ó de otra cosa frívola. ¿Y qué decir de hombres que dedicados toda su vida á la educación, no han leído jamás una sola obra que hable de ella? Como el que confesara sin haber visto un libro de Teología Moral ó ejerciera un oficio sin haberlo antes aprendido: con el tiempo y después de muchos yerros llegan á saber algo. Una lectura diaria hecha con reflexión y atención y, mejor aún, con apuntes hará al educador dueño de infinitos tesoros para sí y para los niños; y que sólo le cuestan alargar la mano.

4.º A estos tres ejercicios fundamentales se debe añadir el examen de conciencia para conocer las faltas y renovar las buenas resoluciones; y una visita á Jesús sacramentado, compañero, víctima y alimento, para abrirle el propio corazón y rehacerse con su presencia.

5.º El retiro anual, gracia eminente y de primer orden para renovarse por completo, y que por la bondad de Dios se va extendiendo con facilidad.

6.º y último. Como hermosa coronación de estos ejercicios la más ferviente devoción á la Sagrada Familia, tan recomendada por la Iglesia católica; esto es, al Corazón divino de Jesús, la primera y más dulce de las devociones, como dice San Alfonso, la devoción característica de los buenos católicos, como la llama León XIII, la que renueva la faz del mundo, á maestros y á discípulos como ha dicho un Arzobispo irlandés; después á María, Madre de Dios y Madre nuestra amantísima con el santo rosario; y á su virginal Esposo S. José, Patrón de la Iglesia y modelo de educadores. Con estos ejercicios el educador poseerá la piedad, indispensable para el *Apostolado de la enseñanza*.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

S. C. J.

S. C. J.

PARTE SEGUNDA

SECCIÓN PRIMERA

Cualidades de los niños. — Premios y castigos

CAPÍTULO PRIMERO

El niño. — Sus buenas cualidades

— 1 —

¿Qué es el niño? El niño es el hombre que lleva oculto en sus primeros años el porvenir de su vida, es la esperanza de la familia y de la sociedad, es el género humano que renace, la patria que se perpetúa, la religión que se propaga, es la renovación de la humanidad en la florida primavera de la vida.

El niño es una amable criatura cuyo candor, ingenua sencillez y confiada docilidad inspiran el amor: es la bendición de Dios y el tesoro del cielo; es una alma inocente cuyo dulce sueño no turban todavía las pasiones; ni los encantos de la mentira ni las ilusiones del mundo han alterado su rectitud.

El niño es un corazón sencillo y puro á quien con toda confianza puede mostrarse la religión; corazón que no tiene

de educación y de pedagogía, hé aquí los buenos compañeros de un educador. Es digno de lástima el que sólo se contenta con la lectura del periódico ó de otra cosa frívola. ¿Y qué decir de hombres que dedicados toda su vida á la educación, no han leído jamás una sola obra que hable de ella? Como el que confesara sin haber visto un libro de Teología Moral ó ejerciera un oficio sin haberlo antes aprendido: con el tiempo y después de muchos yerros llegan á saber algo. Una lectura diaria hecha con reflexión y atención y, mejor aún, con apuntes hará al educador dueño de infinitos tesoros para sí y para los niños; y que sólo le cuestan alargar la mano.

4.º A estos tres ejercicios fundamentales se debe añadir el examen de conciencia para conocer las faltas y renovar las buenas resoluciones; y una visita á Jesús sacramentado, compañero, víctima y alimento, para abrirle el propio corazón y rehacerse con su presencia.

5.º El retiro anual, gracia eminente y de primer orden para renovarse por completo, y que por la bondad de Dios se va extendiendo con facilidad.

6.º y último. Como hermosa coronación de estos ejercicios la más ferviente devoción á la Sagrada Familia, tan recomendada por la Iglesia católica; esto es, al Corazón divino de Jesús, la primera y más dulce de las devociones, como dice San Alfonso, la devoción característica de los buenos católicos, como la llama León XIII, la que renueva la faz del mundo, á maestros y á discípulos como ha dicho un Arzobispo irlandés; después á María, Madre de Dios y Madre nuestra amantísima con el santo rosario; y á su virginal Esposo S. José, Patrón de la Iglesia y modelo de educadores. Con estos ejercicios el educador poseerá la piedad, indispensable para el *Apostolado de la enseñanza*.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

S. C. J.

S. C. J.

PARTE SEGUNDA

SECCIÓN PRIMERA

Cualidades de los niños. — Premios y castigos

CAPÍTULO PRIMERO

El niño. — Sus buenas cualidades

— 1 —

¿Qué es el niño? El niño es el hombre que lleva oculto en sus primeros años el porvenir de su vida, es la esperanza de la familia y de la sociedad, es el género humano que renace, la patria que se perpetúa, la religión que se propaga, es la renovación de la humanidad en la florida primavera de la vida.

El niño es una amable criatura cuyo candor, ingenua sencillez y confiada docilidad inspiran el amor: es la bendición de Dios y el tesoro del cielo; es una alma inocente cuyo dulce sueño no turban todavía las pasiones; ni los encantos de la mentira ni las ilusiones del mundo han alterado su rectitud.

El niño es un corazón sencillo y puro á quien con toda confianza puede mostrarse la religión; corazón que no tiene

intereses secretos que oponerle, y que de buena voluntad se deja enternecer por su acento maternal.

El niño es la primavera de la vida que se mira con tanta dulzura, se cultiva con tanto amor, se instruye, en general, con tanta suavidad, y con tanta facilidad se forma en los más santos deberes, y que se estudia de cerca siempre con tanto interés. Compréndese fácilmente que esta edad dichosa fuese tan amada del Dios del Evangelio. Todo respira en ella gracia é inocencia. Siéntese en esta edad feliz algo que acaba de venir de los cielos, que recuerda las bendiciones de la mano de Dios, y nos deja ver en este mundo los más dulces atractivos del candor y de la virtud: si todavía no ha hecho el niño la primera comunión, las gracias del bautismo conservan aún algo de sus divinos aromas; y si ya la hubiere hecho, la reciente morada del Dios de la Eucaristía habrá dejado en él su amorosa huella divinamente perfumada.

El niño es la sencillez, gracia encantadora, llamada por Fenelón la perla del Evangelio, digna de ser buscada en los países más remotos: es un diamante de aguas purísimas que refleja los más bellos cambiantes de la luz. Las márgenes del Ganges que nos traen las perlas orientales, no nos han traído la sencillez que se encuentra en el corazón del niño.

El candor que brilla en la frente del niño, la vivacidad de sus miradas, ese colorido tan puro, esa sonrisa tan graciosa, esas palabras tan ingenuas y tan amables: las inocentes bellezas y los encantos exteriores de esta edad producen ciertamente su embeleso; más los encantos de su corazón exceden á todas sus gracias exteriores. Ved cómo esta ingenua sencillez inspira al niño, sin él darse cuenta, las más grandes virtudes. De él puede decirse lo que el Apóstol dice de la caridad: el niño cree todo, espera todo, busca todo lo que es amable y bueno, no sospecha el mal, no se entristece del bien, gózase con todo lo que es feliz. Le amáis y os ama; le parecéis virtuoso, os venera.

El niño obra sin ambición, sin malicia, sin amargura,

sin desabrimiento. Al escuchar una acción generosa, palpita con más fuerza su corazón, su mirada aparece llena de entusiasmo. A la vista de una desgracia sus ojos se funden en lágrimas; no espera que se la explique; comprende y adivina las necesidades de la miseria; sus ojos están prontos á descubrir al pobre que se le acerca con paso tembloroso; su mano es la primera que se abre para consolarle. Así, no es maravilla, que cuando los discípulos disputaban sobre quién sería mayor en el reino de los cielos, llamase Jesucristo á un niño, y después de haberle abrazado y colocado en medio de la atenta multitud, les dijese: «En verdad os digo que si no os hacéis semejantes á este niño, no entraréis en el reino de los cielos.»

El niño es la inocencia; por esto su recuerdo se nos presenta á veces en medio de las tempestades de la vida como serena aparición: edad la más feliz de todas, si el niño conociese mejor su felicidad, y en la que en medio de la radiante alegría de su corazón inocente ni siquiera ve turbarse la paz de que disfruta al presente por el temor de las tempestades que le amenazan en el porvenir: aurora de la vida más pura que la más pura de las auroras, en la que todo cuanto siente y hace el niño, custodiado por la vigilancia de su madre, sus pensamientos, sus deseos, su memoria, su imaginación, sus miradas, su semblante, todo en fin es tan puro, tan inocente que no se puede ni sospechar allí la idea de la más leve mancha, porque la inocencia brilla á través del cuerpo mismo, como el sol en un cristal.

En aquellos momentos en que el niño ostenta en todas las irradiaciones de la vida la luz de una inocencia que no ha mancillado el más leve soplo, ni ha venido á agitar ninguna tormenta, ¡cuán hermoso y cuán digno es de contemplarse! Al verle llevando en su cándida frente, en sus transparentes miradas y en su inimitable sonrisa un alma tan sencilla, inocente y encantadora, tan hermosa y tan ignorante, al mismo tiempo, de su belleza, naturalmente se pregunta uno cuál será la dicha de ver los ángeles en

el cielo, cuando estos ángeles de la tierra ofrecen á los ojos de los que los miran una visión tan deliciosa. Ni la flor abriendo su matizada corola á los rayos del sol, ni el lago reflejando en sus tranquilas ondas el azul del cielo, ni el aire que juguetea á la luz del día, ni el árbol que despliega su corona de flores bajo un cielo primaveral, ni la fuente que deja caer sus aguas sobre arenas de oro y refleja en ellas la belleza del paisaje que la circunda; nada en la creación puede igualar al encanto que da al alma ese rostro del niño en que la belleza del hombre aparece immaculada, como la frente de una virgen sin mancha, modelo de la belleza humana y de la inocencia virginal.

Sí, sencillez es el niño, inocencia es el niño; pero todavía atesora otra prenda de más encantos, que siempre entenece y nunca cansa; el niño es la esperanza. Sin duda es ya la alegría de presente; pero es sobre todo la esperanza del porvenir. Siempre y en cualquier estado el niño es la risueña, la dulce, la pura esperanza. A todo niño puede decirse con igual verdad lo que una gran señora decía á un rey de Francia: «¡Ah, Señor! entonces erais bello, bello como la esperanza».

Según la graciosa imagen de las Santas Escrituras el niño es un tierno vástago, una planta, débil todavía es verdad, pero que podrá ser un día árbol grande, cargado de todos los frutos de las virtudes, y que proyectará á lo lejos su sombra de gloria: el niño es una flor pronta á abrirse y que promete los más suaves aromas y los más bellos colores. Si en su primer abrirse ostentase ya tan bella, ¿qué será cuando adornada de todos los encantos y embellecida con todos los dones del cielo se elevará para adorno de la tierra? El niño es un arroyuelo, un pequeño manantial, pero que puede convertirse en majestuoso río. El educador es el hábil fontanero de que hablan los Libros Santos: su mano dirige estas aguas dóciles, las lleva donde quiere, y no consiente que aguas extrañas, impuras ó amargas perturben su curso.

El niño es también la esperanza hasta del cielo mismo,

porque él es el heredero de las eternas palmas, es objeto de las complacencias de Dios y hermano y amigo de los ángeles: él es la esperanza de la tierra; ahora su riqueza y su tesoro y un día su fuerza y su gloria: es la esperanza de la patria y de la humanidad que en él se renuevan y rejuvenecen: es ante todo la esperanza de su familia, su júbilo y delicias al presente y después su honor y su corona.

¡Amable criatura! su primera aparición en el mundo, su primera sonrisa, su primera mirada es para todos signo de paz y presagio de serenidad: miradle, no hay en su frente la más ligera nube, ignora lo pasado, sonríe al presente, lánzase al porvenir y parece transportar consigo á todo el mundo: no se cansan sus padres de verle, bendecirle, oírle y admirar su fuerza, agilidad y gracia. El brillo y la dulzura de su sonrisa, la pureza y transparencia de su frente, la limpidez y viveza de su mirada nos recuerdan que nosotros envejecemos, palidecemos y morimos á cada momento; pero que no debíamos envejecer, palidecer ni morir; y el niño es á nuestros ojos como un recuerdo, como un reflejo de aquella inmortal juventud que fué primer patrimonio de nuestra naturaleza.

¡Edad pura y brillante! ¡edad noble y sincera! ¡tiempos heroicos de la vida! ¡edad admirable, cuando una educación religiosa inspira sus amores, dirige sus esfuerzos, consagra su ardor, modera sus pasiones, corrige sus defectos, previene sus extravíos y embellece sus virtudes! ¡edad de los pensamientos más puros, de los afectos más generosos, de las amistades más fieles, del valor intrépido para el bien y de los sacrificios magnánimos!

En su paso por el mundo el Hijo de Dios amó á los niños y tuvo sus complacencias en bendecirlos: Jesucristo amó á los hombres y los bendijo, bendiciendo la infancia que es la esperanza de la gran familia humana. ¿Quién no recuerda las escenas del Evangelio? Recorría el divino Maestro las ciudades y los pueblos, haciendo bien y curando las enfermedades: las madres, tan ingeniosas siempre en descubrir los corazones dignos, corrían á su encuentro,

y le presentaban sus niños para que los bendijera. Los niños y las madres eran en número tan grande que los apóstoles se quejaban y querían que se alejasen. El divino Maestro ordena que se les abra paso, y decía: «Dejad que los niños se acerquen á Mí y no se lo prohibáis; el reino de los cielos es para aquellos que se les parezcan»: tomando después á los niños, ponía sus divinas manos sobre sus frentes, estrechábalos contra su Corazón adorable y repetía: «Dejad que los niños se acerquen á Mí, el reino de los cielos es para aquellos que se les parezcan.»

No se podía decir más: he aquí el precio de la vida eterna: acaba de revelarse la necesidad de una regeneración y de una nueva inocencia: en adelante quedarán cerradas las puertas del reino de los cielos para cuantos rehúsen descender hasta hacerse niños.

Aún cuando el Hijo de Dios no hubiera venido de los cielos más que para pronunciar esas palabras, éstas habrían bastado para su gloria y para la felicidad del hombre. ¿Quién había dicho eso antes de él? ¿Quién había pensado y sentido así? Hacía cuatro mil años que fuera de algunas pocas y frías palabras, escapadas á algún filósofo, la infancia era sobre la tierra el desprecio de los sabios y el descuido cruel de los legisladores. En medio de la corrupción universal la niñez era las solas delicias, los únicos amores del cielo, y cuando el padre de familia vino á buscar á sus hijos, cuando el Creador quiso hacerse conocer de los suyos, no comenzó por hacerse conocer y anunciar con palabras fastuosas. Antes de darse á conocer como el Maestro y el Doctor del mundo, quiso manifestarse bajo un aspecto más conmovedor y bajo un nombre más dulce: sentíase, sin duda, en toda su persona la grandeza y poderío del Rey de los cielos; pero ante todo sentíase en Él un padre tiernísimo, un padre amantísimo; y cuando dijo: «Dejad que los niños se acerquen á Mí, porque de ellos es el reino de los cielos,» padres y madres enternecidos cayeron á sus piés y le adoraron.

Así se explica porque los profetas celebraron con ala-

banzas tan magníficas la gloria de los patriarcas y el noble orgullo de la fecundidad materna; y así con ellos puede repetirse con júbilo la exclamación del Evangelio: ¡Dichosas las madres cuyas entrañas santamente fecundas han dado á la tierra y á los cielos numerosos hijos! ¡Dichosos los senos que los han amamantado! ¡Nunca madre alguna puso sobre su corazón joyas más preciosas; nunca corona más bella ciñó su frente de gloria!

La perfecta educación que sólo se da en el *Apostolado de la enseñanza*, cultiva, ejercita, desenvuelve, fortalece y suaviza abriantando todas las facultades físicas, intelectuales, morales y religiosas que forman la naturaleza y dignidad humana del niño.

Para hacer este inmenso bien, para no desanimarse por los defectos de los niños, para descubrir sus buenas cualidades es preciso amarlos para experimentar la felicidad de ser amado de ellos, interesarse en sus cosas, gozar en verlos de cerca, estudiarlos con inteligencia y con amor, conversar con ellos familiarmente: haciéndolo así, su genialidad se dulcifica, desaparece en ellos toda altivez y aspereza, y no sólo se muestran urbanos, sociables, complacientes, sinceros, alegres, reconocidos, cariñosos, sinó que además su inteligencia se eleva, su corazón se franquea, y en él se ven las cosas más conmovedoras: aparece toda su alma de par en par, y tras la cortina de ese pequeño rostro, dulce y gracioso, en el fondo de esta criatura, todo movimiento siéntese algo grande y divino que después de hacerse admirar, hace que se le respete y venera con amor. Y todo esto no sólo se verifica en esos niños de bendición que aparecen como la inocencia, la docilidad y la prudencia personificadas y á quienes la naturaleza y la gracia han formado, como á porfía, para ser el amor del cielo y las delicias de la tierra, verificase en la generalidad de los niños, porque esta edad tiene una gracia, una dig-

nidad, una nobleza que le son propias: hay allí un no se qué de felicidad que indica su origen celestial, y que no se halla en la generalidad de los hombres: en el niño todo es primaveral y florido, nada está marchitado: el niño no hace jamás una indignidad con reflexión, no miente con habilidad ni astucia, no aborrece ni desprecia á sabiendas la virtud: la justicia y equidad natural están en él llenas de viveza: sin duda tiene el niño, junto con la mancha original, la inclinación al mal, triste patrimonio de nuestra naturaleza; mas esto no está en él más que en germen, oculto en lo más profundo de su alma, y que todavía no ha recibido ningún desenvolvimiento: *el niño se halla en la única edad de la vida — dice Fenelón — en que el hombre puede todo sobre sí mismo.*

La edad madura y sobre todo la vejez apenas tienen recursos contra sus defectos; muy difícilmente se despojan de los malos hábitos contraídos, y á duras penas pueden desarraigar el mal que ya ha envejecido: ordinariamente no les queda más que una naturaleza debilitada y corrompida por las malas costumbres.

Si los niños, como los hombres, tienen defectos, éstos no son todavía adquiridos, aún no son vicios; ni el progreso del tiempo, ni la influencia del hábito, ni la fuerza fatal de la naturaleza, plenamente desarrollada para el mal se hallan en ellos.

En el niño todo es tierno, todo es nuevo; nada hay gastado ni envejecido en estas vivas y jovencitas plantas: ¡con qué facilidad se las levanta, endereza y eleva hacia el cielo!

Aún en medio de sus defectos no hay cosa más amable que ver crecer en los niños su razón y su virtud: son la azucena entre las espinas, *lilium inter spinas*. ¡Qué espectáculo tan conmovedor verlos hacer los primeros esfuerzos para corregirse! ¡Cómo se deberá entonces exhortarlos y animarlos! Con qué amor se les deberá hacer comprender y sentir la gloria que dan á Dios con sus esfuerzos y que por ello son verdaderamente benditos! Un niño que trabaja

por vencerse y dominarse, que siente sus faltas, las detesta y confiesa de buena voluntad, que ama á los que le reprenden y se aplica desde luego á la gran obra de su perfeccionamiento forma las delicias del corazón de Dios y de sus educadores.

¡Qué triunfo para un educador cristiano ver á niños que antes de sus doce años son ya fieles á sus horas de silencio, atentos á las lecciones de la virtud y de la ciencia, amantes del trabajo, ardientes en los combates de la digna emulación y recogidos en los ratos de oración, á solas con su Dios! ¡Qué dicha tan pura y que honor tan inapreciable saber formar en edad tan tierna inteligencias tan juiciosas, corazones tan decididos para lo bueno, almas tan dignas! ¿Qué educador á la altura de su misión divina no ha experimentado tanta felicidad? ¿Quién no ha visto profundamente conmovido á estos jóvenes corazones, tan entusiasmados de todo bien, tan dóciles y tan animosos, tan generosos y tan confiados, poseídos de las más vivas inspiraciones hacia todo lo grande, de ese gusto sublime y de esa ardiente admiración que los trasporta á la región divina de la verdad y de la virtud?

Hé aquí porque la juventud y la niñez merecen los cuidados más asiduos y el más tierno amor; y todo educador verdaderamente cristiano dirigirá sobre ellas su mirada con respetuosa y dulce consolación, recordando las grandes, ingenuas y sencillas virtudes que á veces posee ya esa edad.

Permítanseme, añade el Obispo de Orleans, mis recuerdos personales: á ellos debo las más dulces emociones de una antigua amistad que todavía no se ha extinguido en mi alma, que nunca se extinguirá y hacia la que me vuelvo, como hacia un pasado que me es siempre presente.

Durante los años mejores y más felices de mi vida, consagrados á la educación, gozaba yo en ver los niños que me habían sido confiados, y poner mis ojos sobre ellos: una de mis mayores alegrías consistía en mezclarme con ellos en sus recreaciones y tomar parte en sus juegos; y si éstos eran demasiado violentos y agitados para mí y no

podía intervenir en ellos, gozaba en ser espectador tranquilo y silencioso, pasearme en medio de la mayor efervescencia de sus diversiones, y sentía una paz y una dulzura que no se pueden explicar.

¡Cuántas veces precisado por mi ministerio á meterme en medio del mundo y entristecido por las escenas dolorosas de la vida, volvía á mi casa de educación con satisfacción interior y profunda! Media hora de recreación pasada con mis niños disipaba todas mis tormentas y me hacía olvidar las dificultades, los cuidados espinosos y los tristes desengaños. Otras veces, aún sin bajar á sus juegos, el ruido de sus debates, sus estrepitosas alegrías, sus prontos acomodamientos, la vivacidad de sus impresiones, hasta su gozo al verme y el redoblar de su ardor, cuando me tenían por testigo y juez de sus dificultades, disputas y triunfos, daban á mi alma un refrigerio y serenidad que me hacían bendecir á Dios y suplicarle continuara derramando sus gracias sobre esta multitud amable y fiel, sobre este pueblo joven y naciente, esperanza de la religión y de la patria, precioso tesoro, confiado á mi celo y á mis cuidados.

He visto sentir las mismas impresiones, á la vista de nuestros niños, á hombres del gran mundo que habían desempeñado un papel brillante; los he visto llorar de ternura al contemplar, á la sombra de los árboles de nuestra casa de campo, á esta numerosa juventud, esparcida por todas partes, como enjambres voladores; y experimentar las más puras delicias en medio de sus inocentes diversiones.

Gozaba yo también en ser testigo de su tareas: ¡cuántas veces dejaba de repente mis ocupaciones y me presentaba en la sala de estudio! ¡qué encanto ver á todos estos niños recogidos y silenciosos! Mis ojos y mi corazón quedaban extasiados al ver á esas jóvenes inteligencias, atentas á estudiar, aplicadas á comprender y ardientes en penetrar y admirar las obras maestras de los grandes hombres.

¡Y qué decir del placer que sentía al presenciar sus exámenes? Yo experimentaba el más profundo gozo, cuando los veía recitar con seguridad, explicar con gusto, interpre-

tar con fidelidad, con calor, con entusiasmo las páginas más bellas de nuestros grandes maestros. ¡Qué mayor consuelo podíamos desear que encontrarlos tan felizmente sensibles á los nobles placeres de la inteligencia? Su razón naciente se iluminaba á la luz de las inteligencias más poderosas, y á veces se inflamaba con la misma llama de los grandes genios.

Si sus juegos, si sus estudios me proporcionaban tales goces, ¡qué diré de su piedad? Esa era inefable. ¡Qué dulzura verlos reunidos en su piadoso santuario! ¡qué fe tan viva! ¡qué fervor en la oración! En los días de fiesta y en aquellas mañanas celestiales que jamás se olvidarán, parecía con toda verdad que el ángel del Señor recogía á todos y los cubría con sus sagradas alas.

En esos benditos días gozaba yo en acercarme á ellos, conversar con ellos, verles de cerca el corazón. Parecíame aspirar la felicidad, la paz de la inocencia y todos los aromas del cielo.

Las nubes de la mísera condición humana venían de cuando en cuando á turbar estas dichas de la inocencia y de la gracia, más disipadas estas ligeras nubes de la infancia, descubriase en el fondo de estas jovencitas almas un cielo todo azul, donde, como en horizonte de pureza indefinida, hacía brillar el mismo Dios claridades y resplandores divinos. Entonces la amable y pudorosa modestia, esta noble virtud que se desconoce á sí misma, daba un valor nuevo y secreto á todo lo que hacían. Sus conversaciones, sus más sencillas palabras abundaban en gracias inefables que me llenaban de encanto. ¡Cuántas veces he recogido de los labios de los niños ingenuidades sublimes en sus dulces é íntimas conversaciones.

Grande era mi ternura para con ellos, y con todo sólo á medias les dejaba ver los sentimientos de mi corazón, especialmente cuando veía que la gracia iba poco á poco dulcificando, purificando, enobleciendo su naturaleza.

¡En cuántos puedo decir que he reconocido y amado á Dios presente y personificado bajo los distintivos más

amables! Su infancia era como la del Salvador: también ellos *crecían en edad, en sabiduría y en gracia delante de Dios y de los hombres.*

Nunca se persuadirán bastante los dignos educadores que precisamente esos defectos naturales de los niños que tanto desagradan, son los que deben inspirar más celo, más amor y más consideración.

Además, obsérvese bien y se verá que el niño más indómito, el más revoltoso tiene en el fondo de todos sus defectos cierta cosa de verdad, de ingenuidad, de naturalidad que vale muchísimo y merece toda consideración: el niño es naturalmente recto y sincero, no conoce aún el disimulo ni el artificio: sencillo, desembarazado y libre en el desenvolvimiento de su vida no se para á componerse con arte, y en los momentos preciosos en que gusta fijarse en el que le educa y escucharle con atención, el educador queda maravillado al encontrarle digno de la familiaridad más dulce y más íntima, al ver cómo su cultivo ha penetrado en esta tierra virgen, y con qué facilidad halla el camino de su corazón para grabar allí con rapidez las impresiones más profundas.

A veces los niños más distraídos y más inquietos son los que revelan más fondo de candor y de verdad á los que saben interesarlos: entonces aparece en su corazón cierta dulzura, inocencia, alegría y paz que encantan. Conviene insistir mucho en esto: por áspero que sea el carácter de un niño, por violentas que sean sus pasiones, si no hay abyección, bajeza, sinó falta rectitud, aliento, fondo de verdadera sensibilidad, sentimiento religioso, no hay que temer.

Fenelón cuenta de un niño que se le había confiado, que todavía de muy pocos años, era ya inteligente, atrevido, gran hablador; su natural era duro, sus pasiones muy vivas, sus caprichos violentos, su carácter impetuoso; no había modo de hacerle razonable. Una vez irritado con dificultad se calmaba; jamás se lograba hacerle ver su sinrazón. Sin motivo alguno se mostraba áspero y llegaba á despreciar la corrección.

Mas estos mismos defectos daban á Fenelón grandes esperanzas del buen porvenir de ese niño: sus defectos, decía, provienen de su temperamento y de su edad. Hay todo motivo para creer que una buena educación y una razón más hecha los convertirán en verdaderos talentos. Es un vino áspero; pero esta aspereza se convertirá en fuerza. Su natural es muy violento; es pues cuestión de suavizarlo. La edad que fortifica la razón, el ejemplo, la instrucción, la autoridad suavizarán esta impetuosidad del niño.

Hay que usar con él mucha dulzura, mucha paciencia y mucha firmeza: hay que tratarle con firmeza, pero que sea dulce, paciente y constante. El niño tiene cierto fondo de razón y de fuerza, del que se puede esperar mucho: si se acostumbra poco á poco á moderarse, tendrá grandes cualidades.

Hé aquí uno de los más profundos secretos de la naturaleza del hombre y de la moral cristiana, y que tanto interesa saber al que se dedica á la educación de la juventud.

Los naturales más vivos y más ricos no se hallan sin defectos, sin pasiones, sin combates. ¿Quién no conoce las luchas y las victorias de las almas grandes? Nunca, además, se ha tratado de educar á niños sin pasiones: hasta cierto punto esta clase de niños darían lástima; y el buen éxito de su educación sería muy dudoso. Cuando se me presentaban, prosigue Dupanloup, acostumbraba decir: «estos son agua mansa y engañosa, nos darán más mal que bien.» Los naturales vivos, apasionados é impetuosos son, sin comparación, preferibles: éstos tienen, sin duda, necesidad de uno que los dirija con firmeza, mas, en cambio, abundan en recursos para todo lo grande.

Por otra parte, ¿á qué llaman los moralistas pasiones? A los resortes poderosos, á los movimientos impetuosos del alma que la llevan á amar ó aborrecer. ¿Á qué las comparan? Á corceles generosos que arrebatan al alma hácia lo bueno ó la precipitan en lo malo, siempre con extremos, según que dirija las riendas mano firme ó mano débil.

No hay, pues, que alarmarse por niños ardorosos, impetuosos, arrebatados, de gran imaginación, altivos, de carácter irritable, de excesiva sensibilidad: podrá sacarse de ellos un gran partido, habiendo una mano capaz que tome las riendas y dirija hábilmente su natural fuerte y generoso.

Muchas veces niños que dan tanta pena, tienen un corazón excelente, una inteligencia elevada, un alma grande: se los ve siempre verdaderos, sensibles, sinceros; son de ordinario los más agradecidos, en el fondo los más dóciles, los que se acostumbran con más brio al trabajo, al amor á la ciencia, á respetar á sus maestros, más dispuestos á entusiasmarse por el bien que dejar arrebatarse por el mal. Y si su rica naturaleza llega, por la gracia de Dios y la buena educación, á triunfar de los defectos y debilidades de la edad, entonces estos niños prometen ser á los veinte años *los más amables y generosos de los hombres*.

CAPÍTULO II

Del niño. Necesidad de conocer sus defectos

La educación es medicina del alma; y si á ciegas obraría un médico que no estudiase y conociese las enfermedades del cuerpo, con más razón obraría á ciegas el educador que no estudiara y conociera á fondo el alma y el corazón del niño.

Es también la educación higiene intelectual y moral; y mal podría preservar el que ignora el tesoro confiado á su cuidado y con qué clase de enemigos tiene que luchar.

En el corazón, en el alma del niño hay mucho bien y mucho mal; se hallan en embrión excelentes cualidades y defectos terribles: desenvolver aquellas y ahogar éstos ó curarlos, vencer el mal con el bien, como dice San Pablo, hé aquí la gran misión del educador. Mas, para hacerlo

convenientemente, ¡qué discernimiento tan profundo del corazón y de los medios y remedios para desarrollar lo bueno y aniquilar lo malo!

Y este corazón del niño, esta alma, despojada de los dones sobrenaturales y herida en su naturaleza, *vulnerata in naturalibus*, como dice el Tridentino, por la mancha original, es un abismo que nunca se sondeará y conocerá bastante: *Abyssum et cor*; y este corazón, sobre ser inabordable, es malo: *Cor pravum et inescrutabile*, difícil de conocer, como la altura de los cielos y las profundidades de la tierra: *Sicut cælum sursum et terra deorsum*. Y sin embargo, allí ha de penetrar la educación, si ha de hacer algo y no ha de defraudar á la sociedad.

Á todo educador pueden decirse las palabras del Apóstol: *Hæc meditare, in his esto, insta in illis*. Hé ahí el corazón del niño, hé ahí el libro que hay que estudiar y profundizar sin cansarse; su estudio no tiene fin; siempre hay allí cosas nuevas que aprender: estad persuadido que á medida que sepáis leer en ese libro y penetrar sus interioridades, será fecunda vuestra educación.

La educación tiene que luchar constantemente contra un obstáculo íntimo, radical que sin cesar renace en el corazón, contra los funestos gérmenes, fatal legado del pecado original, y muchas veces también, de sus maleados ascendientes.

Ya Platón había dicho: «El niño que acaba de nacer no es bueno, pero podrá serlo por medio de una buena educación:» ¿con cuánta mayor certeza deberá hablar así el educador católico, enseñado por la fe y que cuenta en la educación medios infinitamente superiores á los que conoció aquel filósofo?

La parábola del trigo y la cizaña nos da luces admirables del objeto y peligros de la educación. El trigo representa las buenas cualidades que Dios en la creación, en el bautismo y demás sacramentos, en la gracia de una buena educación ha sembrado en todo corazón de niño: junto á estos buenos gérmenes se hallan otros, pérfidos, numero-

No hay, pues, que alarmarse por niños ardorosos, impetuosos, arrebatados, de gran imaginación, altivos, de carácter irritable, de excesiva sensibilidad: podrá sacarse de ellos un gran partido, habiendo una mano capaz que tome las riendas y dirija hábilmente su natural fuerte y generoso.

Muchas veces niños que dan tanta pena, tienen un corazón excelente, una inteligencia elevada, un alma grande: se los ve siempre verdaderos, sensibles, sinceros; son de ordinario los más agradecidos, en el fondo los más dóciles, los que se acostumbran con más brio al trabajo, al amor á la ciencia, á respetar á sus maestros, más dispuestos á entusiasmarse por el bien que dejar arrebatarse por el mal. Y si su rica naturaleza llega, por la gracia de Dios y la buena educación, á triunfar de los defectos y debilidades de la edad, entonces estos niños prometen ser á los veinte años *los más amables y generosos de los hombres.*

CAPÍTULO II

Del niño. Necesidad de conocer sus defectos

La educación es medicina del alma; y si á ciegas obraría un médico que no estudiase y conociese las enfermedades del cuerpo, con más razón obraría á ciegas el educador que no estudiara y conociera á fondo el alma y el corazón del niño.

Es también la educación higiene intelectual y moral; y mal podría preservar el que ignora el tesoro confiado á su cuidado y con qué clase de enemigos tiene que luchar.

En el corazón, en el alma del niño hay mucho bien y mucho mal; se hallan en embrión excelentes cualidades y defectos terribles: desenvolver aquellas y ahogar éstos ó curarlos, vencer el mal con el bien, como dice San Pablo, hé aquí la gran misión del educador. Mas, para hacerlo

convenientemente, ¡qué discernimiento tan profundo del corazón y de los medios y remedios para desarrollar lo bueno y aniquilar lo malo!

Y este corazón del niño, esta alma, despojada de los dones sobrenaturales y herida en su naturaleza, *vulnerata in naturalibus*, como dice el Tridentino, por la mancha original, es un abismo que nunca se sondeará y conocerá bastante: *Abyssum et cor*; y este corazón, sobre ser inabordable, es malo: *Cor pravum et inescrutabile*, difícil de conocer, como la altura de los cielos y las profundidades de la tierra: *Sicut cælum sursum et terra deorsum*. Y sin embargo, allí ha de penetrar la educación, si ha de hacer algo y no ha de defraudar á la sociedad.

Á todo educador pueden decirse las palabras del Apóstol: *Hæc meditare, in his esto, insta in illis*. Hé ahí el corazón del niño, hé ahí el libro que hay que estudiar y profundizar sin cansarse; su estudio no tiene fin; siempre hay allí cosas nuevas que aprender: estad persuadido que á medida que sepáis leer en ese libro y penetrar sus interioridades, será fecunda vuestra educación.

La educación tiene que luchar constantemente contra un obstáculo íntimo, radical que sin cesar renace en el corazón, contra los funestos gérmenes, fatal legado del pecado original, y muchas veces también, de sus maleados ascendientes.

Ya Platón había dicho: «El niño que acaba de nacer no es bueno, pero podrá serlo por medio de una buena educación:» ¿con cuánta mayor certeza deberá hablar así el educador católico, enseñado por la fe y que cuenta en la educación medios infinitamente superiores á los que conoció aquel filósofo?

La parábola del trigo y la cizaña nos da luces admirables del objeto y peligros de la educación. El trigo representa las buenas cualidades que Dios en la creación, en el bautismo y demás sacramentos, en la gracia de una buena educación ha sembrado en todo corazón de niño: junto á estos buenos gérmenes se hallan otros, pérfidos, numero-

sos también, verdadera cizaña, arrojada por el enemigo en medio del trigo en noche fatal: *Superseminavit zizania et abiit.*

Un descuido del educador, *dum dormirent homines*, basta, á veces, para que los gérmenes de maldición se desarrollen y sofoquen las buenas cualidades, el trigo: sorprende uno, al ver con espanto germinar defectos que pueden aniquilar la educación más completa, no teniendo presente que, á consecuencia del pecado original, en medio del trigo se halla la cizaña, que había que contar con ella para sofocarla, ahogarla, no dejarla por descuido desarrollarse; pero viene la indignación tras la negligencia, *¿vis, collegimus ea?* Vamos á arrancarla. Así la educación se ve comprometida por el sueño ó negligencia primero y por la ira ó indignación después.

El padre de familia prohibió arrancar la cizaña por temor de arrancar también el trigo, enseñándonos la exquisita prudencia y las mayores precauciones para salvar en la corrección las buenas cualidades, y porque en la Iglesia católica, dice San Agustín, hasta la cizaña puede convertirse en buen trigo.

En la educación, primer cultivo de las almas, se necesita un gran discernimiento para no arrancar lo bueno que crece junto á lo malo, dejar germinar las buenas cualidades y ahogar en germen los vicios, radicados también en el corazón. Y todo esto; ¡qué conocimientos requiere!

Un celo falso, descuidado ó impetuoso no sabe sino reposar lánguidamente en sueño deplorable ó agitarse indignado para arrancar y destruir todo en el alma. No es así como se da la educación: el verdadero celo procede de otro modo.

Lo primero que hay que hacer para conocer los defectos que radican en el corazón de los niños es observar sus faltas, cosa generalmente fácil, y que como cosas exteriores están al alcance de cualquiera: de ahí se pasa á conocer los defectos que son su raíz, según la enseñanza del divino Maestro: «Por los frutos se conoce el árbol.» Corre-

gir las faltas ya es hacer algo, corregir los defectos es todo.

Avisar á un niño de sus faltas es ya hacerle un grande bien, avisarle de sus defectos es bien incalculable.

Pocos son los verdaderos amigos de los niños que les enseñan á conocer sus faltas y menos sus defectos, para lo que se necesita celo, sinceridad y discernimiento: esto debe hacerlo el educador.

Al hablar Dupanloup de la necesidad que tiene todo maestro de conocer los defectos y faltas de los niños y de avisarlos sobre esto, recuerda á los profesores, que ante todo ellos sean los primeros en conocerse á sí mismos y mutuamente avisarse; y decía que no creía ver marchar bien su casa de educación, hasta que conseguía despertar en todos, maestros y discípulos vivo ardor por el estudio y gran deseo de advertirse sus defectos.

Si el educador se conoce á sí mismo, tiene mucho adelantado para conocer á los niños: recordando lo que es él mismo, *memor conditionis suæ*, sabrá ser indulgente con los demás; pues no hay defecto ó falta, dice San Agustín, en nuestro prójimo, que nosotros no podamos tener, á no preservarnos la gracia de Dios.

Sabido es que una de las máximas de la sabiduría antigua era: conocerse á sí mismo: *Nosce te ipsum*, y una de las cosas que más pedía San Agustín á Dios era: conocerle y conocerse: *Noverim te, noverim me.*

Uno de los más señalados beneficios que puede recibir un educador es ser advertido de sus defectos personales por quien, al hacerlo, se le mostraría amigo verdadero, sincero, amigo del alma.

Tres importantísimas advertencias tendrá presentes el educador al tratar de los defectos de los niños.

1.^a *Que el niño tiene defectos que no conoce.* Si el educador no se los advierte, estos defectos van echando hondas raíces en su corazón, y lo que al principio con facilidad se arrancaría, si el tiempo pasa, y el defecto crece, crecerá también el trabajo para extirparlo. A veces el educador mismo, sin darse cuenta, fomenta en los niños sus defectos:

hé aquí un niño dócil, aplicado, irrepreensible, obtiene las mejores notas, los primeros puestos, se le alaba, se le pone á los demás como modelo; y si esto no se hace con exquisita prudencia, se fomenta su orgullo, y el día en que incurre en una falta, en una reprensión, se verá estallar su vanidad, y dará á conocer que el defecto terrible del orgullo estaba en su corazón é iba creciendo insensiblemente.

Así puede suceder con la envidia, la sensualidad, la ira y demás defectos: no, porque se los ignore, dejan de estar en el corazón; y hay que combatirlos; y tanto más, que de no hacerlo pronto, de niños, el tiempo, lejos de darlos á conocer, los fortifica; y se llega á treinta y cuarenta años, sin saber que se tienen; y después de haber llenado la vida de pesares sin cuento. Un amigo del alma os dice: mirad, tal defecto que no conocéis es la causa de todos vuestros disgustos; y entonces ó se hace un esfuerzo sobrehumano para combatirlo, ó no se hace caso, se persevera en la ceguera, y la desgracia es irreparable.

2.^a *El niño tiene defectos que no quiere conocer.* Esta mala voluntad de no querer conocer sus defectos es extraordinaria en algunos niños: hay algunos, por ejemplo, tan falsos, tan disimulados, tan mentirosos, que estós defectos, parece, forman en ellos su carácter dominante, y lejos de querer conocerlo así, se engañan á sí mismos, como quieren engañar á los demás.

Lamentable es que uno no conozca sus defectos y mucho más que no quiera conocerlos: proviene esto de cierta mala disposición del corazón que no quiere conocerse para no condenarse, ó de secreta cobardía en hacer esfuerzos para corregirse.

El amor propio y la cobardía, hé aquí los dos funestos principios de esta ignorancia voluntaria. Dice la Escritura:

No quiso entender para no obrar bien: *Noluit intelligere ut bene ageret.*

Á veces consentirá un niño en ser avisado de una falta que se ve, se palpa, no se puede negar: no le será tan fácil oírse hablar del defecto exterior que es la causa, y mucho

menos si el defecto es íntimo, toca á lo más vivo de la persona, al fondo del carácter, al yo: aquí con frecuencia irrita la menor contradicción; la más sencilla observación hiere, exaspera toda reprensión. Entristece ver á estos pobres niños, cómo están siempre vigilantes, atentos, sobre las armas, contra todo el que quiera hacerles el gran bien de ayudarles á conocerse.

Sólo un padre, una madre y mejor un educador celoso y atento, entregado de corazón á sus discípulos puede advertirles con prudencia, utilidad y eficacia; pero siempre á condición de manifestarles el más tierno amor aún en las palabras más vivas.

3.^a *El niño tiene defectos que conoce y no quiere enmendar.* Este caso por desgracia más frecuente de lo que parece, es una positiva infidelidad al deber, á la virtud, infidelidad tan culpable como funesta: hay que apelar entonces á los medios heroicos que sólo tiene la religión. Compréndese fácilmente la suma importancia de conocer pronto los defectos, de desear conocerlos y ser advertidos, y que ni ante Dios ni ante los hombres tiene excusa el que conoce un defecto y no cuida de corregirlo.

Es también sumamente peligroso fomentar cualquier defecto, porque crece, se agranda, llega á dominar, y sus fatales consecuencias son incalculables: vese esto lastimosamente en la sensualidad y orgullo de los niños; cuán fácilmente se convierten en dos tiranos, y los males sin cuento que su despotismo causa en su pobre corazón y hasta en su parte física. Á causa de la caída original todo defecto descuidado tiende á convertirse en tirano; como al revés, toda buena cualidad, no cultivada tiende á desaparecer y á frustrar las buenas esperanzas y los llamamientos de Dios.

Prácticamente pueden dividirse los defectos positivos ó negativos en corporales, intelectuales y morales.

La educación de la niñez tiene grandes recursos para hacer desaparecer muchos defectos ó atenuarlos convenientemente.

Son defectos exteriores muy conocidos: *la mala pronunciación, un hablar desordenado, áspero, gestos ridículos, un tono salvaje, falta de aseo, falta de formas* y en general todo lo que hallamos repugnante al exterior que puede corregirse con perseverancia, y que después hasta podrá anular las más brillantes cualidades.

Son defectos intelectuales: *la carencia de juicio práctico* de las cosas, tan á propósito para perderse y perder á los demás, y cuyo remedio se halla sólo en conocer que se tiene ese defecto y en desconfiar de sí mismo; *la falta de talento* para un objeto especial, que hace que uno pierda miserablemente sus fuerzas y su tiempo; *la falta de penetración* en lo íntimo de las cosas, sin la que los asuntos más delicados, las funciones más importantes se comprometen sin darse uno cuenta; *la falta de sensibilidad* que inhabilita para ciertos cargos en que se necesita saber llegar al corazón de las personas, acomodarse á su alegría ó á su dolor y dar oportunamente ánimo ó consuelos eficaces; *la falta de gusto* que impide á las concepciones ser á la vez brillantes y sólidas, que las hace afectadas, hinchadas extrañas, ridículas.

Son defectos morales: un *carácter frío*, reservado con exceso, sin la dulce y afectuosa afabilidad y sin la expansiva sensibilidad; un *carácter duro* que un poco suavizado sería un gran carácter firme; un *carácter brusco* que revela exceso de actividad y de celo; un *carácter ligero, vano, caprichoso, disipado, indiscreto*, origen de las consecuencias más fatales; hay también un *carácter desigual*, frívolo y serio, vano y razonable, inteligente y débil en que la inteligencia apenas influye sobre el corazón, ni éste sobre la inteligencia; indefinible sin mucha atención y esfuerzo.

Hé aquí los principales defectos que una buena educación deberá corregir en los niños.

Según que los defectos se refieran á lo físico, á lo intelectual ó á lo moral deberá el digno educador esforzar su celo para persuadir á los niños á que los corrijan desde luego, si quieren brillar algún día en la sociedad, y no vivir

bajo la ignominiosa tiranía de sus pasiones: les hará comprender que las faltas pequeñas que ahora hacen, dejan de serlo si se mira á la raíz de donde derivan; que esta raíz, que estos defectos que les hacen cometer ya ciertas faltas, les harán cometer más tarde otras mayores, si pronto no se deciden á atacarlos animosamente.

Con estas y otras consideraciones justificará á los ojos de los niños su vigilante severidad y los decidirá á combatir sus defectos con voluntad generosa.

Si un niño, si un joven tiene la dicha de ser advertido, el buen sentido de recibir la advertencia, la buena voluntad de hacer lo que pueda y la docilidad de atenerse á lo que infaliblemente le llevará al bien, no hay defecto alguno que no pueda corregir, y no hay fatales consecuencias que no puede prevenir.

No hay niño, no hay joven de mediana disposición á quien no puede decirse con toda seguridad: *se dócil y aplicado y harás grandes cosas*. La docilidad, la humildad en los jóvenes no sólo es gran justicia, es también gran sabiduría.

Si á jóvenes vanos y ligeros no es fácil persuadir esta docilidad, esta sabiduría, no por eso es imposible: una buena educación lo puede todo. Conozco actualmente, dice el Obispo de Orleans, hombres de todas categorías, eminentes sacerdotes que ocupan con honor las más encumbradas posiciones, que hubieran sido ignoradas medianías sin el beneficio de la educación y sin la docilidad de su juventud: mas, merced á esta doble dicha hombres ordinarios han dado frutos más que ordinarios, han sabido llenar los vacíos que había en ellos, desarrollar sus buenas cualidades, y sacar de sí mismos todo lo que Dios les había dado, y así han conseguido elevarse sobre su mismo natural, y ahora servir con gloria á la Iglesia y á la sociedad.

Conviene repetirlo: no hay defecto físico, intelectual ó moral que no pueda corregirse ó atenuarse en la niñez con docilidad y aplicación; no hay carácter débil que no pueda fortalecerse, ni áspero é irascible que no pueda suavizarse,

ni duro é intratable que no pueda dulcificarse; basta para ello que haya en los educadores inteligencia y celo y en los jóvenes docilidad para recibir las advertencias, tan penosas á veces de escuchar y tan importantes en seguir.

Si Dios ha hecho sanables á las naciones: *Sanabiles fecit*, ha sido, ante todo, por la niñez, por la juventud, que tierna todavía, el mal no le ha penetrado hasta los huesos.

Conocida es la historia del solitario de la Tebaida y de la palmera, cómo no pudo arrancar la palmera fuerte, arraigada, de muchos años, y cuán fácilmente lo hizo con la tierna, poco arraigada y de pocos años.

El triunfo, la gloria de una buena educación consiste en hacer grandes cosas: ella tiene recursos para luchar ventajosamente con las naturalezas más difíciles, corregirlas, transformarlas. Sin duda debería empezar desde la cuna la educación de la niñez; y desgraciadamente la mayoría de los padres con su ceguera y complacencias, lejos de empezar por educar y perfeccionar á sus hijos, empiezan por viciarlos y corromperlos, y así los presentan á las casas de educación: sin duda el mal es ya grande y la educación muy comprometida; pero todavía hay esperanza.

Un joven puede ya tener á los diez, á los doce años costumbres deplorables; pero todavía no son antiguas, no están fuertemente arraigadas. Una buena educación puede interrumpirlas y abrir una nueva fase: el reglamento, el estudio y sobre todo la piedad pueden reemplazar con felicidad á la imaginación extraviada, al capricho, á la indolencia, á la sensualidad; pero no hay que perder tiempo: hay que trabajar con firmeza y energía, aunque dulcemente, en perfeccionar una educación tan lastimosamente comenzada; éste es el deber del digno educador y su más noble y laboriosa misión: á él, como en otro tiempo á un profeta se le dice: «Arranca y planta, destruye y edifica: *Ego posui te ut evellas et destruas, et ædifices et plantes*, y haz esto en lo más íntimo del alma, en los repliegues más profundos del corazón.

El educador que no sabe esto, no sabe nada de su verdadera y gran misión.

Conviene también tener presente que el primer agente de la educación es Dios, el segundo, el niño mismo y el último el educador, quien después de pedir á Dios bendiga su trabajo, persuade al niño con inteligencia y celo á que trabaje sobre sí mismo, y coopere con su libre concurso á la educación; porque entonces, *en la juventud el hombre puede todo sobre sí mismo, y se decide para el bien ó para el mal su vida presente y venidera.*

CAPÍTULO III

Las tres concupiscencias. El orgullo

En un solo capítulo trata el P. Pendola en su *Guía de la juventud* de las tres concupiscencias, funesto legado del pecado original con que todos venimos á este mundo: por ser esta materia la más trascendental en la educación que, en último resultado, no es más que *la lucha contra las tres concupiscencias*, trataremos separadamente de cada una de ellas en capítulo á parte.

Toda la ciencia del paganismo y de sus más grandes hombres no nos ha iluminado sobre lo más íntimo de nuestro ser, sobre los repliegues más ocultos de nuestro corazón, sobre la corrupción radical de la humanidad como estas palabras del discípulo amado: «Todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida: *Omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, concupiscentia oculorum et superbia vite.*

Sólo Dios ha podido enseñarnos con esa energía, con esa claridad la profundidad, donde se halla el origen de todos nuestros defectos: con esta luz se ve lo más impenetrable de la naturaleza humana; y todo hombre puede conocer lo más íntimo y oculto de sí mismo: sin la brillante antorcha de esas pocas palabras el mundo moral, la humanidad toda no es más que un enigma.

ni duro é intratable que no pueda dulcificarse; basta para ello que haya en los educadores inteligencia y celo y en los jóvenes docilidad para recibir las advertencias, tan penosas á veces de escuchar y tan importantes en seguir.

Si Dios ha hecho sanables á las naciones: *Sanabiles fecit*, ha sido, ante todo, por la niñez, por la juventud, que tierna todavía, el mal no le ha penetrado hasta los huesos.

Conocida es la historia del solitario de la Tebaida y de la palmera, cómo no pudo arrancar la palmera fuerte, arraigada, de muchos años, y cuán fácilmente lo hizo con la tierna, poco arraigada y de pocos años.

El triunfo, la gloria de una buena educación consiste en hacer grandes cosas: ella tiene recursos para luchar ventajosamente con las naturalezas más difíciles, corregirlas, transformarlas. Sin duda debería empezar desde la cuna la educación de la niñez; y desgraciadamente la mayoría de los padres con su ceguera y complacencias, lejos de empezar por educar y perfeccionar á sus hijos, empiezan por viciarlos y corromperlos, y así los presentan á las casas de educación: sin duda el mal es ya grande y la educación muy comprometida; pero todavía hay esperanza.

Un joven puede ya tener á los diez, á los doce años costumbres deplorables; pero todavía no son antiguas, no están fuertemente arraigadas. Una buena educación puede interrumpirlas y abrir una nueva fase: el reglamento, el estudio y sobre todo la piedad pueden reemplazar con felicidad á la imaginación extraviada, al capricho, á la indolencia, á la sensualidad; pero no hay que perder tiempo: hay que trabajar con firmeza y energía, aunque dulcemente, en perfeccionar una educación tan lastimosamente comenzada; éste es el deber del digno educador y su más noble y laboriosa misión: á él, como en otro tiempo á un profeta se le dice: «Arranca y planta, destruye y edifica: *Ego posui te ut evellas et destruas, et ædifices et plantes*, y haz esto en lo más íntimo del alma, en los repliegues más profundos del corazón.

El educador que no sabe esto, no sabe nada de su verdadera y gran misión.

Conviene también tener presente que el primer agente de la educación es Dios, el segundo, el niño mismo y el último el educador, quien después de pedir á Dios bendiga su trabajo, persuade al niño con inteligencia y celo á que trabaje sobre sí mismo, y coopere con su libre concurso á la educación; porque entonces, *en la juventud el hombre puede todo sobre sí mismo, y se decide para el bien ó para el mal su vida presente y venidera.*

CAPÍTULO III

Las tres concupiscencias. El orgullo

En un solo capítulo trata el P. Pendola en su *Guía de la juventud* de las tres concupiscencias, funesto legado del pecado original con que todos venimos á este mundo: por ser esta materia la más trascendental en la educación que, en último resultado, no es más que *la lucha contra las tres concupiscencias*, trataremos separadamente de cada una de ellas en capítulo á parte.

Toda la ciencia del paganismo y de sus más grandes hombres no nos ha iluminado sobre lo más íntimo de nuestro ser, sobre los repliegues más ocultos de nuestro corazón, sobre la corrupción radical de la humanidad como estas palabras del discípulo amado: «Todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida: *Omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, concupiscentia oculorum et superbia vite.*

Sólo Dios ha podido enseñarnos con esa energía, con esa claridad la profundidad, donde se halla el origen de todos nuestros defectos: con esta luz se ve lo más impenetrable de la naturaleza humana; y todo hombre puede conocer lo más íntimo y oculto de sí mismo: sin la brillante antorcha de esas pocas palabras el mundo moral, la humanidad toda no es más que un enigma.

San Juan dirige la enseñanza de esas palabras, resumen admirabilísimo de todos los males que afligen á la humanidad, á los niños y á los jóvenes lo mismo que á los hombres formados, porque esta triple concupiscencia se halla en los niños, en los jóvenes como en las demás edades; porque los niños y los jóvenes son los hombres de mañana; porque toda la vida está en germen en la niñez y juventud y porque en esos corazones juveniles se hallan las semillas de todo lo que con el tiempo brotará. De ahí la imperiosa necesidad de combatir en esa edad la triple concupiscencia, *orgullo, sensualidad, avaricia*, só pena indefectible de verla echar brotes vigorosos y terribles.

Toda la vida debe ser, sin duda alguna, lucha incesante contra la triple concupiscencia, y por eso San Juan llama á todas las edades, á los padres, á los hijos, á los maestros, á los discípulos, á los ancianos, á los jóvenes, á los niños: *Scribo vobis, patres, vobis, juvenes, adolescentes, infantes*; pero el evangelista hace un llamamiento especial á la juventud, adolescencia, niñez, porque esta es la edad de los ardores generosos, de los combates valientes: Jóvenes, os escribo, porque habéis vencido al maligno: *Scribo vobis, adolescentes, quia vicistis malignum*: jóvenes, os escribo porque sois valientes: *Scribo vobis, juvenes, quoniam fortes estis*.

En la Iglesia católica, en las casas donde se ejerce el *Apostolado de la enseñanza* la juventud debe ser fuerte, valerosa: hay aquí una fuente divina de fuerza y de virtud: el verbo de Dios está con vosotros: *Verbum Dei manet in vobis*. Debe ser fuerte y valerosa la juventud cristiana porque está con ella el verbo de Dios, cuenta con las luces que le revela é inspira la fe, cuenta con virtudes divinas para vencer al maligno: *Et vicistis malignum*. Vosotros, pues, dice Dupanloup, que dentro del catolicismo educáis á las jóvenes generaciones y que teneis con vosotros al verbo de Dios, la fuerza sobrenatural de la fe y de la gracia, llamad á la juventud cristiana, y guiadla á los combates santos, á la lucha contra el maligno, contra el mal, contra la triple concupiscencia, porque todo el buen resultado de la educación depende de esto.

He dicho y lo repito, prosigue: quien no sabe que en la educación hay que luchar contra la triple concupiscencia, no sabe nada, no hace nada.

Y, he aquí cómo los grandes principios de la educación se dan en el fondo la mano con la moral cristiana más elevada que señala siempre á esta triple concupiscencia como el enemigo eterno del alma y de la salvación, y nos enseña que hay que mortificarla sin cesar, crucificarla y enclavarla en los tres brazos de la cruz: vese también, cómo la gran doctrina de la mortificación cristiana que es el fondo de la medicina moral del Evangelio, es también el nervio de toda educación verdadera; y otra vez se cumple admirablemente el dicho de San Pablo: La piedad sirve para todo. *Pietas ad omnia utilis est*: por eso en los centros donde se ejerce el *Apostolado de la enseñanza* se da tanta importancia á la piedad.

Si bien es cierto con toda certeza que todos los males de la humanidad se derivan como de su origen de las tres concupiscencias, hay con todo una que, á su vez, es principio de las otras dos, y resume todo el mal: tal es el orgullo, *superbia vita*. El orgullo, padre de innumerables y malditos hijos es también padre de la *sensualidad* y de la *avaricia*: y aquí también la Escritura nos muestra la triste y misteriosa unidad de nuestros vicios. El orgullo es principio de todo pecado: *Initium peccati omnis superbia*.

Es, pues, el orgullo el más fecundo de los pecados capitales y el que ocupa el más triste y anchuroso lugar entre los hombres: ninguna edad se ve libre de sus ataques: por él ha inferido Satanás á toda la humanidad la llaga más profunda: bastaría que en vez del orgullo reinase la humildad que es la verdad en el corazón humano, para devolver á los hombres el buen sentido y la virtud.

No basta saber esto en teoría para educar, hay que saber prácticamente que es el orgullo, cómo se manifiesta; hay que conocer sus múltiples ramificaciones y las faltas innumerables que hace cometer: sin esto se procedería en la educación con deplorable ceguera.

Si los otros vicios están como dormidos más ó menos tiempo en el corazón de los niños, no sucede así con el orgullo: este es el primero que se manifiesta; y con alguna frecuencia niños de diez años y aún menos son ya el orgullo personificado.

Entre las innumerables faltas que proceden del orgullo, he aquí las que principalmente el educador debe notar en los niños para saber pasar de las ramas á la raíz, del fruto al árbol, y no contentarse con remediar lo que aparece, las faltas, sino aplicar el remedio al efecto, á la raíz: *la desobediencia*, orgullo del entendimiento: si jamás un hombre digno debe decir: *yo me basto, yo solo sé lo que tengo que hacer*, un niño que use ese lenguaje, manifiesta su gran miseria y es digno de la mayor compasión.

El odio, la venganza, la envidia ó pesar del bien ajeno, *los celos* que quisieran poseer lo que otro tiene y se atormenta sino lo consigue, *el gozo del mal ajeno, la murmuración, la calumnia, la ingratitud*, sobre todo, á los padres, *la ambición* que hace soñar con un gran porvenir, títulos de gloria, representar un gran papel, *la ira* que se manifiesta con injurias ó imprecaciones, *los enfados, la inurbanidad, la grosería, las respuestas insolentes*, frutos son del árbol maldito.

La vanidad que hasta en cosas insignificantes busca la alabanza, *la ostentación* que se gloria en manifestar alguna buena cualidad, *la presunción* que nos hace creernos superiores á lo que somos, *la altivez, la arrogancia, la genialidad* ó humor, hijos son del orgullo, y así deberá el educador tenerlo muy bien entendido.

La susceptibilidad que se ofende de cualquier vagatela y convierte al niño en verdadera sensitiva, triste ó irritado á cualquier aviso, reprensión ó consejo, aunque sea dulcísimo, y que sólo le hace cuidarse de lo que aparece al exterior, *la mentira* que oculta una verdad penosa, *la codicia* que jamás se satisface con lo que tiene, *la dureza* para los inferiores, *la hipocresía* que encubre una pasión vergonzosa con la capa de la virtud, hijas son del orgullo, y *el orgullo hipócrita* es el más espantoso.

Hijas son también del orgullo *la incredulidad* que en los jóvenes proviene las mas veces ó de que divinizan y adoran su pobre y débil razón ó de que se hallan dominados por la estúpida y despreciable vanidad de querer distinguirse de los demás, *la impiedad y la apostasia*.

La deshonestidad, hija primogénita de la sensualidad, derivase también del orgullo, *como castigo*. Dios castiga á los orgullosos, permitiendo se entreguen á pasiones ignominiosas: *Tradidit illos in passiones ignominiae*, dice San Pablo. El orgullo es concupiscencia del alma, como la deshonestidad es concupiscencia de la carne; de ahí esa espantosa afinidad entre las dos concupiscencias. Decía el gran educador Juan José Allemand: «¿veis ese niño que empieza por arreglar su exterior en demasía, que empieza á fumar? temed por su inocencia; ó ya la ha perdido, ó está á punto de perderla.»

El espíritu de indocilidad, cor matum incredulitatis que priva al joven de las luces, ciencia, sabiduría y experiencia del educador, y lo inutiliza para el porvenir, *el espíritu de independencia* que no quiere someterse á la voluntad recta de quien es superior, *el espíritu de contradicción* que ve las cosas al revés de los demás, y le hace insoportable en sociedad, *el espíritu de justificación, volens se justificare se ipsum* del fariseo que lejos de buscar los preciosos avisos sobre sus faltas y defectos, sólo sabe encastillarse en sí mismo, en su pretensiosa inocencia, reputación impecable, frutos amargos son del orgullo, raíz amarga; *Radix amaritudinis*.

Á pesar de la larga enumeración de las faltas que acabamos de hacer, todavía es incompleta: necesitaríase un gran libro para detallar todo lo que el orgullo puede producir de triste y espantoso: aún la misma virtud no se halla libre de su veneno: como gusano roedor, introdúcese secretamente el orgullo hasta en las almas más nobles, en los corazones más virtuosos y allí derrama su hálito pestilente, é inutiliza las cualidades más brillantes.

El orgullo es el mal universal; penetró en nuestras en-

trañas, dice Bossuet, con la palabra de la serpiente que nos decía en nuestra primera madre Eva: «seréis como dioses.» *Eritis sicut dii*. Bebimos ese mortal veneno; penetró hasta la médula de los huesos, y todo nuestro ser quedó inficionado.

Subir, subir siempre en el corazón, en el pensamiento, en la vida, embriagarse en la propia excelencia, no atribuir á Dios únicamente lo bueno que hay en nosotros, no vivir persuadido que el hombre, hijo de la nada por sí solo para nada sirve; y lo que es peor todavía, hijo del pecado, sólo para pecar se basta á sí mismo, todo esto es efecto del orgullo: por eso el orgullo es la suma injusticia, la más grande mentira; y de todo orgulloso se puede decir con verdad lo que dice la Escritura del rey del orgullo: No está en la verdad: *In veritate non stetit*.

Por ser el orgullo injusticia y mentira, necesita el hombre orgulloso enebrirse con el velo de la modestia para no hacerse detestable y conseguir lo que quiere: tan de frente repugna el orgullo á lo más digno que hay en el hombre.

El hombre orgulloso necesita aparecer á los demás grande y noble, y ocultar lo que es en realidad, indigno y hasta grosero. Ha dicho San Agustín: El orgullo no es grandeza, sino hinchazón. *Superbia non est magnitudo, sed tumor*. El orgulloso acaba por engañarse á sí mismo, y por justo castigo sólo obtiene la deshonra y la vergüenza en vez del honor y gloria á que indebidamente aspiraba.

El orgullo lleva en sí mismo la pena, el castigo: si, como el rayo que oculto en el fondo de la columna, la abrasa, comunica el fuego á todo el edificio y viene el gran derrumbamiento, se apodera el orgullo del corazón, del alma del niño, esperad los efectos más terribles: el orgullo mata como el rayo.

Nunca se esforzará lo bastante un digno educador en hacer que sus discípulos conozcan y detesten ese vicio, pesadilla maldita del tiempo y de la eternidad.

Ya Platón decía: «el mayor mal que tiene el hombre,

es un defecto que trae al nacer: todo el mundo lo fomenta en vez de trabajar por desarraigarlo: este defecto es el orgullo, el amor propio:» es *el yo*, tan odioso, como dice Pascal, *el yo* que sólo se ve á sí, que sólo piensa en sí, que sólo se ocupa de sí y que todo lo refiere á sí: ese es el orgullo, horroroso á Dios y á los hombres. Si Platón conoció ese mal, no supo indicar su remedio y menos hacerlo aceptar. *Hoc Plato nescivit*, dijo San Jerónimo: tamaña gloria estaba reservada á quien es más grande que Platón, á Jesucristo-Dios que mostrando su divino Corazón á los hombres, les dice sin cesar: Aprended de mí á ser mansos y humildes de corazón: *Discite á me, quia mitis sum et humilis Corde*: aplicando á lo más profundo de la llaga, como médico divino, medicina también divina.

Nótese de paso con cuanto acierto recomienda el Congreso católico de Sevilla la instalación del Apostolado de la oración ó sea la devoción al Corazón divino de Jesús do quiera se enseñe á jóvenes cristianos.

Con esta celestial medicina de Jesucristo hasta el mismo orgullo, cizaña maldita puede convertirse en excelente trigo, como ya notó San Agustín: esta es la gloria, el poder, el honor más admirable y más exclusivo de la educación católica.

En el orgullo, amor propio, soberbia hay una vitalidad, una fuerza que puede ser auxiliar precioso para cosas grandes. En el fondo de caracteres orgullosos hallase una naturaleza generosa, capaz de elevarse á lo más sublime, si el orgullo no la precipitase á lo más indigno: el orgullo se engaña, no en querer subir, sino en querer subir á donde sólo se halla lo vano, lo inconstante, lo ruin: no debe, pues, tratarse de inutilizar su fuerza, sino de dirigirla á objetos dignos.

Dos cosas debe proponerse el educador con jóvenes orgullosos, desviar su fuerza de los objetos peligrosos y dirigirla hacia objetos verdaderamente dignos: primero hay que moderar la fuerza, después lanzarla: primero hay que evitar los extravíos, después dirigir con energía.

Sin duda, se necesita delicadeza y tino para proceder debidamente, y tener muy en cuenta los caracteres de los jóvenes, delicados unos, sensibles, sin gran vigor, á quienes una humillación directa, dura, los anonadaría; y en cambio, una reprensión paternal, un consejo de amigo, suave y luminoso los humillaría permitiéndoles levantarse; y otros, enérgicos, duros, insolentes que necesitan de una humillación fuerte, rigurosa, repentina, sin que por eso se anonaden: aún en este caso deberá hacerseles conocer y sentir que la humillación, que la reprensión rigurosa no va contra la persona á quien se ama, sinó contra su orgullo, su enfermedad; de no hacerlo así, no escucharán, se harán más obstinados: una palabra afectuosa, una alabanza dada con oportunidad, con modo, con delicadeza produce sobre esta clase de niños resultados generalmente más beneficiosos para su corrección que la dureza ó violencia.

Dice Fenelón en su admirable obra de la Educación de los jóvenes: «Hay mucho peligro de desanimar á los niños, sinó se los alaba cuando obran bien. Aunque las alabanzas son temibles porque excitan la vanidad, con todo hay que usarlas para animar á los niños, sin embriagarlos. Vemos que San Pablo las emplea con frecuencia para animar á los débiles y hacerles más suave la corrección. Los Padres han hecho lo mismo. Verdad es que para hacerlas útiles hay que sazonarlas, quitándoles la exageración y la lisonja, y refiriendo á Dios, como á su origen, todo bien.»

Puede moderarse el orgullo, no, cediendo, sinó engañándolo en cierto modo con un afecto hábil y calculado, como se modera y calma un caballo fogoso acariciándolo: es más, se le puede convertir en noble emulación, en ardor generoso, sabiendo despertar el entusiasmo, la emulación y admiración por todo lo que tan digna y fuertemente arrebató los corazones grandes, las almas ardientes, como los combates, el martirio, la conversión de las almas, el honor de la patria, etc., etc., y dándoles este noble alimento, no piensan ya en bajezas y niñerías.

También puede utilizarse como excelente derivativo el

entusiasmo por la fuerza, la agilidad del cuerpo, la carrera, la habilidad en el juego; esto halaga también á los jóvenes y es bueno y sin peligro.

Todo esto tiene en cuenta un digno educador: estudia con calma, con constancia, con celo las formas y matices del orgullo, y, sin irritarlo, aplica con prudencia y firmeza el remedio: sabe que si los orgullosos pueden dar en los precipicios más profundos, también son capaces hasta del heroísmo: allí hay una gran vitalidad, mucha savia; purifíquese, enoblézcase y se convertirá en frutos maravillosos: hé aquí el esplendoroso triunfo de una buena educación.

CAPÍTULO IV

La sensualidad

La segunda llaga causada por el pecado original en el corazón de todo hombre, de todo niño es *la sensualidad*, desordenada inclinación á los placeres de los sentidos. San Juan la llama concupiscencia de la carne: *Concupiscentia carnis*; San Pablo la llama molicie: *Neque molles*: indigna y cobarde molicie de la inteligencia, del corazón y de los sentidos. *La sensualidad* es también origen de vicios innumerables.

Si el orgullo, si la soberbia es una usurpación, una locura criminal, revela, al menos, algo de dignidad; hay allí una alma, una razón, una inteligencia aunque extraviada al honrarse y exaltarse contra verdad y justicia: en *la sensualidad* todo es humillante, todo es vil; allí está el más miserable cautiverio del alma; allí está la inteligencia cautiva y esclava de la carne: el hombre sensual no tiene ni más fin ni más Dios que su cuerpo: *Quorum Deus venter est*.

Dios, dice la Sabiduría, creó al hombre en rectitud; esto es, expone Bossuet, con el alma obediente á Dios y con un cuerpo obediente al alma: á consecuencia de la re-

belión del alma contra Dios, la carne en justo castigo se ha hecho el tirano del alma. El hombre inocente con su primitiva inmortalidad y con la perfecta sumisión del cuerpo al alma era espiritual aún en la carne, y ahora, dice San Agustín, después del pecado el hombre es carnal aún en el alma. Si el orgullo, ha dicho el gran orador Félix, hace del hombre un pequeño demonio y la avaricia le convierte en un poco de tierra, *la sensualidad* hace de él una bestia, un animalote.

Bonald ha definido al hombre una inteligencia servida por órganos; según *la sensualidad* el hombre es una carne servida por una inteligencia.

El hombre es el rey de la creación por su alma, por su inteligencia; por el alma es razonable, libre, inmortal; en el alma está su realeza; ella es el rey, ella debe gobernar: *la sensualidad* invierte este orden divino, da al cuerpo el dominio supremo, y hace que el alma sea la esclava de los sentidos. La carne tiene sus instintos, sus apetitos, groseros, terrestres, carnales, impetuosos, ciegos, contra el honor, contra la razón, contra la fe. El alma tiene sus gustos, sus necesidades, sus aspiraciones, sus tendencias, nobles, elevadas, puras, sabias, razonables, conformes al honor, á la razón, á la fe.

He aquí la lucha constante que todo hombre siente dentro de sí mismo; el ángel en guerra contra la bestia, la bestia contra el ángel: ¡mil veces infeliz quien no lucha contra su carne, se entrega cobardemente á sus instintos de ignominia y deja que su ángel, su alma se degrade hasta convertirse en esclava abyecta de su bestia, de su carne!

La sensualidad, mal universal radica en lo más íntimo de nuestro ser y á todos hace sentir los venenosos efectos de su aguijón: este degradante yugo, dice la Escritura, pesa sobre todos los hijos de Adán desde que salen del seno de su madre hasta que entran en el seno de la tierra, madre de todos: signo evidente y efecto terrible de la caída original.

Si *la sensualidad* no aparece en el niño con toda su

violencia, su mal no deja de ser funesto; y, á veces, su tiranía da espanto. Todo favorece á *la sensualidad* en esta edad, el predominio de la vida física y la insensata manera con que la generalidad de los padres crían á sus hijos. Si la educación debería empezar desde el primer cuidado que la madre tiene de sus hijos, desde el primer beso que imprime en su frente, á lo menos desde que empiezan á comprender, ¿quién se cuida de su alma, de su inteligencia, de su corazón? Con el falso y exagerado pretexto de necesidad, de salud, no se cuida más que de la parte material, de la vida puramente animal: para esta son los cuidados, los mimos, las exageraciones, las adulaciones, el incienso, la adoración: con esta ceguera fatal se fomenta el orgullo que embriaga sus pobrecitas cabezas, y *la sensualidad* llega á hacerse su más despótico tirano que los enerva, los embota, los paraliza, les inspira cobarde horror á todo esfuerzo y trabajo, mata la energía, la actividad, y prepara las más graves dificultades para su futura educación.

Como la enfermedad lleva á la muerte, así *la sensualidad* lleva al niño á *la pereza* y á *la lujuria*.

Si la niñez es naturalmente viva, voluble, siempre en movimiento, sin reflexión, sin orden: amante de los juegos, desdenosa del trabajo, todo esto se corrige con paciencia, constancia, amable firmeza, indulgencia, estímulos incesantes.

No es esta la pereza temible en la educación: la verdaderamente temible y terrible es la que proviene de *la sensualidad* mimada y fomentada, convertida en molice física é intelectual, acompañada de ordinario de la molice de corazón, apatía é insensibilidad moral. ¿Qué cuidados y qué esfuerzos, qué constancia para salvar al joven dominado por esta clase de pereza! ¡Cuántas veces se trabaja en vano!

Decía el Arzobispo de Cambrai: «El mayor trabajo de la educación se halla cuando se trata de niños, de jóvenes que son insensibles. Las naturalezas vivas, sensibles son capaces de espantosos extravíos; la presunción, las pasiones las arrastran; pero hay allí grandes recursos y frecuen-

temente vuelven al buen camino; la buena enseñanza está en ellas, como germen oculto que se va desarrollando y que fructifica así que la experiencia ayuda á la razón y se calman las pasiones; sabe uno, al menos, como llamarles la atención y despertar su curiosidad: el honor y lo que se les enseña les interesan todavía; pero *no hay recurso alguno en las naturalezas indolentes*. En estos jóvenes todos sus pensamientos son distracciones, nunca están donde deben; las correcciones jamás les llegan á lo vivo; escuchan y no sienten nada. Esta indolencia los hace negligentes y disgustados de todo lo que hacen: la mejor educación fracasará *si no se apresura á adelantarse al mal desde los primeros años de la infancia*.

Otro gran peligro de la sensualidad es llevar al niño, á la lujuria, á las malas costumbres, á la pérdida de la inocencia.

Un niño puro, un joven inocente es el mayor encanto que hay sobre la tierra.

Hasta un hombre, tristemente célebre por su incredulidad y sus escándalos, Rousseau, ha dicho en un momento de sinceridad y de franqueza: «Afirmo y lo sostengo, un joven que ha conservado su inocencia hasta los veinte años, es á esta edad el más generoso, el mejor y el más amable de los hombres.» Por el contrario, siempre he visto que los niños corrompidos en edad temprana se volvían malos y crueles: no conocen ni la piedad ni la compasión: sacrificarán á su padre, á su madre, al mundo entero por el menor de sus placeres. Gozar es su todo, lo demás no les importa un comino.

Los padres y los educadores deben cuidar de la inocencia de los niños, como del tesoro más precioso, como de la misma niña de sus ojos: la falta de cuidado, de vigilancia en la familia ó en las casas de educación pueden acarrear á los niños un mal inmenso, y su responsabilidad ante Dios y ante la sociedad es grandísima.

Las ignorancias culpables y las deplorables ilusiones que sobre esta materia hay en las familias causan espanto:

desde la cuna, desde los primeros años hay que preservar el cuerpo y el alma de los niños de la sensualidad y de sus fatales consecuencias, y con una educación severa y con la mayor vigilancia prepararlos para las buenas costumbres.

La máxima de Juvenal: Los niños deben ser tratados con el respeto más grande: *Máxima debetur puero reverentia* debe resonar de continuo en los oídos de los padres y de los educadores.

¡Infelices padres! de quienes pueda decirse con verdad lo que escribía Tácito: Ellos son los primeros que acostumbran á sus hijos á la licencia y al vicio, en vez de acostumbrarlos á la virtud y al honor: *Quandoque etiam ipsi parentes nec probitati neque modestiæ parvulos assuefaciunt, sed luxuriæ et libertati*. Nosotros somos, decía Quintiliano, los que les hemos enseñado el mal; de nosotros lo han aprendido. *Nos docuimos, ex nobis audierunt*.

Por un homicida descuido de muchos padres, dice un famoso médico, gran multitud de niños contraen, aún antes de dos años, hábitos los más funestos y fatales.

En el hogar doméstico hay que ocuparse vivamente de los niños desde su edad más tierna: las mayores precauciones deberán tomarse sobre todos los detalles de su vida, sobre el vestirse, desnudarse, dormir; apartar de ellos lo que no sea rigurosamente conforme á la modestia más severa; exquisita vigilancia para inspirarles hábitos de pudor y de respeto; alejar de sus ojos, de sus oídos todo lo que ofrece peligro; desterrar en absoluto toda palabra licenciosa, todo libro, todo lo que pueda escandalizar; velar con cuidado por todo lo que los rodea, criados, amigos, parientes, hermanas y hasta hermanos: necesitase toda diligencia para salvar á los niños y presentarlos puros é inocentes en las casas de educación; y en la elección de éstas y de los maestros ser rigurosos, muy rigurosos y no descuidar nunca la mayor vigilancia.

Una vez el niño en una casa de educación, si en ésta se practica el *Apostolado de la enseñanza*, deberá aprender

á respetar á Dios, á respetarse á sí mismo y á respetar á los demás.

Las costumbres más puras, el más bello ornamento de estas casas, se conservan con medidas represivas y preventivas.

Toda falta exterior de alguna gravedad contra las buenas costumbres debe ser reprimida al momento con el despido del que la ha cometido: este saludable rigor debe tener siempre en guardia á todos los alumnos que deberán tenerlo muy presente, y con una ú otra ocasión oírlo con frecuencia de los educadores: la menor palabra, el más pequeño gesto, la mirada más insignificante contra las buenas costumbres ó debe ser desconocida ó rara, y nunca tolerada y sin castigo.

Esta *sensualidad* se propaga como el cáncer, *serpit ut cancer*; hay que cortarla de raíz, y á ningún vicio como á este hay que aplicarle el remedio pronto y radical: *principis obsta*: por no despedir á uno, habrá que despedir á diez: en estos despidos se trata de salvar á los inocentes.

Dupanloup aconsejó á un superior de una casa de educación, invadida de ese mal que despidiese *sesenta y nueve niños*; hizolo así, salvó la casa, y ahora, dice, es de las más florecientes de la nación y de las que tienen mayor número de niños.

La educación que se hace según el *Apostolado*, rara vez acude al extremo remedio de la exclusión; prefiere las medidas preventivas: prevenir es gobernar, es educar.

Una vigilancia activa, inquieta sin degenerar en desconfianza ú odiosidad, maternal y religiosa de todo y sobre todos, grandes y pequeños, evitando las amistades particulares, la fidelidad á la consigna: *nunquam duo, raro unus, semper tres*, los juegos activos y, en lo posible, intervinidos por los profesores, el aseo y limpieza de todos los departamentos, la vista de cosas puras y bellas, hermoso horizonte, árboles, campiñas que recrean inocentemente el corazón, la colocación de los niños de modo que no resulte peligrosa, la vigilancia en la clase, en la sala de estudio,

lugares excusados, donde no se permite hablar ni estar solos dos, la vigilancia en los días festivos, fiestas literarias, recreos, entradas y salidas, son medidas preventivas de primer orden.

Reprender severamente la menor palabra ó acto que revelen grosería, aprovechar toda ocasión para hablar contra la *sensualidad* con alusiones delicadas, enérgicas y rápidas, una gran bondad unida á una gran firmeza en el tribunal de la penitencia previenen muchas faltas de este género.

Todos estos medios preventivos son excelentes, necesarios; pero el más eficaz, el mayor, el sobrenatural es la religión, la piedad, y sobre todos la frecuente confesión y dirección y la frecuente comunión, en que el niño se alimenta con el pan de los ángeles y bebe el licor divino que produce vírgenes.

CAPÍTULO V

Concupiscencia de los ojos. La informalidad

Después de la soberbia y la lujuria viene la avaricia, origen también de innumerables males. La avaricia, *concupiscentia oculorum* que en los hombres ya hechos se manifiesta de ordinario por el incansable afán de atesorar cuanto ven los ojos, manifiéstase en los niños por el afán de abrir todos sus sentidos á todos los placeres, de verlo todo, de oírlo todo, de gustarlo todo, de probarlo todo.

Si bien esta concupiscencia de los ojos degenera fácilmente en los niños en concupiscencia de la carne, y en este sentido dijo San Felipe de Neri: «Que los jóvenes sean castos y que los viejos no sean avaros y todos al cielo,» aparece en la primera edad como ligereza de carácter, como disipación, como curiosidad irreflexiva, como profunda *informalidad*.

á respetar á Dios, á respetarse á sí mismo y á respetar á los demás.

Las costumbres más puras, el más bello ornamento de estas casas, se conservan con medidas represivas y preventivas.

Toda falta exterior de alguna gravedad contra las buenas costumbres debe ser reprimida al momento con el despido del que la ha cometido: este saludable rigor debe tener siempre en guardia á todos los alumnos que deberán tenerlo muy presente, y con una ú otra ocasión oírlo con frecuencia de los educadores: la menor palabra, el más pequeño gesto, la mirada más insignificante contra las buenas costumbres ó debe ser desconocida ó rara, y nunca tolerada y sin castigo.

Esta *sensualidad* se propaga como el cáncer, *serpit ut cancer*; hay que cortarla de raíz, y á ningún vicio como á este hay que aplicarle el remedio pronto y radical: *principis obsta*: por no despedir á uno, habrá que despedir á diez: en estos despidos se trata de salvar á los inocentes.

Dupanloup aconsejó á un superior de una casa de educación, invadida de ese mal que despidiese *sesenta y nueve niños*; hizolo así, salvó la casa, y ahora, dice, es de las más florecientes de la nación y de las que tienen mayor número de niños.

La educación que se hace según el *Apostolado*, rara vez acude al extremo remedio de la exclusión; prefiere las medidas preventivas: prevenir es gobernar, es educar.

Una vigilancia activa, inquieta sin degenerar en desconfianza ú odiosidad, maternal y religiosa de todo y sobre todos, grandes y pequeños, evitando las amistades particulares, la fidelidad á la consigna: *nunquam duo, raro unus, semper tres*, los juegos activos y, en lo posible, intervinidos por los profesores, el aseo y limpieza de todos los departamentos, la vista de cosas puras y bellas, hermoso horizonte, árboles, campiñas que recrean inocentemente el corazón, la colocación de los niños de modo que no resulte peligrosa, la vigilancia en la clase, en la sala de estudio,

lugares excusados, donde no se permite hablar ni estar solos dos, la vigilancia en los días festivos, fiestas literarias, recreos, entradas y salidas, son medidas preventivas de primer orden.

Reprender severamente la menor palabra ó acto que revelen grosería, aprovechar toda ocasión para hablar contra *la sensualidad* con alusiones delicadas, enérgicas y rápidas, una gran bondad unida á una gran firmeza en el tribunal de la penitencia previenen muchas faltas de este género.

Todos estos medios preventivos son excelentes, necesarios; pero el más eficaz, el mayor, el sobrenatural es la religión, la piedad, y sobre todos la frecuente confesión y dirección y la frecuente comunión, en que el niño se alimenta con el pan de los ángeles y bebe el licor divino que produce vírgenes.

CAPÍTULO V

Concupiscencia de los ojos. La informalidad

Después de la soberbia y la lujuria viene la avaricia, origen también de innumerables males. La avaricia, *concupiscentia oculorum* que en los hombres ya hechos se manifiesta de ordinario por el incansable afán de atesorar cuanto ven los ojos, manifiéstase en los niños por el afán de abrir todos sus sentidos á todos los placeres, de verlo todo, de oírlo todo, de gustarlo todo, de probarlo todo.

Si bien esta concupiscencia de los ojos degenera fácilmente en los niños en concupiscencia de la carne, y en este sentido dijo San Felipe de Neri: «Que los jóvenes sean castos y que los viejos no sean avaros y todos al cielo,» aparece en la primera edad como ligereza de carácter, como disipación, como curiosidad irreflexiva, como profunda *informalidad*.

Un niño inatento, irreflexivo, inconstante, *informal* en todas las cosas es un niño incapaz de ser educado.

La *informalidad* ó ligereza de carácter, cuando proviene de la concupiscencia de los ojos, opone á la educación más obstáculos que el orgullo y que la misma sensualidad: al orgullo se le puede humillar y hasta trasformar; la sensualidad puede ser combatida, pero un carácter ligero, movable, fugitivo, *informal* es en cierto modo impalpable é inatacable.

La educación más esmerada, los cuidados más ingeniosos no hacen la más pequeña mella sobre estos caracteres ligeros; todo resbala, nada pasa de la superficie, nada penetra al interior: allí sólo hay una alma abierta por todos los lados y por ninguno cerrada; allí no hay fondo: depositada las mejores enseñanzas, los más sabios consejos; todo se va, nada queda, esa alma es una criba. Un niño ligero, *informal* no conserva nada, no escucha nada, no puede nada.

Aún en los niños inocentes es, sin duda, muy vivo el amor á la disipación, á los placeres; la pasión por el juego, por las diversiones es grande; mas en algunos esta pasión es furor, y entonces es verdadero peligro; y éste aumenta, si se junta á la ardiente manía de verlo todo, oirlo todo, probarlo todo.

Estas pobres almas, nunca dueñas de sí mismas, arrastradas siempre por el torbellino de sus ilusiones no cesan de ser su presa sinó para dar en el vacío más espantoso, en los más tristes desengaños, después de haber sacrificado inútilmente la virtud, la obligación, el trabajo, el porvenir.

La pasión por verlo todo, probarlo todo, el hábito de vivir siempre al exterior engendra la *informalidad* de carácter, da á éste la movilidad sin fin, la constante disipación que arrebató los momentos, las horas, los días, la vida entera del joven. Cuando la pasión del placer no es sólo la necesidad del momento, sinó que está ya arraigada y es permanente, conviértese entonces en origen de muchos vicios, después de haber sido su puerta y su entrada. Esta

pasión, dice Fenelón, abre el alma á todos los ataques del enemigo, como plaza desmantelada.

Si el defecto de la *informalidad* ó ligereza de carácter proviene tan sólo de la debilidad de la edad, pasa con el tiempo y se corrige con más ó menos facilidad; pero si es ya vicio de la naturaleza, del carácter, si éste no tiene, como contrapeso, cierto fondo de razón y formalidad, entonces ese defecto es sobre manera fatal.

Muchos padres y educadores se han engañado del modo más lamentable, creyendo que ese defecto ya arraigado, conatural desaparecería con la edad; entre tanto se lo excusa ilusionándose acerca de sus graves consecuencias; y la ilusión es tanto más fácil, cuando la *informalidad* se halla junto con cualidades estimables y brillantes.

Los grandes educadores no pensaban así cuando decían que la *informalidad* ó ligereza de carácter mata toda piedad, hace incapaz de toda aplicación seria y disipa toda virtud.

Con un joven *informal* no se puede contar para nada: no escucha, no entiende, no conserva nada; si algo, como vulgarmente se dice, le entra por un oído, le sale por el otro; es incapaz de hacer ningún progreso en el estudio.

Así pasa también con la virtud; esta es fuerza, constancia; los niños informales no son capaces de hacer esfuerzos y menos con perseverancia: si alguna vez tienen algún movimiento, alguna aspiración hacia el bien, caen de seguida en su continua movilidad, en la vulgaridad de su conducta habitual: sus buenas resoluciones no pueden sostenerse y se evaporan á la primera ocasión. La virtud reside en el alma, en lo más profundo de la voluntad: en el joven *informal* todo se queda en la superficie; allí no hay raíz, todo es pasajero: *Non habet radicem sed est temporaneus.*

Estos pobres jóvenes están, como las olas del mar, á todos los vientos: en ellos no arraiga ninguna virtud, ningún principio de vida: son como arena movediza, como las olas en movimiento: plantad un árbol en el mar; no arraigará, no dará fruto.

Y hay padres y educadores tan imprudentes que no se inquietan de semejante *informalidad* ó ligereza que, en último término, es incapacidad absoluta de educación; y hasta algunos la encuentran amable y digna de toda indulgencia.

El necio se muda como la luna, *ut luna mutatur*: así es el joven *informal*; hoy bueno, mañana malo, hoy recogido, mañana disipado, hoy fervoroso, mañana relajado; hoy en el cielo, mañana, tal vez, en el infierno. Frecuentemente en una sola hora, como veleta, ha tomado todas las posiciones.

Ocupado en frivolidades y bagatelas, cuando no en pecados, pierde miserablemente el precioso tiempo de la educación, dilapida los dones de Dios, frustra los designios divinos; como vasos rotos que nada retienen, *pleni rimarum undequaque defluimus* de San Bernardo, disipa todas las gracias, los defectos se fortifican; pudiendo haber figurado en la sociedad, en la iglesia no será más que un hombre vano, vulgar, una medianía infecunda y estéril, y con la sonrisa en los labios y estúpida alegría en el corazón camina á su perdición temporal y eterna.

La mayor calamidad para esta clase de jóvenes ha sido no haber tenido padres ó educadores que há tiempo les hayan mostrado el porvenir, la vida con lo que tiene de serio, sus trabajos, sus deberes, sus peligros: en su pertinaz *informalidad* creyeron que la vida era un pasatiempo, una mera diversión, *ludum putaverunt esse vitam*, como dirán los réprobos, y así fueron creciendo y llegando aparentemente á ser hombres, y en realidad niños de muchos años á quienes, está reservada la perdición: *Puer centum annorum peribit*.

La máxima de la antigua sabiduría: *In omnibus respice finem*, parece no existir para estas cabezas ligeras: sin previsión, sin reflexión, sin saber hacerse la menor violencia dicen, hacen como les sugiere el capricho, la ocurrencia, cualquier mal amigo, y así acumulan imprudencias sobre imprudencias, temeridades sobre temeridades, locuras sobre locuras.

Con palabras, con hechos se comprometen á sí mismos y comprometen á otros; su irreflexión, su precipitación, su humor, su capricho les hacen decir ó hacer las cosas más extravagantes y de fatales consecuencias; se les hace cargo y dicen por toda respuesta: «no lo había pensado, no creía que esto fuera así:» ese es precisamente su mal, su desgracia, no pensar en las cosas: ¿qué hombre es el que no piensa en nada? ¿para qué se le ha dado la inteligencia, la razón, la reflexión?

Un hombre ligero, *informal* siempre está dispuesto á cualquier tontería, no sabe lo que es responsabilidad, discreción, delicadeza, aplicación, constancia, sacrificio: no se le puede confiar nada serio, ningún deber de alguna trascendencia: si por desgracia está encargado de dirigir á otros en la familia, en la educación, en la magistratura, en el ejército, en cualquier ministerio de la sociedad, temblad por los que están á su cargo. ¡Desdichado del pueblo que tiene á un niño por rey! ¡*Vae civitati cujus rex puer est!* Cuanto es más incapaz de gobernarse á sí mismo, tanto mayor es su manía por dirigir á los demás, aconsejando con temeridad y decidiendo con tanto aplomo como ignorancia.

Si es cierto que, en general, el hombre es más débil que corrompido, también lo es que falta más por ligereza, por *informalidad* que por malicia.

La ligereza, la informalidad es, pues, origen de gran número de males.

Antes que *la informalidad* llegue á arraigarse en el alma, en el corazón de los jóvenes los padres, los educadores deberán combatirla á todo trance. Un buen reglamento observado en una casa de educación produce maravillosos efectos: el reglamento ordena, el reglamento contiene, fija esas naturalezas movibles, las acostumbra al trabajo, á la obligación, á vencerse á sí mismas, al orden, á la constancia, al aplomo, á lo serio.

La piedad, una piedad sólida es, sobre todo, soberanamente eficaz: ella inspira el hábito de la reflexión y de la

mortificación: con la seriedad de sus ejercicios, con los esfuerzos á que excita y que sostiene, con su constante comunicaci6n con lo más grande, más digno, más santo trasforma el carácter más ligero, más *informal*, y comprueba una vez más, que ella, la piedad sirve admirablemente para todo: *Pietas ad omnia utilis est.*

Más para que la observancia del reglamento y la piedad fervorosa y sólida puedan producir tan admirable trasformación es condición indispensable que el educador prodigue á esos pobres niños los cuidados más atentos, más asiduos, más paternales: esos niños, esos jóvenes más dignos de compasión están enfermos, peligrosamente enfermos; mas su enfermedad no repugna como el altivo orgullo y la vergonzosa sensualidad: son los enfermos más dignos de amor y de interés, á quienes deben prodigarse los cuidados más afectuosos y constantes para salvarlos del abismo á donde los lleva su ciega y loca *informalidad* y ligereza.

CAPÍTULO VI

El niño mimado

Otro de los tristes espectáculos que se ofrecen en las casas de educación, preséntanlo los padres al confiar sus hijos ya perdidos, corrompidos, viciados á fuerza de *mimos*: esos padres son ejemplo vivo del trastorno producido por el pecado original en las funciones más nobles del corazón humano; y esos hijos, de la profunda alteración de los sentimientos más naturales.

Si la educación á los ojos de la sana razón y con más claridad á los ojos de la fe es la lucha contra la triple concupiscencia, ¿cómo ponderar la ceguera de aquellos que sólo se han ocupado en *mimarla*, en acariciarla, en fomentarla, dificultando así inmensamente la educación de sus

queridos hijos, y, muchas veces, perdiéndolos sin remedio?

¡Qué triste es ver la violencia que un padre y más una madre tiene que hacerse para no *mimar* á sus hijos, satisfaciendo todos sus caprichos, criándolos niños voluntariosos, despóticos, terribles, y aún gloriándose en su fatal vanidad de no saber negar á sus hijos la satisfacción de sus pequeñas pasiones!

Estos niños *mimados*, viciados, se hacen terribles cuando se les contraría, ó se niega uno á sus caprichos; y éstos, *ahora leoncillos, serán pronto leones y aprenderán á devorar hombres*, como dice la Escritura.

Dicen muchos en su insensatez: los niños son tan tiernos, tan jovencitos, ¿qué peligro hay en *mimarlos*, en viciarlos un poco? esto es sin consecuencias, cosa nada más de algunos años. No comprenden que en el niño está en germen toda su vida ulterior y que es oráculo de la verdad eterna: «*El niño hará en edad más avanzada lo que haya hecho en su niñez.*»

Viciase al niño *mimado* dejándole hacer todos sus gustos, alabándole desmesuradamente, y ocupándose de él con exceso, tributándole una especie de adoración é idolatría.

Así se deprava la edad, esperanza de la vida, y así se fomentan y desarrollan los dos principios funestos, origen de toda perversidad humana, la sensualidad y el orgullo.

Los niños *mimados* por la sensualidad, por demasiadas caricias, por haber sido tratados con ternura excesivamente sensible, porque á sus gustos, á sus miradas, á su pereza, á sus apetitos, á sus deseos se ha dado cuanto querían, hácese duros, malos, altivos, violentos, egoístas, ingratos, injustos, odiosos: muchas veces es ya demasiado tarde cuando se nota tanta perversidad, el mal es casi irremediable, y la mejor educación estará á punto de fracasar. Estos niños sólo son buenos, amables, graciosos, cuando se transige con sus gustos; contrariádselos, resistentes, exigídsles aplicación, trabajo, y los veréis que, como

fieras aprisionadas, muerden y desgarran, sólo sensibles al cebo de sus apetitos.

Decía Fenelón: «Observad cómo ciertos niños sólo aman á los que los acarician y huyen de los que los contradicen, cómo saben gritar ó callarse para conseguir lo que desean y qué grandes son ya sus celos y su astucia.»

Conoció, dice San Agustín, á un niño que tenía celos; todavía no sabía hablar y con semblante pálido y ojos irritados miraba á otro niño que se amamantaba con él.

Á veces los niños más cariñosos y amables al exterior son los más difíciles de educar y los que más engañan: consiste, dice Fenelón, en que á primera vista aparecen encantadores porque las gracias primeras de la infancia lo cubren todo, y su amabilidad y ternura no dan lugar á examinar de cerca su interior.

Mas en estos niños *mimados* por la sensualidad desaparecen pronto estas gracias exteriores y se ve con espanto que allí no hay más que corrupción, vicios, egoismo salvaje y sensual. Hé aquí los frutos de muerte que siembran los padres inconsiderados al mimar á sus hijos desde la niñez.

Hasta los paganos habían comprendido cuán fatal es para los niños un trato demasiado sensual. «Ante todo, decía Séneca, que la vida de los niños sea frugal, sus vestidos sencillos y como los de sus discípulos. No permitáis que caigan en la pereza y en la ociosidad: apartad de ellos, sobre todo, lo que sepa á sensualidad: la educación sensual y afeminada es lo que más contribuye á hacerlos de carácter irritable. La libertad y condescendencia que se tienen con los hijos, cuando son únicos, son dos orígenes de inevitable corrupción. ¿Qué se puede esperar de un niño á quien se han satisfecho siempre sus caprichos, á quien su madre inquieta no ha cesado de enjugar las lágrimas, y á quien siempre se le ha dado la razón contra sus maestros?»

«Es necesario alejar de los niños todo lo que sea adulación y sensualidad; que conozcan la verdad, á veces, el temor y siempre el respeto; que sean deferentes con sus

mayores; y que no consigan nada cuando están airados. Dadles cuando están calmados y serenos lo que les habéis negado cuando lloraban ó estaban irritados.»

Si los niños están sólo *mimados* por el orgullo, con paciencia y perseverancia puede llegarse á una buena educación: en los niños *mimados* por la sensualidad sólo queda el aniquilamiento intelectual, moral y físico: allí no hay más que un fondo de sensualidad, donde espontáneamente brota todo mal, toda ignominia, toda miseria: son estos niños como arbustos tiernos, envenenados por el jugo de una tierra maldita, como nacientes flores, á las que un aire empestado sólo les ha dejado olor de corrupción y de muerte: una gran paciencia, grande constancia, gran inteligencia no bastan para educarlos: no sólo hay que corregirlos, hay que rehacerlos, y esto es imposible sin una gracia muy especial; por eso, dice Dupanloup, si era antes de su primera comunión, esperaba; si después, los despedía.

Hé aquí consejos divinos que padres y educadores deberán tener muy presentes:

«El que ama á sus hijos, no se cansa de corregirlos, y así podrá esperar encontrar en ellos la felicidad al fin de sus días, y no los verá mendigar de puerta en puerta.»

«¿Tienes hijos? Dales buena educación y acostúmbrales desde la edad más tierna al yugo de la obediencia.»

«No es amar á los hijos perdonarles el castigo: cuando se los ama de veras, se los corrige.»

«Castiga á tu hijo y no te desanimes, por temor de no verte reducido á la miserable necesidad de desear su muerte.»

«El caballo no acostumbrado á la brida se hace indomable, y el niño abandonado á sus caprichos no conoce el freno.»

«Acaricia á tu hijo y te hará temblar, juega con él y te llenará de tristeza.»

«No te familiarices demasiado con él, para que no tengas que arrepentirte, y te lleve á la desesperación.»

«No le hagas dueño de sus actos, cuando es joven; vela hasta sobre sus pensamientos.»

«Doblega su cabeza y sométele desde la juventud, castígale severamente desde niño, para que no se endurezca, y no quiera obedecerte, y sea así el dolor de tu alma.»

«Instruye á tu hijo, trabaja en formarle, para que no te deshonoré con una vida licenciosa.»

«No permitas que tu hijo viva sin disciplina y sin regla.»

«Si le educas con firmeza, librarás su alma de la muerte.»

«La necedad está como atada y adherida al corazón del niño, el rigor de la disciplina la alejará.»

«Educa bien á tu hijo y consolará tu corazón y será las delicias de tu alma.»

Hay finalmente otra clase de niños *mimados* ó viciados á causa de su enfermedad, de su pobre constitución física: nada se les niega; todos los pensamientos, todas las miradas están sobre ellos; son el objeto de todas las caricias: estos niños son dignos de la mayor compasión, por ser su mal casi irremediable; y su educación exige mucha prudencia, mucha previsión, mucha habilidad y mucha perspicacia.

Los niños *mimados* por el orgullo presentan más recursos para una buena educación que los *mimados* por la sensualidad; si se la descuida, y se fomenta su orgullo, degenerarán en odiosos tiranos, si son niños de talento; si no lo tienen, serán tontos toda su vida.

También son los padres insensatos los que excitan el orgullo de sus hijos, ignorando que ellos serán los primeros en recoger lo que hayan sembrado.

Cuenta Fenelón de un niño, que había sido educado por su madre con tanto orgullo y altivez, que deslucían y afeaban las hermosas prendas de su carácter: llegaba hasta creer que era una dicha grande el servirle, que no había imposibles para satisfacer sus caprichos; y su ardiente natural se irritaba al mas pequeño descuido en contentarle.

Criado y *mimado* así por su madre desde la cuna era un grande y terrible ejemplo del mal que para muchos es haber nacido en la elevación: la impetuosidad de su orgullo no llegó á moderarse, ni si quiera con la humillación de su familia que vino muy á menos.

Y sólo la sin igual competencia de Fenelón para educar pudo hacer joven dignísimo y admirable á un niño que se le había confiado: no tenía más que siete años, y era ya intratable, impetuoso hasta el furor, incapaz de sufrir la menor resistencia ni de las personas, ni de las cosas inanimadas, ni del tiempo, ni de los elementos: era cruel, bárbaro, burlón; miraba á los demás como átomos insignificantes que nada tenían que ver con él.

La costumbre de alabar y celebrar en los niños alguna cosa ingeniosa contribuye á hacerlos tontos é impertinentes: así llegan á creerse extraordinarios y admirables y á hablar de todo, como suele decirse, á tontas y á locas.

Dice Fenelón: «Todo lo que de ingenioso se halla en los niños sorprende, como cosa inesperada en esa edad: permítenseles todas las faltas de juicio y raciocinio á causa de su graciosa ingenuidad: muchas veces se toma por vivacidad de ingenio lo que es sólo del cuerpo, viveza ratonil que casi nunca falta en los niños. De aquí proviene que la infancia promete tanto y da tan poco. Tal niño era celebrado por su talento á los cinco años, y á medida que crecía, iba cayendo en la obscuridad y en el desprecio.»

Hay también otra clase de niños que, formando contraste con los anteriores, se presentan en las casas de educación como niños perfectos, pequeñas maravillas: sus padres nunca han debido reprenderlos, los educadores siempre los encuentran juiciosos, prudentes, respetuosos, jamás se les ve la falta más pequeña y, sin embargo, hay que estar muy sobre ellos.

No llega la virtud á hacerse sólida sino ha experimentado la contradicción y falta algo á la educación que no halla que reprender y corregir.

Habituados estos niños por su buen comportamiento á

elogios, á satisfacciones, sin darse ellos cuenta, el orgullo hijo del pecado original se va desarrollando en su corazón, y arruinará toda su perfección con facilidad, si la inteligencia del educador no lo remedia.

Un nuevo profesor no le alaba como antes; ha desmerecido algo en una clase; vénele al pensamiento que él que vale mucho más que sus condiscípulos les es inferior en rango, en posición de familia etc., etc., y hé aquí á este niño, sombrío, taciturno, airado tal vez, y dando al traste con toda su prematura perfección.

Esta llaga del corazón, *plaga cordis*, no se cura sinó con mucha fuerza y mucho amor: con mucha fuerza, para que el remedio llegue hasta lo más íntimo, hasta la raíz del mal; con mucho amor sobrenatural, divino, porque si el niño no conoce y siente que la medicina que se le aplica, es para su bien, su orgullo se irrita, estalla el desdén insolente, el odio, y todo se ha perdido.

Todo descuido y ceguera en la educación de los niños desde su más tierna edad puede producir fatales consecuencias. ¿Qué hay que esperar de los niños que pronto serán el género humano, si sus padres los han *mimado* ó corrompido desde los primeros años? Los desórdenes de los hombres, dice Fenelón, dimanán frecuentemente de la mala educación que han recibido de sus madres.

Los ahora niños de cinco años tendrán, dentro de poco, veinte y treinta y harán pagar á sus padres la desgracia de haberlos *mimado*, es decir, perdido.

«Para evitar tanto mal, decía un filósofo, el amor verdadero y ordenado debería crecer en los padres á medida que van conociendo mejor á su hijos, y quererlos, conforme á razón, con una amistad verdaderamente paternal: desgraciadamente en muchas familias sucede lo contrario; y se da más importancia á sus juegos y niñerías, que después á sus actos más formales; como si los padres no amasen á sus hijos más que por pasatiempo, más como á monas, que como á hombres.»

Cuando yo veía, añade Dupanloup, á padres *mimar* á

sus hijos y divertirse con sus defectos que más tarde serán pasiones terribles y aún crueles, repetía triste las palabras de la Escritura: «El leoncillo se convertirá en león: el que juega con su hijo llorará algún día.»

Verdad terrible que con grande energía repetía una madre experimentada: «la pena de educar á niños *mimados* no es sólo hasta los veinte años, entonces comienza el verdadero tormento.»

CAPÍTULO VII

Del niño de espíritu malo

Aunque todo pecado derivado de la triple concupiscencia hace que el espíritu de un niño sea espíritu malo, y en este sentido su verdadero nombre es *legión*, hay empero un espíritu malo, singular, característico, espíritu malo por autonomasia, *spiritus nequam*, el mayor enemigo de la buena educación, que hay que combatir de frente, llamarlo con su propio nombre, y designarlo á la vigilancia de los educadores de la juventud.

Sin duda sería inútil tratar de un niño *de espíritu malo* en una escuela mala, en una mala casa de educación: en estos centros de educación el niño *de espíritu malo*, el espíritu malo está en su centro, reina como soberano é imprime el carácter de malos á dichos centros.

Trátase aquí del niño *de espíritu malo* que puede aparecer en un centro bueno de educación: la naturaleza del niño y el fondo corrompido de su corazón hacen posible y casi inevitable que semejante *espíritu malo* se vea de cuando en cuando. Si en una casa mala ese espíritu es general, habitual, dominante, en una buena es individual, accidental y está dominado por el espíritu bueno general.

El espíritu bueno ó malo de una escuela, de una casa de educación resume toda su vida, todo su modo de ser;

elogios, á satisfacciones, sin darse ellos cuenta, el orgullo hijo del pecado original se va desarrollando en su corazón, y arruinará toda su perfección con facilidad, si la inteligencia del educador no lo remedia.

Un nuevo profesor no le alaba como antes; ha desmerecido algo en una clase; vénele al pensamiento que él que vale mucho más que sus condiscípulos les es inferior en rango, en posición de familia etc., etc., y hé aquí á este niño, sombrío, taciturno, airado tal vez, y dando al traste con toda su prematura perfección.

Esta llaga del corazón, *plaga cordis*, no se cura sinó con mucha fuerza y mucho amor: con mucha fuerza, para que el remedio llegue hasta lo más íntimo, hasta la raíz del mal; con mucho amor sobrenatural, divino, porque si el niño no conoce y siente que la medicina que se le aplica, es para su bien, su orgullo se irrita, estalla el desdén insolente, el odio, y todo se ha perdido.

Todo descuido y ceguera en la educación de los niños desde su más tierna edad puede producir fatales consecuencias. ¿Qué hay que esperar de los niños que pronto serán el género humano, si sus padres los han *mimado* ó corrompido desde los primeros años? Los desórdenes de los hombres, dice Fenelón, dimanen frecuentemente de la mala educación que han recibido de sus madres.

Los ahora niños de cinco años tendrán, dentro de poco, veinte y treinta y harán pagar á sus padres la desgracia de haberlos *mimado*, es decir, perdido.

«Para evitar tanto mal, decía un filósofo, el amor verdadero y ordenado debería crecer en los padres á medida que van conociendo mejor á sus hijos, y quererlos, conforme á razón, con una amistad verdaderamente paternal: desgraciadamente en muchas familias sucede lo contrario; y se da más importancia á sus juegos y niñerías, que después á sus actos más formales; como si los padres no amasen á sus hijos más que por pasatiempo, más como á monas, que como á hombres.»

Cuando yo veía, añade Dupanloup, á padres *mimar* á

sus hijos y divertirse con sus defectos que más tarde serán pasiones terribles y aún crueles, repetía triste las palabras de la Escritura: «El leoncillo se convertirá en león: el que juega con su hijo llorará algún día.»

Verdad terrible que con grande energía repetía una madre experimentada: «la pena de educar á niños *mimados* no es sólo hasta los veinte años, entonces comienza el verdadero tormento.»

CAPÍTULO VII

Del niño de espíritu malo

Aunque todo pecado derivado de la triple concupiscencia hace que el espíritu de un niño sea espíritu malo, y en este sentido su verdadero nombre es *legión*, hay empero un espíritu malo, singular, característico, espíritu malo por autonomasia, *spiritus nequam*, el mayor enemigo de la buena educación, que hay que combatir de frente, llamarlo con su propio nombre, y designarlo á la vigilancia de los educadores de la juventud.

Sin duda sería inútil tratar de un niño *de espíritu malo* en una escuela mala, en una mala casa de educación: en estos centros de educación el niño *de espíritu malo*, el espíritu malo está en su centro, reina como soberano é imprime el carácter de malos á dichos centros.

Trátase aquí del niño *de espíritu malo* que puede aparecer en un centro bueno de educación: la naturaleza del niño y el fondo corrompido de su corazón hacen posible y casi inevitable que semejante *espíritu malo* se vea de cuando en cuando. Si en una casa mala ese espíritu es general, habitual, dominante, en una buena es individual, accidental y está dominado por el espíritu bueno general.

El espíritu bueno ó malo de una escuela, de una casa de educación resume toda su vida, todo su modo de ser;

él reina en las costumbres, en los sentimientos, en el modo de guardar el reglamento, de hacer las cosas; inspira todo lo que se dice y hace; es el motor, el inspirador de la conducta de todos. Si es bueno, inspira todo bien; si es malo, inspira todo mal; es como el aire de un país: un aire excelente hace florecer la salud y fortalece hasta los temperamentos débiles: un espíritu bueno es la salud, la vida de la casa. Un *espíritu malo* es todo lo contrario: así describir al uno es describir al otro por su contraste y oposición.

El espíritu bueno, como la caridad evangélica descrita por San Pablo, radican en la bondad del corazón y presentan los mismos caracteres. El espíritu bueno es dulce, afectuoso, ama el bien y lo quiere: *Bénigna est*: no piensa mal ni lo busca: *Non cogitat malum*: no se goza con ningún mal de sus discípulos ni de sus maestros: *Non gaudet super iniquitate*: ama y aplaude todo lo bueno, todo lo puro, todo lo amable: *Congaudet autem veritati*: mira todo bajo el aspecto más favorable, acepta toda dirección con dócil sencillez, sin murmuración, sin crítica: *Omnia suffert*: cree á sus profesores, en su amor, en su abnegación, en sus buenas intenciones, confía en ellos, les muestra el corazón: *Omnia credit, omnia sperat*: no conoce la ira: *Non irritatur*: la envidia, el egoísmo están lejos de él: *Non querit quæ sua sunt*: no admite rivalidades celosas: *Non æmulatur*: no conoce los caminos tortuosos, las bajezas hipócritas, los complots: *Non agit perperam*: aborrece las pretensiones, el miserable orgullo: *Non inflatur*. Los frutos del espíritu bueno son como los de la caridad: la paz, la dulzura, la unión, la buena armonía.

El espíritu bueno de un centro de educación es la causa de la pasada prosperidad y la prenda más segura de su feliz porvenir: fórmase, en primer lugar, del espíritu de fe, de piedad sincera, de religión; en segundo lugar, de espíritu de trabajo, de emulación, de grandes estudios, su acompañamiento y sostén indispensable; en tercer lugar, de espíritu de razón, de buena educación, donde todo se hace por conciencia, por honor y no por fuerza; y por fin,

de espíritu de sencillez, de docilidad, de confianza, de afectuoso respeto. Hé aquí el espíritu bueno, admirable para la educación del alma y del corazón con sus ventajas é inmensa superioridad, verdadero espíritu de familia, del que hay que cuidar, como de las niñas de los ojos.

De varias maneras puede aparecer el *espíritu malo* entre los niños; por falta de vigilancia, por demasiada libertad de niños de mal carácter y murmuradores, por la transgresión tolerada del reglamento, por debilidad en las reprobaciones, por la repetición de actos malos, por la negligencia en conservar y reavivar el espíritu bueno y por venir de fuera.

Á veces un educador no halla razón suficiente para no admitir un niño muy recomendado por personas dignas y al poco tiempo sorprende que tal niño es ya un niño *de espíritu malo*.

Admití yo, dice Dupanloup, un niño de muy honrada familia, á quien sus padres me trajeron porque donde se educaba, hacía demasiado su voluntad; entró y se sujetó á la marcha general: por su aparente docilidad podía creerse que era un niño bueno, juicioso; mas hé aquí, después de tres semanas recibe una visita de su madre, y entonces estalló su despecho, contenido hasta entonces y le dijo: «aquí no se puede estar; esto es demasiado bestial; aquí no se permite hablar en la sala de estudio.» Así pueden venir niños *de espíritu malo*.

El compañerismo de clases ó de país puede imponer su espíritu en una casa de educación; y se necesita mucha vigilancia para impedir que no domine nadie más que el reglamento.

El *espíritu malo* puede muy bien hallarse en un niño de gran inteligencia, burlón, ingrato, rastrero, mordaz, etcétera, etc.; mas no es lo mismo *espíritu malo* que otras malas cualidades: así, por ejemplo, un espíritu maligno es más mordaz que otra cosa; un mal carácter es brusco, intratable, vidrioso: hasta un mal corazón puede no llegar á formar el *espíritu malo*: lo que forma á éste, lo que le cons-

tituye y da carácter es una perversión radical, una malicia profunda, un corazón pervertido con una inteligencia pervertida hasta el odio del bien y el proselitismo del mal.

Un corazón depravado malea fácilmente la inteligencia, y ésta pervertida reacciona sobre el mal corazón, y corazón é inteligencia se precipitan en el mal con fuerza permanente y sistemática: no sólo se piensa el mal, sino se tiene su gusto; éste precede é inspira el pensamiento, y el pensamiento entretiene y fortifica el gusto, y es su guía, su adalid, su arma terrible: así es el *espíritu malo*.

Cuando el *espíritu malo* se encuentra en un niño de gran talento, entonces no hay escuela, no hay casa de educación que resista á su maldito influjo; armado del espíritu de indocilidad, de independencia, de contradicción, de justificación devastará cuanto se halle á su alcance en su pequeña esfera, y después en el mundo producirá las grandes catástrofes sociales.

El *espíritu malo* es eminentemente despreciador: desprecia toda autoridad divina y humana, eclesiástica y civil; sólo vive de odio y de veneno: si hay un niño bueno, le odia; si es prudente, laborioso, le odia; si es piadoso, puro, le odia: la vista de lo bueno, de lo puro, de lo amable trastorna y desespera á los niños ú hombres de *espíritu malo*: como las aves nocturnas aborrecen la luz, ellos aborrecen la refulgente, esplendorosa luz de la buena educación.

El joven de *espíritu malo* en su gusto del mal y odio del bien mira, observa, espía, como la serpiente de quien tiene la naturaleza y los instintos; en vez de alimentarse, como la abeja, del fruto embalsamado de las flores para fabricar su miel, no busca más que el veneno doquiera se encuentre; aprovecha después cualquiera ocasión para infiltrarlo, y envenena toda llaga que toca, y hace mortal toda herida.

Tiene un niño un pesar, está triste por alguna cosa que ha tenido con sus maestros ó con sus discípulos, pena insignificante que se remedia con un poco de precaución y de dulzura; pero acércasele el niño de *espíritu malo*, y de

seguida la agria y la inflama; le ha destilado su hiel y su veneno: ahora la llaga está ya irritada, emponzoñada: antes el niño sólo estaba triste; ahora está exasperado; antes por su carácter tenía un mal sin importancia; ahora está dispuesto á cualquier exceso.

Miltón, el poeta de la caída original, representa á Adán dormido y á su lado, en la sombra, á Satanás que se le acerca con su odiosa catadura, le inspira con sus impuros labios el pensamiento del mal y le destila su veneno: así obra el niño de *espíritu malo*.

Un hombre de este espíritu en una familia, en una casa de educación; en un cuerpo profesional infecta la atmósfera, descompone á todos; á pretexto de una broma inocente, de una ligera murmuración siembra la cizaña, turba la paz, y nadie vive y respira satisfecho hasta que ha desaparecido.

El joven de *espíritu malo* es el que propaga el mal, forma las ligas, arma los complots, prepara los motines. Véñese, á veces, en las casas de educación ciertas secretas inteligencias entre los alumnos, órdenes dadas de uno á otro, planes sediciosos, motines organizados; ya es un trabajo que desagradá, y no se hace; ya es un ruido que hacen todos en la clase, en la sala de estudio; ya un insulto que se inferirá á un profesor; ya una conspiración de silencio para despistar á los profesores y asegurar la impunidad; ya amenazas á quien, por obedecer á su conciencia, no ha querido entrar en la conspiración, etc., etc.: todo esto descompone y hace fermentar las cabezas de los niños; y aún cuando todo se remedie con prontitud, con un puñado de arena, como con las abejas tumultuosas, dice Virgilio, nada es más opuesto al espíritu bueno, á la docilidad, al respeto, al reglamento: siempre queda algo de este mal: el niño que ha tomado parte en un motín, en una conspiración, ya no es el mismo de antes; ha perdido la flor de la delicadeza y la virginidad de la conciencia. Un soplo del *espíritu malo* causa todos estos desórdenes: á veces basta un solo niño para inspirar y organizar cualquier mal.

Si el niño de *espíritu malo* no consigue amotinar y arrastrar á sus compañeros, no por eso deja de criticar y murmurar de todo: es el hombre odioso que siembra discordias *odibilis qui seminat discordias*: nada está bien, nada se hace como se debe, inventa y supone siempre lo peor; si no puede envenenar los hechos, envenena la intención, calumnia los pensamientos más puros, los sacrificios más generosos. Habla mal de todo, del reglamento, de los usos, del trabajo, de los ejercicios de piedad, de la disciplina, de los maestros, de los discípulos: hay que oírle: «esto es injusto, esto es absurdo, esto es insoportable; aquí uno se aburre, se bestializa, se alimenta como un perro; vuestro profesor es un estúpido, es ridículo, tiene este defecto, os aborrece; el otro es un adulator, un hipócrita, no vale más que los otros.»

Este lenguaje grosero sembrado con perseverancia y con perfidia y la ridiculidad hecha con cierto talento pueden causar los efectos más desastrosos, extinguir toda piedad, haciendo ridículos, odiosos á los niños de más juicio y piedad.

Á veces este joven que así se conduce, es el que ha recibido en la escuela, en la casa de educación más beneficios, y su negra ingratitud se añade á su *espíritu malo*.

El niño de *espíritu malo* puede ser hipócrita, aparentar docilidad, respeto, confianza, y entonces es más funesto y derrama el veneno con más seguridad.

Sucede también y con más frecuencia de lo que se cree, que este *espíritu malo* ha sido inspirado, fomentado por padres injustos, irracionales, imprudentes que todo lo censuran, todo lo denigran, y se complacen en que sus hijos sigan tan detestable enseñanza.

Si tan fatal es para un centro de educación un niño de *espíritu malo*, ¿qué sería, si, por desgracia, y ha sucedido y puede suceder, hubiese un profesor de *espíritu malo*? ¿Qué sería del respeto, de la obediencia, de la unión, de la concordia del espíritu de ese centro?

Termina así Dupanloup: Superiores, profesores, maes-

tros, confesores, velad y obrad. Así que aparezca el *espíritu malo*, extirpadlo de raíz: sólo hay un remedio heróico, el despido. Antes que contagie y pierda la casa, lanzadlo fuera: con el *espíritu malo* hay que proceder como con las costumbres vergonzosas: el *espíritu malo* es peor que la voluntad mala; no sólo no quiere corregirse, quiere corromper; el hacer mal es su sistema; y si lo dejáis, invadirá la casa, perseguirá la virtud, y será el tirano de todos.

CAPÍTULO VIII

Premios de los niños

Después de haber tratado de las buenas y malas cualidades de los niños, utiliza la educación para desarrollar aquellas y corregir ó neutralizar éstas, de lo que generalmente se llama premios y castigos.

Cuenta, sin duda, la buena educación con recursos y medios de más valía, soberanamente más eficaces para extender el bien y contener el mal que los premios y castigos; cuenta con la divina eficacia de la piedad para tan trascendental objeto; pero utiliza también y hace grande caso de esos que podríamos llamar recursos exteriores.

Por otra parte premiar al bueno y castigar al malo es de las cosas de sentido común, admitidas donde haya seres racionales.

Sería lo más perfecto en absoluto que los niños practicasen el bien en todas las esferas sólo por amor á la virtud, *virtutis amore*; pero á muchos impone más el temor del castigo, *formidine pænæ*, y dejan de hacer el mal y practican el bien: así vemos á muchos hombres dejar de pecar, más por miedo al infierno, á los tormentos eternos, que por amor á Dios, al cielo, á las dichas y goces infinitos.

Sabidamente, pues, se sirve la educación de los premios

y castigos, como de medios que ayudan «á la virtud que comienza,» como dice Bossuet.

Para que los premios ó recompensas produzcan en los niños el objeto deseado, el digno educador sabe excitar en ellos las nobles pasiones de la emulación y del honor, y con ellas, como palancas, los lleva, los trasforma sin violencia, con amor, y evita el malestar y odiosidad, inherentes á todo castigo aún justo y necesario.

Una de las muchas ventajas de la educación simultánea sobre la singular es utilizar el gran resorte de la emulación. Decía San Jerónimo á Leta acerca de la educación de la hija de ésta: Que la niña tenga compañeras en la clase, que le sirvan de emulación y cuyas alabanzas la aguijoneen: *Habeat socias cum quibus discat, quibus mordeat, quarum laudibus mordeatur.*

Sin confundir la vil envidia que rebaja con la envidia noble, la emulación que engrandece, el educador hará que los discípulos tengan siempre á la vista la noble y ardiente divisa de San Agustín: ¿Por qué no podré yo lo que estos pueden? *Quod isti cur non ego?*

Dice Marmontel de uno de sus profesores: «Poseía el gran arte de excitar la emulación. Si un discípulo hacía alguna cosa mejor ó menos mal que lo que tenía de costumbre, era tan elogiado que hacía temer á todos un nuevo rival.» Así procede un educador digno, buscando motivos para elogiar á un alumno retrasado por comparación con otros ó con él mismo, excitando la noble pasión de la emulación; y así el educador se proporciona á sí mismo el noble placer de elogiar á todos, hasta á los últimos de su clase.

La pasión del honor debe ser excitada entre los jóvenes, y en ella hallará el educador un recurso admirable para todo lo que sea digno.

Sabido es que el móvil del honor ha bastado en innumerables casos para producir las acciones más heroicas en todas las esferas de la vida.

Es, que el honor, después de la virtud, es el bien más

excelente; lo que más se aproxima á la virtud, dice el Angélico, porque el honor, en definitiva, no es otra cosa que el signo el atestado de la virtud. El honor es excelente, añade el Santo Doctor, porque se da á Dios que lo exige, y después de Dios á los mejores de los hombres; y porque para merecerlo y evitar el deshonor no hay cosa que no sacrifiquen los hombres magnánimos.

Querer hacer el bien, dice San Agustín, y no querer se dé honor al bien hecho, es querer que prevalezca el error, es declararse enemigo de la justicia, es oponerse al bien de las cosas humanas que nunca están mejor ordenadas que cuando la virtud recibe el honor que merece.

El hombre que no ama el honor, dice Plinio, es que no ama el hacer cosas dignas del honor; su razón y su corazón han llegado al abismo del mal, y en su alma de impío no hay más que desprecio, como dice el Sabio.

Para los niños, para los jóvenes, *para la virtud que comienza*, moral de primer grado es un gran recurso el honor. Decía San Agustín: Reprimir las pasiones vergonzosas, no por la fiel oración que implora el auxilio del Espíritu Santo, ni por puro amor á la eterna belleza, sino por amor á las alabanzas y á la gloria, es ya algún mérito, aunque no sea el más perfecto: algo es tener menos de que avergonzarse.

Por lo demás el paganismo conoció que el honor no era premio adecuado á la virtud perfecta, y que Dios sólo puede darle digno galardón. Conocido es el pasaje de Virgilio en que dice que Dios y la conciencia eran los únicos que podían premiar dignamente la acción heroica de Niso y Eurialo: *Præmia... pulcherrima primum-Di mores que dabunt vestri.*

Si al excitar el educador en los niños el sentimiento del honor, excitara también el sentimiento de la modestia, su más bello y amable complemento, habría llegado á lo más perfecto.

Lo más admirable que encierra el universo, dice Bossuet, son los hombres grandes y modestos: no hay bastantes alabanzas para celebrarlos y recordar sus virtudes. Si

tanto hermosa la modestia al hombre ya formado, ¿qué esmalte y belleza no da al niño virtuoso y de talento? tendrá, pues, muy presente el digno educador excitar esa hermosa virtud en los niños que sean premiados, previniéndoles que no tanto se premia su bien absoluto, como el relativo, no tanto su buen comportamiento actual, religioso, literario, como el esfuerzo hecho; y que el premio debe servirles de estímulo para adelantar más y más en la virtud y el saber.

El orden en la distribución de los premios será el mismo que está fundado en el orden de la razón y de la fe: premios al niño de buen corazón, premios al niño de buen sentimiento: premio á la virtud, premio al saber. Aún en las cualidades del entendimiento deberá seguirse el orden natural: atención, reflexión, memoria.

Ateniéndose el educador á este orden en los premios hará ver y sentir á los niños que el bien más excelente es la virtud, de la que no puede usarse mal, como dice San Agustín, y que nos merece la felicidad infinita: y que es más y mejor atender, reflexionar y discurrir bien que tener gran memoria sin las anteriores cualidades.

Los premios tendrán por objeto fomentar y elevar, cuanto sea posible, el cumplimiento de los deberes de los niños para con Dios, consigo mismo, con sus semejantes, las buenas formas, la obediencia voluntaria, la gratitud, la modestia, el desinterés, el respeto etc., etc., adivinar, animar, honrar la constante buena voluntad, el trabajo sostenido, la modesta confianza en sí mismo, poderoso elemento, para el bien, después de la confianza en Dios, etc., etc.

Cuando haya de premiarse el talento, separado notoriamente de la virtud, una ventaja cualquiera hecha sin esfuerzo, en poco tiempo, casi espontánea deberá el educador hacer atenuaciones prudentes, reservas delicadas, y con ellas corregir á los que hacen gala de su facilidad, gloriándose de haber llegado á los primeros puestos, á los primeros premios casi sin trabajo, y corregir también á sus admiradores.

Las recompensas ó premios al mérito deben reunir dos condiciones: *ser nobles y sencillos*: de este modo serán como conaturales al mérito, «del mismo parecido,» como dice Bossuet, y á propósito para excitarlo y hacerlo brillar.

Es regla verdadera, dice Rollín, que nunca se propongan, como premios para los niños, ni trajes lujosos, ni golosinas, ni cosas parecidas, fomentadoras de la sensualidad ó del orgullo. La razón es sencilla: prometiéndoles estas cosas como recompensa, se les induce á creer que son de suyo buenas y deseables, y se les hace estimar lo que deben despreciar. Lo mismo debe decirse del dinero, de que tanto gustan los niños, á no ser que sirviese para un objeto virtuoso.

No ofrecéis nunca á los niños premios de cosas de adorno ó golosinas, decía Fenelón; haríais dos males; inspiraríais estima de lo que deben despreciar y os inhabilitaríais para establecer otros premios más convenientes.

Sabido es que en los buenos tiempos de Roma una sencilla corona de encina ó de laurel era el premio de los que se habían distinguido por acciones heroicas; y los virtuosos romanos anteponian esas sencillas coronas á las de los metales más preciosos: aquellas en su sencillez eran el símbolo y emblema de la mayor nobleza, del mérito más distinguido y del más alto honor.

Tiene hermosa aplicación en la distribución de premios á los niños la provechosa máxima de Bonald para los pueblos: *Poco* para los placeres, *suficiente* para las necesidades, *todo* para las virtudes.

Y en el orden de la distribución Rollín ha resumido el pensamiento de todos los educadores diciendo: «Hay que empezar por los premios más sencillos y hacerlos durar el mayor tiempo posible.»

Hé aquí en escala ascendente los premios de las buenas casas de educación: el elogio ó alabanza de palabra, el elogio escrito en nota semanal, en nota mensual, en nota trimestral, cuadro de honor, diploma de honor, de excelencia, medalla de 2.^a clase, de 1.^a, etc., etc.

Fácilmente se comprende que para un niño pobre y de mérito sería un gran premio todo lo que le ayudase á conllevar su pobreza; y para todos, libros de alguna utilidad.

Mas para que los premios conserven su nobleza, su honor, el alto fin que están llamados á producir, es precisa condición que no se prodiguen, y que la mayor posible justicia presida en su distribución, aquilatando concienzudamente el mérito, el verdadero mérito, la virtud, el saber; y en este punto los educadores nunca se ilustrarán mutuamente lo bastante. Así y sólo así tienen los premios gran prestigio para los niños y sus familias.

Si se tratase de alumnos que viven en los internados podía servir también de recompensa una visita extraordinaria de la familia al alumno en la casa de educación, una salida de campo con los niños premiados en compañía de sus profesores; más nunca una salida del alumno á su familia, para evitar gravísimos inconvenientes.

Aún á riesgo de la repetición conviene recordar que si el talento, si la memoria merecen premio, merecelo con más razón la buena voluntad, la disciplina, el orden, la constancia. Un buen talento y más una buena memoria deslumbran con facilidad, no tanto la atención, la reflexión, la aplicación, verdadero trabajo del entendimiento. No es lo mismo, á la verdad, buen talento que buena voluntad; mas sabido es de cuanto sirve el trabajo y constancia de una buena voluntad para llegar á sobresalir; y cuan fácilmente el mejor talento decae, degenera, se hace vulgar, y hasta se convierte en arma de perdición, sinó va acompañado de buen corazón, de buena voluntad: de la voluntad se ha dicho: *querer es poder*, y las dichas infinitas sólo se dan á los hombres de buena voluntad: *bonæ voluntatis*.

Una cosa parecida hay que recordar de la piedad; á ésta se han prometido los bienes de la vida presente y de la venidera; ella sirve para todo. Tampoco la piedad es talento, pero es más que el talento, como es más lo eterno, lo que nunca se acaba, objeto de la piedad, que lo efímero, lo transitorio, objeto natural del talento. Más aún, la piedad

sirve admirablemente para desarrollar el talento. Un niño verdaderamente piadoso trabaja con constancia para agradar á Dios: este noble y amable estímulo sostiene sus fuerzas, su atención, aleja los pensamientos frívolos que llenan de espinas el campo del saber, ahuyenta las ilusiones y sueños que lo esterilizan y las imaginaciones mal sanas que lo agotan. La piedad conserva toda la savia del alma, y pura y viva la concentra sobre el objeto del trabajo. En igualdad de carácter y talento, el niño piadoso aventajará al que no lo sea; y en muchas ocasiones experimentará esta profunda y trascendental verdad de un gran filósofo. *En un niño verdaderamente piadoso, la piedad se convierte en inteligencia.*

CAPÍTULO IX

Castigos de los niños

— 1 —

Tratar de los defectos, faltas y castigos de los niños es la parte más ingrata, por muy necesaria que sea, de una obra de educación, más antes de descender á los detalles que son el todo en este gran ministerio de educar, es muy importante tener presentes las sabias advertencias de eximios educadores; y lo que aquí se diga juntamente con lo dicho en la primera parte contribuirá á que los castigos de los niños participen del espíritu del *Apostolado de la enseñanza*; y el digno educador pueda decir con San Pablo, que se alegra de haber tenido que contristar á sus amados niños con el castigo, porque ha sido en bien de ellos, porque su tristeza ha sido según el Espíritu Santo.

Dice Quintiliano en sus *Instituciones* que el descuido del educador hace que tenga que castigar: hé aquí como se expresa: «Muchas veces no habrá necesidad de castigar

Fácilmente se comprende que para un niño pobre y de mérito sería un gran premio todo lo que le ayudase á conllevar su pobreza; y para todos, libros de alguna utilidad.

Mas para que los premios conserven su nobleza, su honor, el alto fin que están llamados á producir, es precisa condición que no se prodiguen, y que la mayor posible justicia presida en su distribución, aquilatando concienzudamente el mérito, el verdadero mérito, la virtud, el saber; y en este punto los educadores nunca se ilustrarán mutuamente lo bastante. Así y sólo así tienen los premios gran prestigio para los niños y sus familias.

Si se tratase de alumnos que viven en los internados podía servir también de recompensa una visita extraordinaria de la familia al alumno en la casa de educación, una salida de campo con los niños premiados en compañía de sus profesores; más nunca una salida del alumno á su familia, para evitar gravísimos inconvenientes.

Aún á riesgo de la repetición conviene recordar que si el talento, si la memoria merecen premio, merecelo con más razón la buena voluntad, la disciplina, el orden, la constancia. Un buen talento y más una buena memoria deslumbran con facilidad, no tanto la atención, la reflexión, la aplicación, verdadero trabajo del entendimiento. No es lo mismo, á la verdad, buen talento que buena voluntad; mas sabido es de cuanto sirve el trabajo y constancia de una buena voluntad para llegar á sobresalir; y cuan fácilmente el mejor talento decae, degenera, se hace vulgar, y hasta se convierte en arma de perdición, sinó va acompañado de buen corazón, de buena voluntad: de la voluntad se ha dicho: *querer es poder*, y las dichas infinitas sólo se dan á los hombres de buena voluntad: *bonæ voluntatis*.

Una cosa parecida hay que recordar de la piedad; á ésta se han prometido los bienes de la vida presente y de la venidera; ella sirve para todo. Tampoco la piedad es talento, pero es más que el talento, como es más lo eterno, lo que nunca se acaba, objeto de la piedad, que lo efímero, lo transitorio, objeto natural del talento. Más aún, la piedad

sirve admirablemente para desarrollar el talento. Un niño verdaderamente piadoso trabaja con constancia para agradar á Dios: este noble y amable estímulo sostiene sus fuerzas, su atención, aleja los pensamientos frívolos que llenan de espinas el campo del saber, ahuyenta las ilusiones y sueños que lo esterilizan y las imaginaciones mal sanas que lo agotan. La piedad conserva toda la savia del alma, y pura y viva la concentra sobre el objeto del trabajo. En igualdad de carácter y talento, el niño piadoso aventajará al que no lo sea; y en muchas ocasiones experimentará esta profunda y trascendental verdad de un gran filósofo. *En un niño verdaderamente piadoso, la piedad se convierte en inteligencia.*

CAPÍTULO IX

Castigos de los niños

— 1 —

Tratar de los defectos, faltas y castigos de los niños es la parte más ingrata, por muy necesaria que sea, de una obra de educación, más antes de descender á los detalles que son el todo en este gran ministerio de educar, es muy importante tener presentes las sabias advertencias de eximios educadores; y lo que aquí se diga juntamente con lo dicho en la primera parte contribuirá á que los castigos de los niños participen del espíritu del *Apostolado de la enseñanza*; y el digno educador pueda decir con San Pablo, que se alegra de haber tenido que contristar á sus amados niños con el castigo, porque ha sido en bien de ellos, porque su tristeza ha sido según el Espíritu Santo.

Dice Quintiliano en sus *Instituciones* que el descuido del educador hace que tenga que castigar: hé aquí como se expresa: «Muchas veces no habrá necesidad de castigar

si el maestro es lo diligente que debe ser con sus discípulos. La negligencia de los maestros los pone en la necesidad de castigar.»

Plinio en la *Vida de Agricola* dice de éste: «que hacía consistir su sabiduría y prudencia en saberlo todo, mas sin castigarlo todo, en ser indulgente con las faltas ligeras y riguroso con las grandes, en darse por satisfecho, no siempre por haber castigado, sinó, las más veces, por haber visto el arrepentimiento; y en prevenir las faltas para no castigar á los que las hubieran cometido.»

Hé ahí dos citas de paganos que podrán ilustrar admirablemente la conciencia del digno educador y le dirán si procede en los castigos según la norma de la sana razón.

El educador católico tiene además la luz de la fe que le dice debe ser padre de los niños, engendrándolos de nuevo hasta que Jesucristo esté formado en ellos: un padre digno no castiga sinó después de haber agotado todos los recursos; busca el momento favorable, excluye toda pasión, y siempre deja á su hijo la esperanza de ser perdonado, recursos para poder rehabilitarse.

¡Qué hermoso sería que el maestro pudiera decir á sus discípulos, sin temor á ser desmentido con justicia lo que decía San Basilio á los jóvenes que educaba! «Complázcome en pensar que, al poner vuestros ojos sobre mí, se dulcifica la pena que sentís por estar fuera de la casa de vuestros padres.»

Un padre previene á sus hijos con su amor, les abre su corazón, es inaccesible á las susceptibilidades del amor propio y al cansancio de la frialdad, no se extraña de ver en ellos defectos, es paciente y sabe esperar. La norma de todo buen educador, dice San Juan Crisóstomo, debe ser que nunca se precipite á castigar, que encuentre razones para esperar.

El corazón de un padre es un manantial perene de amor, y éste le inspira la dulzura, la paciencia, la firmeza; y sólo con el amor se mejora al hombre, ha dicho San Agustín.

Sin duda, el castigo ocurre antes que el amor; pero ¡qué resultados tan diferentes producen el uno y el otro! ¡y qué trabajo cuesta al joven educador comprenderlo así! encuentra un defecto, una resistencia en sus discípulos, se incomoda, amenaza; esto es más fácil que tener paciencia, que persuadir; es más cómodo á la imperfección castigar á los que resisten, que sufrirlos con dulzura y con firmeza; y como se trata de que los niños quieran y hagan el bien libremente, con independencia del temor servil, podrán hacer á la fuerza, al exterior, lo que se quiera, pero despreciando y odiando: el corazón humano, alcázar impenetrable de la libertad sólo se gana con amor, con suave y prudente firmeza, con constancia y habilidad, con lo que se llama disciplina moral. ¡Cuán equivocadamente obran los que sólo saben castigar materialmente ó no hacer nada, descuidar todo ó golpear á tontas y á locas!

¡Desgraciados niños que si tienen pedagogos, no tienen padres! el indigno educador sólo tiene firmeza falsa, no sabe condescender, quiere á todo trance ser obedecido: esta clase de hombres, dice Bossuet, son un azote terrible de Dios sobre los pueblos.

El castigo debe ir siempre precedido del aviso, de la amenaza; y para que ésta no desautorice al educador, debe estar fundada en razón y ordinariamente ejecutarse; por eso no deberá hacerse á toda una clase, á un grupo grande de niños, siempre sin pasión, con tono y palabras moderadas y el corazón fijo en Dios. *La sola razón tiene derecho á amenazar y castigar.*

Ha dicho el Sabio, que todas las cosas tienen su tiempo; y tiempo delicado y crítico es el tiempo de castigar. El castigo, medicina del alma, ha de usarse, como los buenos médicos usan las medicinas para el cuerpo; esperan que el enfermo las pueda soportar y aguardan el momento favorable; éste no lo es cuando el maestro ó el discípulo no están serenos. El educador debe aparecer siempre tranquilo, pacífico, digno, superior, *pacem summa tenent*, ha dicho Lucano, sentir, como padre, la necesidad de cas-

tigar, y aguardar, aunque sean muchos días, el oportuno momento.

Yo te castigaría ahora, dijo Sócrates á su esclavo, pero estoy irritado: *Cederem te, nisi irascerer.*

La primera regla, dice Rollín, es no castigar al niño en el instante de la falta; hay que dejarle tiempo para que se reconozca, para que entre en sí mismo, sienta su sinrazón, la justicia y la necesidad del castigo y esté así en estado de aprovecharse. Regla dictada por la prudencia y el amor, y que halla eco y pleno asentimiento en toda conciencia digna.

El educador que se apresura á castigar y dice en alta voz que tiene razón, lo que prueba tener, es ira, excitada por el orgullo. ¡Qué falta y error querer corregir á un niño obstinado con la obstinación del educador! Así resulta, dice el Angélico en su *Educación de los Príncipes*, que los educadores castigan lo mismo que ellos hacen: si el niño es irascible, lo precipitan hasta los grandes escándalos; si ahí no llega, se venga del maestro concentrando en su corazón el odio y el despecho y endureciéndose contra el arrepentimiento: á veces brilla en sus ojos y aparece en su semblante una amarga alegría, cuando más se irrita contra él el profesor. ¡Qué consecuencias por haber éste olvidado su deber!

Jamás castigo, decía un general, á ningún soldado, cuando le veo irritado, conténtome por entonces con hacerle saber que no todo está concluido, y espero. De ordinario el culpable, así tratado, se adelanta al castigo, y yo tengo la satisfacción de ver como se aprovecha de él, sin haberle expuesto á actos que me hubieran obligado á usar de extremado rigor.

Contra las faltas que merezcan inmediata represión hay el recurso de mandar el culpable al prefecto, al superior con calma, con serenidad, ó decirle simplemente: «no está usted ahora para comprenderme, cuando esté V. tranquilo, ya hablaremos.» Este proceder inspira el temor filial que no excluye ni el respeto ni la confianza; supone en el edu-

cador grande fe y abnegación, y atrae las bendiciones de Dios que centuplican sus esfuerzos y los coronan con el júbilo y éxitos más admirables.

La serenidad en el semblante, el tono moderado de la voz y la dignidad en las palabras son condiciones esenciales, después de los avisos y espera del momento favorable, para que el castigo sea fructuoso.

Así describe San Jerónimo á los indignos educadores cuando castigan: «Miran de través, con labios temblorosos, el semblante, ora pálido, ora encendido, la frente arrugada, la boca llena de palabras injuriosas y dando grandes gritos. Con este aspecto lejos de atraer á la virtud el culpable, le precipitan al mal y le endurecen.»

Otros, sin llegar á ese exceso, usan un tono que revela falta completa de serenidad y dulzura, tan necesarias para que sus palabras tengan algo de paternal: éstos que, sin darse cuenta, se dejan llevar de su mal humor, no pueden sufrir quien les advierta su indigno proceder, y, sin embargo, ese sería el mayor servicio que podría hacerles un amigo del alma.

Todo acento austero ó afectado debe estar lejos del educador. «Miremos, dice San Agustín, como á hijos nuestros, á todos aquellos sobre los cuales tenemos algún dominio. Pongámonos á su servicio, avergonzándonos de querer aparecer dominadores; y no mandemos sinó para servirles con más alegría. Desde que los tenemos por hijos, alejemos toda ira al reprender sus faltas; al menos, moderémosla y que parezca alejada.»

Ninguna acritud en el alma, ningún desprecio en la mirada, ninguna injuria en los labios, compasión primero y después esperanza caracterizan la verdadera corrección. Porque no son los castigos los que corrigen, sinó la manera de usarlos; hacer ver y sentir á los niños con cuánto pesar se ve el educador forzado á castigarlos, por no haber seguido el dictamen de la razón, del honor y de la virtud.

Si aún con esta dulzura no entrara el culpable en el buen camino de la docilidad y sumisión, Fenelón y Rollín

aconsejan que se le retiren las muestras de deferencia y amistad que deben tenerse con los niños, que delante de otros hable el educador de lo penoso que le es haber de castigar, que interese á alguno, como su confesor, por ejemplo, á quien abra su corazón, y trate de volverle al buen camino; y después castíguele en secreto ó en público según las circunstancias. Sobre todo que el educador no exija del culpable otra sumisión que la razonable y necesaria.

Mérito grande sería conseguir que el culpable se reconozca, se condene á sí mismo y que el educador tuviera que aminorar el castigo aceptado.

Es también preciosa cualidad de un educador ser clemente, misericordioso, como el divino amor.

Los enemigos del pueblo de Dios hacían un grande elogio de sus reyes, cuando decían: «Los reyes de la casa de Israel son clementes.» El digno educador será clemente aún en el castigar, si observa las antedichas advertencias; y con los incorregibles, obstinados, reacios recordará que no debe acabar de romper la caña quebrantada y apagar la mecha que aún tiene alguna luz; que no es el temor á propósito para contener á uno mucho tiempo en su deber, ha dicho Tulio; y mejor San Bernardo, «que el temor es ineficaz para cambiar la disposición del corazón:» así el digno educador deberá de cuando en cuando contentarse con el arrepentimiento, sin esperar que todo el castigo quede ejecutado.

Así como deben ser animados los niños á borrar las malas notas con las buenas, así también las penitencias con mejor comportamiento. Es desconocer el corazón del niño cerrarle la puerta de la pronta rehabilitación, imponerle castigos de mucha duración que le irritan, le desaniman, y que acecha el demonio para precipitarle en faltas más graves, en aborrecer al maestro que degenera en cruel. Lo más que se permite en castigos largos es: *hasta nuevo aviso*; así no desaparece la esperanza del corazón del niño quien, al observar que con bondad se esperan de él señales

de arrepentimiento para perdonarle, rara vez se obstinará en no darlas.

El castigo, como la medicina, ¿ha producido ya su efecto? se le levanta, y se consigue el mérito de haber perdonado y el resultado precioso de cicatrizar la llaga que todo castigo hace en el corazón del niño que ve no haber perdido la benevolencia de su maestro; y con este estímulo se aplica á su deber.

Mucho hay que disimular á la juventud; contentarse, á veces, con un simple aviso, sobre todo, cuando llega, al rededor de los catorce años, á *la crisis de la adolescencia*, la gran crisis del niño. *Es gloria exclusiva* de las casas de educación, modeladas según el espíritu *del Apostolado*, conseguir á fuerza de vigilancia, celo, abnegación que la juventud pase esa gran crisis sin apenas haber sentido las tempestades, sin naufragar, como barco cobijado en puerto bien seguro.

Úsase de clemencia con el niño que de buena fe alega digna excusa, que promete de corazón la enmienda; no se le castigue nunca por varias faltas á la vez para que no desmaye, y aparezca el semblante del educador como sol de primavera que ilumina, vivifica y alegra y no como sombrío horizonte de invierno que todo esteriliza.

El castigo ha de ser proporcionado á la culpa cierta, porque la injusticia no hiere menos el buen sentido que la impunidad; y es preferible dejar de castigar á cien niños culpables que castigar á un inocente.

Ha dicho Fleury: «Los niños no se engañan en materia de justicia; saben cuando no tienen razón, si se les castiga como se debe; conocen enseguida si el educador obra por pasión, aunque no sepan expresarlo y aparenten no notarlo.» No basta dominar á los niños para hacer de ellos lo que se quiera: esto es un engaño lastimoso. Los niños poseen un sentimiento delicado de lo justo y de lo injusto, aunque no sepan razonar: y todo lo arbitrario tiende á inspirarles odio concentrado, más temible que la explosión de un grito de dolor y que la misma rebelión. Hombres

ya formados recuerdan una injusticia que quiso imponerles un profesor. ¡Qué resultado moral tan diferente, el que proviene de la violencia de la fuerza bruta, y el que dimana de un acto de clemencia!

Para no faltar á la justicia, no deberá nunca castigarse á toda una clase, á un gran grupo de niños, sinó que entre éstos deberán reconocerse los de peores antecedentes y hallados verdaderamente culpables, descargar sobre ellos el peso de la justicia, hechas con antelación amenazas claras y graves. Conviene también no extremarse con los niños responsables.

Como sólo deben castigarse las faltas, y éstas sólo radican en la voluntad, deberá hacerse saber y sentir á los niños, que sólo se les castiga por falta de aplicación ó por las malas costumbres, nunca por la ignorancia ó por falta de talento; así mirarán el castigo como justicia, no como desgracia; y jamás deberá castigárseles injustamente, aunque sea de palabra ó de una sola mirada. El deber exige que si el educador se ha equivocado en el castigo, manifieste que lo siente; con esta sinceridad no pelagra su prestigio.

Como en el trato con los niños se pone tantas veces á prueba la paciencia, recuerde el educador la paciencia de Dios, las bendiciones prometidas á la paciencia, *fructum afferunt in patientia*. el juicio que le merecían, cuando era niño, los que se impacientaban al educarle, y cómo querría que su superior jerárquico le tratara.

Al castigar hay gran peligro de impacientarse. «Guardémonos mucho, dice San Agustín, de no traspasar la moderación cuando castigamos.» Ni los muchos ni los grandes castigos hacen prosperar una clase. ¿Qué haréis? dijo un gobernador á los representantes de un pueblo á quien se exigía un tributo injusto. Obedecer y odiar, contestaron. Aunque los niños no hablen así, los castigos frecuentes los excitan á odiar las clases, los maestros, la ciencia, la piedad y todo.

Toda palabra que revele mala educación, bajeza de

alma, no debe salir de la boca de un digno educador. ¿Y qué decir del profesor que encarándose con un discípulo culpable le suelta esta orgullosa y cruel expresión: «Vd. ó yo estamos aquí de más?» Pónese en la triste alternativa de despedir á un niño, de cuya virtud aún no se había desesperado, ó de desprestigiarse con su imprudencia.

La ley general, *principiis obsta*, al principio, sirve admirablemente para disminuir las faltas y los castigos. Corrija al principio con suavidad, y á medida que las faltas se aumenten, disminuya la dulzura, teniendo siempre en cuenta el carácter y otras muchas circunstancias del alumno y aún de la localidad.

Pocas palabras para reprender, seguidas de largo silencio, se imprimen mejor en el alma y hielan la réplica en los labios.

Prescribe también San Basilio «que así como en las enfermedades más graves se acude al médico de más capacidad, hágase lo mismo en las faltas más graves y acúdase al maestro general de disciplina que es el superior.»

Resta ahora tratar de los castigos que deberán usarse en una casa de educación donde se ejerce *el Apostolado*.

Ante todo y absolutamente no se debe emplear ningún castigo *meramente* corporal.

«Los castigos corporales, dice el Beato La Salle, rebajan y envilecen los caracteres, inspiran aversión al maestro y á la escuela, no cambian el corazón, ni reforman sus malos instintos, embrutecen el espíritu y endurecen en el mal, exponen al maestro á desprecios, insultos y humillaciones enojosas, y acostumbran á los niños á que los arrosten con afectación é insolencia.»

Quintiliano y Séneca ya habían dicho, «que el niño de mal carácter, en quien no hacen mella los cuidados paternales del educador, se endurecía pronto á los golpes y cas-

tigos materiales. ¿Y por ventura, se educa mejor con golpes que con advertencias y apelando á la conciencia y al honor?»

Sólo, pues, deberán emplearse los castigos morales; y si después de una larga prueba hubiera niños enteramente refractarios á esta clase de castigos, el educador conservando intacto su honor, la delicadeza y elevada conciencia de sus discípulos, los devolverá á sus padres y cesará con ellos toda responsabilidad.

En diez años que estuvo Dupanloup al frente de una casa de educación no usó más castigos que las notas del sábado leídas ante todos y las advertencias que hacía en las conferencias de la tarde.

Hé aquí su sistema de castigos: *el silencio, la soledad, la reflexión, la abstinencia, la advertencia pública, la represión, la humillación religiosa*. Estos castigos que afectan directamente á la inteligencia, á la conciencia, al corazón, oprimen menos á los niños y los excitan á hacer el bien bajo una dirección tan noble y tan paternal.

Á cinco categorías pueden reducirse las faltas de los niños: faltas contra *la buena educación*: desaseo, modos inconvenientes, inurbanidad, grosería, gula; faltas contra *la subordinación y el respeto*: la simple desobediencia á lo prescrito, las malas contestaciones, resistencia á lo avisado, desprecio manifiesto de los buenos consejos; faltas *de pereza*: lecciones no aprendidas, composiciones no hechas ó mal hechas; faltas *de disipación*: hablar, no atender, infringir el reglamento; faltas conocidas y reprobadas por todos: la insolencia, las injurias, etc.

Todas estas faltas tienen su castigo moral adecuado: en *la represión* directa, inmediata é indispensable del que turba el orden: en *la corrección* que vuelve al buen camino al que se desvía: en *la reparación* que restablece las cosas en el orden con el uso de un acto contrario á la infracción, y borra con una buena acción la vergüenza y el desorden de la mala: en *la expiación* que satisface á todos, reprime, corrige, levanta, edifica con un acto grande, solemne, cuando ha habido escándalo contra la ley, contra la conciencia pública.

Mas para que los castigos morales tengan su completa eficacia, son de todo punto indispensables tres condiciones: 1.^a que todos los niños sepan el reglamento y que ninguno pueda decir que sólo lo conoce por los castigos que se le imponen: 2.^a que no haya falta, sea la que quiera, que no sea advertida, corregida, reprimida con más ó menos dulzura ó aspereza, aún perdonada, pero dejando siempre alto el principio de la razón, de la virtud, del reglamento; lo contrario sería abandonar el orden moral y hacer á los niños indiferentes al bien: 3.^a que todos los que de cualquier modo concurren á la educación se tengan, como representantes de la disciplina moral, como el reglamento vivo, y no tendrá lugar la odiosidad que recaería sobre los dos ó tres individuos, si ellos solos tuvieran interés en su observancia.

Descendiendo ahora á los detalles, bastará la simple *represión* para las faltas ligeras de *puntualidad*: no levantarse á la primera señal, no ponerse en orden al primer toque, llegar tarde á un ejercicio: contra el *buen orden*: no guardar el puesto al marchar, empujar al compañero, entrar ó salir con precipitación, hacer ruido en los bancos sin premeditación, dejar su puesto sin permiso, jugar incomodando á otros, escribir en las paredes, hacer cortes en las mesas, etc.: contra *el silencio*: hablar en los pasillos, en la clase, etc., tomar la palabra sin autorización, reír de una manera afectada, etc.: contra el *empleo del tiempo*: ocuparse en algo extraño al trabajo de obligación, no hacer nada, etc.: contra *la subordinación*: obedecer, pero de mala gana, etc.: contra *la templanza*: comer ó beber fuera de las horas.

Estas faltas son generalmente reprimidas con el aviso suave ó áspero, más ó menos paternal, según las circunstancias, no habiendo hábito ó repetición frecuente.

Carácter, celo y constancia son de necesidad para estas cosas pequeñas, sostener el orden, ilustrar y afirmar las conciencias de los niños y prevenir los malos hábitos, las faltas graves, la exclusión. Si esas faltas son habituales, ya

caen bajo las notas semanales ó mensuales que bien hechas, bien proclamadas en público son poderosísimo medio de represión.

Cuando hay que corregir las faltas más graves que provienen de un vicio interior que hay que remediar, primero se reprimen y después se corrigen.

Las faltas contra *la puntualidad, el buen orden, el silencio, la subordinación* pueden fácilmente llegar á ser graves: así hablar con frecuencia y largo rato, permitirse observaciones que no están en su lugar, decir injurias á otros, mentir, etc., son ya faltas graves de abuso de *la palabra*: lo son igualmente contra *la subordinación*: murmurar al obedecer, impacientarse, responder de mal modo, etcétera: contra *la aplicación*: faltar á la lección ó composición, abandonarse á la pereza con perjuicio notable del estudio: contra *la sobriedad*: apropiarse las cosas de comer de los otros, habituarse á comer fuera de hora, etc.

Estas faltas se reprimen inmediatamente, para que la represión no pierda su eficacia con el retardo y después se corrigen con constancia.

El abuso de la palabra se reprime y corrige con el silencio, medio admirable, de gran moralidad y eficacia; el niño se hace más circunspecto, se serena si está irritado, y se pone en estado de comprender mejor los efectos del abuso de la lengua: si además hubiera habido vanidad, orgullo, alguna humillación, como el estar de rodillas, sería una represión moral, hecha con prudencia y gravedad.

Para el perezoso que no quiere trabajar, y para el que abusa de la comida es muy eficaz la abstinencia. *El que no trabaja, dice la Escritura, que no coma.* Palabras que á muchos niños perezosos, ricos y pobres han hecho entrar en el camino de la laboriosidad.

Toda penitencia que sirva para corregir la falta cometida y ponga freno á la tentación de cometerla de nuevo es una mortificación del orden moral más elevado; tales son además de la abstinencia, el silencio, la soledad, la humillación privada y pública. Estas penitencias no envi-

leen el carácter del niño y no ponen al educador en peligro de perder su dignidad.

Cuando hubiera que reparar el orden, y no bastara el silencio, el aislamiento, la humillación, habría que seguirse contra el culpable un sistema de avisos particulares ó públicos, notas semanales ó mensuales, no cejar un momento de combatir los malos hábitos con dulzura y firmeza.

Si fuera necesario, se apelaría á las advertencias y reprensiones de los padres del culpable, obligando al niño á escribirles sus faltas y sus malas notas.

También en caso grave podría esperarse ocasión propicia para producir impresión profunda por medio de una grande humillación que sirviese de corrección reparadora.

Las faltas personales contra los profesores, fuera del caso urgente de una reparación inmediata, no serán castigadas en el acto de cometerse; y sería preferible que no fuera el profesor ofendido, sinó otro ó el superior el vengador imparcial de la autoridad despreciada y del orden perturbado.

Más si la falta hubiera sido pública, pública debe ser la reparación. Toda falta de respeto, aún las más pequeñas contra el profesor deben ser reparadas con toda seriedad: las que son graves, á no provenir de un primer movimiento, son caso de exclusión, y solamente la reparación pronta, espontánea, generosa puede salvar al culpable de ser inmediatamente despedido.

La expiación que es una reparación más grave, más solemne tiene lugar cuando hayan de castigarse faltas que una buena casa de educación no puede tolerar largo tiempo, sin despedir al culpable: una pereza incorregible, una indocilidad desdenosa, una disipación grande y frecuente en los ejercicios piadosos, el desprecio habitual del reglamento, la desobediencia formal, la ira, acompañada de palabras injuriosas, el espíritu malo, el proselitismo del desorden, turbar toda una clase con murmullos, con fuertes risotadas, desordenar la marcha de la casa, divertirse en violar el reglamento á todas horas, etc., etc.; todo esto recla-

ma un remedio pronto y eficaz, por suponer en el niño voluntad perversa, verdadero espíritu de rebelión, y no puede transigirse. Una advertencia muy solemne es aquí el primer castigo del culpable; sinó hay enmienda viene la exclusión inmediata, á menos que por misericordia y á petición del culpable, se le imponga una expiación grande, solemne, como sería, por ejemplo en un internado, comer á pan y agua y de rodillas uno ó más días delante de todos. He visto, añade Dupanloup, producir esta expiación los mejores efectos; y si no era así, pronunciaba la exclusión definitiva.

Alguna vez, prosigue, consentía, antes de pronunciar la exclusión, á ruego de los padres del culpable, tener á éste uno ó dos días aislado de los demás en cómoda habitación, para que pensara y reflexionara si, por fin, se decidía de veras á entrar en el buen camino, antes de dejar para siempre la casa, los profesores, los condiscipulos que tanto le estimaban y que tanto se interesaban por su felicidad. Tenía aquí el alumno muy buenos libros y podía ser visitado por su familia, sus profesores, su confesor y por sus mejores amigos: la salida para su familia estaba siempre á su disposición. Esta última prueba rara vez ha dejado de dar buen resultado.

Como fácilmente se comprende, los castigos meramente morales exigen del educador prudencia y tacto, para que según las circunstancias sean aplicados con provecho.

El castigo de escribir, como puramente material, desaparece en este sistema, y sólo se admite como reparación y ayuda moral: así podrá hacerse escribir una lección no sabida, rehacer una composición mal hecha, etc.

Entre las faltas de que se ha tratado no se ha hecho mención de las que son contra la religión y las costumbres. Contra estas faltas, por ligeras que sean, una palabra, una acción, una sonrisa, una mirada, no hay reparación ni expiación; el despedido debe ser inmediato y así deben tenerlo todos bien entendido.

CAPÍTULO X

De los despidos

Ha dicho el Doctor angélico con su acostumbrada sabiduría: «No se recurre á los castigos, sinó para llevar por su medio los hombres al bien de la virtud... Los castigos, como las medicinas, están destinados ya en bien de aquellos á quienes se aplican, ya en bien de otros, según lo que dice el Espíritu Santo: Si el malo es castigado, el necio se hará sabio: *Pestilente flagellato, stultus sapiens erit*. El castigo es una medicina que sirve no sólo para curar de la falta hecha, sinó también para preservar de las faltas venideras y conducir al bien».

Ya Platón había escrito en el *Phedón y Gorgias* de los condenados al tártaro: «Los malvados que han merecido permanecer incurables, están destinados á servir de espanto; los castigos que los atormentan, sin curarlos, no son útiles más que aquellos que conocen su espantosa eternidad.» Este es el verdadero carácter de los despidos ó exclusiones de los niños de una buena casa de educación: se han hecho incurables; su castigo ha de servir á otros de espanto.

Dice el marista Monfat citando sus constituciones: «Aquellos niños que son escándalo y mal ejemplo para sus compañeros, deben ser alejados sin compasión y de modo que se provea, lo más que se pueda, á su honor.» El despedido es cosa importante y decisiva para la disciplina, no tolerar en un centro de educación ningún alumno que pueda perjudicar á los otros, sea corrompiendo la pureza de sus costumbres, sea inspirándoles el espíritu de descontento ó de rebelión. Dios y la sociedad, dice Rollin, pedirán cuenta estrechísima á los que por vil interés, por demasiada complacencia, por debilidad no hayan despedido á tiempo á los corruptores.

ma un remedio pronto y eficaz, por suponer en el niño voluntad perversa, verdadero espíritu de rebelión, y no puede transigirse. Una advertencia muy solemne es aquí el primer castigo del culpable; sinó hay enmienda viene la exclusión inmediata, á menos que por misericordia y á petición del culpable, se le imponga una expiación grande, solemne, como sería, por ejemplo en un internado, comer á pan y agua y de rodillas uno ó más días delante de todos. He visto, añade Dupanloup, producir esta expiación los mejores efectos; y si no era así, pronunciaba la exclusión definitiva.

Alguna vez, prosigue, consentía, antes de pronunciar la exclusión, á ruego de los padres del culpable, tener á éste uno ó dos días aislado de los demás en cómoda habitación, para que pensara y reflexionara si, por fin, se decidía de veras á entrar en el buen camino, antes de dejar para siempre la casa, los profesores, los condiscipulos que tanto le estimaban y que tanto se interesaban por su felicidad. Tenía aquí el alumno muy buenos libros y podía ser visitado por su familia, sus profesores, su confesor y por sus mejores amigos: la salida para su familia estaba siempre á su disposición. Esta última prueba rara vez ha dejado de dar buen resultado.

Como fácilmente se comprende, los castigos meramente morales exigen del educador prudencia y tacto, para que según las circunstancias sean aplicados con provecho.

El castigo de escribir, como puramente material, desaparece en este sistema, y sólo se admite como reparación y ayuda moral: así podrá hacerse escribir una lección no sabida, rehacer una composición mal hecha, etc.

Entre las faltas de que se ha tratado no se ha hecho mención de las que son contra la religión y las costumbres. Contra estas faltas, por ligeras que sean, una palabra, una acción, una sonrisa, una mirada, no hay reparación ni expiación; el despedido debe ser inmediato y así deben tenerlo todos bien entendido.

CAPÍTULO X

De los despidos

Ha dicho el Doctor angélico con su acostumbrada sabiduría: «No se recurre á los castigos, sinó para llevar por su medio los hombres al bien de la virtud... Los castigos, como las medicinas, están destinados ya en bien de aquellos á quienes se aplican, ya en bien de otros, según lo que dice el Espíritu Santo: Si el malo es castigado, el necio se hará sabio: *Pestilente flagellato, stultus sapiens erit*. El castigo es una medicina que sirve no sólo para curar de la falta hecha, sinó también para preservar de las faltas venideras y conducir al bien».

Ya Platón había escrito en el *Phedón y Gorgias* de los condenados al tártaro: «Los malvados que han merecido permanecer incurables, están destinados á servir de espanto; los castigos que los atormentan, sin curarlos, no son útiles más que aquellos que conocen su espantosa eternidad.» Este es el verdadero carácter de los despidos ó exclusiones de los niños de una buena casa de educación: se han hecho incurables; su castigo ha de servir á otros de espanto.

Dice el marista Monfat citando sus constituciones: «Aquellos niños que son escándalo y mal ejemplo para sus compañeros, deben ser alejados sin compasión y de modo que se provea, lo más que se pueda, á su honor.» El despedido es cosa importante y decisiva para la disciplina, no tolerar en un centro de educación ningún alumno que pueda perjudicar á los otros, sea corrompiendo la pureza de sus costumbres, sea inspirándoles el espíritu de descontento ó de rebelión. Dios y la sociedad, dice Rollin, pedirán cuenta estrechísima á los que por vil interés, por demasiada complacencia, por debilidad no hayan despedido á tiempo á los corruptores.

Á veces un niño, sin ser corrompido, puede ser perjudicial á los demás; y á veces hay que tener resolución para despedir por nocivo á un niño que tiene por otra parte cualidades estimables.

Ciertamente un buen educador no renuncia al trabajo de educar á un niño, sinó después de haber extremado su abnegación y sus esfuerzos; sabe que no hay ningún mérito en conducir á niños que marchan por sí solos, que no son así los que las familias le confían; pero sabe también que no sólo las pestes son contagiosas.

Los castigos materiales, golpes, copias, encerramientos llevan al odio, á la desesperación, á la frecuente necesidad de los despidos: la disciplina moral con los avisos suaves y fuertes, las alabanzas, la abnegación, el amor, las asociaciones fervorosas, la misa diaria, la frecuencia de la santa comunión, las fiestas, los hacen casi incesarios.

Una casa de educación dirigida según *el Apostolado* es un oasis en el vasto desierto del mundo, es un nido de santos amores, donde sólo se cobijan niños que son ó quieren ser aves del paraíso.

Frecuencia de sacramentos y frecuencia de castigos chocan y repugnan al simple buen sentido moral: y si por desgracia, un alumno cometiera una falta grave el día que ha recibido en su pecho al Dios de toda consolación, el digno educador debe hacer con él otra cosa que castigarle: aún las notas no deben leerse después de la comunión.

En las malas casas de educación los alumnos más antiguos son los peores; en las buenas son los más edificantes de los que todos dicen: *á esos nunca ó rara vez se los castiga.*

Para conservar el buen espíritu en un centro de educación, y hacer incesarios ó muy raros los despidos son de primera necesidad dos requisitos: *que todos con abnegación ejerzan la disciplina preventiva: que haya exquisita y severa delicadeza para admitir y para despedir.*

Los niños mal educados en sus familias ó en otros esta-

blecimientos no deben ser admitidos sinó á prueba: si manifiestan buena voluntad, sinó dan indicios de ser naturalezas bajas, ingratas, falsas, insensibles á los sentimientos morales, se los admite definitivamente; si han de turbar el buen orden, la armonía, la educación de los demás, se los aleja, no se los despide.

El despido es una reparación solemne, ruidosa contra un escándalo público. Dos veces tan sólo en diez años, dice Dupanloup, me ví obligado á imponer el castigo de una expulsión ignominiosa y decir á un alumno en público: «Váyase V. de aquí, V. es un miserable.»

Además de las faltas contra la religión, las buenas costumbres, el respeto á los profesores, no puede tolerarse la disipación y pereza cuando son habituales: la disipación y pereza en los más jóvenes, en los que llevan poco tiempo de estancia puede tolerarse, si aparecē buena voluntad, deseo de trabajar, entonces se ayuda á los niños con dulzura y se los sufre con paciencia: el espíritu malo es con más razón caso de despido.

La buena disciplina preventiva evita los despidos, como el temor del despido evita los castigos y sostiene la disciplina.

Sin género de duda los niños no son admitidos en una buena casa de educación para ser despedidos, sinó para ser educados: allí se los recibe imperfectos, groseros, turbulentos, perezosos, para hacerlos mejores: cuando Dios se los trae al buen educador, se los trae para que sufra con paciencia sus defectos, los estudie con cuidado, los corrija con delicadeza, les inspire poco á poco el amor al trabajo, á la piedad, á las virtudes propias de su estado, de su edad; y sólo los despide, cuando no los puede conservar, sinó en perjuicio de los demás, del buen espíritu de la casa; nunca por su sola tranquilidad personal. Remedios extraordinarios y muertes frecuentes, dice Jouvency, no acreditan á un médico.

En una buena casa de educación, rara vez, deberá haber necesidad de despedir á un alumno que haya hecho allí su

primera comunión; y con dolor y con tristeza procederá el educador á estirpar los niños que por su orgullo, sensualidad, espíritu malo, pereza sirvan de escándalo á los otros.

Una madre, decía San Bernardo, no se consuela de la pérdida de su hijo, aunque no haya perdonado gastos ni fatigas. Raquel no admitía consuelo, porque sus hijos habían desaparecido. San Pablo padecía de continuo, al ver perderse á sus hijos: *Continuus cordi dolor*.

Doloroso es ver á hombres ya formados y que han tenido una juventud llena de bendiciones, correr á su perdición, y dolorosísimo es ver á niños, cuando llega la crisis de la adolescencia, precipitarse ciegos tras las ilusiones de la concupiscencia: hay que tener con ellos entonces inmensa compasión y ser inexorablemente severo, ilustrarlos á toda costa y hacerles oír un lenguaje claro, decisivo, terrible, para que huyendo del sumo mal, abracen con ardor el sumo bien: el amor de padre y más aún el de madre debe inspirar al educador las palabras más sentimentales, más conmovedoras, propias de quien de veras los quiere salvar: esas palabras deben llegar al fondo del alma, á lo más íntimo del corazón, clavarlas ahí, y que las encuentren más tarde en la calma de las pasiones y puedan decir: «verdaderamente nos amaba, era un padre y el mejor de los amigos.»

Á excepción de ciertas faltas gravísimas é inesperadas que no admiten dilación, es de todo rigor de buen proceder no despedir á alumno alguno, sin ponerlo antes en conocimiento de su familia y sin haber invitado á sus padres á conjurar tal extremo.

Mas, como ya se dijo, el buen educador extrema todos sus recursos, toda su abnegación antes de pronunciar la sentencia *irrevocable*: acordándose del *hasle entrar* del Evangelio: *compelle intrare*, sabe hacer violencia á esos niños desgraciados, pero violencia suave, persuasiva, cristiana, racional, sin castigos materiales; sabe interesar á todo el mundo para que el niño vuelva al buen camino, y sabe sentir los más vivos dolores y derramar lágrimas á los piés de Jesucristo. Sólo así se ganan las almas; así vuelven á la verdad: *quos iterum parturio*, ha dicho San Pablo.

La violencia grosera, material es muy fácil, pero nada salva y lo pierde todo.

Antes de admitir un niño desconocido deberá el educador tener con sus padres una conferencia seria sobre el modo de portarse su hijo, y otra á solas con éste y manifestarle con toda claridad, todo el pensamiento, todas las exigencias, todo el interés de la casa y del mismo niño en lo que deberá hacer, que si tiene defectos, los deje á fuera, que se le admite á él no á sus defectos: esto hecho con gravedad, con delicadeza, con bondad produce los efectos más admirables.

El recurso á los padres del niño, amenazado de exclusión, rara vez deja de surtir buen efecto, si el padre es enérgico, digno, y pone al hijo en la alternativa de portarse bien, vivir con profesores, con compañeros que le aman, que se interesan por su bien, ó de un rigor extremo que sepa con certeza le seguirá: esta seria alternativa da una sacudida violenta al alma del niño y generalmente le devuelve el buen sentido, la razón, y le liberta del mal y de sus maléficas influencias: el ser bueno, virtuoso, contentar á Dios, á sus padres, á su conciencia le parece preferible, y vuelve al buen camino.

Si, por fin, el educador se ha con un niño, semejante á aquel campo que va á ser maldecido, como dice la Escritura: *Terra maledicto proxima*; si tiene que pronunciar el irrevocable: «no puedes estar aquí:» *Ut quid terram occupas?*, ese niño debe desaparecer inmediatamente; y si hay que esperar á sus padres, guárdese el secreto más absoluto: así los demás no dicen; le despedirán... no le despedirán...: esto no conviene. El espíritu malo busca todo pretexto para introducirse. Ya no está: marchó; no debe decirse más. Con esta impresión decisiva y enérgica se salva á los demás.

Para hacer esta dolorosa y necesaria amputación necesitase prontitud, energía, seguridad, infalible golpe de vista que arranque el mal por entero, en un momento, y no deje la menor huella, el menor recuerdo del germen del mal.

Obrando con esta enérgica rapidez, todos se aprovechan, se sufre menos, los inocentes ven que se los preserva del mal, y los algún tanto culpables conocen que sólo así se los salva.

Todo debe estar dispuesto con gran secreto para hacerse esta operación como se debe; ni sombra de indiscreción; todo hasta el último detalle debe estar previsto; después se obra en un momento.

Cuando se trata de remediar un mal que tiene la naturaleza y malignidad de la gangrena y de la peste, y tal es el vicio impuro ó el espíritu malo, no hay que perder ni un segundo: entonces toda ocupación es secundaria ante la primera que es descubrir el mal y curarlo ó extirparlo. Un buen educador no debe dormir ante la aparición de semejante cáncer; debe inmediatamente remediar el mal, si es remediable, sinó extirparlo de raíz.

Una expulsión á tiempo evita otras muchas; y nadie de fuera de la casa debe inmiscuirse, cuando se trata de cortar un mal, que por doloroso que sea, es del todo indispensable arrancar para salvar á los demás y conservar el buen nombre de la escuela ó casa de educación.

SECCIÓN SEGUNDA

De los cuatro medios de la educación

CAPÍTULO PRIMERO

Qué debe ser la educación.—Partes de la educación

Conocidas ya las cinco principales cualidades de un digno educador, las del personal de una casa de educación según el espíritu del *Apostolado*, las buenas cualidades y defectos de los niños, conocidos los premios y castigos, según el mismo espíritu, llegamos ahora á lo más trascendental de la educación, á los medios y recursos que deberán emplearse para que la educación sea verdadera, completa, abarque á todo el hombre, al niño entero y justificar que sólo hay educación digna de tal nombre allí donde se ejerce, el *Apostolado de la enseñanza*.

Al tender una mirada sobre el estado de la educación en las naciones, al considerar cómo los que empuñan las riendas del gran ministerio de la enseñanza, hombres muchas veces sin misión, desconocen lo más fundamental de la verdadera enseñanza, de la enseñanza esencial, el corazón se apena, y los ojos se elevan con dolor á Aquel que sólo puede sanear las naciones y mandar en su misericordia

Obrando con esta enérgica rapidez, todos se aprovechan, se sufre menos, los inocentes ven que se los preserva del mal, y los algún tanto culpables conocen que sólo así se los salva.

Todo debe estar dispuesto con gran secreto para hacerse esta operación como se debe; ni sombra de indiscreción; todo hasta el último detalle debe estar previsto; después se obra en un momento.

Cuando se trata de remediar un mal que tiene la naturaleza y malignidad de la gangrena y de la peste, y tal es el vicio impuro ó el espíritu malo, no hay que perder ni un segundo: entonces toda ocupación es secundaria ante la primera que es descubrir el mal y curarlo ó extirparlo. Un buen educador no debe dormir ante la aparición de semejante cáncer; debe inmediatamente remediar el mal, si es remediable, sinó extirparlo de raíz.

Una expulsión á tiempo evita otras muchas; y nadie de fuera de la casa debe inmiscuirse, cuando se trata de cortar un mal, que por doloroso que sea, es del todo indispensable arrancar para salvar á los demás y conservar el buen nombre de la escuela ó casa de educación.

SECCIÓN SEGUNDA

De los cuatro medios de la educación

CAPÍTULO PRIMERO

Qué debe ser la educación.—Partes de la educación

Conocidas ya las cinco principales cualidades de un digno educador, las del personal de una casa de educación según el espíritu del *Apostolado*, las buenas cualidades y defectos de los niños, conocidos los premios y castigos, según el mismo espíritu, llegamos ahora á lo más trascendental de la educación, á los medios y recursos que deberán emplearse para que la educación sea verdadera, completa, abarque á todo el hombre, al niño entero y justificar que sólo hay educación digna de tal nombre allí donde se ejerce el *Apostolado de la enseñanza*.

Al tender una mirada sobre el estado de la educación en las naciones, al considerar cómo los que empuñan las riendas del gran ministerio de la enseñanza, hombres muchas veces sin misión, desconocen lo más fundamental de la verdadera enseñanza, de la enseñanza esencial, el corazón se apena, y los ojos se elevan con dolor á Aquel que sólo puede sanear las naciones y mandar en su misericordia

los hombres que se necesitan para que el porvenir temporal y eterno de la humanidad no se frustre, y la educación de la juventud que es la que decidirá de los destinos futuros se haga conforme á razón y conforme á las luces más esplendorosas del Evangelio eterno del Hijo de Dios.

Al observar cómo la enseñanza se limita á una parte mínima, la instrucción, y como se desconoce radicalmente la naturaleza del hombre, del joven, del niño, vienen á la memoria las palabras que el Canciller Oxenstiern dirigió á su hijo, al querer visitar la Europa: «Marcha, hijo, marcha, y verás con qué poca sabiduría se *gobiernan* las grandes naciones.» ¡Qué contraste entre lo que hay y lo que debía haber! Dios ha hecho al hombre, al niño *á su imagen y semejanza*: hé aquí la pauta, la norma de la verdadera enseñanza, de la completa educación; hacer y rehacer al niño, al joven, al hombre según los designios de Dios, tal como Dios le hizo.

¿Cómo ha hecho Dios al hombre? Dios le ha hecho entendimiento, le ha dado facultades intelectuales, un espíritu activo, destinado por Dios á hacer de él un hombre inteligente. Dios le ha dado facultades vivas que le ayuden á pensar, á percibir, á comprender la verdad, á razonar, á retener á hablar, la memoria, el entendimiento, el juicio, la imaginación, la atención, la reflexión.

Dios ha hecho al hombre voluntad libre, le ha dado discernimiento, de lo justo, de lo honesto, de la ley, de la suprema rectitud, le ha dado la conciencia. Dios le ha dado ese dulce y admirable sentimiento, lazo de unión de toda la humanidad, la religión misteriosa cadena que estabona la tierra con el cielo y le ha dado el amor á lo bueno, á lo bello, á lo verdadero eterno é inmutable, fondo divino del corazón humano. En este corazón hay facultades morales y religiosas que le harán amar la verdad conocida, desear, querer, practicar lo bueno y lo bello.

Hé aquí la suma nobleza del niño; hé aquí los santos dones que ha recibido de Dios para llegar á ser hombre de virtud, hombre de bien.

Hay también en el niño facultades físicas, corpóreas y el inestimable tesoro de la salud.

Todo esto descubre el observador atento en el más humilde niño: *facultades intelectuales, facultades morales, facultades religiosas y facultades físicas.*

Desarrollar y perfeccionar todas las fuerzas, todo el poder del entendimiento, desarrollar y perfeccionar en la voluntad los hábitos de orden, de obediencia á todo lo legítimo, desarrollar y perfeccionar en el corazón las inclinaciones piadosas, todas las virtudes cristianas, desarrollar y perfeccionar las facultades corpóreas, hé aquí á donde debe dirigirse la enseñanza completa, hé aquí en qué consiste la verdadera, la sola verdadera educación.

Decía Platón: «Trabajamos sin descanso por hallar los estudios y ejercicios más aptos para educar á los jóvenes y á los que éstos deberán sujetarse para llegar á ser hombres distinguidos.»

Nosotros que por la amorosa bondad de Jesucristo tenemos para nuestra razón luces más esplendorosas que tuvo aquel ilustre filósofo, nosotros que gozamos en pleno cristianismo de las iluminaciones del Evangelio católico, sabemos con toda certeza qué estudios y qué ejercicios deberá seguir la juventud para ser juventud verdaderamente distinguida.

Al decirnos el divino Maestro que fuéramos perfectos como el Padre que está en los cielos, nos recordaba que habíamos sido hechos á su imagen y semejanza, que según el tipo divino debe modelarse nuestra educación; y por eso en la criatura humana brillan esplendorosamente los rasgos de la perfección y gloria divinas.

Dios es la vida, la inteligencia, el amor sin límites: Dios es la verdad, la belleza, la bondad suma.

Estas divinas perfecciones se hallan reflejadas en las facultades nacientes del niño: éste es el fondo de ese ser débil.

Si Dios vive, piensa, ama, el niño también vive, piensa, ama; si Dios es la verdad, la belleza, la bondad infinitas,

lo verdadero, lo bello, lo bueno serán el objeto esencial y único de la enseñanza intelectual, moral y religiosa en la educación del niño.

La armonía, el reposo, la plenitud, la fuerza de las grandes facultades humanas sólo se hallan en el acorde perfecto con lo verdadero, lo bello, lo bueno, con la verdad, la belleza, la bondad infinitas: hé aquí la gran obra de la educación.

Esta enseñanza muestra el desarrollo y ejercicio de las facultades humanas y revela su movimiento, su naturaleza, su acción: sólo ella alumbra las ciencias, las lenguas, las literaturas, la poesía, las artes que al hombre se le enseñan. Dó quiera aparece Dios: su nombre, su esplendor hacen brillar con toda magnificencia las bellezas del ser humano, las riquezas que Dios le ha prodigado. La perfección divina, á cuya imagen ha sido hecho el niño, es el fin, la forma, el tipo esencial de su educación. Dios debe ser el todo para el niño, la perfección de su ser, el alimento inmortal de su entendimiento, la inspiración de su amor y la vida de su alma entera.

Mas hay que tener muy presente que todos los dones del Creador, que la grandeza y hermosura de la naturaleza están en el niño, como en germen, para crecer, para desarrollarse, para ser cultivadas dignamente, con respeto religioso.

Vida, inteligencia y amor; espíritu, talento, genio; buen sentido, buen gusto; voluntad, carácter, conciencia; letras, ciencias, artes, industria; religión, moral, verdad, virtud: todas estas grandes y divinas cosas de la humanidad quedan desconocidas y perdidas en el niño, sinó se ha tenido el cuidado de estudiarlas y cultivarlas religiosamente.

Sólo una educación verdaderamente respetuosa, sinceramente religiosa puede cultivar con dignidad dones tan admirables del Creador, elevar esas bellas facultades á la plenitud de su naturaleza, á la plenitud de su fuerza y de su acción, hermosearlas con su más gracioso crecimiento, y coronarlas, en fin, con las flores y frutos de la virtud y del saber.

Por elevada que aparezca esta enseñanza, ella es el fondo, la base sobre que debe asentarse y arrancar el edificio de la completa educación. Esta grande y misteriosa obra es difícil, en su aparente sencillez abarca vastas proporciones; mas si el educador no se aplica á comprenderla, á abrazarla, á hacerla en toda su grandeza, la trata irrespetuosamente, la profana de una manera sacrílega.

Cuando en el niño no se cultiva su naturaleza y dignidad humana, cuando se descuida de formar en él *el hombre*, como Dios le ha concebido, como Dios le ha creado, se le hace traición, se falta al respeto debido al niño, á su grandeza original; y, sin embargo, *esta traición y esta falta de respeto abundan por dó quiera.*

El digno educador no olvidará jamás que el niño es el hombre, depositario de todos los dones de Dios, de todas las esperanzas de la humanidad; por tierno y débil que aparezca, hállase ya revestido de la gracia, de toda la dignidad que Dios ha comunicado á la naturaleza humana: este recuerdo le ayudará á sostenerse, á no decaer en la noble y laboriosa misión á que se ha consagrado.

Cuando Dios creó al hombre, no lo hizo con negligencia y con desdén; ni siquiera empleó aquel mandato breve é imperioso, *fiat*, hágase con que sacó de la nada la creación que tanto nos encanta, y la luz y el sol: no; Dios, parece, se concentró en sí mismo, pronunció una palabra de consejo y hasta cierto punto, de respeto, esta palabra grande é inmortal: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza*; y obró con la dignidad de una obra, llena de majestad.

La creación del hombre fué, ante todo, el resultado de un consejo supremo, siguióle la acción divina, y, por fin, el soplo, la inspiración de la vida interminable: *spiraculum vite*.

Si tan sublime es la creación del hombre, tan sublime debe ser su educación y tan sublime el respeto con que debe hacerse.

La educación, pues, deberá formar al hombre, *instituir*

al hombre, como han dicho Quintiliano y Bossuet, según le hizo Dios: cuerpo y alma, entendimiento, voluntad, corazón y conciencia.

Formar al hombre, instituir al hombre es dar al niño todo el desenvolvimiento, toda la elevación, toda la fuerza, toda la belleza de que son susceptibles sus facultades físicas, intelectuales, morales y religiosas; dar á su cuerpo vigor, agilidad para el buen servicio del alma; á su entendimiento los bellos conocimientos, las nobles enseñanzas que serán el ornamento y la luz de su vida; hacerle adquirir toda la extensión de su fuerza con ejercicios convenientes, con trabajos intelectuales; desarrollar su juicio, su razonamiento, su gusto, su penetración, su memoria, su imaginación, su facilidad en expresarse; su pensamiento y su palabra, las dos grandes prerrogativas de la humanidad.

Formar al hombre es también fortificar su carácter, afirmar su voluntad, ilustrar su conciencia é inspirar á su corazón los sentimientos generosos; y, en fin, desenvolver en su alma todas las inclinaciones virtuosas que le harán cumplir los deberes que tiene para con su Creador, para consigo mismo, con la sociedad y sus semejantes.

Mas á consecuencia del pecado original hay también en el niño defectos, malas inclinaciones, y éstas se convertirán en vicios, y las buenas no llegarán á ser virtudes, si el educador no estudia unas y otras con todo esmero, y se afana por desenvolver las buenas y extirpar ó moderar las malas con fuerza y sabiduría: fuerza y sabiduría que sólo se encuentran en Dios y en el respeto religioso de la dignidad de la naturaleza del niño.

Todo lo que no sea poner al hombre en completa posesión de sí mismo, desarrollar todas sus nobles facultades, sin descuidar ninguna, es hacer un trabajo imperfecto, una mala educación, una obra miserable, es poner con temeridad la mano sobre la imagen de Dios para desfigurarla, sobre las esperanzas más bellas y más puras para marchitarlas, sobre las facultades más nobles para arruinarlas.

Y pues el compuesto humano, el hombre es uno, una, simple, constante, entera debe ser la educación.

La integridad de su educación es la ley providencial de su vida y de su porvenir; nada de lo que Dios le ha dado debe descuidarse: del abandono de los dones de Dios provienen tantas educaciones deplorables, desgracia de los niños y vergüenza de los educadores, tantas culpables negligencias, tantos soberbios desdenes, tantos desprecios sacrílegos, tanto mercantilismo mercenario é hipócrita de que son víctima la juventud y la niñez.

Para dar al niño todo lo que se le debe, como á hechura de Dios, deberán dársele cuatro educaciones parciales, *la física, la intelectual, la moral y la religiosa* que juntas integran *la educación esencial* que es la que forma al hombre.

Esta educación esencial que con los accidentes de cada nación es la que sólo merece llamarse *nacional* deberá ser una, constante en sus tres periodos: *doméstica, pública*—la de las clases—y *social*.

Como la naturaleza del niño gradual y harmónicamente se desarrolla, así gradual y harmónicamente debe hacerse su educación esencial.

Cada educación parcial se dirige de un modo especial á desenvolver una facultad; y si el desarrollo inharmónico de un miembro en el cuerpo humano sería en perjuicio de los demás, y la salud y crecimiento graduado de los mismos sirve á la salud y crecimiento de todo el cuerpo, así la graduación y armonía de las cuatro educaciones parciales harán que se fortifiquen mutuamente y que la influencia de cada una sirva admirablemente al conjunto.

La educación *doméstica* queda á la exclusiva dirección de los padres; la *social* se la termina el individuo; y la *pública* es de la sola competencia de los profesores y educadores en los internados y es compartida con las familias para los niños externos.

Como la educación *pública* que se hace para el niño en el periodo de su instrucción es la sola que generalmente puede contar con dignos educadores, así es también la que á toda costa debe propagarse, haciéndola eminentemente popular; y sería sumamente beneficioso para las familias y

para la sociedad, dice Timón-David, fomentar los pensionados externos que, al nivel de las clases más modestas y menesterosas, confían sus hijos durante el día á personas competentes, sin apenas peligro de deshacerse en la familia el grandioso edificio que para cada niño se forma en la casa de educación.

La educación *pública* dada convenientemente corrige los defectos de la *doméstica* y dispone al joven para acabar de perfeccionarse en la *social*.

Si en la educación *pública* recibe el niño las enseñanzas y prácticas más sublimes y más puras de la religión, la mayor instrucción posible, la más noble disciplina y los cuidados físicos más delicados y atentos, saldrá *hombre*, habrá recibido la educación *esencial*; y sólo entonces se podrá decir con verdad, «que una escuela, una casa de educación que se abre, es un presidio que se cierra;» de no ser así, esa máxima es inepta vulgaridad, trasnochado pelagianismo de hombres ignorantes ó irreflexivos.

La religión, la moral, la instrucción, los cuidados físicos, hé aquí los cuatro medios que hay que poner en ejercicio para hacer de un niño un hombre, tal como Dios le ha creado y tal como la sociedad le necesita.

Toda otra educación que no se base sobre esos *cuatro elementos*, será incompleta, truncada, indigna, no merece el nombre de educación, y no hará en su lamentable mutilación sino multiplicar esos tristes ejemplos de hombres mal hechos, mal educados, hombres desgraciados que echarán en cara á sus educadores culpables é ineptos, haber desconocido en ellos los dones de la naturaleza, haber ultrajado los derechos de la dignidad humana y de haber deshonrado la obra del Creador. *Infelix operis summa, quia ponere totum-nesciet.*

CAPÍTULO II

La religión.— Primer medio

Religión, piedad, virtud, hombre religioso, hombre piadoso, hombre virtuoso tomanse ordinariamente como sinónimos, si bien la religión aparece como principio, causa de la piedad y de la virtud.

Al considerar á la religión como primero y principal medio para hacer del niño hombre completo, atiéndose el educador á lo preceptuado por el divino Maestro: «Buscad ante todo el reino de Dios y todo lo demás se os dará con creces.» La religión da al hombre la felicidad para la eternidad y para este mundo la única posible felicidad del desterrado.

Al definir Plutarco al hombre: «animal religioso,» miraba á la religión como el último, el más característico del hombre, sin el cual, con cualesquiera otras cualidades no se distinguía del animal ó quedaba hecho una bestia.

Conocidos son los versos de Virgilio en que dice que todo debe empezarse por la religión, que la religión lo llena todo, que lo primero que debe hacer el hombre es ser religioso: *Ab Jove principium, musæ: Jovis omnia plena. In primis venerare Deos.*

«Con justicia y sabiduría, decía Plinio, nuestros mayores determinaron que nuestros discursos y acciones empezaran por la religión. Porque ¿qué cosa puede comprenderse con favorables y legítimos auspicios sin el socorro, sin la inspiración de la Divinidad, honrada desde luego por nuestros homenajes?»

«Lo mejor que hizo Thales, el primero de los siete sabios, dice Tulio, fué recomendar á los hombres mirasen todas las cosas llenas de la Divinidad. Así se acostumbra-
rán á vivir con más pureza, pensando que este mundo con

todo lo que contiene es un templo consagrado por la religión, y el hombre su habitante.»

«Al defender la religión, decía también Tulio, defendiendo nuestros hogares, lo mismo que los templos y santuarios de Dios; defendiendo nuestras murallas que vosotros, oh Pontífices, llamáis con razón santas, porque la religión guarda la ciudad mejor que los baluartes. Mientras tenga un átomo de vida, miraré como un crimen hacer traición á la religión.»

Después que ha venido el sólo que es, ha sido y será *luz del mundo*, el educador católico sabe más y mejor que los sabios de la antigüedad; sabe que la religión, cadena de oro que une la tierra al cielo y por donde descienden todos los bienes de acá abajo, es también lo que más ayuda para hacer de un niño un hombre, lo que más le acerca á su causa y principio infinitos, y que después de coronarle de bendiciones en esta vida le coronará de gracias y dichas sin fin en la vida inmortal.

Sabe que la religión es la más santa y augusta educadora que revela al niño las enseñanzas más sublimes y más puras; el beneficio de la creación, la soberanía del Creador que con su voluntad fecunda y omnipotente nos ha llamado de la nada al ser, el beneficio de la redención, el sacrificio y amor del Salvador que, sin perder nada de su gloria y felicidad infinitas, se ha hecho hombre semejante á nosotros y ha venido á este mundo á buscar al hombre extraviado, rescatarle con su sacrificio, muriendo en una cruz y darle una prueba evidente del amor infinito de su divino Corazón.

Sabe que la religión es la autoridad más grande que manda á todo ser, capaz de conocimiento y amor, conocer y amar á Dios infinitamente amable y amante, infinitamente perfecto, y amarle, como merece ser amado, soberanamente, más que uno á sí mismo, más que á todas las cosas, y como sencilla y enérgicamente dicen los Libros Santos, con todo el corazón, con toda el alma, con todos los pensamientos y con todas las fuerzas.

La religión manda adorar á Dios y pedirle gracias con aquella fe viva, con aquella humilde confianza, con aquel conocimiento de nuestra nada que atraen las miradas de Dios infinitamente misericordioso, conmueven su Corazón, y hacen descender sus bendiciones sobre los que le invocan.

La religión es aquella fuente misteriosa de donde manan las gracias para practicar el bien, que fortifican á los más débiles para cumplir los deberes más penosos, que hacen germinar, brotar y florecer en los corazones fieles las virtudes más amables, las más afectuosas, las más heroicas, la dulce y constante piedad, la fe, la viva esperanza, la resignación, la paciencia, el pudor virginal, la inocencia, la esforzada castidad, la sobriedad, la templanza, la amistad, la compasión, la justicia; nos libran del mal, y nos hacen tener horror á ingratitude, á la injusticia, á la disimulación, á la mentira y á todo lo indigno.

Ella es aquel poder auxiliador que sostiene la infancia y consuela la vejez en los ásperos y difíciles caminos de la vida, que previene nuestras caídas ó nos levanta, que nos inspira los piadosos pesares, los santos remordimientos, segunda inocencia, hija del arrepentimiento; la que nos enseña el temor de Dios, temor filial, el apoyo más firme de la virtud, el fundamento más sólido de la vida humana, el más bello de los temores.

La religión es el único é inmortal lazo bendito de las sociedades de los hombres, que acerca á Dios todos sus hijos, que hace de todos una familia de hermanos, y les enseña á no negarse unos á otros ni la verdad, ni la caridad, ni la justicia; la que junta todos sus pensamientos, todos sus amores en un solo pensamiento y amor del Padre de todos, que está en los cielos; la que los reúne en las fiestas religiosas, para con un solo corazón, una sola alma, una sola voz cantar unánimemente las alabanzas del Creador, aprender juntos á amarle, y amarse unos á otros por amor á él.

La religión, como dice el Arzobispo de Cambrey, se

sirve del incienso más exquisito, de las ceremonias más majestuosas, de los templos más augustos, de las asambleas más solemnes, de los himnos más sublimes, de las melodías más conmovedoras, de los ornamentos más preciosos, del exterior más grave de sus ministros del altar para alimentar en el fondo de las almas todas las virtudes que la piedad y el amor de Dios inspiran, para ofrecer á Dios el augusto sacrificio de los altares, y hacer más sensibles la adoración, el reconocimiento y la sumisión sin límites que se deben á su soberano dominio sobre todas las criaturas.

La religión, don el más precioso descendido de los cielos sobre los hombres, es también un elemento, el más grandioso de la educación.

Ciertamente, ante todo, do quiera y siempre la religión es el lazo esencial del hombre con Dios el fin único de la creación divina y de la vida humana, y lo mismo en la educación que en todo lo demás la religión es el fin último, el principio y el fin, el alfa y omega; pero es además el elemento más esencial, más infalible y más poderoso para la educación.

Si la religión es el primer don del cielo, debe presidir á la obra más noble y más grandiosa que hay sobre la tierra, la educación, que se dirige á todo el hombre, como Dios le ha concebido y le ha creado, que continúa la obra divina en los seres más elevados y llega á ser la segunda creación, la segunda paternidad de las almas.

Si la educación perfecciona el entendimiento por la instrucción y la voluntad por la disciplina, la religión perfeccionando directamente el corazón y la conciencia del hombre, le eleva sobre todo lo sensible y pasajero de esta vida, le relaciona con lo eterno y divino, alumbrá su entendimiento con las ideas de lo bueno, de lo verdadero y de lo bello infinitos, y eleva su voluntad hasta hacerle amar una perfección cuyo tipo y límite es el mismo Dios.

Así es como la religión dirigiéndose directamente y como medio especial *al corazón y á la conciencia*, eleva el

entendimiento y voluntad sobre su esfera natural, abre al entendimiento nuevos é infinitos horizontes y á la voluntad nuevos é infinitos amores.

Para que la voluntad y entendimiento puedan remontarse á esa esfera altísima, la religión les da su forma, su elevación, sus luces, su omnipotente concurso: si *la instrucción* es luz, la religión ilumina hasta lo infinito, revelando al hombre un destino sobrenatural, inmortal, término de su vida sobre la tierra.

La religión, como *la disciplina*, es también ley, regla, autoridad del orden supremo, y ordena á la voluntad todo lo que debe amar, hacer y practicar hasta conseguir su fin inmortal, y forma la conciencia, revelándole con toda certeza el conocimiento del bien y del mal, é inspirándole el amor del bien y el aborrecimiento del mal.

La religión forma y perfecciona también *el corazón*, inspirándole aquel sentimiento noble y puro, manantial de los amores virtuosos; ella forma y perfecciona *el carácter* con el ejercicio constante y paciente de todos sus deberes; y la religión es, en fin, caridad, gracia, auxilio divino, y da fuerzas para conseguir el último, sólo verdadero é imperdible bien de la vida humana.

Véase como la religión es el elemento más poderoso de la educación del hombre.

Si la religión enoblece *los sentimientos* del hombre, alumbrá *su entendimiento*, añadiendo los esplendores de la fe á la luz de *la razón*, dirige y purifica *la voluntad*, forma *la conciencia*, afirma *el carácter*, enoblece *el corazón* y eleva la vida del hombre á la inmortalidad, despliega también su admirable influencia y eficacia en todo lo que se relaciona con la obra divina de la educación. Cuando la religión es lo que debe ser en la educación, no se limita á *corregir las faltas*, *corrige los defectos*; al purificar *la conciencia*, reforma *la naturaleza*; al dar la fe, fortifica *la razón*; al tocar *el corazón*, forma y enoble *el carácter*.

¿Y quién podrá enumerar los beneficios maravillosos que indirectamente produce la religión sobre todo el hom-

bre, preservando á su entendimiento de errores, ilusiones, delirios, fijando su atención; á su voluntad y corazón, de amores que serían su muerte, y hasta su cuerpo, de vicios que, como gusanos roedores, minarían y destruirían su salud y fuerzas físicas?

Es, pues, la religión un elemento de educación que penetra, que sostiene, que alumbra, que anima todos los otros elementos. Sin la religión todo es débil, todo es vano, todo es falso, todo se pervierte, todo es despreciable.

Déseme, decía San Agustín, una nación donde se viva como enseña la religión y esa nación será trasunto del paraíso.

La religión, ha dicho un filósofo, que, al parecer, sólo tiene por objeto hacer á los hombres felices en la inmortalidad, cuidase de hacerlos también felices en este mundo.

Es que la religión, que Jesucristo ha venido á este mundo á dar al entendimiento, á la voluntad, al corazón, al hombre entero una vida más grande, más dilatada, una vida más abundante: *Ego veni ut vitam habeant, et ut abundantius habeant.*

Cuando Dios quiere airado castigar á un pueblo con plagas más terribles que las de Egipto, permite que se levanten sabios sin religión, publicistas sin conciencia, educadores sin idoneidad; y cambiando los nombres de las cosas, llamando bien al mal, mal al bien, luz á las tinieblas, tinieblas á la luz, fascinan con los siniestros fulgores de su genio las multitudes siempre fascinables; y tinieblas palpables, como las que brotan del pozo del abismo, oscurecen los entendimientos; y la educación, la obra divina de la educación queda rebajada á no tener más aspiración, más ideal que lo que se llama *lo positivo, lo material, lo tangible*; renunciase á lo que de ángel hay en el niño, y sólo se explota lo que tiene de bestia.

«La religión, ha dicho Bacon, es el aroma de la ciencia.» Si la religión impide que la ciencia se pervierta, impide también que el corazón se malee, que la salud se marchite y que se haga mal uso de lo que se llama bienes de

este mundo: tan sólo de la virtud, hija primogénita de la religión no puede usarse mal, como notó San Agustín.

Si, pues, la religión preserva á todo el hombre de los verdaderos males de la vida presente y de la futura, y le engrandece con todos los dones en el tiempo y en la eternidad, bien podremos decir de ella lo que el Espíritu Santo dice de la Sabiduría: con la Religión vienen sobre el hombre todos los bienes: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa.*

CAPÍTULO III

La piedad

Después de la religión viene la piedad, sentimiento interior, dulcísima virtud que nos hace cumplir con amor todos los deberes de la religión. La piedad es la flor más bella, el aroma más puro de la religión. Ha dicho el Doctor angélico, la religión nos enseña á mirar á Dios como á nuestro Creador, la piedad nos le muestra como el Padre más amante. De la piedad puede decirse lo que de la compunción dice el autor de la Imitación de Cristo: «vale más sentirla y practicarla que definirla.

Cuando decimos una piedad grande, sincera, sólida, verdadera, una piedad pura, viva, activa, una piedad dulce, amable, ilustrada, constante, no hacemos más que designar los diversos matices que presenta el amor á la religión, el amor á Dios.

La piedad comprende los sentimientos más dulces, más constantes, más nobles y más sublimes: la fe viva, el amor generoso, la confianza filial, el temor respetuoso, la gratitud á los beneficios, la adoración, las súplicas, la dicha de cantar las alabanzas divinas, el celo por estudiar la ley de Dios, por escuchar su palabra, visitar sus templos, adornar sus altares, celebrar sus fiestas: la piedad fomenta el trato

bre, preservando á su entendimiento de errores, ilusiones, delirios, fijando su atención; á su voluntad y corazón, de amores que serían su muerte, y hasta su cuerpo, de vicios que, como gusanos roedores, minarían y destruirían su salud y fuerzas físicas?

Es, pues, la religión un elemento de educación que penetra, que sostiene, que alumbra, que anima todos los otros elementos. Sin la religión todo es débil, todo es vano, todo es falso, todo se pervierte, todo es despreciable.

Déseme, decía San Agustín, una nación donde se viva como enseña la religión y esa nación será trasunto del paraíso.

La religión, ha dicho un filósofo, que, al parecer, sólo tiene por objeto hacer á los hombres felices en la inmortalidad, cuidase de hacerlos también felices en este mundo.

Es que la religión, que Jesucristo ha venido á este mundo á dar al entendimiento, á la voluntad, al corazón, al hombre entero una vida más grande, más dilatada, una vida más abundante: *Ego veni ut vitam habeant, et ut abundantius habeant.*

Cuando Dios quiere airado castigar á un pueblo con plagas más terribles que las de Egipto, permite que se levanten sabios sin religión, publicistas sin conciencia, educadores sin idoneidad; y cambiando los nombres de las cosas, llamando bien al mal, mal al bien, luz á las tinieblas, tinieblas á la luz, fascinan con los siniestros fulgores de su genio las multitudes siempre fascinables; y tinieblas palpables, como las que brotan del pozo del abismo, oscurecen los entendimientos; y la educación, la obra divina de la educación queda rebajada á no tener más aspiración, más ideal que lo que se llama *lo positivo, lo material, lo tangible*; renunciase á lo que de ángel hay en el niño, y sólo se explota lo que tiene de bestia.

«La religión, ha dicho Bacon, es el aroma de la ciencia.» Si la religión impide que la ciencia se pervierta, impide también que el corazón se malee, que la salud se marchite y que se haga mal uso de lo que se llama bienes de

este mundo: tan sólo de la virtud, hija primogénita de la religión no puede usarse mal, como notó San Agustín.

Si, pues, la religión preserva á todo el hombre de los verdaderos males de la vida presente y de la futura, y le engrandece con todos los dones en el tiempo y en la eternidad, bien podremos decir de ella lo que el Espíritu Santo dice de la Sabiduría: con la Religión vienen sobre el hombre todos los bienes: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa.*

CAPÍTULO III

La piedad

Después de la religión viene la piedad, sentimiento interior, dulcísima virtud que nos hace cumplir con amor todos los deberes de la religión. La piedad es la flor más bella, el aroma más puro de la religión. Ha dicho el Doctor angélico, la religión nos enseña á mirar á Dios como á nuestro Creador, la piedad nos le muestra como el Padre más amante. De la piedad puede decirse lo que de la compunción dice el autor de la Imitación de Cristo: «vale más sentirla y practicarla que definirla.

Cuando decimos una piedad grande, sincera, sólida, verdadera, una piedad pura, viva, activa, una piedad dulce, amable, ilustrada, constante, no hacemos más que designar los diversos matices que presenta el amor á la religión, el amor á Dios.

La piedad comprende los sentimientos más dulces, más constantes, más nobles y más sublimes: la fe viva, el amor generoso, la confianza filial, el temor respetuoso, la gratitud á los beneficios, la adoración, las súplicas, la dicha de cantar las alabanzas divinas, el celo por estudiar la ley de Dios, por escuchar su palabra, visitar sus templos, adornar sus altares, celebrar sus fiestas: la piedad fomenta el trato

suave é íntimo con Dios, recibiendo en retorno *el rocío de la tarde y el rocío de la mañana*, que dicen las Escrituras, la inspiración de lo alto, y el rayo del sol divino que hace crecer y florecer en el corazón las virtudes más amables y más heroicas: la fuerza moral, la energía para el bien, el invencible valor contra el mal, el heroísmo del alma en las pruebas ásperas de la vida.

Cuando un poeta clásico hizo un prólogo para una casa de educación católica, presentó á la piedad, hija muy amada de Dios, descendiendo de la morada de la infinita felicidad á aquella mansión de almas inocentes, sus eternas compañeras, y allí en aquel asilo habitado por la gracia, el más puro debajo de los cielos, lejos de los ruidos mundanales, formando con sus manos á un pueblo creciente, instruyéndolo en los santos deberes y desenvolviendo en sus corazones la semilla bendita de las virtudes que santificarán la tierra.

La piedad es también honor y gloria y es uno de los nombres del inmortal catolicismo: *Nominabitur nomen tuum nomen pietatis.*

El mismo Espíritu de Dios se gloria llamándose Espíritu de ciencia y de piedad: *Spiritus scientie et pietatis.* Y San Pablo, parece, no se cansaba de decir á su discípulo: «Ejercítate en la piedad; la piedad es útil para todo; la piedad tiene las promesas de la vida presente y las de la venidera.»

La piedad tiene tales encantos, que hasta el mundo que tanto declama contra la superstición y la hipocresía, no puede menos de tributarle honor, venerarla y admirarla, en la juventud sobre todo. Es que la piedad hace aparecer en la frente del joven algo que viene de los cielos; y cuando el mundo ve un joven verdaderamente piadoso, se conmueve involuntariamente y gusta de contemplarle. Hase escrito de un joven: «Al mismo tiempo que la piedad día por día desarrollaba la belleza de su alma, la proyectaba sobre su rostro con gracia encantadora.» Conocidas son también las palabras de Rousseau, subyugado en un mo-

mento feliz por el ascendiente irresistible de esta virtud de los cielos: «Un joven que ha conservado su inocencia, su piedad hasta los veinte años es el mejor, el más generoso, el más amable de los hombres.»

Hasta el mundo pagano celebró la piedad, como el sentimiento más elevado y más puro del corazón del hombre. El hombre de bien, dice Séneca, es el hombre de grandísima piedad para con la Divinidad: *Vir bonus et summæ pietatis erga Deos.*

Cicerón miraba la piedad como el único fundamento de la buena fe y de la justicia entre los hombres. Si quitáis, decía, la piedad para con la Divinidad, desaparecerán la buena fe y la justicia: *Pietate adversus Deos sublata, fides etiam et justitia tollitur.*

Hesiodo quiere que se ruegue á la Divinidad y se la implore cuando termina el día y es hora de dormir, y por la mañana cuando los trabajos del día van á comenzar: *Atque placa eos, et quando ieris cubitum, et quando tempus matutinum venerit, ut sint animo benevolo in te.*

Platón quiere que se celebren con piedad las fiestas de la Divinidad y que se miren la institución y reposo de las fiestas como un beneficio divino. Los dioses, dice, movidos á compasión por el género humano, condenado por la naturaleza al trabajo, nos han proporcionado intervalos de reposo en la sucesión regular de las fiestas instituidas en su honor: ellos han querido que con su auxilio podamos reparar en estas fiestas las faltas de nuestra educación.

Séneca llega á decir que cada hombre debe consagrar su corazón á la piedad, y hacer de él el santuario de la Divinidad: *Deus est consecrandus cuique in suo pectore.*

Estos testimonios irrecusables del paganismo demuestran con toda evidencia la sima vergonzosa en que se hallan los educadores que, después de diez y nueve siglos de alumbrarnos el refulgente sol de la verdad católica, desprecian todavía ó deseuidan la piedad: éstos educadores son, como dice San Ireneo, ciegos voluntarios que se han arrancado los ojos, y van palpando en pleno y purísimo sol de medio día, como otros van palpando en las tinieblas.

Es, pues, la piedad necesaria para la obra divina de la educación, no sólo porque es el primer deber para con Dios, porque la piedad comprende y cumple todos los deberes, sinó, además, porque la piedad es la primera de las virtudes, la inspiradora y sostén de todas.

En el gran ministerio de la educación no es sólo la piedad una imperiosa obligación, es, además, una ayuda, un auxilio indispensable á todo educador y que no podrán suplirlo lo mejores talentos reunidos.

La educación es una obra tan difícil, tan complicada, tan laboriosa, que la fe sin obras, la religión fría, la lánguida tibieza no hacen apenas cosa: necesitase una fe viva é ilustrada, una religión fervorosa, el amor de Dios, el espíritu de oración, todo esto en lo más íntimo del corazón; necesitase, en fin, la piedad.

Un hombre ya formado podrá permanecer virtuoso si su religión es sincera y sólida aunque no sea fervorosa: con los niños, con los jóvenes no pasa así; si no son fervorosamente piadosos, carecen del apoyo y ayuda para la virtud; su fe no es, á su edad, bastante fuerte, ni su fidelidad bastante generosa; sus corazones son tiernos y débiles; marchitase con facilidad, si no están sostenidos por una gran piedad. Pensar de otra manera es desconocer la fragilidad de estas tiernas plantas. El soplo de la gracia las eleva fácilmente hacia el cielo; y el soplo del vicio las inclina muy pronto hacia la tierra.

¿Cómo resistirán al respeto humano, á los malos ejemplos, á los consejos pérfidos, á las seducciones de un mundo corrompido y corruptor? *Corrumpere et corrumpi saeculum vocatur*, decía Tácito. ¿Quién sostendrá su debilidad contra las malas inclinaciones y contra tanto mal que los rodeará por do quiera? Caerán infaliblemente, si les falta el temor y amor de Dios, si les falta la fervorosa piedad: romperanse los lazos que los unían á la virtud, y en aquellos mismos labios, teñidos con la sangre de su Dios sacramentado aparecerá la sonrisa mortal de la indiferencia, del desdén, del vicio y aún de la impiedad.

El niño no sólo deberá luchar contra el vicio y todas las malas seducciones, sinó que deberá formar sus buenas cualidades, sus virtudes, combatiendo todos los días laboriosa y constantemente contra sus defectos: en esta lucha interior, en este trabajo áspero y profundo necesita el niño una gran voluntad, resuelta á moderar, domar y trasformar las ardientes pasiones y todas las imperfecciones de su naturaleza, ya remisa, ya violenta, ora apática, ora voluble, ya afeminada, ya irascible y casi siempre activa y resistente. El niño debe sostener contra sí mismo este duro trabajo; él es el que debe desarraigar el mal, cultivar el bien, corregir sus defectos, desarrollar las buenas cualidades; el trabajo del educador se limita á ayudarle, á animarle; el niño debe poner más de su parte, y sin el temor y amor de Dios, sin la ferviente piedad sentirá ser su trabajo muy superior á sus fuerzas.

No hay que confiar en niños que aparentan docilidad, pero no son piadosos: su docilidad proviene de que todavía no ha llegado para ellos la hora de las pasiones, de las grandes seducciones del mundo; y cuando llega, no habiendo piedad, su docilidad sólo sirve para dejarse arrastrar por el mal.

Mas si un niño es piadoso, si abre su corazón al temor y amor de Dios, aunque tenga defectos y vicios remédiase todo con paciencia y tiempo, y puede adquirir completa educación.

La edad de la niñez es la más propia para la piedad, no sólo porque esta imprime en sus juveniles frentes un brillo purísimo y da á sus buenas cualidades naturales un encanto que las embellece, sinó porque siendo la piedad, en último resultado, amor de Dios, no hay corazón donde mejor se insinúe el amor divino que en el corazón de los niños. Aquí todo es puro, vivo, sencillo, ingénuo, generoso, ardiente, todo está dispuesto para el noble y santo amor: aquí se enciende con facilidad maravillosa este bendito fuego de vida, gústanse sus dulzuras, síguense sus inspiraciones con la amabilidad más espontánea, con el desprendimiento más desinteresado.

La piedad en los niños es verdadera, íntima, de corazón, valerosa, fiel al deber, porqué en un corazón, donde abunda el amor de Dios, brota una fuente viva de los sentimientos más dulces, más fuertes y más proporcionados, como dice Fenelón.

Si no hay corazón más duro, más frío, más repulsivo que el corazón de un niño egoísta que sólo se ama á sí en todas las cosas, en cambio no hay corazón más amable, más amante, más franco, más simpático que el del joven y generoso cristiano, poseído y animado del puro y sublime amor de Dios. En el corazón de este joven todo es sencillo, noble, delicado, modesto, efectivo.

¡Cuántas veces, dice Dupanloup, repetía con gozo estas hermosas cosas á los jóvenes que yo educaba! y ellos las comprendían; estas lecciones de piedad entraban en sus almas. Nada de singularidad y de afectación, les decía, nada de gestos ni de ridiculeces, la piedad ha de ser sencilla, dirigida enteramente hacia vuestros deberes, animosa, llena de la confianza y de la paz que provienen de la buena conciencia y de la unión sincera con Dios.

Entendida así la piedad, lejos de ser una nueva carga, un deber de más en la educación, al contrario, ella dulcifica y suaviza todas las obligaciones, fortifica todo, anima todo, presta su savia y su vigor á las virtudes y á las buenas cualidades de las almas de los niños.

Los niños hallan enojoso, duro, penoso, abrumador lo que tienen que hacer por temor, por riguroso deber, por la sola razón; mas si lo hacen por amor, por persuasión, por buena voluntad, de corazón, por agradar á Dios á quien aman, por agradar á sus padres, á sus maestros ¡ah! por pesada que sea la cosa, van á ella con amor, con ánimo y esfuerzos admirables.

Mas si el niño no tiene piedad, amor á Dios, por laborioso y regular que se le suponga, aparecerá con frecuencia inconstante, impaciente, susceptible, envidioso: no sólo será difícil de educar sinó también de instruir: se cansa, se disgusta, se desanima, desconfía de sus mejores maestros,

no puede sufrir ninguna contradicción, ningún percance desagradable, se siente herido, se irrita, cambia sin cesar, no se sabe decidir á nada grande, no se fija en ninguna cosa.

El niño piadoso tiene también sus defectos, pero los conoce, los detesta, trabaja por corregirlos; si cae, se levanta, sin desesperarse, sin disimular sus faltas: al escuchar con docilidad las verdades más amargas, muestra tener una alma verdaderamente grande, y no tarda en triunfar de todas sus debilidades. La piedad es firmeza, no tiene nada de débil y, á veces da á jóvenes de trece á catorce años un carácter tan formado, un vigor de entendimiento que maravilla: la piedad los hace desde luego aplicados, previsores, moderados, rectos y firmes contra sí mismos, los hace los mejores compañeros, los amigos más sinceros, sencillos, amables, sin genialidades, sin altivez, sin presunción, sin dureza: la piedad perfecciona todo su ser; elevando su pensamiento engrandece su corazón con naturalidad, con afectuosa expansión: los jóvenes piadosos son los más alegres, los más divertidos, los más risueños y hasta los de mejor aspecto físico. Es que la piedad alegra el corazón, y esta alegría del corazón da á la sangre el bálsamo de la vida, como dice la Escritura; al paso que la tristeza y las pasiones del niño impío secan sus huesos: *Fecunditas cordis vita hominis. Spiritus tristis exiccat ossa.*

Muchas veces, añade Dupanloup, me he admirado al ver la indiferencia de algunos maestros acerca de la piedad de sus discípulos, y no he sabido explicarme esta conducta deplorable, sinó porque no conociendo ni teniendo ellos piedad, son impotentes para inspirarla á los niños: estos maestros son dignos de lástima. Por lo que toca á mí, hago esta ingénuo confesión: si al dedicarme á la educación de la juventud, no hubiera contado con este auxilio divino de la piedad, nada bueno hubiera hecho, hubiera sido un desgraciado; habría pedido á Dios el socorro de su gracia, ó me hubiera retirado de ese ministerio. Cuando recuerdo

mis experiencias y la naturaleza del ministerio que debía desempeñar, siento un horror profundo al pensar que sin la ayuda de Dios hubiera sido impotente en absoluto para hablar á los queridos niños, de modo que me entendieran, de sus deberes, de persuadirles las virtudes, la obediencia, el trabajo, el respeto: sin el recuerdo de Dios no habría sabido hacerles comprender mi abnegación y mi amor hacia ellos.

Conjuro á los educadores dignos á que mediten esto con el más sincero recogimiento en el santuario de sus pensamientos más religiosos: la piedad en una escuela, en una casa de educación no es solamente el deber más sagrado, sino el primer interés, el más urgente.

Cuando en una escuela, en una casa de educación reina la piedad, la ferviente religión, hay allí para las almas de los niños una atmósfera de vida, donde de continuo se retempla todo lo que sirve para educarlos. La piedad es como la sangre generosa que circula por todo el cuerpo y lo vivifica; es como ese aire rico, lleno de vida, dulce, fortificante cuya aspiración llena de gozo y de contento á los niños y á sus maestros. Si Hipócrates decía: el aire es el alimento de la vida: *Aer pabulum vitæ*, así es también la piedad para el corazón y para el alma, *pabulum vitæ*.

La piedad es la vida, la fuerza, la suavidad de la disciplina; la luz, el ardor, la generosa emulación de los estudios; el respeto y amor á los maestros, la verdadera y fraternal amistad entre los condiscípulos; la piedad es la sencillez, el candor, la rectitud; el horror á la mentira, á los placeres vergonzosos; la piedad es la pureza y la inocencia de las costumbres.

La piedad es también el trabajo, el buen empleo del tiempo: estaría en profundo error quien creyera que los ejercicios de piedad, la misa, el rosario, la lectura espiritual, la meditación, los sacramentos quitan tiempo á los estudios ó de nada sirven á una instrucción sólida y á una gran educación intelectual: esta es preocupación del mundo, enemigo de Dios y del hombre. La piedad sirve para todo

lo bueno: *ad omnia utilis est*. Nada hay tan eficaz, como los ejercicios de piedad, que tanto prepare para los grandes estudios, para la mejor educación literaria: ellos dan la generosa docilidad, la voluntad enérgica y perseverante, el amor al trabajo y aún á sus penalidades; es decir, los bienes más indispensables y más inapreciables del talento, y además los sentimientos morales y religiosos, el ornamento más bello de la inteligencia y del carácter en el niño y en el hombre. Nadie reputa por tiempo perdido el que se gasta en tomar alimento ó una honesta recreación: la piedad, alimento y recreo del corazón sirve admirablemente para la educación intelectual.

El gran educador Fenelón decía, como San Pablo, á su real discípulo: «En nombre de Dios, que la oración alimenta vuestro corazón, como la comida alimenta vuestro cuerpo. Que la oración, hecha á su debido tiempo, os produzca la presencia de Dios durante el día. Esta breve y amorosa visita de Dios reanima todo el hombre, calma las pasiones, da luz y consejo, modera poco á poco el genio, y hace que uno posea su alma, ó mejor, la deja poseer de Dios.»

Sin duda alguna los ejercicios de piedad deberán guardar el justo medio en número, duración y género: con esta condición y bien hechos devuelven centuplicado el tiempo que se les da: para un católico es de fe que la piedad tiene también las promesas de la vida presente: *Promissionem habens vitæ quæ nunc est*.

Decía el piadoso Arzobispo de Cambray: «No hagáis largas meditaciones, pero haced, en nombre de Dios, todos los días alguna en secreto. Este momento de provisión os alimentará para todo el día. Haced este pequeño rato de oración con el corazón más que con la cabeza, con sencillos afectos más que con raciocinios: pocas consideraciones bien ordenadas, mas mucha fe y mucho amor.»

Muchas veces, dice Dupanloup, he tenido ocasión de observar que la piedad gana, rescata el tiempo, *redimenter tempus*, que si es fervorosa, si la fe es viva, agranda, ex-

tiende, enoblece, eleva el entendimiento de los niños piadosos, y, á veces, hasta da talento al que no lo tenía. «El catecismo y la piedad han dado talento á mi hijo,» decía una señora de fama europea. Cien veces he observado esto, añade Dupanloup, más me explico que se admiren los que no lo han visto jamás. Menos se admirarán si les digo que la piedad enseña también las buenas formas de la urbanidad, y da á los niños piadosos una distinción tan amable, les inspira tal delicadeza de corazón y aún de entendimiento, que este secreto, propio de la piedad, es otra de las cosas que más me maravillan.

Los ejercicios piadosos dan á los corazones y entendimientos de los niños tal gravedad y nobleza que de suyo los elevan sobre la vulgar medianía.

Si yo tuviera que aconsejar, dice el Obispo de Orleans, á los que están encargados de la enseñanza, les diría adoptasen para todos los centros de educación los reglamentos de piedad de los seminarios. Con ellos se formaron en otros tiempos los grandes hombres de la nobleza, de la magistratura y de la clase media. De no hacerse así, gastarán mucho las naciones, y por maravilla tendrán un sólo hombre verdaderamente grande. Ante todo hay que ejercitarse en la piedad: *la piedad es útil para todo: la piedad cuenta con las promesas de la vida presente y de la venidera.*

CAPÍTULO IV

Ejercicios de piedad

Para conseguir el inmenso é inapreciable bien de hacer piadosos á los niños hay que seguir el consejo del Apóstol: Ejercitarlos en la piedad: *Exerce te ipsum ad pietatem.* Ejercicios piadosos bien elegidos, bien proporcionados, variados cuanto sea posible y siempre prácticos; hé aquí el medio infalible de hacer piadosos á los niños.

Conviene tener muy presente que en los ejercicios piadosos como en todo acto grave, los niños no gustan sinó de lo que dura poco, que no atienden sinó á lo que los afecta personalmente, á excepción de las historias, y que no sacan provecho sinó de lo que vivamente les interesa: en esto, aunque se parezcan á todo el mundo, ofrecen los niños una particularidad más característica; á causa de su volubilidad, ligereza, movilidad, se distraen con la mayor facilidad, y los discursos largos, las disertaciones sobre objetos grandiosos, pero que no tienen para ellos un objeto práctico, son tiempo perdido.

Los ejercicios piadosos demasiado largos, demasiado multiplicados y demasiado serios los cansan y aburren pronto y hacen que insensiblemente se vayan disgustando de las cosas piadosas.

En la elección y disposición de los ejercicios piadosos hay que atenerse con todo rigor al justo medio para que los niños no sientan cansancio: se conseguirá el justo medio si se cuida que todo ejercicio sea de tan evidente utilidad que no pueda suprimirse sin menoscabo de la piedad; que en la forma, brevedad y variedad haya tal interés que los niños hallen descanso y fuerza, hasta cierto agrado; y sean para ellos amable reposo después del trabajo.

Es principio fundamental: todo ejercicio piadoso que fastidia á los niños, es funesto; todo ejercicio que no interesa, es perdido; todo ejercicio que puede suprimirse sin perjuicio para la piedad es tiempo quitado sin razón al estudio.

El modo de hacer los ejercicios tiene para los niños tanta importancia como el fondo de los mismos: si se hacen medianamente, de una manera poco digna, lastimosa, se les hacen fastidiosos y hasta insufribles.

Los niños tienen sus prevenciones, sus caprichos, sus indiferencias, sus resistencias á algunas cosas; hay pues ante todo que convencerlos y persuadirlos, convencerlos de lo que es necesario, persuadirlos de lo que es útil, hacerles amar lo que es bueno: nada que parezca impuesto

tiende, enoblece, eleva el entendimiento de los niños piadosos, y, á veces, hasta da talento al que no lo tenía. «El catecismo y la piedad han dado talento á mi hijo,» decía una señora de fama europea. Cien veces he observado esto, añade Dupanloup, más me explico que se admiren los que no lo han visto jamás. Menos se admirarán si les digo que la piedad enseña también las buenas formas de la urbanidad, y da á los niños piadosos una distinción tan amable, les inspira tal delicadeza de corazón y aún de entendimiento, que este secreto, propio de la piedad, es otra de las cosas que más me maravillan.

Los ejercicios piadosos dan á los corazones y entendimientos de los niños tal gravedad y nobleza que de suyo los elevan sobre la vulgar medianía.

Si yo tuviera que aconsejar, dice el Obispo de Orleans, á los que están encargados de la enseñanza, les diría adoptasen para todos los centros de educación los reglamentos de piedad de los seminarios. Con ellos se formaron en otros tiempos los grandes hombres de la nobleza, de la magistratura y de la clase media. De no hacerse así, gastarán mucho las naciones, y por maravilla tendrán un sólo hombre verdaderamente grande. Ante todo hay que ejercitarse en la piedad: *la piedad es útil para todo: la piedad cuenta con las promesas de la vida presente y de la venidera.*

CAPÍTULO IV

Ejercicios de piedad

Para conseguir el inmenso é inapreciable bien de hacer piadosos á los niños hay que seguir el consejo del Apóstol: Ejercitarlos en la piedad: *Exerce te ipsum ad pietatem.* Ejercicios piadosos bien elegidos, bien proporcionados, variados cuanto sea posible y siempre prácticos; hé aquí el medio infalible de hacer piadosos á los niños.

Conviene tener muy presente que en los ejercicios piadosos como en todo acto grave, los niños no gustan sinó de lo que dura poco, que no atienden sinó á lo que los afecta personalmente, á excepción de las historias, y que no sacan provecho sinó de lo que vivamente les interesa: en esto, aunque se parezcan á todo el mundo, ofrecen los niños una particularidad más característica; á causa de su volubilidad, ligereza, movilidad, se distraen con la mayor facilidad, y los discursos largos, las disertaciones sobre objetos grandiosos, pero que no tienen para ellos un objeto práctico, son tiempo perdido.

Los ejercicios piadosos demasiado largos, demasiado multiplicados y demasiado serios los cansan y aburren pronto y hacen que insensiblemente se vayan disgustando de las cosas piadosas.

En la elección y disposición de los ejercicios piadosos hay que atenerse con todo rigor al justo medio para que los niños no sientan cansancio: se conseguirá el justo medio si se cuida que todo ejercicio sea de tan evidente utilidad que no pueda suprimirse sin menoscabo de la piedad; que en la forma, brevedad y variedad haya tal interés que los niños hallen descanso y fuerza, hasta cierto agrado; y sean para ellos amable reposo después del trabajo.

Es principio fundamental: todo ejercicio piadoso que fastidia á los niños, es funesto; todo ejercicio que no interesa, es perdido; todo ejercicio que puede suprimirse sin perjuicio para la piedad es tiempo quitado sin razón al estudio.

El modo de hacer los ejercicios tiene para los niños tanta importancia como el fondo de los mismos: si se hacen medianamente, de una manera poco digna, lastimosa, se les hacen fastidiosos y hasta insufribles.

Los niños tienen sus prevenciones, sus caprichos, sus indiferencias, sus resistencias á algunas cosas; hay pues ante todo que convencerlos y persuadirlos, convencerlos de lo que es necesario, persuadirlos de lo que es útil, hacerles amar lo que es bueno: nada que parezca impuesto

sin razón; nada que les haga sentir fuerza ó pena; hay que seguir la gracia y ayudarla, más sin violencia; no descuidar nada; mas tampoco no forzar, no precipitar nada.

Lo primero que debe hacerse es instruir bien á los niños, contarles la historia de la religión, hacerles conocer á Dios, sus mandamientos, formarles la conciencia, enseñarles á distinguir lo bueno y lo malo, á practicar lo bueno, amarlo, buscarlo, á evitar lo malo, á inspirarles el temor de Dios, á enseñarles lo que pueden comprender de su soberana grandeza, de su justicia infinita: después se les inspira la confianza en Dios, el amor á su infinita bondad, el agradecimiento á sus beneficios, la adoración, la presencia de Dios, la oración.

Para conseguir todo esto se necesitan ejercicios piadosos, bien escogidos, variados y sostenidos: las fiestas son una necesidad y un medio admirables.

Una casa de educación, una escuela donde los ejercicios piadosos se practiquen bien, son el espectáculo más bello y más edificante.

El minimum de ejercicios piadosos que en un centro de educación, modelado según *Apostolado* deberá inspirarse á los niños, tiene tres puntos: 1.º ofrecer, como primer pensamiento, el corazón con las obras del día á Dios, rezando vocalmente poco y bien al divino Corazón de nuestro Redentor, á su santísima Madre María, Madre también de los niños, encanto de los cielos y de la tierra, *Trono de la Sabiduría* y *Virgen Purísima*, á San José, su amadísimo Esposo, Ayo y Padre educador de Jesucristo y principal Patrono de toda la Iglesia Católica: después al Ángel que cuida de los niños noche y día y tiene el encargo de defenderlos, asistirlos y acompañarlos en su peregrinación sobre la tierra: 2.º recordar entre día la presencia de Dios, haciendo alguna comunión espiritual y algún acto de amor de Dios: 3.º hacer á última hora el examen de la conciencia y rezar como por la mañana. Y una vez al mes recibir el sacramento de la confesión y la santa eucaristía, si se está dispuesto.

Con un poco que se prepare á los niños, se les inspira con la mayor dulzura y facilidad el amor á *las tres máximas devociones*: al divino Corazón de Jesús, único Corazón que ha amado y ama á los niños con amor infinito y que les tiene hechas formales promesas de bienes infinitos: á la Santísima Virgen y á San José; y después al Ángel de la Guarda.

La presencia de Dios recuerda al niño lo que todo católico debe saber y tener presente: En Dios vivimos, nos movemos y somos: *In Deo vivimus movemur et sumus*, como ha dicho San Pablo: después de habernos dado Dios la vida, nos la conserva para que no vuelva á la nada; y la primera y segunda constante creación bien merecen actos de amor de Dios y deseos de unirnos á él por medio de la fácil comunión espiritual.

Con profunda verdad ha dicho Pascal: «Un acto del entendimiento vale más que todas las riquezas materiales de la creación, porque el entendimiento las conoce y ellas no conocen nada: un acto del corazón, un acto de amor de Dios vale más que todos los conocimientos, que todo el saber: un acto de amor de Dios, dice el Angélico, merece el cielo: consiste esto, dice el citado filósofo, en que la materia, el entendimiento y el amor pertenecen á tres órdenes ó esferas diferentes, siendo la esfera del amor la más sublime, la que une la criatura al Creador.

El examen de conciencia nos hace conocernos; primer principio de sabiduría de los antiguos: Conócete á tí mismo; dar gracias á Dios por los dones que nos ha dispensado durante el día, pedirle perdón de las faltas, y que no nos atrevamos á entregarnos el sueño con la conciencia manchada con pecado mortal y enemiga de Dios.

La comunión mensual, precedida del sacramento de la penitencia es lo menos indispensable para poder vivir cristianamente, según la regla de un célebre prelado: «De año en año comulgan los malos cristianos, de mes á mes los medianos y de semana á semana los buenos.»

Este es el *minimum* que deberán practicar los jóvenes educados según el espíritu del *Apostolado*.

En la generalidad de las buenas casas de educación hay también la misa y meditación diarias, mayor frecuencia de sacramentos, conferencia espiritual, catecismos, pláticas, rezo del santo rosario, retiros espirituales, asociaciones piadosas, celebración de fiestas, visita al Sacramento.

Todo esto tenía también el ilustre Dupanloup en su casa de educación de París, y como cierto caballero le dijera: ¿si todo eso no era demasiado? contestó: «de ninguna manera; en esta casa quiero que haya grandes estudios, y todos estos ejercicios de piedad son el medio más eficaz.»

Para que los niños asistan con fruto y no de rutina á la santa misa, deberá enseñárseles que la misa es el acto más santo que Dios ha concebido en su pensamiento y ejecutado con su omnipotencia, que la misa da á Dios gloria infinita, llena de gozo á los ángeles, de alegría á los santos, de bendiciones á la tierra y de alivio y refrigerio á las almas del purgatorio; que la misa sirve para adorar á Dios, darle gracias, hacérnosle propicio, satisfacer por nuestros pecados y pedirle dones; y todo esto en grado infinito; que la misa representa al vivo toda la vida del Salvador, que allí está el Dios de Belén, el Dios de Nazaret, el Dios del Tabor, el Dios del Cenáculo, el Dios de Getsemaní, el Dios del Calvario, el Dios del Monte de los olivos; que si no hubiera habido la redención, una sola misa bastaría para redimir infinitos mundos é infinitos hombres.

Afortunadamente se va generalizando la práctica de hacer en la misa que oyen los niños el mes de San José en Marzo, el mes de María en Mayo, el mes del sagrado Corazón en Junio y el mes del Rosario en Octubre: en los demás meses, dice Timón-David, lo mejor que puede hacerse para los niños es leerles en voz alta, pausada, con unción lo que representa la misa, sus ceremonias y otros días meditaciones sencillas, prácticas, á propósito para que los niños crezcan en temor y amor de Dios y en las demás virtudes. Al fin de la misa se canta en algunas partes un cántico en la lengua del país, apropiado á la liturgia de la Iglesia: y los niños sólo están arrodillados mientras en el altar está el divino Sacramento.

Para los niños que moran todo el día en la casa de educación la lectura ó conferencia espiritual es una alocución que el superior les dirige, como un padre á sus hijos al fin de la jornada, y les cuenta sus penas ó alegrías según su comportamiento, y les hace las advertencias que le parecen. Con estas conferencias, dice Dupanloup, gobernaba la casa, y sin ellas no hubiera hecho gran cosa.

La visita diaria al Sacramento, á la Santísima Virgen en el tiempo de recreo es libre para los niños, y en muchas casas el rezo de tres ó cuatro decenas del rosario.

Conviene para evitar el rutinarismo y la sujeción del reglamento acostumar á los niños á que por sí mismos, por su sola voluntad practiquen algún acto piadoso.

Las pláticas que se hacen para explicar las festividades, para exponer alguna homilía y los catecismos en que se explica la doctrina, rara vez, dice Timón-David, habrán de pasar de quince minutos, á no ser que en los catecismos haya preguntas y respuestas que tanto sostienen la atención.

Tres retiros espirituales se dan á los niños: el primero de cuatro días sobre los novísimos quince días después de comenzar el curso escolar; el segundo de otros cuatro días sobre la Pasión en semana santa; y el tercero que dura más tiempo para los niños de la primera comunión.

El buen éxito de los ejercicios pende en gran manera de la acertada elección del que ha de dirigirlos: es más difícil dar unos buenos ejercicios á niños que á hombres ya formados. Toda preparación apenas basta para sostener la atención de la inquieta y movediza juventud.

Las asociaciones piadosas que tanto influyen en las buenas costumbres de las parroquias, desempeñan tan hermoso papel en las casas de educación. Ellas son, dice Monfat, el estado mayor, y por su medio se comunica la piedad á las extremidades.

Fórmanse de los alumnos más dóciles, de fe más viva, de corazón más recto, de mejor conducta: el influjo poderoso de su ejemplo arrastra á los demás, sin casi darse cuenta.

Cuando el pertenecer á la asociación es uno de los mayores honores de la casa de educación, entonces la asociación es una palanca admirable en manos del educador.

Para la sociedad, para el individuo, para las casas de educación aún mejor dirigidas hay momentos fatales, temibles crisis: las asociaciones piadosas ayudan á salir lo más pronto y del mejor modo. Lo que el educador no podría decir á todos los niños, lo dice á este cuerpo de preferencia, les habla como Padre, los enardece; su buen ejemplo cunde, el mal espíritu que quería dominar, desaparece, la insolencia que quería prevalecer, queda vencida por el amor al trabajo; las buenas costumbres y la observancia del reglamento vuelven á florecer.

Con las asociaciones se propaga el honor á la piedad, á la obediencia, al trabajo, á todo lo digno. El lema de un niño que pertenece á la asociación: «Nobleza obliga,» le excita constantemente á presentarse como modelo.

Un buen reglamento donde consten las condiciones para ser admitido en la asociación y los fines que ha de proponerse y conferencias prácticas y bien sostenidas sirven para que las asociaciones aprovechen admirablemente al niño y al buen nombre de la casa de educación.

Cuando yo tenía, dice Timón-David, bien establecidas en mis casas de educación las dos asociaciones de la Virgen María y Santos Ángeles y del Sagrado Corazón y San José, ya estaba contento: todo marchaba bien.

Con la primera asociación de la Virgen y los Ángeles atendía sobre todo á conservar en los niños la angelical pureza: los que en esta asociación más se distinguían, pertenecían también á la segunda del Corazón de Jesús y San José, y habían de imitar el celo de la gloria de Dios y demás virtudes de que son modelo el divino Corazón y San José.

Procedía Timón-David al formar sus asociaciones como su admirable maestro Allemand: de entre los niños más piadosos elegía los que formaban la primera asociación, y los más piadosos de éstos formaban la segunda. Es condi-

ción indispensable para ser miembro de la Academia pertenecer á una de las dos asociaciones.

Quería también Timón-David que todos sus alumnos y aún los que sólo iban á su casa *á orar y á jugar* llevasen, como señal de cristianos piadosos, un escapulario de la Virgen.

El Obispo de Orleans recomendó muy eficazmente á todo su clero la obra de educación de Timón-David y decía debería hallarse en las manos de todo educador.

Todos estos ejercicios bien hechos formarán piadosos á los niños; mas su eficacia no puede ponerse en parangón con la que se deriva de los santos sacramentos la confesión y la comunión. Como en el Calvario salió sangre y agua del divino Corazón de Jesús, así de esos dos sacramentos brota la fuente de vida para purificar y embriagar hasta la vida eterna, dulcificando las tristezas y arideces del destierro y derramando en el corazón de los niños fuerzas, consuelos y placeres divinales.

Viajero sediento y perdido en los ardientes arenales del desierto de la vida ve en los sacramentos la fuente de aguas que le mitigan la sed, y le orientan, dándole fuerza, hasta llegar á la suspirada patria.

Un espléndido sol de medio día que de repente ilumina con sus potentes rayos cerrada y tenebrosa noche; una tierra hierta y desolada súbitamente transformada por atmósfera radiante de luz y de fecundidad en el más bello panorama, embalsamado y hermoñado por las flores de la primavera y coronado de los frutos del otoño; un ciego de nacimiento que, por vez primera, contempla con ojos claros las maravillas de la creación, son pálidas comparaciones al lado de lo que de una manera misteriosa y divina hacen los sacramentos en el corazón y el alma del mortal.

Dice Santo Tomás que el sacramento de la penitencia, la confesión, justificando al pecador, es un acto más prodigioso que la creación del cielo y de la tierra. En la confesión encuentra el hijo pródigo la gloriosa y blanca vestidura, el anillo del amor, el gozoso festín de la casa de su padre

muy amado: aquí ve aumentadas sus antiguas riquezas, halla purísimas y abundantes delicias, brilla de nuevo y con más fulgores su filiación divina, y llena de gozo y complacencia á Dios y á sus ángeles.

La confesión transforma en un momento en hermano de los ángeles y heredero de eternos, brillantísimos tronos al que sumergido en el pecado corría, esclavo de Satanás, á sepultarse en el pozo de los tormentos sin fin.

En un instante desaparecerían todos los condenados á cárceles y presidios, si sólo se les exigieran las condiciones facilísimas que exige el Dios de la misericordia para librar al pecador de la esclavitud del demonio y devolverle su derecho á la herencia de la gloria. ¡Tan admirables son los efectos de una buena confesión!

Tiene además la confesión otra ventaja preciosísima, la de disponer al hombre á recibir otro beneficio, grande hasta lo infinito, beneficio soberanamente eficaz para todo lo bueno; tal es la admirable Eucaristía, compendio de las maravillas de Dios, donde brillan su infinita sabiduría, su omnipotencia, y su infinito amor.

¡Cuántos jóvenes han debido á la santa Eucaristía la preservación y santificación de su juventud, las alegrías más puras y más dulces de sus almas! Porque en la Eucaristía hállanse todas las delicias de la piedad y la fuente de la dulzura; de ahí dimana para los ejercicios piadosos su eficacia soberana; ahí está la maravillosa, fecundísima fuente de pureza, de fuerza, de consuelo, de vida; ahí está el agua que, como dice el Salvador, salta hasta la vida eterna.

Si todas las edades necesitan apagar su sed en esta agua celestial: «Todos los que tenéis sed, venid á beber aguas vivas,» ha dicho el divino Redentor, y sedientas están todas las almas en el desierto de la vida; mas ninguna, como la ardiente y sedienta juventud, necesita acudir á esta agua viva á mitigar su sed devoradora.

Para preservar y conservar la juventud en una buena casa de educación hay que guardar el más grande honor á la frecuente, santa Comunión; hay que inspirar á los jóve-

nes ardientes deseos de frecuentar el festín de gloria, donde se sirven manjares de ángeles.

Una sola cosa sería más fatal que el fatal abandono de la santa Comunión, el más grande y divino medio de acción sobre las almas de los jóvenes; esa cosa sería el uso imprudente, el abuso culpable y sacrilego de la santa Eucaristía. Cuanto más grande es el socorro, más augusto el sacramento, de mayor respeto y delicadeza es digno.

Como la comunión impone á los niños más que la confesión, no es tan peligroso el rutinarismo en la frecuente comunión como en la frecuente confesión. Los prudentes é ilustrados confesores son los llamados á desterrar el rutinarismo en la recepción de los sacramentos, esmerándose para que la frecuencia sacramental sirva admirablemente, preparando bien á los niños, para preservarlos del mal, hacer que progresen en todo bien, y atraigan sobre todos, maestros y discípulos el torrente de bendiciones que derrama Dios á manos llenas sobre las casas de educación en que, ante todo, se busca su reino y su justicia.

En la generalidad de los buenos centros de educación sólo una vez al mes es prescrita la confesión, seguida de la comunión para los que están dispuestos á juicio de los confesores; mas esto no impide que, á todo trance, se procure más frecuencia de sacramentos para obtener una piedad viva, activa, y ofrecer el edificante espectáculo de ver á niños de todas las clases acercarse en todas las fiestas á la santa Mesa.

Después de la primera comunión, poco molestados los niños por las grandes pasiones están bien dispuestos para la voluntaria, frecuente recepción de la Eucaristía; y cuando se acerca la gran crisis, ó están en ella, es de experiencia de los grandes maestros de la vida espiritual, que si el joven no es verdaderamente piadoso, y no lo será sin la frecuencia de los sacramentos, comenzará á morir, *incipiebat mori*; y el vano amor del mundo y las grandes pasiones se apoderarán de su alma y de su corazón. Toca al digno confesor fortalecer á los niños para la gran crisis y

ayudarlos después á salvarla con la voluntaria frecuencia de la comunión y con la voluntaria práctica de la mortificación y otros ejercicios piadosos.

El respeto á la santa Eucaristía ordena que el educador obligue al niño *solamente* á presentarse á su confesor; lo demás es exclusivo de la conciencia del niño, si bien el educador, como padre, no deberá ignorar los que reciben ó no, con frecuencia ó raras veces, la santa Comunión.

Decía el P. Lacordaire «que no puede calcularse el efecto de una comunión de menos en la vida del cristiano.»

Toda la marcha y ejercicios de una casa de buena educación llevan naturalmente á los niños á su más hermosa perfección, la frecuencia de sacramentos: en estas casas el peligro, el gran peligro sólo se halla en el abuso de las gracias.

Las palabras del amable San Francisco de Sales serán el coronamiento más bello de esta materia.

«Si los mundanos os preguntan porque comulgáis con tanta frecuencia, decidles que lo hacéis para amar á Dios, para purificaros de vuestras imperfecciones, para veros libre de vuestras miserias, para consolaros en vuestras aflicciones, para hallar apoyo en vuestra debilidad.»

«Decidles que dos clases de personas deben comulgar con frecuencia: los perfectos porque están bien dispuestos y obrarían mal no acercándose al origen y fuente de la perfección, y los imperfectos para llegar á ser perfectos: los fuertes para que no vuelvan á ser débiles, y los débiles para llegar á ser fuertes: los enfermos para tornarse sanos, y los sanos para no caer enfermos; y como vosotros sois imperfectos, débiles y enfermos, tenéis necesidad de la frecuente comunión para vuestra perfección, vuestra fuerza y vuestra divina medicina.»

«Decidles que los que en el mundo no tienen muchas obligaciones, deben comulgar mucho porque tienen tiempo; los que tienen muchas obligaciones, porque tienen mucha necesidad; y que el que trabaja mucho y está cargado de penosos quehaceres debe comer alimento sólido y con frecuencia.»

«Decidles que recibís la santa Eucaristía para aprender á recibirla bien, porque no se hace bien una cosa, sino se hace con frecuencia.» Hé aquí lo que, sobre todo, ayudará á que los niños sean *buen olor de Cristo*, crucifiquen sus pasiones y domine su parte de ángel sobre su parte de bestia.

CAPÍTULO V

Las fiestas

Los domingos y demás festividades que celebra la Iglesia Católica, son recurso admirable y divino para excitar, renovar y hacer crecer en los niños la dulce y amable piedad.

Las fiestas son el eco permanente y prolongado de las celestiales armonías que canta la Iglesia en alabanza y honor de Jesucristo: Cantos de júbilo y de salud en las moradas de los justos: *Vox exultationis et salutis in tabernaculis justorum*. En el cielo el festín de las eternas bodas; en la tierra la Iglesia militante uniéndose de lejos á la triunfante de la gloria. Do quiera Jesucristo, inundando de felicidad á los santos y fecundando, purificando y santificando á sus fieles de este mundo. Cada año cristiano renueva los misterios de la vida de Jesucristo, prolongándose y expansionándose en los ángeles y justos y sobre todo, en la incomparable Virgen, su Madre y su muy amado San José. En la sucesión de estas místicas estaciones halla el cristiano medios poderosos para asegurar su vida sobrenatural, *sin la que toda nuestra vida de este mundo no es más que un engaño continuado.*

La Iglesia Católica, dice Bossuet, inspirada por Dios y enseñada por los santos Apóstoles, ha ordenado el año de tal manera que junto con la vida, misterios, predicación y doctrina de Jesucristo halla dulcemente el fruto verdadero

ayudarlos después á salvarla con la voluntaria frecuencia de la comunión y con la voluntaria práctica de la mortificación y otros ejercicios piadosos.

El respeto á la santa Eucaristía ordena que el educador obligue al niño *solamente* á presentarse á su confesor; lo demás es exclusivo de la conciencia del niño, si bien el educador, como padre, no deberá ignorar los que reciben ó no, con frecuencia ó raras veces, la santa Comunión.

Decía el P. Lacordaire «que no puede calcularse el efecto de una comunión de menos en la vida del cristiano.»

Toda la marcha y ejercicios de una casa de buena educación llevan naturalmente á los niños á su más hermosa perfección, la frecuencia de sacramentos: en estas casas el peligro, el gran peligro sólo se halla en el abuso de las gracias.

Las palabras del amable San Francisco de Sales serán el coronamiento más bello de esta materia.

«Si los mundanos os preguntan porque comulgáis con tanta frecuencia, decidles que lo hacéis para amar á Dios, para purificaros de vuestras imperfecciones, para veros libre de vuestras miserias, para consolaros en vuestras aflicciones, para hallar apoyo en vuestra debilidad.»

«Decidles que dos clases de personas deben comulgar con frecuencia: los perfectos porque están bien dispuestos y obrarían mal no acercándose al origen y fuente de la perfección, y los imperfectos para llegar á ser perfectos: los fuertes para que no vuelvan á ser débiles, y los débiles para llegar á ser fuertes: los enfermos para tornarse sanos, y los sanos para no caer enfermos; y como vosotros sois imperfectos, débiles y enfermos, tenéis necesidad de la frecuente comunión para vuestra perfección, vuestra fuerza y vuestra divina medicina.»

«Decidles que los que en el mundo no tienen muchas obligaciones, deben comulgar mucho porque tienen tiempo; los que tienen muchas obligaciones, porque tienen mucha necesidad; y que el que trabaja mucho y está cargado de penosos quehaceres debe comer alimento sólido y con frecuencia.»

«Decidles que recibís la santa Eucaristía para aprender á recibirla bien, porque no se hace bien una cosa, sino se hace con frecuencia.» Hé aquí lo que, sobre todo, ayudará á que los niños sean *buen olor de Cristo*, crucifiquen sus pasiones y domine su parte de ángel sobre su parte de bestia.

CAPÍTULO V

Las fiestas

Los domingos y demás festividades que celebra la Iglesia Católica, son recurso admirable y divino para excitar, renovar y hacer crecer en los niños la dulce y amable piedad.

Las fiestas son el eco permanente y prolongado de las celestiales armonías que canta la Iglesia en alabanza y honor de Jesucristo: Cantos de júbilo y de salud en las moradas de los justos: *Vox exultationis et salutis in tabernaculis justorum*. En el cielo el festín de las eternas bodas; en la tierra la Iglesia militante uniéndose de lejos á la triunfante de la gloria. Do quiera Jesucristo, inundando de felicidad á los santos y fecundando, purificando y santificando á sus fieles de este mundo. Cada año cristiano renueva los misterios de la vida de Jesucristo, prolongándose y expansionándose en los ángeles y justos y sobre todo, en la incomparable Virgen, su Madre y su muy amado San José. En la sucesión de estas místicas estaciones halla el cristiano medios poderosos para asegurar su vida sobrenatural, *sin la que toda nuestra vida de este mundo no es más que un engaño continuado.*

La Iglesia Católica, dice Bossuet, inspirada por Dios y enseñada por los santos Apóstoles, ha ordenado el año de tal manera que junto con la vida, misterios, predicación y doctrina de Jesucristo halla dulcemente el fruto verdadero

de todas estas cosas en las virtudes admirables de sus servidores y en el ejemplo de los santos, y además compendio misterioso del Antiguo y Nuevo Testamento y de toda la historia eclesiástica. Así cada estación aporta sus frutos al cristiano; todas están llenas de Jesucristo, siempre admirable, como dice Isaías, no sólo en sí mismo, sinó también en sus santos. En esta hermosa variedad que tan suavemente nos lleva á la unidad, tan recomendada por Jesucristo, halla el alma inocente y piadosa, al par que placeres celestiales, alimentos nutritivos y perpetua renovación de su fervor.

En conformidad con esto las fiestas de una buena casa de educación han de ser hermoso espectáculo á los hombres y á los ángeles, han de proporcionar á los niños los gozos más puros, han de ser las ayudas más poderosas para su virtud, los consuelos más dulces para sus maestros, y, durante el año, para toda la casa el movimiento religioso más grande y más fecundo.

Las fiestas son como el foco de donde irradia la vida y la sólida piedad. La religión emplea lo más conmovedor, lo más persuasivo, lo más penetrante para elevar, enoblecere y santificar las almas: la Penitencia y la santa Eucaristía, la confesión sincera de los pecados y la fervorosa comunión, la divina palabra, los cantos sagrados, la oración hecha con recogimiento, las más elevadas enseñanzas de la fe, las exhortaciones más celosas, las ceremonias más bellas: todo esto se halla en las solemnidades de las fiestas; aquí se educa admirablemente el corazón, la conciencia, la voluntad, el carácter de la juventud; aquí se educa toda su alma; su inteligencia se ilustra, se esclarece, se eleva, se fortifica también de un modo divino; aquí aparece la fuerza y virtud de la Iglesia Católica para alejar de los jóvenes el mal, afirmarlos en el bien, calmar sus pasiones é inspirarles, junto con la verdadera sabiduría, la pureza de costumbres, la generosa fidelidad á todos los deberes y la perpetua renovación del fervor cristiano.

Las fiestas son los aniversarios de los días más célebres

del mundo: en ellas se celebran los más grandes acaecimientos religiosos, ordenados por Dios en sus consejos eternos y cumplidos sobre la tierra en favor del hombre: allí se conmemoran todos los misterios y todas las obras divinas de ambos Testamentos: allí está toda la religión.

Sólo una ignorancia profunda de la religión deja de ver en las fiestas la gran historia del hombre: en el tejido de hechos maravillosos que nos recuerdan las fiestas vemos el establecimiento y perpetuidad de la religión y de todo lo que debemos creer y practicar.

Dice Fenelón: «Dios que conoce mejor que nadie al hombre que él mismo formó, ha colocado la religión entre las cosas más populares; y estas cosas, estos hechos divinos, lejos de ser una carga para el hombre sencillito, le ayudan á concebir y recordar los misterios.»

En estos acaecimientos maravillosos, en estos brillantes hechos refiérese siempre todo al gran suceso de la venida del Hijo de Dios sobre la tierra; todo concentra sus rayos y esplendores sobre Jesucristo, centro de toda la religión, autor y consumidor de nuestra fe. Jesucristo, ha dicho San Pablo, llena todos los tiempos: era ayer, es hoy, será mañana, en los siglos de los siglos: los patriarcas, los profetas, todos los grandes hombres, todos los santos del antiguo Testamento le han precedido: los apóstoles, los mártires, los santos del nuevo Testamento van en pos de él: su nacimiento, su vida, su muerte, su resurrección, su ascensión á los cielos, su predicación, sus milagros, Belén, Nazaret, el Tabor, el Cenáculo, el Calvario, la ley antigua, la ley nueva, el Sinaí, Pentecostés, los obras divinas más esplendorosas, los lugares más famosos de la tierra, todas las glorias, todas las gracias, todos los beneficios de la redención, todo esto se renueva, se representa, se celebra en las fiestas: así se explica su inmensa influencia sobre las almas.

Mas nuestras fiestas cristianas no son solamente aniversarios memorables, representaciones conmovedoras, son mucho más, realidades presentes y vivas, realidades que se apoderan del alma y la identifican con lo que se hace y

representa en nuestras iglesias. La santidad del lugar, Jesucristo residiendo personalmente en el tabernáculo, el altar dispuesto, el sacrificio que se inmola, el caliz de salud, de donde mana la sangre de la víctima adorable, la presencia del Espíritu santificador que invisiblemente se cierne sobre el lugar santo, cierta augusta impresión de la presencia de la Trinidad beatísima, que se revela por do quiera y se hace sentir de todos los corazones, hé aquí lo que hace que en nuestras fiestas todo sea verdadero, todo real, todo vivo é inmortal.

De todas nuestras augustas solemnidades puede decirse lo que de la Natividad decía el Papa San León: «No temamos que los estrechos límites de nuestra debilidad nos impidan penetrar los santos misterios. Ahí está la palabra de los Evangelistas y de los Profetas que vienen en nuestra ayuda: ella nos instruye y de tal manera se apodera de nosotros que el Nacimiento del Señor, más que suceso pasado, nos parece un acontecimiento que pasa á nuestra vista. ¿Por ventura, no llenan nuestros oídos las mismas palabras que el ángel dirige á los pastores que guardaban sus ganados? ¿No se nos dice á nosotros lo que se dijo á ellos ese mismo día: Os anuncio un grande gozo, gozo para todo el pueblo: ha nacido para vosotros el Salvador que es Cristo, el Señor, en la ciudad de David?»

Una fiesta cristiana, bien celebrada en una casa de educación, más que un recuerdo religioso, es un hecho divino con toda realidad, una acción sublime, un drama verdadero en que la palabra evangélica, el canto sagrado, las santas ceremonias, la presencia de Jesucristo conmueven profundamente las almas: los maestros y los discípulos no son meros espectadores, desempeñan admirable papel en este drama sagrado, revelándose el sentido íntimo y la virtud eficaz del catolicismo.

Purificadas las conciencias con la confesión y alimentadas en la Eucaristía con la carne divina de aquel á quien se adora, el corazón y la inteligencia de los niños, iluminados por la fe, se remontan á las más altas regiones, poseen

el alimento más digno de la tierra y de los cielos, y sus cánticos y oraciones son la expresión del homenaje que se debe al Dios de Belén, de la Eucaristía y del Calvario.

Así es cómo en las fiestas se halla el recurso más eficaz para imprimir en las almas la verdad de las obras divinas y formarlas en las virtudes del Evangelio.

¿Quién no ha visto en esos días á inocentes niños, á sencillos fieles realizar lo que sólo fué un sueño de la sabiduría de los antiguos?

Antes de decir Platón á los poetas que sería la mayor locura de los legisladores y de los estados permitirles hablar á la multitud sin haber antes examinado los magistrados lo que querían decir, les dirige estas palabras, más verdaderas en la boca de los católicos fervorosos: «Retiráos, amigos míos, y no vengais á distraernos: nosotros estamos ocupados en componer el drama más bello y más perfecto: nuestra república es la imitación de la vida más bella y virtuosa; nosotros miramos esta imitación como el drama más verdadero y la más rica poesía: si vosotros sois poetas, también lo somos nosotros y de una poesía superior: somos vuestros rivales y competidores en la formación del drama más perfecto, y os llevamos inmensa ventaja, porque la sola verdad alcanza ese objeto sublime. Vosotros no representáis más que ficciones, y nosotros trabajamos por hacer revivir y representar en nosotros la ley divina y la virtud.»

Mas para que los niños amen y sientan la piedad y la virtud, debe hacerseles amable su ejercicio: las fiestas religiosas serán para ellos verdaderas fiestas, es decir, días de verdadera alegría, de recreaciones inocentes, días de gozo en la paz del Señor.

Mucha sabiduría y conocimiento profundo de la naturaleza humana aparecen en estas palabras del citado filósofo: «Placeres, pesares, deseos, hé aquí lo que es la humanidad: de estos resortes penden los mortales, sus grandes movimientos arrancan de allí. Cuando se elogia la virtud, no se debe uno contentar con decir que la virtud

es lo que da más honor, hay que hacer gustar su dulzura, su absoluta superioridad para satisfacer el corazón: hay que hacer ver que la virtud causa en la vida los placeres más verdaderos y más legítimos y ahorra los pesares más funestos.»

Con mayor claridad dice la santa Escritura: El hombre es feliz en las obras buenas que hace: *Beatus in suo facto*. Pídesese á los niños trabajo, piedad y virtud; que en todo esto encuentren cierta felicidad: el perfecto desinterés no es la virtud de los niños.

En las fiestas todos los niños deben descansar y divertirse con la alegría de una buena conciencia y con la expansión de un corazón satisfecho: los buenos porque lo merecen y se los anima á mayor bien; los que no lo son, porque tienen necesidad, como remedio á su mal y como invitación á volver al buen camino: como las almas de los niños rara vez están endurecidas en el mal, ven las alegrías puras de una hermosa fiesta, observan la dicha de sus buenos compañeros, y esto despierta en ellos el remordimiento, el saludable pesar de haber abandonado la virtud; el contento y gozo de los buenos les inspira naturalmente horror al alma, y les hace ver que el vicio es el triste obstáculo para la felicidad y para la paz de la conciencia.

Hay que hacer amables para los niños la piedad y el estudio, ha dicho Fenelón. No debe aparecérselos el estudio como una cosa abstracta, estéril y espinosa: en vez de hacerles estudiar mandando absoluta é imperiosamente, conviene mostrarles un fin sólido y agradable que los sostenga en su aplicación: así se los acostumbra á ocuparse con interés en las cosas serias: poco á poco van tomando gusto, se hacen sensibles á los nobles placeres del entendimiento, y entonces ya están ganados para la educación intelectual.

Así también, la piedad deberá tener para los niños cierta amabilidad que los atraiga y encante. No hay cosa peor como que los niños crean que la piedad es una cosa triste, lánguida, sombría: un santo triste, decía San Fran-

cisco de Sales, es un triste santo; y al mismo tiempo se representen á la libertad, al juego, al desorden bajo una figura agradable y graciosa: hay, pues, que presentar siempre á los niños la piedad con semblante dulce y bienhechor, como una tierna y cariñosa madre que sólo se ocupa en la felicidad de sus hijos.

Para persuadirles ésto no bastan las palabras: con sólo decirles que la virtud y piedad son amables no se les hace amarlas, hay que trabajar para que vean y sientan que es así; por eso si San Francisco de Sales y el piadoso Fenelón querían que se acostumbrase á los niños á ser sencillos, libres, verdaderos, sinceros para con Dios, que le amasen con tierna familiaridad, con la confianza que encanta el corazón de tan buen Padre, querían también que nada de penoso ni forzado se hallase en la piedad de los niños: hasta querían que la sabiduría se les mostrase siempre con semblante risueño.

Como consecuencia práctica de todo esto es preciso que en las fiestas sean y se sientan los niños con toda realidad los niños más felices del mundo: juegos vivos y animados, recreos largos y bellos, las más santas expansiones, hé aquí lo que deberán en esos días encontrar los niños, como una continuación de las alegrías puras que han encontrado al pié de los altares.

Por admirable disposición divina tres grandes fiestas terminan las tres partes del año escolar: la primera, de preparación, termina en la Natividad del Señor, precedida del mes del rosario, Nacimiento, Presentación y Concepción Inmaculada de la Santísima Virgen y de los cánticos de adviento: la segunda termina en las alegrías de Pascua de Resurrección, precedida del mes de San José, Purificación y Anunciación de la Virgen y de la grave y majestuosa cuaresma, con la ceniza, el *via crucis*, los Dolores de la Santa Madre de Dios y la Pasión del Salvador: como contraposición al mal tiempo, hay que excitar en los niños mayor amor á la piedad, al estudio, y que vean venir con alegría los cánticos, la Pascua y los días de la hermosa

primavera: la gran fiesta de la última parte del año escolar es la fiesta del Santísimo Sacramento, precedida del mes de María, del mes del Divino Corazón, Ascensión, Pentecostés: con estas fiestas, los exámenes y los premios, esta tercera parte se pasa insensiblemente.

Para que los niños reciban en las fiestas impresiones permanentes en su corazón y en su alma, hay que prepararlos, prevenirlos con el anuncio y explicación de la fiesta; pues el fruto corresponde al trabajo de preparación: una fiesta que no se prepara, que llega como otro cualquier día, es una fiesta casi perdida.

El aparato exterior de la fiesta, la brillantez del altar, la iluminación, el canto, las ceremonias, la unción del orador, todo influye para que la fiesta sea magnífica y deliciosa y se grave más profundamente en los niños.

Es también de la mayor importancia que si en la casa de educación se celebran fiestas literarias, coincidan con las religiosas; y así unas y otras mutuamente se inspiran y ayudan: *un gran movimiento religioso y literario es el ideal de la perfección.*

¡Cuántas veces, dice Dupanloup, repetía á mis amados niños las palabras de San Pablo: regocijáos, queridos jóvenes, regocijáos! Nadie desea, como yo, que gustéis los placeres, pero los placeres puros, dulces, moderados que os encantan, no los placeres que os apasionan y os perverten, los placeres que os descansan y os dejan la posesión de vosotros mismos, no los placeres que os arrastran y extravían. Decíales con Fenelón. Hijos míos, la piedad no es austera ni afectada; ella proporciona los verdaderos placeres, ella sabe sazonzarlos para hacerlos puros y duraderos; ella sabe mezclar los juegos y la risa con las ocupaciones graves y serias; ella prepara el placer por medio del trabajo y hace descansar del trabajo por medio del placer: la piedad no se avergüenza de aparecer jovial y festiva cuando hay necesidad.

Era de ver la alegría y expansión con que en las fiestas se entregaban los niños á sus recreaciones bajo la mirada

de Dios, como hijos en la casa de su padre y á presencia de su madre; cómo saltan de la capilla para ir al juego con igual inocencia y ardor; cómo volvían al estudio, amándose unos á otros, amando á sus profesores, amando sus clases, y cómo volvían á la capilla á cantar las alabanzas á Dios. Todos sentían, y aún, pasado mucho tiempo, lo recuerdan, que en estas fiestas experimentaban los momentos más dulces y más alegres de su vida.

Era hermoso verlos, especialmente en el santuario: multitud inocente y pura, corazones sencillos y verdaderos, almas candorosas recibían la gracia de Dios, sintiendo, á veces, los trasportes de los goces del cielo y á veces el recogimiento de una paz profunda. Esta gracia divina hacía florecer en ellos la verdadera sabiduría. Cuando se los exhortaba, gustaban el don del cielo, la buena palabra, las virtudes del siglo venidero de que habla San Pablo. A veces aparecían emocionados y como arrebatados fuera de sí por los atractivos de la virtud: veíanse entonces en sus semblantes juveniles los mejores y más nobles sentimientos.

Por la mañana, en la santa misa, antes de comulgar, veíanse á muchos, á los más piadosos, movidos y poseídos visiblemente de la presencia de Dios: allí estaban delante de él en respetuosa inmovilidad que no les permitía alzar los ojos, ó más bien, no tenían ojos ni amor sino para Jesucristo y su tabernáculo. Después de la comunión notábase en la santa capilla cierto perfume misterioso que salía de sus almas enfervorizadas y que embalsamaba el cielo y la tierra. Todos sentían que estaba Dios con ellos: su presencia les era una fuente inagotable de paz y de alegría: un no sé qué de divino circulaba en sus corazones, como si el torrente de la Divinidad llegase á ellos: eran dichosos, y sentían que para serlo siempre, no les faltaba más que el cielo. Uno de ellos me dijo: «La felicidad del cielo debe ser como una primera comunión que nunca se acaba.» Hubiérase dicho que el gusto sublime de la verdad y de la virtud los trasportaba sobre sí: en estos trasportes divinos cantaban las alabanzas de su Dios con tales acentos que

yo no sabría definir; los maestros se unían á sus cantos; sus padres concurrían á estas fiestas y gozaban fijando sus miradas sobre sus hijos muy queridos: todos no teníamos más que una voz, un solo pensamiento, un solo corazón para bendecir el cielo y celebrar sus beneficios.

Así es el reino de Dios en la educación cristiana.

No se crea que el hablar yo así, prosigue Dupanloup, me he dejado llevar de los sentimientos de mi corazón, y que esta hermosa y santa educación de las almas era puro ideal. No; y apelo al testimonio de mis antiguos discípulos, hasta de aquellos que, tal vez, no han perseverado buenos y dichosos, como entonces eran.

¡Oh hijos míos! permitidme que os dé todavía este nombre, justificado por sentimientos tan caros y tan inefables: por más que esté dispersa mi antigua familia, y haga ya tiempo que salisteis del asilo que educó vuestra juventud y os halléis ahora en medio de la agitada corriente de la vida que hace olvidar tantas cosas, apelo á esos recuerdos profundos de la infancia y del corazón que jamás desaparecen.

Cuando leáis estas páginas que escribo derramando lágrimas, como en otro tiempo las derramaba sobre vosotros, decidme si reconocéis aquí la imagen fiel de vuestros años más felices, de esas dichas tan puras que no tienen semejantes. Si todavía perseveráis en la virtud, si no se ha roto la casta alianza que hicisteis entonces con la sabiduría, si vuestra primera comunión está aún en vuestro corazón, ¡benditos seáis! este recuerdo del tiempo pasado os será dulce y fortalecerá vuestra alma para las luchas de la vida cristiana y del porvenir. Y si no habéis permanecido fieles, todavía os será buena y dulce la belleza de antiguos días, la imagen de dichas perdidas. Encontraréis en estos sentimientos, mezclados de amargura, dulzuras que ya no existen, una voz que os llama si cesar, un pesar permanente y una tristeza que os puede purificar.

Testigos me sois todos vosotros, que nos os engañaba, cuando al dirigiros mi último adiós en el momento de la

separación, os decía: «Volved al Señor, no encontraréis en ese mundo á donde os llevan vuestros deseos, ni felicidad más pura, ni amistad más tierna, ni placeres más inocentes.

Tal es el reino de Dios en la buena educación, y tal la parte que debe tener en este gran ministerio.

Dios, todo en todos, como ha dicho San Pablo: *Omnia in omnibus*, Dios en los padres, Dios en los maestros, Dios en los discípulos, Dios en los estudios, Dios en los recreos, Dios en los rezos, Dios en las fiestas. Una educación así dirigida es, como dice la Santa Escritura, *fiesta sin fin* para los corazones que merecen sentirla y comprenderla: *Fuge convivium*.

CAPÍTULO VI

La disciplina

La disciplina ó educación moral sigue á la religión de quien toma todos sus principios, todas sus aplicaciones, todo su fundamento. Hase dicho con verdad. No hay educación sin moral, como no hay moral sin religión y religión sin sacerdote.

Sin duda alguna la perfecta educación moral no puede darse sinó á jóvenes que están constantemente bajo el cuidado del educador, del que especialmente se llama Prefecto de disciplina; más el profesor celoso, el que abriga en su corazón sentimientos paternos hacia sus discípulos sabe no limitarse á cuidar de sus alumnos sólo durante las clases, sinó que en ellas les previene, les enseña cómo se han de conducir fuera de la escuela, sabe vigilarlos de lejos, los lleva siempre en su corazón, y sabe suplir su ausencia con las recomendaciones más vivas y el amor más maternal: así, con dulzura y firmeza hace reinar la disciplina entre

yo no sabría definir; los maestros se unían á sus cantos; sus padres concurrían á estas fiestas y gozaban fijando sus miradas sobre sus hijos muy queridos: todos no teníamos más que una voz, un solo pensamiento, un solo corazón para bendecir el cielo y celebrar sus beneficios.

Así es el reino de Dios en la educación cristiana.

No se crea que el hablar yo así, prosigue Dupanloup, me he dejado llevar de los sentimientos de mi corazón, y que esta hermosa y santa educación de las almas era puro ideal. No; y apelo al testimonio de mis antiguos discípulos, hasta de aquellos que, tal vez, no han perseverado buenos y dichosos, como entonces eran.

¡Oh hijos míos! permitidme que os dé todavía este nombre, justificado por sentimientos tan caros y tan inefables: por más que esté dispersa mi antigua familia, y haga ya tiempo que salisteis del asilo que educó vuestra juventud y os halléis ahora en medio de la agitada corriente de la vida que hace olvidar tantas cosas, apelo á esos recuerdos profundos de la infancia y del corazón que jamás desaparecen.

Cuando leáis estas páginas que escribo derramando lágrimas, como en otro tiempo las derramaba sobre vosotros, decidme si reconocéis aquí la imagen fiel de vuestros años más felices, de esas dichas tan puras que no tienen semejantes. Si todavía perseveráis en la virtud, si no se ha roto la casta alianza que hicisteis entonces con la sabiduría, si vuestra primera comunión está aún en vuestro corazón, ¡benditos seáis! este recuerdo del tiempo pasado os será dulce y fortalecerá vuestra alma para las luchas de la vida cristiana y del porvenir. Y si no habéis permanecido fieles, todavía os será buena y dulce la belleza de antiguos días, la imagen de dichas perdidas. Encontraréis en estos sentimientos, mezclados de amargura, dulzuras que ya no existen, una voz que os llama si cesar, un pesar permanente y una tristeza que os puede purificar.

Testigos me sois todos vosotros, que nos os engañaba, cuando al dirigiros mi último adiós en el momento de la

separación, os decía: «Volved al Señor, no encontraréis en ese mundo á donde os llevan vuestros deseos, ni felicidad más pura, ni amistad más tierna, ni placeres más inocentes.

Tal es el reino de Dios en la buena educación, y tal la parte que debe tener en este gran ministerio.

Dios, todo en todos, como ha dicho San Pablo: *Omnia in omnibus*, Dios en los padres, Dios en los maestros, Dios en los discípulos, Dios en los estudios, Dios en los recreos, Dios en los rezos, Dios en las fiestas. Una educación así dirigida es, como dice la Santa Escritura, *fiesta sin fin* para los corazones que merecen sentirla y comprenderla: *Fuge convivium*.

CAPÍTULO VI

La disciplina

La disciplina ó educación moral sigue á la religión de quien toma todos sus principios, todas sus aplicaciones, todo su fundamento. Hase dicho con verdad. No hay educación sin moral, como no hay moral sin religión y religión sin sacerdote.

Sin duda alguna la perfecta educación moral no puede darse sinó á jóvenes que están constantemente bajo el cuidado del educador, del que especialmente se llama Prefecto de disciplina; más el profesor celoso, el que abriga en su corazón sentimientos paternos hacia sus discípulos sabe no limitarse á cuidar de sus alumnos sólo durante las clases, sinó que en ellas les previene, les enseña cómo se han de conducir fuera de la escuela, sabe vigilarlos de lejos, los lleva siempre en su corazón, y sabe suplir su ausencia con las recomendaciones más vivas y el amor más maternal: así, con dulzura y firmeza hace reinar la disciplina entre

sus discípulos y utiliza en grande escala el segundo medio de educación.

Una buena disciplina cuida, ante todo, que la escuela, la casa de educación sean asilo seguro para la inocencia y para toda virtud; esfuérase en alejar todo lo que pueda depravar las costumbres, corromper las amistades, y en infundir en los alumnos todo buen comportamiento, hasta que les sea como una segunda naturaleza.

Dos condiciones exige San Juan Crisóstomo para que un niño pueda ser dignamente educado: 1.ª, que todos los que intervienen en la educación le alarguen la mano para ayudarle con celo: 2.ª, que nada pueda turbar esta obra de salvación. Una buena disciplina llena ambas condiciones, ayuda constantemente al niño, é impide con su vigilancia que el hombre enemigo siembre la cizaña entre la buena simiente.

Decía una madre al educador de su hijo: «Os confío una cosa de gran interés, el alma de mi hijo. No abandonéis lo que más amo en el mundo; libradla de los peligros y tempestades que halle en la vida. Si no me escucháis, clamaré á Dios. Él me es testigo que no he descuidado nada de lo que convenia á la salvación de su alma, y que soy inocente de la sangre de éste niño. Si ahora que está en vuestras manos, llegare á caer en las desgracias en que caen los niños abandonados, á Dios responderéis de su alma.» Hé aquí lo que todo educador debe tener como dicho para él por las familias que le confían sus hijos.

El educador, dice Rollín, es el ángel de guarda de los niños; en su vigilancia debe hacer más para salvarlos que el enemigo para perderlos: él, como Judá á Jacob, debe decir: Me encargo de este niño, de mi mano lo reclamaréis. Si no le guardo, y os le devuelvo como me le habéis confiado, me declaro indigno para siempre de vuestro perdón.

La disciplina exige del educador una gran vigilancia, asídua, pero no inoportuna. *Assiduus sit magister, potius quam importunus*, dice Quintiliano. Deberá guardarse bien

el digno educador de valerse de medios rastreros, como el espionaje, para sostener la disciplina: mas hay casos en que todos deben gritar: «al lobo, al lobo, al asesino, al asesino, fuego, fuego» cuando ciertos males pudieran destruir la inocencia de los niños.

Una perfecta disciplina regula toda la vida del escolar, sus ejercicios piadosos, sus estudios, su estancia en la clase, sus juegos, sus comidas, hasta su sueño: sin disciplina es imposible la educación; toda la fuerza de la educación se halla en una buena disciplina, escribía Platón.

Una escuela, una casa de educación no pueden subsistir sin reglamento; este es el orden, la fuerza, la vida: la disciplina cuida de conservar el reglamento en todo su vigor.

Tres son las principales funciones de la disciplina: primera, conservar la observancia del reglamento: segunda, prevenir las infracciones por medio de una vigilancia constante: tercera, reprimir cualquier abuso contra el reglamento, cuando la dirección y vigilancia son lo que deben ser, la represión tiene poco lugar.

La disciplina produce siete grandes resultados:

1.º *La disciplina es la protectora de la fe y de la piedad de los niños.* Ella determina el lugar, tiempo, duración, exactitud y buen orden; hace reinar en el santuario el silencio, el recogimiento propio del lugar santo, dispone para las grandes enseñanzas de la fe, exigiendo inviolable regularidad, y sostiene la atención: previene la disipación y conserva á los ejercicios religiosos su verdadero espíritu; inspira á los jóvenes las virtudes cristianas, el gran deseo de la salvación, haciéndoles amar con fuerza que sostiene y dulzura que atrae, el hábito del orden.

2.º *La disciplina conserva y hace florecer las buenas costumbres y la religión.* El Dios de toda pureza sólo se complace en habitar y derramar sus bendiciones sobre las almas puras é inocentes: retírase de los corazones tiranizados por los sentidos y esclavos de las pasiones. La disciplina es la celosa guardadora de la inocencia, aleja de

los niños todo lo que pudiera marchitar su pureza, la ociosidad, madre de los vicios, libros sospechosos, amistades particulares, juegos afeminados, la ira, los excesos en comer ó beber, visitas peligrosas, lazos seductores y funestos que harían perder al joven su tiempo, su entendimiento y sus costumbres: como madre solícita, no descansa, si no ve á sus hijos junto á sí: descubre y sigue sin descanso al enemigo de las buenas costumbres, y si con firmeza y dulzura no le gana para el bien, le hace desaparecer, conservando puros é intactos á los demás niños.

3.^o *La disciplina contribuye poderosamente al estudio con la religión y pureza de costumbres.* Las costumbres puras dan al cuerpo fuerza y vigor admirables para llevar el peso y el trabajo continuado: la pureza da al entendimiento viveza, al juicio actividad y seguridad, fidelidad á la memoria, y hace á la imaginación más noblemente risueña. Los niños puros son siempre los más exactos en sus deberes cristianos y escolares; por el contrario, dice Quintiliano: «nada hay tan turbado, agitado, partido, desgarrado por mil afectos diferentes, como un corazón vicioso. En medio de la turbación y desolación interior ¿qué lugar queda para el estudio y para las dignas ocupaciones? El que queda para una buena simiente en una tierra cubierta de zarzas y de espinas.»

La disciplina hace, además, guardar el silencio tan indispensable para los grandes estudios; estimula la pereza, no tolera la pérdida del tiempo y resuelve el gran problema de enseñar á la juventud los conocimientos más útiles y más bellos, sin marchitar su inocencia; ilustra el entendimiento y conserva puro el corazón: ella preside al trabajo de las clases, siendo éstas prósperas, estudiosas ó decadentes, abandonadas según la influencia de la disciplina: ésta hace observar el reglamento de las clases, imprime el movimiento uniforme, y produce el orden, ornamento, prosperidad y gloria de un centro de educación.

4.^o *La disciplina es la despensadora del tiempo.* Como ella conoce el valor incalculable del tiempo, prescribe su

buen empleo, reprime la ligereza que lo disipa, el capricho que lo malgasta, la pereza que lo consume, la frivolidad que lo pierde. Sin disciplina no hay más que abusos y desorden, pérdida de tiempo, pasiones que se desbordan con la ociosidad, corrupción de costumbres, ruinas y desolación.

5.^o *La disciplina conserva el buen espíritu, la docilidad, el amor y el respeto.* Junto con la piedad, la inocencia de costumbres, el amor al trabajo, conserva la disciplina el buen espíritu, compañero inseparable de todo lo digno; la disciplina sabia, uniforme, invariable, impone respeto, arrastra las voluntades y destierra la crítica y la censura: todos se le someten con gusto, la aprecian, la aman, porque los buenos naturales aman lo bello de la inteligencia, la verdad, el orden y la virtud, mas es condición indispensable de la buena disciplina la unidad, sencillez y constancia, como expresión de la verdad y del orden: nada de desigualdad, nada de divergencia, nada de arbitrario, nada de severidad extemporánea y nada de debilidad ó de temor á la impopularidad, só pena de arruinar la disciplina.

6.^o *La disciplina es el nervio del reglamento.* Las mejores leyes, las ordenanzas más sabias desaparecen en las instituciones, si no hay quien constante é infatigable cuide de su aplicación; esto hace la disciplina, recordando siempre el espíritu y la letra del reglamento, exponiendo su importancia, su mérito, su necesidad, elogiando á los observantes, no tolerando á los infractores, rogando, excitando, conteniendo: la disciplina hace vivir y prevalecer el reglamento, amenaza con dulzura, exige con fuerza, reprime con firmeza; y el orden, el bien, la religión, las costumbres, los buenos estudios prosperan: previniendo las infracciones con su vigilancia infatigable, evita la severidad, quedando sólo las faltas de fragilidad que una indulgencia ilustrada remedia fácilmente. Una buena disciplina ha de basarse más que en la severidad y exactitud, en la vigilancia y en la constante uniformidad.

7.^o *La disciplina es la vengadora de las infracciones.* Como el reglamento es el orden, el bien, la vida de la edu-

cación, la disciplina que sostiene este bien y reprime todo atentado, aparece con carácter de nobleza: ella protege y defiende lo que á todos conviene, sin caprichos, sin extravagancias, sin arrebatos: su represión es verdaderamente eficaz, y no deja á los culpables, ni á los que quieran imitarlos, esperanza alguna de impunidad: la represión exacta y constante hace que la disciplina sea una función inteligente y no material ni violenta, una función de conciencia, no de fantasía ó capricho, un ministerio de celo, no de negligencia.

Si la disciplina no es la educación, es su sostén absolutamente necesario, su elemento indispensable.

Lo que para el árbol es su corteza, es para la educación la disciplina: la corteza guarda la savia, la dirige, la fuerza á subir por el centro del árbol y á extenderse por las ramas para alimentarlas con lo más puro de la tierra: de la savia así dirigida se forma el tronco sólido y firme; éste produce ramas, las ramas hojas, flores y frutos: quitad la corteza á las ramas y se secarán; quitad la corteza al tronco y morirá el árbol.

La certeza aparece como una envoltura grosera; mas sirve para que el árbol y todas sus partes se conserven con fuerza y con vigor: así la disciplina es la corteza de la educación; es, á veces, un poco áspera y tosca; más ella es la que conserva todo, eleva todo, fortifica todo.

CAPÍTULO VII

La instrucción

Si la educación moral y religiosa forma el corazón, la voluntad, el carácter del niño, síguese en importancia la educación intelectual y la instrucción, como medio, para formar el juicio, el raciocinio, la reflexión, y la atención del educando;

Ante todo, la formación de las buenas costumbres: sin ellas, dice Jenofonte, la instrucción sólo sirve para dar al hombre medios para preparar el mal: sin ellas, ha dicho Platón, la instrucción es una tristísima aptitud para lo malo. Con lenguaje más enérgico los católicos podemos decir con la Escritura: sin las buenas costumbres la instrucción, la ciencia es como anillo de oro en el hocico de una puerca: *Circulus aureus in nare suis*.

La instrucción se dirige al entendimiento; la educación completa abarca al hombre entero; la instrucción de suyo no educa ni aún el entendimiento, por más que sea su elemento indispensable: instrucción religiosa, instrucción moral, instrucción científica ó literaria son cosas muy diferentes que educación religiosa, educación moral, educación intelectual: la instrucción en todas las esferas se limita á dar conocimientos; la educación se vale de estos conocimientos para desarrollar las facultades del hombre con ejercicios, con prácticas y completarle: un hombre que tuviera muchos conocimientos, más sin orden, sin gusto, sin saber raciocinar, sería un hombre de mucha instrucción, pero sin educación intelectual: es, pues, la instrucción un medio, no un fin; sólo en la educación se halla el verdadero fin.

Sacrificar los más hermosos años de la vida de la juventud á la sola instrucción es no saber lo que se lleva entre manos, es sacrificar la juventud é inhabilitarla para ser la gran juventud del porvenir: sin embargo, esto pasa por moneda corriente, y sin protesta alguna se oye decir: *casa de instrucción, dirección de instrucción, ministerio de instrucción pública*: si se cree que la instrucción equivale á la educación, entonces sólo queda que repetir lo que dice Salomón: «Infinito es el número de los necios:» si la instrucción se tiene y mira sólo como medio de educación, entonces esos centros, esas direcciones, esos ministerios de instrucción pública, confesando su impotencia para educar la juventud, se limitan á proporcionar el *minimum* de los medios que pueden servir á la formación del hombre.

Vigorizar, fecundizar, elevar el entendimiento, hé aquí la educación intelectual; para esto hay que vigorizar, fecundizar, elevar la razón, el buen gusto, la imaginación, el pensamiento, la palabra, como hay que hacer amar, practicar la religión, la virtud para que la educación sea religiosa y moral.

Si no es lo mismo hombre sabio, instruido que bien educado intelectualmente, con más razón no será lo mismo hombre sabio que simplemente bien educado. ¡Cuántas veces se ha dicho con verdad: este hombre con toda su sabiduría es un imbecil, *un pobre hombre!*

Sin duda alguna, después de la religión, de la virtud, el tesoro más inapreciable para el hombre es el saber, la ciencia; mas de esta puede abusarse, y por eso decía Platón, «que la ciencia mal digerida era peor que la ignorancia absoluta.» Ozanam ha dicho: «Muchos yerran sobre los estudios que deberán darse á los jóvenes: éstos no deben estudiar para saber, sino para que sabiendo desarrollen sus facultades: no tanto debe cuidarse de enseñarles literatura, historia y filosofía, cosas que fácilmente se olvidan, como de desarrollar y vigorizar la imaginación, la memoria, la razón, el raciocinio que son cosas permanentes.»

La instrucción, pues, dará á la juventud ciencia, no como fin, sino como medio de educación intelectual: aquel estará mejor educado intelectualmente que tendrá más desarrolladas sus facultades intelectuales, y está en mejor disposición de aprender más: muchas veces el exceso de conocimientos adquiridos en los primeros años es un obstáculo para la educación intelectual: tal niño que aparece como un prodigio, será una nulidad durante su vida.

Al tratar de la gran educación intelectual ha dicho el Obispo de Orleans: «El mejor plan de estudios no consiste en enseñar muchas cosas, sino en enseñarlas á su tiempo para mayor bien del entendimiento. Acumular materias es fatigar y enervar el entendimiento, no, desarrollarlo y fecundarlo: todo joven tiene limitada capacidad de atención, y concentrándola sobre objetos bien elegidos, aumenta sus fuerzas con su buen uso.»

«La enseñanza ó instrucción, dice Balmes, se propone dos objetos: 1.º, dar á los discípulos conocimientos científicos: 2.º, desarrollar sus facultades, para que al salir de las clases pueda el joven avanzar en la carrera que haya elegido. Podría creerse que son idénticos estos dos objetos de la enseñanza; no es así: un profesor medianamente instruido puede realizar el primero; sólo los hombres de verdadero mérito saben proponerse el segundo.»

La instrucción completa abarca cuatro períodos: escuela de párvulos, de primera enseñanza, de segunda enseñanza y profesional.

Escuela de párvulos. Sin descender á detalles propios de una pedagogía especial, deberá tenerse presente que en la instrucción y educación de la juventud hay que seguir un procedimiento armónico y paralelo al de la naturaleza: *ni la instrucción, ni la educación deben abandonarse en la niñez, ni deberán precipitarse.* Si la educación no debe ser afeminada, para no desarrollar la sensualidad, tan enemiga de la buena educación y de la gracia, tampoco deberá ser demasiado dura, á causa de la fragilidad de la existencia y órganos de los niños.

En este período, dice Fenelón, es de suma importancia no atarear demasiado á los niños, dejar que sus miembros se fortifiquen, cuidar mucho de su salud, y no formarlos sino poco á poco, á medida que las ocasiones se vayan naturalmente presentando: así se procederá en la instrucción.

En esta época más que en otra alguna la escuela deberá tener el carácter de juego, *ludus*, como decían los antiguos: la variación y sencillez de los ejercicios, la claridad y precisión de lo que se enseñe á los niños deberá hacerles amable la escuela. Atendida la suma movilidad de esa edad, ningún ejercicio deberá exceder de un cuarto de hora y siempre en diferente posición.

Poco y bien, muy poco y muy bien, hé aquí la divisa de una escuela de párvulos. Un poco de catecismo, un poco de lectura, un poco de escritura, un poco de cálculo, un

poco de geografía y de historia, canto y gimnasia de sala entretendrán alegremente á los niños. El método intuitivo, hacerles entrar por los ojos los pocos conocimientos que se les den por medio de láminas, figuras, etc., está fundado en la naturaleza. La repetición de las cosas para fijarlas en la memoria naciente de los niños, sostener y desarrollar su débil atención con la variación de ejercicios, hacerlo todo de viva voz, hé aquí el principal trabajo del profesor de párvulos.

En los primeros años de los niños su entendimiento se desarrolla prodigiosamente: en este tiempo no sólo adquiere el niño conocimiento de la lengua y del significado de las palabras, adquiere también conocimiento de muchos objetos inmateriales.

Sabios observadores han reconocido en este desarrollo secreto y casi espontáneo uno de los misterios más admirables y uno de los beneficios más grandes de la Providencia.

En esa edad, dice Fenelón, las impresiones son más profundas que nunca, y tienen la mayor influencia sobre el porvenir de los niños. Por lo mismo debe guardarse la mayor cautela al confiar la niñez para ser educada.

«No ignoras, decía Platón, que los principios de las cosas son lo de más importancia, sobre todo, en lo referente á la tierna juventud, porque en esta edad reciben los niños la forma é imagen que se quiere. ¿Y habremos de tolerar que los tiernos niños escuchen cualquier clase de fábulas inventadas por el primer advenedizo, y que su mente se llene de ideas contrarias á las que deberán tener cuando sean mayores? Nosotros obligamos á los educadores á no contarles sinó cosas bien elegidas, y que pongan más cuidado en formar sus almas que en formar sus cuerpos.»

Plutarco se expresa así en su Tratado sobre la educación de los niños: «Hay que tener el mayor cuidado para elegir bien los educadores de la tierna juventud: si hay que cuidar enseguida de dar buena forma á los miembros de los

niños para que no contraigan ningún defecto, todavía hay que cuidar más de su carácter y de sus costumbres.»

«El alma de los niños es blanda pasta y recibe sin resistencia las formas que se le dan: estas formas, fortificadas por la edad, difícilmente desaparecen. Pronto se imprimen los sellos en cera blanda; y los preceptos que se dan á esas almas tiernas, se les imprimen con facilidad, y dejan señales profundas.»

«Por esto recomienda el divino Platón con tanto encarecimiento que los educadores no entretengan á los niños con enseñanzas ridículas que llenan su mente de ideas falsas y absurdas.»

«Por la misma razón deberán elegirse con gran esmero los jóvenes que les hayan de servir ó ser educados con ellos. Ante todo, que sean de costumbres puras; en segundo lugar que sepan bien la lengua y la hablen correctamente. Los servidores corrompidos comunican pronto á los niños los vicios de su lengua y de sus costumbres.»

Este es el lenguaje del buen sentido, de la razón y de la experiencia: los principios tienen de ordinario importancia decisiva: si desde luego, dice un gran educador católico, se atiende á los niños, la acción de los padres y las buenas enseñanzas producen grandes resultados; más si se deja que máximas malas y funestas se apoderen del alma de los niños, la tiranía del hábito se hace invencible, y apenas queda medio para curar el mal: hay que prevenir el mal para que no se haga incurable.

Dos grandes males pueden perder á los niños: dejarlos ociosos por descuido ó á pretexto de no fatigarlos ú obligarles á hacer demasiado.

Si el niño va creciendo sin hacer nada digno, cuesta mucho inspirarle amor al estudio y á las cosas serias; todo lo serio le parece triste, todo lo que exige atención le fatiga: la gran inclinación á los placeres y los malos ejemplos de otros niños le hacen temer y huir de todo lo que sea orden y laboriosidad.

Aún cuando el niño revelase desde luego una gran ca-

pacidad, talento, hay que guardarse de aplicarlo á muchas cosas por temor de excitar la vanidad y presunción: además el buen sentido prescribe que en vasos frágiles y preciosos no se ponga sinó poco y exquisito. Toda instrucción ó educación prematura sólo sirve de ordinario para producir abortos, para matar el fruto en la flor.

Si á un arbusto tierno se le hace producir abundantes frutos por medios no naturales, no esperéis que estos frutos sean exquisitos y den honor al jardinero: fáltanles el rocío del cielo, los rayos del sol, los juegos de la tierra; las raíces no se han extendido lo bastante, el tronco y las rancias no son consistentes para tanto: os exponéis á matar la planta, sin conseguir que sus frutos precoces sean agradables.

Escuelas de primera enseñanza. Sobre la base fundamental, *catecismo, lectura, escritura, nociones de cálculo* la instrucción irá abarcando otros conocimientos como geografía, historia, gramática para hablar y escribir bien la lengua nacional, y los que tengan relación con el oficio ó profesión que ha de ejercer el alumno. Libros sumamente compendiados, pero claros, precisos, útiles serán los textos de estas escuelas, en las que deberá seguirse un procedimiento análogo á las de párvulos, modificado convenientemente. Los ejercicios ocupan más tiempo; sabiendo el niño leer, tiene ya en el libro un gran auxiliar para instruirse: el profesor explica más y prepara más á los alumnos: con preguntas y ejercicios acomodados á su capacidad los excite y forma, y va poniendo en práctica el gran principio de enseñanza: *hacer hacer.*

Como la memoria tiene ya algún desarrollo, sin descuidarla, excitará la atención, la reflexión; y con ejercicios prácticos sobre todos los conocimientos fijará éstos y educará el entendimiento.

La inmensa mayoría de estos alumnos no recibirán ya más instrucción, y así es de la mayor importancia salgan de esas escuelas bien preparados en lo fundamental, y en disposición de aprender un oficio y ejercerlo dignamente.

Escuelas de segunda enseñanza. Los griegos, los roma-

nos y la Europa civilizada han hecho consistir la instrucción de estas escuelas en cuatro cosas fundamentales: *Religión, Lenguas, Literatura y Filosofía.* Á estas cuatro cosas fundamentales pueden agregarse otros conocimientos que no impidan á los jóvenes perfeccionarse en lo principal.

La segunda enseñanza es la preparación próxima á las Facultades que en su género abarcan la más alta instrucción, la cima de la ciencia.

Un conocimiento más extenso de la religión, de su fundamento, de sus enseñanzas, de sus prácticas de su historia, la solución de las objeciones que más comunmente se le hacen, enseñar á los alumnos á dar razón de su fe; hé aquí la instrucción religiosa que deberá darse á los alumnos de segunda enseñanza; esta instrucción al abrir al alumno horizontes infinitamente esplendorosos para su entendimiento, desarrollará todas sus facultades é interesará sobre manera su corazón.

El estudio de las Lenguas ha sido siempre mirado como una gran gimnasia del entendimiento: la memoria, la atención, la reflexión, la comparación se excitan admirablemente: compréndese mejor la lengua patria; descúbrese el fondo divino que ha presidido á su formación y preséntese en la lontananza la gran unidad, origen y aspiración constante de la humanidad.

La Literatura desarrolla el sentimiento de lo bello, de lo verdadero, de lo bueno, tres fases del Infinito; nos hace admirar en los antiguos y en los modernos, en los paganos y en los cristianos los fulgores del genio que tanto han influido sobre la humanidad. La Literatura pone el entendimiento, el corazón en contacto con lo más grande que ha habido sobre la tierra, y el entendimiento y corazón se trasfiguran: la palabra, don de Dios, y patrimonio exclusivo del hombre aparece en la literatura despidiendo, como el sol, rayos de luz para iluminar las tinieblas de los mortales, vida que fecunda sus entendimientos y corazones y que produce los más vivos y puros placeres de las almas: ahí aparece la palabra más poderosa que los ejércitos

mejor disciplinados, más vibrante que las espadas de mejor templado acero y más estimable que los más estimados tesoros de la tierra. De la palabra se ha dicho, que llega á lo más íntimo del alma y del espíritu. ¿Quién no conoce la influencia avasalladora de la elocuencia y los encantos de la poesía? Lo bueno, lo verdadero y lo bello viven y palpitan en la literatura; y mientras haya un átomo de buen sentido, esa asignatura formará parte integrante de la instrucción, elemento valioso de la educación.

La Filosofía enseña á conocer á Dios, al hombre, el mundo, cuanto por la sola razón pueden conocerse las relaciones del Creador y de la creación, las relaciones de los hombres entre sí: ella da forma y método á todas las ciencias, empezando por explicarle al hombre su pensamiento y las leyes que deberán dirigirlo en la investigación de la verdad, le pone de manifiesto la necesidad de la virtud para la posible felicidad sobre la tierra: le dice lo que es la creación, esa serie indefinida de mundos; sube hasta el trono del Infinito y, cuanto humanamente puede hacerse, le explica las adorables é infinitas perfecciones del Creador, y satisface de lleno la devoradora sed de conocimientos que aqueja á la humanidad. Si la razón es el distintivo más bello y más esencial del hombre, la Filosofía es la ciencia de la razón.

Reina la Filosofía de las ciencias humanas, como la Teología de las humanas y divinas, ¿cómo no había de formar parte y parte principalísima de la instrucción?

A estas cuatro asignaturas fundamentales pueden añadirse otras como la Historia, la Geografía, la Física, Historia Natural, las Matemáticas, etc., siempre sin perjuicio de lo esencial y sin que el alumno quede abrumado de trabajo.

Las Matemáticas perfeccionan y fortifican la reflexión, el juicio, el raciocinio con el vigoroso ejercicio que producen: son verdadera gimnasia intelectual; mas exigen que el entendimiento esté bastante desarrollado y vigorizado: un estudio predominante y tiránico de Matemáticas puede

perjudicar á la juventud, atrofiando su sensibilidad é imaginación y hacerla inhabil para otros conocimientos.

Véase lo que dice Descartes: «El estudio de las Matemáticas inhabilita para la Filosofía. No hay cosa más inútil que ocuparse en números y figuras imaginarias, queriendo limitar los conocimientos á semejantes bagatelas y aplicándose á estas demostraciones superficiales con tanto ardor que se llega en cierto modo á olvidarse el uso de la razón.»

Pascal celebrando el mérito de la Geometría, se burla de los geómetras que no son más que geómetras, y los halla ridículos, falsos é insoportables por querer tratar geométricamente las cosas delicadas.

Hablando Leibnitz del tiempo en que los estudios se hacían consistir, sobre todo, en Matemáticas y en conocer la naturaleza, dice así: «Este sistema es defectuoso; muchos discípulos de estos hombres eminentes no hacen nada de importante: desde que ha prevalecido ese sistema, han caído en desprecio el estudio de la antigüedad y la erudición sólida.»

La superioridad de las lenguas sabias latina y griega para desarrollar el entendimiento sobre las lenguas modernas está reconocida por todos: además, los tesoros de erudición que contienen y su influencia en las lenguas europeas dejarían un gran vacío en la enseñanza, sinó se cultivasen.

Los literatos más eminentes han reconocido la inmensa superioridad de estilo, de forma en Moisés sobre Homero en David sobre Pindaro y en los profetas y evangelistas sobre todos los sabios: su superioridad de fondo es clara como el sol: hé aquí cómo se expresa William Jones, gran orientalista inglés: «He leído con mucha atención las Santas Escrituras y creo que este volumen, aún prescindiendo de su origen divino, contiene más elocuencia, más verdades históricas, más moral, más riquezas poéticas, en una palabra, más bellezas de todos géneros, que las que se podrían recoger de todos los otros libros juntos, de todos los siglos y de todas las lenguas.»

Conocer á fondo la religión, conocer á fondo las Lenguas sabias, desarrollar el buen gusto en la Literatura, desarrollar y perfeccionar la razón con la Filosofía, hé aquí la base de una excelente segunda enseñanza: para las demás asignaturas compendios bien formados servirán con provecho sin abrumar á los jóvenes.

La repetición, ejercicios prácticos, el análisis, la síntesis, hacer hacer, la explicación del profesor, sobriedad de teorías, hé ahí el alma de la buena enseñanza.

El método de *prelección* tiene ventajas reconocidas: el profesor explica una lección, los alumnos, ayudándose del libro de texto, dan cuenta de ella al principio de la explicación siguiente: así los alumnos saben primero lo que dice el profesor, su atención es más sostenida, y el libro de texto no es más que lo que debe ser, un auxiliar.

Escuelas de Facultad. Los seminarios, las universidades, las escuelas especiales enseñan las asignaturas llamadas Facultades que comprenden cuanto se sabe de la ciencia y habilitan oficialmente para ejercer una profesión.

El sacerdocio, la magistratura, la milicia, los ingenieros, los médicos, las clases directoras fórmanse en esos centros: su influencia en una nación no puede ser más grande.

Los profesores, dignos de ese nombre, harán ver á los alumnos todos los progresos de la ciencia, aquellas alturas esplendorosas en que llegan á Dios, uno de cuyos nombres es: Dios de las Ciencias: *Scientiarum Dominus.*

Toda ciencia que no trasciende este mundo sublunar, todo profesor que no sabe remontarse sobre la materia, lo que se llama lo positivo, lo terrestre son una indignidad: esas ciencias y esos profesores son una calamidad nacional, una bomba explosiva en manos de un malvado.

Un profesor en frente de la juventud, esperanza de la patria, que se contenta sus entendimientos sin hacerles presentir y hasta ver el límite de la ciencia, el más allá de lo que al pobre mortal le es dado conocer; un profesor que exclusivamente del entendimiento de los alumnos, y des-

cuida su parte más noble, su corazón, hace traición á la juventud y á la patria que se le ha confiado.

Facilísima cosa es á un profesor *cualquiera* llamar sobre sí la atención de los alumnos y del público con la extravagancia y escándalo de sus opiniones y creencias; no es tan fácil conseguirlo con descubrimientos extraordinarios, teorías luminosas, explicaciones admirables.

La experiencia de los siglos ha confirmado plenamente el dicho de un hombre célebre: «Mucha ciencia lleva á Dios; poca ciencia aparta de Dios.» La religión católica no cuenta más que con dos clases de enemigos: el vicio y la ignorancia, los hombres viciosos y los hombres semisabios ó ignorantes.

Si comparamos la ciencia á una montaña majestuosa cuyas cimas se pierden en las nubes, agradable y útilmente estará ocupada la juventud de la primera enseñanza recorriendo sus estrivaciones con el catecismo, la lectura, la escritura, nociones de cálculo, gramática, historia, geografía, música vocal, gimnasia y otros conocimientos fáciles é interesantes de las ciencias naturales: los alumnos de segunda enseñanza recorrerán las faldas, y los de Facultad llegarán á las últimas cimas, donde á semejanza de Moisés verán y conversarán con Dios cara á cara.

De las mejores obras de las Facultades deberían formarse compendios para la segunda enseñanza, compendios de estos compendios para la primera y dosis homeopáticas de estos compendios para los párvulos: así el procedimiento sería uno, como una es la ciencia.

Desde el principio de la enseñanza deberá seguirse con todo rigor el principio de Santo Tomás, fundamento del *ordo discendi*: *El niño no deberá aprender palabra ó frase que no comprenda.*

Y fija la atención de los dignos profesores en la educación religiosa, moral, intelectual y física de los alumnos en todos los períodos de instrucción darán buenos y grandes hijos á las familias, buenos y grandes ciudadanos á la patria, buenos y grandes habitantes á los cielos.

CAPÍTULO VIII

Educación física

Si la religión y la ciencia son el mayor tesoro del hombre, síguales en importancia la salud: nunca deberá omitirse esfuerzo alguno para hacer al hombre, religioso, virtuoso, sabio: nunca tampoco deberá ahorrarse trabajo para conservar el inestimable bien de la salud: alma perfecta en cuerpo perfecto decían los antiguos: *Mens sana in corpore sano*: tener siempre alma buena y cuerpo bueno pide la Iglesia para sus hijos: *Perpetua mentis et corporis sanitate gaudere. Ad tutamentum mentis et corporis*.

Las escuelas y casas de educación modeladas según el *Apostolado* darán suma importancia á los medios que sirven para conservar la salud y á todo cuanto conduzca á vigorizarla y á obtener la más perfecta educación física.

Sería deshonoroso para estos centros de educación no igualar y aún aventajar en cuidados físicos á aquellos en que el *Apostolado* es desconocido.

En esta parte de la educación conviene también que el digno educador tenga presente el consejo de Fenelón: «Sed padre; más aún, sed como una madre.» Tened todos los cuidados, toda la previsión, toda la delicadeza de una madre. Sed para los niños que educáis como la providencia paterna y materna de Dios.

El cuerpo del hombre es obra de Dios, como lo es el alma: entre las bellezas de la creación ninguna iguala á la belleza del cuerpo humano: el cuerpo es el palacio del alma, es su órgano, su instrumento, su potencia exterior: el mismo Dios lo modeló con sus manos, y apareció el cuerpo sobre la tierra, como la forma más digna, como la figura más bella del universo.

La sonrisa, la mirada, el colorido, la expresión, la gra-

cia que brillan en el rostro del niño y embellecen su fisonomía; la vida que le anima, la fuerza que le sostiene, el ardor que le transporta, patentizan la belleza, la dignidad, la pureza, la energía, la agilidad del compañero más íntimo del alma.

Servir ahora á la voluntad, á la inteligencia y gozar después de una transformación celeste que lo asemeje á los ángeles, gloriosa recompensa de sus servicios, la felicidad inmortal; hé aquí el destino nobilísimo del cuerpo.

La educación física, sin lisonjear los sentidos y sus malas inclinaciones, cuida de hacer al niño, cuerpo y alma, tan fuerte, tan sano, que resista fácilmente los accidentes exteriores. El hombre más laborioso queda impotente, casi anulado sin una vigorosa constitución: víctima de la enfermedad no puede adelantar un paso en su carrera. Letras, ciencias, artes, los oficios más modestos, nada es posible sin el auxilio de una buena salud.

La educación muelle, afeminada, lejos de fortificar el cuerpo, lo enerva: la demasiado dura y descuidada tiene también graves y funestas consecuencias.

Con los alumnos internos el educador cuida, como decía el Obispo de Orleans, desde el cordón del zapato hasta lo más elevado de su alma, hasta lo más delicado de su entendimiento, lo más noble de su corazón y lo más grande del destino eterno de los niños: con los externos comparte el educador mucha parte de la educación física de las familias de los mismos, y deberá limitarse á aconsejar y exhortar en muchas ocasiones.

Habiendo en los buenos centros de educación más abnegación y desinterés, allí deberán hallarse los niños tan bien y mejor que en cualquiera otra parte: así ha sido siempre.

Conviene, sin embargo, tener presente que el desinterés más noble, la abnegación más ilimitada dejan subsistente la humana debilidad que no puede preveer é impedirlo todo: quejas insolentes y exigencias caprichosas

entristecerán más de una vez el corazón de los educadores de mayor abnegación.

Bueno es recordar que los hombres se quejan hasta de la divina Providencia, cuando Dios, no por debilidad sino por sabiduría deja que les falte algo en este mundo: este recuerdo inspirará al educador resignación y mucha indulgencia con los niños.

De los siete medios que más contribuyen á conservar y fortificar la salud, unos son de la exclusiva obligación de los educadores, otros de los niños, siempre bajo la más esmerada vigilancia.

1.^o *Aire puro.* Mas que un buen alimento contribuye un aire puro á la buena salud: *Aer pabulum vitæ*: la frecuente renovación del aire es condición precisa para que sea sano: un aire impuro, decía un educador experimentado, hace á los niños inquietos, mal humorados; descontentos, y les inspira el gusto del vicio: los niños, tan delicados de ordinario para los alimentos, no lo son respecto de la pureza del aire.

2.^o *Alimentos.* Una buena alimentación consiste en que sea sana y suficiente según verdadera necesidad: la sencillez, la frugalidad, la sobriedad son requisitos para conservar la salud; los condimentos excitantes la perjudican.

Hay, dice Dupanloup, que acostumar á los niños á sufrir, sin quejarse, faltas inevitables, pasajeras y sin consecuencia para su salud: que sepan que no siempre están todos bien servidos, aunque sean opulentos y aún reyes: hay que hacerles notar que los niños que más se quejan del alimento, ó son los que en sus casas se alimentaban peor, ó los que tratados y maleados por la afeminación cuidaban del cuerpo más que del alma.

Los que tienen la miserable costumbre de quejarse de la alimentación lo hacen por diferente mal instinto: unos, por sensualidad; otros, por vanidad; algunos, por necesidad ó arrastrados del mal ejemplo.

Los excitaba, prosigue, á que me expusieran sus necesidades, como á sus mismos padres; mas yo no toleraba

quejas infundadas ni murmuraciones: les decía, antes que os oiga groserías, retiraos de la casa; si las decís, habréis de marcharos inmediatamente.

Para inspirar buenas ideas sobre esta materia á los que no las tenían, les leía la sencilla alimentación que un gran rey y un gran educador daban al príncipe heredero y á sus hermanos.

3.^o *Vida ordenada.* El reglamento de una vida sencilla y laboriosa, uniforme y, sin embargo, variada es otra de las condiciones más importantes para la buena salud.

El estudio, la alimentación, el sueño, los juegos bien ordenados y siempre á las mismas horas infunden en los hábitos físicos, en los órganos, en sus funciones, en todo el cuerpo cierta calma y tranquilidad, cierto bien estar que economizan las fuerzas y fortifican la salud, alejando los excesos y haciendo encontrar en cada cosa gusto constante y placer siempre nuevo.

Así enseñaba Fenelón acerca de la comida: «Que se coma siempre á las mismas horas según la necesidad, nunca fuera de ellas, para no cargar el estómago antes que esté hecha la digestión: que no se coman cosas muy apetitosas y que excitan á comer más de lo necesario, disgustándose de los alimentos que más convienen á la salud: en fin, que no se sirvan en la mesa cosas muy variadas, porque la variedad excita el apetito, aún después de satisfecha la verdadera necesidad.»

Un sueño suficiente, á las mismas horas, precedido de ejercicio hace descansar á los niños, dulcifica su sangre, y ayuda á hacerlos alegres y vigorosos: el demasiado sueño los hace pesados, los afemina, los hace delicados, caprichosos, mal humorados y tiene muchos inconvenientes para la virtud.

El estudio y el juego, el trabajo y el descanso deberán ordenarse, haciendo que las ocupaciones serias y pesadas preparen el gozo del reposo, y descansen del trabajo con el recreo.

Los caprichos, la inconstancia y á veces la imposibili-

dad de orden son uno de los inconvenientes de la educación privada: muchas veces se ha experimentado que un régimen sencillo, una vida ordenada devolvían la salud á niños enfermizos y los hacían sanos, vigorosos y sonrosados.

4.^o *La limpieza.* En gran manera contribuye á la salud la limpieza del cuerpo, de los vestidos, de las clases y de todas las dependencias de un centro de educación.

El aseo moderado es virtud; si es exagerado afemina y empequeñece al alma: difícilmente se falta por exceso en el aseo de los locales.

5.^o *La temperatura.* El exceso de calor, de frío, de humedad, el tránsito súbito á baja temperatura perjudican á la salud y deberán evitarse á toda costa.

6.^o *Los cuidados del médico.* Como los niños no saben preveer ni cuidarse á sí mismos, un médico que los ame, que sepa ganarse su confianza, que muchas veces adivine el mal, inteligente, cuidadoso, previsor, abnegado, es un gran recurso para la salud de los niños. Si el educador, además de higienista, tuviera algún conocimiento de medicina, haría mucho bien en ciertos casos y en ausencia del facultativo.

7.^o *Los juegos.* Animados é inocentes juegos, estudios bellos, fiestas piadosas; hé aquí lo que deberá llenar los felices años de la amable juventud: hay que grabar en esa edad dichosa recuerdos imperecederos, para que jamás se separe del camino de la virtud y del honor, ó vuelva á él, si por desgracia se hubiera separado.

Los juegos, los recreos, las diversiones, el descanso son un gran elemento para la buena educación: con placeres inocentes, dilatando el corazón, llenando de gozo el alma de los niños, hay que hacerles dichosa su estancia en un buen centro de educación.

El juego es una necesidad para los niños; su edad, sus gustos, su naturaleza, su salud lo reclaman imperiosamente. Es preciso que los niños jueguen, se diviertan, *gasten* en placeres inocentes la exuberancia de savia, la vivacidad de

los humores; el ardor de la sangre. La libre expansión, la dilatación de su ser, el desarrollo de sus miembros, de su fuerza, aire, espacio, sol, movimiento, ruido, vida, hé aquí las necesidades físicas del niño y la primera ley de la educación que consiste en conformarse con la naturaleza y satisfacer sus legítimas necesidades.

Si los juegos son una necesidad para la salud de los niños, lo son también para su entendimiento y para toda su alma: el arco mucho tiempo tirante se rompe; el trabajo fatiga, consume las fuerzas; y si pronto no viene el reposo, el trabajo se hace imposible: hay que exigir mucho de los niños, hay, pues, que concederles mucho: no hacerlo así sería injusticia y sinrazón: hay que dar á los niños en juegos todo lo que se les pide en trabajo. Ha dicho un gran educador: Hay que preparar el placer con el trabajo y descansar del trabajo por el placer.

Los niños, además, son extremados: ó se divierten ó se fastidian: el fastidio engendra la tristeza, y la tristeza que cierra el alma y agría el carácter, es malísima consejera. Un niño triste, fastidiado, descontento es accesible á las peores impresiones, á las inspiraciones más funestas: sus amables facultades se desvían, sus instintos buenos se alejan, y las tendencias malas aparecen, prontas á estallar: mas si la alegría dilata el alma del niño, si está este gozoso, contento, dichoso, entonces las inclinaciones malas ceden á las buenas; se abre, se dilata, confía candorosamente, escucha con docilidad y está pronto á hacer generosamente todo lo que se le manda. Esta feliz disposición es un recurso inmenso para su buena educación: el estado contrario sería obstáculo temible.

Un niño se conoce pronto en el juego: aquí se despliega libremente todo su natural, y se ve tal cual es: el más tímido, el más disimulado se olvida de sí en el ardor del juego y se manifiesta de mil modos: viendo jugar á un niño, se le observa tal cualidad ó defecto que no se habría sospechado y que puede ser para el educador revelación preciosa.

Una buena educación según el espíritu del *Apostolado* ha de ser profunda, seria y aún austera: no ha de haber en el niño ninguna facultad que no se desarrolle y aplique á áspero trabajo: puestas así en tensión las facultades necesitan descanso; y el juego, el placer, la diversión, la alegría del alma, la dilatación del corazón son de absoluta necesidad: Saber mezclar la risa y el juego con las ocupaciones serias es gran cosa decía Fenelón.

Por otra parte hay que saber harmonizar la tierna edad de los niños con la buena y fuerte educación, y evitar el peligro de que los niños, demasiado comprimidos busquen placeres menos puros, como funesta compensación, ó en una interior independencia la libertad de yugo tan pesado: con concesiones prudentes y paternales deberán atemperarse las exigencias de la buena educación.

Una buena educación, aunque sea seria y aún austera, ha de ser elevada y generosa; más que en el rigor de una disciplina dura é inflexible deberá apoyarse en la espontaneidad de los niños, en sus móviles más nobles, en la razón, en el honor y en la fe: estos nobles sentimientos sólo se hallan allí donde los niños están contentos, satisfechos y se creen felices, junto á sus maestros, en el asilo dichoso de su juventud.

El amor de los niños á sus maestros, á la casa donde se educan, hé aquí lo que deberá excitarse, y en lo que, en último resultado, se apoyará la buena educación: consíguese esto haciéndolos felices, recompensando su trabajo con recreos inocentes, hermosos paseos, fiestas como de familia; cosas que se graban en sus almas y dejan recuerdos indelebles, creando esos benditos lazos de reconocimiento y amor entre los niños y sus maestros, los niños y la casa donde se educaron y donde disfrutaron la felicidad de los goces más vivos y más puros en los años más risueños de su vida.

Más se necesita arte y hasta ciencia para divertir bien á los niños, tener en honor los juegos, combinarlos para que la piedad y el trabajo sean agradables, y hacerlos estimar

cuando se conceden como favor extraordinario, y siempre sin perjuicio del buen orden y sin ninguna extralimitación.

La primera y absoluta condición es que durante el recreo todos los niños jueguen, corran, se diviertan, que sepan que faltan de no hacerlo así: nada de grupos ociosos, nada de corrillos separados, nada de conversaciones sospechosas, nada de paseos filosóficos; á todo esto hay que hacer guerra sin tregua: no se tolere la pereza, que el espíritu malo no se insinúe, que las buenas costumbres no se relajen, que todos se diviertan, que circule la sangre, que se dilate el corazón, que el movimiento y la vida se vean en todos: todo esto contribuye admirablemente á que reine el espíritu bueno. Decía el gran educador Juan José Allemand: Hijos míos, alégranse los ángeles del cielo y yo también al veros jugar bien y correr bien.

Los juegos que más convienen á los niños son los activos, los que favorecen el crecimiento, fortifican el cuerpo, desarrollan la fuerza y la agilidad, los que distraen y descansan el entendimiento: la gimnasia es un excelente recurso: los juegos de suerte ó de ingenio deben usarse raras veces, y proibirse los que ofrecen peligro ó despiertan la idea de sórdida ganancia ó de grosero placer.

Hay que dejar á los niños una prudente libertad para que jueguen á lo que quieran y como quieran: toda imposición en los juegos es odiosa para los niños.

Respecto á la vigilancia y dirección de los juegos, sin que aparezca la fuerza ó dominio sobre los niños, hé aquí lo que dice un educador experimentado: «Una mirada de amigo y de padre debe siempre velar y animar el ardor y concordia de los que juegan. Aún cuando el educador no toma parte en los juegos, debe mezclarse entre ellos, felicitando á unos por su habilidad, censurando á otros por su poca destreza, animando á todos: observa las maneras y proceder de cada uno, escucha sus diferencias, retira con dulzura y sin ruido al jugador de mal carácter ó peligroso para los otros: con mucha experiencia y tacto se conseguirá hacer esto debidamente. Se necesita bastante habi-

lidad de parte del educador para saber jugar y reír con los niños sin menoscabo de su dignidad y de su influencia, ser firme y á la vez risueño, tan pronto reprender como mostrarse cariñoso.»

Las salidas de campo tienen también gran influencia en la salud y moral de los niños: las ciudades, dice un proverbio alemán, las han hecho los hombres, el campo, Dios. Horizontes despejados, bellas perspectivas, risueñas praderas, carreras por los bosques hacen gozar á los niños los placeres más inocentes; puros y dulces de la naturaleza; es de mucha importancia acostumar á los niños á sentir los atractivos y encantos de la hermosa campiña. A veces una salida extraordinaria, dada á todos ó aparte de los niños, como recompensa de un trabajo especial, ó como aliciente para alguna cosa que lo merezca sostiene el buen espíritu y los entusiasma inocentemente.

La vigilancia y preparación de todo lo conveniente, hermoso día, sitio agradable, etc., deberá evitar lo que pudiera disminuir la alegría de las salidas de campo.

Un digno educador no omite nada de lo que puede ayudar á la completa educación religiosa, moral, literaria y física de los amados niños: ocúpase en ellos aún en su ausencia; y en el reglamento y trabajo que les prescribe para vacaciones y hasta en la correspondencia que en ese tiempo guarda con ellos, aprovecha toda ocasión para conservarlos fieles á Dios, suprema garantía de la fidelidad en todas las esferas.

CAPÍTULO IX

La urbanidad

Tratados ya los medios que sirven á constituir el fondo de una buena educación, ocúpase también el *Apostolado de la enseñanza* en su exterior, en su forma, y á esta sabe dar toda la importancia que se merece.

La urbanidad, las buenas formas, dice Rollín, es una de las cualidades que los padres más desean ver en sus hijos y á la que de ordinario dan más importancia: hácenlo así porque saben que el mundo no juzga sinó por lo exterior. Ciertamente la falta de urbanidad rebaja mucho el mérito de la virtud más sólida, y hace que las mejores cualidades sean menos estimables y menos amables. Un diamante en bruto no puede servir de adorno; hay que pulimentarlo para hacerlo aparecer en su hermosura. Nunca, pues, es pronto para acostumar á los niños á las buenas formas de la urbanidad.

Aún con virtud, con capacidad, con buena conducta, ha dicho un filósofo, puede uno hacerse insoportable á los demás: la generalidad de los hombres no deciden en bien ó en mal sinó por las formas más ó menos urbanas que se miran á veces como bagatelas; un poco de atención para tenerlas suaves y dignas previene muchos juicios desfavorables: si por cosas de poca monta pasa uno por inculto, áspero, descortés, inatento, despreciable, basta á veces menos para ser reputado en sentido contrario.

En su libro de la *Educación de los Príncipes* dice el Doctor Angélico, «que una de las cosas que se deberán cultivar en los jóvenes es la urbanidad, la cortesanía, las buenas formas. Un hombre, añade, verdaderamente noble no deja nunca que le domine el vicio de la grosería, de la rusticidad que le haría semejante al vicio; pues grosero es el que hace groserías: *Rusticus est qui rusticitatem facit*. Permitirse una persona hacer una grosería es lo más opuesto á los designios de Dios que quiere resplandezca siempre en todos sus hijos la mayor nobleza. Y no tiene uno bastante nobleza, si conservando habitualmente las buenas formas de la urbanidad se deja llevar en alguna ocasión hasta devolver grosería por grosería: no se saca de un depósito sinó lo que se ha introducido; y por eso es grosero el que corresponde con malas formas á otras iguales.»

Los buenos centros de educación han dado y dan siempre el digno lugar que se merece á las buenas formas,

queriendo que los educadores enseñen á los jóvenes no sólo á ser virtuosos y sabios sinó también urbanos y cortes: *Sed etiam in communi vite usu civilem humanitatem politioremq; urbanitatem ediscant.*

Muchos confunden las buenas formas con la verdadera educación: esto es un error que á todo trance conviene desvanecer, y saber guardar el justo término medio al enseñar la urbanidad á los jóvenes. Hé aquí cómo habla un educador experimentado: «Cuando digo que conviene enseñar á los jóvenes las buenas formas, no quiero decir que se los ejercite en todos los refinamientos de la cortesanía, ni que los acostumbre con método y medida á todas esas ceremonias acompasadas del gran mundo: estas pequeñeces sólo servirían para llenar sus cabezas de cosas falsas y frívolas y de necia vanidad. Una sencilla rusticidad chocaría menos que esa cortesanía metódica que sólo consiste en fórmulas de cumplimientos sosos y en la afectación de hacer todo con regla y con medida. No se debe atormentar á los jóvenes ni reñirlos por algunas faltas que cometan en esta materia. Un presentarse con poca gracia, una reverencia mal hecha, un saludo poco airoso, un cumplimento poco cortés, todo esto no merece más que una advertencia dulce y bondadosa, nada de gritos ni de aspereza, nada de avergonzarlos delante de sus compañeros. El uso corregirá pronto esos defectos.»

En materia de urbanidad, como en otras muchas cosas, lo que importa es dirigirse al principio, á la raíz del mal y combatir en los jóvenes las disposiciones directamente opuestas á los deberes comunes de relación y sociedad: hé aquí los principales defectos que deberán combatirse incesantemente: la rústica y áspera grosería que impide reflexionar en lo que agrada ó desagradará á los demás; el amor propio, atento sólo á sus comodidades y ventajas; la altivez é independencía que nos hacen creer que todo se nos debe y que nosotros no debemos nada á nadie; el espíritu de contradicción, de crítica, de burla que zahiere todo y sólo cuida de molestar.

Si de jóvenes, de niños se los acostumbra á complacer á sus compañeros, á hacerles algún servicio, á ceder en algunas ocasiones, á no decir contra nadie cosa disonante, á no darse por ofendidos por las palabras de otros jóvenes así educados aprenderán al vuelo, cuando entren en el gran mundo, las leyes y costumbres de la urbanidad y cortesanía.

En estos sencillos principios se fundan las mejores leyes de la alta urbanidad. Una vez destruidos los defectos radicales, contrarios á las buenas formas cristianas, aparecen éstas con toda su encantadora naturalidad; y sólo quedarán por aprender algunas formas de convención, alguna cosa graciosa, puro barniz á que fácilmente se presta un natural, despojado del egoismo, hijo del pecado.

La falta de urbanidad, ha dicho un literato, más que un vicio es efecto de muchos vicios, de la necia vanidad, de la ignorancia del deber, de la pereza, de la estupidez, de la distracción ó falta de atención, del desprecio de los otros, de la envidia. Suprimid la causa, y cesará en seguida el efecto: las buenas cualidades del alma irradiarán por sí mismas y harán brillar en las costumbres las hermosas formas cristianas que tanto realzan á los jóvenes que han de vivir en la sociedad.

El filósofo Joubert ha dicho con tanta verdad como belleza: La urbanidad es á la bondad como las palabras son al pensamiento. La urbanidad no tiene influencia solamente sobre las formas, sinó también sobre el entendimiento y sobre el corazón: la urbanidad modera y dulcifica todos los sentimientos, todas las opiniones, todas las palabras. La urbanidad es la flor de la humanidad, y quien no es bastante urbano, no es tampoco bastante humano.

Mucho interés han tenido los moralistas en cultivar la urbanidad que se refiere al alma, extirpando las raíces de toda grosería y haciendo germinar las virtudes cuya amable manifestación constituye la mejor urbanidad. La dulzura, encanto de la urbanidad, dice Bossuet, es la flor de la caridad que vierte al exterior sus sencillas y amables

gracias y aromatiza el ambiente con el amor más puro, después de haber llenado de él el corazón.

San Francisco de Sales, al insistir en la necesidad de mejorar el fondo del alma y de no contentarse con sólo pulimentar el exterior, añade: «El aceite que sobrenada á los líquidos, representa la dulzura y benignidad que aparecen sobre todas las cosas y ocupan lugar de excelencia entre las virtudes; pues ellas son la flor de la caridad que no es perfecta según San Bernardo, sinó cuando además de ser paciente, es dulce y benigna; pero cuidado bien que este aceite místico esté en vuestro corazón; porque es artificio grande del enemigo hacer que muchos se contenten con las palabras y formas exteriores de esta virtud.»

«Acordáos que la Esposa de los Cantares no tiene la miel solamente en los labios, sinó también debajo de la lengua, esto es, en el corazón. No basta, pues, tener dulces las palabras con nuestros prójimos; debemos tener además dulce nuestro corazón y todo el interior de nuestra alma.»

Sin descuidar las enseñanzas de los buenos libros de urbanidad, lo esencial para los niños es la práctica; y una buena escuela ó casa de educación deberá ser escuela práctica de urbanidad; y el principal esmero del educador consistirá en explicar y exponer los grandes principios de que se derivan las mejores formas de cultura.

Enseñar á los niños á ser modestos y desconfiados de sí mismos, enseñarles á ser señores de sí, que su alma se domine y domine al cuerpo, enseñarles á respetar á los demás, en especial, la autoridad, la edad, la distinción; hé aquí lo que les hará comprender la razón é importancia de la urbanidad y se les grabará profundamente hasta convertirse en hábito racional y oportuno.

Apenas se hallará falta de urbanidad que no lo sea también contra uno de los tres principios dichos ó contra todos al mismo tiempo: formas, altaneras, hablar con precipitación, con tono demasiado afirmativo y decisivo, retardar, escasear ó negar las muestras ordinarias de deferencia y miramiento, aspecto pretensioso, aire de su-

ficiencia, etc., efectos son de la inmodestia ú orgullo. Si la sencillez y modestia hacen tan amable y encantadora la niñez, en igual forma la hacen repulsiva y despreciable ciertas actitudes que indican una alma llena de sí misma; y en esa edad, llena del vacío, de nada y cerrada al bien. Un aspecto modesto, dice el Sabio, irradia las gracias: *Ante verecundiam prohibet gratia*. Inclínanse todos los corazones hacia el joven que sabe escuchar con silencio y respeto. *Audi tacens et pro reverentia accedet tibi bona gratia*. Hé aquí para un joven el modo de hacerse amar, adquirir experiencia y corregir los defectos. Tan útiles y bellas son las prescripciones de la verdadera urbanidad.

Después de las faltas de urbanidad que provienen de la inmodestia del alma, síguense las que provienen de la inmodestia del cuerpo. Si el cuerpo es, como debe, el siervo del alma, *anima utens corpore*, ha dicho del hombre San Agustín; si el siervo obedece, si jamás domina, si siempre reconoce y siente la autoridad del alma; si atiende á darle el honor que, como superior, se merece, con esto sólo quedan explicadas y guardadas gran número de leyes de urbanidad: en la mesa, por ejemplo, se guarda de buscar con ansia lo que más agrada al gusto, de palabras ó miradas que indican complacencia ó displicencia de lo que se sirve, de comer de prisa, á dos carrillos, con estrépito, de beber mirando á los otros, de manejar con ruido los cubiertos y de entregarse á la comida de modo que no se atiende á la conversación ó lectura.

Si el cuerpo es también la mansión de la inteligencia, del alma espiritual debe aparecer siempre en estado y posición que den honor al noble huésped que la habita: nada de posturas perezosas que lo asemejen á un molusco que carece de armazón, á un edificio ruinoso que sólo se sostiene por estar apuntalado; nada de posiciones sin firmeza, nada de incesantes balanceos sobre el asiento, nada de inquietos movimientos de brazos, ó de piernas, una sobre otra ó agitadas como seres turbulentos que no hallan reposo: orden y limpieza en el vestido; nada abandonado,

nada manchado. ¿Qué juicio tan desfavorable no merece el señor que dejara presentarse sus criados con sucios ó rotos vestidos? ¿Y qué decir de los que se complacen en el desorden, en hablar ó vestir como groseros?

La exageración en opuesto sentido indica también ridiculez y miserable corazón. ¿Qué indignidad ver al alma, espiritual hermana de los ángeles, ocupada con todas sus potencias en arreglar el cabello, colocar la corbata y calcular el nudo y el color! La señora se ha convertido en esclava, y pronto se rebajará á no saber servir sinó á los vicios vergonzosos: ahí la llevará el indigno predominio de los sentidos.

Insistiendo Santo Tomás en la modestia del vestir se expresa de esta manera: «Es vergonzoso que el hombre, dotado del don del entendimiento mendigue la belleza de cosas viles como son el vestido y el adorno. ¿Por ventura no es ya bastante vergüenza necesitar del vestido, pues esta necesidad es efecto del pecado?» Y trae el testimonio de San Bernardo que dice: Hacer consistir la gloria en el adorno del vestido es imitar al ladrón que se gloria de la marca que le ha impreso el hierro candente.

Por último el respeto que debemos á los otros y de manera más especial á personas recomendables por su edad, su autoridad, sus buenas cualidades, nos prescribe miramientos que deberán manifestarse por atenciones, pruebas de deferencia, y, cuando la ocasión lo exige, por saber sacrificar nuestras comodidades, nuestras preferencias, nuestros gustos personales: así lo piden con frecuencia los deberes más elementales de la caridad y, á veces, los de la justicia. Buscar en público la comodidad con libertad impertinente, proferir palabras bajas, frases mortificadoras, levantar la voz, no importarle á uno nada molestar á los demás con tal que resulte algún placer ó el orgullo quede satisfecho, faltas son contra la buena urbanidad, contra la razón y contra las enseñanzas del Evangelio: *Lo que no quieras para tí, no lo quieras para otro. Lo que hicieris al último de vuestros prójimos á mí lo hacéis.*

CAPÍTULO X

Influencia mutua de los medios de educación

La sin igual trascendencia de los medios de que se sirve la educación para hacer al hombre, al cristiano, completarle y disponerle para que pueda ser una notabilidad, una eminencia, si Dios le ha dado dones para ello, muestra la conveniencia de recordar algo de lo dicho, poner más en claro la relación y mutua influencia de unos sobre otros y llamar más vivamente la atención del educador sobre su admirable concordia, necesaria simultaneidad, armonía bella y poderosa.

Además de la influencia especial, directa con que cada uno de los medios contribuye á la educación, tiene también cada uno influencia general sobre los otros y por consiguiente sobre toda la educación, y así deberán unos medios fortificar á los otros, prestarse concurso mútuo y concurrir todos simultáneamente al fin común que es la formación completa del hombre.

Si el hombre es uno con diversas facultades, una, simple, constante debe ser su educación; y aunque varíen los medios al desarrollar las facultades, su unión debe ser indisoluble, como lo es la unidad fundamental de las mismas facultades.

La fuerza y poderío, majestad y riqueza del hombre hállanse radicalmente en los diversos atributos de que se siente dotado: si un atributo ó facultad se resiente, por necesidad deben resentirse los otros, y no impunemente se deja abandonado en la educación uno, cualquiera, de los dones de Dios. Si los que han perdido la vista, poco á poco van perfeccionando el tacto y el oído, no sucede así con las facultades intelectuales y morales. La inteligencia no gana nada con que se debilite el carácter ó el corazón se

nada manchado. ¿Qué juicio tan desfavorable no merece el señor que dejara presentarse sus criados con sucios ó rotos vestidos? ¿Y qué decir de los que se complacen en el desorden, en hablar ó vestir como groseros?

La exageración en opuesto sentido indica también ridiculez y miserable corazón. ¿Qué indignidad ver al alma, espiritual hermana de los ángeles, ocupada con todas sus potencias en arreglar el cabello, colocar la corbata y calcular el nudo y el color! La señora se ha convertido en esclava, y pronto se rebajará á no saber servir sinó á los vicios vergonzosos: ahí la llevará el indigno predominio de los sentidos.

Insistiendo Santo Tomás en la modestia del vestir se expresa de esta manera: «Es vergonzoso que el hombre, dotado del don del entendimiento mendigue la belleza de cosas viles como son el vestido y el adorno. ¿Por ventura no es ya bastante vergüenza necesitar del vestido, pues esta necesidad es efecto del pecado?» Y trae el testimonio de San Bernardo que dice: Hacer consistir la gloria en el adorno del vestido es imitar al ladrón que se gloria de la marca que le ha impreso el hierro candente.

Por último el respeto que debemos á los otros y de manera más especial á personas recomendables por su edad, su autoridad, sus buenas cualidades, nos prescribe miramientos que deberán manifestarse por atenciones, pruebas de deferencia, y, cuando la ocasión lo exige, por saber sacrificar nuestras comodidades, nuestras preferencias, nuestros gustos personales: así lo piden con frecuencia los deberes más elementales de la caridad y, á veces, los de la justicia. Buscar en público la comodidad con libertad impertinente, proferir palabras bajas, frases mortificadoras, levantar la voz, no importarle á uno nada molestar á los demás con tal que resulte algún placer ó el orgullo quede satisfecho, faltas son contra la buena urbanidad, contra la razón y contra las enseñanzas del Evangelio: *Lo que no quieras para tí, no lo quieras para otro. Lo que hicieris al último de vuestros prójimos á mí lo hacéis.*

CAPÍTULO X

Influencia mutua de los medios de educación

La sin igual trascendencia de los medios de que se sirve la educación para hacer al hombre, al cristiano, completarle y disponerle para que pueda ser una notabilidad, una eminencia, si Dios le ha dado dones para ello, muestra la conveniencia de recordar algo de lo dicho, poner más en claro la relación y mutua influencia de unos sobre otros y llamar más vivamente la atención del educador sobre su admirable concordia, necesaria simultaneidad, armonía bella y poderosa.

Además de la influencia especial, directa con que cada uno de los medios contribuye á la educación, tiene también cada uno influencia general sobre los otros y por consiguiente sobre toda la educación, y así deberán unos medios fortificar á los otros, prestarse concurso mútuo y concurrir todos simultáneamente al fin común que es la formación completa del hombre.

Si el hombre es uno con diversas facultades, una, simple, constante debe ser su educación; y aunque varíen los medios al desarrollar las facultades, su unión debe ser indisoluble, como lo es la unidad fundamental de las mismas facultades.

La fuerza y poderío, majestad y riqueza del hombre hállanse radicalmente en los diversos atributos de que se siente dotado: si un atributo ó facultad se resiente, por necesidad deben resentirse los otros, y no impunemente se deja abandonado en la educación uno, cualquiera, de los dones de Dios. Si los que han perdido la vista, poco á poco van perfeccionando el tacto y el oído, no sucede así con las facultades intelectuales y morales. La inteligencia no gana nada con que se debilite el carácter ó el corazón se

endurezca: la ruina, abandono, sacrificio y hasta excesivo desarrollo de una facultad lleva consigo la ruina de las demás: los hombres de experiencia saben también como la perfección y mejoramiento de una facultad sirve para mejorar y perfeccionar las otras: ¡cuántas veces, mejorado el corazón, se mejora el entendimiento; inspirada la piedad, se perfecciona el corazón, é ilustrada la conciencia, se fortifica el carácter!

Aislar los medios de educación, no hacerlos converger simultáneamente á un solo fin, el perfeccionamiento del hombre, del cristiano, es inhabilitarse para sacar de cada uno de dichos medios la fuerza y eficacia que servirían admirablemente aún para objeto limitado.

¿Quién desconoce, por ejemplo, la influencia que ejerce la disciplina sobre la instrucción? La disciplina hace que el estudio sea fuerte y atento, que el entendimiento no se disipe, que se madure la reflexión y que no decaiga su vigor.

Si la razón ama el orden, si la atención necesita del silencio, si el pensamiento gana con que la palabra no lo excite á cada momento; si la prontitud, actividad y vigoroso ejercicio de las facultades no se alcanzan sinó empleando bien el tiempo; ¿á quién se deben todas esas cosas sinó á la disciplina? Sin la disciplina, aunque llegue la instrucción á desarrollar el entendimiento, no será vigoroso por falta de atención, por inconstancia de la voluntad y porque la ociosidad lo tendrá con frecuencia sumergido en los desórdenes de las pasiones.

Ninguno de los otros medios de educación es extraño á la disciplina: ella pone en práctica las prescripciones del reglamento religioso, del literario, del higiénico, del plan y usos adoptados y reconocidos más á propósito para la educación. Más aún, la disciplina previene con la vigilancia todo atentado y sabe subsanar con el rigor prudentemente calculado cualquiera infracción.

Orden, pues, ó disciplina para formar la juventud en la piedad, en la virtud, en la ciencia: orden ó disciplina para que hasta las cosas materiales, como la salud, el empleo

del tiempo, sirvan más ventajosamente al fin espiritual de la educación: la disciplina sirve para todo: ella hace florecer las clases, las conserva y, en caso de necesidad, las regenera: la disciplina prepara, garantiza y protege todo el bien de la educación; previene el mal posible, lo previene con la vigilancia y lo castiga con ejemplos y penas que mejoran al culpable.

¿Qué no deben la disciplina y la instrucción á la religión? Influencia profunda ejercen la religión y la virtud sobre la educación intelectual: un corazón puro hace puro también el entendimiento, más sensible á las impresiones de lo bello, más dócil á las enseñanzas de lo verdadero, y le hace gustar más vivamente el dulce y noble placer de escuchar la razón.

Bajo la influencia de la religión penetra la verdad en el entendimiento, no como árida teoría de pasiva adhesión, sinó como cosa viva, sustancial, que lo fecunda, lo eleva y por él llega á vivificar completamente el alma. Apoyado el entendimiento por medio de la religión en los principios de la fe no se expone á estrellarse en las incertidumbres humanas, antes bien remontando su vuelo á la luz de Dios ve más alto y más lejos que los mayores sabios.

Si la religión queda reducida la instrucción á vano cebo de la curiosidad y del orgullo, no es posible amar profundamente la verdad; los más grandes pensamientos se extravían con facilidad; la verdad misma fría é inanimada se detiene en el entendimiento, sin abrirse paso hasta el corazón. La instrucción sin religión hace que muchos entendimientos ávidos de saber se hallen en un estado de exaltación que perjudica gravemente al carácter y á la conciencia, que otros queden inertes y estériles, cuando el grito de la conciencia ó las tiernas inspiraciones de la religión los hubiera devuelto al movimiento y á la vida. La instrucción sin religión queda reducida en entendimientos vulgares á nada ó casi nada, á un depósito confiado á la guarda inactiva de la memoria, á una serie de conocimientos, nomenclatura árida, indigesto montón de ciencia sin luz, de hechos sin conexión y sin vida.

Si la instrucción enoblece la disciplina elevándola á la dignidad de guardadora de la inteligencia, la religión hace de ella una verdadera potencia moral en la educación.

Por medio de la religión no sólo es la disciplina los ojos del maestro y la garantía de la obediencia material, es más, es el ojo de Dios y la inspiración de la noble docilidad.

Sólo bajo la influencia de la religión llega á ser la disciplina protectora de las costumbres, la conservadora de la inocencia, prenda de grandes estudios, inspiradora del buen espíritu, guardadora del respeto, señora, dispensadora y tesorera del tiempo, nervio del reglamento y poderoso resorte de toda educación.

Quitad la religión y la disciplina queda rebajada á no ser más que policía, orden de cuartel que envilece á los que la sufren y más todavía á los que la imponen; por rigurosa que sea, no llegará jamás al alma, á la conciencia, á mejorar las costumbres, á reformar las pasiones, á hacerse respetar.

La disciplina meramente exterior no sirve para la educación, donde, ante todo, hay que dirigirse al alma, á la voluntad, al corazón, á la conciencia. Una disciplina despótica, admirada á veces por quienes sólo se fijan en la superficie de las cosas no tiene que ver nada con la noble disciplina de las almas que sola forma la verdadera educación.

No basta para la educación que se obedezca, requiere de todo punto que se ame el obedecer y solamente la religión hace amar la obediencia.

Sin género de duda es cosa fácil ejercer la disciplina militar, la disciplina á mano armada; menos dificultad hay en mandar al cuerpo que en mandar al alma: con la fuerza se hace del exterior lo que se quiere, aunque resista el alma y se embrutezca con su obediencia servil: no es esta la disciplina según el espíritu del *Apostolado*, de la que se ha dicho que es el arte de las artes: *Ars artium regimen animarum*.

El orden material tiene grandísima importancia, por ahí se empieza; mas la disciplina educativa debe atender, como fin, el alma, al orden moral y ser su reflejo exterior.

En las *Cartas sobre la educación* se dice «que una disciplina rigurosa puede ocultar los vicios más vergonzosos:» así tiene que ser cuando se descuida la virtud, el corazón, la conciencia y sólo se atiende á que la anarquía, el desorden no aparezcan al exterior, aunque se hallen en el fondo de las almas.

Las Santas Escrituras han hecho el más bello elogio y la definición más perfecta de la disciplina, cuando la han llamado «la guardadora de las leyes»: *Disciplina custodia legum*: esta sublime y augusta misión se cumple enseñando á respetar la ley y el principio de autoridad que viene de Dios, é inspirando su amor: de este modo aprende la juventud á someterse con dignidad y nobleza á los santos principios que rigen la sociedad después de haberlo hecho en la pequeña sociedad de una escuela ó casa de buena educación.

Mas si nada puede igualar á la influencia de la religión sobre la disciplina y la instrucción, sobre el estudio y desarrollo del entendimiento, sobre el carácter y defectos de los niños y sobre el porvenir de toda su vida, la religión, á su vez, reclama el concurso de los otros dos grandes medios de educación.

Sin disciplina y sin instrucción la religión no formaría hombres dignos de ella: la religión ama la luz, la ilustración, los caracteres firmes y rectos: una mente imbecil, un carácter rastrero ó afeminado sólo sirven para deshonorar la religión,

La disciplina que cuida del silencio, del recogimiento, dispone para las enseñanzas de la religión y para las impresiones de la gracia.

Una buena educación disciplinaria evita ó corrige los extravíos de la voluntad, siempre en peligro de dejarse arrastrar por las pasiones ó por la ligereza de la edad; manda sin envilecer, somete sin abatir; impide que las fa-

cultades se pierdan ó debiliten en las disipaciones y proteje, á la vez, la piedad, el estudio y las costumbres.

La instrucción presta también á la religión su valioso concurso.

Si la gloria de la instrucción y de la educación intelectual consiste en abrir y desarrollar el entendimiento del niño, darle ideas sanas, formar y desenvolver la penetración, el buen sentido, la aplicación, enriquecer la memoria, formar la palabra, la razón, hacer fecunda la imaginación, dar el buen gusto, ejercitar el juicio, la religión encuentra un gran recurso en entendimientos así preparados, para comunicarles sus grandes y altísimas verdades.

El cultivo conveniente del entendimiento da delicadeza al corazón, generosidad al alma, elevación á la razón: lo bello y verdadero de las formas literarias ayudan á recibir con entusiasmo los esplendores de la infinita verdad y belleza que por doquiera hace aparecer la religión.

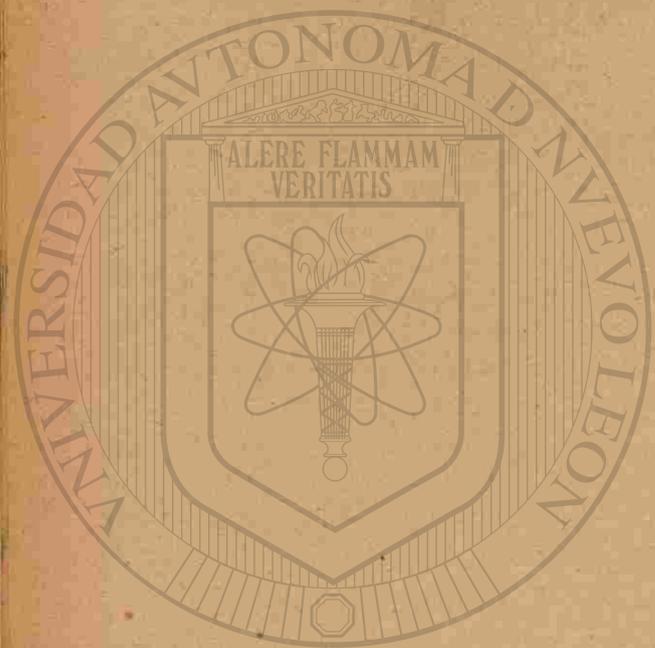
La educación física que se ocupa en desarrollar los miembros y la fuerza del cuerpo del niño, en hacer que una sangre generosa circule siempre por sus venas, que la llama divina que brilla en sus miradas no se amortigüe ni se extinga jamás, y que no desaparezca bajo tristes sombras el encantador colorido que embellece la frente de la infancia virtuosa, ayuda admirablemente á la instrucción, á la disciplina, á la misma religión.

La salud, primer bien del cuerpo: *Census supra census salus corporis*, dice la Escritura, es un elemento precioso para los buenos estudios y para los ejercicios de piedad. A su vez, la instrucción, el trabajo, la disciplina, el orden y, sobre todo, la religión, al conservar las costumbres, conservan también las fuerzas y la salud. Si se ha dicho que la religión es el aroma que impide á la ciencia corromperse, puede también decirse que la virtud es el divino bálsamo que conserva la vida y el fresco colorido de los niños; más la virtud sólo se conserva por medio de la disciplina moral y religiosa.

La educación física da el conveniente descanso á la

educación intelectual, haciendo suceder el recreo al trabajo; mas la prudente y firme disciplina modera el uno y el otro sin austeridad ni afectación, mezclando las ocupaciones graves con los descansos y juegos.

La religión que en todas las cosas es el punto de vista superior preside á todo, á la instrucción, al orden, á la higiene, á la economía, á la urbanidad, á las afectuosas relaciones entre maestros y discípulos: ella es la principalmente interesada en que los entendimientos de los niños se llenen de la verdad que es la luz de Dios, los corazones del amor á la belleza que es el resplandor de lo verdadero, la vida, de la práctica del bien; y hace que la juventud encuentre en las impresiones y recuerdos de su educación la felicidad, la verdad y la virtud; y como consecuencia de todo esto, la mayor dignificación de su ser y la mejor preparación para ser felices no sólo en este mundo, sino más y principalmente en la gloriosa eternidad.



SECCIÓN TERCERA

De las cualidades de la educación

CAPÍTULO PRIMERO

La religión

Cinco supremas cualidades integran la educación según el *Apostolado*: enseñar á los niños á ser religiosos, enseñarles á creer, enseñarles á obedecer, enseñarles á amar y enseñarles á respetar, y como salvaguardia de estas cinco sublimes enseñanzas, enseñarles á ser puros: es decir, que siendo Jesucristo el fin del hombre, *vos autem Christi*, la educación debe llevar los niños á Jesucristo y su santidad, á Jesucristo y su doctrina, á Jesucristo y su autoridad, á Jesucristo y su amor, á Jesucristo y su majestad, á Jesucristo y su pureza.

Si comparamos la educación de la juventud al árbol de la vida, la religión infunde la savia, la fe forma las raíces, el amor da expansión, la obediencia da la fuerza, el respeto la grandeza; y la pureza infunde sobre todo él la irradiación de una belleza inmaculada: así Jesucristo conocido, Jesucristo amado, obedecido y respetado, Jesucristo ado-

rado é imitado es el sublime compendio de la verdadera educación.

Una juventud así educada traería sobre las familias y naciones la dichosa edad de oro, y en pocos años la civilización con todos sus encantos llegaría á su apogeo y sería la más hermosa realidad.

Désemle, dijo Leibnitz, el ministerio de la enseñanza, y en poco tiempo cambio la faz del mundo.

De todo niño, al nacer, puede hacerse la pregunta que se hizo cuando nació el niño más famoso de los hijos de los hombres. ¿Qué será este niño? *Quis puer iste erit?* La respuesta es el secreto de Dios; pero Dios lo ha dejado en las manos de los hombres; este niño será lo que haga de él la educación: un miserable ó una calamidad, si se educa sin Jesucristo ó contra Jesucristo, una bendición de Dios, si se educa en Jesucristo y para Jesucristo.

No habiendo fuera de Jesucristo verdadero bien ni salvación ni para el individuo, ni para la familia, ni para la sociedad, todos los educadores de cualquier rango, categoría ó estado están llamados y obligados á llevar la juventud á Jesucristo y merecer bien de Dios y de los hombres; lo mismo los sacerdotes que los seglares, lo mismo los padres de familia que los celibatarios, lo mismo los hombres del claustro, que los del mundo; todos los que de cualquier modo concurren al altísimo ministerio de la educación deben prefijarse, como fin supremo, aunque no deben descuidarse otros fines secundarios, inspirar en los jóvenes las cinco supremas cualidades, *religión, fe, obediencia, amor, respeto* y la *pureza* como necesario complemento: el educador que desatiende esto, hace traición á su conciencia, á la sociedad y á Dios; pues Dios y la sociedad no le confían la juventud sinó para que la eduque según el fin para que ha sido creada; y ese fin está admirablemente resumido en las cinco supremas cualidades, seguidas de la pureza, su indispensable salvaguardia.

Conviene repetirlo: el trascendental ministerio de la educación no es propiedad exclusiva de ninguna clase ó

estado: después de los padres de familia á quienes pertenece por derecho de naturaleza, los más dignos son los que con más sinceridad llevan á Jesucristo en sus palabras y en el amor de su corazón, los que siendo mejores cristianos tienen más santa ambición por sacrificarse para que Jesucristo penetre en el corazón de los niños, y reinando en él, como en su más bello trono, derrame á manos llenas sus bendiciones para el tiempo y para la eternidad.

Las cinco supremas cualidades *religión, fe, obediencia, amor, respeto*, constituyen la última cima de la educación de la parte humana, creada á imagen y semejanza de Dios: la religión educa el fondo íntimo del alma; la fe es la última expresión de la firmeza y claridad del entendimiento; la obediencia da á la voluntad la rectitud y fecundidad más grandes; el amor es la vida feliz del corazón; el respeto eleva la voluntad, el entendimiento, el corazón, el alma entera hasta la altura de Dios; y la pureza sosteniendo la educación de las facultades del alma, es también admirable salvaguardia de la salud del cuerpo.

Al tratar de las principales cualidades del educador y de los medios de educación aparecieron ya muchas ideas que aquí vuelven á consignarse, como último fin de la educación; así, por ejemplo, la religión ó la virtud debe ser la primera cualidad del educador, el primer medio ó elemento de educación y ahora la religión su primera suprema cualidad.

La importancia trascendental de la educación exige tratar directamente de cada una de sus cinco supremas cualidades para ayudar así á fijarlas en el entendimiento y corazón del educador y pasar de ahí al alma de los niños.

A excepción de unos pocos hombres de letras, cuyo orgullo los ha entregado al vértigo de la impiedad y á la locura de las paradojas, el buen sentido de la humanidad ha exigido siempre que la educación fuese religiosa, para que el niño poseyera desde luego la religión, bien supremo, no sólo para la eternidad sinó también para esta vida.

Escribiendo el Conde de Maistre á una santa y noble

madre, decíale acerca del hijo que ella misma había educado: «Si la virtud ha echado en él tan hondas raíces; si el vicio le ha encontrado siempre invulnerable, y si se ha presentado en la sociedad armado de todas armas, débese al valor que tuvisteis para contradecir las falsas ideas del siglo y para dar á vuestro hijo una educación *eminente-mente religiosa*.»

«Los modernos charlatanes que han difamado el nombre de filósofos, han establecido métodos muy diferentes y han trabajado sin descanso por separar la moral de la religión, recomendándonos, sobre todo, que no confiásemos al sacerdote la educación del hombre en sus primeros años. Uno de ellos llegó hasta afirmar que no se debía hablar de Dios á los niños; paradoja tan próxima á la demencia que no puede inspirar sino compasión.»

«Hay hombres que reñidos con el buen sentido de la humanidad, lo que más temen en la educación es la religión, sin la cual precisamente no puede haber educación; y al encargar que no se confie al sacerdote la educación del hombre en sus primeros años, lo han hecho, sin duda, porque el sacerdote es para el niño la principal personificación de la religión. Como no pueden imitar su inimitable influencia, la miran con envidia, y ponen empeño en destruirla.»

Semejantes desvarios, hijos de la ignorancia ó del odio sectario chocan de frente contra la sana razón y contra la fe: dígase lo que se quiera, el sacerdote será hasta el fin de los siglos *luz del mundo y sol de la tierra*, y por su misión divina él será el encargado de llevar por medio de la religión las luces más esplendorosas al entendimiento y los medios más eficaces de preservación para el corazón y la voluntad: la recta razón dicta también que la educación ha de ser eminentemente religiosa: dos verdades incontestables lo demuestran con toda evidencia: no hay educación sin moral: no hay moral sin religión: estas dos verdades forman parte del buen sentido de la humanidad, así también como otra tercera verdad: no hay religión sin sacerdote.

Dícenos también la fe que el mayor tesoro y bien del hombre es la religión, y que nunca, como en los primeros años, se implanta en su corazón y en su alma: *A juventute sua*.

Mirada la educación, además, bajo el aspecto meramente razonable, es desarrollo y expansión; desarrollo de los instintos más generosos y expansión de las necesidades y aspiraciones más legítimas de la vida: descubrir en el alma del niño con la penetrante mirada del amor lo que hay allí más puro y más noble, más profundo y más sublime, y dar harmoniosa expansión y fecundo desenvolvimiento á esos instintos superiores; hé aquí lo que es la educación.

Ahora bien; la necesidad más legítima y más profunda que, al nacer, trae consigo el alma humana, es la necesidad de Dios que la creó para sí y estampó en ella su imagen y semejanza: su instinto más delicado, más sublime, más divino, es el instinto religioso que en definitiva no es otra cosa sino la respiración del alma que anhela lo infinito, para que ha sido creada: por esto la religión es la primera pasión del alma, como también es la última; y cuando la tiranía de la carne ó el despotismo del orgullo dejan de oprimirla con el yugo de sus instintos egoístas y salvajes, levántase en el fondo del alma esa pasión divina con una fuerza proporcionada á la opresión que la ha tenido sujeta durante largos días de servidumbre; y esta alma que tiene hambre y sed de lo infinito, semejante al ser que ha salido de su elemento, llama á Dios, como su primera necesidad, como su primera pasión, como su primera respiración y el elemento más propio de su vida. Por eso el alma del niño, cuando no la mancha el mal, ama á Dios; las armonías de la religión hallan eco simpático en las armonías de su corazón y ejercen sobre él una seducción santa, sin que el mismo se aperciba de ello.

El niño necesita adorar, abre su corazón á Dios y Dios entra en él con la religión como en su propia morada. Cuando la religión viene á él y le dice: ahí tienes á Dios,

el niño le reconoce, como se reconoce á un amigo de quien se guarda el retrato; siente la necesidad de entrar con él en dulce familiaridad, gózase con su sonrisa, con sus caricias, con sus bendiciones; y con inexplicable facilidad y sin igual encanto se postra de rodillas, le busca con sus miradas y exclama diciéndole: ¡Padre nuestro!

Tal es, en efecto, la primera inclinación, ó por mejor decir, el primer vuelo de una alma á la que el mal no ha logrado aún pervertir. Los encargados de la educación de los niños, que no corresponden á esta noble inclinación, ni favorecen este vuelo sublime, dándole una dirección acertada, falsean radicalmente la educación y hieren de muerte la vida moral del hombre.

Cuando la educación no secunda el progresivo desarrollo de esos instintos angélicos; cuando no procura satisfacer esa invencible necesidad de adorar, que constituye el fondo divino del alma humana, ofreciéndole el espectáculo del culto y los transportes de la oración, y facilitándole el íntimo contacto con las cosas divinas, entonces esa invencible necesidad de adorar se encamina hacia las criaturas ó se repliega sobre sí misma; entonces el niño está ya dispuesto para toda clase de idolatrías: la irreligión viene á mancharle y deshonrarle, cuando todavía es joven, y lucen aún en él las gracias de la niñez; le corrompe en la parte más delicada y más celestial de su ser, la desflora, le arranca la corona, y le quita su candor celestial y su ideal belleza.

Si nada hay más hermoso bajo el cielo que el niño prosternado delante de Dios, semejante á los ángeles en oración, nada tampoco aparece más deforme que el niño impío, entregado ya en edad temprana al demonio de la blasfemia de la irreligión. La irreligión que es siempre un espectáculo desconsolador, donde quiera que se presenta, como una aparición de Satanás, aparece en el niño un espectáculo dos veces lamentable y más doloroso que todo cuanto suscita nuestros gemidos acá sobre la tierra. Cuando se cree verla en un niño á quien se ama, por poco que uno

sienta, quisiera tener las lágrimas de Jeremías para llorar sobre esa Jerusalén prematuramente destruida, donde la religión enmudece ya entre ruinas.

Visitad una escuela ó centro de enseñanza donde se descuida la religión, mirándola como cosa inútil, ó tal vez ¡ay! se la desprecia y se la aparta como un oprobio para el alma de los niños. ¡Qué cuadro tan desconsolador! ¡Qué deformidad moral en aquella edad en que la vida despide en torno suyo sus más puros resplandores! Buscad en esas escuelas, en esas casas niños que dominen su egoísmo, su orgullo, su espíritu de independencia, sus movimientos de ira y, sobre todo, su voluptuosidad; no los encontraréis, porque el niño que no tiene religión no doma sus pasiones. Lo que veréis allí es el niño que, á pesar de tan corta edad, es ya incrédulo, ó, tal vez, impío; á este impío le veréis altanero, orgulloso, rebelde, insolente, grosero, voluptuoso, malvado y casi bárbaro. Su educación por falta de religión se anula, se deshace; fáltale su elemento propio á la parte más elevada de la vida; y se ahoga en el vacío ó muere en el fango.

Una educación que no sea religiosa, ó lo que sería más desastroso, que enseñase á despreciar ó á insultar la religión, sólo serviría para atraer sobre la niñez todos los oprobios que pueden caer sobre el alma y todas las degradaciones que pueden envilecer la vida. Educar al hombre sin Dios ó contra Dios es el absurdo, es la contradicción misma, es la educación trastornada; es querer realzar la vida empezando por decapitarla; es querer engrandecerla quitándole su grandeza más divina: es despojar al hombre de su primera majestad y quitarle su parte más elevada; es desarrollar en lo más íntimo de su ser el principio más activo de todas las decadencias, rompiendo el divino resorte de todas sus grandezas verdaderas: es trastornar todo el movimiento de la vida, dirigiéndolo en sentido opuesto; es destruir la única fuerza que en la edad primera puede levantar sus potencias y facultades; es precipitar al hombre, alejándole de Dios, hacia el cual debe gravitar toda existencia que quiera ser grande.

Si no se hubieran sembrado en las inteligencias tantas mentiras y sofismas como polvo hay en la atmósfera, pasaría como verdad irrefragable, tan clara como el sol de medio día, que la educación ha de ser, ante todo, religiosa, eminentemente religiosa.

Si la verdadera civilización es la cultura de los corazones y la elevación de las almas; si es la formación de la vida en esas fases superiores que miran al cielo y aspiran á lo infinito; si es la acción de las inteligencias sobre las inteligencias, de los corazones sobre los corazones y de las almas sobre las almas que se ilustran, se depuran y se engrandecen con su mutuo contacto: si la verdadera civilización da por resultado inmediato y general la elevación del sentimiento moral: si, por fin, antes que en la materia, consiste la civilización en los corazones y en las almas, sólo la educación religiosa puede ser su verdadero fundamento: ella sola puede impedir que la materia avasalle al espíritu y hacer que los adelantos de la ciencia, de las artes y de la industria sirvan al engrandecimiento y felicidad del hombre, engrandecimiento y felicidad que, ante todo, radican en el corazón y en el alma.

Hase dicho como verdad incontrovertible: La cristiandad tiene derecho á llamar bárbaro todo lo que está fuera de ella. Todo lo que en las edades pasadas no ha conocido á Jesucristo, aun cuando haya vivido en medio del lujo de la ciencia y de la literatura, ha sido bárbaro; todo lo que en la edad presente no le adora, sigue siendo bárbaro; y todo lo que, después de haberle conocido y adorado, se separa de él, vuelve á la barbarie. Es que debajo del cielo no ha habido, no hay, no habrá otro nombre, otra bandera, otra religión que la de Jesucristo, que pueda hacer salvos á los hombres y por ende verdaderamente civilizados.

La barbarie, en último resultado, es el reinado natural de los vicios; la civilización, el reinado natural de las virtudes: un bárbaro es un niño grande con la grosería de los vicios y sin el candor de la niñez.

Así como la verdadera civilización ostenta como sus frutos naturales: humanidad, abnegación, caridad, sacrificio, castidad, humildad, fraternidad, libertad y, sobre todo, justicia, buena fe y sinceridad; así la barbarie no produce de sí misma sino egoísmo, codicia, avaricia, impureza, perjurio, crueldad, mentira y perfidia: estos estigmas de maldición aparecen en la cara y más aún en el corazón de los individuos y naciones donde reina la barbarie, sin que las almas se sientan heridas, se indignen las conciencias, ni se subleven los corazones; mas los individuos y los pueblos que han recibido de la religión de Jesucristo el bautismo de la civilización y la consagración de las verdaderas grandezas presentan aquellos otros signos de gloria que constituyen el más alto honor y la verdadera felicidad de la humanidad.

En los pueblos é individuos bárbaros ó degradados sólo se rinde culto al triunfo de la fuerza bruta, á las orgías de la inmoralidad y á las obras maestras de la mentira y de la perfidia: los pueblos é individuos que han recibido la educación religiosa del verdadero cristianismo sienten conmoverse sus corazones ante el espectáculo de las grandezas morales, responden con eco simpático á todo lo que es puro, santo y bello con belleza inmaculada: sus almas vibran al compás de la justicia y de la verdad al condenar, protestando, las insolencias de la injusticia y los cinismos de la mentira, aún en el apogeo de su triunfo; saludan con espontáneas aclamaciones las grandes causas, heroicamente defendidas y los grandes infortunios noblemente soportados; y si las conciencias desarmadas no pueden vencer con la fuerza moral la brutalidad de la fuerza material, puesta al servicio de las malas pasiones, guardan allá, en sus adentros, un sentimiento de sorda indignación contra sus triunfos, que estalla tarde ó temprano, y ofrecen solemne reparación y aún cumplida reparación á la justicia y á la civilización, ofendidas con las saturnales del crimen y de la barbarie.

La educación religiosa, es decir, la que ha penetrado

hasta al alma y el corazón es la que distingue en sus últimas y profundas líneas al civilizado y al bárbaro. Un hombre sin ninguna educación religiosa, aunque presente todos los atractivos de la civilización exterior que sólo afecta á las fases más inferiores de la vida, aunque aparezca elegante, literato, opulento, será bárbaro y aun salvaje en su corazón y en su alma, insensible, egoísta, duro, sin afectos, sin compasión, sin ternura, pulimentado en la forma y grosero en el fondo, dispuesto, si es necesario para satisfacer sus feroces instintos y si se le presenta ocasión, á destruir y á matar y hasta asombrar á la barbarie misma. Un pueblo que no ha reprimido con la educación religiosa sus instintos depravados, que tiene ciencia, pero no tiene fe; inteligencia, pero sin principios; que profesa el odio, pero no el amor; el desprecio, pero no el respeto: la impiedad, pero no la religión; la blasfemia, pero no la adoración; la voluptuosidad, pero no la castidad; que tiene pasiones y no sabe contenerlas; que tiene fuerza y no sabe vencerse; capaz de prevaricar, pero no de arrepentirse; de enriquecerse, pero no de sacrificarse; un pueblo que en su conjunto es codicioso, falso, perjuro, hipócrita, sin fe, sin amor, sin generosidad, sin virtud, sin religión, sin Dios, hé aquí el pueblo sin educación religiosa, que no reconoce más justicia que su fuerza, que conculca todos los derechos, sin freno en sus desbordamientos, sin límites en sus ambiciones,

San Pablo dice que un día verá el mundo tiempos azarosos; que aparecerá una raza de hombres, espanto de las sociedades; que, por carecer de educación religiosa, presentarán, como signos característicos, ser hipócritas, poseídos del amor de sí mismos, codiciosos, arrogantes, orgullosos, blasfemos, desobedientes, ingratos, malvados, inquietos, incapaces de permanecer en reposo y de dejar á los demás en paz, calumniadores, incontinentes, crueles, traidores, insolentes, hinchados con el viento del orgullo, más amantes de la voluptuosidad que de Dios, cubiertos con máscara de religión y apóstatas de la virtud, enemigos

de la verdad, condenados por la fe y tan corrompidos en la inteligencia como en el corazón.

Es, pues, la religión la primera, suprema cualidad del hombre civilizado; es la educación religiosa el primero, supremo fundamento de la civilización, es lo primero que debe darse á la infancia, y sobre esa base podrán levantarse con seguridad todas las grandezas. *Et omnia adjicientur vobis.*

CAPÍTULO II

La fe

Después de la religión que tiene por objeto educar el fondo más íntimo del alma y satisfacer su más sublime necesidad y su instinto más divino, síguese en el orden jerárquico de las facultades del alma la inteligencia, punto de apoyo de la vida.

Como la educación tenga por objeto necesario engrandecer al hombre, darle el más perfecto desarrollo de que es susceptible y elevarle en todos los sentidos, dirígese desde luego con procedimiento lógico á la inteligencia, como el arquitecto, al construir un edificio, cuida, ante todo, de la solidez de los fundamentos y de la firmeza de de la base: no se concibe una buena educación, sino se empieza por establecer su fundamento y asentarla sobre bases inquebrantables: siendo la inteligencia el fundamento de la vida del hombre, hácese necesario asentarla sobre bases incommovibles, principios ciertos, verdades absolutas.

La inteligencia es la intuición de la verdad íntima; es el alma humana que lee con su propia luz en el fondo de las cosas. Puesta el alma frente á frente de la verdad, la mira, la concibe, la comprende, se apodera de ella, la abraza, y la verdad se une á ella: así procede la inteligencia. Por la inteligencia el alma se une indisolublemente con la

hasta al alma y el corazón es la que distingue en sus últimas y profundas líneas al civilizado y al bárbaro. Un hombre sin ninguna educación religiosa, aunque presente todos los atractivos de la civilización exterior que sólo afecta á las fases más inferiores de la vida, aunque aparezca elegante, literato, opulento, será bárbaro y aun salvaje en su corazón y en su alma, insensible, egoísta, duro, sin afectos, sin compasión, sin ternura, pulimentado en la forma y grosero en el fondo, dispuesto, si es necesario para satisfacer sus feroces instintos y si se le presenta ocasión, á destruir y á matar y hasta asombrar á la barbarie misma. Un pueblo que no ha reprimido con la educación religiosa sus instintos depravados, que tiene ciencia, pero no tiene fe; inteligencia, pero sin principios; que profesa el odio, pero no el amor; el desprecio, pero no el respeto: la impiedad, pero no la religión; la blasfemia, pero no la adoración; la voluptuosidad, pero no la castidad; que tiene pasiones y no sabe contenerlas; que tiene fuerza y no sabe vencerse; capaz de prevaricar, pero no de arrepentirse; de enriquecerse, pero no de sacrificarse; un pueblo que en su conjunto es codicioso, falso, perjuro, hipócrita, sin fe, sin amor, sin generosidad, sin virtud, sin religión, sin Dios, hé aquí el pueblo sin educación religiosa, que no reconoce más justicia que su fuerza, que conculca todos los derechos, sin freno en sus desbordamientos, sin límites en sus ambiciones,

San Pablo dice que un día verá el mundo tiempos azarosos; que aparecerá una raza de hombres, espanto de las sociedades; que, por carecer de educación religiosa, presentarán, como signos característicos, ser hipócritas, poseídos del amor de sí mismos, codiciosos, arrogantes, orgullosos, blasfemos, desobedientes, ingratos, malvados, inquietos, incapaces de permanecer en reposo y de dejar á los demás en paz, calumniadores, incontinentes, crueles, traidores, insolentes, hinchados con el viento del orgullo, más amantes de la voluptuosidad que de Dios, cubiertos con máscara de religión y apóstatas de la virtud, enemigos

de la verdad, condenados por la fe y tan corrompidos en la inteligencia como en el corazón.

Es, pues, la religión la primera, suprema cualidad del hombre civilizado; es la educación religiosa el primero, supremo fundamento de la civilización, es lo primero que debe darse á la infancia, y sobre esa base podrán levantarse con seguridad todas las grandezas. *Et omnia adjicientur vobis.*

CAPÍTULO II

La fe

Después de la religión que tiene por objeto educar el fondo más íntimo del alma y satisfacer su más sublime necesidad y su instinto más divino, síguese en el orden jerárquico de las facultades del alma la inteligencia, punto de apoyo de la vida.

Como la educación tenga por objeto necesario engrandecer al hombre, darle el más perfecto desarrollo de que es susceptible y elevarle en todos los sentidos, dirígese desde luego con procedimiento lógico á la inteligencia, como el arquitecto, al construir un edificio, cuida, ante todo, de la solidez de los fundamentos y de la firmeza de de la base: no se concibe una buena educación, sino se empieza por establecer su fundamento y asentarla sobre bases inquebrantables: siendo la inteligencia el fundamento de la vida del hombre, hácese necesario asentarla sobre bases incommovibles, principios ciertos, verdades absolutas.

La inteligencia es la intuición de la verdad íntima; es el alma humana que lee con su propia luz en el fondo de las cosas. Puesta el alma frente á frente de la verdad, la mira, la concibe, la comprende, se apodera de ella, la abraza, y la verdad se une á ella: así procede la inteligencia. Por la inteligencia el alma se une indisolublemente con la

verdad; y esta unión es tanto más perfecta, cuanto más penetra en lo íntimo de los objetos á buscar la verdad que el alma une á sí propia.

Sólo los pensadores superficiales pueden admitir que la ciencia, la instrucción constituya la base de la educación de la inteligencia. No; la inteligencia necesita de una primera formación, como parte esencial de la educación, sin la cual ni aún siquiera puede concebirse el hombre, dado que se puede ser hombre sin ser instruido, pero no se puede ser hombre sin ser inteligente.

Crear que esas pequeñas dosis de ciencia que se da á los niños, á los jóvenes, que el amontonamiento de cosas mejor ó peor coordinadas, que el estudio de una sola cosa más ó menos profundizada que forma la especialidad del hombre y le da el título de sabio ó hombre de letras, constituye la formación de la inteligencia, es desconocer las condiciones más elementales de la educación del hombre: es confundir lo que sirve de adorno á la inteligencia con la inteligencia misma: es tomar lo que un autor ha llamado con mucha propiedad *adornos del hombre* por su verdadera arquitectura.

El hombre, el niño es un edificio vivo, construido por un arquitecto divino, la base de este edificio es la inteligencia: esta es la que dá impulso á la vida, la directora general de todos sus movimientos; mas ella misma no alcanzará su completo desarrollo, ni elevará la vida, sinó se halla sostenida por la fuerza de los principios. Para que la vida se mantenga firme y elevada, ha de apoyarse en la base inquebrantable de los principios, es decir, sobre el fondo mismo de las cosas. Como ha dicho un gran sabio, «lo que crea en el hombre el ser razonable, lo que constituye la razón misma, es el hábito que forman los principios y el estar en posesión de grandes leyes.» Los primeros elementos de la vida intelectual hallanse en el conocimiento cierto de los grandes principios y de las grandes leyes: ahí está la tierra firme y fecunda donde deberá arraigar la inteligencia para elevarse á toda su altura y alcanzar

la plenitud de su desarrollo. ¿De qué le serviría á la encina más robusta un tronco magnífico, un soberbio ramaje, un follaje espléndido, sinó profundizara en la tierra más aún de lo que se levanta hacia el cielo? Un soplo de viento bastaría para derribarla. Si la encina necesitar echar largas y vigorosas raíces antes de desplegar su grandeza, el hombre, desde muy joven, desde niño, debe estar adherido por sus primeras convicciones, como con fuertes amarras, á la tierra de las verdades primordiales que la educación debe enseñarle en su niñez, y enlazada así su inteligencia á esas verdades con vínculos que nada sea capaz de romper, podrá elevarse y desafiar en su elevación las tempestades. ¿Qué se puede esperar de un hombre, por elevado que sea por su nacimiento, fecundo por su genio, fuerte por todas sus potencias, si su vida no se halla fija en la certidumbre y asentada en la verdad? Bajo el punto de vista del destino y del verdadero engrandecimiento de la vida ¿de qué sirven tantos conocimientos, provechosos sin duda, pero de los que se puede prescindir, si la educación no dá las verdades necesarias, sostén de la vida entera? ¿Qué grandeza puede reportar una inteligencia abrumada de sistemas, de bagaje literario, si carece de símbolo de creencias, si, por defecto de buena educación, está condenada á caminar siempre, mientras vive, sobre abismos y abismos de duda?

Un joven que ignora cuál es el principio, cuál es el término, cuál es la regla obligatoria de la vida, que no sabe de dónde viene y á dónde va ¿qué gana con haberse fatigado en adquirir otros cualesquiera conocimientos, si útiles, no necesarios para formar al hombre? Esa inteligencia sin símbolo, esa alma sin creencias, esa ciencia sin brújula ¿en qué vendrán á parar? ¿Cómo puede engrandecerse una vida, si carece de estabilidad? ¿Cómo llegará á ser hombre el niño que no tiene raíces al tiempo de crecer? ¿Cómo domará sus pasiones y vencerá su fuerza bestial? Si su inteligencia no se apoya en la roca de verdades incontestables, si el padre que le ha formado ó el maestro que le ha

enseñado, no le han dado más que teorías para el enigma práctico de la vida: ¿cómo resistirá los ataques de la concupiscencia y domará su violencia?

Es, pues, primera y absoluta condición para educar el entendimiento del niño, asentarle en la eterna base de los principios y en su certeza inquebrantable. Y esto ¿cómo se consigue? Por la afirmación: la palabra, el verbo, la autoridad del padre ó del educador, esencial en toda educación, es la que fija en el alma del niño la base de todo el edificio, y esto lo hace afirmando: este sencillo y natural procedimiento revela la belleza de la obra de Dios en el hombre: á la necesidad de creer que tiene el niño, corresponde el padre ó educador con el poder de afirmar: el primer acto de la autoridad del educador afecta directamente al entendimiento del niño, su golpe misterioso le despierta. Respóndeme, que yo te llamo; respóndeme que yo soy el amor que no te engaña y te digo: ahí tienes la verdad: y el alma del niño, creada para la verdad responde á este llamamiento, porque el entendimiento no permanece pasivo en estas fundaciones primeras del pensamiento, sino que su actividad interior forma el eco de la palabra que resuena al exterior.

Tal es el sencillo y profundo procedimiento que sigue la Providencia en la primera formación del hombre. La vida descansa en la inteligencia: la inteligencia se funda en los principios: los principios se asientan en el fondo del alma por medio de la autoridad; y la autoridad coloca en el alma del niño con el poder de su afirmación las piedras fundamentales de la verdad. Si á nadie es dado variar en la naturaleza las bases de la tierra y las condiciones del orden material, tampoco es dado á nadie alterar ese orden en la formación intelectual del hombre.

Ha habido pensadores, ó mejor, soñadores que contrariando á Dios, al buen sentido, á la humanidad, han imaginado otros procedimientos para la educación de la inteligencia: quien delira no debe hablarse al niño de las grandes verdades, fundamento de la vida; quien quiere que

se le enseñen, pero discutiendo: el primer sistema lleva al nihilismo, el segundo al escepticismo; ambos á la negación y supresión de las bases que sirven para educar el entendimiento.

Con cualquiera de estos dos sistemas jamás llegará el joven á tener religión, ni doctrina, ni siquiera una opinión determinada y fija: pudiendo ser una gloria de la ciencia ó de la literatura, irá á aumentar la multitud de sabios sin doctrina, de hombres de letras sin principios, y ser peste de la sociedad y azote de su tiempo: su entendimiento sin vigor ni firmeza estará dispuesto á caer en todas las debilidades del alma, en todas las bajezas del pensamiento: en las grandes luchas de la justicia y de la verdad, en los triunfos de la iniquidad y de la mentira se humillará hasta las más vergonzosas prosternaciones, y esa inteligencia, vendida á la mentira y á servicio de la iniquidad, proclamará la nulidad de hombres sin principios, incapacitados para hallar en sus convicciones profundas el indomable valor y la resistencia invencible.

Un niño que, para gran desgracia suya, no haya tenido más que padres abandonados ó incrédulos ó maestros llenos de arrogancia y orgullo que usurpando al Verbo divino su nombre incómunicable, la verdad, *Ego sum veritas*, hacen pasar sus opiniones como la última revelación de la ciencia y de la verdad, ese niño, educado fuera de las afirmaciones católicas, naufragará sin remedio en las tempestades de la vida; y su alma, como débil barquilla sin el lastre y áncoras de las verdades fundamentales, base de la vida del hombre, será el juguete de las embravecidas olas, sin que en las noches de tormenta aparezca en el fondo del sombrío celage una verdad luminosa que le esclarezca y le salve.

Si las pasiones tenebrosas traen horas de tanta obscuridad aún para aquellos cuya mente ha sido iluminada por la luz más esplendorosa; si los vientos del error agitan con espantoso silvido aún las almas mejor apoyadas en las inquebrantables verdades ¿qué será de esas pobres inteligen-

cias sin luz y sin apoyo? Las pasiones harán de esa alma un montón de ruinas, ruinas en el corazón, ruinas en la conciencia, ruinas en la voluntad, ruinas en los sentidos, y encima de todas ellas las grandes ruinas de la inteligencia: así irán esos desgraciados jóvenes, arrastrando por el mundo un corazón sin amor, una voluntad sin fuerza, una alma sin virtudes, una inteligencia sin convicciones, sin encontrar siquiera esperanza de resurrección, privados como se hallan de las verdades, fundamento de la vida.

Admirable contraste, obra verdaderamente maestra presenta la educación profundamente católica: empieza por afirmar con el Verbo de Dios todas las verdades necesarias para el destino del hombre: las afirma con autoridad incomparable; y plena y soberanamente afirmadas se desarrollan con continuo crecimiento y guían la inteligencia a la cumbre de su perfección.

La educación católica, profundamente católica es la sola que asienta las inteligencias sobre bases inquebrantables, haciendo que echen raíces en Jesucristo, y edificándolas sobre este cimiento divino: *Radicati et superedificati in ipso*: de niños así apoyados por su inteligencia en Jesucristo puede decirse lo que decía San Pablo de los cristianos de Coloso: *In fide fundati, stabiles*: como estáis fundados sobre la fe, es decir, sobre el mismo Verbo de Dios, enseñado y explicado por la Iglesia, sois firmes é inquebrantables: *Stabiles et immobiles*.

Como lo que constituye la perfección de la inteligencia es su unión con la esencia íntima y con el principio de las cosas, ahí ha de fundarse y apoyarse para encontrar fundamento, solidez y fuerza: ahora bien, lo que se halla en el primer principio y esencia íntima de las cosas es el Verbo hecho carne, el Verbo creador y revelador. Él lo ha creado todo: *Omnia per ipsum facta sunt*: él lo ha fundado todo: *In ipso condita sunt universa*: en él se sostiene todo: *Et omnia in ipso constant*. Asentar, pues, la inteligencia sobre el Verbo encarnado es asentarla en el fondo y principio de las cosas, es decir, sobre su propio fondo y primer

principio, es encadenar el pensamiento del niño al pensamiento del Verbo; es unir la inteligencia humana a la inteligencia divina, es fundarla sobre el mismo Dios.

Es indiferente que esta obra admirable sea hecha por una madre ó por un maestro, por un sacerdote ó por un seglar: todo educador católico, sea el que quiera, frente a la inteligencia del niño puede y debe decirle: Esta doctrina que te enseñó no es mía: esta filosofía cuyo compendio te presento en frases tan sencillas como sublimes, no es fruto de mi sabiduría ni producto de mi ingenio: quien te habla es Jesucristo, el Verbo; la sabiduría de Dios llega a tí por mis palabras: *Christum Dei Sapientiam*. Esta doctrina es la verdad misma, la verdad sustancial, la única que puede decir de sí propia: Yo soy la verdad: *Ego sum veritas*. Esta filosofía llega a tí como el rayo del sol que no necesita que nadie lo ilumine; no se discute, no viene con rodeos, evita las sombras de la demostración: ella ilumina todo; ella es la luz que alumbra a todo hombre que viene a este mundo; sin necesitar de más claridad que la suya te dice: Heme aquí: yo no soy un sistema con una parte de la verdad, sino toda la verdad en un compendio divino: *Omnem veritatem*: no llevo a tu inteligencia el saber de los maestros humanos, sino el Verbo mismo de Dios y con él el resumen de toda filosofía humana y divina, todo cuanto la razón enseña a la humanidad y cuanto la revelación enseña a la Iglesia, hé aquí la sabiduría completa para llevar al hombre a la plenitud de su perfección: *Docentes omnem hominem in omni sapientia, ut exhibeamus omnem hominem perfectum in Christo*.

Educado así católicamente el niño posee, antes de saber raciocinar, el secreto de todos los enigmas, tormento de todas las filosofías: él sabe quien es Dios, qué es el alma, de dónde viene el mundo, a donde va la humanidad, por dónde hay que pasar para llegar al término, qué hay después de esta vida y qué se necesita hacer para alcanzar nuestro destino: todo lo sabe: la Iglesia le enseña todo con afirmaciones, no usando en el catecismo la forma de pre-

guntas sinó para ayudar la inteligencia. Cuestionar sobre esos puntos es hacer que la luz vacile; presentar soluciones es mostrarla en todo su esplendor: esto hace la Iglesia por los labios de la madre ó del educador: da al niño soluciones, todas las soluciones posibles del orden de verdades que afectan al principio, al destino, al gobierno de la vida: el niño lo sabe todo literalmente hablando *antes de sospechar siquiera lo que es saber*, como dice un ilustre orador. Todo el que adora al Verbo de Dios que siempre vive y siempre está hablando en su Iglesia, debe prosternarse de admiración al llegar á este punto: aún los no católicos deberán reconocer la grandeza de infundir en la inteligencia de los niños toda la verdad por medio de la palabra de Cristo, como el amor de la madre le infunde todo el alimento para su vida corporal. Esta es escuela divina, donde se aprende el pensamiento de Dios por medio de las palabras del mismo Dios y en nombre de una institución que es obra de Dios, y se enseña con la autoridad que procede de la afirmación de Dios.

No hay en el mundo una autoridad comparable á la autoridad de la educación católica; si es humana en la apariencia, es en el fondo divina: el niño cree la palabra de la madre ó del educador porque tras de ellos están los pastores de la Iglesia: el educador, la madre, aunque personas falibles y ajenas á los grandes conocimientos, al presentar las enseñanzas católicas, se hallan sostenidas por el Párroco, éste por el Obispo, el Obispo por el Sumo Pontífice, Padre del catolicismo y el Pontífice por Jesucristo, Maestro de todos: los ecos de la enseñanza católica son los del mismo Verbo divino: ecos repetidos de siglo en siglo y de espacio en espacio en todos los grados de la jerarquía social por todos los representantes de la jerarquía católica.

Esta enseñanza católica que en pocas palabras resuelve todos los problemas del destino del hombre y que el educador propone al niño, hállase afirmada por millones de palabras y por millones de afirmaciones: todo lo que afirma

el educador católico lo afirma en unión de trescientos mil sacerdotes, de trescientos millones de católicos, multiplicados por todas las generaciones que han pasado por el mundo en el espacio de dos mil años; en unión de catorce millones de mártires, de veinte millones de apóstoles, de cien millones de vírgenes, confesores y santos; en unión de innumerables legiones de filósofos, de teólogos, de doctores, de oradores, de escritores, de sabios, de eruditos que han afirmado lo mismo; en unión del genio, de la elocuencia, de la virtud, de la santidad y del heroísmo; en unión de todos los Jerónimos, Ambrosios, Buenaventuras, Anselmos, Tomás de Aquino, Ráulicas, Balmes que hace veinte siglos se van sucediendo en el catolicismo; en unión del tiempo y de la eternidad, de los hombres y de Dios. Sí, en unión de Dios, porque el Verbo á quien presenta el educador en la enseñanza, ha salido del seno de Dios; y siendo Dios, ha tomado asiento en su Iglesia para vivir en ella y enseñar á todas las inteligencias; y así por la voz del Pontífice que está en Roma, por la voz del Obispo que repite las palabras del Pontífice y por la voz del Cura que repite las palabras del Obispo, de grado en grado y de eco en eco llega la Voz del Verbo eterno á la inteligencia del niño. Hé aquí el fundamento que tiene el niño para creer en la palabra de Dios que transmitida por los labios del educador emana de la más alta autoridad que se ha visto jamás sobre la tierra.

Si el niño cree sin comprender lo que cree, si acepta la autoridad sin darse cuenta de ello, es que así lo exige la invariable necesidad de su naturaleza, la necesidad de su vida intelectual, moral y religiosa, como la necesidad de su vida física: la base de la vida, los elementos, el punto de partida de la vida se adquieren por medio de la verdad que se impone y de la autoridad que se afirma. Este procedimiento divino aparece lleno de armonías, viéndose el asentimiento que se presta á la verdad y á la autoridad, iluminarse poco á poco con claridad siempre creciente hasta hacerse completamente razonable.

A medida que la razón del niño se va desarrollando, ve iluminarse la verdad y la autoridad tan docilmente aceptadas, y en su inteligencia, donde la verdad se sembró casi entre sombras, aparece poco á poco una aurora que alumbraba con su luz la verdad y autoridad que aceptó sin discutir. Todavía mejor: en el alma tierna del niño que ha recibido el beneficio de una doble existencia lucirán dos auroras que se comunicarán y aumentarán su claridad respectiva: la aurora de las verdades naturales y la aurora de las verdades sobrenaturales.

El niño llega pronto á comprender y aún á demostrar las verdades naturales que el Verbo creador sembró en su alma, sirviéndose del razonamiento, no como punto de partida ó base del edificio intelectual, sino como su coronamiento que será tanto más elevado y magnífico cuanto más profundamente haya penetrado la base en el fondo inmutable de los principios.

Semejante orden y hermosura encuentra también el niño en las verdades sobrenaturales que el Verbo revelador le comunicó en el bautismo: estas verdades están en su alma como el grano en la tierra: son una luz latente que va delante del uso de la razón; y cuando la Iglesia católica le enseña un dogma revelado; que hay un solo Dios y tres personas distintas, la inteligencia del tierno niño inclinándose bajo el benéfico influjo de la gracia y alumbrado con la voz interior del Verbo, se adhiere á la voz de la Iglesia que le hace oír al exterior el Verbo de la fe; porque la fe viene de lo que se oye, y lo que se oye viene de la palabra de Dios *Fides ex auditu: auditus autem per Verbum Dei.*

Los principios de la razón y los dogmas de la revelación no permanecen en el alma del niño como estatuas sin movimiento en noche oscura, sino que á medida que se educa, la luz ilumina esos dos mundos del pensamiento y le hacen ver sus cimas, sus fundamentos y sus armoniosas relaciones: entonces no sólo cree, sino que ve las razones para creer; la fe se ilumina con la razón y la razón queda,

á su vez, iluminada con los reflejos de ese astro divino que se llama la fe.

Así se desarrolla la inteligencia del niño en el orden natural y en el sobrenatural con conocimiento paralelo y progreso continuo, si nada interrumpe la marcha de la vida. Como el niño siempre ha creído y no ha dudado, siempre ha afirmado y no ha negado, ha ido creciendo sin solución de continuidad: cada hora, cada movimiento de su vida, cada mirada dirigida á Dios, al mundo, á sí mismo le revelan más y más los motivos y las razones de su creencia, y esa inteligencia que nació entre sombras, envuelta en los pañales de la fe, se baña con gozo en su propia luz y brilla con todo su esplendor, asemejándose al sol cuya luz va siempre en aumento, hasta que, al tocar á su mayor altura, brilla con todo el esplendor del mediodía.

En esta hora venturosa el joven católico no sólo conoce los goces de la verdad, sino que siente entusiasmo por ella: la verdad le convida á sus fiestas preparándole angélicos banquetes en el fondo de su alma iluminada por el Verbo, y le sumerge en sus beatíficas profundidades, enviándole torrentes de luz y dulcísimos transportes: aquí el joven conoce las puras alegrías que la verdad, recibida por autoridad divina infunde en la inteligencia en la hora de su completo desarrollo, cuando la efusión de sus perfumes rivaliza con el esplendor de sus irradiaciones: habiendo conocido en su plenitud la dicha de poseer una fe cada vez más firme, cada vez más razonable y cada vez más esplendente, conoce también la felicidad incomparable, hija de la verdad que se acepta con sencillez y que más tarde se ilumina con la ciencia, la evidencia y la razón.

A la manera que una madre amante recibe, al nacer, al hijo de sus entrañas y le prodiga todos los cuidados para la conservación y desarrollo de la vida física, así la Iglesia católica, la más amante de las madres, cuida desde luego de la vida moral y religiosa del alma de sus hijos: ella es la verdadera maestra de las inteligencias; ella es la que les hace gustar en este mundo los goces de la verdad,

sólo sobrepujados por la visión de Dios que es la vida del cielo; ella la que les da á Jesucristo, felicidad y luz infinita, único verdadero goce del pensamiento y única educación de la inteligencia.

CAPÍTULO III

El amor cristiano

— 1 —

Si la base de la vida se halla en la inteligencia, su centro se halla en el corazón; si la primera obligación del que educa es enseñar á los niños á creer, la segunda es enseñarles á amar: si faltando la fe en las verdades fundamentales, falta la educación de la inteligencia, falta también la educación esencial del corazón, si á éste no se le ha enseñado á amar: así como la Iglesia católica es la sola gran maestra que sabe educar las inteligencias, ella sola también es la que sabe educar los corazones; el Verbo divino, luz única verdadera de la inteligencia, es también único verdadero amor del corazón: con luz increada son iluminadas las inteligencias para su perfecto engrandecimiento y con el amor que emana del mismo Corazón del Verbo encarnado se educa esencialmente el corazón.

Como la vida de la inteligencia está en entender, así, dice el Angélico, la vida del corazón está en amar. Se ha dicho: como brama el aquilón en la llanura, como arde la llama en el hogar, como se cierne el águila sobre los montes, como se precipita el río hacia el fondo de los valles, como circula la savia, brota el manantial y respira el pecho así ama el corazón desde el primer albor de la vida; cada una de sus palpitaciones revela esa necesidad invencible: «amo, quiero amar; el amor es para mí una necesidad, es

mi ley, mi vocación, mi alimento, todo mi movimiento, toda mi vida.»

Por eso la naturaleza ó mejor dicho, la Providencia ha colocado el amor en el primer punto de partida del corazón, en su primer medio y en su primer fin, revelándonos que el amor es la ley suprema de su educación, como la ley suprema de la vida.

La vida humana más hermosa que todas las flores que Dios ha sembrado sobre la tierra, ábrese como ellas por su centro: al volverse las flores hacia los primeros rayos del sol para gozar de su luz y aspirar su calor, ábrese sus hojas hacia fuera por irradiación espontánea, dejando ver lleno de colores el fondo de su corola que es el centro de su vida: así, salva la libertad, tiene lugar la primera educación del hombre: es una evolución natural, un movimiento nativo de la vida que brota de dentro á fuera, del centro á la esfera, para mostrar su belleza, difundir su perfume y dar más tarde su fruto.

El corazón es el punto céntrico desde donde la vida humana despidе sus primeros rayos; ahí está el centro de la vida; por él aspira y respira, atrae y repele, se condensa y se dilata, se concentra, y se despliega y por ahí empieza su primera educación: como el amor sea la primera necesidad de la vida, invoca el niño en la primera aurora de sus días, sin darse cuenta, el desarrollo de lo que es esencial á su vida; antes que su pensamiento pueda abrir los labios, ya el fondo de su infantil corazón pronuncia con voz misteriosa la palabra que es la primera y que será la última: «Amo y quiero siempre amar.»

Compréndese bien que un corazón creado para amar, sólo por el amor y con el amor puede recibir su educación: su existencia infantil, más impresionable que la más dedicada sensitiva, necesita respirar auras de amor; su juventud necesita sentir la dulce conmoción de su hábito, como necesita la flor en sus primeros días el suave aliento de la brisa. ¡Pobre niño, si sólo encuentra antipatías; si, hambriento de amor no ama y conoce que es amado!

sólo sobrepujados por la visión de Dios que es la vida del cielo; ella la que les da á Jesucristo, felicidad y luz infinita, único verdadero goce del pensamiento y única educación de la inteligencia.

CAPÍTULO III

El amor cristiano

— 1 —

Si la base de la vida se halla en la inteligencia, su centro se halla en el corazón; si la primera obligación del que educa es enseñar á los niños á creer, la segunda es enseñarles á amar: si faltando la fe en las verdades fundamentales, falta la educación de la inteligencia, falta también la educación esencial del corazón, si á éste no se le ha enseñado á amar: así como la Iglesia católica es la sola gran maestra que sabe educar las inteligencias, ella sola también es la que sabe educar los corazones; el Verbo divino, luz única verdadera de la inteligencia, es también único verdadero amor del corazón: con luz increada son iluminadas las inteligencias para su perfecto engrandecimiento y con el amor que emana del mismo Corazón del Verbo encarnado se educa esencialmente el corazón.

Como la vida de la inteligencia está en entender, así, dice el Angélico, la vida del corazón está en amar. Se ha dicho: como brama el aquilón en la llanura, como arde la llama en el hogar, como se cierne el águila sobre los montes, como se precipita el río hacia el fondo de los valles, como circula la savia, brota el manantial y respira el pecho así ama el corazón desde el primer albor de la vida; cada una de sus palpitaciones revela esa necesidad invencible: «amo, quiero amar; el amor es para mí una necesidad, es

mi ley, mi vocación, mi alimento, todo mi movimiento, toda mi vida.»

Por eso la naturaleza ó mejor dicho, la Providencia ha colocado el amor en el primer punto de partida del corazón, en su primer medio y en su primer fin, revelándonos que el amor es la ley suprema de su educación, como la ley suprema de la vida.

La vida humana más hermosa que todas las flores que Dios ha sembrado sobre la tierra, ábrese como ellas por su centro: al volverse las flores hacia los primeros rayos del sol para gozar de su luz y aspirar su calor, ábrese sus hojas hacia fuera por irradiación espontánea, dejando ver lleno de colores el fondo de su corola que es el centro de su vida: así, salva la libertad, tiene lugar la primera educación del hombre: es una evolución natural, un movimiento nativo de la vida que brota de dentro á fuera, del centro á la esfera, para mostrar su belleza, difundir su perfume y dar más tarde su fruto.

El corazón es el punto céntrico desde donde la vida humana despidе sus primeros rayos; ahí está el centro de la vida; por él aspira y respira, atrae y repele, se condensa y se dilata, se concentra, y se despliega y por ahí empieza su primera educación: como el amor sea la primera necesidad de la vida, invoca el niño en la primera aurora de sus días, sin darse cuenta, el desarrollo de lo que es esencial á su vida; antes que su pensamiento pueda abrir los labios, ya el fondo de su infantil corazón pronuncia con voz misteriosa la palabra que es la primera y que será la última: «Amo y quiero siempre amar.»

Compréndese bien que un corazón creado para amar, sólo por el amor y con el amor puede recibir su educación: su existencia infantil, más impresionable que la más dedicada sensitiva, necesita respirar auras de amor; su juventud necesita sentir la dulce conmoción de su hábito, como necesita la flor en sus primeros días el suave aliento de la brisa. ¡Pobre niño, si sólo encuentra antipatías; si, hambriento de amor no ama y conoce que es amado!

Dios ha provisto á esta necesidad, poniendo junto á su cuna el doble amor de la madre y del padre, haciendo que su vida, formada para amar, empiece por desarrollarse en la dulce y templada atmósfera de dos corazones, cuyo amor converge, multiplicándose, sobre el corazón del niño, como convergen los rayos en su foco.

Si de la cuna pasa el niño al seno de la familia, sigue por doquiera encontrando el amor: este le dirige las primeras palabras, le hace las primeras sonrisas, las primeras caricias suaves y tiernas, porque el amor tiene el secreto de tocarle sin lastimarle: él calma sus dolores, enjuga sus lágrimas, vela su sueño, se intranquiliza, apena y desvive por su dicha, está incesante á su lado, haciéndole sentir el aliento de su respiración, la ternura de su corazón, sus dulces caricias, sus cariñosos besos y el estremecimiento de todo su ser.

Una madre inclinada sobre la cuna del niño y el niño en los brazos de su madre, hé ahí la historia de nuestros primeros años en ese libro de la humanidad, abierto siempre delante de nuestros ojos; ahí recordamos lo que sentimos de jóvenes sin comprenderlo, que el amor fué en el hogar doméstico nuestra primera iniciación, nuestro primer aprendizaje y la primera educación de nuestra vida: estos vivificantes recuerdos refrescan nuestro corazón y nos hacen ver en toda su sencillez y verdad que el amor es la gran ley de la educación.

El resultado inmediato de la educación que con amor empezó en la cuna y con amor continuó en el seno de la familia, es infundir en el corazón lo que se llama la sociabilidad, la necesidad de salir fuera de sí mismo para entrar en relaciones fraternales con los demás, la inclinación á hacer bien, á excitar la benevolencia, ese dulce, delicado y exquisito sentimiento que brota espontáneamente del hombre bien educado, como la irradiación propia y natural de un corazón que ama, arrojando fuera de sí el egoísmo que es bárbaro, que es muerte de la sociedad y hasta de la misma cultura que en el último resultado consiste en

quitar las asperezas del corazón, y hace que uno se muestre y retire satisfecho después de acercarse á los demás. Por eso se ha dicho: «sed buenos y seréis cultos y sociales: amad siempre y cumpliréis toda la ley de la sociedad cristiana;» porque si el gobierno de la sociedad consiste en la justicia, el amor es su cimiento, su encanto y su dicha.

Contraer desde los primeros años la hermosa inclinación de salir de sí para hacer el bien; llevar por doquiera juntamente con la fuerza, signo propio del hombre, la emanación de la bondad que brota del corazón y se difunde por todas partes, como se difunde el perfume al salir del vaso que lo contiene, hé ahí el ideal de la verdadera sociabilidad y, por lo tanto, de la educación que dispone al hombre para la vida social: más es condición indispensable que el niño se eduque en el amor y que á fuerza de sentir su irradiación suave y fecunda se incline naturalmente á amar, adquiera el hábito y sienta la necesidad de hacerlo. La iniciación para la vida social varía con las fases de la vida; tierna en la primera infancia, más fuerte en la segunda, debe basarse siempre en el amor, porque el niño siempre tiene necesidad de cariño; y bajo diversas formas es ley suprema de su vida y de su educación aprender á amar.

Si la educación del amor fué para el niño ley de su vida en las primeras fases, sólo también el ministerio del amor puede completarla: el primer efecto de una buena educación ya venga de la madre ó del maestro, es adherir fuertemente el corazón del niño á todo lo que se le enseña, á las tradiciones, costumbres, virtudes, instituciones, á las cosas santas y sobre todo á las verdades que constituyen el fondo de la vida intelectual, moral y religiosa.

Si la autoridad puede asentar la vida sobre la base de los principios, sólo el amor puede pegarla á ellos: hasta que el corazón toma parte, no hay adherencia fuerte á nada, sólo la hay cuando se ha llegado á amar: la vida humana es así. El amor que el niño tiene á su madre, le

hace recibir con cariñosa prevención cuanto viene de ella, y lo adhiere fuertemente á su corazón: así se explica sea tan difícil apostatar de la religión de la madre; que se necesite hacer esfuerzos penosísimos para renegar por completo á la doctrina que imprimieron en el corazón los labios maternos, al mismo tiempo que manaba la leche de su seno para alimentar nuestro cuerpo. Es que amamos la verdad y la religión en aquel corazón de donde con el amor nos ha venido todo; y aún cuando el olvido y la vegetación malhechora de las pasiones parece la han ahogado por completo, encuéntrase un día viva en el corazón, como elemento indestructible del amor filial y como recuerdo imperecedero de la felicidad de la infancia.

Así también debe suceder en la escuela ó casa de educación que no son sino un hogar más amplio, donde se reúne una familia más dilatada para recibir la verdad y la religión de labios paternos y de amor maternal. Un maestro que se hace amar, persuade antes de demostrar; la persuasión pasa al corazón de los niños junto con las afirmaciones, porque la palabra está llena de verdad y de amor.

Grande y hermoso secreto de educación es saber comunicar la adhesión á lo que se aprende: el sol da calor al difundir la luz y así ilumina y fecunda la naturaleza la sola educación digna de iluminar y fecundar al hombre es la que lleva con lo verdad el amor.

Hacerse amar al mismo tiempo de darse á conocer, es el secreto de Dios y nunca recibe mejor el hombre las enseñanzas que cuando le vienen de una voz que le es querida: entonces las ciencias y las letras tienen un encanto especial: el entrañable amor que se tiene á un profesor hace, á veces, que se le tenga también á la ciencia que nos enseña; por eso decía un poeta: «Evite sobre todo el maestro que le aborrezca su discípulo, no sea que este vicio vaya de rechazo contra las mismas Musas.» Es necesario, decía Quintiliano, que el discípulo ame á su maestro, como al padre de su alma, porque esto es un poderoso auxiliar

para el estudio. Aún el mismo Rousseau llegó á decir: Tengo la dicha de conocer por experiencia propia, que por más inclinación que se tenga al vicio, es difícil que se pierda para siempre una educación en que el corazón ha tomado parte.

Es que el amor encadena el alma, el corazón, la existencia entera á las cosas santas que se ha sabido hacernos amar: y aún cuando la corriente de los días, llevándonos al ocaso de la vida, nos alejen de aquellos días venturosos, sobreviven perpetuamente en un recuerdo que nunca se extingue; y el perfume que de lejos nos envían es aroma que conserva en nuestro corazón su suavidad y frescura; y aunque el tesoro con que nos dotó se haga pedazos en medio del camino y deje en él sus restos esparcidos, la educación formada en el amor guarda en sus recuerdos poder bastante para hacer revivir en nuestra edad madura los beneficios de la infancia.

Es, pues, el primer efecto de la educación, fundada en el amor, adherir fuertemente el corazón y el alma del niño á los fundamentos naturales de su vida: es el segundo abrir esa misma alma y corazón, darles dilatación y expansión, sin cuyo requisito no podría continuarse y completarse la educación: como el jardinero entra, cuando le place, en el centro del jardín á cultivar las flores, así el educador debe entrar en el alma del discípulo á cultivar todas las virtudes que van naciendo en ella, flores inmortales cuya semilla ha caído desde el cielo en ese jardín de Dios. Un niño que cierra su alma, paraliza su educación; pues en el fondo del alma más que al exterior radica su cultivo; y aunque la instrucción aumente el tesoro de la ciencia y la disciplina imponga la regularidad exterior, la exactitud material, no es ya posible la educación ni el fruto que debía producir.

La educación debe dar al niño expansión, sencillez, candor, ingenuidad, sinceridad, confianza, comunicación y esa preciosa cualidad, encanto de la niñez bien educada, la transparencia del alma; mas si el niño cierra su alma, se re-

concentrará dentro de sí con sus secretos que, por regla general, son sus vicios; y estos que hubieran desaparecido con la mirada del amor y la expansión de la confianza, se ocultan en el fondo de su alma y la roen sordamente, como el gusano roe el fruto dentro del cual está encerrado. Si la educación no da expansión á su corazón al mismo tiempo que la instrucción adorna su inteligencia, harás el niño solitario, sombrío, observador, embustero, hipócrita, disimulado, profundo con esa profundidad ficticia que casi siempre encubre un mal corazón.

Más para abrir el corazón es preciso amar y ser amado: como el calor dilata los cuerpos, el amor dilata los corazones: una madre abre con facilidad el corazón de su buen hijo, porque la madre es amor: el amor materno es para el corazón del hijo como el sol para las flores, bástale mirarlo para abrirlo.

El niño que en la escuela ó colegio encuentra un maestro digno por sus virtudes y capaz por su ternura de abrir su corazón, se irá formando más y más cada día á semejanza de Dios, devolviendo su confianza en retorno de la bondad con que se le trata, haciendo su vida más comunicativa y adquiriendo los hábitos de expansión que caracterizan á las personas bien educadas.

Hay otra condición indispensable para formar completamente al niño, hacerle feliz: sin el contentamiento íntimo y el sentimiento de su felicidad no hará el niño el floreciente desarrollo de que es capaz, sinó pobre y raquítico; su vida se marchitará como las plantas que no ven el sol antes de dar fruto y aún antes de haber echado toda su flor. En todo ser viviente hay cierto bienestar necesario para el desarrollo de la vida, y el hombre, inteligencia y amor, necesita cierto contentamiento del alma, cierto bienestar moral para que su vida se dilate y florezca en toda su extensión.

Al hablar así, no es decir que la educación excluya todo sufrimiento; antes bien, el hombre, hijo del dolor y dado á luz á costa de los dolores de su madre, debe con-

currir con sus dolores á su segundo nacimiento: bueno es que el niño padezca alguna vez y vierta lágrimas bajo la presión del trabajo y del esfuerzo que le cuestan sus victorias; porque esas lágrimas son su segundo bautismo y sus dolores confirman su naciente virilidad: además, cierta austeridad fortalece los cuerpos y dá temple á las almas para sobrellevar las pruebas de la vida. Lo que el niño no deberá sentir en el periodo de su educación es atmósfera antipática, tristeza habitual y permanente, vida sin inocentes goces y sonrisas y, ante todo, el contacto de corazones fríos que le obliguen á encerrarse dentro de sí en la primavera de su vida.

Ahora bien; para todo niño que se conserva puro, ser feliz consiste en amar y conocer que se le ama: su bienestar moral es el dulce y grato sentimiento que experimenta con los afectos que le rodean y cuyo grato aliento le penetra: el niño que en la escuela encuentra un amor parecido al del hogar doméstico, ha encontrado su verdadero elemento, es feliz, consistiendo parte de su felicidad en que no puede soñar con otra; y con la alegría tranquila que nace del verdadero contentamiento, muestra su alma al exterior tan venturoso reflejo; y su semblante deja ver con las gracias el complemento de su belleza.

Más si el niño no encuentra nada de aquel amor que le llevó en sus brazos, si no puede dar á los que le educan un afecto que ellos no le dan, concentra en su interior esos afectos que no hallan medio de dilatarse; y el egoísmo, el bárbaro egoísmo se apodera de él precisamente en la edad en que el corazón es más rico en purísima ternura. Otra cosa aún más fatal se desarrolla en el corazón desheredado de amor; junto con el egoísmo nace la tentación del odio y aborrece naturalmente á los que le educan y le hacen sentir el peso de la autoridad, sin dejarle conocer los encantos del cariño; es propio de los niños aborrecer á los que les exigen dependencia sin cambio de afecto.

Sin duda, un maestro debe hacerse obedecer, respetar y aún castigar en caso necesario; mas el niño debe encon-

trar en esa palabra que le manda, en esa mano que le castiga, un corazón que le ama; de otro modo el maestro se convierte para el niño en un tirano á quien se rechaza y odia: el castigo despierta sentimientos de venganza, el respeto exigido la reacción del desprecio, y el niño se proporciona el goce de aborrecer, como una compensación de la necesidad de obedecer.

En este estado ya no es posible la educación: el niño rechaza todo lo que viene del que debía ser padre de su alma, se arma del odio para rechazarle mejor; y en vez de los puros gozos del corazón que ama y es amado, siente la desgracia de aborrecer y la desgracia todavía mayor de creer que se le aborrece. ¡Pobre niño! En su semblante ya no brilla el amor; ya no lo articulan sus labios; ya sus ojos no saben expresarlo; es que el amor ha desaparecido de su corazón, porque la corriente de los santos afectos que brotaban de su alma, como de fuente viva, se han extinguido gota á gota, y el hábito de aborrecer, tan mortal para su vida, ha endurecido ese corazón, tan tierno antes y tan afectuoso.

Este niño á quien antes conmovían profundamente esas palabras que hacían vibrar las más delicadas fibras de su corazón: ¡Madre mía! ahora no le producen el mismo sentimiento, no tienen el eco profundo de otras veces: cuando vuelve al seno de la familia, no se le notan las emociones de otros tiempos, ni sus labios tienen aquella sonrisa, ni su corazón siente aquellos estremecimientos, ni sus ojos que antes lloraban de gozo al ver á su madre derraman ya abundantes lágrimas: y la aridez de sus miradas y la frialdad de sus caricias revelan pronto á su madre desolada la mayor desgracia que temía su corazón, y dice entre sollozos esas palabras que no puede pronunciar una madre sin profunda tristeza: ¡Desgraciada de mí! este hijo no ama á su madre. Palabras que salidas del corazón materno, dotado de tacto infalible para penetrar esos misterios, nos dicen, mejor que un oráculo, lo que le ha faltado á su hijo en la casa de educación, el amor, que no le faltó nunca en el hogar doméstico.

Mas este amor que dilata el corazón del niño que lo adhiere á las verdades fundamentales de la vida, que haciéndolo feliz, es el que mejor reproduce en la educación la imagen seductora y la eficacia fecunda de la familia ¿donde se halla? Solamente allí donde el educador se inspira plenamente en el amor purísimo y fecundo que brota del Corazón de Jesucristo: fuera de aquí no se halla sino dolorosa y lamentable decepción.

Pasando por alto la desgracia suma de que el niño cayera de los brazos de su madre en los brazos del egoísmo; desde el foco de la inocencia y de las virtudes en el foco de la corrupción y de los vicios, el educador que no se inspira en el amor de Jesucristo, de su divino Corazón, se inspirará en el amor al deber, á su interés bien entendido, ó en su benevolencia natural.

El amor al deber si bien ilumina, es frío como la luz de las estrellas y no puede reemplazar á las inspiraciones del corazón y á las influencias del verdadero amor: así como es ley universal de la creación que sólo el calor dilata, fecundiza, hace germinar y fructificar, así la misma ley, estando de acuerdo el corazón y el alma, el sentimiento y la reflexión, rige á la naturaleza moral y da testimonio de que la idea abstracta del deber es impotente para reemplazar en esta parte el calor fecundo del amor: el educador que sólo se inspira en la justicia del deber, no puede reemplazar á la madre: podrá ser un hombre honrado, excelente; pero no excelente maestro.

El interés bien entendido del educador de los niños no llegará nunca á saber formar su alma y corazón: el interés se funda en el egoísmo, y del egoísmo no puede salir el espíritu de sacrificio, necesario para la educación: el educador que, ante todo, mira á su interés, sacrificará á este todo lo demás, aún con la mejor voluntad, sin darse cuen-

ta, como se sacrifican los medios al fin. Mil cosas tiernas, delicadas, íntimas, profundas que sólo comprende y adivina el amor, se escapan al interés más solícito; y el niño que necesita para fecundar su vida, de amor sincero, de amor que se da espontáneamente, conoce muy pronto las falsificaciones que inventa el interés personal, y no se deja engañar por las muecas que hace el egoísmo para imitar á sus ojos el verdadero amor.

Tampoco la benevolencia natural puede reemplazar el corazón de la madre: por dulce, amante y bueno que sea el educador, su corazón naturalmente carece de los tesoros de bondad inagotable que reclama la obra de la educación: de no ser así, sería un prodigio nada común. La educación pide una bondad que por nada se irrite, que por nada se canse, que por nada se desaliente: ¡y hay niños tan indóctiles! un sólo niño basta, á veces, para desconcertar el corazón más rico de amor y benevolencia; ¿qué sucederá cuando se juntan la petulancia y malicia de una multitud de muchachos? Si las madres tienen que sufrir mucho para educar á sus hijos, los maestros que toman sobre sí la ternura de la maternidad juntamente con sus funciones tienen que sufrir mucho también, y hartas veces sus sacrificios en obsequio de los niños les arrancan lágrimas para las cuales no hay ni siquiera el consuelo de la compasión: ¿dónde, pues, están las naturalezas con condiciones bastantes para semejante ministerio? ¿Dónde los hombres que tienen naturalmente en sus corazones tanta bondad, tanta ternura, tantas lágrimas que consagrar á la educación de unos niños que no son sus hijos?

Fuera de algún raro prodigio que no puede tenerse en cuenta, los educadores capaces de reemplazar el corazón del padre y de la madre sólo se hallan en los formados por el catolicismo; aquí se encuentran transformados por el amor de Jesucristo, y sacando de su divino Corazón el espíritu de sacrificio, único capaz para atender por completo á la educación de los niños, son también los únicos capaces de imitar y reproducir algo del corazón de los padres:

este honor eminente sólo corresponde al maestro profundamente católico: como el catolicismo no es propiedad de nadie, todos los educadores sin distinción de clases y categorías pueden aspirar á ese privilegio, á condición de que sean los mejores cristianos, los mejores católicos.

El catolicismo tiene eficacia incomparable para reemplazar en la educación al padre y á la madre, porque infunde en el corazón de aquellos á quienes dispone para este ministerio tales tesoros de ternura humana y de afecto divino y en tan admirable armonía, que resulta el amor más digno de substituir al de los padres; amor fuerte como el del padre y tierno como el de la madre.

Así como Dios pone en las plantas cierta cantidad de savia, así pone en el corazón del hombre cierta dosis de amor, del que parte se difunde en sus fines naturales por los caminos que le abre la Providencia, parte de este rico tesoro se lleva la familia y parte lo deja Dios á nuestro albedrío: podemos derramar esta superabundancia de amor en placeres ó en actos de abnegación y sacrificios; más no podemos hacer esto dos veces, y de aquí la desesperación de los que han arrojado su amor á las corrientes del placer, y sienten muy luego que su corazón es como una fuente que se ha secado, donde ya no brota el afecto: éstos son indignos de tocar el corazón de los niños, por carecer de aquella ternura virginal y maternal que es su más dulce y vivificante rocío; mas aquellos educadores que en medio de las alegrías de la tierra no han perdido nada del tesoro de los cielos, que sin tomar parte en los placeres terrenales han estado purificando constantemente su amor con aspiraciones celestiales, que han tenido su corazón, lleno de amor y de virtudes, vuelto siempre hacia el cielo y hacia Dios, como vaso de perfumes colocado sobre su altar, hé aquí los hombres más dignos para formar el corazón de los niños y para reemplazar á sus madres.

La Iglesia católica con fecundidad inagotable forma por doquiera hombres y mujeres así, corazones á propósito para el más grande ministerio de la educación, la sagrada ma-

ternidad de las almas; porqué reciben de Cristo, de su divino Corazón un amor que no tiene otro afán que dedicarse por completo á la felicidad de los niños; y beben en la fuente misma, donde brota aquella cosa divina que los pone á cubierto de las debilidades humanas.

Y así era preciso que fuese; porque lo que es meramente humano lleva siempre consigo el vicio y la debilidad del hombre y puede fracasar con él. Si hay un amor que destruye, hay un amor que edifica; si hay un amor que pierde, hay otro amor que salva; y sólo cuando la santidad de Dios desciende al amor humano para transformarlo, transfigurando al maestro á los ojos del niño y al niño á los ojos del maestro, santificando el amor de ambos, de modo que lleguen á amarse con una ternura humana y una pureza divina, es cuando la educación ofrece las sagradas garantías que reclaman los corazones de las madres: esa gran transformación que hace santo lo que no era más que bueno y divino lo que no era más que humano, se verifica en el centro vivo del catolicismo, en el Corazón mismo de Jesucristo, foco divino en que se depura, eleva y diviniza por sí mismo todo amor humano. Quien pone su corazón en el divino Corazón de Jesús, encuentra un amor que le transforma con la transformación de su amor, y transfigura á sus propios ojos al niño á quien ve con la fe en el rayo de luz que viene hasta él desde el rostro y Corazón de Jesucristo.

Un maestro que se ha modelado por completo en el amor de Jesucristo, puede decir con toda verdad, presentando sus derechos y aptitud para formar á los niños: «Con-sagrado yo en el divino Corazón de Jesucristo para ese sacerdocio maternal, amo en ese Corazón divino á los niños á quienes él tanto amaba: creo que los niños llevan también á Jesucristo, y cuando los veo venir, todo el amor que profesa mi corazón al divino Maestro, me lleva y me inclina hacia ellos. Aún no había yo visto á esos niños, y ya los amaba; al verlos venir, los amo más todavía; los amo como una aparición del mismo Jesucristo, porque creo

ver en ellos á mi Dios, sonriéndose conmigo en el semblante de los niños. Al mismo tiempo que esas gracias inocentes que brillan en sus rostros, despiertan en mi corazón el atractivo de una simpatía humana, aquella transfiguración hace que yo los ame con un amor superior y divino, á tal punto, que lo visible é invisible, lo humano y lo divino me atraen hacia ellos con dos atracciones que sólo forman una, á la que cedo contento, porque me lleva hacia Dios, al tiempo que me lleva á ellos.»

Este ideal de la maternidad del alma recibe el último toque que consiste en que ese Dios á quien se ama en los niños, es el Dios del sacrificio, el sacrificio mismo: al tocar Jesucristo nuestro corazón con su adorable y amante Corazón, enciende en nosotros la pasión del sacrificio y la abnegación de cada día y de cada momento: pasión admirable que hace sea la vida serie continuada de abnegaciones y que hallemos la felicidad en el dolor y la fecundidad en el sacrificio.

La maternidad del corazón y del alma es como la otra maternidad, toda, bondad: se sonríe, se aflige, consuela y perdona; vive inquieta; es la solicitud misma; vela, mira, escucha y teme vengan á profanar á Jesucristo en el corazón de los niños; está dotada de abnegación y desea sufrir; y nunca espera con más confianza el bien de los niños á quienes educa que cuando, como las madres, han derramado por ellos algunas lágrimas á los pies de Jesucristo; es en fin casta y santa en sus afectos; le sobra fuerza y le falta debilidad; es suave como el amor y austera como el deber; tiene toda la pureza del cielo y toda la ternura de la tierra.

Hé aquí la verdadera fisonomía, el poder incomparable del amor del educador, transfigurado en el divino Corazón de Jesucristo. Los niños, dotados por Dios de la infalibilidad del corazón para conocer ese amor que los hace felices, al mismo tiempo que perfectos, que lo distinguen en su sonrisa, como el niño á su madre, una vez seguros de ese amor puro y lleno de abnegación, que se

dedica á ellos por completo, se acercan á él sin necesidad de mandárselo, ceden sin resistencia á su dulce atractivo, se dejan llevar de un imperio que los encanta más que los domina, y se someten, sin pensar, siquiera en discutirlos, á esas influencias tan delicadas como profundas que son la obra maestra de la educación del amor. Los niños oyen con contento á ese amor que les habla; y cada una de sus palabras hace penetrar la doctrina en lo más íntimo de su ser, y que su alma se una á la verdad con estrechos abrazos. Como ese amor refleja su dulce y pura irradiación sobre el corazón del niño, siente éste que su vida, al educarse, se va dilatando á la manera de la flor que colocada á la cabeza del tallo que la sostiene, se abre á los rayos del sol. Si el amor tiene corazón para modelar el de los niños, tiene también manos para tocarlos y formarlos á imagen de Jesucristo; manos suaves y al mismo tiempo fuertes que pliegan á los niños sin irritarlos nunca; y así se van formando dulces y suaves como aquella palabra, como aquel corazón y como aquellas manos que los tocan.

La educación enseñando á los niños á creer ha plantado su vida en el terreno de la verdad y les ha dado una base sólida; enseñándoles á amar los ha dilatado en la atmósfera del amor y con esa dilatación les ha dado también la felicidad, el encanto y la belleza.

Una educación basada en el suave y poderoso imperio del amor imprime su imagen siempre hermosa, siempre atractiva en lo más íntimo de nuestro ser, cautivando el alma y corazón: ahí queda, como risueña primavera de la vida con sus dulces y encantadores aromas; y en la corriente ó extravío de los años nos complacemos en ponerla delante de los ojos, como un reflejo imperecedero de aquellos días que fueron los más felices de la vida: esta imagen es no sólo un encanto, es también escudo de defensa, y hace que la educación encuentre en la magia de sus recuerdos el poder de perpetuarse, de sobrevivir á sí propia en los escollos y tempestades de la vida, de ser siempre

áncora de preservación ó germen bendito de futura resurrección. Así obra el amor cristiano en el más bello y fecundo de los *Apostolados*.

CAPÍTULO IV

La obediencia cristiana

— 1 —

La educación que decide del valer del hombre, avalora todas las partes integrantes de su vida: ésta tiene su base en la inteligencia, su centro en el corazón y en su mayor altura tiene la voluntad que es la que la domina y rige por completo. Como en la creación impera el hombre sobre todo, así la voluntad impera sobre el hombre: por la voluntad, ante todo, el hombre es hombre; por ella llega á ser lo que Dios quiere que sea, rey de la creación, capaz de enseñorearse de todo después de haberse enseñoreado de sí mismo, de su propio corazón, el más bello trono: de ahí la suma necesidad de educar la voluntad y disponer al hombre desde su niñez para que más tarde empuñe el centro de su soberanía y aparezca con toda majestad.

La voluntad forma el carácter, la fisonomía propia del hombre, distingue á un hombre de otro y nos da la medida de su influencia en el bien ó en el mal.

La voluntad salva ó arruina los imperios, produce las grandes creaciones ó las grandes catástrofes: ella decide en fin de su eterno porvenir. Dios que ha creado al hombre sin intervención de éste no le salvará sin su voluntad.

Como la fe cristiana forma la educación esencial de la inteligencia y el amor cristiano la educación esencial del corazón, así la obediencia cristiana forma la educación esencial de la voluntad: ley suprema es para la inteligencia el creer, para el corazón el amar y para la voluntad el obedecer.

dedica á ellos por completo, se acercan á él sin necesidad de mandárselo, ceden sin resistencia á su dulce atractivo, se dejan llevar de un imperio que los encanta más que los domina, y se someten, sin pensar, siquiera en discutirlos, á esas influencias tan delicadas como profundas que son la obra maestra de la educación del amor. Los niños oyen con contento á ese amor que les habla; y cada una de sus palabras hace penetrar la doctrina en lo más íntimo de su ser, y que su alma se una á la verdad con estrechos abrazos. Como ese amor refleja su dulce y pura irradiación sobre el corazón del niño, siente éste que su vida, al educarse, se va dilatando á la manera de la flor que colocada á la cabeza del tallo que la sostiene, se abre á los rayos del sol. Si el amor tiene corazón para modelar el de los niños, tiene también manos para tocarlos y formarlos á imagen de Jesucristo; manos suaves y al mismo tiempo fuertes que pliegan á los niños sin irritarlos nunca; y así se van formando dulces y suaves como aquella palabra, como aquel corazón y como aquellas manos que los tocan.

La educación enseñando á los niños á creer ha plantado su vida en el terreno de la verdad y les ha dado una base sólida; enseñándoles á amar los ha dilatado en la atmósfera del amor y con esa dilatación les ha dado también la felicidad, el encanto y la belleza.

Una educación basada en el suave y poderoso imperio del amor imprime su imagen siempre hermosa, siempre atractiva en lo más íntimo de nuestro ser, cautivando el alma y corazón: ahí queda, como risueña primavera de la vida con sus dulces y encantadores aromas; y en la corriente ó extravío de los años nos complacemos en ponerla delante de los ojos, como un reflejo imperecedero de aquellos días que fueron los más felices de la vida: esta imagen es no sólo un encanto, es también escudo de defensa, y hace que la educación encuentre en la magia de sus recuerdos el poder de perpetuarse, de sobrevivir á sí propia en los escollos y tempestades de la vida, de ser siempre

áncora de preservación ó germen bendito de futura resurrección. Así obra el amor cristiano en el más bello y fecundo de los *Apostolados*.

CAPÍTULO IV

La obediencia cristiana

— 1 —

La educación que decide del valer del hombre, avalora todas las partes integrantes de su vida: ésta tiene su base en la inteligencia, su centro en el corazón y en su mayor altura tiene la voluntad que es la que la domina y rige por completo. Como en la creación impera el hombre sobre todo, así la voluntad impera sobre el hombre: por la voluntad, ante todo, el hombre es hombre; por ella llega á ser lo que Dios quiere que sea, rey de la creación, capaz de enseñorearse de todo después de haberse enseñoreado de sí mismo, de su propio corazón, el más bello trono: de ahí la suma necesidad de educar la voluntad y disponer al hombre desde su niñez para que más tarde empuñe el centro de su soberanía y aparezca con toda majestad.

La voluntad forma el carácter, la fisonomía propia del hombre, distingue á un hombre de otro y nos da la medida de su influencia en el bien ó en el mal.

La voluntad salva ó arruina los imperios, produce las grandes creaciones ó las grandes catástrofes: ella decide en fin de su eterno porvenir. Dios que ha creado al hombre sin intervención de éste no le salvará sin su voluntad.

Como la fe cristiana forma la educación esencial de la inteligencia y el amor cristiano la educación esencial del corazón, así la obediencia cristiana forma la educación esencial de la voluntad: ley suprema es para la inteligencia el creer, para el corazón el amar y para la voluntad el obedecer.

La obediencia, ley suprema de vida para la voluntad es cosa esencialmente moral, como lo es la autoridad: la obediencia no es una fuerza menor ante obra mayor, la debilidad ante el poder, sinó que es la inclinación libre ante la autoridad reconocida y acatada; es la voluntad del inferior que se une á la voluntad del que se considera superior; y este no es tal superior, sinó en cuanto participa de la autoridad de Dios: de modo que la obediencia cristiana es la sumisión libre de toda voluntad á Dios, único centro legítimo de la autoridad.

El cristianismo es la escuela divina de la obediencia: ahí está Jesucristo, la autoridad por esencia, constituida en la humanidad cristiana: ahí la sumisión práctica de la humanidad cristiana á la autoridad de Jesucristo. La gerarquía es esta misma autoridad, organizada en la Iglesia; y la vida cristiana es el reconocimiento práctico de esta autoridad, es decir, la obediencia perpetua á Dios en Jesucristo, nuestro Señor.

El cristiano es, pues, por esencia un ser obediente; y como servidor libre de Cristo que es su Rey, sabe decir si llega la ocasión: «antes se ha de obedecer á Dios que á los hombres»; mas no puede decir nunca: «no obedezco»; y si lo dijera, se desprendería del signo de Cristo para tomar el signo de Satanás: *signum bestiarum*: por eso la obra fundamental de la educación consiste en someter libremente la voluntad del niño á la autoridad de Cristo; pues sabe muy bien que la formación moral del hombre estriba, ante todo, en la formación de la voluntad; y según este decide el hombre su destino, inclinándose al polo del bien ó al polo del mal; y para la voluntad de un cristiano es el bien todo lo que manda Jesucristo y es el mal todo lo que él prohíbe.

Hé aquí porque la educación cristiana pone todo su empeño en hacer que la voluntad del niño se incline ante la autoridad divina de Jesucristo. Ella le dice al mostrarle el padre y la madre: estos son juntamente con el Dios creador los autores de tu vida y tienen la autoridad consagrada por Jesucristo, á la que debes obedecer: ante el sa-

cerdote y el Pontífice le dice: estos son los representantes de Jesucristo, Dios revelador y salvador: su palabra muestra su pensamiento; su precepto te expresa su voluntad; debes obedecer: ante el magistrado, el funcionario, el rey, le dice: estos están para hacer bien y obrar la justicia; son la autoridad de Jesucristo, Dios ordenador, para defender tus derechos y proteger tu patria: como á tus padres y á tu sacerdote, has de obedecerlos en la esfera en que ejercen su mando: así desarrolla la educación cristiana en el niño el instinto de la autoridad y la inclinación á la obediencia aún antes que luzca la aurora de su vida moral: cuando esta llega, halla el niño ser cosa fácil inclinarse con pleno conocimiento ante la autoridad que se ha acostumbrado obedecer antes de saber que le debía obediencia.

La obediencia es ley suprema de vida, de orden, de armonía, de crecimiento, lo mismo en el mundo material que en el mundo moral: desde los abismos del firmamento hasta los abismos de la tierra todas las criaturas oyen la voz que las llama y responden: «quí estoy:» desde el fondo más inexplorado de los espacios siguen los soles recorriendo su órbita con una exactitud cuyo prodigio no aciertan á explicarnos del todo los astrónomos y concurren al punto y á la hora señalada por el dedo divino para mostrarse á nuestra vista y saludar á su Creador: el mundo sidéreo es un conjunto y concierto de soles que cantan la gloria de Dios y cumplen su voluntad: acá en la tierra la vida circula por mil canales profundos, en que el genio del hombre no alcanza á seguirla para sorprender sus misterios; mas en todos sus movimientos tan múltiples, tan ocultos y tan impenetrables hay una cosa que se revela con todo su esplendor divino al genio que la contempla, es la fidelidad con que responde la vida al llamamiento de la Providencia: por ocultos y lejanos que estén, la savia adivina y sigue sin desviarse los senderos que le abre la naturaleza, y á la hora fijada reviste á la tierra con su manto de verdura, da á los árboles su ropaje de flores y su corona de frutos con una docilidad que no ha resistido una sola vez á la voz de

Dios y con una sencillez, que no hace nunca traición á sus deseos, ni desmiente sus palabras.

Mas este concierto de obediencias pasivas, ciegas, del mundo material que, sin saberlo, cumple la voluntad de Dios, necesita, para tener algún sentido, de una obediencia inteligente y libre: esa obediencia hállase en el hombre, pontífice, mediador y rey, quien con la voz de su libre sumisión completa las armonías del mundo y los ecos de la creación.

Hé aquí porque el niño, desde que lucen los primeros albores de su pensamiento, revela un instinto de obediencia prestándola á la autoridad que su inteligencia reconoce. Cierto es que la autoridad moral que le pide su sumisión, como á súbdito, no se descubre aún sinó á través del claro-oscuro de la aurora; mas á pesar de eso, su naciente razón conspira ya con el instinto para legitimar su imperio y consagrar su obediencia; y al inclinarse su corazón bajo la autoridad personificada en el amor, reconoce en ella su razón la legitimidad del mando y la majestad del derecho; y su conciencia, al despertar, le enseña á obedecer á esa autoridad, primer instinto de su alma y primera necesidad de su vida.

La debilidad é impotencia del niño, al nacer, le revelan que la obediencia es la ley que le rige desde la cuna: si el niño nace con la vocación del mando, nace como el ser más impotente para regirse á sí mismo en el mundo en que ha de reinar: rey de la creación, nace cautivo de sus necesidades, y al pisar débil y llorando el dintel de su imperio, ni aún podría vivir, sinó le tocasse con su cetro el amor: de modo que la primer ley que se le impone es la de: *obedecer ó morir*.

La obediencia que es ley de la educación porque lo es también de la vida, no deja de regirnos aunque hayan pasado las necesidades que tenían cautiva nuestra niñez: en pos de las necesidades de la vida física vienen las necesidades de la vida moral: aquí también es ley suprema: *obedecer ó morir*. Así que crece el niño y se le dilatan los

horizontes de la vida y empieza á tantear con la mano el peso de su cetro y con la frente el peso de su corona, al sentir que se hace hombre y que llega la hora de su investidura, despiértase su instinto de dominación, su alma experimenta una inmensa necesidad de independencia, los abismos de su corazón le gritan: «fuera ligaduras, fuera barreras: *Dirumpamus vincula*: no más límites á mi libertad: calle mi madre, mi educador, la Iglesia, Dios: nadie me mande: quiero gobernarme á mí mismo: atrás todo lo que intenta cautivar-me ó mandarme.»

Hé aquí la naturaleza humana en un niño de quince años: ese grito de independencia que antes de tiempo lanza el hombre todavía niño, es la proclamación más solemne de la ley de la obediencia: porque ¿qué va á ser de ese joven que con tanta impaciencia lleva el peso de su yugo y tanta ambición tiene ya de mandar? ¿quién someterá á ese independiente y contendrá á ese rebelde? ¿quién refrenará á ese joven arrojado que quiere lanzarse á correr por el mundo, como el caballo árabe por el desierto? La obediencia, pero libre y voluntaria.

Si el movimiento espontáneo de su vida se ha dilatado, y si su esfera de actividad se ha ensanchado; si sobrea-bunda la vida y parece grita por todas partes: «hacedme lugar», no por eso se sustrae el niño á la ley de la obediencia: por el contrario, en esos momentos decisivos le es más necesario que nunca aceptar libremente una autoridad que le domine; no tiene las debilidades de la infancia, pero tiene las tempestades de la adolescencia; y su impotencia para gobernarse á sí mismo es tanto más fatal para su educación, cuanto más profunda es la necesidad que siente de rechazar toda autoridad que no sea la suya. La debilidad del niño entrega á este sin oposición al gobierno de otro; y el mayor peligro de la crisis de la juventud consiste en rechazar toda autoridad que viene á regirle, precisamente en la edad en que, impotente para sí mismo, cree que la fuerza de sus pasiones significa el movimiento de su fuerza, y que el grito de independencia es la declaración de sus derechos:

entonces es más necesaria que nunca la obediencia, más libre, más razonada, más inteligente, sin duda alguna, pero también más necesaria, no para encadenarle, sino para protegerle; no para quitarle el movimiento de la vida, sino para impedir su desbordamiento; no para condenarle á una impotencia que le anule y á una debilidad que le degrade, sino para evitar las agitaciones que le consumen y las fatigas que le matan: entonces es más necesaria que nunca la obediencia que le ponga barreras á derecha é izquierda para que esa fuerza que no es dueña de sí misma, no se desborde y le arrastre de caída en caída hasta precipitarle en el fondo de los grandes abismos.

Mas si el niño llega á ser hombre; tiene ya treinta ó cuarenta años, hállase en medio de la sociedad; también aquí le sigue sin cesar la inevitable ley de la obediencia; porque la sociedad no es un desierto en que el hombre puede pasear á su antojo los caprichos de una libertad sin freno, sino una vasta red de dependencias, en que no puede moverse ordenadamente y obrar de una manera harmónica, sino á condición de obedecer: si quiere conquistar la grandeza y gloria propias del hombre, tiene que preparar su corazón á amar y su voluntad á obedecer; abajo, arriba, en medio; súbdito, ministro ó rey, el hombre debe siempre obedecer: abajo la multitud tiene que obedecer siempre, so pena de convertirse en un mar embravecido que amenaza inundar la tierra: encima de la multitud obedece el militar, obedece el magistrado, obedece el funcionario público: estos que al parecer sólo respiran el aire libre de la independencia, están más encadenados y cautivos que la multitud que les obedece y hace su voluntad.

Aún el que está en la cumbre del edificio social y tiene en sus manos los destinos de los hombres y el timón de todas las cosas, tiene que obedecer; sus mismos mandatos han de obedecer á una justicia más alta é inflexible, si quiere gobernar con inalterable armonía; y su poder para hacerse obedecer de los hombres no tiene garantía más eficaz que su fidelidad en obedecer á Dios: si esa falta, falta á la ley

de su destino y cae fatalmente bajo la necesidad de su imperio: los hombres y las cosas le dominan y le someten á la fuerza; y en el fondo de todo aparece Dios que se vale de los acontecimientos para obligarlos á obedecer.

Así, en todas las esferas de la sociedad no hay más que una gerarquía de sumisiones y un concierto de voluntades en que una obediencia corresponde á otra obediencia; y todo hombre está llamado á obedecer hoy, mañana y siempre, como en esas obras maestras de la industria, en que cada rodaje obedece en sus movimientos á otro rodaje y no juega con libertad sino cuando está en perfecta dependencia.

Todas estas enseñanzas llenas de luz nos revelan con toda evidencia que el obedecer es la ley de la vida, y como la ley de la vida, el obedecer será siempre la ley de la educación.

El niño que sólo ve en su padre al *amigo* y en su maestro al *compañero*, educado en la independencia, fuera de la disciplina de la obediencia voluntaria, es el salvaje, destinado al desierto, no á la sociedad; al egoísmo, no á la fraternidad: á los diez años es ya esclavo y déspota; esclavo de sus caprichos y vicios y déspota de los demás; es arrogante, orgulloso, insolente, provocador, irascible y, á veces, furioso hasta sofocarse: á la menor contradicción estalla y brama, arrojando espuma y descargando golpes á derecha é izquierda sobre todo lo que le resiste, hasta sobre la misma materia, si ésta no se pliega á todos sus antojos; este niño es malvado, feroz y hasta salvaje.

Y si es salvaje desde niño ¿qué será en la adolescencia? El fogoso corcel que salta en la pradera, cautivo y libre á la vez entre las barreras que sirven de obstáculo á sus desbordamientos, pero que impaciente de su cautiverio salta por encima de sus vallas, rompiendo sus amarras, corre y se precipita sin guía ni freno á través de los espacios; que dominado por el vértigo de la independencia, se turba su cabeza y no sabe dónde va; que tropieza en los obstáculos que encuentra á cada paso, se destroza en

las malezas, se precipita en las hondonadas y en los barrancos, arrastrado de uno en otro derrumbamiento, y que allí cae rendido, jadeando, destrozado y sin poder recobrar la libertad de sus movimientos; que quiso conquistar la libertad y el espacio, y la libertad y el espacio conspiraron contra él; hé ahí una imagen del joven fogoso que no ha conocido ó ha rechazado el freno moderador de la obediencia y de la autoridad.

Por haberse sustraído el joven á la obediencia que es la ley de la vida, se extravía en todos sus movimientos: una agitación estéril y una impotencia devoradora le fatigan de continuo y cae lánguido y extenuado, si es que no muere hastiado de sí y de cuanto le rodea, después de haber arrojado á los vientos de sus deseos tesoros de inteligencia, de amor y, tal vez de genio.

Si este joven sobrevive, llega á hacerse hombre de treinta años, cuando las ilusiones van cayendo y se descubren las realidades, y creyendo dominar é imponerse á todo, ve que todo conspira para mandarle y hasta para imponerle cadenas, sentirá irritado hervir en su corazón la ardiente lava de los odios sociales y de las codicias patricidas: y creará que hay que trastornar y rehacer la sociedad para satisfacer su sed de mando y apaciguar en su alma el horror á la obediencia.

Como la educación no fundada en la obediencia viola la ley primordial de la vida, ha armado á ese joven contra la sociedad, ha trastornado su cerebro, corrompido su corazón y pervertido su voluntad, nunca sabrá obedecer; si además tiene mucha imaginación y poco sentido común, si tiene la cabeza exaltada, como el corazón mal formado, si junto con todo esto es codicioso, orgulloso y envidioso, hélo ya dispuesto á figurar entre los grandes revolucionarios: si el torrente de los acontecimientos le presta ocasión, quitará á las naciones su reposo y á los pueblos su obediencia; y proclamando la rebelión como el más santo de los deberes, trastornará la sociedad, asemejándola á las olas de un mar embrecido que, salvan-

do sus riberas, va á inundar la tierra con un nuevo cataclismo.

Si la educación fundada en la independencia pervierte la voluntad humana y produce los hombres, azotes de la sociedad, la educación fundada en la obediencia engrandece la voluntad y forma los hombres verdaderamente grandes, honor y gloria de la humanidad.

Las inteligencias nulas ó superficiales creen que, siendo la voluntad la facultad de querer, cuanto más quiera, más se perfeccionará la voluntad: esta es también la ilusión natural del hombre ansioso de independencia, la seducción de la juventud y de tantos hombres que no son sinó niños y cuya pueril gloria la hacen consistir en mandar siempre y nunca obedecer, poder estampar en cada acción de la vida esta rúbrica soberana: *Lo he hecho porque he querido*: hé aquí la gran ilusión y la más funesta de las seducciones: creen que la obediencia es un suicidio é ignoran que ella es el secreto para crear voluntades poderosas, caracteres varoniles, y cuán glorioso es someterse de buen grado, con inteligencia, á una voluntad superior.

El catolicismo, intérprete divino de la naturaleza, al proclamar la obediencia como la gran ley de la voluntad, la explica más divinamente aún estableciendo la obediencia como ley de su educación y resorte de su grandeza.

Jesucristo, centro y principio de toda autoridad en el mundo es al mismo tiempo tipo é ideal de obediencia: la obediencia y autoridad se hallan juntas en todo el misterio de su vida, mas de tal manera, que todas las manifestaciones de su vida fueron más bien actos de obediencia que actos de autoridad: su vida en Nazaret fué especialmente una obediencia continuada; y una sola palabra compendia su historia durante treinta años: Obedecía: *Erat subditus illis*: él que era el Creador, obedecía á la criatura; el que era el Niño-Dios, obedecía á una mujer humilde y á un

hombre más humilde todavía; y en esta obediencia consistía su engrandecimiento: de esta manera crecía en gracia y en sabiduría delante de Dios y delante de los hombres: más tarde, cuando subió á la Cruz para morir en ella, también obedecía: *Factus est obediens usque ad mortem, mortem autem crucis.*

La glorificación postrera de su soberanía no fué más que el coronamiento de su obediencia: si esta soberanía pudo ver que ante ella se doblaba toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos; si todo se ha humillado bajo su cetro en ese triple imperio, la Escritura nos revela el secreto de su engrandecimiento que da por resultado la eterna glorificación de Jesucristo: consiste en que había sido obediente. Todo había caído por tierra á causa de la desobediencia de un hombre, todo debía levantarse de nuevo por medio de la obediencia de un Dios.

Para el católico que busca el camino de la grandeza siguiendo las huellas de Jesucristo, todo se contiene en ese divino compendio: el hombre, á semejanza de Jesucristo, no halla su grandeza sinó en la fuerza que le presta la obediencia, siendo las voluntarias humillaciones de la obediencia las que preludian las glorificaciones de su verdadera soberanía. Como no á todos es dado comprender el sentido divino de estas palabras que son como el divino compendio de todo el cristianismo, conviene penetrar en el fondo de los misterios de nuestra naturaleza humana y descubrir sus profundas armonías con la ley de Jesucristo y poner de manifiesto que el cristianismo, al hacer consistir en la obediencia el engrandecimiento del hombre y la grandeza de su voluntad, es el intérprete infalible de nuestra naturaleza; y que el secreto de la glorificación de Jesucristo, la obediencia, es siempre y en todas partes el secreto de la elevación del hombre.

Una educación verdaderamente varonil debe dar á la voluntad estas tres cosas ante todo: libertad, rectitud y fuerza: *libertad soberana, rectitud inflexible y fuerza fecunda*: esto es lo que constituye la voluntad perfecta.

Los que desconocen el secreto de la grandeza del hombre, creen que toda obediencia es servidumbre, humillación; toda sumisión es abdicación; y precisamente el carácter distintivo de la educación por la obediencia es producir verdadera emancipación; porque lo mismo para el niño, que para el hombre, que para la sociedad, la libertad consiste en el orden, y el orden no descansa sinó en la obediencia á la autoridad legítima.

El niño que, al educarse, crece en el hábito de la obediencia, se emancipa día por día de las servidumbres del espíritu de rebeldía: el niño, como el hombre, tiene que obedecer por grado ó por fuerza; tiene que elegir entre dos clases de dependencia, la que proviene de un poder legítimo ó la que proviene de un poder ilegítimo; ó se hace obediente ó se hace esclavo, condenándose á toda clase de servidumbres: si su voluntad no quiere un señor, tendrá muchos tiranos; al abrazar la independencia para ser libre, le salen al camino todas las tiranías para confiscar su libertad.

El niño que obedece á sus padres, á sus maestros; el niño cristiano que con los ojos de la fe ve en ellos á Jesucristo y obedece á Dios al inclinarse ante el hombre, ese es el verdaderamente libre y emancipado de todo lo que no tiene derecho á mandarle; siendo su obediencia misma la protectora de su libertad: está libre del capricho, de la impresionabilidad, del orgullo, de la pereza, de todas las pasiones; libre, en fin, de todas las tiranías que esclavizan á los desobedientes, sean pueblos, hombres ó niños.

El hijo de la obediencia no sólo es libre, más aún, es soberano: su obediencia no sólo es el ejercicio de la libertad más generosa, sinó el ejercicio de la más alta soberanía; porque el hombre es soberano, cuando manda á la naturaleza, más soberano, cuando manda á los hombres y toca el último término de su soberanía cuando se manda á sí mismo, que es lo que consigue por medio de la obediencia. El hombre es rey de la creación: la voluntad es reina en el hombre y cuando ella obedece, se ve á la so-

beranía ejerciendo sobre sí propia el imperio más sublime que puede imaginarse. Al obedecer el niño de grado y con inteligencia, su voluntad manda con el más varonil y glorioso de los mandos; y al habituarse al noble ejercicio de la obediencia, imprímese en su ser, junto con la dignidad propia del hombre, un no se qué de regio que anuncia en él al soberano, y le llama á las funciones del mando.

Nunca aprende mejor el hombre á mandar que aprendiendo á obedecer, porque el motivo que le induce á rechazar la obediencia, es el mismo que le impulsa á abusar del mando.

La obediencia, pues, lejos de envilecer, forma soberanos: la obediencia inteligente y generosa de la buena educación sube hasta Dios, pasando por el hombre que le representa aún indignamente: el niño bien educado mira en el hombre que le manda, el reflejo de Dios y á Dios es á quien obedece: obedecer á Dios es ser soberano, como dice la Escritura: *Servire Deo regnare est*. De este modo la educación por medio de la obediencia da á la voluntad la más alta dignidad de una soberanía libre y la más grande honra que puede conquistar: la honra suprema y verdaderamente soberana de mandarse á sí misma.

Otra cualidad aún de más precio da á la voluntad la educación por la obediencia: la inflexible rectitud. A la voluntad pertenece llegar al término y conquistar el destino de la vida; debe, pues, caminar en derechura al bien, á la justicia, á la verdad, á Dios, y para no desviarse de ese camino, debe poseer la rectitud: más no basta marchar hacia el destino, hay que conquistarlo; no basta empezar, hay que acabar; no basta avanzar, hay que llegar; por esto la voluntad humana, para realizar su ideal y alcanzar su grandeza ha de juntar á la rectitud en las tendencias la fijeza en las resoluciones y la constancia en su ejecución.

Una voluntad sencilla cuya inflexible resolución y rectitud no conoce las tergiversaciones de la mentira, ni los

disfraces de la hipocresía, ni los tortuosos senderos del mal querer, que va al bien, como va la flecha al blanco, con una resolución que por nada se quebranta, con una constancia que por nada se rinde, con una firmeza que por nada se desconcierta, esa voluntad conquistará toda su grandeza, porque ha marchado con rectitud y ha tenido perseverancia en su marcha.

Rectitud y perseverancia, preciosas prerrogativas que se llaman y completan una á otra, hé aquí lo que da á la voluntad la práctica de la obediencia al tiempo de la educación: aquí también la verdad aparece brillante en la sencillez de las palabras. La obediencia es una ecuación libremente planteada entre la voluntad y la regla: la regla, la ley, el mandato son la expresión de la verdad, de la justicia, del orden; son la irradiación del bien, del mismo Dios que muestra el camino á la voluntad en la vía recta de su destino. Así, obedecer á la regla; á la autoridad legítima que manda, es hacerse día por día, hora por hora recto como la regla misma, es practicar lo justo y formar en sí mismo la rectitud. Por eso, á un niño educado en la obediencia le es natural la rectitud: ama el bien, como sus ojos aman la luz; lo busca como su pecho busca respirar; se vuelve hacia él, como el imán hacia el polo y dice: «vamos á conquistarlo.»

La obediencia que da á la voluntad del niño esa rectitud que no se doblega á izquierda ni á derecha, le da también fijeza que no se quebranta y constancia que no se desalienta. La voluntad que obedece al capricho, á las impresiones del momento, no tiene razón de perpetuarse; muere como el capricho y las impresiones; á cada momento se desmiente, se contradice y se destruye con una volubilidad, ligereza é incertidumbre, que sobre ella no se puede fundar ninguna resolución ni designio: nada hay en ella que garantice que la voluntad de ayer es la voluntad de hoy, y que la voluntad de hoy será la voluntad de mañana: una voluntad así, va y viene, quiere y no quiere, avanza y retrocede, se precipita á saltos de un extremo á

otro, sin poder contenerse en un punto fijo, ni caminar con constancia á un fin determinado: es voluntad de niño que quiere lo que no tiene, rechaza lo que antes ha querido y vuelve á pedir á gritos lo mismo que ha rechazado.

Por el contrario, el niño que sólo quiere obedecer, tiene una razón decisiva para querer hoy lo que quiso ayer, y querer mañana lo que quiere hoy, porque sólo quiere lo que le manda la regla, y ésta participa de la inmutabilidad de la justicia y de Dios de quien procede. Múdanse las pasiones, cambian los caprichos, varían las impresiones, mas no varía la regla, ni la voluntad que la obedece. Aunque por ciertas circunstancias cambiase la regla, no por eso cambia la voluntad del que sólo quiere obedecer, porque esta es su determinación constante, su absoluta resolución: en esto consiste su inalterable constancia, en la rectitud y en la invariable unidad de su querer en la multiplicidad de sus actos.

Verdad es que en la vida moral de la obediencia, como en la vida física, hay una región de inevitables mudanzas en que pasan y repasan la luz y las sombras, el sol y las nubes, la calma y la tempestad; fenómenos que se suceden y varían, como en el mundo material; mas encima de estas mudanzas hay un lugar sereno donde habita la voluntad del obediente; y en las conmociones de su reino inferior sabe decir con inalterable majestad y con decisión invariable: «quiero obedecer aunque ruja de cerca la tempestad y oiga á mis pasiones que gritan bajo el cetro real de mi voluntad: no obedeceremos: *Non serviam*; la autoridad nos pesa; el mando nos importuna; la regla con su inmutabilidad nos cansa y nos mata; venga la libertad, venga la independencia, vengan las mudanzas, venga el reinado de la volubilidad y del capricho.»

El hijo de la obediencia, por fiel que sea, tiene que luchar contra sus pasiones para merecer, venciendo, su inmortal corona; mira al cielo de donde le viene el mandato por medio de su maestro ó superior y dice á las pasiones que se agitan en su corazón, como las olas de un mar em-

bravecido: «por más que os agitéis, yo no varío; quiero la regla, quiero obedecer; hablad, Dios mío, hablad: habladme por la voz de mi padre, de mi maestro, de mi Pontífice, de mi superior: quiero obedecer: aunque todo cambie en mí porque soy débil, no cambiará mi voluntad de obedecer: ahí está mi rectitud y mi verdadera libertad, ahí mi fuerza y mi fecundidad.

La tercera cualidad que la educación debe dar á la voluntad del niño es fuerza fecunda y creadora. La fuerza moral es la gran prerrogativa del hombre, el signo característico de su soberanía y el sello de sus destinos futuros: hombre, *vir*, quiere decir: fuerza, energía, valor, poder: un hombre sin fuerza moral es un simulacro de hombre, un aborto que no tiene nombre en el idioma de los pueblos, ni rango en la gerarquía de los seres.

Cuando se dice que á una sociedad le faltan hombres, es que le faltan hombres de fuerza moral; y esta les falta porque de niños, de jóvenes, les ha faltado la obediencia: la independencia prematura no hace al hombre, le deshace: los caracteres varoniles, las voluntades fuertes sólo se forman en el hábito viril de la obediencia generosa y libre: querer ser hombres antes de tiempo, es condenarnos á ser niños cuando debíamos ser hombres: así castiga la naturaleza y venga la Providencia nuestra locura: hombres á los quince años y niños á los cuarenta; niños viejos y hombres pequeños.

El joven que llegará á ser hombre, verdaderamente hombre, no es el que ha roto el freno saludable de la obediencia, procurándose una soberanía precoz y una libertad salvaje, sino el que ha sabido sostener y mover su vida con el resorte de la obediencia. La palabra «resorte» explica todo el misterio de la fuerza y virilidad de la obediencia: la obediencia es fuerza porque es resorte inteligente y libre que se comprime voluntariamente y por medio de esta libre compresión adquiere la fuerza de expansión: como en las fuerzas del mundo material, así, salva la libertad, se verifica en el mundo moral: toda expansión

es proporcionada á la compresión. La obediencia comprime, reacciona sobre sí misma; pero es una compresión libre, una reacción voluntaria: compresión varonil y reacción generosa que suponen la existencia de la fuerza y que la aumentan con su ejercicio.

Así la digna educación debe comprimir dulcemente la voluntad de los niños, no para romperla, sinó para fortalecerla; plegarla, no para debilitarla, sinó para amoldarla; domarla, si es necesario, como el brioso corcel, *con el ascendiente del carácter, la calma de la fuerza y la firmeza de la actitud*: esta gimnasia moral debe repetirse un día y otro día, un año y otro año, por largo tiempo, porque una infancia así prolongada y un crecimiento lento y vigoroso son el pronóstico de una virilidad poderosa y de una madurez fecunda; y cuando la Providencia ha dado la señal á esas voluntades así educadas, de crearse un imperio legítimo dentro de su esfera, entonces aparece lo que vale haber obedecido para saber mandar á los hombres y gobernar las cosas; entonces aparece cómo los hijos de la obediencia han nacido para mandar: esas voluntades que estaban plegadas por el resorte de la obediencia, se presentan de repente sin pretensiones y sin arrogancia en la actitud de una virilidad consumada: esos hombres que hasta ayer, parece, no sabían sinó obedecer y que eran la debilidad misma, aparecen hoy hombres de carácter, de iniciativa, de resolución, de acción, de valor, como héroes y gigantes que marchan y avanzan, llenos de majestad, en la plenitud de su poderío.

Los que hayan visto á esos hombres llevar con docilidad y dulzura, sin murmurar y sin doblegarse, el yugo emancipador de la obediencia libre; y sobre todos, aquellos que han trabajado en formar su carácter y han puesto á sus deseos impetuosos, pero dóciles, el freno que ha servido de resorte y ha dado fuerza á su voluntad, esos dirán entonces: ved ahí á los hijos de la obediencia: han sabido obedecer y por eso son hombres: han sabido obedecer, y por eso son vencedores, por eso son dominadores, por eso

ciñen la corona del triunfo: vencedores de sus pasiones, dominadores de su voluntad y triunfantes de sí mismos irán siempre de conquista en conquista refiriendo sus victorias: *Vir obediens loquetur victorias*. No es hoy cuando han empezado á ganar batallas: ya hace algunos años que están consiguiendo triunfos más gloriosos y dando combates más difíciles que todos los de Alejandro; porque hace ya algunos años que están triunfando de sí mismos y dominando sus pasiones; como son fuertes contra sus enemigos interiores, lo serán todavía más contra los enemigos exteriores, porque aguerridos en los más ásperos combates, sabrán allanar todas las resistencias: su vida cantará sus victorias, sus victorias cantarán su fuerza y su fuerza misma atestiguará con sus triunfos el beneficio de una educación viril y el poder fecundo de la obediencia, ley primordial de la vida y de la digna educación. ¡Mil veces dichosos los que desde sus más tiernos años han llevado sobre sí el yugo santo de la obediencia: *Beatus qui portaverit jugum ab adolescentia sua!*

CAPITULO V

El respeto cristiano

— 1 —

Los tres elementos primitivos y esenciales de la educación del hombre son: aprender á creer para desarrollar la inteligencia, aprender á amar para desarrollar el corazón y aprender á obedecer para desarrollar la voluntad. Mas hay otra cosa que enlazada con ellas tres se distingue de ellas, la completa y no puede faltar en la buena educación; esta es: aprender á respetar.

El respeto es después de la religión el sentimiento más sublime del alma humana: el alma delante de una majestad

es proporcionada á la compresión. La obediencia comprime, reacciona sobre sí misma; pero es una compresión libre, una reacción voluntaria: compresión varonil y reacción generosa que suponen la existencia de la fuerza y que la aumentan con su ejercicio.

Así la digna educación debe comprimir dulcemente la voluntad de los niños, no para romperla, sinó para fortalecerla; plegarla, no para debilitarla, sinó para amoldarla; domarla, si es necesario, como el brioso corcel, *con el ascendiente del carácter, la calma de la fuerza y la firmeza de la actitud*: esta gimnasia moral debe repetirse un día y otro día, un año y otro año, por largo tiempo, porque una infancia así prolongada y un crecimiento lento y vigoroso son el pronóstico de una virilidad poderosa y de una madurez fecunda; y cuando la Providencia ha dado la señal á esas voluntades así educadas, de crearse un imperio legítimo dentro de su esfera, entonces aparece lo que vale haber obedecido para saber mandar á los hombres y gobernar las cosas; entonces aparece cómo los hijos de la obediencia han nacido para mandar: esas voluntades que estaban plegadas por el resorte de la obediencia, se presentan de repente sin pretensiones y sin arrogancia en la actitud de una virilidad consumada: esos hombres que hasta ayer, parece, no sabían sinó obedecer y que eran la debilidad misma, aparecen hoy hombres de carácter, de iniciativa, de resolución, de acción, de valor, como héroes y gigantes que marchan y avanzan, llenos de majestad, en la plenitud de su poderío.

Los que hayan visto á esos hombres llevar con docilidad y dulzura, sin murmurar y sin doblegarse, el yugo emancipador de la obediencia libre; y sobre todos, aquellos que han trabajado en formar su carácter y han puesto á sus deseos impetuosos, pero dóciles, el freno que ha servido de resorte y ha dado fuerza á su voluntad, esos dirán entonces: ved ahí á los hijos de la obediencia: han sabido obedecer y por eso son hombres: han sabido obedecer, y por eso son vencedores, por eso son dominadores, por eso

ciñen la corona del triunfo: vencedores de sus pasiones, dominadores de su voluntad y triunfantes de sí mismos irán siempre de conquista en conquista refiriendo sus victorias: *Vir obediens loquetur victorias*. No es hoy cuando han empezado á ganar batallas: ya hace algunos años que están consiguiendo triunfos más gloriosos y dando combates más difíciles que todos los de Alejandro; porque hace ya algunos años que están triunfando de sí mismos y dominando sus pasiones; como son fuertes contra sus enemigos interiores, lo serán todavía más contra los enemigos exteriores, porque aguerridos en los más ásperos combates, sabrán allanar todas las resistencias: su vida cantará sus victorias, sus victorias cantarán su fuerza y su fuerza misma atestiguará con sus triunfos el beneficio de una educación viril y el poder fecundo de la obediencia, ley primordial de la vida y de la digna educación. ¡Mil veces dichosos los que desde sus más tiernos años han llevado sobre sí el yugo santo de la obediencia: *Beatus qui portaverit jugum ab adolescentia sua!*

CAPITULO V

El respeto cristiano

— 1 —

Los tres elementos primitivos y esenciales de la educación del hombre son: aprender á creer para desarrollar la inteligencia, aprender á amar para desarrollar el corazón y aprender á obedecer para desarrollar la voluntad. Mas hay otra cosa que enlazada con ellas tres se distingue de ellas, la completa y no puede faltar en la buena educación; esta es: aprender á respetar.

El respeto es después de la religión el sentimiento más sublime del alma humana: el alma delante de una majestad

ó una grandeza á quien reconoce ó siente, experimenta una impresión generosa: esta impresión no es de creer, ni de amar: no es de obedecer, ni de temer ó admirar; es un compuesto de todo esto que revela el alma cuando, al inclinarse ante la grandeza, le dice: «os venero, os respeto»: esta impresión que produce en toda alma bien nacida la presencia de una majestad, no es un acto puro de la inteligencia, ni una mera emoción del corazón, sinó el sentimiento del alma ante la majestad presente y la necesidad de manifestar al exterior con homenajes visibles que forman lo que se llama el culto al respeto, ese mismo sentimiento de superioridad que en su interior experimenta. El respeto en toda su variedad de formas y matices es siempre el sentimiento frente á la majestad, delante de la grandeza real ó imaginaria: así en ausencia de la realidad honra á su imagen, rinde sus homenajes á los piés de la estatua; y aunque la representación no sea verdadera, elévase el respeto hasta la grandeza misma: en esta elevación del respeto el alma se engrandece; y este engrandecimiento no debe faltar en la buena educación católica.

Se ha dicho con verdad profunda: «El catolicismo es la mayor escuela de respeto que hay en el mundo;» porque el catolicismo es el cristianismo completo, la religión única verdadera, la que hace penetrar en el alma con la mayor impresión el respeto hacia Dios y hacia todo lo que de cerca ó de lejos viene á enlazarse con Dios.

Es tan íntima la afinidad de la religión y del respeto que á cierta altura á penas se distinguen. El primer acto de religión ó sea de relación entre el hombre y Dios es la adoración, expresión suprema y último término del respeto: esa prosternación y anonadamiento del hombre ante la grandeza infinita de Dios es el más grande sentimiento religioso, efecto de la aproximación de Dios que toca lo más íntimo del alma y de la impresión del alma que siente el contacto de Dios: así la adoración es el respeto elevado á la más alta potencia. Como el respeto es un principio de adoración, así la adoración es la consumación

del respeto; esto es el reconocimiento y sentimiento de la grandeza que encierra todas las grandezas y que hace más ó menos venerables á los seres según la manifestación de su imagen.

Esta aparición de la grandeza de Dios, suprema y única causa de respeto, hace que uno se prosterne ante ella aún en los momentos en que parece se prosterna delante del hombre; por eso el hombre ó la cosa que han perdido el reflejo que viene de Dios; cuando la luz divina no alumbrá el semblante de los hombres, ó cuando está en ellos oscurecida la imagen de Dios, ó sus vestigios han desaparecido de las cosas, entonces los hombres y las cosas se hallan incapaces de verdaderos respetos; no hay en ellos majestad, no representan la imagen de Dios en sus criaturas.

Como la religión es por su naturaleza una relación íntima con el infinito, es también por ende la más alta escuela de respeto: al hacer que las almas se prosternen ante la primera de las majestades, hace que descienda sobre nosotros el respeto, mostrándonos la representación de Dios en todo lo que tiene derecho á nuestros homenajes; por eso el trabajo profundo de la educación religiosa es el de desarrollar el respeto en el alma de los niños, descubriéndoles do quiera que se presenten á su vista, esas representaciones é imágenes de Dios, únicas que merecen nuestros respetos, porque son las solas que nos dan el sentido de la verdadera grandeza: de ahí su gran solicitud por mostrar al niño todo lo que le habla de Dios ó se le representa, haciéndosele ver en las maravillas del universo, en los esplendores del cielo y en los espectáculos de la tierra, en la inmensidad de los mares, en el rumor de las tormentas, en el soplo de las brisas, en el perfume y hermosura de las flores, en la frescura de la mañana, en el resplandor del mediodía, en la serenidad de la tarde y en la majestad de la noche: siempre y en todas partes la educación religiosa hace que la creación hable al alma del niño, le muestre á Dios y le descubra en

sus más grandes magnificencias los detalles de su eterna grandeza, porque la creación es palabra y es luz; palabra pronunciada por el Verbo para dar á conocer á Dios; luz para mostrarle á todas las criaturas.

Mas en las esferas del mundo moral es donde sobre todo la educación religiosa descubre al niño las representaciones más majestuosas de Dios y excita su más profundo respeto: llevándole á través de ese mundo vivo en que ha puesto Dios sus reflejos más espléndidos y mostrándoselos en los hombres, en la sociedad, en la religión, en la patria, en las instituciones, en las superioridades que por todas partes le dominan, le dice: Hé aquí, hijo mío, la representación de Dios, los vestigios de Dios, la irradiación de Dios: respétalo, hijo mío; y el niño lo respeta: inclínate ante él; y el niño se inclina, no comprendiendo cómo pudiera negar sus homenajes á lo que la religión le muestra descendiendo desde tan elevada altura hasta su alma para exigir allí sus respetos.

La religión inspirada en la sola naturaleza y fundada en la mera razón no hace á Dios bastante palpable al alma de los niños, y es por lo tanto impotente para crear en ella el sentido profundo de Dios, raiz primera de todos los respetos que penetran en el alma.

El catolicismo que es la comunión más íntima y más completa con Dios, la religión del *Emmanuel*, de Dios con el hombre y del hombre con Dios, es entre todas las religiones la que muestra más á Dios y lo hace más sensible á la humanidad; no se limita á descubrir á los niños en la educación algunos vestigios, alguna sombra, algún reflejo de Dios, sino que Dios mismo con su majestad invisible, pero real, viene á presentarse ante sus almas y á recibir sus respetos. Ora sea en Belén, ora en el Calvario, ora en el altar; ya se trate de Dios encarnado, de Dios inmolado ó de Dios en la comunión, siempre es Dios el que está presente á nuestros ojos por medio de Jesucristo, nuestro Señor: el catolicismo nos grita en todas partes: aquí está Dios; prosternémonos ante él: adoremos á Dios que habita

en este templo: respetemos este templo, donde está Dios. Así la majestad de Jesucristo, presente y cerniéndose sobre el pueblo postrado en su presencia crea en el seno de las generaciones y sobre todo en el corazón de los niños los grandes respetos que no se comprenderán bastante.

El niño católico experimenta todavía más el sentimiento de la presencia real de Dios, de Jesucristo vivo en los sacramentos y en los misterios en que Dios toca más de cerca su alma y hace penetrar en ella su vida. Todos los sacramentos, al ponernos en relación íntima y en comunión eficaz con Jesucristo, engrandecen nuestros respetos en la misma medida en que engrandece y aumenta esa comunión: así el niño que en el sacramento de la confesión sabe lo que recibe con la bendición del sacerdote, que éste deja grabada la impresión de Dios en su alma prosternada por el arrepentimiento y la humildad, el niño que conoce quedar rehabilitado ante sus propios ojos y ante la presencia de Dios, no puede menos de profesar á todas las legítimas grandeas y á todas las santas majestades un respeto transfigurado: si alguna cosa desprecia, es el mal que acaba de expiar con su arrepentimiento y sus lágrimas.

Mas nada es comparable á la impresión de respeto que siente el alma del niño aquel día venturoso y radiante sobre todos los de su vida, en que vuelve del altar, donde por vez primera ha recibido á su Dios. ¡Oh! ¡Cómo siente entonces á Jesucristo! ¡Cómo respeta su majestad! ¡Cómo adora su divinidad! Los querubines suspendidos ante el tabernáculo en actitud de recogimiento y de respeto que no es de este mundo, apenas pueden representar á nuestros ojos el invisible respeto que embarga su alma, adorando á Dios que está presente en ella como en su más propio tabernáculo. Quien desconociera los sentimientos de respeto hacia todo lo grande y santo que penetran en el alma de un niño, bien preparada para consumir por vez primera este misterio divino, faltaríale ese sentido superior que abarca las grandes cosas y forma las almas elevadas; y habría que pedir á Dios resucite en él

el sentido de la verdadera grandeza que perece en las escuelas de la irreligión y de la impiedad, las más grandes escuelas de desprecio sobre la tierra.

Así educa Jesucristo á los niños en el sentimiento del respeto: tócalos en el fondo de su alma y hace resonar en ella con la voz de sus misterios aquel himno celestial de *Emmanuel* que canta la presencia de Dios en el alma, desarrollando allí el sentimiento de Dios y su propio engrandecimiento, é imprimiendo con la unción del amor y de la suavidad la consagración de la grandeza y el honor que es propio del respeto.

Como la educación católica muestra á los niños la imagen de Dios en la presencia de Jesucristo, así también les muestra la majestad de Jesucristo en la Iglesia; apareciendo esta divina madre con la majestad de Dios sobre su frente, despidiendo rayos de luz sobre las almas y enviándoles suavísimos reflejos. Esta majestad, mezcla exquisita de grandeza y de amor, de fuerza y de suavidad suscita un respeto que, al venir de Jesucristo, se asemeja al de la paternidad y al venir de la Iglesia se asemeja al de la maternidad; respeto de madre, pero de madre divina, en quien la majestad realza el amor y el amor sirve de temperamento á la majestad. Bella y grande es la función del educador, al acostumar á los niños á inclinarse voluntariamente ante esa dulce majestad en que el respeto y el amor se confunden de tal manera que no se sabe cuál de ellos prevalece en el corazón de los niños, donde juntos producen ese delicioso sentimiento que es una variante del respeto y al que se llama veneración. Negar la fuerza y delicadeza infinita de la Iglesia para crear el respeto en las almas, sería lo mismo que negar la luz del sol al mediodía.

Y esta veneración que los niños tienen á su divina madre, siéntenla también en las personas y cosas augustas que representan á Jesucristo y reflejan su majestad: desde el seno de Dios baja el respeto al alma de los niños y le veneran en las dignidades gerárquicas, llamadas á dársele

á conocer y hacérsele palpable así interior como exteriormente.

Cuando el niño católico observa que majestades y grandezas respetadas ayer se han eclipsado y hundido hoy entre catástrofes y ruinas, sin esperanza de resurrección, sigue venerando á otra majestad y grandeza que tiene su asiento en la cumbre más alta de la gerarquía cristiana, majestad y grandeza que crecen con las humillaciones, á quienes sus propias ruinas sirven de puntal para no desaparecer y de pedestal para elevarse á mayor altura. Esta es la majestad á la que el mundo de las almas rinde veneración inagotable desde los cuatro vientos del cielo; nunca más divina y más venerable y más celestial que cuando los hombres la cubren de desprecios, la dejan indefensa, y la tierra parece huir bajo sus plantas: el niño católico que tiene hambre y sed de veneración rinde homenaje incomparable á esa majestad que aun humillada bástale una palabra ó un signo para tener en expectativa á los pueblos y á los reyes: cuando á los niños se les hace volverse hacia Roma y aunque de lejos se les muestra allí á un anciano más firme sobre su palabra, en medio de las tormentas sociales, que la roca en medio de la mar embravecida, y se les dice: Hijos, ved allí al padre de las almas; ved allí al Vicario de Jesucristo, los niños se prosternan ante él, le honran, le veneran y sienten en lo más íntimo de sus almas una profunda impresión de respeto, porque han visto en la humanidad la más grande imagen de Dios: allí, donde hace veinte siglos está el maestro infalible, el padre del catolicismo, el sucesor de San Pedro, allí se halla la escuela más grande de respeto, á la que concurren, para enseñarla á los hombres, la más grande aparición de Dios; para practicar esta enseñanza, más de doscientos millones de almas, y para oírla, el mundo entero.

Como la educación del respeto sea de todos los días y de todas las horas no basta para los niños aquella grandeza remota que pocos pueden contemplar: por eso tras el Pontífice romano está el obispo y tras éste el sacerdote

que pone el alma de los niños en contacto inmediato con Jesucristo á quien veneran y adoran, al inclinarse ante el hombre. Así enseña la experiencia que el niño bien educado encuentra naturalmente en su corazón junto con la veneración al sacerdote la adoración á Jesucristo, y á este venera cuando besa la mano de aquel ó recibe su bendición; y jamás le viene al pensamiento que haya humillación en ese homenaje; antes se siente mejor porque ha venerado y más grande porque se ha prosternado; y su padre y su madre reportan ventajas de esos homenajes dados al sacerdote, porque nunca hallan en sus hijos amor tan respetuoso y veneración tan tierna, como cuando aquellos han tributado espontáneamente sus homenajes á los representantes de Jesucristo.

Las dos esferas del orden natural y del orden sobrenatural que hacen sensible al alma de los niños la majestad de Dios hallanse juntas sin confundirse en dos dignidades humanas que están en primer contacto con la niñez; la dignidad paterna y la dignidad materna. Ya en el orden natural y á la luz de la sola razón el padre y la madre son para el alma del niño representantes de la dignidad divina; porque Dios es la causa y dignidad primera y los padres son la causa y dignidad segunda; por eso los respetos que el niño tributa á Dios, descienden sobre los padres haciéndolos más venerables; y los tributados á estos se elevan hasta Dios: hay empero otra cosa que refleja más sobre los padres la majestad de Dios, y es su consagración en Jesucristo por medio del sacramento; y así como vienen de Dios por Jesucristo, Padre del siglo futuro, vienen de Jesucristo por la Iglesia, madre divina de la humanidad; y esta investidura dos veces sagrada realza su dignidad al par que realza su respeto.

Cuando los padres delegan con su doble investidura todos sus derechos al maestro para educar á sus hijos, entonces la majestad de Dios, pasando por Jesucristo, la Iglesia y el corazón de los padres, aparece en su frente, y el respeto que necesita para esa obra admirable, impónese

naturalmente en el alma de los discípulos. A la luz de la razón y de la fe debe mostrarse el maestro revestido del derecho humano y del derecho divino, teniendo su parte de la magistratura divina que Dios ha conferido á su Iglesia por medio de Jesucristo; y viendo el niño el reflejo divino en la frente de su preceptor le respeta; porque á la luz de la fe que le transfigura, venera á Dios en su más ó menos digno preceptor.

Sin duda alguna, no basta la majestad prestada para sostener el respeto de los niños; debe tener para su natural defensa dignidad personal, esa grandeza que proviene del brillo de una gran virtud ó del prestigio de una gran santidad. No basta que el maestro católico no sea la personificación del vicio; ha de ser la personificación de la virtud; por su mérito personal ha de ser hermosa y distinguida figura: no basta que sea virtuoso y honrado como el vulgo; ha de tener en su persona dignidad bastante para llevar con facilidad y soltura el haz de grandezas cristianas que ha recibido de Jesucristo; ha de ser un gran cristiano, un Evangelio vivo, otro Cristo, para que el alma del niño sienta hasta cierto punto en su persona á ese Cristo á quien representa y de cuya dignidad está revestido.

De ese modo completa el catolicismo la obra maestra de la educación y realiza en toda su perfección la escuela del respeto: así crea los santos cuyas frentes ciñen aureola de luz y amor que imprime en las almas de los niños la imagen de Jesucristo y el sentimiento de dignidad que no pueden perder.

Si el maestro católico ha recibido, además, del cielo una vocación que le llama, no ya á la práctica del deber, sinó el heroísmo de la virtud; si no sólo ha jurado ser hombre de bien, sinó ser santo; si á todo esto añade la majestad superior de la unción divina y del carácter sagrado; si en fin, para sostener, sin doblegarse, el peso de tantas dignidades, conserva en medio de una *actitud firme* y de una *dulzura inalterable* esa *majestad* que sirve de escudo á todas las otras y esa *calma* que con mucho acierto ha sido

llamada la *majestad de la fuerza*, nadie puede entonces expresar la espontánea veneración y los sinceros respetos que tal maestro suscita en las almas de los niños que ya en brazos de sus madres recibieron la primera revelación de la grandeza cristiana y la primera palabra que les mostró á Jesucristo.

Si la religión católica es la mayor escuela de respeto, despreciar esta religión que toca á Dios por su cima es matar el respeto en su misma fuente, en el seno de Dios de donde bajan las grandezas que llevan impresa su imagen, es rebajar todo lo que es grande, envilecer todo lo que es noble, profanar todo lo que es santo y degradar todo lo que es sublime. Del desprecio de Dios viene naturalmente el desprecio á las almas, á las sociedades, á la soberanía, á la paternidad, á las leyes, á las instituciones. Ni el hombre aprende á respetar sinó en la escuela de la religión, ni aprende á educarse sinó en la escuela del respeto.

El respeto que desde Dios baja al alma de los niños, eleva hacia lo alto sus potencias, es la savia divina del crecimiento moral: hace crecer al niño hasta la altura de hombre para subir hasta Dios. Al tiempo que su cuerpo va llegando por el impulso de su naturaleza hasta la estatura natural, su alma debe subir por la educación de su inteligencia, de su corazón, de su voluntad hasta la altura de Dios. La educación debe ser ascensión constante del alma hacia la región de lo infinito: esta ley de la educación está escrita por la Providencia en el fondo de nuestra naturaleza; cúmplase cuando se satisfacen de la manera más perfecta posible las legítimas necesidades de la vida al tiempo que se desarrolla: así, la obediencia es ley de la educación porque tenemos necesidad de obedecer; el amor es ley de la educación porque tenemos necesidad de amar; la fe es ley de la educación porque tenemos necesidad de creer; y

el respeto es ley de la educación porque tenemos necesidad de respetar.

El hábito del respeto da á la vida la dirección ascendente; y ésta llega á la región más elevada cuando la educación satisface esa imperiosa necesidad de una manera verdaderamente digna. Esta necesidad aparece en el alma del niño desde que la razón con sus primeros resplandores le descubre las cimas del mundo moral, á la manera que el sol, antes de aparecer en el horizonte, baña ya de luz las cimas del mundo material: así que el niño ve ante sí una grandeza moral, siente la necesidad cándida y generosa de manifestar su emoción por medio del respeto que su alma le envía como homenaje debido.

Dios ha puesto en el alma del niño poder para mirar las grandezas morales, noble corazón para amarlas y sensibilidad para estremecerse á su contacto; y esos ojos, ese amor, esos estremecimientos son signos evidentes de su vocación á engradecerse y elevarse á las mismas grandezas que le conmueven, que le llaman y dicen á sus más nobles inclinaciones: «hémos aquí, mira lo que tú debes ser:» cada vez que ante una majestad siente el niño ese golpe misterioso que despierta sus más bellos instintos y hace vibrar sus fibras más generosas, siente también una atracción irresistible á subir hasta aquello cuya vista le encanta y enamora. Como el sol que desarrollando las plantas por medio del calor, las hace crecer y las atrae hacia sí, del mismo modo influye una grandeza sobre el alma cuando se ha dejado sentir y amar y despertado en su favor las simpatías: entonces no sólo se la mira, sinó se la desea, se la busca; no sólo agrada y deleita, sinó que encanta y atrae; no sólo se une con el alma que ha sentido la dulce fascinación de sus miradas, sinó que la trasporta y arrebatada; transporte sublime, arrobamiento generoso que levanta al alma sobre sí y le une por medio de la contemplación, del amor y de la imitación á la grandeza que respeta y venera.

Toda grandeza es como una aparición parcial del infi-

nito cuya imagen, impresa por la mano de Dios, lleva el alma en el fondo de sí misma; y como el artista que, al comparar su obra con el ideal que tiene, hállala imperfecta y tiende á mejorarla, así el niño respetuoso experimenta ante las superioridades que descubre, una necesidad invencible de elevarse hasta ellas y hacerse de este modo superior á sí mismo.

¿Qué padres dejarían de sentir la ambición tan natural de poder ver en sus hijos que son la continuación de su ser, lo más hermoso, lo más elevado y lo más distinguido que hay en la humanidad, si para transfigurarlos de esta manera, les bastase hacerles mirar la fisonomía más bella y contemplar el alma más grande? Pues esta es la realidad sublime de toda educación que se forma bajo las nobles influencias del respeto. Si los padres ponen siempre delante de sus hijos y los maestros delante de sus discípulos lo que es grande y nada más que lo grande, y hacen que á esto se les profese verdadero y sincero respeto, forzosamente la grandeza los formará á su imagen, y esos hijos y esos discípulos serán verdaderamente distinguidos, hombres elevados, grandes hombres porque han visto y respetado la grandeza. Y aún cuando les faltara el aire distinguido y la elegancia de formas de la nobleza tradicional, no les faltará lo que vale inmensamente más, la grandeza del alma y la elevación de los sentimientos; casi siempre tendrán lo uno y lo otro; serán grandes en lo exterior y distinguidos en lo interior; porque lo que forma los corazones nobles y las almas elevadas es la educación que crea los grandes sentimientos y el hábito de los grandes respetos: esa es la escuela que forma los alumnos sublimes, los hombres de honor y bien educados, ostentando en sus frentes el sello de la grandeza. ¡Qué grandes son sus pensamientos, su corazón, sus sentimientos, su voluntad, su alma y todo su ser! ¡Qué gracia en su dignidad y qué modestia en su grandeza! Lo noble, lo elevado los encanta y extremece todo su ser. Una gran virtud, una abnegación sublime, un sacrificio heroico inunda de luz

sus almas, de sentimiento sus corazones y de lágrimas sus ojos: lágrimas generosas que brillan al resplandor de la gloria pura y desinteresada, como brillan las gotas del rocío á la luz de los rayos del sol.

Por el contrario, todo lo vil, rastrero, servil y degradado, aunque el universo lo aplauda y la victoria lo corone, suscita en ellos noble y generosa indignación; diríase que la dignidad les es connatural, al ver la gracia con que la llevan y la fuerza con que la defienden: así su distinción es natural y espontánea, como la flor en su tallo ó el perfume en la flor; es el reflejo del alma que irradia la verdadera grandeza: esta raza de hombres á fuerza de venerar, se han hecho venerables.

Si la niñez es siempre digna de gran respeto, mércelo mayor aún la que con el respeto se ha cubierto de consideración, de dignidad y de honor. El niño que ha sabido obedecer puede profetizar anticipadamente sus victorias, porque su obediencia le ha revestido de fuerza para vencer y de poder para triunfar. Y el niño que ha sido respetuoso puede profetizar la consideración que le espera, porque el respeto le ha dado dignidad, difundiendo sobre todo su ser la irradiación de la grandeza.

Un pueblo pequeño por su número, mas educado en la escuela del respeto, será un pueblo de grandezas, de vidas ilustres y nobles existencias de que carecen las sociedades gigantescas, á quienes en vano se intenta dar el nombre de grandes pueblos.

Mas así como el respeto engrandece y eleva las almas, el desprecio ó la falta de respeto las envilece y degrada. El niño á quien no se ha enseñado á respetar las superioridades sociales, morales y religiosas, las despreciará; su instinto de grandeza y sus homenajes se dirigirán á lo vil, abyecto y despreciable; sus menosprecios, á lo que es grande, sublime y venerable; y esta educación falseada, esta perversión de la vida es la espantosa degradación moral que corrompe al hombre, cuando es niño, para que el niño, cuando sea hombre, trabaje por corromper la sociedad:

ese niño que no sabe respetar se hace despreciable: su alma envilecida insultará las grandes virtudes, el raro mérito, las personalidades augustas, las instituciones venerables, porque es propio de la vileza insultar la majestad; y esos insultos, al descender de la altura de las cosas despreciadas, le degradarán más y más hasta sepultarle en el oprobio de su mayor envilecimiento. Mientras el bien educado se eleva mirando á lo alto, á lo santo, á lo augusto, á lo venerable, el irrespetuoso sólo mira hacia lo bajo, desconoce la dignidad, desdeña la grandeza, llega hasta perder el instinto de ella, y en sus miradas insolentes y en su fisonomía degradada aparece el desprecio como un estigma y un anatema; se cree grande porque desdeña, superior porque insulta, sublime, porque desprecia; en su vergonzosa degradación está tocando á la barbarie, y llegará á ser el oprobio y la amenaza constante contra la humanidad.

Cuando el desprecio de las cosas grandes, de las instituciones santas y de las verdades augustas ha invadido á todo un pueblo; y sobre todo, cuando desnaturalizando las cosas, falseando las ideas y pervirtiendo el lenguaje, las masas lo aceptan como bandera de engrandecimiento; ¡oh! entonces ya no es sólo un hombre, es la humanidad la que se degrada: entonces decaen los caracteres, descienden las almas, se rebajan los hombres, las grandes figuras son muy raras en la escena del mundo, y el nivel de la grandeza nacional baja al par con el nivel de la grandeza de la humana dignidad: entonces la corriente del desprecio despierta los instintos viles que duermen en el fondo de las almas, y triunfante al resplandor de los insultos que lanza la audacia sobre las cimas más altas del mundo, hunde el poder moral de la autoridad juntamente con el prestigio del respeto; y una autoridad desprestigiada muere sin remedio.

Siendo, pues, la educación del respeto la que engrandece á la humanidad, deberá enseñarse á los niños á respetar, ante todo, lo que es venerable, todo lo que lleva consigo una imagen más ó menos radiante de Dios: el niño

deberá respetar á los hombres, á las instituciones, á los principios y á sí mismo.

En los hombres deberá especialmente respetar á los que representan algo de las dos grandes majestades, la de la religión y la de la patria: los sacerdocios, los pontificados, las magistraturas, los cargos públicos, los gobiernos, las soberanías, las superioridades individuales que sobre una y otra majestad difunden el brillo de su propia gloria: los grandes santos, los grandes capitanes, los grandes héroes, los grandes bienhechores de la humanidad, los genios fieles á Dios y consagrados á los hombres, todo lo que en la humanidad ostenta la santa aureola de la grandeza moral; y en fin, el hombre mismo con la majestad de su inteligencia, de su libertad, de su alma, el hombre, la imagen más grande de Dios en la creación.

El niño deberá aprender á respetar las santas y venerables instituciones que han debido á la Providencia, á la acción del tiempo y á sus propios beneficios una grandeza que nos domina y que se impone á nuestros respetos: creaciones seculares que llevan impreso el sello del amor y de la majestad y que nos muestran el genio de nuestros mayores, el sudor de nuestros antepasados, las huellas del trabajo, las cicatrices de la lucha, el signo de la abnegación, la consagración de la experiencia, el sufragio de los siglos, el reconocimiento de los pueblos, las bendiciones de las generaciones que han crecido á su sombra; y sobre todo esto, la hermosa y venerable gloria de su antigüedad. El orgullo y la impiedad reniegan de la venerabilidad que va aneja á lo antiguo; mas la religión que ama todo lo que en la humanidad representa á Dios, nos llama á respetarla. La antigüedad es como una imagen de la eternidad de Dios en el tiempo; representa la majestad de la fuerza y la majestad del tiempo; las formentas porque ha atravesado y las muchas fuerzas que ha vencido, nos la hacen aparecer al presente cubierta con el mantó de las grandezas de lo pasado y de las claridades de su historia, siendo la venerabilidad su legítima corona.

Los principios, el derecho, la justicia, gérmenes de toda grandeza moral, raíz y consagración de todo lo digno, hé aquí lo que sobre todo se enseñará á los niños á respetar. La justicia es con Dios y en Dios la primera superioridad á que debemos nuestros respetos; porque la justicia es la reberberación de Dios en la conciencia, es la firma divina en el fondo de nuestra alma, la soberanía misma que nos somete á lo eterno y á lo inmutable. Los principios y la justicia son verdades independientes de nosotros; hay que aceptarlas de grado ó por fuerza para vivir y más aún para educarse: reconocerlas y obedecerlas es la más alta dignidad del hombre y la honra más alta de las sociedades; y el golpe más mortal que puede darse á la dignidad humana y á la grandeza social es el desprecio de ese derecho soberano; porque no hay persuasión más soberbia y más loca, ya por parte de un hombre, ya por parte de un pueblo que la de que no hay nada superior á la voluntad humana; que se puede dominarlo todo, incluso el derecho, y mudar todo, hasta lo inmutable; pretensión tan grosera como salvaje y absurda.

En este punto la religión verdadera no ha faltado, como no faltará nunca, á su misión, proclamando siempre ante la niñez y ante la sociedad, como la ley de las almas y de las sociedades, el respeto en todo y por todo á la soberanía absoluta y inalienable del derecho y defendiéndola con su propio respeto contra el despotismo del capricho y la insolencia del éxito.

En el derecho se halla el principio fundamental del respeto: ahí está el verdadero origen del que se debe á los hombres y á las cosas, y de este otro respeto, necesario á los hombres y á los pueblos, el respeto de sí mismo.

La educación según el espíritu del *Apostolado* debe, pues, enseñar á los niños á respetar á los hombres, á respetar las instituciones, á respetar los principios y á respetarse á sí mismos.

Como los respetos son siempre solidarios, el niño habituado á respetar una grandeza, encuentra serle fácil rendir

sus homenajes á cosas ó personas, do quiera se le presente la imagen de la grandeza: allí descubre siempre la razón suprema de la necesidad de respetar: la manifestación de la grandeza de Dios. En muchas cosas fuera de sí deberá el niño reconocer y respetar la irradiación de la majestad de Dios, mas, ante todo, deberá reconocerla y respetarla en sí mismo, en su alma, en su corazón y en su cuerpo; pudiendo decirse del respeto lo que se ha dicho de la caridad: el respeto bien ordenado empieza por sí mismo.

Así como los respetos, son también solidarios los desprecios: el que desprecia una grandeza moral que no es tal sinó porque fulgura en ella la majestad de Dios, despreciará cualquiera otra grandeza y se despreciará á sí mismo. El desprecio de sí mismo es el más vil y degradante: consiste en creer que un vil metal ó un billete de banco es digna representación de su valor, como hombre ó de su valor en la sociedad: el hombre que se desprecia, no se avergüenza de venderlo todo, su pensamiento, su palabra, sus funciones, á sí mismo todo entero: hé aquí el origen de las apostasías que consternan á las almas religiosas, de las adulaciones mercenarias á los crímenes triunfantes y de esos anatemas asalariados que se lanzan contra el derecho, cuando sucumbe bajo la brutalidad de la fuerza.

El hombre no puede mostrarse indiferente ante una grandeza que se presenta á su vista; si desde niño no ha aprendido á respetarla, la despreciará; y cuanto mayor sea la altura del desprecio, mayor será, al caer, la degradación que causa y los escándalos inauditos que produzca.

El desprecio que degrada á la humanidad es el fruto natural de las escuelas del anticristianismo: el respeto que la engrandece y eleva, es también fruto natural de las escuelas del cristianismo verdadero ó sea el catolicismo.

CAPÍTULO VI

La pureza

— 1 —

Hemos visto que la educación según el espíritu del Apostolado enseña al niño juntamente con la religión que es el bien y la vida por esencia, cuatro cosas sencillas, pero fundamentales; la fe, el amor, la obediencia y el respeto: enseñando á creer, robustece la inteligencia con los dogmas y da base á la vida: enseñando á amar, abre el corazón por medio del afecto y da expansión á la vida: y enseñando á respetar, desarrolla en el alma el sentimiento de la grandeza y da elevación á la vida; mas para completar la educación y poner término á esta obra maestra se necesita otra cosa, única que sirve de escudo á esas otras cuatro y realza su belleza: se necesita lo que da al niño y al hombre el complemento de su hermosura: la aureola de una pureza angélica. La educación católica sabe infundir en la niñez vivísimo amor hacia esa amable virtud, aroma sagrado de la misma educación y el más dulce encanto de la niñez bien educada.

Si la pureza de la carne no se refleja sobre el hombre entero, no sólo es imposible completar nada en el niño, sino que nada subsistirá en él; quedando su educación mutilada y herida casi siempre de muerte.

El niño que, merced á una buena educación, conserva en su alma y en su carne el tesoro divino de la angelical pureza, que guarda sus pensamientos, sus deseos, su memoria, su imaginación, sus miradas, su semblante, tan tranquilos, tan puros, tan brillantes, que no puede sospecharse allí la idea de la más leve mancha, porque la pureza brilla á través de su cuerpo, como el sol en un cristal,

el niño que en todas las encantadoras irradiaciones de su vida ostenta la luz de una castidad inmaculada, radiante y bella como le descendió desde los cielos, ese niño es la aparición más hermosa de la tierra; esta aurora de su vida es la más pura de las auroras; esta primavera de su ser tiene más encantos que todas las primaveras con sus alfombras de flores, los conciertos de las aves cantoras, las tibias auras embalsamadas de perfumes y cuantas bellezas nos reflejan acá abajo las eternas é infinitas bellezas de los cielos.

Hasta el autor del *Emilio* en un momento de buen sentido rindió testimonio á la verdad cuando escribió: «He visto que á los jóvenes que se han educado en una venturosa sencillez, los primeros movimientos de la naturaleza los inclinan hacia las pasiones tiernas y afectuosas: su corazón compasivo se conmueve con las penas de sus semejantes y se extremece dulcemente cuando vuelven á ver alguno de sus compañeros: sus brazos saben dar cariñosos abrazos y sus ojos derraman lágrimas de ternura... Sí, me afirmo en ello: un niño bien nacido y que ha conservado su inocencia hasta los veinte años, es, al llegar á esta edad, el más generoso, el más amante y el más amable de los hombres. Nunca se os ha dicho nada semejante á esto: lo creo; porque vuestros filósofos, educados en la corrupción, no se cuidan mucho de saberlo.»

Mas á la pureza del niño, encanto y don del cielo, fáltale la belleza que la completa, la hace varonil y la convierte en virtud: la huella del combate, la tentación vencida, la laboriosa conquista.

A consecuencia del pecado original trae todo niño en su carne un gran enemigo de la pureza, un gusano roedor, el sensualismo, depravación de los sentidos; un gran desorden, la voluptuosidad: si el niño no combate y vence este mal que, al herir su cuerpo, herirá y matará su alma, su vida y su educación quedarán aniquiladas.

Hay un momento fatal en que la carne conspira contra la dignidad del alma; momento de espantosa crisis en que

la vida decide de ordinario en favor del bien ó del mal. ¡Niño venturoso á quien no sorprende esa crisis, como repentina invasión, en medio de su debilidad, antes de la adolescencia sinó que llega según las miras de la Providencia á la hora del curso de la naturaleza! ¡Más venturoso todavía aquel á quien esa tempestad de la vida le halla en puerto bien guardado!

Cuando llega esa hora temible, siente el niño una perturbación en todo su ser, como si un imperio pacífico se viera sorprendido por agitadores y revoltosos de la hez de la plebe: su alma naturalmente inclinada hacia el cielo y hacia Dios con sus instintos de ángel y su corazón que no ha conocido más que las santas aspiraciones, experimentan cierta cosa nueva que les infunde pavor: su cuerpo virginal, órgano hasta entonces que con docilidad ejecutaba las armonías de su alma, deja oír de improviso profundos y marcados desacordes: el súbdito aparece en actitud rebelde ante su soberana y le revela unos instintos que ella no conocía y unas aspiraciones que ve con asombro y temor. Párase el niño ante ese misterio que en sí mismo lleva, asombrado y lleno de inquietud: mira con temor lo que se presenta á su vista, como el viajero que ve desplegarse de repente ante sus ojos horizontes que ignoraba: esos senderos inexplorados le tienen un momento suspenso entre el temor y la esperanza que le agitan en opuestas direcciones: túrbase su mirada ante las misteriosas perspectivas que le encantan de lejos y que teme ver de cerca: altérase la armonía de su rostro; su frente está menos serena, sus labios no son tan risueños, sus ojos menos dulces, y su palabra revela menos sencillez y abandono: sobre su frente en que brillaba la alegría con sus puros resplandores se extiende una sombra de melancolía: en vez del candor se nota el aire meditabundo; y al mirarle, se conoce que siente algo nuevo y que busca lo que no conoce.

Entonces quisiera el niño preguntar á la naturaleza la última palabra de aquel misterio y á la humanidad la última palabra de sus enigmas; y la curiosidad, tan natural

en la niñez, toma de repente proporciones espantosas: aquel misterio le atormenta y es la seducción de su vida: quisiera apartar sus sombras y desgarrar sus velos: todo su afán es saber: no se contenta con interrogarse á sí mismo, pregunta á cuanto le rodea: su mirada escudriña todas las cosas y su pensamiento todas las palabras; quiere hallar en ellas sentidos ocultos; las sondea hasta sus raíces para arrancarles los secretos; quiere hallar en su interpretación nuevas revelaciones; frases que hasta entonces nada le decían ó le interesaban poco, pronuncian de pronto para él oráculos inesperados, ofreciendo inmenso interés á su imaginación que está siempre en vela y trabaja por encantar su vida y fascinar su corazón.

¡Ay! la imaginación opera en el niño entonces una verdadera seducción y le tiene en constante peligro. La imaginación, semejante á una maga, hace pasar por delante de él vagas aspiraciones hacia un mundo lleno de encantos desconocidos: ella le multiplica á merced de sus deseos lo real por lo posible; ella difunde hasta sobre la materia misma los reflejos de lo infinito y hace que los más nobles sentimientos del corazón y las aspiraciones más nobles del alma vengán á caer en las cosas del cuerpo y de la carne. Con esto ¿qué ha de suceder? Que ese niño se ve invadido de una necesidad de gozar que no sentía en sus primeros años; que el deseo abre sus ojos, dilata su alma, hace latir su corazón y extremecerse todo su ser; y como Cristóbal Colón el día antes de conquistar el Nuevo-Mundo, cree entreveer sus riberas á través de las claridades de la naciente aurora y respirar desde lejos sus perfumes, traídos por las brisas.

Aunque el niño en medio de esta crisis no tuviese otro enemigo de su pureza más que á sí mismo, el peligro sería ya bastante grande para su inocencia. Mas sucede, que mientras lucha con su imaginación, con sus deseos y con sus aspiraciones en medio de la tormenta que se ha levantado dentro de él; mientras su carne se ha convertido en un campo de batalla en que pelea para recoger en la lucha

la palma de la castidad militante, el mundo, abriéndole sus horizontes y descubriéndole sus realidades, le prepara en el exterior peligros todavía más grandes que sus peligros interiores. Caen en sus manos libros seductores en que se le prometen revelaciones de misterios, confidencias, confesiones; libros encantadores en que la literatura y poesía descubren á través de sus flores y en risueña perspectiva todos los misterios de la vida. La novela sensualista admitida en el hogar doméstico por una madre imprudente ó un padre indiferente cae también en sus manos, y su imaginación que hasta entonces sólo se había mecido en sueños, aprende poco á poco á fijarse en la realidad.

Allí asiste su corazón conmovido á ciertas escenas en que la voluptuosidad aparece como una reina acompañada de su cortejo de placeres, y se presenta delante de ese corazón ya lastimado, como el ídolo de la vida humana; y todavía será menos desdichado si no se las há con un autor corrompido y corruptor que, arrastrándose con su pervertido corazón por las más abyectas realidades, obliga á esa tierna imaginación á descender con él hasta los lodazales de las orgías y hasta las más inmundas cloacas de la humanidad. Y si un día su insaciable curiosidad ó la imprudencia le lleva al teatro para ver cómo se despliegan en él y en sus representaciones más conmovedoras los dramas de la vida humana ¡qué tentación viene á añadirse á las que ya sentía! ¡Qué pensamientos, qué imágenes, qué emociones, qué sensaciones en esa atmósfera voluptuosa en que parece que el placer le cubre como un ropaje y le mece en medio de sus encantos!

Y aún cuando el niño no asista á esos templos profanos donde la voluptuosidad tiene sus adoradores, su incienso, sus himnos, sus héroes y sus víctimas ¿no ve por el mundo la imagen de la voluptuosidad, no siente su hálito pestilente? ¡Ay! Ve más que su imagen y siente más que su hálito porque toca en todas partes su palpable realidad. Cree ver á la humanidad entera sumergida en el río de la

voluptuosidad, como en el manantial propio de la vida; y al ver y palpar el indecible encanto con que se deja arrastrar por su fácil y bullicioso curso, pregúntase á sí mismo porqué él solo se ha de quedar en las orillas, á subir luchando contra la corriente que, al parecer, lleva en sus ondas todo un mundo de felicidades; si por ventura la voluptuosidad no es una ley y la castidad una excepción; y si la primera necesidad de su alma no es la de ceder sin resistencia á las exigencias de la carne.

Un niño así acometido por una y otra parte ¿cómo resistirá á los encantos interiores de la voluptuosidad y á las seducciones del mundo para mantener íntegra la honra de una alma y de una carne sin manchilla, sin salir herido del combate? Y si un funesto compañero que ha recibido ese golpe misterioso, ha caído en la tentación y tiene la experiencia del mal, se acerca á su oído y le dice como la serpiente á la mujer inocente: ¿por qué temes gozar de este placer? ¡Si supieras que goces y que encantos hay en él! ¡Oh! entonces la imaginación del niño sobre excitada por los impulsos del mal y por las sugerencias del tentador, cree oír aquellas palabras que operaron la primera seducción en el mundo: seréis como dioses: *Eritis sicut dii*; veréis abrirse ante vuestros ojos horizontes infinitos y surgir desde el fondo de vuestro ser felicidades desconocidas. Esa es la última prueba á que puede someterse; y si no cae entonces, al menos su inocencia corre gran riesgo de perecer.

Esta es la crisis temible en la infancia y en la adolescencia, la que paraliza la educación y devora la vida antes de su desarrollo: ante ella el educador no puede permanecer indeciso, sin abdicar sus funciones, comprometer al niño y hacer traición á la familia.

La sabiduría humana ha adoptado en esta parte tres procedimientos: unos niegan el mal; otros lo declaran irremediable y otros tratan de conjurar el peligro y de curar el mal por medios simplemente naturales.

Negar el mal de esa pasión que tiene poder para sedu-

cir á toda la humanidad y especialmente á la juventud, es negar la fe y el buen sentido del género humano. El hombre ó el niño que abre su corazón á esa pasión terrible, la deja entrar y permanecer allí como un terreno propio, siente lo que hace siempre el mal, que mancha, deshonra, destruye, y al retirarse deja en pos de sí lo que dejaría á su paso un mónstruo devorador, desastres y desolaciones.

Los que creen que el mal es irremediable, dejan al niño abandonado á su propio consejo, es decir, á las seducciones más poderosas de la vida: no se concibe un padre digno y menos una madre digna de ese nombre que así abandonen al hijo de sus entrañas, y si ellos conocen su imposibilidad, no busquen para que vele por la pureza de su ángel á otro ángel de la tierra. ¿Cómo podrá descansar una madre y calmar su corazón alarmado, mientras no encuentre un amigo, un guía, un médico para aquella alma querida, que le dé, juntamente con los consejos de una ilustrada sabiduría, el apoyo de un corazón lleno de amor y de abnegación, y aplique á sus heridas las dulces manos de la caridad? No: abandonar al niño en esos momentos no es prudencia, sino insensatez: no es ser paternal, ni generoso, sino ser egoísta, cruel é inmoral.

Egoísmo, crueldad é inmoralidad hay también en el educador que en la escuela ó colegio se limita á que el niño se pliegue en lo exterior á lo que manda el reglamento y á lo que exige la disciplina que somete las voluntades á un orden inflexible, sin ayudar con las armas del amor y de la autoridad á atacar el mal que le combate. En la escuela ó colegio aumenta el peligro con la multitud: cada niño es un foco de concupiscencia que tiende á comunicar sus ardores y á convertir en alimento de voluptuosidad hasta el aire que se respira. Un pensador ha dicho: «El que junta al pueblo, lo corrompe.» y el Conde de Maistre, inspirado en su elevada razón y en lamentables experiencias ha escrito: «La vista del sabio se fija con dolor en esas agrupaciones de jóvenes en que las virtudes están aisladas y los vicios puestos en común.» Si siempre hay

peligro de contagio en toda reunión de hombres á la que aporta cada uno su fondo de corrupción, es más temible y espantoso en la adolescencia, porque la curiosidad, el atractivo de lo nuevo, el encanto de lo desconocido, el ardor de la sangre, la viveza de la imaginación y la necesidad de expansión, tan natural en el niño, multiplican indefinidamente la fuerza del contagio con una acción y reacción que van siempre en aumento.

Extraño, doloroso y espantoso es ver á una multitud de niños que en los momentos mismos en que sus sentidos se despiertan y sus pasiones se ponen en ebullición, se hallan arrojados á una atmósfera incandescente, mientras los maestros se ciernen en tranquila indiferencia por encima de la tormenta, creyendo que hacen lo bastante con cerrarse en una tranquila abstención y con mantener en aquella ardorosa multitud un orden regular y la disciplina que es hija del mando.

¿Y la razón, la filosofía, la moral natural podrán ser escudo protector para custodiar el tesoro de la pureza de los niños? ¿No puede la sabiduría humana, hablando por la boca de un hombre de bien, enseñar al niño que someter la carne al espíritu es el primer deber del hombre, su más grande honor y su más alto interés? ¿No basta ella para persuadirles á todos de que la pureza es el encanto más dulce de la niñez, la flor más hermosa de la juventud y la corona más gloriosa de la edad madura? Una sana filosofía puede sin duda predicar á la niñez esa austera moral; mas una sola palabra echa por tierra ese postrer recurso de la educación puramente humana: la impotencia.

La razón y la historia demuestran plenamente que ninguna doctrina ni religión puramente humanas han podido nunca producir la castidad. Si con razón se ha dicho que la filosofía no conseguía hacer castos ni aún á los mismos filósofos ¿cómo los hará á niños cuya débil razón no es capaz de alcanzarla de un modo perfecto y á los adolescentes cuyas pasiones ya soliviantadas oscurecen las claridades de la razón humana?

San Pablo ha descrito en páginas eternamente memorables las orgías sensuales de los maestros de la sabiduría antigua; y la ilustración de esos hombres, consagrada por el sufragio de los siglos, no ha servido sinó para poner de manifiesto la impotencia de la filosofía para hacer castos y puros á los mismos filósofos.

Cuando Sócrates el sabio y Platón el divino daban lecciones de sabiduría en la ciudad de los sabios, de los artistas y de los filósofos, el materialismo, el escepticismo y el cinismo insultaban con la disolución de las costumbres y con la locura de sus doctrinas á la moral y á la filosofía, convictas de su impotencia para crear costumbres puras. Todos los voluptuosos siguieron siendo voluptuosos, sin más diferencia, sinó que al paso que crecía su orgullo, callaban sus remordimientos. Todo aquel estrépito de sabiduría y elocuencia no dió más resultado que hacer dudar de todo, hasta de la virtud y sumergirse en los vicios; y no se encontró entre los hombres una sola castidad que glorificase aquellas enseñanzas que se reputaban divinas.

Ahora las mismas causas darian los mismos resultados; y si, como rara excepción, la moral humana puede moderar ciertas pasiones en almas de bellas cualidades, es del todo impotente para crear por medio de la enseñanza generaciones que lleven impreso el signo de la castidad.

La abnegación de los maestros puede hasta cierto punto moderar el mal de la sensualidad; pero el más puro y desinteresado de ellos no puede suplir ni sustituir esa eficacia que falta en esta parte á lo que es solamente racional y humano.

El lirio de la pureza sólo germina en los campos de la educación que se funda en Jesucristo.

Está tan corrompido el fondo de nuestra naturaleza, que no bastan las fuerzas naturales ni las doctrinas humanas para hacer brotar la flor de la pureza: necesitanse para

ello fuerzas é influencias de un orden sobrenatural y divino; este poder sin rival, esta influencia extraordinaria es exclusiva de la educación católica, dada por sacerdotes ó seglares. El educador católico, cualquiera que sea su estado, cuenta con Jesucristo y su Iglesia para hacer germinar en el campo de la educación *el trigo de los elegidos y la vid de la virginidad*.

Si bien es verdad que bajo las influencias más sagradas, más celestiales y más divinas puede el niño perder la flor de la pureza á causa de su libertad, no es menos verdad que el catolicismo tiene poder para crear en la gran mayoría de niños que se educan en sus brazos y crecen á su sombra, la pureza que consiente la humana debilidad.

Por impetuosa que sea la corriente de la voluptuosidad que arrastra la juventud, mientras haya una educación profundamente católica, la pureza no estará desterrada del mundo, ni aún de la ardorosa juventud. Gracias á Jesucristo ha habido, hay y habrá niños y jóvenes quienes, á pesar de su ardiente corazón y de sus pasiones vigorosas, han sido, son y serán ángeles en carne humana, sabiendo mantener en su carne borrascosa y agitada por las tormentas el honor de la pureza virginal y de la castidad angélica.

Mas á estos ángeles en carne humana siempre y do quiera se los encuentra llevando en el corazón la huella profunda y ostentando en la frente el sello auténtico de una educación verdaderamente católica.

La educación católica y solo ella cuenta con recursos incomparables para defender y sacar á salvo la pureza de los niños que forma con sus manos: ella sola tiene *iluminaciones, fuerzas é influencias* que no tienen ni la razón humana, ni la moral natural, ni la sana filosofía: iluminaciones por medio de su doctrina; fuerzas por medio de sus sacramentos; influencias por medio de las personas: tres cosas que mutuamente se completan y hacen que la educación católica sea la grande escuela de la pureza.

En primer lugar, todo lo que pueden decir y enseñar la recta razón, la sana moral y la filosofía más espiritua-

lista, lo dice y enseña mejor el catolicismo. Y sobre la esfera en que la sabiduría humana pronuncia sus oráculos que casi siempre, sin saberlo ella, son el eco de las enseñanzas divinas, la educación católica ilumina las almas de los niños con tales resplandores, que ven aparecer la pureza orlada con celestial corona y ejerciendo una atracción divina. La educación católica enseña á los niños que *su cuerpo es un templo, su alma un santuario y su corazón un tabernáculo* en que viene á residir el mismo Jesucristo vivo, para hacer de todo su ser una mansión de la Divinidad y un cielo, donde el astro de la santidad ha de brillar incesantemente en presencia de Dios y de sus ángeles.

Ella es la que muestra á los niños el precio de la sangre de Jesucristo en el tesoro de su inocencia, y la que les hace verse, como en un espejo, vestidos de la pureza á manera de vestidura celestial y de púrpura divina: y ella, en fin, es la que hace aparecer en lo más alto de los cielos el ideal de la pureza, brillando en la frente de Jesucristo y en la frente de la Virgen inmaculada, y reflejándose desde allí sobre la humanidad católica, llamada por la religión del Redentor á formarse á su imagen y semejanza.

De esta manera difunde la educación sobre los niños esas iluminaciones que les hacen amar la pureza, formándoles con ella una corona de luz robrenatural que les hace reflejar en sus almas la santidad de Dios.

Al mismo tiempo que con sus iluminaciones muestra la educación católica á los jóvenes la belleza ideal y real de la pureza, les da también fuerzas para seguirla. A pesar de la celestial irradiación que embellece á la pureza y que ejerce sobre el alma de los niños atracción maravillosa, en el momento en que la naturaleza les hace un llamamiento en el sentido del mal, aún los discípulos de la educación católica no dejan de sentir repulsión hacia esa hermosa virtud; repulsión que no es otra cosa sinó la dificultad de vencer al hombre inferior, para que después reine la pureza coronada con la gloria del combate, en las elevadas regiones de su propio ser: en esa hora además de

la luz que muestra á la pureza sobre la tierra, más hermosa que los ángeles del cielo, la voluntad necesita una fuerza que la naturaleza no da por sí sola.

Aunque el hombre, el niño lleva en su nombre de cristiano el signo de la fuerza, mas en el fondo de su ser es una debilidad real y verdadera: por eso para que su alma, su corazón y su cuerpo sean invulnerables, necesitan, como Aquiles, bañarse en las aguas misteriosas, de donde no sólo salgan los niños vestidos de la grandeza y hermosura propias del hombre, sinó también de la fuerza y poder de Dios para vencer en esos combates difíciles, en que el hombre del cielo, el ángel, anda á vueltas con la bestia, el hombre de la tierra.

La educación católica da al alma y al cuerpo ese temple que libra de la muerte ó vuelve á la vida la pureza de los niños en el baño fortificante y regenerador en que la Iglesia nos sumerge por medio de sus sacramentos: en las aguas de la penitencia, en los torrentes de sangre que brotan del Corazón divino de Jesucristo, en la confesión y en la comunión; y para decirlo de una vez, en esa atmósfera pura que forman al rededor del niño todas las prácticas santas y todas las cosas celestiales.

Hay también en el catolicismo otra cosa igualmente decisiva para servir de escudo á la pureza de los niños y son aquellos maestros que inspiran la pureza con su ejemplo, la vigilan con su solicitud y la defienden con su abnegación y sus esfuerzos. En este punto interesa sobre todo que se interrogue y examine bien á sí mismo el que se propone desempeñar cerca de la niñez ese ministerio tres veces temible. Cuando piense que tendrá que tocar todos los días con sus manos esas flores humanas en que se ve pintada la belleza de Dios, y que tendrá que formar esas almas con su alma y esos corazones con su corazón; corazones tiernos y almas candidas que una sola mirada puede manchar, que un leve soplo puede ajar y una sola palabra puede lastimar para siempre ¡oh! entonces es cuando el maestro debe preguntarse ante sí mismo y ante Dios, si reúne

para ese ministerio todo lo que el catolicismo exige de un verdadero preceptor de la niñez: le exige que sea ante todo escudo protector de esa pureza de los niños, que ya está protegida por la fuerza de Dios; y para que esta protección sea eficaz, exige de él tres cosas que concurren al mismo fin: *la pureza del ángel, la solicitud del sacerdote y la cariñosa abnegación de la madre.*

La pureza del ángel; porque si bien el maestro debe hablar poco de la pureza á fin de no evocar la idea del vicio que le hace sombra, en cambio es preciso que respire y brille en todo su ser; que el niño vea en él incesantemente impresa su fisonomía celestial y que derrame en su corazón su natural perfume.

La solicitud del sacerdote; porque el maestro digno debe aceptar y practicar como el deber más sencillo y más vulgar de su ministerio el estar noche y día en santa guardia al rededor de aquel corazón de niño en que habita una pureza ignorante y candorosa ó de aquel corazón de joven en que está encerrada la tempestad y que lleva ya consigo la honra de una castidad puesta á prueba. Mirar ó escuchar para burlar al enemigo que está acechando; abrir los ojos para ver una señal ó los oídos para percibir una palabra; apartar con discreta mano el veneno que se oculta en un libro, en una conversación ó en una amistad peligrosa ó que está en camino de serlo: velar, en una palabra, en torno del corazón de los niños para guardar en ellos la pureza, como vela el sacerdote, sin cansarse nunca, en torno del tabernáculo de oro para guardar allí á Jesucristo; ser vigía sagrado que custodie noche y día con simpática mirada el tesoro inestimable que el hombre niño lleva, al comenzar su vida, en un vaso tan frágil: hé aquí la segunda vocación que pone Jesucristo en el corazón del preceptor que es digno de su misión y de él.

Juntamente con la pureza de ángel y la solicitud de sacerdote el catolicismo da á los maestros para custodiar la pureza de los niños otra cosa todavía más fuerte y eficaz, la tierna abnegación de una madre. ¿Quién mejor que una

madre profundamente católica puede conocer el precio de ese tesoro celestial, la inocencia que ha puesto Jesucristo en el alma de sus hijos? Muchas veces se ha visto á madres derramar ardientes lágrimas al oír una revelación que, desgarrando el velo de sus más caras ilusiones, descubría á su corazón, causándole indecible herida, la caída de aquella inocencia: se ha visto á santas y tiernas madres dispuestas á todos los sacrificios, hasta los más dolorosos, los más heroicos, hasta la muerte, con tal que la pureza de sus hijos se conservase en todo su esplendor virginal, diciéndoles como la reina D.^a Blanca á su hijo Luis: «Te amo más que á mi vida, pero prefiero verte muerto antes que pierdas la inocencia.»

Esta abnegación de nuestras madres, la cosa más bella y grande de la humanidad, la crea el catolicismo en los maestros que en él se inspiran: abnegación fortalecida con la sangre de Jesucristo que les hace sacrificar sus talentos, sus trabajos, sus lágrimas y hasta su vida para conservar inmaculada en los niños la flor de la pureza.

Así, al presentar constantemente el catolicismo ante la faz de los maestros la perfección á que deben arribar, el ideal que deben imitar: *el ser ángeles en la pureza, sacerdotes en la solicitud y madres en la abnegación,* crea hombres que aspiran á eso con todas sus fuerzas; y á pesar del decaimiento que la humanidad lleva consigo por doquiera, realizan ese ideal y consiguen que sus escuelas, que su educación sean escuelas y educación de la pureza.

Si son dichosos los padres y dichas las madres cuyas almas han sabido adivinar y descubrir esas almas, y cuyo corazón ha sabido comprender esos corazones, más dichosos todavía son sus hijos, al hallar al principio de su vida dignos educadores dispuestos por la Providencia para que los edifiquen con su ejemplo, los vigile su solicitud, los guarde su amorosa abnegación y sean formados sin resistencia sobre el modelo de Jesucristo y de su Madre Inmaculada.

Si el niño, en medio de esa atmósfera de luz y de vida

sobrenatural, se conserva hasta los diez y ocho años puro é inmaculado ¡cuán hermoso es entonces ese niño bien educado! Era hermoso ya á los diez años, cuando brillaba en su cándida frente aquella pureza que, ni siquiera se conocía á sí misma, pero ahora, á los diez y ocho años es incomparable su hermosura, esmaltada con las glorias del combate. Su inteligencia se halla en esa edad inundada de luz; su corazón está abierto á los santos afectos; su alma se ha elevado por el hábito de respetar; su voluntad se ha afirmado por la disciplina varonil de la obediencia, y hombre ya por su dignidad y por su fuerza es aún niño por su inocencia y su pureza.

Hállase entonces el niño en aquella hermosa, pero solemne hora de la vida, en que la belleza del hombre ha alcanzado todo su brillo, sin tener mancha alguna; puro es su pensamiento, pura su imaginación, puro su corazón, pura su alma, puro su cuerpo mismo; todo él es puro é inmaculado: al reflejarse en su hermosa frente el brillo de la pureza, le ha dado el último complemento de la belleza: su religión, su fe, su amor, su obediencia, su respeto reciben de esta pureza, junto con la garantía de su duración, el perfume que los embalsama y la flor que los embellece; y al ver el mundo esa raza de jóvenes que, formados en las escuelas del catolicismo, ostentan en la frente la suave y brillante aureola de la pureza, exclamará, aún á pesar suyo: Ved aquí la generación de los castos, formada al calor de las miradas de Jesucristo y de la Virgen Inmaculada: en medio de los hombres ostenta la pureza de los ángeles y en medio de la tierra brilla con rayos desprendidos de la belleza de los cielos.

La juventud formada en las escuelas de la pureza es el más bello ornamento y la más espléndida aureola de los educadores católicos: á éstos decía San Juan Crisóstomo: «Cuidad de todas las cosas en los jóvenes, mas, ante todo, que sean puros. No hay objeto más digno de vuestros cuidados y de vuestros esfuerzos que conservar en ellos la gloria de la pureza: esta es la corona más bella de la juventud.»

Una de las primeras cosas que el Doctor Angélico enseñó á un su amigo para llegar á brillar y poder ser grande y digna figura, fué que cultivase con todo esmero la santa pureza: porque esta virtud asimila el hombre á Dios y le presta encanto maravilloso. Dios se hace amigo de las almas puras, les hace sentir su presencia y escucha con placer sus súplicas y deseos: complácese, como amable huésped, en conversar con ellas y en darles la inteligencia de los misterios más profundos. ¡Oh Dios mío, decía San Agustín, que habéis querido que sólo las almas puras posean la ciencia de la verdad! verificándose así, una vez más la hermosa frase de Augusto Nicolás: «En los jóvenes virtuosos la moralidad se transforma en inteligencia:» y con lenguaje de los cielos: *Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán á Dios.*

CAPÍTULO VII

La falta de pureza

Nada hay en la creación que pueda compararse en hermosura á un niño que educado en las escuelas del catolicismo ha conservado hasta ser hombre la virtud de la pureza: es la obra maestra de Dios, acabada por el trabajo del hombre; y el educador que ha realizado tan grande maravilla, puede muy bien, al contemplarla, descansar y alabarla, como hizo Dios después de la creación. *Vidit Deus quod esset bonum.*

Ni siquiera podríamos formarnos adecuada idea de obra tan maravillosa, si dijéramos que la vida de ese joven es semejante á un árbol que plantado por la mano de Dios, ha echado profundas raíces en terreno firme; que agitado por las tempestades, se ha doblegado mil veces y ha vuelto á levantarse, sin romperse nunca, formándose con sus vigorosas raíces un robusto tronco, sólido y firme;

sobrenatural, se conserva hasta los diez y ocho años puro é inmaculado ¡cuán hermoso es entonces ese niño bien educado! Era hermoso ya á los diez años, cuando brillaba en su cándida frente aquella pureza que, ni siquiera se conocía á sí misma, pero ahora, á los diez y ocho años es incomparable su hermosura, esmaltada con las glorias del combate. Su inteligencia se halla en esa edad inundada de luz; su corazón está abierto á los santos afectos; su alma se ha elevado por el hábito de respetar; su voluntad se ha afirmado por la disciplina varonil de la obediencia, y hombre ya por su dignidad y por su fuerza es aún niño por su inocencia y su pureza.

Hállase entonces el niño en aquella hermosa, pero solemne hora de la vida, en que la belleza del hombre ha alcanzado todo su brillo, sin tener mancha alguna; puro es su pensamiento, pura su imaginación, puro su corazón, pura su alma, puro su cuerpo mismo; todo él es puro é inmaculado: al reflejarse en su hermosa frente el brillo de la pureza, le ha dado el último complemento de la belleza: su religión, su fe, su amor, su obediencia, su respeto reciben de esta pureza, junto con la garantía de su duración, el perfume que los embalsama y la flor que los embellece; y al ver el mundo esa raza de jóvenes que, formados en las escuelas del catolicismo, ostentan en la frente la suave y brillante aureola de la pureza, exclamará, aún á pesar suyo: Ved aquí la generación de los castos, formada al calor de las miradas de Jesucristo y de la Virgen Inmaculada: en medio de los hombres ostenta la pureza de los ángeles y en medio de la tierra brilla con rayos desprendidos de la belleza de los cielos.

La juventud formada en las escuelas de la pureza es el más bello ornamento y la más espléndida aureola de los educadores católicos: á éstos decía San Juan Crisóstomo: «Cuidad de todas las cosas en los jóvenes, mas, ante todo, que sean puros. No hay objeto más digno de vuestros cuidados y de vuestros esfuerzos que conservar en ellos la gloria de la pureza: esta es la corona más bella de la juventud.»

Una de las primeras cosas que el Doctor Angélico enseñó á un su amigo para llegar á brillar y poder ser grande y digna figura, fué que cultivase con todo esmero la santa pureza: porque esta virtud asimila el hombre á Dios y le presta encanto maravilloso. Dios se hace amigo de las almas puras, les hace sentir su presencia y escucha con placer sus súplicas y deseos: complácese, como amable huésped, en conversar con ellas y en darles la inteligencia de los misterios más profundos. ¡Oh Dios mío, decía San Agustín, que habéis querido que sólo las almas puras posean la ciencia de la verdad! verificándose así, una vez más la hermosa frase de Augusto Nicolás: «En los jóvenes virtuosos la moralidad se transforma en inteligencia:» y con lenguaje de los cielos: *Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán á Dios.*

CAPÍTULO VII

La falta de pureza

Nada hay en la creación que pueda compararse en hermosura á un niño que educado en las escuelas del catolicismo ha conservado hasta ser hombre la virtud de la pureza: es la obra maestra de Dios, acabada por el trabajo del hombre; y el educador que ha realizado tan grande maravilla, puede muy bien, al contemplarla, descansar y alabarla, como hizo Dios después de la creación. *Vidit Deus quod esset bonum.*

Ni siquiera podríamos formarnos adecuada idea de obra tan maravillosa, si dijéramos que la vida de ese joven es semejante á un árbol que plantado por la mano de Dios, ha echado profundas raíces en terreno firme; que agitado por las tempestades, se ha doblegado mil veces y ha vuelto á levantarse, sin romperse nunca, formándose con sus vigorosas raíces un robusto tronco, sólido y firme;

que bajo la acción fecundante de las aguas del cielo y del calor del sol ha desplegado extensas ramas y espléndido follage; que impulsado por la savia que sube desde sus raíces y por el calor del sol que lo atrae hacia lo alto, se ha levantado en los aires, elevando su cima hasta las nubes; y por último, que aspirando en derredor suyo un aire puro y exento de toda corrupción, ha conservado todo el brillo y toda la pureza y fuerza de su vida y se baña en medio de la luz del cielo con tanta gracia como fuerza y tanta majestad como belleza.

Así, en cierto modo puede concebirse un joven bien educado: la fe le ha dado sus raíces, el amor su expansión, la obediencia su fuerza, el respeto su grandeza, la pureza su gracia y la religión y la piedad su transfiguración: hé aquí la mayor maravilla de la creación.

Mas hay en el mundo una cosa que destruye semejante maravilla, agota su savia, borra el esplendor de su belleza, mata las flores y los frutos y hace que languidezca y muera el hombre entero con sus sentidos y potencias; esta cosa es la voluptuosidad, *gusano roedor de la educación*, que al tomar asiento en el corazón de esa tierna existencia, roe sus fibras más vitales y agosta al hombre en flor: este *gusano roedor* devora todos los elementos de la educación que en la pureza reciben su necesario complemento, y siembra las ruinas por doquiera, ruinas en la inteligencia, ruinas en el corazón, ruinas en la voluntad, ruinas en el carácter, ruinas en las potencias, ruinas en los sentidos, ruinas en el alma y ruinas en el cuerpo.

La primera ruina inevitable que causa ese vicio que en su mismo nombre lleva la deshonra, es la ruina de la religión: ésta desaparece con la pureza, como la piedad desaparece con la castidad; y siendo la religión la savia, la vida, el aroma de la educación, queda ésta paralizada y muerta, faltándole su manantial divino, la religión.

La pureza es lo que más asegura la religión en el corazón del niño como en el del hombre, y el vicio que la agosta y mata en flor, agosta y mata con el mismo golpe la

piedad y la religión. Una alma pura se levanta naturalmente hacia las cosas celestiales; mas si es mordida por ese monstruo seductor, queda por tierra, mustia y abatida: con todo su ser buscaba ayer á Dios; hoy ni al cielo mirar, parece, puede: el mundo de lo sobrenatural cerróse para él; y no sabe ya juntar sus manos y doblar sus rodillas para decirle á Dios: *Padre nuestro*: ni de sus labios ni de su corazón sale una súplica ó un suspiro hacia Dios que ya, en cierto modo, es extraño para él: ese niño es indiferente, insensible, sordo para Dios, está disgustado y hastiado de Dios. Dios le causa hastío, y le causa é importuna todo lo que viene de él y lo que le habla de él. En vano la palabra sagrada pronuncia su nombre; en vano lo cantan las armonías; en vano el incienso, al subir á las alturas, solicita su alma para que se eleve con él; en vano dice el sacerdote á los fieles congregados: levantad los corazones: *sursum corda*, levantad los pensamientos, levantad los deseos, levantad las almas; porque en él todo está bajo; y como diría Bossuet, «todo está por tierra, todo es carne:» nada hay capaz de levantarse.

La piedad busca el cielo y siempre el cielo; la voluptuosidad busca la tierra y siempre la tierra. Dios y la carne, la religión y la voluptuosidad son los dos polos que se rechazan eternamente; los apetitos que van en pos de la carne y no remueven más que el lodo, nada tienen de común con las sublimes aspiraciones que van en pos de lo invisible y en busca de lo infinito. Es que dentro del hombre hay dos hombres en constante lucha, el hombre del cielo y el hombre de la tierra, *el ángel y la bestia*, como decía Pascal; y cuando vence la voluptuosidad, triunfa la bestia, el hombre de la tierra y sucumbe el ángel, el hombre del cielo: atacada entonces la educación en lo más íntimo y herido el niño en el centro de su vida, ahuyenta la piedad y aquellas sublimes aspiraciones que le llevaban de él á Dios, de la tierra al cielo: hé aquí la ruina de la religión.

La segunda ruina que produce *el gusano roedor de la educación* es la de la fe: después de haber quitado á la vida

el primer principio de elevación y de haber arrancado la corona á la parte superior, mina en la inferior sus cimientos: como el niño perdió la piedad, así pierde la fe, hundiéndose bajo sus plantas la base de la vida.

Sí, la voluptuosidad es la causa más general de la pérdida de la fe en el alma de los jóvenes. Un joven que se conserva puro, que no conoce más que las alegrías de la inocencia, las ternuras de la familia, las dulces emociones de la amistad; cuando su vida se asemeja á un lago tranquilo, á un espejo sin mancha, á un cristal puro y terso ¡oh! entonces la verdad penetra en su corazón sin esfuerzo y mora allí como en su suelo natal; el esplendor del dogma católico luce y brilla como el sol, cuando reverbera en el pulimento de un espejo, en la superficie de un lago ó en la blancura de un cristal: las armonías del alma de ese niño forman encantador acorde con las de la Iglesia; las verdades naturales se alumbran con el resplandor de las sobrenaturales que le vienen de la palabra de Dios en el catolicismo, y al encontrarse, como hijas del cielo, en aquel corazón de ángel se abrazan en el misterio de una pureza virginal.

Como gozan los ojos sanos al recibir la impresión de los rayos del sol, así goza el niño puro con las enseñanzas de la Iglesia, hallándolas tan simpáticas á su corazón y tan bien formadas para su inteligencia que no comprende puedan tener contradictores. Mas llega una hora fatal en que esas verdades tan simpáticas y tan hermosas encuentran en su corazón oposición profunda: aquellas luces tan brillantes, tan tranquilas, tan suavemente esplendorosas le molestan, y como los ojos enfermos huyen de la luz que les alegraba cuando sanos, así ahora la tierna inteligencia de ese niño huye de lo que antes le iluminaba con tan hermosos resplandores: huye de la palabra católica, de los libros católicos, de todas las enseñanzas católicas: su corazón oscurecido por las tinieblas del pecado abomina lo que puede iluminarle, y no ama más que lo que presta simpatías á la pasión que le domina. Desde que el demo-

nio de la voluptuosidad se ha apoderado de su corazón, la primera necesidad que siente es arrojar la verdad y apagar la luz: inocente ayer sonreía amorosamente al ver la luz y se estremecía de gozo ante el sol de la verdad: hoy que se ha hecho carnal no puede soportar la luz y dice á la verdad: «déjame y vete;» porque dice San Juan Damasceno: «El hombre carnal no puede soportar la luz de la verdad: *Carnalis homo veritatis lumen prospicere nequit.*»

Así se explica el cambio radical en la inteligencia y en el corazón del niño: no es que su inteligencia haya descubierto horizontes más dilatados, astros más radiantes, soles más vivificantes; que la enseñanza de su niñez fué una religiosa seducción, un encantamiento de su imaginación, una ilusión para su corazón ó un engaño para su pensamiento: no, nada de eso ha sucedido: ha penetrado en su corazón *el gusano roedor* y arruinándolo, ha arruinado también la inteligencia.

Tiene quince años; no se ha acabado de formar; todavía no se ha hecho su educación y ya dice que no puede creer. Lo que han creído San Agustín, Santo Tomás de Aquino y con ellos el gran ejército de inteligencias que por espacio de diez y nueve siglos han ceñido la corona de la virtud, realizada por el esplendor del genio, no puede él creerlo: tiene contra la religión de su madre razones profundas que no le dirá porque es *demasiado buen hijo* para querer afligirla. Sí, este *sabio* de quince años, este joven *iluminado* tiene contra el cristianismo la misma razón que tenía el paganismo para no ser cristiano: tiene contra su espíritu la razón de su cuerpo. Su carne quiere tener razón y la Iglesia debe estar equivocada: así lo dice. Esa es toda la *sabiduría* que opone al cristianismo ese *sabio* de quince años ¡y cuántos *sabios* hay de cuarenta y aún de sesenta que no tienen otra!

Así las emociones de la carne, el apetito desordenado, el soplo de la voluptuosidad hacen más fuerza á su alma que todas las demostraciones que han convencido á los más grandes hombres y cuyos divinos resplandores han

hecho brillar esos mismos genios en las obras maestras que jamás perecerán: la doctrina sucumbe bajo la concupiscencia, desvanécese la luz y huye ante esa vergonzosa pasión que sólo se encuentra á sus anchas en medio de las tinieblas, y no triunfa sinó á fuerza de olvido, de duda y de ignorancia: un momento de placer ha prevalecido contra diez años de estudio: la pasión ha sido más fuerte que la ciencia, y la voluptuosidad ha vencido á la fe.

Tras las ruinas de la piedad y de la fe viene la ruina del respeto. El niño atacado por *el gusano roedor de la educación* no sabe ver en los hombres y en las cosas sinó lo bajo, lo miserable, lo que sólo es propio de la región inferior: olvídase del brillo y majestad de la inteligencia, de las aspiraciones sublimes del corazón, de las elevaciones del espíritu y de los trasportes del alma hacia Dios, á pesar de la atracción de los sentidos y del peso de la carne: de todo esto se olvida para no ver más que al hombre de su pensamiento, de su imaginación, de sus deseos, de sus ensueños; esto es, al hombre que es carne y nada más que carne. No viendo en sí ni en los demás sinó lo que se roza con la materia; al sentir su debilidad, su cobardía y su degradación, desprecia á sí mismo y desprecia á los demás; y como su orgullo padecería mucho si hubiese de creer que entre los que pelean en este campo de batalla, como se llama la vida, sólo él era el cobarde, el esclavo, no perdona á nadie, y cae en la tentación que más degrada al hombre, la de rebajar y despreciar á toda la humanidad á fuerza de degradarse y despreciarse á sí mismo. El niño impuro es, por regla general, irrespetuoso, impolítico, y á veces hasta grosero, porque la práctica de las cosas viles le ha hecho perder poco á poco el sentido de las cosas grandes; y el desprecio, apegado á su alma, como la lepra, se revela en su frente, como mancha que le deshonra y como estigma de su más vergonzosa degradación. Así tras la ruina de la piedad y de la fe viene la ruina del respeto que es el que da, al educarse, elevación al alma.

Donde *el gusano roedor* deja sentir su acción más mor-

tífera, donde causa estragos más espantosos y desastres más irreparables es en el corazón del niño; da allí muerte al amor y engendra el egoísmo.

Cuando un niño lleva pintada en sus ojos la pureza y grabada en su frente la inocencia, los afectos de su corazón exhalan un perfume que no tiene semejante, que se respira con inefable sentimiento de felicidad y que es en lo humano el placer más delicado que puede gustar el corazón del hombre: el niño en cuya mirada brilla la luz de la inteligencia y cuyo corazón conserva la pureza con todo su aroma, ejerce dulce y poderoso atractivo; al sentir sus afectos tan puros y tan tiernos, tan cordiales y tan inateriales, tan expansivos y tan generosos, olvídase uno que haya en el mundo afectos interesados y amores egoistas.

Mas estas flores que en la infancia anuncian frutos hermosos para la época de la madurez del hombre, quedan deshojadas y marchitas así que las muerde *el gusano roedor*. Sin bajar al fondo del abismo, puede asegurarse que cuando el niño rechaza los verdaderos goces del hombre, hijos de la inteligencia y del corazón, de la verdad y del amor y busca los que sólo son propios de la región inferior, de las naturalezas degradadas, y dice al egoísmo: «tu eres mi hermano» y á la sensualidad: «tu eres mi hermana» ¡ay! entonces se desvanecen los afectos puros y desinteresados que dilatan el corazón, las simpatías candorosas que conmueven las entrañas y esas deliciosas ternuras del alma que el egoísmo no conoce. Acabáronse desde entonces las expansiones, las confidencias, las efusiones que permitían á la madre y al educador leer en el fondo de su alma: al salir de ese corazón la inocencia y con ella las dulces y puras alegrías, ha penetrado el bárbaro egoísmo que cierra la puerta; y cerrado el corazón en vano conspirarán para abrirlo el cielo y la tierra; ni la madre ni el educador entrarán en él; tendrán un joven, pero no un hijo.

Mas hay otra desventura que debe arrancar gemidos los más hondos é inundar de lágrimas los ojos de los

padres y de los educadores, y es que la educación, fruto de tantos desvelos, de tantos sufrimientos queda reducida á la nada por el mónstruo de la voluptuosidad que roe el corazón de la vida, devorando el amor que en él se encierra; que, al enseñarle los placeres egoistas, le ha robado el cariño, y que lisonjeando su carne, ha destrozado su corazón, dando muerte á su vida moral y destruyendo toda la obra de la educación.

Si la voluptuosidad produce los estragos más espantosos en el corazón, empero el golpe más terrible lo asesta contra la voluntad, signo el más glorioso de la virilidad.

Todo hombre que en la edad madura se somete al despotismo de la voluptuosidad, por más robusto y varonil que sea, siente en su voluntad ese golpe terrible que le debilita y empequeñece todo su ser: en este punto se puede decir con la Escritura: «Ha herido y echado por tierra á gran número de ellos y hasta los más fuertes han sido muertos por su mano.» Sus golpes, aunque tardíos, son siempre funestos aún para hombres bien educados y que en luchas varoniles habían fortalecido su voluntad: la voluptuosidad los torna niños en la impotencia de querer.

Si en hombres ya formados queda así la voluntad anulada por ese mónstruo ¿qué será en la niñez y en la juventud, cuando la voluntad se está formando y no ha tenido aún tiempo de desarrollar y adquirir fuerzas? Todo acto de desobediencia la debilita; más nada hay que tan profundamente la afecte como el vicio vergonzoso. El desgraciado niño que ha dejado penetrar en su corazón *el gusano roedor*, llega á perder la voluntad; el mónstruo se apodera de ella y la devora; no queda más que un simulacro, un fantasma, una sombra de voluntad; voluntad afeminada, cobarde, incierta, pusilánime, movable, impalpable, nula: en ese niño ha desaparecido soberanía, su libertad, su virilidad, y junto con todo esto, su honor de hombre.

Cada victoria que el vicio gana sobre su voluntad, se lleva, como despojos, parte de su fuerza; el hábito de ser derrotada le quita hasta el deseo de la victoria y la idea

de cualquier esfuerzo; y pronto, muy pronto puede el niño decir de sí mismo: «no me pidáis nada, porque nada puedo; nada como no sea lo que quiere esa vil pasión que quitándome la voluntad, me ha quitado la fuerza.» Allí no queda iniciativa, ni resolución, ni resistencia, ni energía, ni amor al trabajo; sólo hay debilidad, abandono, desidia, cobardía, una voluntad que quiere no querer ó querer lo que no le cuesta ningún esfuerzo, el mal y nada más que el mal; el mal que brota por sí mismo de una alma sin resistencia, sin resortes y sin fuerzas.

Aunque este niño sea un gran genio y lleve en su memoria, en su inteligencia, en su imaginación tesoros de erudición, de ciencia y de poesía, anuladas ó esclavizadas tan brillantes facultades, como lo está su voluntad, y asociadas á la vergüenza de la esterilidad y á la humillación de la servidumbre, ese niño capaz de tan grandes cosas, no hará nada ó se entregará á la asquerosa é infame propagación del mal; y esas mismas facultades que parecen hechas para dar al hombre, junto con sus adornos naturales, el complemento de su hermosura y el coronamiento de su grandeza, no presentarán sinó ruinas, yendo en pos de la ruina de la voluntad cuya vida moral ha sido destrozada por *el gusano roedor*.

La voluptuosidad causa horror al trabajo y hace languidecer y paraliza la memoria que sin energía, sin cultivo va al entorpecimiento y á la impotencia; y la pereza que produce tantos males en la vida, es á su vez en el niño la hija primogénita del vicio vergonzoso. Si en el hombre ya formado una pasión generosa puede dar tensión al resorte de la voluntad, aflojado por la voluptuosidad, en el niño, jamás: la voluptuosidad engendra la pereza; la pereza hiere gravemente ó mata la memoria que sólo busca recuerdos y fantasmas que alimenten su pasión, en vez de buscar en el trabajo los tesoros del saber y la fecundidad de la vida.

En cuanto á la imaginación que es la que ha de dar vuelo á su pensamiento, brillo á sus palabras, movimiento á su vida y belleza á sus obras, el niño voluptuoso la con-

dena á ser cómplice de sus vergüenzas y degradaciones, y esa imaginación que tenía alas para volar á lo invisible; esa imaginación en que debían reflejarse revestidas de nueva belleza las fases más radiantés y puras de la creación; y mejor todavía, esa imaginación que á manera de prisma debía descomponer y recomponer la luz de la verdad, para hacerla brillar con todos sus colores y hacer resplandecer en la variedad de sus matices el milagro de su maravillosa unidad; esa imaginación que debía sustraerle á las vulgaridades de la vida y levantarle desde el mundo de la realidad hasta las regiones de la ideal, él la rebaja, llevándola consigo á las regiones inferiores, donde el vicio le tiene aprisionado, le arranca las alas que la remontaban hasta las cosas del espíritu, la aprisiona á la materia y la envía, como á buho solitario á revolotear por parajes oscuros en busca de imágenes groseras, arrastrando por el fango las alas de ángel que se le habían dado para cernerse en los cielos. Y si algún día busca la gloria en los floridos senderos de la literatura y de la poesía, hé aquí lo que hará: se precipitará furioso hasta lo más profundo del fango y descubrirá en obras inmundas los sueños abominables que mancharon su imaginación á los quince años. Podía haberse dedicado á iluminar las inteligencias y se dedicará á corromper las almas. En eso parará esa imaginación que Dios ha hecho tan grande, tan fecunda y tan poderosa.

La ruina de la inteligencia viene también tras los golpes precoces de la voluptuosidad. La inteligencia, madre de las grandes cosas del espíritu, creada para respirar la verdad, como el pulmón para respirar el aire, creada para volverse hacia el cielo y hacia donde está Dios, como las plantas hacia el sol, creada para guiar é iluminar al hombre en el desempeño de su gobierno supremo, levantando su voluntad y dirigiéndola hacia las alturas del espíritu, esa facultad sublime y en cierto modo celestial conspirará con los sentidos en favor de la materia, rebajándose, entorpeciendo, embasteciéndose y ahogándose en la pesada atmósfera de los sentidos; y menos desgraciada si las emo-

ciones groseras que busca en la naturaleza débil aún, no quebrantan el cerebro, produciendo en la inteligencia una perturbación enfermiza que la reduzca á la impotencia ó á una imbecilidad irremediable.

Hé aquí lo que dice un hombre cuya doble vocación le había llamado á sondear por sus dos extremos las profundas debilidades humanas: «Los jóvenes que son víctimas de esa desgraciada y vergonzosa pasión, pierden en más ó menos grado la inteligencia y la memoria; se hacen estúpidos, necios, imbéciles, sombríos, indolentes, cobardes y perezosos; muestran una gran desigualdad de carácter y cierta aversión á los juegos y placeres honestos; buscan la soledad y se los ve sepultados en un silencio que tiene aire de estupidez; toda la energía y vivacidad del alma los abandona; se hacen incapaces para el estudio y para la aplicación del espíritu; y, para decirlo en una palabra, son una nulidad completa.»

Con la ruina de la voluntad que constituye la fuerza del hombre y con la disipación de brillantes cualidades, adorno de la virilidad, viene la ruina del carácter. El carácter, gloria y esplendor de la vida moral, nuncio del poder, personalidad y soberanía del hombre se empequeñece, se disipa, se anula por completo á los degradantes golpes de la voluptuosidad; á medida que en el niño voluptuoso desaparece la vida moral, desaparece también el carácter; su frente deshonorada no ostenta ya el sello y la majestad del hombre; allí no queda más que lo que el Apocalipsis ha calificado divinamente, llamándolo el carácter y el signo de la bestia: *Signum bestie*.

El gusano roedor de la educación que arruina inmediatamente la vida moral del alma, hace que el cuerpo á quien ataca en primer término, se resienta también de sus mortíferas embestidas y que esa existencia tierna y débil aún se agote antes que haya dado frutos y antes que haya echado toda su flor.

Si aún llegado á su completa madurez, no se entrega impunemente el hombre á ese demonio todavía más mor-

tífero que lisonjero, la vitalidad del niño que no ha conocido aún los días de su más ardiente sol, que siguiendo el curso regular debía desarrollarse poco á poco á favor del tiempo, de la naturaleza y de Dios, y fortalecer su débil organismo y sus delicadas fibras, se debilita, languidece y decae, presentando ciertos signos de decrepitud que parecen presagiar la ruina y profetizar la muerte.

Si un árbol joven aún, de hermoso tronco, de extensas ramas y espléndido follaje que camina día por día y hora por hora á su completo crecimiento para dar sus flores y sus frutos en tiempo oportuno, dotado de libertad, echase fuera al viento la rica sabia que constituye su belleza, su fuerza y su fecundidad, paralizaríase de pronto su crecimiento, notándose la pérdida de su savia en la palidez de su follaje, en la esterilidad de sus ramas y en la consunción de su vida. Hoy languidece, mañana se seca, y al fin cae aniquilado, marchitado y destruido por sí mismo: hé ahí la imagen del niño á quien subyuga la pasión antes de tiempo, debilitándole con sus golpes desordenados y violentándole antes de adquirir toda su fuerza.

En vez de poderse ver y admirar en él, al par con el crecimiento armónico que procede de su vida, la fuerza, la fecundidad y ese hermoso color que imprime la pureza en toda carne virginal, no se observan más que ruinas, destrucción, muerte prematura: su frente aparece ya sembrada de surcos; su carne presenta la huella de los años; su vida queda despojada, antes de tiempo, de sus vigorosos retoños, como el álamo que amarillea al acercarse el invierno; el tinte melancólico y la palidez del otoño dan triste aspecto á esa vida que sin estío va á morir, cuando aún está en su primavera; su marchita frente, sus descarnadas mejillas, su sombría mirada, su rostro oscurecido, su cuerpo encorvado, las sombras de la muerte proyectadas sobre ese ser abortado que no ha podido llegar á la plenitud de la vida, revelan el paso del monstruo devorador que destroza en flor la vida de los jóvenes, convirtiéndolos en sepulcros de sí mismos y que después de haber

matado la vida moral y las facultades del alma, no perdona á su frágil cuerpo á quien encanta con sus atractivos para matarlo con su veneno.

Sí, esa misma carne donde el desgraciado niño ha colocado el centro de su vida sacrificándole su alma y corazón, experimenta el terrible golpe de las represalias; y esa carne adorada se marchita, se aja, se funde y al fin cae, semejante al ídolo que el incienso envuelve en su adoraciones, mientras los gusanos lo roen en su altar.

Tendiendo el velo del silencio y de la castidad sobre realidades horribles que harían estremecer, hé aquí tan solo el lamentable testimonio de una de esas tristes víctimas de una disolución prematura. «Yo había llegado á los diez años, dice un joven, sin conocer todavía el mal; un compañero de estudios me lo enseñó; y desde entonces ¡ay! ¡cuántos desastres! Tengo diez y ocho años y ya me encuentro aniquilado: he perdido el sueño y la alegría: cuatro veces he mudado de colegio y el vicio me ha seguido á todas partes. Vivo por la fuerza de mi temperamento; pero mis cómplices han muerto ya en medio de horribles tormentos.»

Si el vicio vergonzoso no causa en todos los niños efectos tan horrorosos, los predispone á ellos, como la enfermedad mata ó predispone para la muerte: en la parte moral los estragos son inmediatos. «He visto siempre, dice un escritor célebre, que los jóvenes que desde muy temprano se han corrompido y entregado al libertinaje eran inhumanos y crueles; que la violencia de su temperamento los hacía impacientes, vengativos y furiosos; que su imaginación, preocupada con un solo objeto, rechazaba todos los demás; que no conocían la compasión ni la misericordia; y que hubieran sacrificado á su padre y á su madre y al mundo entero por satisfacer uno solo de sus deseos.»

Dice Sto. Tomás en su Suma Teológica que la voluptuosidad produce: *ceguera de inteligencia, inconsideración, precipitación, inconstancia, egoísmo (amor sui), odio á Dios, amor desordenado á las cosas de este mundo y horror á las del otro.*

El vicio vergonzoso destruye la piedad, la fe, el respeto, el amor, la energía de la voluntad, las potencias intelectuales, el alma entera; marchita, enerva y destroza antes de tiempo el cuerpo mismo, preparándole ruinas para toda la vida, una ineptitud raquítica, una adolescencia débil, una juventud caduca, una virilidad abortada; deshace la educación que debía formar y embellecer al hombre, y arruina, en fin, el alma y el cuerpo de los esclavos de la voluptuosidad. «Valiera más, dice en la Educación de los Príncipes el Doctor Angélico, ser esclavo de un leproso que ser esclavo del demonio de la voluptuosidad.»

CONCLUSIÓN

Hé aquí resumidas en pocas páginas las grandes lecciones de educación católica dadas por los más ilustres maestros contemporáneos Holzhauser, Dupanloup, Félix, Timón-David, etc., etc.: ellas han sido escritas para los hombres *de buena voluntad*, para cuantos quieran ejercer el Apostolado de la enseñanza.

Si la consagración especial á Jesucristo por la unción sacerdotal ó por los votos religiosos es, por regla general, una fuerza y una ventaja más para la educación; y sólo la ceguedad voluntaria de las pasiones interesadas en sentido contrario, puede negar esa verdad absolutamente inegable; es también verdad inegable que todo el que abriga aspiraciones profundamente católicas, sea sacerdote ó seglar, profesor ó profesora, de enseñanza primaria ó de enseñanza profesional, es apto para el ministerio altísimo de la educación, tal como queda expuesto en estas páginas; y lo es precisamente con esta condición.

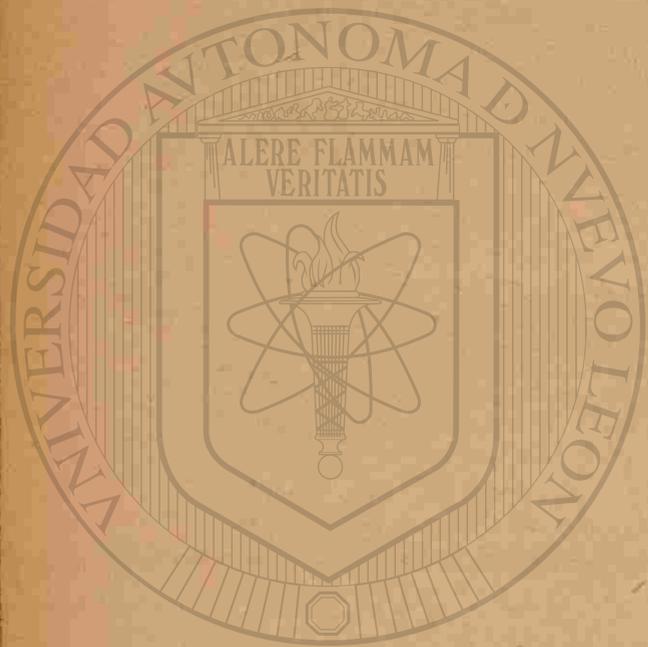
Que todos los educadores de posición oficial ó no oficial, hombres *de buena voluntad*, se conozcan, se amen, se den la mano, consagren todos sus esfuerzos á la educación

de la juventud en la que es fácil sanear las naciones para la felicidad de lo presente y de lo porvenir.

Timón-David al final de su obra de educación pone, como modelo de casa ó colegio de enseñanza, el de Friburgo, donde él había sido educado: el superior, los prefectos y los profesores eran notabilidades en su especial ministerio.

Cuando los que visitaban la casa de educación del piadoso sacerdote Juan José Allemand, le decían que era la más perfecta en su clase, respondía: «La gloria de todo el bien de esta casa se debe al divino Corazón de Jesús en que se apoyan los educadores y educandos.» «Hé aquí el secreto, dice un Arzobispo irlandés, para renovar la faz del mundo.»

A este mismo divino Corazón suplico yo humildemente conceda á todos los educadores *saber, querer y poder ser Apóstoles en la enseñanza*, cumpliendo lo brevemente consignado en estas páginas tomadas de las lecciones inmortales del catolicismo: El las fecunde; y educadores y educandos felices en el tiempo y en la eternidad glorifiquen al solo que á todos ha amado y ama con infinito amor y del que tan sólo podemos y debemos esperar todos los bienes: *Sacratissimo Cordi Jesu.*



APENDICE PRIMERO

Reglamento hecho por San José de Calasanz
para el Colegio Nazareno de Roma,
fundado por él mismo en 1630

1.º Los alumnos y colegiales de este Colegio Nazareno deberán tener siempre fijo en la memoria el fin para que han sido puestos por sus padres ó parientes en el Colegio, esto es, para ser educados en el santo temor de Dios é instruidos en la urbanidad y en las ciencias.

Piedad

2.º Por lo que se refiere á lo primero, comenzarán el día implorando la divina asistencia por la intercesión de la Beatísima Virgen, rezando el rosario junto con el Padre que asiste á la sección; y en los días de clase, pasada media hora después de vestirse, y una hora en los domingos y fiestas, irán juntos en silencio á la Capilla á oír misa, habiendo hecho antes oración vocal y mental.

3.º Además de rezar arrodillados la tercera parte del rosario, rezarán todos los días la Coronilla en honor del Santísimo Nombre de María, y examinarán la conciencia por la mañana antes de comer y por la tarde antes de dormir.

4.º Antes de ir á dormir rezarán siempre las letanias de los santos, y dada la bendición por el P. Ministro, irán con gran silencio á su dormitorio, donde cada uno hará de rodillas una breve oración; y hecha la señal por el P. Ministro, se retirarán á dormir.

5.º Todos juntos harán los días designados la santísima Comunión; mas será libre á cada uno comulgar también los domingos y fiestas del año según su propia devoción.

6.º Todas las tardes después de la cena irá una sección, alternando, á visitar el Santísimo Sacramento que está en nuestra Capilla Lauretana; allí orará el tiempo conveniente, hasta que el Padre de la sección haga la señal para ir á la recreación.

7.º Todos deberán tener particular devoción á la Santísima Virgen, bajo cuyo especial patrocinio está fundado este Colegio; la honrarán todos los días rezando en particular su Oficio, además del que se dice en común en las fiestas designadas.

8.º En las iglesias que de cuando en cuando visiten según la orden del P. Rector, ninguno se separará de su sección y compañero, sinó que todos estarán en línea con el debido obsequio y respeto.

9.º Harán juntos dos veces al año ejercicios espirituales por espacio de tres días cada vez; la primera en Noviembre después de la fiesta de San Carlos; la segunda en el primer jueves de cuaresma para disponerse mejor á celebrar tan santo tiempo; debiendo cada uno procurar con tal medio la reforma de sus costumbres y adquirir las virtudes cristianas.

Del vestir

10.º Según lo exige la urbanidad y buena conveniencia de los colegiales, el vestir de nuestros alumnos será clerical, con sobretodo y sotana talar *de saja*, de color morado, ceñidor, pechera y vivos de color encarnado, cuelle-

cillos y mangas uniformes; y no se permitirá salir del Colegio ó volver á él sin dicho uniforme morado.

11.º El uniforme de los colegiales se hará, para invierno, de paño de Venecia, ó de otro semejante, y para el verano, de estameña, ó cosa parecida, y los vivos de la misma tela.

12.º Todos los colegiales y alumnos deberán llevar en casa el balandrán negro de paño ó estameña, según el tiempo; y no podrán presentarse sin él ni en el oratorio, ni en las clases, ni en ningún lugar público del Colegio, ni delante de personas de respeto.

13.º Mientras el alumno está en el Colegio, no se le permite usar vestidos de seda de ninguna clase, ni interiores ni exteriores; y ni en casa ni fuera podrá llevar anillos ni hebillas brillantes.

Del comportamiento en el Colegio

14.º Todo colegial deberá persuadirse que estando en el Colegio ó en público está expuesto á los ojos de muchos, y así no dirá ni hará cosa no conforme á su estado, sinó con modestia y agrado de todos.

15.º Cada sección estará en el lugar designado; y ni en casa ni fuera se mezclará con otra con motivo alguno; y nadie se saldrá de ella sin permiso.

16.º Cada uno tratará con toda urbanidad á todos los compañeros de sección, sin permitirse amistades particulares.

17.º Todos mostrarán á las personas de fuera con quienes se permite hablar, finos modos, propios de su estado; más, al despedirse, no las acompañarán sinó hasta el descansillo de la escalera, frente á la sala, á no ser Señores Cardenales.

18.º En las funciones públicas, ó semipúblicas del Colegio sólo bajarán á la portería los designados por el P. Rector para recibir á las personas que asistan, y siem-

pre acompañados de uno ó más religiosos del Colegio para mayor decoro.

19.º Se prohíbe en absoluto entretenerse en la portería y pasear por el corredor, por ser lugares no convenientes á personas nobles, como también andar por las oficinas del Colegio á buscar comida ó bebida especial para la mesa.

20.º Todos serán puntuales á los toques generales en el oratorio, clases y en qualquier otro lugar donde sean llamados; y nunca comparecerán con el pecho desabrochado ó sin corbata, ni los alumnos sin cuellecillo.

21.º Se guardará riguroso silencio en la iglesia, oratorio, refectorio, escuela, y otros lugares semejantes. Además del silencio que se debe guardar en el dormitorio, se prohíbe ir á la habitación ó cama de otro.

22.º Á la hora de la Misa, Oficio de la Beatísima Virgen, doctrina cristiana, conferencia espiritual y clases ninguno podrá entretenerse con persona alguna, ser llamado, ni salir del Colegio, á no ser por alguna necesidad particular, reconocida por el P. Rector, y en su ausencia por el P. Ministro.

23.º Al tiempo del estudio no se permite que alguno sea llamado por el portero ú otro cualquiera, á no ser rarísima vez y por necesidad.

24.º No se permite tener espejos, ni otros objetos de vanidad, ni cortaplumas, cuchillos, tijeras de punta, ni otras cosas que puedan hacer daño.

25.º No se permite sin la debida licencia permanecer en el dormitorio á la hora de clase, ni en casa, cuando los demás salen. El P. Rector ó el P. Ministro darán el permiso; mas no serán fáciles en concederlo sin verdadera necesidad.

Salidas del Colegio

26.º Las secciones no saldrán del Colegio sin haberse presentado al P. Rector, y lo mismo harán á la vuelta.

Ningún particular podrá salir sin el mismo permiso y presentación al salir y volver, y lo mismo se hará con el P. Ministro.

27.º En la calle guardarán todos buen orden y modestia, yendo cada uno con su compañero al punto designado; y no sólo devolverán con urbanidad el saludo al que se les haya hecho, sinó que se anticiparán á saludar á cuantas personas de cualidad ó de respeto encuentren.

28.º Nunca admitirán la compañía de un extraño, aunque sea pariente ó amigo; y si alguna persona de cualidad ó pariente los detuviera, procuren con modos dignos despedirse pronto para no hacer esperar á la sección.

29.º Cuando van por la ciudad se guardarán de llevar cosa alguna en las manos, de comprar ó de hacer comprar nada, pues es contra la urbanidad y el decoro y ni en la ciudad, ni en el campo se podrán separar de la sección sin permiso.

30.º En ningún tiempo del año será permitido á ningún colegial salir de noche, ni pernoctar fuera del Colegio; sinó que todos deberán estar en casa al anochecer.

31.º No se permite á los colegiales y alumnos sinó con discreción ir á comer á sus casas, porque esto les causa muchas distracciones; y nunca saldrán del Colegio antes de la Misa y del Oficio de la Beatísima Virgen.

32.º En las vacaciones del otoño no se permite á nadie ir de campo sinó en compañía de parientes de 1.º ó 2.º grado, ó con personas de cualidad que tengan permiso de los padres, y que deberán presentarse al P. Rector.

33.º Cualquiera que vaya de campo ó fuera del Colegio en las dichas vacaciones, deberá estar de vuelta para el primero de Noviembre, en que se recibe la Santísima Comunión.

Del estudio,

Ejercicios escolares y examen general

34.º Para corresponder á este último fin de suma importancia, para el que están en el Colegio, deberán todos poner la posible diligencia en aprovechar en las letras y en las ciencias en que serán instruidos, reflexionando que el mayor lustre de la nobleza es el saber, sin el que difícilmente se podrán distinguir en el mundo.

35.º Todos nuestros colegiales estarán prontos ya para las horas de estudio privado que sin dispensa se hará todos los días en la propia sección, ya para las horas de clase en común: en este tiempo se prohíbe toda disipación ó entretenimiento inútil, como escribir cartas superfluas, hablar, arreglarse el cabello y andar por el Colegio.

36.º Para remediar las continuas quejas de los padres de algunos colegiales y alumnos que escriben mal, sin ortografía ó con errores gramaticales tarjetas ó cartas, lo que redundará en poco decoro de ellos y del Colegio, se manda que las últimas secciones, como más fáciles en equivocarse, antes de dirigir ninguna carta ó tarjeta, la presenten abierta al P. Ministro, el cual verá si hay algún error que deberá corregir.

37.º Ninguno enseñará á su compañero latín ó composición, porque esto perjudica al aprovechamiento que todos deben hacer.

38.º Todos deberán esmerarse con cuidado en hacerse idóneos para presentarse en público en las Academias que se han introducido para ventaja y decoro de todos, bien persuadidos que sólo los hábiles y diligentes serán los distinguidos por los PP. Maestros.

39.º Para evitar el desconcierto de las escuelas, se prohíbe á nuestros colegiales procurar con recomendaciones pasar de una clase á otra de que no han sido juzgados capaces: se prohíbe también el estudio de las Leyes, sinó

después del curso de Filosofía, aunque no sean creídos capaces del curso entero de la misma.

40.º El examen general se hará todos los años á mediados de Septiembre, para pasar respectivamente de una clase á otra, ó de una escuela á otra: la lista de los examinados quedará sellada, y no se publicará sinó al principio del nuevo año escolar.

De las artes de caballeros

41.º Aunque no está prohibido á nuestros colegiales el aplicarse á la danza, esgrima, lenguas y música, no podrán dedicarse á esas cosas sinó en las horas destinadas al recreo, nunca al tiempo de la clase, del estudio y mucho menos al tiempo de las oraciones comunes.

42.º Para que estos ejercicios no sirvan de sólo inútil entretenimiento, sinó de provecho, no se permite dedicarse á la vez sinó á uno ó á lo más dos de esos estudios, siempre con la previa licencia del P. Rector; y sin ella no podrá hacerse cambio alguno.

43.º Ninguno admitirá y despedirá los Maestros de lenguas ó de música, sin que antes lo sepa el P. Rector á quien se presentarán dichos Maestros, como también al P. Ministro que señalará á cada uno el lugar en que dará las lecciones.

44.º Finalmente procuren todos colegiales y alumnos emplear bien tantos medios, como aquí tienen, para adquirir las virtudes cristianas y las letras; sean devotos, obedientes á quien los dirige, respétense de voluntad unos á otros, sean atentos en los estudios y puntuales en la observancia del reglamento y ordenaciones del Colegio.

45.º Para instrucción de los que de nuevo vinieren al Colegio y para mejor observancia del reglamento, éste será leído en público refectorio los días que el P. Rector señalare.

APENDICE SEGUNDO

Asociaciones

1

Las Asociaciones ó Congregaciones en las casas de educación sirven para santificar á los asociados ó congregantes y por su medio santificar á los demás. Con las Asociaciones se perpetúan en las casas de educación las buenas tradiciones y el buen espíritu. Ellas son, dice Timón-David, como los motores de las máquinas, como el alma para el cuerpo.

A las Asociaciones se atribuye el gran resultado de la casa de educación de Juan José Allemand.

Una vez establecidas en un colegio, añade Timón-David, la piedad avanza por sí misma.

Un congregante tiene para todo el curso de su vida un gran medio de preservación ó de retorno al buen camino.

Allemand y Timón-David establecían desde luego en sus casas de educación dos Asociaciones: De entre la generalidad de los alumnos los más piadosos formaban la Congregación de los *santos Angeles* y de *María su Reina*, y de los más piadosos de estos formaba la Congregación del *Sagrado Corazón* y *San José*.

Hacer á los jóvenes *piadosos* y *puros* como los Angeles y como *María su Reina*, *Madre de la pureza*, hé ahí el fin principal de la primera Asociación: hacerlos *humildes*; obe-

dientes, *celosos de la gloria de Dios*, *caritativos* como el *divino Corazón* y como *San José*, es lo que ante todo se propone la segunda.

Juan José Allemand hacía la siguiente advertencia al congregante de los santos Angeles: «Siendo discípulos de Jesucristo por el bautismo debemos pensar en servir al Señor desde la más tierna edad y especialmente desde la primera comunión. Hemos fundado la Congregación de los santos Angeles, tan provechosa á los jóvenes para ayudarles á manifestarse verdaderos siervos de Dios. Para que todos los congregantes se aprovechen de las grandes gracias de dicha Congregación hemos escrito el reglamento que se observará fielmente para poder perseverar en ella.»

Dice después que si bien la Congregación de los santos Angeles facilita la práctica de todas las virtudes cristianas, la humildad, virtud fundamental, el celo de la gloria de Dios y la obediencia, virtudes de los Angeles, tiene como carácter distintivo fomentar *la piedad* y *la pureza*.

La Congregación está bajo la protección de la santísima Virgen, reina de los Angeles en quien se debe tener ilimitada confianza.

En los diez artículos del Reglamento se fija la buena conducta para ser admitido, los cargos de Prefecto, Asistente y dos Consejeros, modelos de virtud y que pueden ser cambiados por el Director, que la Congregación, se reunirá dos veces al mes para oír una lectura piadosa y las reflexiones del Presidente, invocando á los Angeles y á su Reina, que la gran fiesta de la Congregación se celebra el 2 de Octubre ó el domingo siguiente, precedida de tres días de retiro, que los congregantes deberán usar á menudo las jaculatorias: *Reina de los Angeles, ruega por nosotros*, *Santo Angel de mi guarda, ruega por nosotros*, etc., visitar diariamente el divino Sacramento, rezar el rosario, recordar que el martes está consagrado á los santos Angeles y el sábado á la santísima Virgen, que hagan todos los días meditación y asistan, si pueden, á misa; que se confiesen semanalmente ó de quince en quince días, que

asistan á la adoración y bendición del Santísimo, que no falten á los ejercicios piadosos sin dar cuenta al Director ó Prefecto, y que invocando á María y al Ángel de su guarda se duerman pensando que Dios los ve.

Recomiéndase á los congregantes de los santos Ángeles para ser *piadosos y puros*: 1.º Que unos con otros tengan la más perfecta unión, evitando las disputas, burlas y los apodos. 2.º Jamás estarán ociosos, siempre ocupados ó jugando según la orden del Director, y cuidando de ser á la vez como ángeles de guarda de los demás. 3.º Serán dóciles y respetuosos á los que por su virtud ó edad les hagan algún aviso. 4.º Guardarán en la iglesia el mayor recogimiento y modestia por respeto á la presencia real de nuestro Señor Jesucristo. 5.º Siendo la misa el sacrificio más grato á Dios, los congregantes asistirán con la mayor frecuencia posible. 6.º Evitarán la compañía de jóvenes que no sean virtuosos y procurarán hacerse amigos de los que sean piadosos. 7.º Se les recomienda la confesión frecuente y la mayor claridad de conciencia para con el Director.

Resoluciones que debe tomar el Congregante de los santos Angeles

Habiéndome hecho Dios la gracia de ser Congregante de los Santos Ángeles, quiero imitar las virtudes de mis fieles protectores. Con este fin:

1.º Por la mañana, al despertar, daré mi corazón á Dios y le ofreceré todas las obras del día. Me vestiré con prontitud y modestia, rezaré de rodillas mis oraciones y no saldré de casa sin haber hecho mi meditación.

2.º Durante el día elevaré con frecuencia mi corazón á Dios invocando al Ángel de mi Guarda y á mi Madre María, Reina de los ángeles.

3.º Todos los días adoraré el Santísimo Sacramento del Altar.

4.º En prueba de mi amor y confianza para con la

Santísima Virgen Reina de los Ángeles le rezaré diariamente su rosario.

5.º No faltaré sin motivo grave á los ejercicios piadosos del Colegio.

6.º Después de mis oraciones de la noche, me encomendaré de rodillas al Ángel de mi Guarda y á María Reina de los Ángeles.

7.º Honraré de un modo especial los martes y sábados al Ángel de mi Guarda y á la Santísima Virgen.

8.º Asistiré á la santa misa con la mayor frecuencia y con el mayor recogimiento.

9.º En las tentaciones acudiré á María y á mi Ángel de Guarda, y para conservar mi inocencia tendré horror á la compañía de quienes no sean virtuosos, y me confesaré á lo menos de quince en quince días.

Dadme, Dios mío, la gracia de practicar fielmente estas resoluciones para que guste la paz y felicidad que habéis prometido á los que guardan con fidelidad vuestros santos mandamientos.

Si la Congregación de los Santos Ángeles y de la Santísima Virgen su Reina se dirige ante todo á hacer á los jóvenes *piadosos y puros*, la Congregación del Divino Corazón de Jesús y de su amado Padre virginal San José tiene por objeto preferente hacer á los jóvenes *humildes, obedientes, celosos de la gloria de Dios y caritativos*.

Los admirables resultados obtenidos en los jóvenes por el piadoso Allemand confirmaron su grande experiencia, *de que exigiendo poco de la juventud se obtenía menos, y exigiendo mucho, se obtenía más de lo que se pedía*.

El reglamento de esta Congregación prescribe particular devoción al Divino Corazón de Jesús y á San José Patrón de la vocación tan trascendental para los jóvenes.

De la humildad

Todo Congregante debe tener presente que el espíritu de humildad consiste en despreciarse, tenerse por nada, querer ser desconocido, ser considerado como inútil, apreciar á los demás más que á sí mismo, sufrir con paciencia no sólo los defectos ajenos, sinó además creerse más despreciable que los otros, aceptando con gusto las humillaciones y los desprecios. Y como la humildad no se consigue sinó con frecuentes humillaciones, los Congregantes observarán las cuatro siguientes advertencias:

- 1.^a Vestirán de la manera más sencilla, y consultarán sobre esto al Director.
- 2.^a No se justificarán cuando se les repriman sus defectos.
- 3.^a Se avisarán mutuamente los defectos después de obtenido el permiso del Superior.
- 4.^a Se prestarán gustosos á todas las humillaciones que la ocasión les depare, por penosas que su natural las encuentre.

De la obediencia

Si la humildad es el fundamento de todas las virtudes, la obediencia es la piedra de toque. Así los Congregantes deberán:

- 1.^o Renunciar á hacer su voluntad en el colegio.
- 2.^o No hacer nada sin permiso del Superior.
- 3.^o Observar con perfección el reglamento.
- 4.^o Ejecutar con prontitud, alegría y constancia las órdenes del Director ó del que hace sus veces.
- 5.^o Hacer con fidelidad y exactitud el encargo que se les hiciere.
- 6.^o Estar dispuestos á todo lo que se les mandare, aún cuando tengan que sufrir.

7.^o No hacer fuera del colegio nada de importancia sin consejo del Director.

Celo de la gloria de Dios y Caridad

El celo por la gloria de Dios y la caridad para con los demás harán que los Congregantes después de santificarse á sí mismos cuiden de santificar á los demás con sus buenos ejemplos, con sus conversaciones edificantes, haciendo sentir y gustar á todos cuánta felicidad causa la virtud, el amar ardentemente al Corazón Divino de Jesús, á la Santísima Virgen, á su amadísimo Esposo San José.

Ofrecerán sus buenas obras y mortificaciones para que crezca el reino de Dios en las almas, haciéndose todo para todos para ganarlos á todos, sin perdonar enojo, pena, fatiga cuando se trate del bien de las almas. Propagarán con ardor la devoción al Corazón divino de Jesús, la frecuencia de los sacramentos, el amor á la Iglesia Católica, al romano Pontífice, á los sacerdotes; y darán cuenta al Director de los resultados de su celo para atenerse á sus consejos.

Como el espíritu de mortificación sea tan necesario para mantenerse fervorosos y trabajar con fruto en bien de las almas, los Congregantes deberán:

- 1.^o Cumplir exactamente el reglamento del Colegio y de la Congregación.
- 2.^o Mortificar habitualmente los sentidos.
- 3.^o Practicar mortificaciones corporales según sus fuerzas y según el permiso expreso del Director.

La parte esencial del Reglamento de la Congregación consiste en celebrar las dos grandes fiestas del Divino Corazón de Jesús y de San José con un retiro de tres días, en ofrecer las obras del día en unión con el Divino Corazón, comulgar el primer viernes ó domingo del mes y rezar una decena del rosario según el fin de la Congregación. Vienen después prescriptos los días que á juicio del Director deberán reunirse los Congregantes para excitarse á hacer pro-

gresar la Congregación, eliminar á los que no sean dignos y proponer la admisión de los que lo solicitaren.

Habrá también su Presidente, Secretario y Vocales.

Cuando el número de Congregantes sea ya regular, se divide en secciones ó coros bajo el cuidado inmediato de uno que es el Celador.

Así con esta facilidad puede instalarse en todas las casas de educación el Apostolado de la Oración, como recomendó el Congreso nacional de Sevilla.

Con todos ó cualquiera de los tres grados del Apostolado de la Oración, tan fáciles y que no obligan á pecado, participa todo Congregante *de un modo especial* de todas las buenas obras de casi todas las Corporaciones Religiosas.

Las Asociaciones de las casas de educación, dice Timón-David, tienen el gran objetivo de enseñar á los congregantes á vivir en medio del mundo sin el espíritu del mundo.

Si el joven, al acabar sus estudios, sigue afiliado á una Asociación religiosa, conserva para su dicha la cadena de oro que le une al primer bien del mundo, que es la religión.

ÍNDICE

	Pág.
Himno á San José de Calasanz.	5
Advertencia.	7
PARTE 1. ^a — <i>Sección 1.^a</i> — Cualidades del educador. .	9
Cap. I. — La enseñanza.	9
Cap. II. — Importancia é influencia del Apostolado de la Enseñanza.	13
Cap. III. — La virtud.	17
Cap. IV. — La ciencia.	24
Cap. V. — El carácter.	29
Cap. VI. — La abnegación.	42
Cap. VII. — El amor.	50
<i>Sección 2.^a</i> — Personal de una casa de educación. .	65
Cap. I. — El Superior.	65
Cap. II. — La primera obligación del Superior consiste en la buena elección de colaboradores.	70
Cap. III. — El segundo deber de un Superior es formar sus colaboradores.	76
Cap. IV. — Primer medio para formar buenos colaboradores. — El Reglamento.	85
Cap. V. — Segundo medio para formar los colaboradores. — Los consejos.	90
Cap. VI. — Tercer deber del Superior. — Hacer hacer. — El hombre de acción.	100
Cap. VII. — De los colaboradores de una casa de educación.	108
Cap. VIII. — Los hombres de oración.	134
PARTE 2. ^a — <i>Sección 1.^a</i> — Cualidades de los niños. — Premios y castigos.	149
Cap. I. — El niño. — Sus buenas cualidades.	149
Cap. II. — El niño. — Necesidad de conocer sus defectos.	162
Cap. III. — Las tres concupiscencias. — El orgullo. .	171

Cap. IV. — La sensualidad..	179
Cap. V. — Concupiscencia de los ojos.	185
Cap. VI. — El niño mimado.	190
Cap. VII. — Del niño de espíritu malo.	197
Cap. VIII. — Premios de los niños.	203
Cap. IX. — Castigos de los niños.	209
Cap. X. — De los despidos.	223
Sección 2. ^a — De los cuatro medios de educación.	229
Cap. I. — Qué debe ser la educación.	229
Cap. II. — La religión. — Primer medio.	237
Cap. III. — La piedad.	243
Cap. IV. — Ejercicios de piedad.	252
Cap. V. — Las Fiestas.	263
Cap. VI. — La disciplina. — Segundo medio.	273
Cap. VII. — La instrucción. — Tercer medio.	278
Cap. VIII. — Cuidados físicos. — Cuarto medio.	290
Cap. IX. — La urbanidad.	298
Cap. X. — Influencia mútua de los medios de educación.	305
Sección 3. ^a — Cualidades de la educación.	313
Cap. I. — La religión.	313
Cap. II. — La fe.	323
Cap. III. — El amor cristiano.	334
Cap. IV. — La obediencia cristiana.	349
Cap. V. — El respeto cristiano.	365
Cap. VI. — La pureza.	382
Cap. VII. — La falta de pureza.	397
Conclusión.	110
Apéndice 1. ^o — Reglamento de San José de Calasanz.	413
Apéndice 2. ^o — De las Asociaciones religiosas.	420

CORRECCIONES

Pág.	Línea	Dice	Debe decir
12	2	<i>es</i>	<i>es</i>
17	13	<i>pradidos</i>	<i>pradidos</i>
21	2	el	al
31	2	<i>vigor</i>	<i>rigor</i>
36	28	carácter á la	carácter estará á la
42	26	en libertad,	su libertad,
44	9	¿que	¿qué
54	36	como	cómo
61	32	<i>muttissima</i>	<i>mitissima</i>
107	35	de	dé
188	22	há tiempo	á tiempo
212	29	como	cómo
230	7	como	cómo
230	29	estabona	eslabona
237	15	el último, el	el último signo, el
237	25	comprenderse	emprenderse
239	16	á ingratitud	á la ingratitud
241	35	enoble	enoblece
284	10	juegos	jugos
285	23	en la lontananza	en lontananza
288	34	se contenta sus	se contenta con ilustrar sus
288	37	exclusivamente del	exclusivamente se preocupa del
291	28	de las	con las
301	4	otros jóvenes	otros, jóvenes
306	3	como	cómo
310	35	viritud	virtud
316	28	<i>sol</i>	<i>sal</i>
321	38	babarie	barbarie
335	34	hábito	hábito
338	24	naturaleza la	naturaleza: la
338	35	rachazo	rechazo
342	17	se han	se ha
343	6	¿donde	¿dónde
350	28	este	esta
373	31	el	al
375	34	le	la
392	24	robrenatural	sobrenatural

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BURGOS O LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TEC